



Acerca de este libro

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

Normas de uso

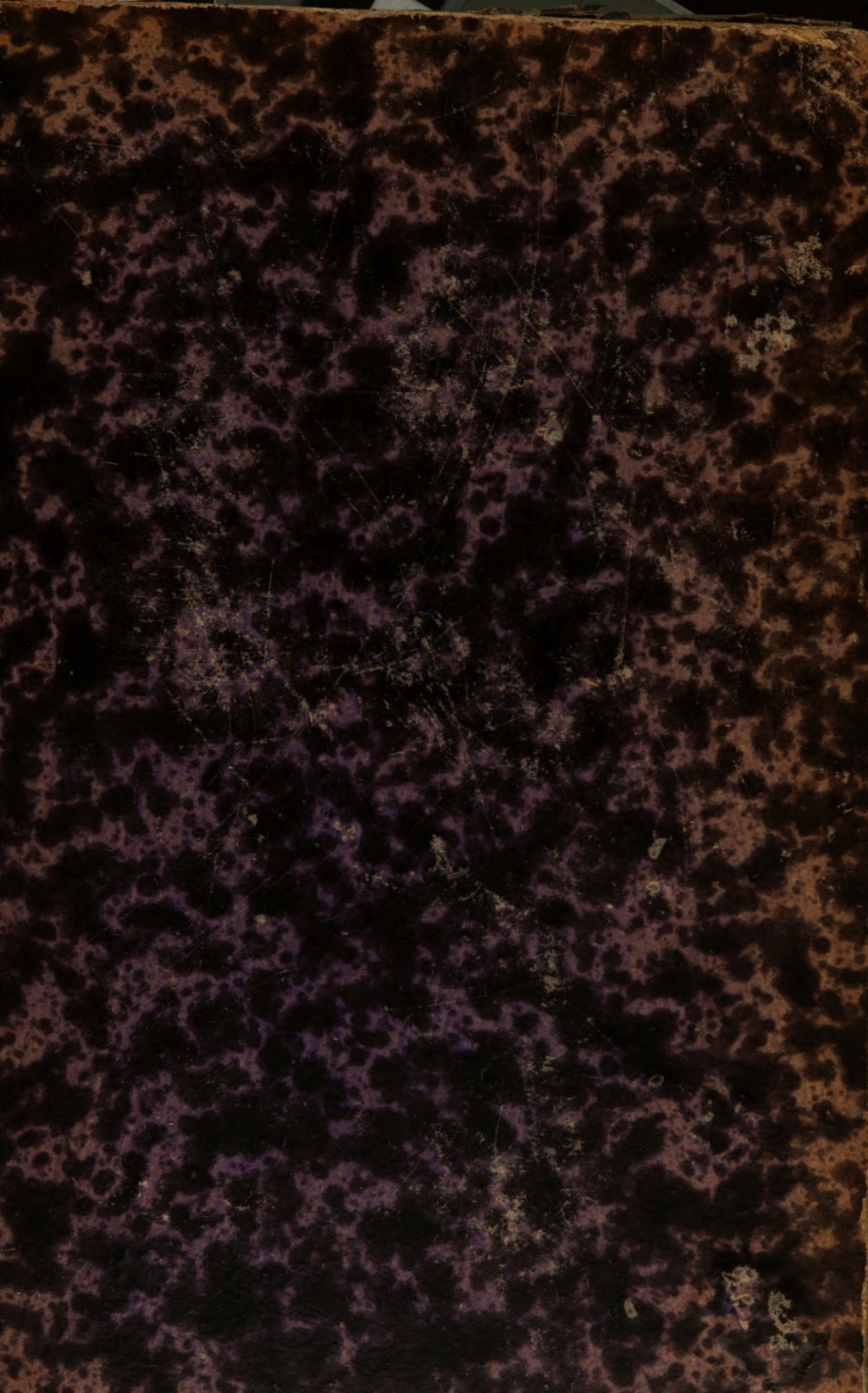
Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

Asimismo, le pedimos que:

- + *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.
- + *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.
- + *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.
- + *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

Acerca de la Búsqueda de libros de Google

El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página <http://books.google.com>





THE LIBRARY



Periodical Collection

056

R3145

SEP 12 1961

v.1

REVISTA
CÁNTABRO-ASTURIANA.

(CONTINUACION DE "LA TERTULIA.")

TOMO I.

SANTANDER:
IMPRESA DE SOLINIS Y CIMIANO,
ARCILLERO, NÚM. 1, PRINCIPAL.

1877.

Queda prohibida la reproducción del todo ó parte de las materias contenidas en este tomo.

056
R3145

REVISTA CÁNTABRO-ASTURIANA.

PROSPECTO.

Cambia de nombre desde el presente número LA TERTULIA, y entra en nuevo y más extenso campo. Pocas palabras serán necesarias (si el título de la REVISTA no parece suficiente) para explicar el modo y causas de esta trasformacion.

En 1864 comenzó á publicarse, bajo la direccion de un distinguido paisano nuestro y colaborador asíduo de este periódico, un *Almanaque de las dos Asturias*, encaminado á estrechar los lazos entre dos provincias hermanas por el suelo, por la raza y por las costumbres, y divididas solo por un criterio oficial arbitrario. Halló eco la idea entre montañeses y asturianos; pero circunstancias que no es del caso exponer, aplazaron ó suspendieron la continuacion de aquella empresa. Pero la semilla quedó, y hoy fructifica. LA TERTULIA se decide á cambiar su nombre por el de REVISTA CÁNTABRO-ASTURIANA.

Evítase así algun inconveniente que pudiera tener el de *Revista de las dos Asturias*, bajo el aspecto geográfico. Solo una parte; aunque extensa, del territorio montañés se apellidó *Asturias de Santillana*; pero la fraternidad entre cántabros y astures es indudable y de todos tiempos. Los accidentes físicos son comunes á las dos provincias: el mismo mar,

la misma cordillera. Hermanos sus habitantes por la raza, por el primitivo *celticismo*, s6nlo de muy antiguo por las costumbres, dado que Estrabon afirm6 que era una la manera de vivir de los Galaicos, *Astures* y *C6ntabros*, hasta los Vascones y el Pirineo. 6nelos m6s y m6s su historia. Juntos resistieron 6 las legiones romanas, llamadas y favorecidas por nuestros vecinos los Autrigones y Vascos. Juntos se *romanizaron*, aunque solo en parte, perdiendo la lengua, pero no los usos ni la indomable altivez y esp6ritu de independenciamos unos y otros, cuando cay6 en nuestros montes como ben6fico roc6o la ardiente palabra del gran controversista San Beato de Li6bana, que, nacido entre ambas Ast6rias, sirve de lazo de union 6 las dos provincias gemelas.

Cierto que tras la desmembracion del reino asturiano y nacimiento del condado de Castilla, buena parte del pueblo monta6es sigui6 las vicisitudes del nuevo estado, cuyos l6mites se alteraban con frecuencia. Pero que no se perdieron por esto las tradiciones de hermandad, claro lo indica el nombre de *Ast6rias de Santillana*, y lo indicaria el de *Ast6rias de Trasmiera* si no le juzg6ramos designacion caprichosa y un poco aventurada, dicho sea con el respeto debido al P. Florez y 6 un sapient6simo historiador y ge6grafo moderno que en esta parte le sigue.

¿Y c6mo olvidar que en las marinas de Ast6rias y Cantabria se aprestaron las naves que concurrieron 6 la conquista de Sevilla, para que tambien en este memorable esfuerzo de nuestra reconquista apareci6semos unidos c6ntabros y asturianos? Fraternidad que no se interrumpe, y hace id6nticos nuestros destinos hasta en las sangrientas bander6s que

asolaron estas comarcas en el último período de la Edad-Media.

Llegada es la hora de restablecer la antigua fraternidad. ¿Y cuándo ha habido otra más oportuna? Hoy que por suerte rara las dos provincias parecen estar en vías de próspero adelanto y no se resienten tanto como otras de la general decadencia, quizá por haber conservado más puros los elementos tradicionales y el culto de sus viejas y gloriósas memorias: hoy que, por otra parte, es deber de conciencia y de amor pátrio resistir á la centralizacion en todas sus esferas y reanimar el espíritu provincial, única fuente de grandeza para las naciones: unámonos asturianos y montañeses, y en la union encontraremos nueva fuerza. ¡Y quién sabe si antes de mucho, enlazadas hasta *oficialmente* ambas provincias, rota la ilógica division que á los montañeses nos liga á Castilla, sin que seamos, ni nadie nos llame, *castellanos*, podrá la extensa y riquísima zona cántabro-asturiana formar una entidad tan *una* y enérgica como la de Cataluña, luz y espejo hoy de todas las gentes ibéricas!

Nuestro programa es el de LA TERTULIA, extendido y ampliado como el objeto requiere. Trataremos, no exclusivamente, pero sí *con preferencia*, de cuanto pueda interesar á las provincias *gemelas*. Su historia, tan poco explotada todavía, y como auxiliares de ella los estudios geográficos y arqueológicos, las biografías de hombres ilustres y juicios de escritores, ocuparán buena parte de nuestras columnas. Otra no menor dedicaremos á la amena literatura, procurando que alternen las producciones de montañeses y asturianos. Ni dejaremos de estimular, en cuanto posible sea, todo linaje de empresas científicas á industriales útiles á las Asturias.

El campo es vastísimo: las ciencias, sobre todo en su aplicacion á los intereses de nuestro país: las investigaciones históricas, las tradiciones, usos, costumbres y *mitología popular*, la *poesía indígena*, escondida aún (por lo que hace á

VIII

la Montaña) cuando en toda España van despertando las literaturas *regionales*... todo en suma, antes ó despues, en una forma ó en otra, vendrá á honrar estas páginas. Contamos con el auxilio de nuestros colaboradores montañeses y de muchos asturianos distinguidos en la república de las letras: todos los cuales aceptan y secundarán, como en Dios esperamos, nuestros propósitos.

Inviolable respeto al dogma y á la moral católicos, al espíritu y tendencias de la raza española y á los fueros del buen gusto. Libertad y tolerancia absolutas en todo lo restante. Hé aquí nuestro programa.

LA REDACCION.

EL CAMPO EN ASTURIAS.

"Asturias... situada en el extremo septentrional del reino, y confinada entre la más brava de sus costas y una cordillera de montañas inaccesibles... es, no ya poco conocida, sino siniestramente juzgada por los españoles, que tienen de ella, poco más ó menos, la misma idea que de la Siberia ó la Laponia."

JOVELLANOS.

I.

El caminante que despues de haber atravesado las áridas y dilatadas llanuras de Castilla, trepa por las escabrosas faldas de las montañas de Leon y llega á sobreponer la elevada cumbre de uno de aquellos formidables montes que sirven de frontera y baluarte al histórico principado de Asturias, hállase de pronto en presencia de tan inesperado y soberbio espectáculo, que rara vez logra contener un grito de admiracion y de sorpresa.

Sus ojos, hasta allí fatigados por las interminables perspectivas de monótono y uniforme aspecto que presenta la *Tierra de Campos*, abrasada por los ardores de un sol africano que, desde que se levanta hasta que se pone en la vastísima extension de sus remotos horizontes, no encuentra ni una nube que vele sus rayos, ni una bruma que los empañe, ni una montaña que los detenga, ni un árbol que sombree y guarezca de sus rigores, algun cristalino manantial en cuyas ondas pueda tomar la brisa algunas gotas de rocío con que templar la caldeada atmósfera, apenas si pueden dar crédito á lo que ven, y apenas si la duda les deja recrearse y reposar en el esplendente paisaje que como por encanto apareció á su vista.

¡Montañas colosales de formas ciclópeas y de gigantescas proporciones que, arrancando sus faldas de los abismos, esconden en las nubes sus picos coronados de perpétuas nieves; hondas simas en las que, saltando, se precipitan mu-

gientes cataratas; agrestes y solitarios lagos, tendidos entre las cumbres de las salvajes cordilleras; bosques seculares de hayas añosas y corpulentos robles; rocas tajadas que, cubiertas de amarillento musgo, surgen del fondo de los insondables precipicios; verdes praderas surcadas por espumosos arroyuelos y matizadas de blancas y rojas florecillas, y todo envuelto en la flotante gasa de las nieblas que se levantan del hondo cauce por donde corre el río, ascienden lenta y majestuosamente, tendiéndose á lo largo de los valles, desgarrándose en las crestas de los peñascos, coronando las cimas de los montes y confundiendo con los grupos de fantásticas nubes, entre cuyos vapores y celajes quiebra su luz el sol, rompiéndola en mil brillantes matices de oro, de púrpura y de azul con que tiñe y corola el cielo!

¡Maravilloso y enajenador espectáculo, que nunca olvida el que lo vé, y que no se cansa de ver el que lo mira!

Contéplalo con embebecimiento el pastor que, empujando sus rebaños trashumantes desde las ardientes dehesas de Extremadura, por los antiguos caminos de la *Mesta*, hasta los puertos secos asturianos, detiéndose asido á su cayado mientras sus ovejas sestean allá en las altas lomas de *San Isidro* y *Vegarada*; admíralo, como fascinado por su hermosura y majestad, el cazador de robegos, que, apoyado en su carabina, como inmóvil estatua, destaca el perfil de su hercúleo torso sobre el fondo claro del cielo, en la elevada cumbre de algun pico de las renombradas *Peñas de Europa*; y clava sus abiertos ojos en él, con tanto asombro como espanto, el viajero que, encerrado en la estrecha prision de la destartada diligencia, precedida mas que arrastrada, por el largo tiro de mulas, y forradas sus ruedas con la plancha y el *cuadro* que ara con su acerado diente el camino, mira desprenderse en rápidas revueltas la ancha carretera por las verticales pendientes de *Pajares*.

Pero más á su sabor que caminantes y pastores puede juzgar de la incomparable grandeza de este espectáculo él aguila caudal, que, tendiendo sus alas poderosas, déjase caer desde la encumbrada roca en el abismo para remontarse serena y cernerse en anchos y espirales círculos, vecina de las nubes. Desde este elevado observatorio, al que, si no con alas materiales, podemos remontarnos con las alas inmateriales del espíritu, descúbranse en toda su extension y magnificencia las diferentes comarcas del principado.

Desde allí se divisan los renombrados territorios de todas las Asturias, desde las que empezando en las agrestes fronteras de Galicia hallan término y confin en el histórico *río de España*, hasta las que, con el nombre de *Cantabria*, corrian

desde las márgenes de este río á Laredo, limitadas en lo Mediterráneo por las guajaras de Covadonga y de Liébana; desde las que llevaron el nombre de Astúrias de *Sant-Anderii* y las que se conocieron con el nombre de Astúrias de *Cusellio* hasta las que se llamaban Astúrias de *Sant-illana* y las que se denominaron Astúrias de *Oviedo*; Astúrias todas que, limitadas ya por los naturales linderos de los montes, mares y ríos, constituyen hoy las verdaderas Astúrias, que son las que corren del *Eo* al *Deva* y desde los altos montes de la cordillera astúrica á las tajadas costas del Cantábrico.

Y desde allí se dominan las tres distintas zonas de estas Astúrias, deslindadas por el dedo de Dios con los diversos accidentes de la naturaleza, y cuya múltiple variedad en nada rompe la imponente unidad de su majestuoso conjunto.

Elévase primero la *Montaña*, compuesta de los escarpados montes, hondos valles y angostos desfiladeros de la cordillera *Asturo-Cántabra*, que, arrancando de las salvajes comarcas de Occidente con los puertos que se levantan en los confines de los antiguos reinos de Leon y de Galicia, viene á morir en las grandiosas regiones del Oriente, con los soberbios *Urrieles* asturianos, en los gigantescos *Picos de Europa*. ¡El titán de Cantabria!

Síguese á la *Montaña* la *Vega*, encerrada entre los *cordales* ó estribaciones de la gran cordillera que, ramificándose y extendiéndose por el centro del principado, dejan abiertos anchos valles, por cuyo fondo, cubierto de maizales y praderas, corren ríos tan caudalosos como el *Nalon*, el *Navia*, el *Narcea*, el *Sella* y el *Piloña*, á la sombra de los espesos y sombríos bosques de castaños, nogales y pomares.

Y sucede á la *Vega* la *Marina*, ancha faja de risueñas y amenísimas campiñas sembradas de colinas coronadas de pinos, en cuyas llanuras florecen al aire libre limoneros y naranjos, y por cuyas *huelgas*, cubiertas de juncos y espadañas, tienden su caudal tranquilo las anchas rias de *Rivadeco*, *Navia*, *Avilés*, *Gijón*, *Villaviciosa* y *Rivadesella*, formando, como dice un escritor castizo, (1) «tranquilos y anchurosos lagos, donde ora se refleja la solitaria y monumental iglesia del concejo, ora se retrata el modesto y característico *horreo* de la aldea, ora se dibuja la moderna y pretenciosa alquería del opulento americano;» pero cortada también por barrancos, profundos y hondas simas en las cercanías de la costa, que ya se abre en espaciosa y doradas playas, ya se extiende en estrechos y dilatados cabos, ya se cierra con altas y tajadas murallas de granito, con escarpadas peñas, escollos,

(1) *Amador de los Ríos, Poesía popular de España*

islotes y arrecifes, entre los que despedaza sus alteradas ondas el embravecido mar cantábrico.

Y desde allí se contemplan también las venerandas ruinas con que la mano de la religión, del arte y de la historia ha ido santificando, embelleciendo é ilustrando todos los lugares. El monte en que desierta se levanta la hospitalaria abadía, erigida por los antiguos monjes para socorro y alivio del caminante sorprendido por la tormenta y por la nieve en el corazón de los Alpes asturianos; el valle en que tiende sus muros vastos y sombríos el olvidado monasterio, bajo cuyas bóvedas de piedra encontraron soledad y retiro los sábios, consejo y sepultura los reyes, asilo los desvalidos y menesterosos; el río en que gallardo ostenta sus ojivales arcos el encumbrado puente que ofreció franco paso á las acosadas huestes asturianas en los días de las grandes luchas; la colina en que solitaria se destaca la ermita como un monje postrado en oración al pié de la elevada cruz que la sombra; la Peña en que iergue aún formidable sus derruidas torres el castillo feudal, como viejo guerrero que cubierto de cicatrices contempla en pié todavía el antiguo teatro de sus hazañas.

¡Ruinas artísticas realizadas por las espléndidas galas de la naturaleza que las engarza; ennoblecidas por el augusto sello del tiempo que las blasona; consagradas por el heroico recuerdo de la historia que las ilustra, y poetizadas por las leyendas y consejos con que la tradición las enriquece, rodeándolas de terrores y de misterios! Ruinas que solo Astúrias posee, porque como asegura un arqueólogo ilustre: (1) «Solo Astúrias combina esta triple ventaja uniendo los pintorescos paisajes del país vasco con los preciosos monumentos de la adusta y árida Castilla.»

Y así es en efecto.

Dólmenes erigidos por los celtas en las remotas edades prehistóricas, en el seno de frondosos bosques; trabajos de minas abandonadas hoy, un día abiertas por la insaciable codicia de cartagineses y romanos en las rocas; aras romañas elevadas en los promontorios de los cabos; vestigios de castrometación en puntos estratégicos; grutas y santuarios venerados por la tradicional piedad de los montañeses como lugares santos de apariciones milagrosas; capillas contemporáneas de los albores de la Reconquista, en que la arquitectura latino-goda concentró en diminutas joyas la riqueza de su ornamentación y sus gallardas proporciones; iglesias, colegiadas y monasterios anteriores, contemporáneos y poste-

(1) Cuadrado, *Recuerdos y bellezas de España*

riores al apogeo del arte bizantino, tendidos sobre los montes y riberas; castillos arruinados, atalayas de valles y cañadas, á cuya vista de águila en vano pretende ocultarse el caminante de aquellas comarcas agrestes; torres de los antiguos Templarios, que aun levantan sus pardos murallones en las érias, como protesta contra la injusta proscriccion de sus caballeros; fuertes erizados en las montañas y en las costas contra las correrías de los árabes y los desembarcos de los normandos; puentes fantásticos, cuya fábrica atribuye la tradicion al diablo, cabalgando sus arcos ojivos coronados de hiedra sobre las corrientes torrenciales de los rios, y, por último, el primitivo templo astúrico, más tarde monasterio bizantino, y hoy soberbia catedral gótica que levanta á lo alto sus caladas agujas en el centro de la histórica ciudad de Oviedo, indican á cada paso que estos montes inaccesibles, estas comarcas salvajes y estas bravas costas asturianas han recojido en su seno los ricos legados de todas las grandes civilizaciones que las codiciaron como la última y más preciada conquista de su poder y de su gloria, adivinando tal vez en ellas el signo providencial que las señala para último asilo de todas las agonías solemnes, y primera cuna de todas las gloriosas restauraciones, como elocuentes lo pregonan, más que sus monumentos artísticos, obra del hombre, sus monumentos naturales, obra de Dios.

Tal nos lo grita el venerable *Monsacro*, envuelto en el misterioso sudario de sus hrumas, y en cuyas tortuosas cavernas hallaron amparo y refugio las reliquias de los santos y los vasos sagrados, que como restos escapados del naufragio de la España goda, trasportaron sobre sus hombros en los dias tristes de la patria los fugitivos de Toledo, y tal nos lo confirma tambien, y sobre todo, allá en lo más abrupto de la region oriental, en las ramificaciones de los *Picos de Europa*, debajo del profundo lago de *Enol*, á través de las espumosas aguas del *Deva*, en el mismo corazon del gigante *Auseva*, en aquel «santo lugar cuya extrañeza, como dijo el sábio cronista de Felipe II, no se puede dar á entender bien del todo con palabras,» la veneranda cuna de la religion de la monarquía y de la nacionalidad española: ¡*Covadonga!*

Descendamos, pues, de estas alturas, no sin haber exclamado antes con un sábio arqueólogo español (1), que «el antiguo principado de Astúrias, una de las regiones más pintorescas de la Europa meridional, que compite, y no sin ventaja muchas veces, con la celebrada Suiza, así por lo quebrado y majestuoso de sus empinadas montañas, como por lo risue-

(1) Amador de los Rios, *Poesia popular de España*

ño y frondoso de sus angostos y tortuosos valles, como por sus elevadísimos picos, cuyo grandioso aspecto sobrecoge y admira, es la tierra clásica de las tradiciones históricas y populares, que en cada montaña, cada colina y cada roca están consagradas por el vivo recuerdo de alguna tradición misteriosa, ó por el noble testimonio de alguna patriótica hazaña; en la que no se acierta á dar un paso sin que surja un nombre venerado ó el recuerdo de algun hecho de alta trascendencia;» y paseando nuestra vista por las laderas en que trisca el ganado ó se entrega á sus rústicas faenas el labrador, deslicémonos suavemente á lo largo de la pendiente y sinuosa carretera, que orillando insondables despeñaderos y bordada de macizos y elevados pilares que indican su trazo en los días de las grandes nieves, nos conduce al seno del antiguo reino de Oviedo, para ver de cerca sus costumbres campestres, principal objeto de este trabajo.

ALEJANDRO PIDAL Y MON.

(Continuará.)

A CAROLINA CORONADO,
A SU LLEGADA A LUGO.

SONETOS.

I.

Niña un tiempo gentil y candorosa,
Bañada de la luna en los albores,
Cabe el Gévora, al son de sus rumores,
Dulce endecha entonabas solidosa. (1)

(1) Voz provincial equivalente á la portuguesa *saudosa*.

En fragancia de lirio y zarza-rosa
Empapado *el Amor de los amores* (1)
Bajaba á regalarte entre las flores,
Dócil á tu llamada cariñosa.

Su blando aliento el aura suspendía,
Parábase arrobado el río esquivo,
Absorto el ruiseñor enmudecía.....

Y yo, que allí en espíritu velaba,
De tu armonía celestial cautivo,
Trasportado al Eden me figuraba.

II.

Del sacro Miño á la silvestre zona
Hoy, cantora sin par, madre doliente, (2)
Llegas, ceñida á la gloriosa frente
De espinas y laurel doble corona.

Ven, que la paz de Dios nunca abandona
Estos risueños valles cuyo ambiente
Purifica con su hálito viviente
El que siglos y mundos eslabona.

Entre orantes querubes resplandece
Perenne aquí *el Amor de los amores*, (3)
Sobre límpido altar velando tierno.

Ven; á sus plantas tu corona ofrece,
Y cielos te dará do alegre mores
A tu hija unida con abrazo eterno.

GUMERSINDO LAVERDE.

Lugo 18 de Julio de 1873.

(1) Título de una de las mejores composiciones de la ilustre poetisa.

(2) Acababa de fallecer su hija mayor.

(3) Sabido es que en la catedral de Lugo está manifesto perpetuamente el Santísimo Sacramento.

LOS GARCÍ LASOS.

I.

EL VIEJO.

Entre los montañeses ilustres que en distintas épocas han honrado á su pátria, sobresale una familia que, repitiendo en sus individuos cualidades y hechos de admirable semejanza, es, respecto á nuestro país, lo que nosotros somos respecto á la familia española. Antigua, hasta perderse en la oscuridad más remota; rica y noble, hasta hoy, que la representa el Prócer de los Próceres, como duque del Infantado; desgraciada, como todo el que sobresale; interesante siempre: se presenta á nuestros recuerdos y fantasía como la personificación más acabada del génio y carácter montañés, ó, al ménos, como digna de memoria y simpatía en la Montaña, especialmente en circunstancias como las actuales, que se deba cumplir el deber á riesgo de la vida.

Garcí Laso de la Vega, llamado el *Viejo* porque figuró en los sucesos de su época ya de edad madura, ó por ser el más antiguo de los personajes de este nombre: hijo, probablemente, de D. Pero Laso de la Vega, cuarto almirante de Castilla, fué consejero íntimo de D. Alfonso XI en los primeros años de su reinado, despues de haberlo sido de sus tutores los infantes D. Pedro y D. Felipe. Es verosímil que empezase esta relacion por los Señoríos que el infante D. Pedro tenia en la Montaña, y por lo mucho que le sirvieron los montañeses en las competencias que tuvo con los infantes D. Juan y D. Juan Manuel, sobre la tutoria, que con más razon le tocaba.

Doce mil hombres llevó de este país y los inmediatos á las Córtes de Palencia de 1313, y cuando vió á sus competidores juntos, quisiera acometerlos, como dice la Crónica «sino por la Reyna su madre (D.^a María de Molina) que ge lo partió por muchas veces.» Verosímil es que Garcí Laso estuviese á su lado, pues cuando poco despues murió el infante en la Vega

de Granada, del coraje de no poder regir su indisciplinada hueste, dejó encargadas su mujer y su hija póstuma la infanta D.^a Blanca al mismo Garci Laso; cuyo hijo del mismo nombre aparece nombrado Alcayde, ó más bien Señor encomendero de San Vicente de la Barquera, por la mencionada infanta, segun escritura del año 1332. Es verosímil tambien que de aquí naciese la enemiga con el infante D. Juan y despues con su hijo D. Juan *el Tuerto*: enemistad en que la parte más noble fué la de Garci Laso, como vamos á probar, si ya no fuera prueba suficiente saber que los contrarios eran el que hizo morir al inocente hijo de Guzman *el Bueno*, y el alevoso homicida de D. García de Villamayor.

Qué género de servicios serian los que Garci Laso prestara al infante D. Pedro y despues á su hermano y sucesor el infante D. Felipe, se deduce de no haber querido este avenirse con sus competidores á trueque de quitar á Garci Laso el cargo de Merino mayor de Castilla. Y en una de las conferencias, donde ya estuvieron avénidos sobre todo lo demás, al ir á escribirlo Alvar Nuñez Osorio, mayordomo de D. Felipe, dijo: (segun la Crónica, cuya sencillez tenemos gusto en repetir) «que primero librarian lo de Garci Lasso.—Et este »D. Joan (*el Tuerto*) dijo:—Eso non se puede facer.—Et pre »guntóle Alvar Nuñez.—¿Por qué?—Et dijo D. Joan.—Porque »non quiero yo.—Entonces tornóse D. Felipe contra D. Joan »et djóle.—¿Por qué non queredes vos?—Et djóle D. Juan.— »Porque non quiero que me mate otra vez un vasco como me »coidó matar en Villaones.—Entonces dijo Alvar Nuñez.— »Pues D. Felipe non desampara á su amigo.»

Esta lealtad, que no podia menos de ser recíproca de Garci Laso, no escluía la prudencia, digámoslo así, *montañesa*, con que evitó sufrir la suerte de D. García de Villamayor y compañeros, pues, cuando D. Juan *el Tuerto* les ofreció parte en las contribuciones que como tutor cobraba: «Garci Laso catósó que esto que ge lo enviaba decir D. Joan para lo querer matar, cá él non le habia fecho tales obras porque le diese algo, et non quiso ir allá.»

Declarado mayor de edad Don Alfonso XI, se aconsejaba principalmente de Garci Laso y Alvar Nuñez Osorio, bien que la privanza de éste, como menos escrupulosa, subió y cayó con más estruendo. La muerte premeditada de D. Juan *el Tuerto*, en Toro, por influjo de Alvar Nuñez principalmente se decidió, aunque Mariana parece cargar más á Garci Laso, diciendo que para facilitarla se le despidió de la corte, porque D. Juan le tenia por especial enemigo. La Crónica nada dice de esto, y aun calla estudiadamente el nombre del valido que en el consejo del Rey proponia esta muerte, secundado por

Alvar Nuñez que se ofrecía dar el seguro; esto es, á mentirle. Pero la Crónica en verso del mismo D. Alfonso XI, publicada recientemente, hace ver que ese valido no fué Garcí Lasso, y que, lejos de habersele despedido de la córte, aprovechó su estancia en ella y su asistencia al consejo para evitar á D. Juan la muerte y al Rey este borron, de la manera que un caballero podía hacerlo sin faltar al secreto de Estado. No podemos resistir al deseo de copiar este pasaje, porque acredita en Garcí Lasso *el Viejo* la sutileza de muchos viejos montañeses; cuales aun hay. D. Juan habia salido de su castillo de Belver, para Toro; el Rey con sus cortesanos le sale á recibir, y, creyendo ir á casarse con la Infanta, embriagóse el desventurado D. Juan de alegría y orgullo, haciendo lozanías con su caballo:

«Don Joan con gran plasser,
El caballo rremetió;
Muy bien le ffsó ffather,
Delante el Rey le volvió.

Con el Rey se rrassonava:

—Buen Sñenor ¿qué vos paresce?

Garcí Lasso le ffablava:

—Es bueno, *ssy mas corriese*;

E si *contra Belver* (1) ssaltasse,

Commo corre contra Toro,

Non há cossa que lo complasse:

Plata, nin aver, nin oro.»

¿Entendió D. Juan la indirecta? Probablemente sí; mas lo tomaría por amenaza ó burla y se consumó el atentado. Alvar Nuñez, que habia tomado sobre sí dar el seguro á D. Juan (siempre es un lenitiyo que el Rey no faltase á su palabra) no tuvo reparo tampoco en aprovecharse de los despojos del muerto, recibiendo entre otras cosas á Belver, donde le aguardaba providencial espiciacion. No así Garcí Lasso, que únicamente procuró unir á la Corona el Señorío de Vizcaya, por cesion de la madre de D. Juan, que era la propietaria. Tal vez esta diferencia en los procederes le grangeó la enemistad secreta de Alvar Nuñez, cada dia más apoderado del ánimo del Rey, hasta hacerse nombrar conde de Trastamara, Lemos y Sarria, con las curiosas ceremonias que la Crónica y Mariana refieren.

Poco despues, hallándose la Córte en Córdoba, mandó el Rey á Garcí Lasso que fuese á tierra de Soria, para juntar gente de guerra y oponerse á los daños que hacia el Infante

(1) La edicion dice aquí, por error "contra bolver." Belver es un pueblo con castillo, tres leguas al N. de Toro

D. Juan Manuel, ya declarado enemigo desde la muerte del otro D. Juan. «Este Garci Laso, dice la Crónica, era ome que cataba mucho en agüeros, et trai consigo omes que sabian de esto. (Como los españoles primitivos, especialmente los cántabros, de donde Garci Laso descendia.) Et antes que fuese arredrado de Córdoba, vió en los agüeros que habia de morir en aquella jornada, y con él otros muchos. Et por esto envió á decir al Rey que, pues la su muerte non se podia evitar, él faria en manera porque fuese la su muerte á grand su servicio del Rey et á grand su honra.»

¡Bien por el noble caballero! Más de creer es que en realidad no tuvo, él ó sus hombres, otro agüero que la penetracion natural en ver que el Rey le alejaba de sí, enviándole á una comarca donde eran omnipotentes las familias del asesinado y del rebelde, por los apellidos de Haro y Lara. Sobrado conoceria tal vez, de dónde partiera el impulso para tal orden, y que podria ir, caso necesario, un aviso secreto del poderoso rival.

El hecho fué que, apenas Garci Laso llegó á Soria, se esparcieron insidiosas voces de que iba á prender los muchos hombres de armas tomar que habia por allí; siendo muy probable que cualquiera de ellos tuviese algo en que dar á entender al Justicia mayor de Castilla. Entonces, amotinados contra él, penetraron en el convento de San Francisco, donde oia misa, y en la misma iglesia le mataron, con veintidos de sus parientes y amigos que, segun la costumbre antigua española, no quisieron sobrevivir al que no podian salvar.

Cuando esta noticia llegó al Rey, lo sintió en gran manera, «porque aquel Garci Laso era buen caballero et claro hombre, que amaba su servicio muy verdaderamente», dice la Crónica. Y es natural que, comparando sus consejos y acciones con las de Alvar Nuñez entrase en las sospechas que tan fatales fueron despues á éste, cuando muchos caballeros castellanos se aunaron contra su preponderancia, entre ellos Garci Laso, hijo del muerto. Triste destino el de los Reyes, que no saben de quien fiar; pero no tanto cuando son del temple de D. Alonso XI, que apenas acababa de despedir á Alvar Nuñez, juntándose con aquellos en Valladolid, cuando acordándose de que esta le dijera que el Prior de San Juan y Juan Martinez de Leyba, caudillos de los coaligados, trataban de retenerle en aquella villa, subió en un caballo, mandando al Prior y á Juan Martinez que fuesen con él, y fué á ver si las puertas de la villa estaban cerradas.

«Et ninguno de los que iban con él, dice el cronista, sabian á qué iba. Et el que escribió esta estoria oyó decir (al mismo Rey, pues nadie lo sabia) que si las puertas fallara cerradas,

luego en aquel punto *matará*, ó mandara matar, al Prior et á Joan Martinez.» Esta inflexible justicia probable es la aprendiese el Rey de su Merino mayor de Castilla.

Una palabra más sobre Alvar Nuñez: El Rey le demandó los castillos y rentas que de él tenia, y lejos de entregarlos, como Garci Laso se habia entregado á la muerte, levantó pendon contra su Rey. Entonces, aplicándole la manera que habia tenido con D. Juan *el Tuerto*, Ramiro Florez de Guzman, con órden del Rey para matarle, se fué á unir con él diciéndose tambien rebelde, y en el mismo castillo de Belver le dió de puñaladas, segun dicen los historiadores, ó le mató cuerpo á cuerpo, segun nosotros creemos y era costumbre entre hidalgos, (1) puesto que Guzman lo era y nadie le persiguió despues por su hecho.

Al contrario, en actas de Córtes consta que el Rey le dió á Belver por el señalado servicio que en esto recibió. No aseguraremos que tambien quisiera dar paga correspondiente al hecho, ni sabemos cómo murió Ramiro Florez; pero cuando hemos visto derrocándose, abandonados, los sombríos paredones del Castillo de Belver, figurósenos que una maldicion pesaba sobre ellos, y ver las sombras de D. García de Villamayor, D. Juan *el Tuerto* y Alvar Nuñez Osorio, persiguiéndose unas á otras, murmurando el refran castellano: « *La traicion aplace, mas no el traidor que la hace.* »

ANGEL DE LOS RIOS Y RIOS. .

(1) Un hecho semejante inmortalizó uno de nuestros grandes poetas, en la *Estrella de Sevilla*, ó Sancho Ortiz de las Roelas.

EN EL SARDINERO.

En estas aguas azules
tus claros ojos posaste,
y de estas aguas los míos
no aciertan á separarse.

¡Qué busco en ellas! preguntan
cuantos me ven en su márgen,
con el sol de la mañana,
con la estrella de la tarde.

¡Que busco en ellas! preguntan,
nécios sin duda no saben
que no estuviera en la orilla
si algo en las olas buscarse....

Mirándose en sus colores,
como en sus pupilas antes,
mi corazon se decia
si es posible no adorarte;

Si habrán de ser sus tristezas
cuanto profundas durables,
y si hay culpa que del cielo
merezca rigor tan grande

Como haber rendido el alma
á mujer que tanto vale,
y encontrar solo en la suya
invencibles frialdades.

Loco me llaman, y aciertan,
que es locura miserable
en soñados imposibles
cifrar deseos y afanes.

Mas ¡ay! La razon me sobra
(pluguiera á Dios me faltase)
para sentir tus desdenes,
para llorar mis pesares,

Para entender que es la vida
corta en bienes, rica en males,

sinnúmero sus dolores
y los míos incurables.

Para alma, á quien un deseo
punza y no logra matarle,
aun el espacio infinito
de su pensamiento es cárcel.

Presas entre sus angosturas
desesperada combate
la mía y no alcanza fuerzas
para desencarcelarse....

El viento calla escondido,
dormidas las olas yacen.
¡Oh, quién el sueño tranquilo
de su inmensidad gozase!

¡Cuánto de tí me revelan
sus misteriosos cristales!
De ellos tienes lo profundo!
¡Si tuvieras lo mudable!

AMÓS DE ESCALANTE.

LA MUJER

Y EL CONCILIO DE MACON.

En un artículo, *La Mujer*, publicado en el número último de LA TERTULIA, entusiasmado con su panegírico el autor, se vuelve contra todos los que sospecha hayan podido hablar al de su ídolo en tiempo alguno, y á este propósito dice: que los obispos del concilio de Macon cuestionaban seriamente *si la mujer tenia un alma.*»

Suponemos que la cuestion no seria sobre si tenia *dos*, ni la que tenia era *un ó una*, sino solamente *si la tenia*, ó no á la mujer otra cosa que un pedazo de carne con ojos; pero spechamos que para escribir de su *ángel*, el Sr. Araujo no bebido en angélicas fuentes.

Si en bien del mismo objeto de su poético entusiasmo, hubiese estado á leer el concilio de Macon ó Mascon (*Matisiense concilium*) veria que en ninguno de los dos que hubo halla una palabra que pueda referirse siquiera á tal cuestion. En el cánón 12 del segundo se habla de las viudas y huérfanos, mas no para cuestionar si tenían alma, sino para dar protección, poniendo sus causas al amparo del obispo, á fin de que no fueran molestados sin razon por los jueces: que solia ser la ocupacion de los concilios; despues de definir dogma y arreglar la disciplina, atendian á las personas que más protección necesitaban, la mujer, la viuda, el huérfano y el esclavo, en ese camino de la regeneracion social que la Iglesia venia trabajando con tanta constancia como evidencia desde su fundacion. Y es preciso desconocer mucho la historia, ó contar demasiado con la credulidad de los lectores para escribir de otra manera.

Dícese sí, que hubo filósofo que quiso poner en duda si la mujer habia sido redimida por Jesucristo, porque *nihil tantum urdum quod dictum non fuerit á filósofis*; pero que la mujer no tuviera alma, solo han podido decirlo los que se la niegan tambien al hombre.

Un humanista del siglo XVI, disfrazado con el nombre de Valente Acidálio, publicó una disertacion burlesca *in qua demonstratur mulieres non esse homines*; y allí apareció por primera vez (que sepamos) esa patraña relativa al concilio de Macon. Repitieronla en el siglo pasado, como si fuese cosa seria, Voltaire y otros, enemigos de la Iglesia, tanto como poco escrupulosos en materia de citas. Y no es extraño que la mujer á quien el Sr. Araujo fué con ese cuento se llenara de indignacion y llorase, pues poco menos nos sucedió á nosotros, apesar de estar encanecidos y encallecidos de oír desatinos, y habrá sucedido á los demás lectores de LA TERTULIA, al ver como se escribe la historia.

Dice tambien el articulista que Adan, al ver á nuestra madre comun Eva, antes y despues de la caída, se preguntó ¿qué es la mujer?; y que esta pregunta, repetida en todos los tonos y en todas las lenguas, rebotando de generacion en generacion, ha llegado á alcanzar el *siglo de las luces*, el siglo décimo nono, sin haber sido jamás resuelta de una manera para todos satisfactoria; diciendo unos que *la mujer es un ángel*, otros que *es un demonio*, y los terceros que *la mujer es un misterio*: el Sr. Araujo se decide por la primera indudablemente: *la mujer es un ángel*.

Nuestro padre Adan, al salir de aquel profundo sueño, durante el que de una de sus costillas formó Dios á la mujer, se decidió indudablemente por lo que era, cuando dijo: *eres hueso de mis huesos y carne de mi carne: esta será llamada varona, porque del varon fué tomada. Por lo cual dejará el hombre á su padre y á su madre, y se unirá á su mujer y serán dos en una carne*.

Es, pues, la mujer la compañera del hombre: no un ángel, ni demonio, ni otro misterio hay en ella que el que el hombre encierra, que juntos forman la humanidad entera. Los dos fueron puestos en aquel paraiso de delicias por la mano de Dios, santos y perfectos, llenos de luz y de inteligencia, y á los dos alcanzaba la promesa divina en premio de su obediencia; pero los dos pecaron, y los dos fueron arrojados del Eden, sintiendo desde luego las consecuencias del divino anatema, cada uno segun la condicion de su sexo.

Siendo débil el de la mujer, y entronizado como principio el derecho del más fuerte, segun fué olvidándose su origen y apartándose de la voluntad de Dios, la mujer tuvo el triste privilegio de experimentar en todo su rigor las consecuencias de este desorden. Sabia además la mujer que pesaba sobre ella una ley divina de expiacion; y al salir del arca, segunda cuna del género humano, los paganos enseñaron á sus hijos los hechos principales de los tiempos primitivos, y

estos habian llevado sus recuerdos á lejanas emigraciones. El pecado original que condenaba á la mujer á las lágrimas y al dolor, estaba presente á sus ojos, y no ignoraba cómo se habia cometido y la parte que habia tomado cada uno de sus actores en aquel tremendo drama. De aquí las tradiciones universales de Oriente y de Occidente, en las que la mujer aparece *al frente del mal*, y todas las generaciones repitiendo estas palabras lamentables y terribles: *Por la mujer estamos todos condenados á morir.*

La mujer, culpable hácia Dios y el hombre, debia ser castigada por entrambos: el Criador le intimó su sentencia: *parirás con dolor,—castigo divino,—y estarás sometida al hombre, que ejercerá sobre tí su imperio,—castigo humano.* El hombre, por un instinto terrible, ó tal vez por encargo divino, fué el ejecutor desapiadado, y á veces injusto, del anatema primitivo. Por estas nociones, históricamente incontestables, puede solo explicarse el prodigioso estado de servidumbre y esclavitud en que vivió la mujer desde el origen del mundo hasta el instante, siempre bendito, en que una mujer (Virgen y Madre de Dios) vino á rehabilitar su sexo, y á colocar á la mujer *al frente de todo bien.*

¡Inefable accion aquella que encierra toda una revolucion social! La augusta Trinidad aparece suplicante ante la mujer, ante María.... y de aquel momento decisivo estaba pendiente la historia de los siglos, esperando la respuesta de María. Cuando aquella mujer bendita, inclinando suavemente su cabeza virginal, contestó: *Aquí está la esclava del Señor*, y se hizo esposa y madre del Hombre-Dios, el mundo quedó salvado, y salvado por una mujer, y se levantó el anatema que pesaba sobre ella, estando desde entonces al frente de todo bien. La mujer, reformada sobre el modelo de María, volvió á ser lo que era y lo que debió haber sido siempre, segun la intencion del Hacedor, la ayuda, la compañera, el ángel del hombre.

Un instinto sublime parece que está diciendo siempre y sin cesar á la mujer que debe pagar con largueza el inmenso beneficio que recibió de la religion, y por eso se llama á su sexo el sexo devoto, y se la ve en todas las obras de caridad, y la mujer cristiana, cualquiera que sea su nombre, madre, hermana, hija, esposa, es siempre el ángel de oracion, la mediadora de la paz, apóstol de la clemencia, milagro vivo de valor y de caridad, que cruza los siglos haciendo el bien, como su divino Maestro, cumpliéndose lo que decia el sagrado testo: *donde no está la mujer gime el desgraciado.*

Mas si olvidando, desagradecida, aquel inmenso beneficio que de la religion recibiera, aparta sus ojos del divino mode-

lo y falta á los deberes de su sexo, luego al punto vuelve á caer en el cieno en que la habia sumido el paganismo; y por una consecuencia precisa sufre, como débil, la dura servidumbre del hombre, que es más fuerte. ¡Reina feliz del mundo cuando la sociedad está con Dios: esclava envilecida del hombre cuando la sociedad se corrompe! Eso es la *mujer*, esa su historia, esè su destino.

En esta alternativa, en esta accion y reaccion de la virtud y el vicio sobre la sociedad, de que la historia nos presenta tantos ejemplos de útil enseñanza, tiene razon el Sr. Araujo: unos han visto en la mujer un ángel y hasta la *diosa de la razon*; otros la han convertido en demonio, y algunos, no sabiendo qué partido tomar, han respetado el misterio por cosa para ellos indescifrable; como aquellas cavernas profundas que ya despiden luz y resplandores que atraen, ya dejan sentir ruidos siniestros que detienen al viajero en su exploracion; como los grandes rios, que ora fecundizan con sus aguas las tierras vecinas, ó las arrastran en torrente cuando se desbordan.

Empero sabe tambien el Sr. Araujo que la Iglesia, fiel depositaria de la narracion Mosáica y maestra de toda verdad, siguiendo la doctrina de su divino fundador, no pregunta *¿qué es la mujer?* sino que *enseña*, y viene repitiendo en todos los tonos y en todas las lenguas, de generacion en generacion, hasta haber alcanzado el *siglo de las luces*, el siglo décimo nono, que *la mujer es la compañera del hombre*; y jamás sus concilios discutieron sériamente si tenia alma. ¿Cómo lo podian dudar los obispos, que sabian que Jesucristo habia salvado á una mujer por su fé, amparado á la adúltera por su confesion, instruido á la Cananea junto al pozo de Jacob ofreciéndola el agua viva que salta á la vida eterna, perdonado á María Magdalena sus pecados porque amó mucho, y dicho á las santas mujeres que lloraban en el camino de la Cruz, *llorad por vosotras mismas?* Cómo lo podian dudar leyendo las actas de los mártires, de aquella época heroica del cristianismo, donde tantos millares de mujeres heroínas confesaron su fé y entregaron sus miembros al verdugo por amor á Jesucristo? Cómo lo podian dudar los obispos del concilio de Macon en el siglo VI, cuando siglos antes la Iglesia reunida en concilio general habia declarado que una mujer, María, era Madre de Dios?

Concluiremos repitiendo, porque no es de olvidarse, que es preciso desconocer mucho la historia, ó contar demasiado con la credulidad de los lectores para escribir así tales cosas que el natural sentido las rechaza.

B. BENGOA.

FANTASÍA.

TRADUCCION DE VICTOR HUGO.

Lo giorno se n' andava é l' sear bruno
toglieva gli animal che sono 'n terra
dalle fatiche loro.

DANTE.

Oh! dejadme! es la hora en que, al morir la tarde,
del horizonte surge levísimo vapor,
que el desigual contorno, á que la vista alcanza,
oculta bajo el velo que tiende en su redor.

Es la hora en que el gigante de los celestes astros,
de sus fulgores muerta la viva irradiacion,
el rojo color toma que entre la blanca bruma
es de su pronta ausencia hermoso precursor.

La selva dilatada, del horizonte estenso
tiñe en rojizos tonos el último confin,
con el color sin brillo de las marchitas hojas,
que lánguidas se inclinan, cercanas á morir.

Parece en estos días, en que el Otoño acaba,
que entre la espesa lluvia y el mortecino sol,
de la poblada selva enroñeció el follaje
el destructor influjo de su comun accion.

Oh! qué potente mano hará surgir de pronto,
—mientras de mi ventana bajo el tosco dintel
yo sueño embebecido, y las oscuras sombras
ocupan de mi estancia la lóbrega estrechez—

qué mago poderoso hará que ante mi vista
desplegue sus encantos, bañada en suave luz,
una ciudad moruna, de nadie conocida,
más bella que la rica y espléndida Stambul?

Que como el rayo fúlgido, partido en mil centellas,
alumbra el ancho espacio sus senos al cruzar,

desgarre luminosa con sus agujas de oro
las nieblas que me envuelven en triste oscuridad!

Que inspire con la mágia de su belleza y fausto
las pálidas canciones, que arranco á mi laud,
tan tristes como el cielo del moribundo otoño,
y á mis oscuros ojos alumbre con su luz!

Y que por largo tiempo al extinguirse vaga
del cárdeno horizonte por la húmeda region,
con las agudas torres de sus palacios de hadas
figure entre las nieblas magnífico feston!

ADOLFO DE LA FUENTE.

LA CARIDAD DE TODO UN PUEBLO.

Eran las primeras horas de una tormentosa noche del airoso pasado Marzo; una de esas noches en que parece que el cielo arroja contra nuestro pobre planeta todas sus irás y amenaza hacerlo desaparecer del universal concierto; noche espantosa de huracan, aguacero, truenos, relámpagos, y cuantos elementos pueden desencadenarse.

El mar cantábrico, ese gigante hermoso en su soberbia arrogancia, ofrecia desde la costa un espectáculo á la vez asombroso y aterrador; fascinador por lo que tenia de grande, espantoso por lo que tenia de terrible. El huracan, tan temido en la espresada costa, silbaba con una violencia po-

cas veces conocida; mejor dicho, rugía amenazador, y penetrando en las entrañas del espumoso mar, lo hacia levantar en montañas de agua que hasta el cielo parecían llegar, y que luego, persiguiéndose unas á otras, corrían en vertiginosa carrera á estrellarse contra las altas montañas que á Santoña defienden, donde rompiendo con toda la furia de su fuerza incomparable, se convertían en gigantesca cascada. Las negras nubes casi se unían al irritado mar, reflejando en él su color sombrío; el agua que las primeras arrojaban, se enlazaba con las que el segundo espelia de su agitado fondo, y el continuo mugir del mar, confundido con el ruido de los truenos y el agudo clamor del huracan, hacia como ninguna otra aterradora aquella noche en que ni el rayo faltaba para iluminar con su siniestra luz el soberbio cuadro.

Varias embarcaciones, mezquino juguete de las irritadas olas, eran impulsadas por estas en violentas sacudidas, ya subiendo hasta tocar las nubes, ya bajando hasta las entrañas del salado elemento que ante ellas se abrían cual si tragarlos quisieran. Uno de los espresados barcos que hacia heroicos esfuerzos por aproximarse al abrigado puerto de Santoña, desapareció en uno de los bruscos vaivenes y fué á perderse con toda la tripulacion en el revuelto fondo que la guardó ansioso. El terrible mónstruo siguió su marcha devastadora, y nada se ha podido averiguar del drama en la pequeña embarcacion desarrollado y terminado en los abismos del mar. ¡Quién es capaz de descubrir los infinitos secretos que éste guarda bajo su capa de esmeraldas! Otro buque de vela y no grandes dimensiones se defendía bizarramente delante de Laredo, haciendo rápidas maniobras y presentando la proa á la ola que venia amenazadora á destrozar su frágil casco.

Cuando la noche cerró por completo, el barco quedaba en apurada situacion; pero al presentarse el nuevo dia iluminó un cuadro aun más triste. El huracan habia calmado y la tormenta cedido; mas el buque estaba encallado en el arenal de Laredo, completamente acostado; una de sus bandas desaparecía dentro del agua, mientras la opuesta se alzaba hasta enseñar la quilla; en la parte que quedaba más alta se veía á á toda la tripulacion agarrada al costado con la fuerza de la desesperacion, porque las olas al retirarse querían arrastrarlos tras de sí; algunos marineros habian perecido al intentar ganar á nado la vecina orilla, y el resto se defendía con la energía que presta el instinto de la propia conservacion, y pedían auxilio con toda la angustia de tan supremos instantes. Los náufragos clamaban en un idioma extranjero; pero esto no significa nada para el pecho generoso que vé en el que

sufre un sér humano, un hermano, ya sea inglés, turco ó ruso, un hermano á quien tiene obligacion de socorrer. Apenas llegó al pueblo de Laredo la noticia de lo ocurrido, el vecindario en masa se trasladó al sitio del siniestro, grandes y pequeños, pobres y ricos, todos impulsados por un mismo deseo, el de ser útiles á aquellos infelices; ni el agua que las nubes despedían en abundancia, ni la borrasca que aún rugía en el mar, era bastante á entiviar el generoso ardor que los animaba. Entonces, á la vista del buque náufrago y en el puntal que á Laredo casi une con Santoña, tuvieron lugar rasgos de generosidad y abnegacion que merecen ser consignados, por lo mismo que ahora no abundan; los nobles sentimientos necesitan el calor del estímulo para no morir en la atmósfera de hielo que nos rodea. Los impulsos generosos se propagan con el ejemplo y conviene darlos á conocer.

Todos los infinitos espectadores de la encarnizada lucha, que entre el hombre y el bravío mónstruo estaba teniendo lugar, contemplaban á los pobres marineros trémulos de emocion, transidos de terror al verlos tan espuestos, y dominados por una sola idea comun á todos, la de correr á salvarlos. Entre la muchedumbre habia un hombre que figuraba como actor en la terrible escena, era el capitán del buque, á quien el temporal habia cogido en tierra, y tenia á su hijo entre los náufragos que á su vista iban á desaparecer, sin que le fuera dado tender una mano al hijo de sus entrañas. ¡Angustiosa situacion!

El infeliz padre pedia ayuda próximo á desfallecer, y mil voces se alzaron para tranquilizarle, jurando salvarlos á todos ó perecer. Pronto fué botada al agua una lancha que la resaca se llevaba cual ligera pluma y que tuvieron que sujetar por medio de amarras que hombres fornidos sostenian en la orilla; la fragil barca ofrecia mil peligros, uno de ellos era que pudiera mas la fuerza atractiva del mar que la de los hombres que la barca sujetaban y ésta fuera arrastrada por las olas; y sin embargo, el pueblo en masa, jóvenes y viejos, todos querian saltar á ella ansiosos de socorrer á los que en peligro se hallaban, sin pensar un solo instante en el peligro propio. ¡Sublime sentimiento el que los impulsaba á hacer abnegacion de lo que más caro nos es! ¡Admirable y santa caridad! Tantos se empeñaban en compartir el peligro, que casi por la fuerza tuvieron que alejar á los que sobraban para la generosa obra, y la lancha fué lanzada al agua, quedando todos con el alma en los ojos que seguian ansiosos los vaivenes de la salvadora embarcacion. Un grito intraducible, unsono, grito de embriagadora esperanza, de frenética alegría,

salió del buque náufrago cuando la barca estuvo cerca, y como lanzados por un mismo impulso los marineros cayeron á un tiempo de rodillas, y alzando las manos al cielo dieron gracias al Dios que los salvaba. Todo ser humano, sea cual fuere su religion, siente en tan supremo instante necesidad de elevar al cielo su ferviente plegaria.

Breves instantes despues y tras mil peripecias, los atribulados tripulantes estuvieron en la lancha salvadora, donde algunos perdieron el sentido, faltos ya de fuerzas.

Las más vivas demostraciones de placer resonaron en la playa al atracar la pequeña y triunfante barca; el padre que ya lloraba á su hijo perdido, pudo estrecharle delirante contra su corazon sano y salvo, si bien exánime por breves instantes, y todo el mundo se dedicó á terminar la comenzada obra.

Entonces tocó su vez al sexo débil de tomar parte en el generoso pugilato; las mujeres rodearon á los náufragos, los asistieron cual madres cariñosas, acudieron unas con tazas de caldo y cuantas bebidas calientes creyeron necesarias. otras con ropas de sus maridos é hijos y con mantas, de las que se servian para hacer entrar en reaccion los ateridos miembros de sus protegidos; con afectuosa solicitud los abrigaban y levantando sus desfallecidas cabezas les hacian beber las tisanas á su estado precisas. ¡Magnífico cuadro que atraia consoladoras lágrimas á los ojos de cuantos lo contemplaban y llevaba al alma grata emocion! No contentos aún con lo hecho, cuando aquellos infelices estuvieron más aliviados, se disputaron la satisfaccion de llevarlos á sus casas y fueron repartidos entre unas y otras. Así que estuvieron en estado de abandonar el pueblo marcharon, y seguramente bendecirán toda su vida á los que despues de salvarlos de una muerte segura les prodigaron los más tiernos cuidados y concedieron la hospitalidad más cordial.

Esos extranjeros, que si mal no recordamos, eran noruegos, podrán decir muy alto en su país que en un rincon de esta hermosa y calumniada España; que en un pequeño pueblo bañado por el soberbio Océano y enriquecido por grandes recuerdos que en la historia lo hacen dignamente figurar, han encontrado más caridad, más abnegacion y más virtudes que en las grandes capitales que se tienen por reinas del mundo y astros de la civilizacion.

Feliz el pueblo que cuenta con hijos de sentimientos generosos y nobles cual muy pocos, pues que hacen el bien solo por el placer de hacerlo y sin aspirar á la gloria ni desear el aplauso; feliz la nacion en que tales pueblos se cuentan, que no solo de los grandes y ruidosos hechos se debe enorgulle-

cer la patria; hay cosas que nuestra miopia nos hace ver pequeñas y en realidad son grandes. Dichosa, en fin, la pluma que á acciones tan generosas se encarga de dar publicidad para proporcionarles el no esperado estímulo del general aplauso.

ADELA SANCHEZ CANTOS.

COMO TU PUREZA NADA.

Los matices preciosos de la rosa,
Los tintes de la aurora arrobadores,
Del clavel arrogante los colores,
Envidian á tu boca deliciosa.
Al blanco de azucena esplendorosa,
Que esparce en el jardín puros olores,
Al de magnolia, reina de las flores,
Les aventaja el de tu frente hermosa.
De tus ojos trastorna la viveza.
La palma de la Arabia, alta y erguida
No te iguala en donaire y gentileza;
Y nada existe aquí, niña querida,
Que compararse pueda á la pureza
Que allá en el fondo de tu alma anida.

JESÚS PANDO Y VALLE.

EL CAMPO EN ASTURIAS.

II.

Rudas, sencillas y guerreras fueron siempre las costumbres de los habitantes de esta comarca, en cuyos naturales límites comprendió la naturaleza y la historia las razas gemelas de cántabros y astures (1), que fieros y celosos de su independencia, resistieron el poder de Roma, emponzoñándose con el zumo del tejo ántes que rendirse prisioneros, y entonando al morir en la cruz de que los suspendían sus enemigos, himnos y cánticos de victoria; que se levantaron animosos contra los feroces invasores del Norte, acaudillados por los Bagandas, tipo y ejemplar de los posteriores guerrilleros españoles, que llevaron á cabo con Pelayo la restauración de la monarquía, que encerrada en los estrechos límites de una cueva, se extendió despues por los ámbitos de dos mundos, y cuyos hijos más tarde declararon la guerra al vencedor de Europa desde el fondo de sus gloriosas montañas.

Religiosos en alto grado, unieron á sus creencias en un solo Dios Creador y Señor de todas las cosas, al que festejaban con danzas y coros en las espléndidas noches del plenilunio, las más atroces y crueles supersticiones, sacrificando al númen de la guerra hombres y caballos juntamente. Tendencia tan irresistible á lo maravilloso en estas razas, que aun hoy dia, á pesar del invasor escepticismo de los tiempos, no faltan crédulos aldeanos que afirman la existencia de las misteriosas *xanas*, lavando sus madejas de oro en el trasparente remanso de los cristalinos manantiales, y la temida aparición de la *Hueste*, desfilando en lenta procesion por las cumbreras de las montañas en las altas horas de la noche.

Así lo relatan los ancianos á los jóvenes, cuando sentados

(1) Véase sobre los límites definitivos de la Cantabria, Aureliano Fernández-Guerra, *El Libro de Santoña*.

cabe el *llar*, donde resplandece y chispea el encendido tronco del roble ó del castaño, se entregan hombres y mujeres á las rústicas labores de la *esfoyaza* ó de la *fila* en las claras noches de verano, ó en las largas y brumosas del invierno, mientras el jarron de la clásica *sidra* pasa de mano en mano y de boca en boca, y mientras las castañas revientan y se doran bajo el rescoldo y la ceniza.

El *bable*, antiguo dialecto de sus montañas, hijo, sin duda, de aquella enérgica y sonora lengua que, según el inspirado cronista del emperador de las Españas Alonso VII, «enardecía los corazones como el vibrante y agudo clamor de una trompeta,» y cuya semejanza con el antiguo castellano aparece al momento que por primera vez se oye pronunciado con el melancólico acento de aquellos hijos de las nieblas, es el idioma nativo con que se espresan los astures; y la graciosa montera, derribadas las puntas sobre el lado izquierdo, la verde chaqueta terciada sobre el mismo hombro, el corto y apretado calzón hasta la rodilla, y el nudoso garrote en la mano, en los hombres; y el vistoso pañuelo sobre la cabeza, el dengue cruzado sobre el ancho seno, las medias azules y las sayas cortas, verdes ó amarillas en las mujeres, constituyen los tradicionales y pintorescos trajes de aquellos sencillos aldeanos.

Las *romerías* celebradas alrededor de algun histórico santuario situado en lo alto de alguna colina sobre las riberas del mar, ó en el fondo de algun sombrío bosque de copudos *carbayos*, son las fiestas habituales de estas comarcas. Allí, á los fulgentes resplandores de alguna colosal *foguera* alimentada por carros enteros de secas *árgomas*, unidos hombres y mujeres por las manos, y con los palos levantados en alto á guisa de lanzas, se entregan, formando ancha rueda, á los acompasados movimientos de la *danza prima*, antigua *danza guerrera* de los primitivos astures, cuyo misterioso origen se remonta á las edades homéricas, acompañada de cantos tristes y cadenciosos, solo interrumpido por el feroz ¡*jújú!* lanzado de cuando en cuando á los aires en son de reto, como salvaje grito de guerra, y no pocas veces terminados al son de tremendos garrotazos entre los contrarios y rivales habitantes de dos comarcas vecinas.

La siembra y el cultivo del *maíz*, planta favorita de los asturianos, que les suministra la dorada *borona* con que reemplazan el pan; la cria del ganado vacuno, providencia de aquellas montañas; la fabricacion de la *sidra* en los gigantescos *llagares* de madera, son las labores ordinarias de aquellas gentes, que las alternan con la elaboracion de la manteca y del queso, en las montañas en que los sustancio-

osos y aromáticos pastos dan á la leche las apetecidas condiciones.

El carro de macizas y claveteadas ruedas, cuyos apretados ejes rechinan con estridente y desapacible chirrido; el *horreo* levantado sobre cuatro piláres, y revestido de las amarillas ristras de panojas, son los objetos más característicos de su agricultura, que tienen la esplicacion de su particularidad, el primero en la angostura y declive de los senderos, y el segundo en la humedad del suelo y en la abundancia de roedores.

Diseminados por los montes los caseríos de las aldeas, solo conocen sus habitantes como lugar de reunion la iglesia, en cuyos pórticos aprenden la doctrina y las letras los traviesos rapaces, y leen con grave voz los alcaldes los bandos de la autoridad, y bajo cuyas bóvedas asiste el pueblo á la celebracion del Santo Sacrificio con edificante devocion y recogimiento. Las distancias que algunos tienen que recorrer para cumplir este precepto son grandes y de tránsito peligroso en algunas épocas y regiones. Morales recuerda en su *Viaje Santo* su visita á la iglesia de Santa Eulalia de Abamia: «El dia que yo allí estuve, dice, era domingo, y parecia que estaba allí el real del rey D. Pelayo, pues habia más de doscientas lanzas hincadas alrededor de la iglesia, de los que venian á misa. Y dan razon del traerlas, que como vienen por aquellas breñas, pueden encontrar un oso de que hay hartos, y quieren tener con qué defenderse.»

Mayores peligros y dificultades suelen ofrecerles las nieves, que cayendo copiosamente en aquellas montañas, sepultan sus pueblos y caminos bajo el blanco sudario de sus copos. A desembarazar las degolladas ó pasos de los puertos acuden á centenares los *espaladores*, labrando entre los blancos paredones hondo camino, por donde transitan con sus caballerías, comunicándose solo los habitantes de las aldeas encaramadas en los montes por agujeros y túneles abiertos en la nieve. Los remolinos formados por la ventisca, y los aludes y las abalanchas que se desprenden desde la cima de los montes, hace peligrosísimo el tránsito por aquellos parajes, en los que solo en dias serenos y despejados se aventuran los guías, sondeando antes de moverse el terreno con largas *pértigas* ó palos para asegurarse de su firmeza.

Estos trabajos y faenas hacen del asturiano un hombre duro, sóbrio y fuerte, cuyo natural melancólico resalta más con su rostro, de tez blanca, dorada por el sol, adornado por los ojos azules y por los cabellos rubios ó castaños comunes á las razas del Norte, y dan á las asturianas que alternan con los hombres en los trabajos campestres, hilan el lino y trepan

por las montañas á las fuentes, con la graciosa *ferrada* cubierta de sus brillantes aros de hierro sobre la cabeza, la salud y la robusted que atestiguan su fecundidad, y los largos años de vida que por lo comun alcanzan.

Tales son los comunes caractéres de los tipos, costumbres y usos asturianos, tomados en conjunto, pues mal pueden equipararse en un todo los habitantes cercanos á las ciudades de la costa con los que viven perdidos en lo más áspero y salvaje de las montañas del interior, y regiones hay en que, como dice un diligente investigador de nuestras bellezas (1), «á medida que se interna hácia el Sur, hácese más quebrado y montuoso el suelo, más escasos y míseros los lugares, más incultos sus moradores, y al llegar el viajero, cruzando el concejo de Ibias, á los encumbrados puertos que divididos por hondos valles cruzan los confines de las tres provincias de Galicia, Astúrias y Leon, asómbrase de verse en el seno de un país completamente salvaje. Grupos de pajizas cabañas, figuras pálidas y bellas con informes harapos por vestidos, con inarticulados gritos por lenguaje, parecidos casi á los osos de sus breñas, tropas de niños y mujeres huyendo con espanto al desacostumbrado ruido de las pisadas de un caballo, ó saliendo á su encuentro con estúpida curiosidad; pobrísimos hogares donde son objetos de lujo casi desconocido el pan, el vino y el aceite, pueblan solamente aquel territorio, por otra parte pintoresco, pero agreste é infeliz sobre todos los fronterizos.»

A estas salvajes montañas, y cuando derretidas las nieves que las sepultan descubren sus verdes y menudas gramas las ondulantes praderas que las tapizan, es adonde conducen sus ganados las tribus casi nómadas de *vaqueros* que habitan las solitarias *brañas* en lo alto de los escarpados montes del interior y de la costa.

Raza maldita, cuyo desconocido génesis atribuyen unos á los primitivos aborígenes asturianos, otros á los siervos moros que se revelaron contra Aurelio, y los más á los fugitivos restos de los moriscos derrotados en las Alpujarras, sin que falten algunos que, con mayor fundamento á nuestro modo de ver, pretendan encontrarlo en los esclavos orientales que para el laboreo de las minas trasportaron los romanos á estas regiones; ofrece el singular espectáculo de una sociedad dentro de otra sociedad, de un pueblo viviendo en el seno de otro pueblo, sin confundirse ni mezclarse, separados por la infranqueable valla de añejas costumbres y arraigadísimas preocupaciones.

(1) Cuadrado, *Recuerdos y bellezas de España*.

Gente montaraz y arisca, exclusivamente entregados al pastoreo, viven vida comun con sus ganados y familias en el estrecho recinto de sus chozas de piedra, donde soportan las inclemencias del invierno, y que abandonan solitarias cuando llega la época de sus periódicas emigraciones.

Organizados entonces en grandes caravanas, dejan las costas y las montañas del interior para dirigirse á los altos puertos de las cordilleras, á través de casi impracticables senderos, llevando consigo todo su ajuar sobre los lomos del ganado vacuno, y suspendiendo sus más frágiles menesteres, sus animales domésticos, y hasta sus tiernos niños de pecho entre las astas de los bueyes, á cuya prudencia y seguro paso los confían en las penosas jornadas del camino.

Llegados á los puertos, ni siquiera establecen su aduar, viviendo vida primitiva en aquellos pintorescos lugares, alimentándose de la leche de sus ganados y durmiendo á cielo raso bajo la espléndida bóveda del cielo.

El origen maldito que se les atribuye, su vida de soledad y apartamiento, el apego á su rústica profesion y á sus salvajes costumbres, los encumbrados lugares que de antiguo habitan, y más que todo el influjo de la tradicion, perturbada por las generaciones, hacen de estos *vaqueros* una especie de *párias*, objeto de aversion y de menosprecio para los labradores asturianos, cuyo desvío pagan ellos con la más absoluta indiferencia. Ni los unos consienten sus alianzas, ni los otros las buscan ni las desean, manteniéndose siempre á distancia en todas las relaciones de la vida. Aún hay iglesias que conservan la inmensa viga atravesada por la nave, como insuperable barrera entre labradores y *vaqueros*, y aún hay mercados en los que el precio de la res se deposita sobre una piedra, de donde la recoge el *vaquero*, cuyo temido contacto parece recordar el de los antiguos leprosos de la Edad Media.

Y, sin embargo, es menester confesar, como decia Jovellanos (1), « que si hay un pueblo libre sobre la tierra, lo es éste, sin disputa, no porque no esté sujeto como los demás á las leyes generales del país, sino porque su pobreza lo exime de las civiles y su inocencia de las criminales; los reglamentos económicos no tienen jurisdiccion sobre él, porque solo cultiva para existir y solo trafica en los mercados libres... la aspereza de sus poblaciones aleja de él los molestos instrumentos de la justicia, y su rudeza natural los sorteos y los enganchadores para la guerra.»

ALEJANDRO PIDAL Y MON.

(1) Carta sobre el origen y costumbres de los *vaqueros de alsada* en Asturias.

HIMNO DE PRUDENCIO

EN LOOR DE LOS MÁRTIRES DE ZARAGOZA.

Bis novem noster populus sub uno.

De diez y ocho las cenizas guarda
Mártires sacros en la misma urna
Fiel nuestro pueblo: á Zaragoza cubre
Gloria tan alta.

De ángeles llena la ciudad augusta
No, frágil mundo, tu ruina teme,
Pues tantos dones que ofrecer á Cristo
Lleva en su seno.

Cuando el Señor sobre candente nube
Descienda, y vibre la fulmínea diestra,
Y justo pese con igual balanza
Todas las gentes.

Delante el Cristo, la cabeza erguida,
Prestas del orbe las ciudades todas,
Irán llevando en azafates de oro
Ricos presentes.

La África tierra mostrará tus huesos,
Doctor Cipriano de facundo lábio,
Y á Acisclo, á Zoel y á sus tres coronas
Córdoba magna.

Madre de santos Tarragona pía,
Triple diadema ofrecerás á Cristo,
Triple diadema á que Fructuoso añade
Lazos sutiles.

Cual áureo cerco las preciadas piedras,
Ciñe su nombre el de los dos hermanos:
De entrambos arde, en esplendor iguales,
Fúlgida llama.

Los santos miembros del glorioso Félix
Pequeña y rica ostentará Gerona:

Los dos guerreros Calahorra nuestra
Pátria querida.

Con Cucufate se alzará Barcino
Y con su Paulo la feraz Narbona,
Con tus cenizas la potente Arélas,
Divo Genesisio.

Vírgen Eulália, tus reliquias lleve
En dón á Cristo y ante el ara misma,
De Lusitania la ciudad cabeza,
Mérida insigne.

Doble tributo, duplicada ofrenda
Lleve en su seno la feliz Compluto,
De Justo y Pástor la inocente sangre,
Cándidos miembros.

Tánger, sepulcro de Masllios reyes,
No de Casiano la ceniza olvide
Que el suave impuso á los domados pueblos
Yugo de Cristo.

Pocas ciudades mostrarán un mártir,
Con dos ó tres agradarán algunas,
Tal vez con cinco ofrecerán á Cristo
Prenda de alianza.

Tú, Zaragoza, mostrarás diez y ocho,
Ciudad augusta del Señor amada,
Cinta la sien de ensangrentada oliva
Signo de paces.

Tú sola al paso del Señor pusiste
Mártires sáctos en legion inmensa,
Sola tú rica, de piedad espejo,
Rica en virtudes.

No te igualaron en tesoro tanto
Cartago, madre del guerrero Peno,
Ni Roma misma que el excelso ocupa
Sólio del mundo.

La pura sangre que bañó tus puertas
Por siempre excluye la infernal cohorte,
Purificada la ciudad, disipa
Densas tinieblas.

Nunca las sombras su recinto cubren,
Huye la peste del sagrado pueblo,
Y Cristo mora en sus abiertas plazas,
Cristo do quiera.

De aquí ceñido con la nívea estola,
Emblema noble de togada gente,
Tendió su vuelo á la region empírea
Coro triunfante.

Aquí, Vicente, tu laurel florece,
Aquí, rigiendo al animoso clero,
De los Valerios la mitrada estirpe
Sube á la gloria.

¡Oh cuántas veces la borrasca antigua
En torbellino estremeciendo el orbe,
Sobre los muros de este agosto templo
Rompe sus iras!

Mas no sin sangre de los nuestros nunca
Teñida fuera la gentil espada:
A cada golpe del granizo, brotan
Mártires nuevos.

¿Tú no teñiste con purpúreas gotas,
Claro Vicente, este sagrado suelo,
Cual cierto indicio de gloriosa muerte
Harto cercana?

A este venera en Zaragoza el pueblo
Cual si este césped su ceniza cubra,
Cual si guardara sus preciados huesos
Tumba paterna.

Nuestro es Vicente, aunque en ciudad ignota
Logró vencer y conquistar la palma:
Tal vez el muro de la gran Sagunto
Vió su martirio.

De Zaragoza en el estádio fuera
De fé y virtudes con el óleo ungido,
Para domar al enemigo horrendo
Fuerzas obtuvo.

Y le inflamaron los laureles pátrios,
Vió en este templo las diez y ocho palmas,
Y ardiendo en sed de conquistar tal gloria
Vuela al combate.

Aquí los huesos de la casta Engracia
Son venerados, la violenta vírgen
Que despreciara del insano mundo
Vana hermosura.

Mártir ninguno en nuestro suelo mora,
Cuando ha alcanzado su glorioso triunfo;
Sola tú, vírgen, nuestro suelo habitas,
Vences la muerte.

Vives, y aun puedes referir tus penas,
Palpando el hueco de arrancada carne,
Los negros surcos de la horrible herida
Puedes mostrarnos.

¡Qué atroz sayon te desgarró el costado,
Vertió tu sangre, laceró tus miembros!

Cortado un pecho, el corazón desnudo
Vióse patente.

Más padeciste que la misma muerte;
Cura la muerte los dolores graves
Y al fin otorga á los cansados miembros
Sumo reposo.

Mas tú conservas cicatriz horrible;
Hinchó tus venas el dolor ardiente,
Y tus médulas pertinaz gangrena
Sorda roía.

Aunque el acero del verdugo impío
El dón te niega de anhelada muerte,
Has obtenido cual si no vivieras,
Mártir, la palma.

De tus entrañas una parte vimos
Arrebatada por agudos gárfios:
Murió una parte de tu propio cuerpo,
Siendo tú viva.

Título nuevo de perenne gloria,
Nunca otorgado, concediera Cristo
A Zaragoza, de una mártir viva
Ser la morada.

Alza tu frente glorioso pueblo,
Rico en Optato y en Lupercio rico,
De los diez y ocho á tu senado ilustre
Salmos entona.

Canta á Successo y á Marcial celebra,
Canta la muerte del feliz Urbano,
De Quintio y Julio el venerado nombre
Suene en tus himnos.

Repita el coro de Frontón la gloria,
Del animoso Ceciliano el triunfo,
Y la preciada de Eguencio y Félix
Sangre vertida.

Ni á Publio olvide ni á Apodemo claro,
Ni á Primitivo en el silencio deje,
Ni á aquellos cuatro que nombrar esquivá
Sáfico metro.

La edad antigua Saturninos llama
A estos varones, y mi amor los nombra:
No es la tarea de cantar á santos
Ruda ni vana.

Grande es el arte que en sus cantos sepa
Los áureos nombres recitar de aquellos:
Cristo los sabe, y los conserva escritos,
Libro celeste.

Serán leídos en tremendo día
Cuando tu ángel los diez y ocho ofrezca,
Que por derecho de martirio y tumba
Rigen tu pueblo.

Y ha de añadir al número primo
La casta vírgen tras tormentos viva,
Muerto á Vicente, pues su gloria es nuestra,
Nuestra su sangre.

Y ha de mostrar á Cayo y á Cremencio
Saliendo ilesos del cruel certámen,
Llevando en signo de menor victoria
Palma incruenta.

La fé de Cristo confesaron ambos,
Ambos lucharon con viril desnudo,
Ambos gustaron, aunque levemente,
Gloria y martirio.

Por nuestras culpas el perdon implora
Esta legion bajo el altar guardada
En Zaragoza de varones tales
Engendradora.

Dejad que bañe con piadoso llanto
Mármol que cubre la esperanza nuestra,
Para romper las ligaduras fuertes
De mis pecados.

Póstrate humilde, generoso pueblo,
Y acompañando la festiva pompa,
Sigue despues las resurgentes almas,
Sigue los miembros.

M. MENÉNDEZ Y PELAYO.

LOS GARCÍ LASOS.

II.

EL VALIENTE.

Cuando fué muerto Garcí Laso *el Viejo* en Soria, mataron con él un hijo suyo, que debía ser el mayor, llamado Pero Laso, pues dejó una hija que entró á partir la herencia con sus tíos; y, de estos, quedaria por mayor el segundo Garcí Laso, bien que todavía muy jóven, como dice espresamente la Crónica, al hablar de la parte que tomó en la caída de Alvar Nuñez Osorio. Por tanto no pudo suceder en los empleos de su padre y se hubo de ejercitar, como todos los jóvenes distinguidos, en la guerra. En 1332 fué armado caballero por el Rey D. Alonso XI, cuando se coronó en Búrgos, y por el mismo tiempo fué nombrado mayordomo de D. Sancho y de D. Fernando, hijos del Rey en doña Leonor de Guzman. También Gonzalo Ruiz, hermano de Garcí Laso, fué mayordomo de D. Fadrique, despues infortunado Maestre de Santiago, cuando todos estos bastardos se hallaban en la niñez; por lo que, en realidad, sus mayordomos eran gobernadores de los Estados y rentas que el Rey señalaba á sus hijos, en cuyo nombre recibian tambien acatamientos para mantener gente armada al servicio del Estado.

Bajo estos conceptos se distinguieron en la guerra con Navarra, y en el primer cerco de Gibraltar, donde ambos fueron heridos. Despues concurrieron á la batalla del Salado, (30 de Octubre de 1340) y tan honrosamente se portaron, que merece recordarse circunstanciadamente. Llevaban la vanguardia, con otros caballeros y mesnadas de Castilla, bajo el mando del ilustre autor del *Conde Lucanor*, el Infante don Juan Manuel, en quien los años y sabiduría no habian amortiguado el valor, pero le habian hecho conocer la necesidad de ser bien dirigido. Llegaron á la orilla del rio, cuya otra

márgen ocupaban los moros, y allí se detuvieron, probablemente por dar lugar á que acometiese de flanco la guarnicion de Tarifa reforzada considerablemente la noche antes por consejo de D. Juan Manuel, segun dice la Crónica en verso. Pero esto que podia ser prudente consejo en el capitan, semejaba cobardía y traicion á los soldados, que sentian hervir la sangre en el pecho y no podian sufrir espera al frente del enemigo. Con la antigua libertad castellana, increpaban á D. Juan Manuel, y el jóven Garci Jofre Tenorio, hijo del almirante que poco antes muriera gloriosamente combatiendo solo con toda la escuadra musulmana, le echó en rostro que « la su espada *Lobera*, que decia él que era de virtud, mas debia de hacer en aquel día. » Ni por eso se alteró, ni movió un paso, D. Juan Manuel, hasta que el mismo Rey mandó un caballero á preguntarle por qué no pasaban. Entonces el alferez movió con el pendon, pero D. Juan Manuel, con más valor del que se necesitaba para acometer, dió una mazada á su alferez, que por poco no le derribó dei caballo.

Entre tanto Garci Laso y Gonzalo Ruiz llegaron cerca de un pequeño puente y algunos de sus hombres de á pié, más atrevidos ó desmandados, pasaron á la otra banda, probablemente serian paisanos suyos, pues la Crónica dice que habia gentes de pié de las montañas de Vizcaya, Guipúzcoa y Alava; de Asturias de Santa Illana y Asturias de Oviedo; y que, por socorrer unos hombres de pié que estaban allende el rio, Gonzalo Ruiz y las tropas de D. Fadrique pasaron aquel puente. Garci Laso en cuanto vió que su hermano Gonzalo habia pasado, pasó tambien. « Et estos fueron los primeros que en aquel día pasaron el rio del Salado », dice la Crónica.

Cara les hubo de costar esta honra, pues aunque hicieron cejar á triples fuerzas que defendian la pasada y las arrollaron sobre las haces mayores, luego, segun la costumbre africana, volvieron todos con más ímpetu. « Et estos caballeros estidieron muy firmes, sufriendo muchas azagayadas et espadadas, et dando muchos golpes en los moros; pero los moros eran muchos é los cristianos pocos et estaban en gran afinamiento. Et como quier que aquellos caballeros hicieron esto á buena intencion, el Rey quisiera que ovieran fecho segun que lo él habia mandado. » (Hé aquí la justificacion de D. Juan Manuel, á quien el Rey no mandó pasar, sino preguntarle por qué no pasaba.) « Pero porque los vió estar en aquel afinamiento, envió mandar á D. Alvar Perez de Guzman que los fuese acorrer; et D. Alvar Perez, et con él aquellos que el Rey le habia dado que le guardasen, pasó la puente et fué ayudar á Garci Laso et á Gonzalo Ruiz et á los vasallos de D. Fadrique et de D. Fernando, que estaban en gran afinca-

miento. Cuando llegó D. Alvar Perez los moros habian ferido á Garci Laso; pero todos en uno pelearon en aquel lugar con los moros mucho afincadamente en manera que los moros fueron vencidos.»

De buen grado copiaríamos otros muchos pasajes de la Crónica, escrita evidentemente por testigo ocular, especialmente donde cuenta se vió el mismo Rey apurado y al sentir clavarse una saeta en el arzon de su silla gritó como el Cid en circunstancia semejante: «*Freridlos, que yo só el Rey don Alfonso de Castilla et de Leon, cá el dia de hoy veré yo cuales son mis vasallos, et verán ellos quien soy.*» Mas por no separarnos demasiado de nuestro propósito, nos limitaremos á añadir que, antes de apartarse del campo de batalla, «armó el Rey dos caballeros, que decian al uno Gonzalo Ruiz de la Vega, et al otro Garci Garciaz de Grijalva, porque le sirvieron muy bien en aquella lid, et dióles heredades.» (Garci Laso ya habia sido armado caballero por el mismo Rey cuando se armó y coronó por su propia mano.)

No fueron menores los servicios de Garci Laso en el célebre sitio de Algeciras, por todo el tiempo que duró, y fué uno de los caudillos que con su gente puso el Rey en las galeras, cuando se esperaba una batalla naval por socorrer los moros á los sitiados. En otras muchas ocasiones se valia de él, como uno de los en que tenia mayor confianza y servian de mejor talante. Concurrió tambien al segundo sitio de Gibraltar, donde murió el rey D. Alonso, y acompañó á Sevilla los restos mortales del monarca que hasta los moros mismos honraron, prohibiendo molestar á su fúnebre séquito.

Entonces, y en la mutacion de oficios propia de un nuevo reinado, logró Garci Laso que se le restituyese, digámoslo así, el cargo de Adelantado, ó Merino mayor de Castilla, que tuvo su padre. Debido esto á los buenos oficios de D. Juan Nuñez de Lara, no es de estrañar siguiese el partido de éste cuando, hallándose el Rey D. Pedro peligrosamente enfermo en Sevilla, se trató de la sucesion á la Corona. D. Juan Nuñez, además de representar el derecho de los Cerdas, alegado despues por D. Juan I contra el duque de Alencastre, (Lancaster) era castellano y mandó en Castilla: gran motivo de preferencia sobre su competidor el infante D. Fernando de Aragon que, al cabo, tampoco tenia derecho sino por su madre, aun viva. Pero, de todos modos, esto era negar indirectamente el orden de suceder en la Corona seguido desde D. Sancho *el Bravo*, y no es de estrañar que el Rey, despues que sanó, quedase resentido de tales conversaciones: aun entré personas más cercanas suele ser odioso el sucesor. Con esto y la muerte de D. Juan Nuñez, Garci Laso se retiró de la cór-

te, y parece se limitó al cumplimiento de su cargo de Merino mayor de Castilla.

El año siguiente (1351) los de Búrgos mataron á un recaudador que pretendía seguir exigiendo la alcabala, otorgada en el anterior reinado para el cerco de Algeciras y únicamente mientras durase la guerra con los moros, que ya habia cesado.

Pero D. Juan Alfonso de Alburquerque gobernaba el reino y la casa Real; tal vez ignoraba, como extranjero, los fueros de Castilla y solo vió en este accidente desgraciado una ocasion de abrumar á sus enemigos, al par que á los resistentes. Garci Laso debió hallarse entonces comprometido entre los fueros de su país y de la justicia puesta á su cargo, junto con el peligro de ofender al Rey su señor; sus acciones demuestran que siguiendo las huellas de su padre, se sacrificó al cumplimiento del deber. Venia el Rey de mano armada y ofendido: sin embargo, salió á su encuentro desarmado, y tres leguas antes de Búrgos, en Celada, debió representarle los derechos conculcados y lo que la conveniencia pública exigia, puesto que los amigos de D. Juan Alfonso, los que le apoyaban en sus desafueros, por conveniencia particular, codiciando hasta el cargo mismo que Garci Laso desempeñaba, se trabaron con este de palabras, como dice el cronista, muy malas; de modo que el rey les mandó callar. Puede conjeturarse cuáles serian por las que el mismo D. Juan García Manrique, competidor de Garci Laso, dictara poco antes á D. Tello, hermano bastardo del Rey, niño de trece años, cuando el mismo Rey le anunció la muerte de D.^a Leonor de Guzman en estos términos: «*D. Tello ¿sabedes como vuestra madre Doña Leonor es muerta?*—E D. Tello, por consejo de D. Johan García Manrique, que le castigó (amonestó) que así lo dijese, respondió al Rey:—*Señor: yo no tengo otro padre nin otra madre salvo á la Vuestra Merced.*»—Quienes así ultrajaban los fueros de la naturaleza, mal podian respetar los del país, y quien le defendió contra innumerable ejército moro, no podria callar merecidos baldones á la turba adulatora.

Al mismo tiempo enviaron los de Búrgos mensajeros que pidiesen al Rey no entrara D. Juan Alfonso en la ciudad, ó al menos que no entrasen todas las gentes que traia consigo, porque no hubiese ruidos con las que Garci Laso y otros tenían y con las que volvió á presentarse al Rey en Tardajos, todos armados y en caballos. Lejos de ceder el Rey, ó sea su valido Alburquerque, á esta suprema súplica, hizo callar y separar á los enemigos de Garci Laso, que tambien se armaron, y les mandó adelantarse á ocupar la judería.

Al día siguiente entró el Rey en Burgos, con su madre, y tuvo consejo con Alburquerque y demás; trasluciéndose sus designios de manera que la misma Reina madre, aunque no habia tenido reparo en ordenar la muerte de D.^a Leonor de Guzman, envió un escudero á Garci Laso que le dijese de parte de la Reina que por ninguna manera del mundo fuese otro día á palacio. Garci Laso no quiso creer lo que tan apremiantes palabras indicaban, y el domingo fué á palacio muy de mañana, tal vez no queriendo confesarse reo con la ausencia. Ni ¿cómo lo habia de creer cuando todos cuantos no lo habian tramado, los ejecutores mismos, por obediencia, lo estaban viendo y no lo creían? Primero se prendió á tres de Búrgos: uno de ellos doctor, y otro escribano, al parecer los que, creyendo de algun valor las leyes, representaron al Rey en nombre de la ciudad. Despues.... pero aquí dejaremos hablar á la Crónica de D. Pedro, cuyo trágico relato dice más que cuanto pudiéramos decir, formando amargo contraste con las gloriosas cláusulas de la de D. Alfonso, atrás citadas:

« E despues que estos de la cibdad fueron presos é tirados á » parte, dijo D. Juan Alfonso de Alburquerque á un alcalde » del Rey que y estaba, que decian Domingo Juan de Salaman- » ca: (1)—Alcalde: vos sabeis lo que tenedes de facer.—E el al- » calde estonce llegóse al Rey e díjole quedó, oyéndolo D. Juan » Alfonso:—Señor: vos mandad esto, cá yo non lo diria.—E » estonce dijo el Rey muy bajo, pero que lo oian los que allí » estaban:—Ballesteros: prended á Garci Laso.—E D. Juan Al- » fonso tenia y ese dia tres escuderos sus criados, de quien se » fiaba, con otros homes suyos, que estaban apercebidos é ar- » mados de fojas de yuso de los paños, é tenian espadas é » bronchas.... (dagas).... E quando el Rey dijo aquellas pala- » bras que prendiesen á Garci Laso, estos tres escuderos de » D. Juan Alfonso trabaron luego de Garci Laso muy denoda- » damente. E dijo estonce Garci Laso al Rey:—Señor: sea la » vuestra merced de me mandar un clérigo con quien me » confiése.—E dijo luego á Rui Ferrandez de Escobar.—Rui » Ferrandez, amigo, ruego vos que vayades á doña Leonor » mi mujer é traedme una carta del Papa, de absolucion, que » ella tiene.—E Rui Ferrandez se escusó dello, diciendo que » lo non podia facer. E estonce diéronle un clérigo que falla- » ron y (allí) por aventura, é apartóse Garci Laso á un peque- » ño portal que estaba en la posada sobre la calle, é allí co- » menzó á fablar con él de penitencia. E decia despues el clé- » rigo que, quando Garci Laso comenzó á fablar de penitencia,

(1) Acostumbró Ayala, en su Crónica, decir los nombres que adquirian fama honrosa y callar algunos bien de callar

» que él le catara por ver si tenia algun cuchillo, é que non
» ge le falló.—E á aquella hora que Garci Laso fué preso.
» Rui Gonzalez de Castañeda é Pero Ruiz Carrillo, é Gomez
» Carrillo su fijo é los que tenian la parte de Garci Laso apar-
» táronse á una parte del palacio é estovieron todos juntos.
» E D. Juan Alfonso de Alburquerque dijo al Rey:—Señor:
» mandad lo que se ha de facer.—E estonce mandó el Rey á
» Vasco Alfonso de Portugal é á Alvar Gonzalez Moran, que
» eran dos caballeros que guardaban á D. Juan Alfonso, que
» dijesen á los ballesteros que tenian preso á Garci Laso que
» le matasen.—E ellos fueron al portal dó Garci Laso estaba é
» mandáronlo á los ballesteros; é ellos non lo osaban facer.—
» E eran los ballesteros uno que decian Juan Fernandez Cha-
» morro, é otro, Rodrigo Alfonso de Salamanca, é otro que
» decian Juan Ruiz de Oña. E este Juan Ruiz salió al Rey é dí-
» jole:—Señor: ¿qué mandades facer de Garci Laso?—E dijo
» el Rey:—Mandó vos que le matedes.—E estonce entró el
» balletero é dióle con una porra en la cabeza, é Juan Fer-
» randez Chamorro dióle con una broncha, é le firieron de
» muchas feridas fasta que morió. E mandó el Rey que le
» echasen en la calle. é así se fizo. E ese dia domingo, por
» quanto el Rey era entrado nuevamente en la cibdad de Búr-
» gos, corrian toros en aquella plaza delante los palacios del
» Obispo, al Sarmental, do Garci Laso yacia, é non le leván-
» taron de allí. E el Rey vió como el cuerpo de Garci Laso ya-
» cia en tierra, é pasaban los toros por en somo dél, é man-
» dóle poner en un escaño, é así estovo todo aquel dia allí, é
» despues fué puesto en un ataud sobre el muro de la cibdad,
» en Comparanda (1), é allí estovo gran tiempo.

» E despues, en esa semana, comió el Rey con D. Juan Al-
» fonso en su posada; é estando comiendo, pasaron por de-
» lante de la dicha posada dó el Rey comia, á Sant Estéban,
» los tres homes vecinos de Búrgos que fueron presos el dia
» que el Rey mandó prender á Garci Laso, é leváronlos á ma-
» tar. E fueron otros muchos de la cibdad por miedo del Rey,
» —E fué presa estonce en Búrgos Doña Leonor de Cornago,
» mujer de Garci Laso. E algunos criados de Garci Laso to-
» maron á su fijo el mayor, al cual decian Garci Laso como
» al padre, é leváronlo para Asturias, donde estaba el conde
» D. Enrique.—E dió estonce el Rey el Adelantamiento de
» Castilla, que tenia Garci Laso, á D. Juan García Manrique.»

Aún pudiera haber añadido el cronista, á quien se tacha de
parcial, que los demás biènes de Garci Laso, y hasta los de
su mujer doña Leonor, fueron dados á D. Juan Alfonso de

(1) Una plaza de Burgos así llamada.

Alburquerque, Garci Fernandez Manrique y otros del bando; así como los de doña Leonor de Guzman habian sido dados á la Reina madre doña María, segun todo resulta en documentos auténticos. ¡Y todavía en nuestros dias se ha escrito un *Juicio crítico* del reinado de D. Pedro, diciendo que « durante la privanza de D. Juan Alfonso, se notaba fecundo tino en la gobernacion de Castilla! » Antes creemos nosotros que en la muerte de Garci Laso, no ya tan disculpable como la de doña Leonor de Guzman, se holló la justicia, el decoro y toda consideracion humana, abriéndose la era de atrocidades lastimosamente colmada en la fratricida catástrofe de Montiel.

ANGEL DE LOS RIOS Y RIOS.

A DON MARIANO GIL Y MAESTRE,

POETA SALMANTINO.

Si el cielo te prestó mente sublime,
Si tienes de oro resonante lira,
¿Por qué en tristeza rebosando ó en ira,
Siempre tu acento cadencioso gime?
¿Tambien el hado que enemigo oprime
A tu pátria infeliz con férrea vira
Y de su gloria á la estincion conspira,
Tambien ¡ay! sobre tí su huella imprime?
Regocíjate, amigo; ya el oriente
Luce, á tu suelo, de mejor destino,
Ya renace Salmántica esplendente;
Y en la orilla del Tormes cristalino,
Coronas dando á tu inspirada frente,
Cintio renueva su laurel divino.

GUMERSINDO LAVERDE.

EN UN ALBUM.

Si al hojear con mano distraida
el álbum algun dia, por acaso
fija tus vivos ojos esta página
que yo atrevido sin recelo mancho;
y vé's escrito en ella un nombre oscuro,
desconocido para tí, entre tantos
á que envidiable y merecido precio
tu afecto dá, ó el popular aplauso,
tal vez entre impaciente y desdeñosa,
la profanada página doblando,
á más felices y mejores versos
para olvidarla acudiré tu mano.
Tendrás razon, oh hermosa, tus enojos
castiguen en buen hora al temerario,
y eterno olvido de tu parte sea
á su imprudente atrevimiento pago.
Bien podrá ser que en la revuelta vida
nunca nos encontremos, mas en cambio,
mientras escribo, con placer se finje
el pensamiento mio tu retrato.
No te conozco: ignoro si algun dia,
ya en la brillante pompa de un sarao,
ya entre el bullir confuso de un paseo
pude admirar tu juvenil encanto.
Mas sé que eres hermosa; á mis oidos
tu nombre el eco de la fama trajo,
y la fama te dá por tan hermosa
que late el corazon al escucharlo.
Por eso en este libro solo veo
al fiel amigo, al confidente caro
de tus suspiros, pues que siendo bella
no ha de vivir tu pecho sin cuidado,
y en los humildes versos que mi pluma
sobre el papel estiende vacilando

tus claros ojos, que un instante breve
se detendrán tal vez á contemplarlos.....
....Pudiera ser: ¿quién sabe si curiosa
no los estás leyendo? ¿si en tus lábios
no escitan ya sonrisa placentera
las pobres rimas del poeta osado?
Entonces puedo ufano asegurarte
que en ellos nuestros ojos se encontraron
cual pudieran en calle, ó en visita,
en bullicioso baile ó en teatro;
ya te conozco, pues; y me conoces,
ya para tí no soy, señora, extraño;
dijo verdad quien dijo que la suerte
ayuda al atrevido en todo caso.
Amigo tuyo, quieras ó no quieras,
yá con orgullo y con placer me llamo,
tu amigo, sí; nos hemos conocido
sobre la blanca página de un álbum....
Más... perdón a mi pluma si un momento
dejóse arrebar del entusiasmo,
perdóname, oh señora, si con ella
las limpias hojas de tu libro mancho;
y al encontrar aquí mi nombre oscuro,
la profanada página doblando,
á más felices y mejores versos
acuda luego tu ligera mano.

AMÓS DE ESCALANTE.

LA MUJER Y EL CONCILIO DE MACON.

En el último número de LA TERTULIA y con el título de *La Mujer*, publiqué un artículo en el que decía que los obispos del concilio de Macon en el siglo VI discutían seriamente la cuestión de si la mujer tenía un alma.

Indignado el Sr. Bengoa por mi aserto, lo ha contestado en el número anterior de esta REVISTA. Campea en el artículo del Sr. Bengoa una indignación tan grande que le hace revolverse con ironía á veces, á veces con demasiada acritud contra mi artículo, todo en busca de faltas, hasta gramaticales.

Así, por ejemplo, dice con motivo de mis palabras, *si la mujer tenía un alma*, que no discutirían los obispos sobre si tenía dos, ni si lo que tenía era *un ó una*; así también me cita el bíblico texto para demostrarme que Adán no se preguntó en vano ¿qué es la mujer? puesto que la llama *varona, hueso de sus huesos y carne de su carne*.

Atribuyo á la indignación del Sr. Bengoa al leer mi artículo, en lo que al concilio se refiere, los ataques que me dirige y de buen grado se los perdono (1.ª) y no los contesto porque creo que una vez en calma el Sr. Bengoa no querrá tratar con seriedad sobre ellos. Sería en mí injusto suponer que el señor Bengoa ignore que la frase *si la mujer tenía un alma* está bien hecha, que el decir «un alma» es irreprochable castellano, (2.ª) ni, en fin, que está universalmente admitido en las literarias costumbres el personificar á la Humanidad, y á través del tiempo hacer se dirija á sí mismo una pregunta.

Descartados ya estos detalles que ni poco ni mucho afectan al fondo de la cuestión, vamos á esta. Dice el Sr. Bengoa que es falso lo que afirmé, que en ninguno de los dos concilios que en Macon se celebraron hay una palabra que pueda referirse á tal asunto, pues no se habla de las mujeres mas que en el cánón 12.º del segundo, y esto para poner las viudas y pupilos bajo la protección del obispo.

Para probarle al Sr. Bengoa que aun con mi *poético entusiasmo* me he detenido á leer el concilio de Macon ó Matiscon,

(no Mascon como él (3.^a) dice) le diré que en efecto, el cánón 12.^o del segundo concilio matisconense lleva por título: « *De viduis et pupillis non, nisi coram episcopos, judicandis.* » Pero permítame el Sr. Bengoa rectifique una *pequeña equivocación, involuntaria* sin duda, que ha sufrido al decir que solo ese cánón se ocupa de las mujeres (4.^a). En el primer concilio matisconense se ocupa el primer cánón de la hermosa mitad de la humana especie, pues se titula: *Ut clerici cum extraneis feminis non habitent.* El segundo también se ocupa del bello sexo como lo demuestra su título: *Ne clerici, aut laici puellarum monasterii ingredi, vel cum illis colloqui temere præsumant.* Creo que tampoco me negará que el tercero se ocupa de aquella *carne de nuestra carne*, pues su título: *Ut mulier cubiculum episcopi nisi cum testibus non ingreditur*, no deja lugar á duda; el cánón 12.^o del mismo primer concilio se ocupa, por fin de nuestra compañera, pues lleva por epígrafe: *Ut puellæ Deo devotæ quæ poster nupserint neque ad exitum vitæ cum adulteris suis escomunicentur* (5.^a). En el mismo segundo matisconense concilio, cuyo cánón 12.^o, sin saber por qué, es el único de que se ha acordado el Sr. Bengoa, existe un cánón 16.^o que también es de creer se ocupe de la mujer cuando está titulado: *De uxoris clericorum ne post eorum mortem ineant secundo matrimonio* (*).

Sin poner en tela de juicio la buena fé del Sr. Bengoa, me será por lo menos permitido creer que quien los cánones del concilio de Macon no se detuvo á leer fué él, pues solo así se comprende que de seis cánones que de la mujer se ocupan, solo uno noozca el Sr. Bengoa. Le aconsejo no fie mucho en su memoria, pues le juega muy malas partidas, y conforme ahora le ha escamoteado cinco cánones ¡quién sabe lo que le escamoteará mañana! (6.^a)

Y vamos al asunto. Es cierto que en los cánones de los concilios matisconenses no se establece que la mujer tuviese un alma, y esto hace presumir que no se discutiese tal cosa; pero sabe demasiado el Sr. Bengoa que en los concilios se presentan sobre un punto cualquiera una multitud de cuestiones incidentales que por serlo ni tienen cabida ni tenerla pueden en las actas y mucho menos en los cánones (7.^a).

¿No hay motivo para creer, cuando en los dos concilios hay seis cánones que á la mujer directamente se refieren y cuando se viene repitiendo tradicionalmente el hecho en mi artículo aseverado, que este hecho es cierto? (8.^a). Examínense las opiniones que los Santos Padres tenían acerca de la mujer; recuérdese la doctrina hasta entonces admitida en el

(*) *Conciliarum.* Tomo 13.^o París.

Oriente, Grecia y Roma; tráigase á la memoria la distincion que ese mismo maconense concilio estableció entre el hombre y la mujer en la recepcion de la Eucaristía, no pudiendo esta recibir el sacramento *main nue* como dice Fleury en su *Histoire ecclesiastique*, y aquel sí (9.^a); fíjese la atencion en el injustísimo desden con que siempre ha sido mirada la mujer por los que acusándola de haber perdido el mundo no tenían en cuenta que tambien ella le salvaba, y fácilmente se comprenderá que nada de estraño tiene que á un obispo del siglo VI se le ocurriese poner en duda la animidad de la mujer, así como que rechazada su proposicion por todos los demás obispos no se hiciese mencion de ella en las actas, ni se sancionase un cánón que pondría en ridículo al episcopado francés. (10)

Por lo demás, crea el Sr. Bengoa que me hizo tanto ó más daño que á él la lectura de un hecho semejante, y que como él me indigné. Un respetable anciano, amigo mio, versado en derecho canónico, me dijo que él lo habia leído en muchas partes y que no ponía en duda su certeza. Yo estaba entonces (fines de Noviembre del pasado año) reuniendo materiales para escribir una *Historia universal de la mujer* (11) y puse ese hecho en mis apuntes. Pocos dias despues fundé *La Voz del Tormes*, en esta capital, donde por vez primera apareció mi artículo *La Mujer*. Escribí acerca de la mujer, porque era sobre lo que más estudios tenia hechos, é incluí el hecho debatido en el artículo, porque el dia antes de escribirle habia tenido lugar la escena que pasó con aquella mujer y porque era mi más reciente impresion en la materia. Por lo demás, si acaso (que no lo sé) el Sr. Bengoa ha creído que escribí con dañada intencion, se equivoca (12). Yo le juro que jamás ha pasado por mi ánimo la idea de hacer daño á nadie y menos á la respetable clase del clero (13).

Si el Sr. Bengoa y los apreciables lectores de la REVISTA desean saber ahora dónde adquiriré mis noticias, les diré que en muchas partes, y por no cansarles les citaré tres obras de las que leí antes de escribir el artículo y de las que tengo á mano, pues me seria imposible citar las que he leído despues y las que no figuran en mi estante.

Es la una la *Enciclopedia Moderna*, de Mellado, que en su tomo 26, página 547 y en el artículo *Macon* (14) dice: «Vió reunir dentro de sus muros dos concilios nacionales (15). En una de esas reuniones fué donde un prelado se atrevió á declarar que la mujer no es criatura humana; discutióse largamente su opinion y se invocaron *con toda formalidad* testos de la Sagrada Escritura para convencerle de su error (16).»

Otra obra, que ciertamente no será sospechosa para nadie

en la materia, el *Compendio cronológico de la Historia eclesiástica*, por Macquer, traduccion de Zapata, dice en las páginas 592-93 de la edicion de 1791 hecha en Madrid: «En este concilio (2.º de Macon) se levantó un obispo é intentó probar *en forma* á los prelados congregados que la denominacion de hombre no podia convenir á la mujer (17).»

Por último, un autor de reconocido mérito, el docto profesor de la universidad de Bruselas (18), dice en la edicion belga de 1868, y en la página 130 de su *Introduction á la philosophie et preparation á la métaphisique*: «En el siglo VI, en el concilio de Macon, los obispos discutian todavía la cuestion de saber si la mujer tenia *un alma* (19).»

Perdónenme los lectores de la REVISTA y perdóneme el señor Bengoa si en algo pude ofenderles, así como yo perdono á unos y otro la mala intencion que quizá me atribuyeron, y que ni existia entonces ni ahora existe (20).

FERNANDO ARAUJO.

NOTAS.

1.^a Se lo agradezco, aunque no hallo en mí contestacion ataque ninguno á la persona, que respeto y estimo, sin tener el gusto de conocerla.

2.^a Nos pareció *galicismo*, porque en español, cuando la accion del verbo recae *solo* sobre la *existencia* de la cosa, no suele usarse el artículo *un*, para no confundirlo con el numeral *uno*, que, precediendo al nombre, pierde la *o*. Así decimos simplemente que la mujer *tiene alma*, y no *un alma*, como no decimos que tiene *un corazon*, *una lengua*, *unos ojos*; si no es cuando al sustantivo sigue el adjetivo de su calificacion, ó relativo que indica funcion ó destino; por lo que dirémos, que la mujer tiene *un ó una alma caritativa*, *un corazon sensible*, *una lengua ligera*, *unos ojos de fuego*, y que todos tenemos *un alma*, que nos distingue del bruto, *un alma*, que debemos salvar. Pero, si otra cosa le parece mejor al Sr. Araujo, no insistiremos, y le dejaremos con su estilo.

3.^a Macon y Mascon le llaman los diccionarios franceses, y en latin *Matisco*.

4.^a No dije tal, aunque lo supone dos veces el Sr. Araujo. El punto de la cuestion era, no si el concilio hablara de las mujeres, sino si en él se habia ó no discutido seriamente si la mujer tenia alma. Y á este propósito dije que en ninguno de

los dos que hubo se halla una palabra que pueda referirse si- quiera á tal cuestion, que es cosa sustancialmente distinta. Ahora bien: si aquí, en fresco y á nuestras barbas, se altera de tal manera el concepto de lo que hablamos, ¿qué fé nos podrá merecer la cita de lo que se supone se habló hace trece siglos, sin dar prueba alguna de su verdad?

5.ª Las dos primeras disposiciones que cita se hallan comprendidas en el cánón 1.º: en el 2.º lo que dice del 3.º, pues este es de *sacerdotes secularia vestimenta induere non debent*; y el 12.º no habla de mujeres, sino de *his qui innocentes acusant*, si no miente mi libro, porque no acostumbro hablar de memoria.

6.ª Esos cánones, y algun otro más que no cita el señor Araujo, hablan de las mujeres en su relacion con los hombres, especialmente con los cléricos, y para nada venian á nuestro cuento. Y cité solo el 12.º del segundo concilio, porque trata directamente de *viduis et pupillis* para darles proteccion, que era el objeto que me proponía demostrar en aquel párrafo de mi contestacion.

7.ª Si es de presumir que no se discutió tal cosa, ¿cómo hemos de conceder el hecho?

8.ª ¿Cómo puede ser hecho cierto lo que acaba de decirnos que no es de presumir? Los cánones citados, lejos de autorizarlo, lo rechazan, pues en vez de suponer que hubiera alguna duda sobre la existencia del alma de la mujer, tienden y procuran preservar la del hombre y la de la mujer de peligros en su libre comunicacion. Y si por solo hablar de mujeres hubiera motivo para creer ese desatino, lo mismo y con igual razon pudiera aplicarse á cualquiera otro concilio, pues apenas uno dejára de hablar de las mujeres, tratando de disciplina y costumbres.

9.ª Aunque no hemos leído tal especie en el concilio, era doctrina de San Pablo, que hoy todavia observamos. Los hombres nos acercamos á la Eucaristía con la cabeza descubierta, y las mujeres deben llevarla velada, *nue*. ¿Pero á qué cuento viene? ¿Es que no cabe un alma bajo de una mantilla?

10. No es la cuestion de posibilidad, sino de hecho, el que no se prueba acudiendo á esos lugares comunes. ¿Por qué no se me franquean todas las bibliotecas y archivos de España y del extranjero, y yo la encontraria? decia, llorando como un perdido, aquel jóven, rebuscador de manuscritos antiguos, que nuestro Fray Gerundio cuenta en su *Teatro social* que vió en una casa de locos, porque no encontraba una carta autógrafa nada menos que de un asistente de Hernan-Cortés, en la que escribía á su madre dándole la importante noticia de que se hallaba bueno á Dios gracias, y encargando

memorias para los parientes, cuya carta necesitaba para la historia que pensaba publicar.—Posible fuera la existencia de una tal carta, ¿quien lo duda?; pero concederemos el hecho solo por la festiva ocurrencia del escritor burlesco?

11. Cuidé que en la pieza no salgan motas como esta que tiene la muestra.

12. Con dañada intencion, no; con un poco de candidez.

13. Y lo creo de verdad, pero se puede hacer daño á otro sin quererlo.

14. Supongo que será anónimo.

15. Fueron provinciales.

16. Y en qué paró el cuento? Le convencieron, ó pertinaz siguió negando todavía la *animidad* del bello sexo?

En este caso, natural parecia que el concilio hubiera condenado el error, discutido como fué *sèriamente*, con *tanta formalidad*. Y si convencido su autor, no quisieron consignar el hecho, ni indicarlo siquiera, para no poner *en ridiculo al episcopado francés*, ¿quién fué el chismoso que reveló el secreto?

Sin duda que, como el barbero del rey Midas cuando vió que tenia orejas de asno, no atreviéndose á publicarlo, y por no reventar si lo guardaba en el cuerpo, lo diria debajo de tierra; y las cañas que al cabo de diez siglos aquí tambien nacieron, movidas por el viento, se lo contarían al chusco Valente Acidálio.

17. Exactamente como lo intentaba probar el burlesco Acidálio, inventor de la patraña, *mulieres non esse homines*.

18. Krausista por más señas, y por ende autoridad irrecusable en historia eclesiástica.

19. Será este el origen de lo que nos pareció galicismo?

20. Pues perdónenos á su vez el Sr. Araujo, de cuya buena intencion nunca hemos dudado, y permítanos le aconsejemos no perder de vista las reglas que para el estudio de la historia nos dejó escritas nuestro ilustre Balmes, siendo la primera, atender á los medios que tuvo *á mano* el historiador para encontrar la verdad, y á las probabilidades de que sea veraz ó no.

Ahora bien, y por conclusion: ¿concurrían estas condiciones en un escritor seudónimo y burlesco del siglo XVI para creerle sobre su palabra un hecho, tan grave como improbable, que supone de diez siglos atrás, ó en los que despues han escrito, sin aducir otra prueba, contra el testo autorizado de las actas y cánones del concilio á que se referían?

Esta es la cuestion, que abandonamos al buen juicio de nuestros lectores.

B. BENGOA.

A DARÍA.

I.

Niña hermosa, luz del alma,
es la existencia á tu edad
un cielo claro, sereno,
una flor en un rosal,
una estrella en la alborada,
una alborada en el mar,
un rayo de sol flotante
sobre un lago de cristal,
un suspiro, una armonía,
una plegaria, un altar,
un beso, un sol, un misterio,
una risa, un ideal.
Pero niña, tén presente
que en el cielo hay tempestad
y dolor en el suspiro
y espinas en el rosal
y agonía en la plegaria
y tormentas en el mar
y en el sol nieblas sombrías
y en los cantares afán
y en la sonrisa venganzas
y dudas en el altar.
Y mientras las dichas huyen
y los placeres se van,
vuelven á brotar las flores
en el tallo del rosal;
vuelve á ser azul el cielo,
vuelve la alondra á cantar,
¡pero las dichas perdidas
esas no vuelven jamás!

II.

Yo comprendo los misterios
de la ciencia, de la paz,
del amor, de la ternura,
de los cielos y del mar:
yo sé por qué el ave canta
y dá perfume el rosal
y suspira la armonía
y gime la tempestad:
sé como vive la perla
en las ondas de cristal,
cómo se besan las flores,
cómo se sueña á tu edad,
cómo alegra el sol naciente,
cómo entristece el pesar.
Sé que vive todo un mundo
en esa estrella fugaz
que se riza, canta y muere
entre las algas del mar,
y sé tambien por desgracia
que los placeres se van,
y se marchitan las flores
y se pierde el ideal
y huye la alegre esperanza
y el encanto del hogar
mientras el alma aterida
busca sol y dicha y paz
y sonrisas y venturas
que en la tierra no hallará,
¡porque las dichas perdidas
esas no vuelven jamás!

ALBINO A. MADRAZO.

SECCION BIBLIOGRAFICA.

TIPOS TRASHUMANTES.—*Croquis á pluma*, por DON JOSÉ MARÍA DE PEREDA.—Santander, imp. y lit. de J. M. Martínez, 1877, 8.º, 224 pp.

Hay libros respecto á los cuales toda crítica, si no es pedantería, dista poco de serlo. Cuando el libro ha nacido espontáneamente, sin esfuerzo, como por juego, entre risas y flores, es una verdadera profanacion el tocarle con manos de *dómine*. Si se buscara un tipo de la gracia, de la ligereza, del desenfado literario, exento de toda afectacion y ulterior propósito, señalo el lindo volúmen que entre manos tengo. No le abran los que buscan en cada obra de imaginacion grandes problemas sociales y otras inocentadas por el mismo orden, materia luego de pesadas é impertinentísimas controversias en Ateneos y corrillos. Ni venga nadie á diseccarle anatómicamente ni á pronunciar graves sentencias sobre *realismo* é *idealismo*, especie de comodín que ha sustituido á las viejas unidades dramáticas con que se medía una comedia como una tierra de sembradura. Quien tales intentos traiga, retírese un poco, que no se hizo la miel para su boca. Las rosas se marchitan en manos de quien rústicamente las maneja.

Yo que he visto nacer los *Tipos Trashumantes* y conozco á su autor como á mi propia persona, sé que no se propuso ningun fin recóndito ni ultra-trascendente, ni quiso reformar el mundo, ni echarse á misionero, ni hacer novelas *teológicas* (una de las gracias que nos ha traído esta bienaventurada época, con ser la más olvidadiza de tan graves materias y hasta del catecismo) ni *políticas*, ni *humanitarias*, sino describir tipos y gracejar y divertirse. Con lo cual salió un libro alegre y regojado como unas castañuelas, y capaz de quitar el fastidio y la modorra al ménos benévolo leyente. Tan ligero y animado es que nadie le lee en dos veces, sino que le traga y devora forzosamente en una sola, y quédase con despierto apetito; y lo mismo acontecería aunque los tipos, en vez de ser diez y seis, fueran cuarenta y ocho.

El Sr. Pereda en dos libros que corren por esos mundos, y

que entre doctos é indoctos le han grangeado peregrina fama, describió con soberano ingénio las costumbres de la gente cántabra y el paisaje de la tierra. Ocurriósele ahora hacer un favor parecido (que fortuna es y grande andar entre los puntos de tal pluma) á los personajes más señalados de los muchos que en verano se dignan visitarnos. Diónos por tal manera á los montañeses grata lectura y esparcimiento, y á los *trashumantes* el consuelo de ver retratado cada cual á su vecino, aun siendo topos para distinguir la propia semblanza.

Los tipos están pareados con arte diabólico, para que se encuentren y dén de codazos los que en el mundo pocas veces se saludan. En pós de las encopetadas señoras *de Cascajares*, (nombre feliz si los hay), vienen. Muelle adelante, los honrados vecinos de Becerril de Campos con sus taleguillos blancos y sus alforjas. El *artista* (vulgo *barbero*) anda cerca del *sábio*, y son tal para cual. El *jóven distinguido* sigue, á pesar de su distincion, á *las del año pasado*, y el *Excmo. Sr.* á *las interesantísimas señoras*. El *baron de la Rescoldera* (otro nombre digno de Cervantes) riñe con el *marqués de la Mansedumbre*, y el *aprensivo* con el *despreocupado*. Hay más filosofía de la que parece, en todos estos contrastes.

El libro no tiene desperdicio. Hasta en la forma y disposicion varían estos caprichosos desenfadados. Unas veces están en diálogo, como *el del aprensivo* y *el del artista*, hermanos no indignos de *la costurera* de las *Escenas* y del *Castellano Viejo* de los *Tipos*. Otros tienen en microscópicas proporciones accion y desenlace, no sin que en uno de ellos (*el jóven distinguido*) se desarrolle la fábula en los límites de un *monólogo mental*, si vale la frase. Otros son simples bocetos. En los dos últimos, verdaderos dibujos al *trashuz*, los personajes pasan como sombras.

No han de buscarse en este libro, especie de mesa de trucos y sala de recreacion en que el autor descansa de otras tareas, cuadros acabados como el de *la Leva*, ó el de *Blasones y Talegas*, caracteres de tal energía y vigor cual el *Tuerto*. *Tremontorio* y el solariego *D. Robustiano*. Nada de esto querria hacer el autor, ni convenia á la índole de sus *croquis*. Los *Trashumantes* fueron para él un juguete, y deben ser para sus lectores un *entremés* ó *entreplato*, que entretenga y avive el gusto para los sólidos y succulentos manjares que han de venir despues. Dígalo si nó cierto *buey* que pronto andará suelto por los amenos prados y dehesas de la república literaria. Dígalo cierta novela cuyos héroes comienzan ya á rondar por la mesa del autor y á trastornarle los papeles. Pero chito, que no se ha de decir todo en un dia.

Por de pronto, quien busque una galería de valientes esbozos trazados en cuatro rasguños, contemple los *Tipos Tras-humantes*. Todos ellos salieron armados de la cabeza de su padre, sin fatiga de este en la concepcion ni dolor en el parto. Y de su padre heredaron la gracia y el brío, esa inagotable vena de sales y donaires, que circula y rebosa en cada página del libro. Aun en el menor de sus juegos se conoce al atleta. Para muestra del leon basta la uña.

No importa que con aire de proteccion y consejo amonesten algunos á nuestro amigo para que se abstenga de ciertos fines que no les parecen artísticos, es decir, para que no ponga á pública vergüenza ridiculeces y miserias de lo que llaman *ciencia y política* contemporáneas, como si estas no cayesen, del mismo modo que sus análogas de todos tiempos, bajo el azote de la sátira. Por esta regla no hubiera podido Luciano castigar en la escena de sus *diálogos* á los sofistas y filósofos de su época, tan desdichada en esta parte como la nuestra. Y por si álguien tachare al Sr. Pereda (lo cual no creemos) de trazar *caricaturas sin verdad*, advertiré, si bien para muchos no es necesario, que cuantos desatinos pronuncia *el sábio* están puntualmente copiados no de conversaciones de idiotas que se creen racionalistas, sino de libros de padres graves y maestros y corifeos y hierofantes, y no son, ni con mucho, lo más grave que en ellos se encuentra. Ahí van, si nó, otras muestras del mismo paño: «Pues el fin propio de esta direccion en la educacion queda cumplido cuando el educando reconoce en plena conciencia la universalidad con que valen y se realizan por toda la circunstancialidad concebible en las cosas, y en respecto, digamos, de *supremidad*, los conceptos bajo que él, desde luego y por toda su vida, *se entiende* de ellas: el educante, en cuanto despues de guardadas las leyes precedentes le resta aún de libre concurso y direccion (eficacia). Debe ordenar constantemente su intento (bien que sea cuestion del conocer de las cosas simple y genéricamente en cuanto son: ó ulterior y definitivamente en cuanto son de Cantidad, de Verdad, de Bondad....) á que lo diferencial y contrastante, como que entrando en uso de la vida cognoscitiva, se muestra de primero todo caso occurrente al hombre (íntimo todavía sólo de la unidad inejercitada, inexperimentada, de sus conceptos anteriores).» (1)

No crean mis lectores que esta es literatura de manicomio. El que tales cosas escribia fué nada ménos que *fundador de escuela*. Sus discípulos lo han hecho todavía peor que él. Uno de ellos, persona de muchas campanillas y cascabeles en la

(1) *Sanz del Río*.—Cortas inéditas (Madrid, 1872).

vida pública, nos habla en reciente escrito de la *solidaria continuidad y dependencia de unas determinaciones individuales con otras que permite inducir la existencia de un todo y medio natural, que constituye interiores, particulares centros donde la actividad se concreta en límite peculiar cuantitativo, y sustantiva cualidad, en íntima composición de esencia factible ó realidad formable y poder activo formador.* (1)

Si estas cosas y otras muchas más, y repetidos libros y discursos en este tono, han sido escritos y lanzados á los cuatro vientos de la fama: si la ridiculez parece inseparable de ciertos sistemas é ideas, ¿qué mucho que el escritor satírico enarbole el látigo y corrija con él lo que solo con el látigo se cura? Venere en hora buena á esos ídolos una faccion, pandilla ó secta. El escritor independiente y de buen gusto ¿porqué ha de respetarlos?

En resolucion, el nuevo libro del Sr. Pereda es *como suyo*; pero, lo repito, hay libros que se saborean y no se analizan, como no se analiza una *oda* de Anacreonte, un *diálogo* de Luciano, un *Basium* de Juan Segundo ni un *capricho* de Goya. ¡Felices las obras que caen fuera de la jurisdiccion de la entonada crítica, porque suelen ser las más geniales y espontáneas!

Para que todo corresponda *intus et foris* en los *Tipos tras-humantes*, la impresion es de una gala y un primor tipográficos que honran en extremo la oficina de D. José M.^a Martinez, y pueden dar celos á cualquier impresor de España y de otras partes. Natural era que al florecimiento de nuestras letras-provinciales, respondiese un notable desarrollo en el arte de los Estéfanos, Plantinos, Bodonis é Ibarras.

M. M. P.

(1) *Salmon.*—Prólogo á los *Conflictos* de Draper (Madrid, 1876).

A NUESTROS SUSCRITORES.

Profundamente reconocidos á la benévola acogida que el público ha dispensado á nuestra publicacion al iniciarse su tercera época, no cumpliríamos con nuestro deber si no diéramos aquí público testimonio de nuestra gratitud, que procuraremos demostrar dando toda la amenidad posible á nuestra REVISTA; para lo cual contamos con abundantes materiales de muy distinguidos escritores: hay entre aquellos, y creemos que merece mencionarse especialmente, un precioso cuento del popular y distinguido novelista D. Benito Perez Galdós, y una de las más interesantes novelas de don Telesforo Trueba y Cosío, escrita en inglés, traducida espresamente para nuestro periódico, por uno de nuestros más constantes colaboradores.

Cerramos estas líneas dando tambien gracias á cuantos periódicos, tanto de esta localidad, como de fuera, han saludado la aparicion del primer número de nuestra REVISTA.

LA REDACCION.

EL CAMPO EN ASTURIAS.

III.

País tan áspero y montañoso y regiones tan salvajes y agrestes, no pueden ménos de ofrecer á los cazadores que, despreciando el regalo y comodidades de las expediciones cortesanias, codicien las grandes emociones de las verdaderas monterías, largo premio y rica recompensa á sus duras penalidades y trabajos.

Consisten éstos, sobre todo, en lo quebrado y pendiente de los cazaderos, que obligan al cazador á descender y á subir trabajosamente las peñas y montañas que, en corto vuelo, atravesó la pintada perdiz, y en lo tupido y espinoso de los matórrales y bosques en que se guarece el azulado faisán ó la picuda chocha; pero compénsanse estos trabajos con la mucha espera de la caza, que busca más su salvación en las defensas del terreno que en la rapidez y fuerza de sus alas, lo que unido al gran andar y muchos vientos de los enjutos perros asturianos, produce al fin riquísima cosecha de triunfos venatorios.

Coloca el cazador sus *atalayas* en los más altos puntos del cazadero, y colgando un sonoro cascabel al collar de su perro de caza, le deja galopar á su sabor por campos y por mieses, atento más que á nada al sonido del vibrante metal, cuyos ecos le indican el punto del monte que registra, y cuyo silencio le advierte que el perro está *de muestra*. Diríjese allá despacio el cazador, si no es que el perro, más amaestrado, retrocede á buscarle, indicándole con sus saltos que descubrió la caza apetecida, y preparada la escopeta, ánimale á *romper la muestra*, diciéndole con voz breve el imperioso: *Entra*. Lánzase el perro sobre la bandada de perdices, que no siempre consigue levantar, y mientras el cazador hace lucida *carambola*, los *atalayas* cuentan el número de las perdices que quedaron, y siguen con vista atenta su vue-

lo, marcando el punto en que, doblando, se abatieron: acude allá entonces el cazador, y registrando bien la *quebrada*, derriba una tras otra todas las restantes, sucesivamente *paradas* y *cobradas* por su perro, dejando sólo tres de cada banda que descubre.

En cuanto á la caza de robezos, verificase aún con mayores trabajos y peligros, abandonando el cazador la bota y la polaina para calzar su pié con la flexible y apretada abarca, que con mayor dificultad resbala sobre la lisa superficie de las encumbradas rocas, adonde, dejando atrás los bosques y praderas, tiene que trepar el cazador si ha de sorprender á las astutas reses en sus sabrosos pastos y solitarios abrevaderos.

Erguido sobre la más alta peña, destácase con apuesto continente el macho, jefe de la manada, tendiendo atentos el olfato, la vista y el oído, á los cuatro puntos del horizonte, mientras el resto del rebaño busca, entre las grietas de las rocas y á la orilla de los ventisqueros, la aljofarada yerba y el menudo césped de las alturas, y pronto el galopar sonoro de todos ellos por sobre las aristas de las peñas indican que el viento descubrió con las emanaciones de su cuerpo ó con el sonido de sus pisadas la presencia del cazador artero.

El eco sordo de una detonacion rasga los aires, y en breve el vigilante centinela, que entre todos descollaba por su gentileza, y gallardía, disminuye la velocidad de su marcha, hace esfuerzos por salvar un barranco que delante de sus piés se abre, y rueda por fin en él con estrépito, dejando matizadas de sangre las desnudas piedras.

Y por lo que hace á la montería del tardo y corpulento oso, rey de los montes asturianos, requiere, por lo general, mayor aparato y ostentacion que en la que en los demás casos se usa.

Señalada la presencia del oso en el seno de alguno de los intrincados montes que frecuenta, ya por el destrozo de las mieses cercanas, ya por las huellas de sus garras impresas en el tronco del haya gigantesca, á que trepó por alcanzar su fruto, ó en el hueco y colosal tronco del roble, desgarrado para extraer la miel de la colmena que en su interior labraron las abejas silvestres, ya por el estrago de los ganados, cuyas robustas fuerzas paraliza el tremendo animal sujetándolos por astas y por los lomos, organízase en breve la correría, que dura, por lo general, largas horas.

Colócase el cazador de antemano, ya en la cumbre de un elevado peñasco suspendido sobre el abismo, ya á las márgenes de un caudaloso torrente, sentado en alguna redonda piedra pulimentada por las aguas, ya en el medio de alguna

escondida senda perdida en lo interior de los bosques. Pasos todos forzados de un monte á otro, y por cuyo centro tiene que atravesar el oso apenas acosado abandone el reposo de su *cubil* ante el estrépito de los ojeadores.

Comienzan estos la batida, moviendo gran algazara y ruido por todo el monte, batiendo las malezas con sus fuertes y nudosos palos, disparando cohetes á lo largo de las cañadas, atronando los valles con su estentóreo griterío. Los perros, ensangrentándose con las zarzas y abrojos, laten con voz sonora y solemne, como si conociesen la importancia de la fierra que cazan, y las alimañas asustadas vagan temerosas por la espesura, mientras las inquietas ardillas saltan de rama en rama por las altas copas de los árboles.

Nada de esto percibe el cazador que, solitario, espera apoyados los cañones de su carabina sobre el caído tronco de algun árbol ó sobre la cresta de la roca en que se guarece. Sólo el ruido del viento que zumba en las alturas, ó el estruendo del rio que se despeña, ó el murmullo que forman las hojas al caer, hiere sus oídos, atentos al más leve rumor de la montaña.

Pero crece de pronto la vocería; un *¡ahí vá!* prolongado y potente retumba en las fragosidades de la sierra; mendea los tiros y disparos de *voladores*, arrecian los perros su ladrar, y si el eco de estos estrépitos no llegan repercutidos de valle en valle á los oídos del cazador, no tarda éste en sentir el chasquido de la maleza que se rompe, el fragor de las piedras que se desprenden y ruedan por la pendiente de la montaña, el áspero ronquido de una respiracion fatigosa, y con el corazon palpitante y el rostro sereno, apoya el dedo en el gatillo de la carabina, fija la vista en el negro boquete de piedras y follaje que se abre á sus piés, y espera.

¡Ahí está!... imponente, majestuoso, magnífico, erizadas sobre la cabeza las lustrosas cerdas, brillantes los hundidos ojos, mostrando al descubierto su ancho y velludo pecho y sus fornidas garras. Asómbrase más que irritase al descubrir al cazador que lo contempla, y solo cuando éste se echa con seguridad y rapidez la escopeta á la cara, lanza fieros rugidos, alzándose sobre sus nervudos y disformes piés para abalanzarse sobre el hijo de San Humberto.

Pero el disparo suena, y apenas el oso sacude sus ensangrentadas melenas con furia, cuando una segunda detonacion ensordece el espacio, y el oso, herido en el corazon por las certeras balas, se desploma y rueda por la pendiente, llevando entre sus garras tierras y malezas, tronchando los retoños de las hayas y arrastrando tras sí una avalancha de

piedras que, envolviéndole, le acompañan hasta el fondo del río.

Pronto los ojeadores acuden por veredas y atajos, y en breve, sobre rústicas andas, desciende en hombros de robustos paisanos á la aldea del valle el glorioso trofeo de la destreza del cazador, espanto y gala poco há de las selvas.

Cuando la noche tiende su manto sobre los cielos, el oso, suspendido de un árbol é iluminado por los vivos resplandores de una hoguera, sirve de centro á la alegre danza de los labradores, que victorean al cazador héroe de tanta hazaña.

Si tan variados lances y tan halagüeñas emociones ofrece el arte de la caza en los bosques de estas montañas, no menores ni ménos gratas ofrece el arte de la pesca en los caudalosos rios que las bañan, vistiéndolas al paso de amenidad y de frescura.

Nacen los rios asturianos en lo más alto y fragoso de las cordilleras, ya tomando sus aguas del misterioso fondo de algún lago perdido entre sus cumbres, ya del brillante y cristalino manantial que brota de la musgosa peña en la cima del bosque, ya de las nieves que blanquean los encumbrados picos de las montañas, y derrumbándose en fragosos torrentes, bajan saltando por estrechas gargantas y desfiladeros llamados *foces*, encallejonados entre altísimas y paralelas rocas coronadas de arbustos hasta dar en la vega, en cuyo fondo, matizado por el verdor de las praderas y maizales, y sombreado por tilos, plátanos y fresnos, serpean en caprichosos giros, formando aquí remansos sobre profundos y transparentes pozos, rompiéndose más allá en espumosos *rabiones* contra los redondeados cantos de su lecho, encerrando despues entre sus brazos estrechas y prolongadas islas cubiertas de sauces y tamarindos, hasta que, llegando á la marina, se estiende por las juncosas riberas y arenales, formando anchurosos lagos que, acrecidos con las aguas del Océano en las grandes mareas, se desbordan y extienden sobre los campos, inundan las praderas y asemejan un mar tranquilo, de cuyo seno surge allá una colina, acá un bosque, más allá un molino ó una cabaña, y sobre cuyas superficies, cuajadas de brillantes insectos y pececillos, se ciernen y se abaten las blancas gaviotas de la mar, mientras el ánade describe círculos en los aires, y el martin-pescador, con el iris sobre las alas, roza silbando la superficie de las ondas, pronto á calar tras el plateado *moil* al trasparente seno de sus cristales.

Tal variedad de aspectos en tan accidentada carrera ofrece variedad infinita tambien de ocasiones al arte de la pesca, que ya persigue la salmonada trucha con la *garrafa* y el

trasmallo en las angosturas de los rios, ya acosa y encierra al *moil* y á la *llobina* con *trainas* y redes en las desembocaduras de las costas, no lejos de donde aparejan sus lanchas y *boniteras* los pescadores de sardina, y los que, más audaces, se lanzan á los azares y peligros de alta mar en persecucion de los atunes; alcanzando esta variedad tambien á la pesca más especial y característica del país, que es la variada pesca del salmon, el monarca fluvial de los espumosos rios asturianos.

Remontan con la *red de palos* sus furiosas corrientes en los *rabiones*, donde el rio se quiebra contra la fortaleza de las peñas, los más espertos enemigos de esta presa, mientras sus compañeros apedrean las aguas desde las márgenes para obligarla á que penetre en las redes; y escudriñan más tarde unos y otros con la acerada *fisga*, armada de tres arpones afilados, las tranquilas aguas de los remansos, donde el salmon, confundido con las arenas, reposa.

Pero la verdadera pesca del salmon verifícase en los profundos pozos que se abren en el mismo cauce de los rios.

Cercada su boca con anchos y resistentes *paradejos*, arrójase al agua un buzo, sin más aparato que la robustez de sus pulmones, y dirigiéndose al salmon que en sus hondos senos habita, trata de enlazarlo con el corredizo nudo de un cordel de azote; si lo consigue, remóntase ligero á la barca, llevando en su mano el otro extremo del cordel, y en breve empieza una azarosa y violenta lucha, en la que, vencida la resistencia del salmon por el acertado *tira y afloja* de los pescadores, sucumbe al fin sin fuerzas, saliendo á la superficie de las aguas, sofocado y rendido. Si se escapa al contacto del cordel, pronto otro de los esforzados hijos de Asturias *chapuza* diligente á su vez, y lanzándose á través de las aguas como disparada saeta, pasa su mano por encima del lomo del salmon, apretándole con entrambas por las agallas.

Sacude el salmon sus reos coletazos, agitando el agua del pozo, y el pescador, abrazándole contra su pecho, hiere con el talon el cáuce del rio para elevarse rápido á la superficie, donde le espera la barca, en cuyo fondo arroja su magnífica presa, que salta y se debate con las últimas congojas de la agonía.

Tambien es curioso cómo se verifica la abundante pesca de anguilas en estos rios en las épocas de las grandes avenidas. Levantan los pescadores una choza en el centro de alguna isla de las que encierra entre sus brazos el rio, y con los mismos *regodones* que forman su lecho elevan grandes *cañales* en forma de embudos, que abrazando por una parte todo lo ancho de la corriente, vienen á rematar en la opues-

ta en grandes cestos de mimbres. Las aguas, acrecidas con las lluvias ó con el deshielo de las nieves de las montañas, aumentan en caudal y velocidad de tal suerte que, arrolladas las anguilas, se precipitan á millares siguiendo las paredes de la *cañal*, en el cesto que las remata. No sin que alguna vez suceda que, creciendo mucho, las aguas destruyan las paredes de los *cañales*, invadan la isla en que se hallan los pescadores y véanse éstos resignados á perecer sin posible socorro, pues ni la fuerza de la corriente consiente barcas, ni la distancia que de las orillas los separa permite arrojarles cuerdas ó tablas de salvamento. Escena triste, cuyo horror es imposible describir, pues al llanto de las acongojadas familias, acorridas al siniestro rumor de la catástrofe, únese la solemne confesion de sus pecados, hecha en voz alta por aquellos infelices, coronada por la suprema bendicion del sacerdote, que cae sobre sus cabezas próximas á sumergirse bajo las aguas.

Auxiliares del hombre en estas expediciones y correrías, tanto para vadear con seguridad los torrenciales rios como para trepar con firmeza por los escarpados senderos de las montañas, son los famosos caballos *asturcones*, tan celebrados por los romanos; y cuyos servicios, más útiles que brillantes, sólo pueden apreciarse recorriendo estas regiones montuosas.

Críanse estos caballos en estado casi salvaje, sueltos en manadas por los puertos, sobre todo en el renombrado de *Sueve*, adonde suben acosándolos entre las peñas sus presuntos dueños para conducirlos al mercado. Su corta alzada, finos remos é inteligente cabeza apenas hacen sospechar la dureza y sobriedad de sus cuerpos y la valentía y agilidad con que trepan por las verticales pendientes de aquellos montes á la orilla de barrancos y precipicios; y no ménos ayudan á los montañeses, así para la guarda de sus ganados como para las duras fatigas de la caza, los enormes mastines de sus cabañas y los vistosos y mosqueados perros de sus antiguas razas cazadoras.

ALEJANDRO PIDAL Y MON.

A UN VESTIDO.

¡Qué hermoso fuiste! la gentil violeta
te dió su tinte, y el jazmin lozano
su candidez; hasta la moda inquieta
te ornó de gracias con su diestra mano.

Emblema de mi vida, aun en mis penas
entonces la ilusion me sonreia;
la sencilla amistad horas serenas
en su seno de paz me prometia.

El amor que soñaba en mi inocencia
era un amor indefinible y santo,
sin figura, sin nombre, pura esencia,
como la dulce inspiracion de un canto.

La muerte, el desengaño, los dolores
revistieron mi alma de amargura
como nublan el cielo los vapores
que se levantan de laguna impura.

Bajo tu tela el corazon dormido
ya no se agita de esperanza ansiosa;
por eso tu color se ha ennegrecido
cual mi brillante porvenir de rosa.

Tal vez un dia la voluble suerte
brille por irrision ante mi vista,
para que tiemble al contemplar la muerte
y á su fallo cobarde me resista.

¿Y no lo soy cuando mi lábio impío
culpa á la suerte de mi afan profundo?
¡Suerte llamamos con desden, Dios mio,
tu voluntad incomprensible al mundo!

¿Qué importa que modesto, oscurecido
como las dichas de mis verdes años,
imágen de mi vida este vestido,
dolores represente y desengaños?

Es cierto que en la tierra, sin bonanza,
llevé muy pronto por mis padres luto;

pero ellos me dejaron la esperanza
de que es eterno de virtud el fruto.

Por eso en mi pobreza te bendigo,
porque tú retratando mi existencia,
ni eres el súplico harapo del mendigo,
ni acusas con tu brillo mi conciencia.

En tus flotantes pliegues recogiste
los suspiros de un alma enamorada,
y acaso estremecida me sentiste
al rayo abrasador de una mirada.

Cruzando los senderos de mi huerto,
levemente al rozar con los rosales,
te impregnaste de aromas, y el concierto
recuerdas del cantor de los zarzales.

Y traes vagamente á mi memoria
la imágen de mi madre y de mi hermana
y la anhelante aspiracion de gloria.
¡Bello soñar de aquella edad lozana!

Y aunque un emblema de dolor y muerte
solo eres ya, te guardaré conmigo,
porque seguiste mi intranquila suerte
como un leal y cariñoso amigo.

EMILIA MIJARES DE REAL.

LOS GARCÍ LASOS.

III.

EL MOZO.

Dejamos al joven Garcí Laso huyendo, en brazos de servidores fieles, á las Montañas de Asturias; y los amigos de su padre apartándose del Rey, en su mismo palacio, como si aceptaran la misma culpa y esperasen igual pena; mas siempre respetándole, como su Señor natural. Allí estaban Rui Gonzalez de Castañeda, muerto tres años despues en Toro, dando el brazo á la Reina Madre, que tambien se habia apartado de su hijo, y entonces le echó su maldicion; allí Gomez Carrillo, degollado cuando creia ir al gobierno de Algezira; allí, el mismo Alburquerque, haciendo huérfanos antes que su hijo lo fuera; allí, otros, cuya sangre debia clamar muy alto el dia de la justicia divina, para que, tan pavorosa como fué, se tuviese aun por remedio saludable.

Naturalmente, cuantos tenian que temer se unian; y por eso huyeron los criados de Garcí Laso al abrigo del conde D. Enrique; los servidores de D. Nuño de Lara, á sus estados de Vizcaya; y los Cerdas, Guzmanes, D. Alfonso Fernandez Coronel y otros á Andalucía. Sin embargo, creemos que las Asturias donde el joven Garcí Laso se refugió fueron las de Santillana, donde era su solar la *Torre de la Vega*, y su familia querida y respetada. Tambien es verosímil que, no considerándole aún seguro, le llevaran á San Vicente de la Barquera, inespugnable para las armas de aquel tiempo, y que,

segun queda dicho, se hallaba encomendada á su padre, quien tendria en ella un alcayde con homenaje; esto es, juramentado de no entregarla sino á él. Hace creerlo así ser este el único pueblo de Asturias de Santillana que no se halla en el apeo general de las behetrías y demás señoríos, hecho el año siguiente, y que bien pudo el alcayde mantener la fé debida á su Señor, porque á la muerte de Garci Laso no hubo juicio ni sentencia.

Pero estos mismos que resistian legalmente á los funcionarios Reales, no desacataban aún al mismo Rey, ni pedian otra cosa que la seguridad de sus vidas. Por eso la guarnicion que tenia en Gijon D. Enrique, capituló su perdon, y que no haria, ni se le haria guerra. Partido semejante debieron hacer los deudos de Garci Laso *el Mozo*, pues no hallamós su apellido entre los rebeldes de años adelante, ó por mejor decir, le hallamos á él mismo entre los fieles que el año 1366 se hallaban en Búrgos, aprestándose á defender el Reino de las compañías aventureras de todas las naciones pagadas por D. Enrique y capitaneadas por Beltran Claquin, ó Du Guesclin, y otros más célebres que loables.

¡Admirable lealtad! Aún se pudiera hallar algun sangriento rastro de Garci Laso *el Valiente* en la plaza del Sarmental; aún, tal vez, se hallaba su ataud en la muralla de Búrgos, padron de ignominia solamente á los verdugos, y la sangre del héroe del Salado, viva aún y en su primer hervor, se ofrecia de nuevo á derramarse en defensa de la patria y del soberano que la oprimia. Pero D. Pedro ¡infeliz D. Pedro! que en aquel mancebo se veria retratado, cuando jóven, inesperito y celoso de su dignidad hábilmente irritada cedió á las sugestiones de Alburquerque y ordenó la siniestra crueldad, ¿cómo podia parecer en las plazas de Búrgos, sin que su conciencia le mostrase en medio, sentado en un escaño acusador, el cadáver de su Justicia Mayor hollado por las fieras? ¿Cómo podria subir al muro para ordenar su defensa, sin que aquel ataud le quitase, ya que nunca el ánimo, la serenidad? ¿Qué podia responder á los ciudadanos de Búrgos, que en otro tiempo le suplicaron en vano apartase de sí á los holladores de sus fueros, y entonces le pedian no los abandonase á merced de extranjeros invasores?

En la contestacion que D. Enrique dirigió un año despues al príncipe de Gales, cuando, en vista de la batalla de Nájera, le intimó dejase el Reino á D. Pedro, dijo: «non le haciendo home de todo su Señorío ninguna cosa, salvo obediencia, é estando todos con él, para le ayudar é servir, é para defender los dichos Reynos, en la ciudad de Búrgos, Dios dió su sentencia contra él, que él de su propia voluntad los des-

amparó é se fué.» Efectivamente: un sábado, víspera de Ramos, como refiere Ayala, sin decir nada el Rey D. Pedro á los señores y caballeros que con él estaban, cabalgó para marcharse; y, á las súplicas y requerimientos de los de Búrgos, contestó hicieran lo mejor que pudiesen, alzándoles el homenaje para el caso que no se pudieran defender. Tampoco quiso probar resistencia más adelante, cuando se le iban reuniendo sus veteranos, abandonando lo conquistado en Aragón, aunque algunos le indicaban sería fácil hacer cambiar de partido á los ingleses que venian con D. Enrique. En fin, no se quedó hasta Sevilla, donde tenia sus hijos y tesoros, que tampoco debian durarle mucho. Entonces los caballeros y escuderos de Castilla quedaron los más en Búrgos, y dice Ayala que les plugo de todo, pues no querian bien á D. Pedro, porque habia algunos á quienes matara los parientes y estaban siempre con muy gran recelo. No obstante, parece que Garci Laso no se unió á D. Enrique cuando empezó á hacer mercedes en Búrgos de lo ganado, sino en el camino de Toledo, cuando iba á lo de por ganar: á la verdad, bien fácilmente, porque lo más estaba hecho en el corazon de las personas de todas clases.

Pero es síno de España que sus campos lo sean de estrañas rivalidades, y que nuestra sangre se encienda, habiendo quien la atice. El caballeresco Eduardo, Príncipe de Gales, llamado comunmente el Príncipe Negro por el color de su armadura, estaba avezado á prender ó matar Reyes, y tuvo á mengua que sin él se diese un Reyno. Sus capitanes envidiaron aquellas fabulosas riquezas y estados que D. Enrique dió á gentes sin más fortuna que su espada, y que, abultadas por la imaginacion francesa, dieron el nombre de *chateaux en Espagne* á lo que nosotros decimos *castillos en el aire*. D. Pedro, pues, halló en su fuga hombres dispuestos á proteger su vuelta, y las joyas que pudo llevar, de las que acumuló en Sevilla largos años, ó trajo el Rey Bermejo de Granada, esparcidas abundantemente, acabaron de dar á la espedicion un tinte oriental y fascinante, como la realidad de un cuento de las *Mil y una noches*. Todos los aventureros de Inglaterra y Francia (que entonces se hallaban en paz) tomaron partido por una ú otra bandera, y, lo que peor fué, inspiraron á la nobleza castellana un pundonoroso deseo de competir en campo abierto con tan célebres campeones, olvidando la estrategia tradicional y vencedora de los españoles de todas épocas.

Así lo demuestra el resultado de la batalla de Nájera, y el que definitivamente alcanzó D. Enrique, aun despues de vencido. Un año habria que reinaba cuando pasó los Pirineos la

nueva avalancha. D. Enrique la aguardaba sobre el Ebro, y le evitaron, torciendo desde Pamplona, por la Borunda, á la llanura de Alava; pensando tal vez Eduardo tomar primero su prometido despojo, que era el señorío de Vizcaya. Pero situado D. Enrique en las alturas sobre el boquete de la Puebla de Arganzon, que dá paso á Castilla, y causando notable daño á los ingleses en escaramuzas diversas, les hizo volver atrás en busca del puente de Logroño, que se mantenía por D. Pedro. Entonces D. Enrique aguardó en Nájera; primero, bien situado, con el rio delante y la villa á la espalda; despues ¡nécia caballeridad! pasado el rio, en medio de la llanura, y apeándose los caballeros para combatir á pié, porque así venían los contrarios, y como nunca hasta entonces usaron los mejores ginetes y caballos del mundo. Con todas estas desventajas, hicieron retroceder un tanto á los contrarios; pero D. Tello y sus vizcainos entendiendo mejor defenderse en su tierra, que jugarla en un dia, abandonaron el campo, y los que tenían enfrente pagaron la generosidad castellana acometiendo de flanco, y montados, al escuadron de á pié. Desde entonces no fué ya sostenible la batalla; el celebrado Du Guesclin, el mariscal de Francia Audeneham, y muchos magnates de Castilla y Aragon fueron presos; pero entre los muertos nombran todas las crónicas el primero á Garci Laso de la Vega.

Digno hijo y nieto de los otros dos Garci Lasos, murieron los tres por la triple divisa española *Ley, Pátria y Rey*; con plena certidumbre de que se sacrificaban: el uno, obedeciendo á quien debía; el otro, hablando cuando era menester; y el tercero, combatiendo hasta morir.

«Por estas asperezas se camina,
De la inmortalidad, al alto asiento;
Do nunca arriba quien de aquí declina.»

Así dijo otro Garci Laso, del mismo tronco, recordando, seguramente, á sus antepasados, adivinando, acaso, su porvenir.

Garci Laso *el Mozo* debió morir muy jóven, y no dejó más que una hija: doña Leonor de la Vega, que, con su mano, dió, por decirlo así, el síno de su familia á D. Juan, hijo de D. Tello, y señor de Aguilar, muerto en la batalla de Aljubarrota. De segundo matrimonio con el almirante D. Diego Hurtado de Mendoza, tuvo por hijo, y heredero en la casa de la Vega, al célebre marqués de Santillana, D. Iñigo Lopez de Mendoza, progenitor de tantos Mendozas ilustres en armas, saber y cuanto puede ilustrar. Sin embargo, el blason que en primer lugar usaron fué el de la Vega; y segun refiere nues-

tro paisano D. Antonio de Guevara, en su carta apologética de la Montaña dirigida al Abad de Cardaña: «decía el buen Iñigo Lopez que, en esta nuestra España, era peregrino ó muy nuevo el linage que en la Montaña no tenia solar conocido.» Esto solo puede y debe decirlo quien, como estos grandes varones, jamás olvide que *nobleza obliga*.

ANGEL DE LOS RIOS Y RIOS.

A DON J. M. REDONDO.

¡Hallas culpable mi silencio...! Siempre de tu amistad ansiosa mi existencia, para tu corazon tengo un recuerdo, para tu padecer tengo una queja.

Feliz el tiempo en que se unió á mi mano la tuya tan leal. Feliz aquella esperanza dulcísima que hubimos de nunca separarnos. ¡Cuáles eran entonces mis placeres, tú á mi lado y á mi lado tambien la hermosa Celia!

Inexpertos los tres, tal vez quisimos apresurar el porvenir, abierta el alma á la pasion. ¡Tú me soñabas, coronas de laurel, dicha suprema!

Cual tierna madre que sus hijos guía al templo del Señor, y allí les muestra que la virtud es fuente inmaculada de dichas eternas, tu, á la ciencia dirigiendo mi paso, *allí la gloria*, digiste con afan; *allí venera la humanidad su origen; allí imprime de su grandeza la indeleble huella.*

Rayo de luz que inunda los espacios,
rumor que vierte la natal rivera,
cantos de fé que suenan en el templo
y en santa uncion el corazon penetra....
gloria, armonía, encanto soberano
derramaba tu voz en mi existencia.

Ella tambien, la cándida paloma
de tímido mirar; la rosa fresca,
cuyo boton de grama se estremece
al leve curso de las brisas ledas;
ella tambien, movida de entusiasmo,
me dijo con amor, *canta, poeta.*

Canté, canté.... y en lágrimas bañado,
rompí mi lira trémula.

¿Lo comprendes al fin? Era mi dicha
ilusion juvenil, presuncion nécia:
presentimiento triste fué mi lloro,
y la noche llegó, de sombras llena.

¡Cómo pudo la mísera avecilla
seguir el vuelo de águilas excelsas!

Rota mi lira está; mas siempre, siempre,
de tu amistad ufana mi existencia,
para tu corazon tengo un recuerdo,
para tu padecer tengo una queja.

JUAN JOSÉ DE LA LASTRA.

MAR AFUERA.

MEMORIAS.

(1862)

Antes de amanecer un día de Agosto de 185... Vicente Zamorano llamaba con dos recios aldabazos á la puerta de mi casa de Becedo, en la ciudad de Santander.

Como yo esperaba la llamada, no tardé en responder á ella, y, breve rato despues, atravesaba las silenciosas calles, acompañado de mi puntual despertador que llevaba mi gaban sobre el hombro y en la mano una cestilla con provisiones.

Las estrellas centelleaban sobre el profundo azul del cielo y parecian guardar el sueño de la poblacion dormida en el sereno y misterioso ambiente nocturno del Estío.

El sueño del pueblo nativo y el de una persona querida crean iguales sentimientos en el corazon de quien los contempla. El ser que duerme yace en los brazos de la Providencia, olvidado de sí mismo, depuestas las armas de su vigilancia, cerradas las heridas de sus dolores, mudo el gemir de sus tristezas, embotado el aguijon de sus afanes y cuidados terrenos; por eso es grato velar el sueño de los que amamos, evitar que despierten á deshora, dilatarles cuanto podemos la tregua de reposo, conseguida quizá tras largo padecer y mortales angustias.

Por eso es tan dulce y halagüeño y ensancha tanto el corazon velar el sueño de la pátria amenazada.

Atravesamos la Plaza Vieja, callada y desierta; algunos años antes, á tales horas, velábamos en ella armados; y resonaban bajo el ancho pórtico del Consistorio los pasos del centinela.—Eran días de revolucion, días en que el ánimo agitado, receloso, siente la presencia de un enemigo desconocido é invisible cuyos golpes se aguardan sin saber de dónde ván á venir; su incesante amago envuelve al honrado

y pacífico ciudadano, su aliento malvado flota en el aire, su voz siniestra silba en medio de los clamores populares, su mano alevosa se guarece de los pliegues de banderas leales. La imaginación juvenil abultaba tal vez los riesgos; pero la grandeza del peligro engrandecía el ánimo: el corazón de aquellos voluntarios custodios de la ley y del orden latía impaciente por mostrarse, ufano de su misión, resuelto á la prueba, indiferente al propio destino.

Llegamos al muelle: en la quietud de la inmensa bahía, acrecida por las tinieblas, rugía la sorda voz del vapor. *El Porvenir* calentaba sus calderas preparándose á salir para una misión de la corte venida entonces á Gijón.

La lancha nos esperaba atracada á la Rampa-larga; saltamos á bordo, botó un marinero sobre los carcomidos sillares, cayeron ocho remos al agua, y, bogando perezosamente pusimos la proa afuera cuando asomaba por cima de los montes la primera claridad mensajera del crepúsculo.

En esas horas primeras el día avanza rápidamente, y la luz se derrama con presteza por el cielo y el horizonte.

Surgían de la sombra y se dibujaban sucesivamente los contornos del paisaje, y en la masa confusa del terreno se iban destacando en blanco los edificios y en negro los grupos de árboles y las quiebras.

Así comenzaban á aparecer por estribor los escuetos é irregulares picos de Matienzo y de Arredondo: los montes más bajos de la Cabada y de Solares apenas se percibían anegados aun en el borron de la gran cordillera; pero ya clareaba la arenosa faja del Puntal y, sobre él, la solitaria venta de Pedreña como un hito fantástico suspendido en el tenebroso espacio.

Por la otra banda pasaban San Martín y sus ociosos cañones, el alto Promontorio con su fresca guirnalda de laureles y salvajes hiedras, y la playa siempre melancólica de la Magdalena.

Aquella playa fué un tiempo cementerio: allí enterraba sus muertos la estación naval inglesa de Santander durante la guerra civil de los seis años; allí íbamos, niños todavía, á visitar las tumbas de aquellos pobres marinos, fenecidos en país extraño; tumbas señaladas con humildes tablones negros, no con orgullosas lápidas. Las lluvias de los inviernos hendieron la madera, el viento colmó de tierra las hendiduras donde nacieron musgos vivaces que despedazaron las tablas sepulcrales; sus astillas, roídas por los insectos y el aire salino, fueron lentamente desapareciendo y se borró su señal postrera.

Si un día, peregrinos del cariño, vinieron hijos del Norte

y buscaron la sepultura de sus hermanos para llorar sobre ella, la buscaron en vano, y volvieron á la pátria con una nueva tristeza sobre las que quisieron consolar con su piadosa visita.

No hallaron mas que el arenal desierto, sembrado de espinosos cardos marinos, de lirios silvestres que alborean sobre el pálido verde de sus largas hojas.

Llegamos al pié de la batería de Lacerda; las anchas olas que veían de alta mar mecían pausada y majestuosamente la lancha; rayaba el dia, se iluminaba el cielo diáfano y puro, y en frente de nosotros se abría la inmensa soledad del Océano.

El patron gritó:

—¡ Bueno bogar !

Y cesaron los remos. Sin abandonar el suyo con que gobernaba, dijo luego, descubriéndose:

—Encomendarse con devocion.

Y los marineros, imitando su ejemplo, rezaron el Credo, la oracion de los condenados á muerte: al salir del puerto, se despedían de la vida.

Es que más allá de aquel término que van á salvar está el mar proceloso, el mar que esconde en cada ráfaga brumosa del horizonte un *golpe de viento*; en cada seno, que abren entre sí dos olas, el sepulcro de un barco. Es que en esa tierra, de la cual van á apartarse, quedan los auxilios humanos, cuanto de valor y abnegacion y de medios materiales pudieran darles amparo en el riesgo y salvarlos de él, y allá donde ponen la proa, donde van á hacer rumbo desplegando las alas de lona y entregándose confiados á la brisa de la mañana que comienza á venir del Nordeste, no tendrán quien, despues de Dios, los ayude, fuera de la propia serenidad y destreza.

Por eso no invocan favor ni asistencia; mas á semejanza de aquellos que, puestos en el trance de agonía, levantan el corazon al Criador en cuya santa ley vivieron, proclaman su fé, renuevan las protestas del bautismo, afirman la doctrina que profesaron y en que esperan más allá de la muerte.

Por eso no piden el pan de cada dia, sino que dicen: «Creo en Dios Padre Topoderoso.»

Oracion sublime, por sus palabras, por el lugar y por las circunstancias de quienes la hacían.

—Arriba la mayor! gritó el patron.

Y obedecido, la brisa que arreciaba llenó pronto la inmensa vela, levantó la proa el barco y comenzó á oirse bajo su tajamar el sordo hervor de las aguas rasgadas.

A barlovento se erguía el hosco islote de Mouro; el faro

que le corona ha hecho del peligroso escollo seguro guía para los navegantes. El rudo peñon mira en frente los restos de un enemigo vencido, los escombros del castillo erigido sobre el monte Hano, que domina la profunda gola del puerto.

Una mañana de Agosto de 1812, la guarnicion francesa del castillo despertó al estruendo del cañon, y al choque de las balas en los sillares de sus merlones y troneras: el peñon frontero, envuelto aun en la sombra del crepúsculo, blanqueaba coronado de una aureola de humo de la cual salian rayos de fuego; cuando la brisa creciente de la mañana rasgó la densa humareda, y arrastró sus girones, vieron los franceses una batería inglesa de sacos, improvisada durante la noche encima de la roca, cuyo fuego los abrasaba, en tanto que los buques ingleses, desfilando á barlovento, embestian la entrada de la bahía.

Breve fué la resistencia. Era el período último de aquella gigantesca lucha de la Independencia. Los franceses comenzaban á desesperar de su empresa, vista la inutilidad de sus bríos y la indomable constancia española; comenzaba para ellos una série de derrotas y, perdida la batalla de Salamanca, su ejército se retiraba hácia la orilla del Ebro. Porlier, quemaniobraba con sus españoles sobre el flanco izquierdo del ejército aliado, avanzaba desde la parte de Oviedo, y combinado su movimiento con el de la escuadra inglesa, amenazaba envolver á la guarnicion francesa de Santander.

Cuando los defensores del castillo de Hano se vieron forzados á abandonarle, arrojaron al mar su artillería. Algunos de aquellos cañones, sin caer al fondo del abismo, quedaron detenidos en las rocas, donde, al crecer la marea, los envolvía en sus olas. Allí los vemos cubiertos de un diáfano velo de agua, alzando su redonda boca como si amenazaran todavía; y los contemplábamos despues de tantos años con la curiosidad y el terror que inspiran los despojos recientes de un campo de batalla.

La industria, enemiga de todo lo épico, los deshizo pocos años há. ¡Quién sabe si el hierro de aquellas máquinas de guerra, no es hoy reja de arado que abre y fecunda el seno de la tierra!

La naturaleza se encargó de coronar al vencedor de aquella peléa de dos peñascos.—Semillas ocultas en la tierra de los sacos derramada sobre el de Mouro, germinaron, y sobre su calva frente crecieron verdes penachos de malvas y otras yerbas que nacen y mueren todos los años.

Así las armas humanas desaparecen, y el laurel, obra de la Providencia, se perpetúa de generacion en generacion.

Mientras mi espíritu vagaba, nutriéndose de esas memorias, de esos pensamientos que brotan á cada paso en la tierra nativa, y son tal vez una de las causas del amor profundo de la pátria, la lancha, tendido al viento todo el trapo, mayor y trinquete, volaba como una golondrina sobre las aguas.

Perdíase á lo lejos la costa, y blanqueaban á intervalos, otras velas alzadas en la cresta de las olas y destacándose sobre el puro azul del cielo.

Mis marineros comenzaron á preparar los aparejos.

La mayor parte de aquellos rostros enjutos y curtidos eran conocidos y familiares míos. Los años, que acentúan y marcan la fisonomía, como si su peso ahondase el troquel humano, conservan generalmente las facciones sin desfigurarlas. A pesar del tiempo transcurrido, de las ausencias y sucesos mediados, recordaba y reconocía muchos de mis compañeros. Unos eran de los que puntualmente asistían á la misa mayor y sermones de Cuaresma en la Catedral, otros al Rosario de la Orden Tercera en San Francisco, y á las procesiones.

Tipos que se graban en la imaginación del niño, que desaparecidos pueblan los recuerdos del hombre, y son origen de ese involuntario sentimiento con que el corazón más duro vuelve los ojos á la primera época de su vida.

Si Dios hubiera dado á mi pluma, amante llorosa de los que fueron, la briosa energía del historiador ó las galas luminosas del poeta, yo resucitaría aquellos días y aquellos hombres, hombres rudos en quienes respetábamos la edad y los trabajos. Yo iría á sentarme al hogar del marinero santandereino, y de su boca oiría la relación de su vida; vida oscura, pobre, laboriosa, surcada tal vez por la fatal huella del vicio, que es olvido para el pesar y la miseria; pero vida pura de criminales intentos, vírgen de delitos, rica de dos virtudes cristianas, raras aun en seres más perfectos, la caridad y la fé.

También ellos pierden sus tradiciones; también sus hábitos desaparecen, sus usos cambian, como cambia el aspecto de sus viviendas, como se mudaron los santuarios donde viva y fervorosamente invocaban á sus patronos celestiales.

La actividad del espíritu humano en su misteriosa marcha alcanza á todo y todo lo transforma.

El cambio de mareantes de San Martín de Abajo habitaba fuera de la ciudad: lo confirman los nombres de las calles que aun ocupan; calle del Arrabal, calle del Mar, y calle del Mediodía, (probablemente por estar situada entre ambas.) En el muro mismo de la villa y abierta hácia su barrio, de manera que desde sus portales y balcones podían ver y adorar las

santas imágenes, tenían la capilla ó altar de aquellos bien-aventurados mártires Emeterio y Celedonio.

La generacion que viste ahora la toga viril y entra en la vida pública, ha sido la última que vió y conserva en su memoria la antigua fisonomía de aquellos parajes: el último recuerdo material que allí queda es el nombre de la calle, llamada de los Santos Mártires. Donde hoy se levantan suntuosos y altivos edificios particulares, estaba la tribuna cerrada con cristales, cuidadosamente pintada y blanqueada: á su espalda asomaba la vieja muralla hendida y desmoronada á intervalos, caduca, sombría, coronada de helechos y algunas higueras nacidas entre las piedras, y sirviendo la base de su derruido almenaje de jardin, donde algunos vecinos próximos cultivaban rosas, claveles y alefés en humildes tiestos y cajones. A lo largo de la muralla corria una calle con el nombre original de Tumba-tres, debido sin duda á la violencia y empuje del viento Sur en aquella torcida angostura; aunque una imaginacion viva pudiera darle por origen un rasgo de valor ó una aventura dramática.

Al par, y con mayor rapidez que las generaciones de edificios, pasan las generaciones de hombres.

Así la raza de Trafalgar se ha estinguido entre nuestros marineros, sucedida por la de la guerra de Vizcaya; de esta manera califican ellos la última guerra civil.

A estos pertenecia Juan Abad, el patron de la lancha. Era un hombre seco, afable y poco hablador; vestía chaqueta de bayeta amarilla, faja negra y sombrero bajo de hule.— Había servido á bordo de las trincaduras en aquella ruda compañía del Nervion, campaña rigurosa y larga, campaña de mar y tierra, en que la marinería, sobre las fatigas de su instituto, sirvió más de una vez, con los ingenieros construyendo puentes y baterías, con la infantería, atacando posiciones en orden abierto.

Aquella marina escasa, cuanto valerosa, participó de la empresa memorable de Luchana; de aquel terrible combate, cuyos detalles son homéricos, y que con el tiempo será legendario, y vestido de maravillosos y fantásticos colores por la imaginacion del pueblo. Combate sacrilego, fratricida como la guerra de Tebas, pero sublime de horror y de grandeza; lucha encarnizada de toda una noche de Diciembre; trabada á la tarde, vencida al amanecer del siguiente dia, reñida sobre la nieve y al rigor de todas las inclemencias del cielo en medio de la fragosa aspereza del Pirineo vasco.

Pero el más ligado conmigo de todos aquellos marineros era Vicente Zamorano. Un hermano suyo poco más jóven, Martin, fué contemporáneo y compañero mio; juntos hemos

nadado muchas veces en la bahía. Cuando llegó el tiempo de dar rumbo á la vida y tomar cada cual la suya, tocóle á él vida de mar y á mí vida de estudio. El barco en que Martin navegaba tenia un nombre protector y hermoso: «Cármen»; pero su nombre no le libró del naufragio. Allá en las soledades del mar americano, sorprendida por las tormentas del equinoccio, perdió la fragata su arboladura. Con la intrépida tenacidad de su raza luchaban los marinos sin perder aliento, procurando resistir á la furia del mar y sortear las embestidas del viento. Martin iba á la rueda del timon, atado para no ser arrastrado por las olas; pero una de ellas sacudió con violencia al valiente mozo, rompiéndole una pierna cerca del tobillo. Aquella herida fué mortal en tales circunstancias, y antes de que amansara la tormenta las revueltas olas arrastraban y envolvian el cadáver del pobre y cariñoso compañero de mi infancia. ¡Cuántos perecen como él sin auxilio, sin consuelo, en lo mejor de la juventud, antes de haber vivido!

Esas agonías dolorosas y oscuras, ¿no son una espacion que purifica el alma y abrevia el camino del cielo?

Yo pensaba en el pobre náufrago al ver á su hermano alegre, tranquilo, mecido al impulso de las olas iguales y serenas sobre el mar azul, á los rayos del sol, bajo un cielo luminoso plácido.

Vicente llevaba en la mano una de esás anchas hojas que envuelven las panojas de maíz, cubierta con que protege y guarda la naturaleza el oro del grano; y con un grueso alfiler rasgaba y peinaba la hoja en filamentos delgados, hasta hacer de ella una especie de fleco. Este fleco, rodeado y sujeto á la cabeza del anzuelo, le envuelve y disfraza y es el único cebo que se emplea en la pesca del bonito.

Este pez voracísimo se lanza sobre el engaño apenas lo vé blanquear en el agua y lo engulle en su estómago. Para evitar que los afilados dientes del animal corten el aparejo, la última parte de este (una ó dos brazas) es de grueso alambre de laton llamado *campanil*.

Antes de largar los aparejos, pusieron los marineros en las drizas, á altura de un hombre, unos ganchos ó fiadores, por los cuales pasa el aparejo. Uno de los extremos de este flota á buena distancia por la popa, y el otro va amarrado al banco.

La violenta embestida del bonito, cuando preso en el anzuelo quiere huir, hace saltar el aparejo del fiador, y con esto advierten los marineros que hay presa.

Íbamos como una exhalacion; el dia, segun los hombres de á bordo era escelente, pero teníamos poca fortuna. Habíamos

corrido largas bordadas con una docena de aparejos por la banda, embarcando agua bastante á veces, pero ni un solo pez: los aparejos iban inmóviles en sus fiadores.

De pronto viramos en redondo.

Juan Abad se quitó el sombrero:

¡A la buena bordada! dijo, y principió á rezar el Padre nuestro.

Todos respondimos, así como al Ave-María. Y como si aquella oracion hubiese tenido eficaz éxito, saltó un aparejo del fiador, luego otro y otro, y en breve término metimos á bordo diez y ocho bonitos.

A veces era necesario el esfuerzo de tres hombres para llamar á nosotros el pez. Llegado éste al costado del barco, un marinero le enganchaba con un gamo por el vientre, cerca de la última aleta, y suspendiéndole trabajosamente boca á bajo, daba lugar á que otros desembarazasen el anzuelo sepultado en las entrañas del animal.

Pasaron al habla otras lanchas, y cruzamos las preguntas de órden. Con corta diferencia todos habíamos tenido tan corta ventura, y se curaron mis escrúpulos de si seria mi presencia la causa de ella.

En días buenos, las lanchas de Santander traen al puerto de doscientos á doscientos cincuenta de aquellos útiles y sabrosos pescados.

JUAN GARCIA.

EN UN ALBUM.

As over the sepulchral stone...

BYRON.

Como detiene acaso al pasajero
oscuro nombre sobre yerta losa,
fije tus ojos lánguidos el mio,
si vagan al azar sobre estas hojas.

Y si en remoto dia al encontrarle
recuerdas por ventura mi memoria,
piensa que bajo de él en esta página
un solitario corazon reposa.

AMÓS DE ESCALANTE.

LA PRINCESA Y EL GRANUJA.

CUENTO DE AÑO NUEVO.

I.

Pacorrito Migajas era un gran personaje. Alzaba del suelo poco más de tres cuartas á pesar de que su edad frisaba en los siete años. Tenia la piel curtida del sol y del aire y una carilla avejentada que más bien le hacia parecer enano que niño. Sus ojos eran negros y vividores con grandes pestañas como alambres. Pero su boca daba miedo de puro fea, y sus orejas, al modo de abanicos, antes parecian pegadas que nacidas. Vestia gallardamente una camisa sin color, y un pantalon hecho de remiendos y sostenido con un solo tirante. En invierno abrigábase con una chaqueta que fué de su abuelo, y que despues de cortadas las mangas por el codo, á Pacorrito le venia que ni pintada para gaban. En el cuello le daba varias vueltas un guiñapo con aspiraciones á bufanda, y la cholla la cubria con una gorrita que arrambló en el Rastro. No usaba zapatos por serle esta prenda de grandísimo estorbo, ni tampoco medias porque le molestaba el punto.

La familia de Pacorrito Migajas no podia ser más ilustre. Su padre, acusado de haber hecho un escalo por la alcantarilla, habia ido á tomar aires á Ceuta, donde murió. Su madre, que era una señora muy apersonada y que por muchos años tuvo puesto de castañas en la Cava de San Miguel, fué tambien metida en líos de justicia y despues de muchos embrollos y dimes y diretes con jueces y escribanos, me la empaquetaron para Alcalá. Aún quedaba á Pacorrito su hermana; pero ésta, abandonando su plaza en la fábrica de tabacos, se fué á Sevilla en seguimiento de un sargento de ingenieros, y esta es la hora en que no ha vuelto. Estaba, pues, Migajas solo en el mundo, sin más familia que él mismo, sin más amparo que el de Dios, ni otro guía que su propia voluntad.

II.

¿Pero creará el pio lector que Pacorruto se acobardó al verse solo? Nada de eso. El habia tenido ocasion en su breve existencia de conocer los vaivenes del mundo, las injurias del destino y una gran parte de lo falso y mentiroso que encierra la vida. Llenóse de energía y afrontó la situacion como un héroe. Afortunadamente tenia grandes relaciones con diversa gente de su estofa y aun con hombres barbudos que parecían dispuestos á protegerle, y bulle que bulle, aquí me meto y allí me saco, consiguió dominar su mísero estado.

Vendía fósforos, periódicos y billetes del Pardo ó de las Escuelas católicas, tres ramos de la industria que explotados con inteligencia podian asegurarle honradas ganancias; así es que á Pacorruto nunca le faltaban cuatro cuartos en el bolsillo para sacar de un apuro á un amigo, ó para obsequiar á las amigas.

No inquietaban gran cosa á Migajas ni las molestias del domicilio ni las impertinencias del casero. Sus palacios eran el Prado en verano, y en invierno los portales de la casa Panadería. Varon sóbrio y enemigo de pompas mundanas, se contentaba con un rincon cualquiera para pasar la noche. Comia, como los pájaros, lo que encontraba, sin que jamás se apurase por esto, á causa de cierta conformidad religiosa que existia en su alma, y de su instintiva fé en los misteriosos dones de la Providencia que á ningun ser grande ni chico desampara.

Los que esto lean creerán que Pacorruto Migajas era feliz. Parece natural que lo fuese. Si carecia de familia, gozaba de preciosísima libertad, y como sus necesidades eran muy pocas, vivia holgadamente de su trabajo, sin deber nada á nadie; sin que le quitaran el sueño ambiciones ni disgustos; pobre, pero tranquilo; desnudo el cuerpo, pero lleno de paz sabrosa el espíritu. Pues á pesar de esto, Pacorruto Migajas no era feliz. ¿Por qué? Porque estaba enamorado hasta las gachas, como se suele decir.

Sí, señores, aquel Pacorruto tan pequeño y tan feo y tan pobre y tan solo, amaba. ¡Ley inexorable del mundo, que no permite á ningun ser, cualquiera que sea, redimirse del yugo del amor!

Amaba nuestro héroe con delirio, á veces con exaltado idealismo, libre de todo pensamiento impuro, á veces con ar-

doroso fuego. Su corazón volcánico tenía sensaciones de todas clases para el objeto amado; ora dulces y platónicas como las del Petrarca, ora arrebatadas como las de Romeo, y si por lo ideológico remedaba al Dante, por lo sutilmente cariñoso se parecía á Abelardo.

¿Y quién había inspirado á Pacorruto pasión tan terrible? Pues una dama que arrastraba vestidos de seda y terciopelo con vistosas pieles, una dama de cabellos rubios, que en bucles descendían sobre su alabastrino cuello, una dama que solía gastar quevedos de oro, y á veces tocaba el piano.

III.

Véase cómo la conoció Pacorruto y quién era aquella celestial hermosura.

Migajas extendía la esfera de sus operaciones mercantiles por la mitad de una de las calles que afluyen á la Puerta del Sol. Es esta calle muy concurrida y tiene hermosas tiendas que de día adornan sus escaparates con mil prodigios de la industria, y por la noche se iluminan con la resplandeciente claridad del gas. Entre estas tiendas la más bonita es una que pertenece á un alemán y que está llena de chucherías preciosísimas destinadas á grandes y pequeños. Por Carnaval se llena de caretas burlescas, por Semana Santa de figuras piadosas, por Navidad de Nacimientos y árboles cargados de juguetes, y por Año Nuevo de magníficos objetos para regalos.

La pasión volcánica de Pacorruto empezó cuando el alemán puso en su escaparate una encantadora colección de damas vestidas de raso y terciopelo, con los más ricos trajes que puede imaginar la fantasía parisiense. Casi todas tenían más de media vara de estatura. Sus rostros eran de la más fina y purificada cera, y ningún carmin de frescas rosas se igualaba al rubor de sus mejillas. Sus azules ojos de vidrio brillaban con más fulgor que la pupila humana. Sus cabellos de finísima lana rizada podían compararse, con más razón que los de muchas damas, á los rayos del sol; y las fresas de Abril, las cerezas de Mayo y el coral de los mares parecerían pálidos en comparación de sus labios rojos.

Eran tan juiciosas que jamás se movían del sitio en que las colocaban. Solo crugía el gozne de madera de sus rodillas, hombros y codos, cuando el alemán las sentaba al piano, ó

las hacia tomar los lentes para mirar á la calle. De resto no daban nada que hacer y jamás dijeron esta boca es mía.

Entre ellas había una que era la más hermosa, la más alta, la más bien vestida, la más señora. Debía de ser mujer de elevada categoría á juzgar por su ademan grave y pomposo, y cierto aire de proteccion que le sentaba á maravilla.

—¡Gran mujer!—dijo Pacorríto la primera vez que la vió; y por más de una hora estuvo junto al escaparate, contemplando tan acabada hermosura.

IV.

Nuestro personaje se hallaba en ese estado particular de aletargamiento y exaltacion en que aparecen los héroes de las novelas amatorias. *Su cerebro hervia; en su corazon se enroscaban culebras mordedoras; su pensamiento era un volcan; deseaba la muerte; aborrecia la vida; hablaba sin cesar consigo mismo; miraba á la luna; se volvía loco, etc.*

¡Cuántas veces le sorprendió la noche en melancólico arro-bamiento delante del cristal, olvidado de todo, hasta de su propio comercio y modo de vivir! Mas no era por cierto muy desairada la situacion del buen Migajas, quiero decir, que era hasta cierto punto correspondido en su loca pasion. ¿Quién puede medir la intensidad amorosa de un corazon de palo? El mundo está lleno de misterios. La ciencia es vana y jamás llegará á lo íntimo de las cosas. ¡Oh, Dios! ¿será posible algun dia fijar un límite á la esfera de lo inanimado? Lo inanimado no existe. Atrás los pedantes que deteniéndose ante una piedra le dicen: «Tú no tienes alma.» Solo Dios sabe cuáles son las verdaderas dimensiones de ese Limbo inmenso donde yace todo lo que no ama.

Bien seguro estaba Pacorríto de que la dama le miraba, y aun sin moverse ni pestañear ni abrir la boca, decíale mil cosas deleitables, ya dulces como la esperanza, ya tristes como el presentimiento de sucesos infaustos. Con esto se encendía más y más en el corazon de Migajas la llama que lo devoraba, y su mente atrevida concebía sublimes planes de seduccion, raptó, y aun de matrimonio, ¡que tanto puede la fuerza incontrastable del sentimiento!

Una noche el amartelado galan acudió puntual á la cita. La señora estaba sentada al piano con las manos suspendidas sobre las teclas y el divino rostro vuelto hácia la calle. El granuja y ella se miraron. ¡Ay! ¡Cuánto idealismo, cuánto

frenesí en aquella mirada! Los suspiros sucedieron á los suspiros, y las ternezas á las ternezas, hasta que un suceso imprevisto cortó el hilo de tan dulce comunicacion amorosa, truncando de un golpe la felicidad de los dos amantes. Fué como esas súbitas, catástrofes providenciales que hieren mortalmente los corazones, dando origen á suicidios, tragedias y otros lamentables casos.

Una mano penetró en el escaparate por la parte de la tienda, y cogiendo á la señora por la cintura se la llevó adentro. Al asombro de Migajas sucedió una pena tan viva que deseó morir en aquel mismo instante. ¡Ver desaparecer al objeto amado, como si se lo tragara la insaciable tumba y no poder detener aquella existencia que se escapa, ¡y no poder seguirla aunque fuera al mismo infierno! ¡Ah! Esto era superior á las fuerzas de un mortal, y Pacorruto, á pesar de su inmensa energía, se sintió desfallecer.

Estuvo á punto de caer al suelo; pensó en el suicidio; invocó á Dios y al diablo....

—¡La han vendido!—murmuró sordamente.

Y se arrancó los cabellos, y se arañó el rostro; y á causa de las convulsiones de su desesperacion se le cayeron al suelo los fósforos, los periódicos y los billetes del Pardo.

V.

Repuesto al cabo de su violenta emocion, Pacorruto miró hácia el interior de la tienda, y vió á unas niñas y á dos ó tres personas mayores hablando con el alemán. Una de las chicas sostenia en sus brazos á la dama de los pensamientos de Migajas. Hubiérase lanzado éste con ímpetu salvaje dentro del local; pero se contuvo, poniendo un freno á su ardoroso afán, por temor á que viendo su facha éstrambótica, le adjudicaran una paliza ó le entregaran á una pareja.

Fijo en la puerta, pensaba en los horrores de la trata de blancos, en aquella nefanda institucion tirólesa, por la cual unos cuantos duros deciden la suerte de honradas criaturas, entregándolas á la destructora ferocidad de niños mal criados. ¡Ay! ¡Cuán miserable le parecia á Pacorruto la naturaleza humana!

Los que habian comprado á la señora salieron de la tienda, y entraron en un coche de lujo. ¡Cómo reian los tunantes! Hasta el más pequeño, que era el más mimoso, se permitia tirar de los brazos á la desgraciada muñeca, á pesar de tener

él para su exclusivo goce variedad de juguetillos propios de su edad. Las personas mayores también parecían muy satisfechas de la adquisición.

Mientras el lacayo recibía órdenes, Pacorríto, que era hombre de resoluciones audaces y heroicas, concibió un plan que consistía en colgarse á la zaga del coche. Así lo hizo con la agilidad cuadrumana que emplean los granujas cuando quieren pasear en coche de un cabo á otro de la villa.

Alargando el hocico hácia la derecha veía asomar por la portezuela uno de los brazos de la señora vendida al vil metal. Aquel brazo rígido y aquel puño cerrado hablaban enérgico lenguaje á la imaginación de Migajas, y en medio del estrépito de las ruedas oía estas palabras:

—¡Sálvame, Pacorríto mio, sálvame!

B. PEREZ GALDÓS.

(Continuará.)

DULCAMARA.

SONETO.

Él vino, vió y venció... Y ¿á qué más gloria?
Con su pedestre musa y prosa llaña,
Sobre columnas de la cuarta plana
Un templo sabe alzar á su memoria.
Anunciar y vender; esta es su historia,
Y aquel que acude al son de su campana,
Muere por suerte ó por milagro sana,
Pero siempre el Doctor canta victoria.
Y atrae el oro con su voz aguda,
Y el vulgo está pendiente de sus labios,
Que es la audacia la ciencia que le escuda.
Pero á los sabios él no causa agravios;
Que explotar á los tontos ¿quién lo duda?
Lo hacen mejor los pillos que los sabios.

EDUARDO BUSTILLO.

DE LA ATMÓSFERA Y SUS EFECTOS SOBRE LA VIDA.

Constituida la atmósfera por la masa gaseosa y trasparente que rodea nuestro globo, sírvenos de medio necesario para el ejercicio de nuestra actividad. Su espesor, segun los cálculos de Biot, fundados en la ley de descenso de las temperaturas, no excederia de 12 leguas. Los fenómenos de refraccion astronómica y de iluminacion de la atmósfera durante las horas crepúsculares, asignan á este espesor un valor mínimo de 15 á 20 leguas. La observacion de las estrellas errantes, pequeños cuerpos que se calientan hasta hacerse incandescentes cuando en su movimiento de rotacion al rededor del sol atraviesan las capas superiores de nuestra atmósfera, inducen á apreciaciones más considerables, elevando la altura de la masa gaseosa á 70 ú 80 leguas por encima del nivel de los mares.

La atmósfera, como medio, es indispensable al sostenimiento de la vida. Ejércese esta á beneficio del constante cambio de los elementos que entran en la composicion de nuestros órganos, cambios fatal y necesariamente sometidos ó las leyes fisio-químicas que rigen y gobiernan la materia.

Los medios en que nuestra vida evoluciona y las sustancias que nos sirven de alimento, actúan sin cesar y producen modificaciones íntimas en nuestro organismo. Numerosos y variados son los problemas que el estudio de los medios ó condiciones de la vida someten á nuestra consideracion; pero por numerosos y variados que á *proiri* parezcan, siempre podremos referirlos á actos ó determinaciones de los cuatro agentes que siguen:

A. Aire atmosférico; B. Alimentos y alimentacion; C. Aguas; D. Medios en que el hombre habita.

Tratar cada uno de estos cuatro puntos con la estension que reclaman; detenerse á estudiar los fenómenos que determinan en los diferentes órdenes de seres vivos; establecer relaciones entre estos actos, y las diversas manifestaciones de la vida circunscrita y limitada á la especie humana, supondria el desarrollo completo de un tratado fisiológico é higié-

nico, para lo cual no me considero fuerte ni lo creo oportuno, dadas las condiciones de la revista en que han de salir á luz estos desordenados apuntes. He de circunscribirme, por lo tanto, al estudio del aire atmosférico como medio de vida y causa muchas veces de graves trastornos orgánicos.

El aire es alimento necesario, que constantemente, sin descanso, sostiene nuestro calor y nuestra vida. Las más pequeñas variaciones de este medio que nos baña, y penetra nuestra sangre, pueden producir tsastornos sérios en la respiracion, la traspiracion y la hematosis, que á su vez reaccionaran sobre todas las demás funciones del organismo cuya suma da lugar á la resultante final, vida.

El aire, trasparente é invisible en pequeñas masas, difunde la luz azul. No tiene sabor ni olor, es por excelencia comprensible y sigue en sus cambios de volúmen las leyes de Mariotte.

Es pesado y ejerce presion en todas direcciones, como lo demuestran los esperimentos de Arquímedes y Pascal. El peso de una columna de aire de la altura total de la atmósfera, equivale al peso de una columna de mercurio de la misma base que aquella y de altura igual á la altura barométrica en el momento de la observacion. Háse calculado que el peso total de la atmósfera seria equivalente al de 581.000 cubos de cobre rojo de un kilómetro de lado. Este enorme peso que sin cesar gravita sobre las convexas espaldas del mundo, no se deja sentir con la misma intensidad en los diversos lugares de la tierra, como lo demuestran las diferentes alturas barométricas.

Habíamos dicho que el aire era trasparente, pero esto en absoluto no es verdad. Cada molécula gaseosa, refleja una parte de los rayos solares que la atraviesan, y esta reflexion se hace más manifiesta en el rayo azul. Hé aquí la razon por que el aire comunica á los objetos lejanos, ese tinte azul, tanto más pronunciado, cuanto mayor es el espesor y la densidad de la capa interpuesta.—Esta es tambien la causa de ese hermoso azul del cielo, manto de la divinidad tachonado de estrellas y ceñido por la via láctea, prodigioso engendro de soles, mil y mil sistemas planetarios, á través de cuya trasparente gasa se deja sentir la infinita majestad de Dios.

Las moléculas constitutivas del aire y el polvo que en él circula, difunden la luz en todas direcciones y hacen visibles los objetos colocados fuera del trayecto de la irradiacion solar. Privado el aire de esta propiedad, no habria en la tierra más puntos iluminados que aquellos directamente heridos por los rayos del sol. Las sombras proyectadas por los cuerpos opacos serian del todo negras, y los rayos reflejados por

la tierra irían á perderse en los espacios infinitos, reinando la más completa oscuridad en todos los puntos no penetrados por la luz directa del sol. El crepúsculo que precede y sigue á la salida y puesta del sol, habría dejado de existir y con él los magníficos panoramas, ricos de color y luz, cuyos delicados matices no han podido imitar el arte ni la industria humana.

Tranquilo unas veces éste que los antiguos consideraron elemento de la creación, produce la suave y perfumada brisa de la primavera, que al acariciar nuestra frente fatigada, parece que deposita en ella beso de incomparable dulzura. Él es el que, arrastrado por las furias invisibles del huracán, levanta montañas espumosas en la tersa superficie de los mares, arrancando gemidos á la débil barca que, perdida en el revuelto torbellino, teme quizá no llegar á la playa que la vio nacer. Él el que en forma de *alisio viento* empuja las carabelas de Colón al descubrimiento del nuevo mundo. Él el que en el árido desierto, levanta nube de polvo que sepulta á la triste caravana. Él el que impulsado por el génio del mal aviva devorador incendio que consume haciendas y personas, y no contento aún, esparce las candentes cenizas, que inútiles á las vidas estinguidas, pasan á animar nuevas y nacientes vidas. Él el que en forma de onda sonora, hierde nuestro oído con las dulces melodías de Rossini y Meyerbeer y hace vibrar nuestra alma con el trino del ruiseñor que llena el bosque con sus enamoradas y dulces notas. Él, por fin, nos hace oír la suspirada promesa del alma de nuestros pensamientos y la desesperadora frase del desden ó de la indiferencia. Portador de buenas nuevas ¡Dios os bendiga! Mensajero de desengaños ¿por qué no dejas de ser?

El calor representa papel importantísimo en un gran número de fenómenos atmosféricos; ejerciendo al propio tiempo decisiva influencia en el desarrollo y modo de ser de los diferentes organismos de la superficie del globo. Múltiples y variadas son las circunstancias que influyen en las modificaciones climatéricas de las distintas regiones de la tierra, debiendo ocupar el primer puesto las diversas fuentes de calor asignadas á nuestro planeta y atmósfera que le rodea. La temperatura de los espacios celestes, en medio de los cuales se verifican los asombrosos movimientos planetarios; el calor central del globo en que navegamos perdidos en la inmensidad y la irradiación solar, son los orígenes principales del calor de la atmósfera. Las corrientes atmosféricas y oceánicas modifican las temperaturas y participan grandemente en la constitución de los climas, no desconociendo hoy nadie que si la parte oriental de Europa disfruta los beneficios de una suave temperatura en relación con otros pun-

tos de la misma latitud, no es debido á otra causa que á la gran corriente del Gulf-stream que lame sus costas dirigiéndose al polo Norte.

Un gran número de fenómenos meteorológicos no reconocen otra causa que la temperatura atmosférica, fenómenos que pasaremos en silencio como ajenos á nuestro propósito, procurando en lugar oportuno tratar solo de su acción sobre los seres vivos que pululan la superficie de la tierra.

No por despreciables é indignos de nuestra atención, pasarán desatendidos los *Simouns* del Sahara, el *monzon* de la India y el *ciclón* de sus mares; el espejismo, fenómeno debido á la diferente densidad de las capas atmosféricas que tocan el suelo, y el *espectro del Brocken* debido á la *difracción* y dispersión de los rayos solares.

Callaremos respecto á los *antelios*, *parelios*, *halos*, con otros muchos y variados fenómenos luminosos, hijos de los diferentes estados físicos de la atmósfera, de su estado eléctrico y de los cuerpos en ella suspendidos. Todos son acreedores á las consideraciones del físico; pierden, sin embargo, una gran parte de su importancia cuando los estudia un médico y procura relacionarlos con la influencia que sobre los organismos pueden ejercer.

J. J. ZORRILLA.

(Continuará.)

FLORINDA Y D. RODRIGO.

AL EXCMO. SR. D. AURELIANO FERNANDEZ GUERRA,

DE LAS REALES ACADEMIAS ESPAÑOLA Y DE LA HISTORIA.

He recibido, mi respetable amigo y favorecedor, el lindo folleto *Don Rodrigo y La Cava*; temo extralimitarme, como en mis observaciones sobre el *Libro de Santoña* y en cuanto mi pluma emprende, segun pública y privadamente he confesado; pero, confiando en la bondad de V., voy á imitar, si puedo, su independencía crítica, ya que no pueda el culto y amenísimo estilo.

Tambien á mí me ha sucedido, aunque en sentido contrario, algo parecido al primer cuento de los que sirven de preliminares al de *la Cava*; y, en cuanto al segundo, me parece que cualquier persona razonable, menos el antojadizo millonario que V. nos pinta, creería en la fê de bautismo de la mujer de Alonso Cano, antes que en la enunciativa incidental y no pensada del Sr. Hartzembusch. Más diré, con ejemplo propio; que hasta en fêes debautismo puede haber contradiccion; pues hace doscientos años se llamaba mi quinto abuelo Juan de Mier, cuando no tenia necesidad de poner otros apellidos, y despues su hijo y todos sus descendientes nos apellidamos de los Rios, en virtud de sentencia ejecutoriada y por igual razon que el último D. Juan *Nuñez de Lara*, Señor de Lara y Vizcaya, se llamó así, aunque hijo y nieto de dos D. Fernando *de la Cerda*, y biznieto de D. Alfonso *el Sabio*.

Nó puedo menos de desconfiar, querido amigo y maestro, de nuestra insaciable lectura y más insaciable imaginacion. Cuando yo leí por primera vez el discurso de recepcion de V. en nuestra Academia de la Historia, quedé convencido de que la conjuracion contra Venecia, en tiempo del grande Osuna, fué un mitho; despues, la misma Academia me envió en el *Memorial histórico* la biografía de un *Duque de Estrada*: tan conocido mio, y toda su familia, como la mia propia, donde se declara él mismo complice y actor que debía ser muy principal, en la supresion de aquella inquisitorial república. Leí tambien el discurso acerca del Fuero de Avilés,

inclinándome, con V., á tenerle por falso; y hallé despues en análogas condiciones el de Melgar de Fernamental, el de Castrojeriz, y el del Valle de Gama publicado por Salazar de Castro, que he visto legalmente autorizado, y conforme, aunque en castellano, á una ley de ocho años antes dada en las Córtes de Nájera de 1138. Hallé en castellano, más moderno aún, el Ordenamiento de estas mismas Córtes, mezclado con las reformas que en él plugo hacer á D. Alfonso XI, cuando celebró las de Alcalá de 1348. En fin, tengo delante el Fuero general de Navarra, publicado últimamente por su Diputación provincial y Archiveros como el auténtico y tradicional que se viene guardando en el foro y en la Cámara de Comptos, y hallo que, titulándose Fuero de Sobrarve, está copiado hasta en las firmas del de Tudela; se dá por hecho prévia consulta con el Papa Aldebaro, (Hildebrando) lombardos y franceses, eligiéndose despues Rey á D. Pelayo; y dice que D. Rodrigo, hijo de Witiza (!), fué derrotado en el campo de Sangonera, entre Murcia y Lorca, (donde sabemos indudablemente que lo fué Theodomiro) y que yogó con la mujer, no con la hija, del conde D. Julian.

Hétenos, pues, en el campo del tercer *cuento*, segun V.; segun mi pobre criterio, historia, con algunas circunstancias erróneas, añadidas, ó exageradas.

Abandono por tales la del zancarron de Mahoma, y la casa fuerte, cueva, ó palacio de Toledo en que cuentan halló don Rodrigo, en vez de los tesoros que buscaba, árabes pintados, *como por ellos solos*. Pero lo demás que V. nos dice, con referencia al egipcio Abderrahman ben-Abdel Háquem, escritor del siglo IX, sobre la traicion del conde D. Julian y su motivo, lo hallo conforme con otras muchas relaciones árabes que cita nuestro malogrado compañero y discípulo de V. Lafuente Alcántara, en su traduccion de la Crónica *Ajbar Majmua*; con la relacion circunstanciada del Monge de Silos, en el siglo XI; y hasta con la más lacónica del Obispo D. Sebastian, á nombre de D. Alfonso el Magno: estos dos contemporáneos del egipcio antedicho, y que recogieron las tradiciones de los viejos y de sus antecesores, algunos de los cuales, como D. Alfonso *el Casto*, casi pudieron conocer actores en la pérdida de España.

V. mismo nos dice, y en ello dice bastante, que Isa ben-Ahmed Ar-Razi, á quien conocemos por *El moro Rasis*, al retocar y adiconar la Historia de España escrita por su padre, no solo añadió lo fantástico y novelesco del egipcio ben-Abdel Háquem «sino que hubo de presentarlo con nuevos episodios y mayor colorido y viveza.» Y quien no respetó la obra de su padre ¿respetaria más la fama póstuma de D. Ro-

drigo y su infeliz víctima? Hasta el adusto P. Mariana acepta —probablemente por lo que tiene de comun con la historia de David y Bersabé— la version de un romance que dá por causa inmediata de la amorosa fechoría haberse entretenido Rodrigo en acechar, Florinda y sus compañeras, creyéndose solas, en medir, cuál tenia más... necesidad de ligas largas.

Vamos, pues, conformes en que la materia era placiente á musulmes, que no aguardan mejor paraíso, y agradaria especialmente á otro historiador árabe que se decia *Ebu Al-kotiya*, esto es: *hijo de la Goda*; suponiendo ser descendiente de una hija única de *Olmundo*, primogénito de Witiza; y dando por fianza mil aldeas justas, que cuenta se dieron por premio de la traicion al tal abuelo, así como á sus hermanos *Rómulo* y *Ardabasto*. Esto sí que parece *cuento* del interesado; por lo menos ningun historiador cristiano dá tales nombres á los hijos de Witiza. El monge de Silos le dá dos, y á D. Oppas que únicamente nombra á D. Sebastian y fué hermano. La crónica Ajar Majmua nombra solamente dos: *Obba* y *Sisberto*. En fin, todos los adobos arabescos, hasta los de Al-Mackari, escritor del siglo XVII, no quitan, aunque ofusquen, la sustancia del hecho. Al crítico toca separar la hojarasca.

«Nuestros cronicones latino-hispanos», continúa V. hablando ya por su cuenta «dictados por obispos y sacerdotes, conserváronse por fortuna limpios de mentiras y fábulas, desde el año 410 hasta el de 1110, y no cayeron en la tentacion de falsificar al último godo.» (D. Rodrigo.) Suscribo, no teniendo por fábulas, ni mentiras, errores ó exageraciones, y supongo que ajusta V. tanto las fechas porque hácia la última empezó la anarquía del reinado de Dña Urraca, y empezaria el obispo D. Pelayo de Oviedo á injertar en esos cronicones lo que le placia y á su sede convenia, segun está averiguado, y, segun yo creo, por envidia de D. Diego Gelmirez, que iba sublimando por no mejores medios su sede compostelana. Pero, conforme con las premisas, no puede estarlo con la consecuencia de que el Monge de Silos tomó la conseja de D. Rodrigo y la Cava de las historias escritas desde 850 por los muladíes y árabes españoles; ni, menos, con que estas fuesen «leidas con avidez, lo mismo á orillas del esclavizado Guadalquivir, que en las libres del Nalon y Arlanza.» Pase por las primeras, pero del Duero acá ¿cómo? ¿En árabe? Aun hoy lo estudian muy pocos cristianos. ¿En traduccion latina, castellana, ó aunque fuera bable? Ni la encuentro, ni hubiera dejado de aprovecharse para los cronicones de D. Sebastian, Emilianense y Albendense, todos posteriores á 850. Pero su contexto demuestra, por el contrario, que no tenian noticia, ni aun del cricon de Isidoro Pacen-

se, aunque escrito en la misma lengua y por un obispo de la misma religion; así como este parece no tuvo noticia de la existencia y hechos de D. Pelayo, aunque yo más creo se vió precisado á callarlos. Por otra parte, si el Monge de Silos escribió finalizando el siglo XI, está comprendido su cronicón en los que V. cree limpios hasta 1110; y con eso, y sin eso, me parece muy aventurado decir que, para dar sitio á la conseja de D. Rodrigo y la Cava, «le fué necesario descoyuntar la cronología y regalar tres años de reinado al infeliz Rodrigo, en vez de los únicos seis ó siete meses que hubo de empuñar el cetro.»

Semejante asercion exigia más pruebas que la notita donde se atribuye el mismo error al Monge de Albelda, «que escribía en 883». Quien acabó de escribir en 883 fué el autor del cronicón Emilianense, que algunos creen fué Dulcidio, obispo de Salamanca, sucesor, aunque no inmediato, de Sebastian; su discípulo y ayudante, acaso, en la tarea de continuar la historia de los Reyes godos y asturianos. El Albeldense, ó sea el Monge de Albelda Vigila, copió del cronicón Emilianense, añadiendo hasta el año 976 que acabó de escribir. Ambos dan á Rodrigo tres años de reinado; y, si el Monge de Silos empezó á contarlos desde 709, también puso en el mismo año la derrota del Guadalete; de modo que van acordados los tres con el Pacense y con V. en el punto de partida, aunque alguno calculase mal los años trascurridos desde la invasion, como los que la ponen en 714. Todos estos errores y otros muchos debieron nacer de la diferencia entre el año árabe, ó de la Ejira, y el verdadero, que hasta muy más recientes é ilustrados tiempos no se ha podido concordar.

Es verdad que el Pacense, autor contemporáneo de la invasion, solamente dá un año de reinado á D. Rodrigo; pero esta es la verdad respecto á *Pax Julia*, ó Beja, donde este su obispo escribía (1) y á mucha parte de la sometida España; no para los cristianos que seguían resistiendo, ni para sus antiguos cronistas. Ninguno de estos, ni aun el Pacense, afirman que Rodrigo muriera en la batalla del Guadalete, como se halla en una *enmienda* de Mariana al continuador del Biclarense. La más antigua relacion de los árabes, conforme con la de D. Sebastian, Emilianense y Albeldense dice no saberse qué fué de él, ó cómo murió; solo añade que se hallaron restos del regio traje por haber caído con el caballo en un lodazal (2). El mismo Pacense nos asegura que conti-

(1) Estando Muza en el sitio de Mérida, se le rebeló Sevilla, concurriendo otros rebeldes de Boja y Niebla, que también habría sujtado antes. (*Ajbar Majmua*, p. 80.)

(2) *Ajbar Majmua*, traduccion de Lafuente Alcántara, p. 22. Escusado es hacer caso de otras traducciones donde se dice *mató* Dios á Rodrigo y todos sus compañeros.

nuó, no solamente la guerra extranjera, sino la civil; los árabes nos refieren que Muza encontró gran resistencia en Mérida y no la entró hasta Junio de 713 *por capitulación*; nada inverosímil es, por tanto, que Rodrigo mandase allí, cuando el Silense dice que siguió guerreando contra Muza, y V. mismo halla indicios de que la familia y amigos de Rodrigo fueran lusitanos. Así seguiría combatiendo en retirada hácia Galicia, hasta morir con las armas en la mano, como expresamente dice el Monge de Silos, y probablemente en las inmediaciones de Viseo, donde halló su sepulcro el obispo D. Sebastian. Aceptando, pues, las exactísimas pruebas con que V. fija el principio del reinado de Rodrigo entre Enero y Julio de 711, (por supuesto más cerca del primer mes) repito que el fin no fué en la batalla del 26 de Julio, sino despues de Junio de 713, corriendo ya el tercer año desde la proclamación, y siendo aun *Rey de los godos* en Viseo, como declara su epitafio; que no más ancho era el reino de Pelayo en Covadonga.

Pero vamos *al hecho*, segun decia incesantemente cierto Presidente de Sala á los abogados que divagaban. Otro magistrado, gran fisiólogo, ha hecho proverbial la frase: *¿quién es ella?*, donde buscaba el hilo de toda causa criminal. ¡Y quiere V. negarnos la verosimilitud del agravio de Florinda y de la venganza de su padre en el siglo..... ¿qué digo en el siglo? en la media docena de años que mediaron entre Witiza, soltando todos los diques al apetito carnal, y Abdalasis, cayendo bajo el puñal de sus mismos parientes, por inclinarse á la viuda de Rodrigo mucho menos criminalmente que este á la hija de Julian! El pundonor español de todas épocas protesta contra la traición solo por aficiones traidoras, y dice con la musa popular:

«No se extrañen los que oyeren
alguna cosa indebidá,
que Rey tirano y aleve
vasallos traidores cria.»

Omito los manoseados ejemplares de Lucrecias y Virginnias, teniendo el de nuestra Doña María Coronel y su más frágil hermana, que no tuvieron padre para vengarlas, porque no esperó á sufrir tanto. Prescindo de los más abundantes casos como el que refiere el Pacense del emperador Heraclio, acometiendo á serlo por amor de su prometida Flavia, que el antecesor Focas le llevó de Africa, y no sé si algo más. Otro hecho contemporáneo y muy curioso hubiera V. podido hallar en esos mismos autores árabes que nos cita, y me ha hecho recordar el que atribuye la crónica rimada de Castilla

y del Cid á cierto arcipreste y la infanta de Navarra D.^a Sancha. Cuenta Al-Hichari (1) que cuando Muqueit, uno de los tenientes de Tarik, se apoderó de Córdoba, haciendo prisionero al rey ó gobernador y su familia, notó que una muchacha, la más sobresaliente en hermosura, la ostentaba ante el vencedor demasadamente. Puesta en prision y amenazada, confesó que habia intentado enamorarle y tenia preparado un lienzo envenenado para cuando lo hubiese conseguido. Entonces Muqueit dijo: «Si el alma de esta muchacha estuviera en el pecho de su padre no hubiera yo conquistado á Córdoba en una noche.»

Hé aquí otra prueba, tambien, de la corrupcion de costumbres que reinaba entre los godos. Sin embargo, y aunque tantos testimonios históricos la atribuyan principalmente á Witiza, el Pacense solo dice que *aunque petulante* fué clementísimo, y no disimula ser de su partido en la contienda civil. Don Sebastian, aunque tambien obispo, escribiendo cuando ya estaba derogada la soltura, (que parece no llevaron muy á mal otros eclesiásticos) declama enérgicamente contra ella; aplica á Witiza las palabras del salmo: «*sicut euqus et mulus quibus non est intellectus,*» y dice que, despues de tener muchas mujeres y concubinas, mandó tener mujeres á los obispos, presbíteros y diáconos; cuya maldad fué causa de la pérdida de España, porque los Reyes y sacerdotes abandonaron la ley de Dios. Y si todo esto comprendió el Pacense en las palabras «*quamquam petulanter, clementissimus,*» etc. ¿qué deberemos entender de lo que dice despues D. Sebastian, de Rodrigo: «*huic sceleri finem non imposuit, SED MAGIS Ampliavit?*» Paréceme que, despues de tener el Rey Witiza cuantas mujeres y concubinas quisiera, no podia llegar á más el sucesor, sino teniendo aun *las que no quisieran*: que es precisamente el caso de Florinda, (ó como quier que ella se llamase) referido con más claridad por el Monge de Silos y los historiadores árabes.

Réstanos el ajuste de fechas, que es cuestion muy secundaria respecto á la esencia de los hechos. Juzga V. por la combinacion de algunas, señaladas por los escritores árabes, que, caso de haber tal ultraje, el autor no fué D. Rodrigo, sino Witiza. Pero si esos mismos autores lo atribuyen á Rodrigo, y en ello convienen los cronicones cristianos, ¿dónde se debe creer la equivocacion sino donde otras muchas abundan, y en lo que pende de un número mal trazado, de un copiante distraido? Quédese á los Pellicer y demás secuaces de su escuela, por no decir de sus pasiones provinciales, dar más

(1) *Ajbar Majmua*. Apéndices, p. 195.

valor al silencio (ya explicado) del Pacense, y al solo nombre de *Iuceph* escrito en el cronicon Emilianense y copiado en el Albendense, que á muchos nombres, fechas *y hechos* que de D. Pelayo, su hijo y yerno refieren los mismos cronicones, mientras caben naturalmente las generaciones desde 718 á 754; quédese por lo que es, por terquedad envidiosa, empeñarse en que solo despues de esta última fecha (y de los Garci Ximenez, etc.) pudieron existir y reinar. Esos mismos autores árabes que ustedes, los que estaban en mejor situacion para entenderlos, nos han dado á conocer, dan el último golpe al necio sistema, refiriendo cómo en el emirato de Okba ben-Al Hachah (734 á 739) habia ya un rey cristiano llamado Belay, que fué perseguido hasta sus últimos atrincheramientos de Asturias, sin duda por tener muy probada su inflexibilidad anteriormente. Segun otros, la rebelion ostensible, es decir, cuando ya daba cuidado, fué en tiempo de Ambeza; (721 á 725) y segun Al-Makari, se fugó de Córdoba Pelayo en 717 (1). ¿Habrà cosa más natural que empezar al año siguiente el reinado en la célebre cueva?

«Digamos del conde Julian.» Pero no repitiendo consejas, sin correctivo, cuando tratamos de aclarar una crisis célebre y de inmensas consecuencias en nuestra historia. Dice V. que el Pacense le llama nobilísimo, lo cual equivale á visigodo, sin que obste el nombre romano que lleva. Por estas señas, y el número 40 á que se refieren, deduzco que es de la edicion de Florez en la *España Sagrada*; y que donde se imprimió *Urbani* lee V. *Juliani*. No veo dificultad en que este fuese el padre de *la Cava*; ni aun de que esta mereciese tal nombre de los moros por haber sido efectivamente *mala mujer* de Rodrigo, que la tenia legítima. Pero tambien es posible hubiese un *Urbano* de las cualidades que se le atribuyen, y se diese á Florinda ese mal nombre por haber suscitado la venganza de su padre y la pérdida de España. Para todo quisiera el apoyo de algun códice, ó la expresion terminante de otros fundamentos que no veo.

Lo que veo es que, despues de referir la gallarda defensa de Ceuta por D. Julian, dice V. que «el conde Julian echa sus cuentas y halla que ninguna le sale tan buena como entregar las ciudades y castillos de su mando.... é ir á la parte en las afortunadas empresas y aventuras de los sectarios de Mahoma.» Voy á ver los textos árabes con que V. autoriza esto, y hallo que los dos más antiguos Ben-Ab-del-Háquem y la crónica *Ajbar Majmua*, refieren inmediatamente antes la muerte de Witiza, el entronizamiento de Rodrigo y su desa-

(1) *Ajbar Majmua*, Apéndices, p. 230.

guisado con Florinda; poniendo por consecuencia de este la traicion de Julian. En fin, voy á ver las fechas, y hallo que ben-Abdel-Háquem la pone exacta, en la Egira 92, (710 á 711 de Jesucristo) y *Ajbar Majmua* en la Egira 90, cuando ni habia muerto Witiza, ni habia sucedido todo lo demás. Y vuelvo á preguntar ¿es recta crítica preferir la fecha sola al téxto del mismo autor, y á otro autor que lo refiere igualmente con la fecha exacta; ni sacar por consecuencia que el forzamiento, si le hubo, fué hecho por Witiza; y que los traidores lo son por temperamento; por miedo cobarde, ó por algunas miserables conveniencias? Eso podrá ser en nuestros tiempos, y aun no tanto en la España de Bailen y Zaragoza, que hasta cuando se *pronuncia* prefiere la destruccion al saqueo, salvo contadas escepciones. Paréceme que los recuerdos de alguna de estas han oscurecido el claro espejo crítico que todos nos complacemos en consultar y aplaudir ordinariamente.

¡Los autores árabes! Si se quiere otra prueba de lo que puede fiarse en su escrupulosidad sobre fechas ó circunstancias accesorias, el mismo ben-Abdel Háquem dice, con referencia á unos, que Muza se presentó despues de la victoria al califa Walid, segun otros, al sucesor Suleiman; pero todos convienen, y el Pacense con ellos, en que entonces fué cuando se decidió la disputa entre Tarik y Muza sobre la célebre mesa (ara probablemente) de oro y piedras preciosas, que ambos sostenian haber ganado; sentenciándose á favor de Tarik por la treta de guardarse uno de los pies, y siendo condenado Muza á una multa exorbitante.

Concluyo, mi querido protector y amigo, aceptando la premisa final de V. y sometiendo al juicio del público las consecuencias que respectivamente sacamos. «Bien podríamos sin recelo de equivocarnos suponer que no fueron agravios sino beneficios los que Julian recibió de Witiza.» Ciertamente, y su cargo de Conde ó Gobernador de Ceuta lo declara, confirmando la defensa obstinada que de aquella plaza hizo, hasta que repentinamente se convirtió en traidor; y no traidor, que se retirase á gozar un precio vil, sino enemigo tenaz que no se sació sino con la ruina de la misma patria que defendiera. Buscamos la clave y..... «¿Dónde hay mayor agravio que el beneficio para un corazon perverso?» pregunta V. La ingratitud del Soberano para un corazon noble y patriota, respondo yo; la deshonra para un padre, dirá cualquiera y dice la Historia. Pero, dejándonos de razonamientos fisiológicos, el sencillo y vulgar sentido comun deducirá que, habiéndose levantado Rodrigo contra Witiza, debia estar propenso á cumplir su gusto, al par que deshon-

rar á uno de los Capitanes contrarios, más bien que éste á rebelarse contra un bienhechor, á quien habia dado pruebas de agradecimiento.

«¿Qué más querrían los desleales y ambiciosos de todos los siglos y naciones, que tener para su disculpa una Florinda?» esclama V.; y yo añado: ¿Qué más querrían los Tarquinos, Apios, Teudiselos y Borgias, por no decir los más recientes y peligrosos ejemplos que notamos cada dia en todas las esferas; sino que se tomaran en serio los epigramas del Cura Iglesias sobre los maridos pacientes, y la burlesca apología de Neron por Quevedo?:

«Dicen que forzó doncellas:
mas de ningun modo creo
que él encontró con alguna,
ni que ellas le resistieron.»

Lejos, muy lejos de nosotros, como V. propone, que seamos escépticos en Historia, ni en nada, sino cautos, ya que el hombre es mentiroso de suyo, como veinte y nueve siglos hace lo dijo el Rey Profeta. Pero, aún más que mentiroso y que ambicioso, es el hombre, desde Adan y Eva, lo otro de que el mismo David y su familia nos dejaron ejemplos harto más inverosímiles y escandalosos que el de D. Rodrigo y Florinda.

En cuanto á la inscripcion del convento de S. Diego que V. nos reproduce, buena era, y más fácil de practicar para los que no tenian que ganar el pan nuestro de cada dia, sufriendo y aun adulando preocupaciones. Yo tambien hallé análogos consejos, de uso más general, en un convento, al tener el honor de arreglar su dispersa biblioteca, y en uno de los ejemplares más antiguos del *Confessionale* de Gerónimo Savonarola. Dice así el célebre dominico, de las *Cavas* de todas épocas, que las más empiezan como Florinda:

Proprietates malæ mulieris.

<i>Canit, saltat coram Rege;</i>	<i>Primus lapis fundamenti,</i>
<i>Placet cunctis, dira lege.</i>	<i>Petrus, clamat voce flenti:</i>
<i>Homo: tace, fuge, lege,</i>	<i>Mihi crédite lugenti,</i>
<i>Recédite.</i>	<i>Recédite. (1)</i>
<i>Dicat terra, clamet cœlum,</i>	<i>Viros probos sanctitate</i>
<i>Hæc est inimici telum.</i>	<i>Hæc decepit, hanc fugate,</i>
<i>Omnes ergo dicant verum:</i>	<i>Omnes ergo vos clamate.</i>
<i>Recédite.</i>	<i>Recédite.</i>

(1) Además, Savonarola escribia en tiempo de Alejandro VI y de tal modo escribió y habló, que le quemaron por ende; unos dicen con razon, otros que sin ella. Jesucristo más perdonó.

Esto dijo Savonarola; sin embargo, la naturaleza humana dice (y es más seguida) lo contrario. Otros dirán que tanto bueno, y más, puede hacer la mujer... buena. Por mi parte, atribuyéndolas lo mejor y peor que haya hecho en este mundo, desde hace más de medio siglo, no había de variar hoy de opinion.

ANGEL DE LOS RIOS Y RIOS.

DOLORA.

Moria, triste, de amor,
y me dijo la experiencia:
Huye, que será la ausencia
un bálsamo á tu dolor:
huf; el consejo traidor
me apartó de tí al momento;
y hoy es mayor mi tormento
y mayor mi desvarío,
porque no puedo, ángel mio,
huir de mi pensamiento.

EUSEBIO SIERRA.

UN RECUERDO A MI PAIS.

Noble, insigne patria mia,
permite que desde lejos
amorosa te salude
con rendido acatamiento.

Niña dejé tu regazo,
pero en él vago recuerdo
de mis años infantiles
viva tu imagen conservo.

Guardo esa dulce memoria
con tal encarecimiento,
que siempre al ver las montañas
lágrimas sentidas vierto;
es que recuerdo la patria;
la patria! ¡ nombre halagüeño!
nombre que invocamos todos
con irresistible afecto.

Ama el salvaje africano,
ama el tosco samoyedo,
la tierra que llaman patria,
y es triste y árido yermo.

Y yo que nací en Asturias;
en aquel bendito suelo,
gloria y prez de nuestra España;
cuna de su vasto imperio;
sepulcro de los infieles;
foco de noble ardimiento;
silla de ilustres varones;
sojar de tantos ingenios!
¿podré negar á la mia
el justo y debido feudo
de admiracion y cariño,
de gratitud y respeto?

¿Podré olvidar su memoria
cuando tal honor la debo?
Haber nacido asturiana
es mi título mas bello!

Si de tu admirable historia
las bellas páginas leo,

mi pecho ardoroso late;
orgullo en el alma siento.

No eres de Cartago y Roma
rival en atrevimiento.....

Tus laureres no adquiriste
usurpando el bien ageno....

No eres como Australia, rica
en oro, ni allá en tu suelo
brotan las hermosas vides
de Siracusa y Falerno.

Pobre serás, patria mia
yo sé que no hay en tus pueblos
ni la opulencia de Tiro,
ni de Grecia los liceos;
pero tan rica en hazañas,
tan honrada en sentimientos,
tan fecunda en nobles hijos,
no hay otra en el Universo!

Libertad y honor España
debe á tus heróicos hechos;
por tí su bandera ínsigne
tremóla en dos hemisferios.

De las africanas huestes
firme al embate soberbio,
supiste guardar tú sola
el trono de Recaredo.

¡Ay del osado muslime
que invadir quiso el terreno,
solar de nuestros mayores,
en el halló su escarmiento!....

Allí de la media luna
el estandarte guerrero
lograron hollar los tuyos
con arrogante desprecio.

El fuego de su amor patrio
propagándose á lo lejos
vivificó á los rendidos
y anonadó á los protervos.

Pirámides eternas
son tus encumbrados cerros:
cada pico es un baluarte,
cada piedra un mausoleo!

Fueron tus cóncavas grutas
asilo de caballeros,
cuyo nombre guarda España.
y respeta el mundo entero.....

¡Pelayo! ¡Insigne caudillo!
tú, cuyo panteon egregio
es la inmortal Covadonga,
santuario rico en trofeos;
tú, cuya espada bendijo
la Emperatriz de los Cielos,
y el rayo fué que deshizo
al ejército agareno;
atlante que sostuviste,
sobre tus hombros de hierro,
de la goda Monarquía
el yá vacilante peso.

Extirpe de noble raza,
vástago del tronco regio,
asombro de las edades
y de los héroes ejemplo;
para ensalzar tu memoria
ven á infundirme tu aliento.

Mas no... que para un Aquiles
se necesita un Homero.
¿Y yo quién soy? ¿Por ventura
es dado á mi débil estro
alzar con épica trompa
himnos imperecederos?

¡Ah! no en verdad! ¿Mas qué importa
que mis débiles acentos
se apaguen como el suspiro
de un tierno y lánguido pecho?

Sobrado laurel te ciñe....
yo conseguirle no puedo....
pero el humilde tributo
de mi admiracion te ofrezco.

Y tú, hermosa patria mía,
de tus hijos predilectos
guarda el nombre y la memoria...
yo tal favor no merezco....

Pero benigna conmigo,
acepta mi rendimiento,
que no rechazá una madre
al hijo por ser pequeño....

Así el cielo te bendiga,
y de tu fecundo seno
salgan otros que den gloria
á los siglos venideros.

MICAELA DE SILVA Y COLLÁS.

EL CAMPO EN ASTURIAS.

IV.

Cuadro verdaderamente encantador es el que, como vemos, presenta este país privilegiado; pero añéalo en parte ya ese enemigo de la inocencia, de la sencillez y de las bellezas silvestres, engalanado por nuestro orgullo con el mentido nombre de *civilizacion*.

La larga carretera labrada en la falda de las montañas de los puertos á fuerza de hierro y oro, hasta el punto de preguntar Cárlos IV «si estaba empedrada de plata,» abrió una nueva y más cómoda comunicacion á las ideas y costumbres del resto de España que la que hasta entonces tenian con las vecinas provincias de Galicia y de Santander por el camino que, aunque bautizado con el pomposo nombre de *Real* en nuestras *Cartas topográficas*, obligó á exclamar á un viajero francés (1) «que no se podía dar idea de los peligros de este camino, colgado en partes sobre el mar, á menudo en medio de altas montañas y gargantas estrechas ó entre espesos y sombríos bosques, teniendo que atravesar treinta y seis rios, y de éstos solo seis sobre puentes, nueve en barcas y el resto á caballo.» Pero hoy ya la negra locomotora atruena con los prolongados silbidos de las válvulas de sus calderas los ecos de los valles, anunciando que la *civilizacion*, con todo su cortejo de miserias, crímenes y deformidades, ha hecho irrupcion en las comarcas asturianas.

Así lo atestiguaís tristemente vosotros, hermosos valles de Mieres y Langreo, con vuestros altos hornos encendidos y con la sorda trepidacion de las máquinas de vuestros talleres. El negro carbon, arrancado del seno de vuestros montes por la insaciable codicia de los extranjeros, cubre de espesa nube de negro polvo las verdes hojas de los árboles y los claros manantiales de vuestras fuentes. Montañas de sucia esco-

(1) Alejandro de Laborde, V. á E.

ria interrumpen el curso de vuestros rios, de cuyas turbias aguas huye ya la moteada trucha y el plateado salmon y la ondulante lamprea; el hacha del minero tala incesante vuestros poblados bosques, para sostener, con sus desnudos troncos, que antes se alzaban gallardos á las nubes, las subterráneas galerías de vuestras minas; vuestros honrados moradores, joviales, sanos, limpios y robustos, parecen hoy espectros ó demonios cuando, tiznados los rostros y las manos, con el hacha ó el pico en la cintura y la agonizante linterna en la montera, salen, como fieras de sus guaridas, de las entrañas de la tierra para consumir el precio de su salud y de su trabajo en el innoble seno de algun *chigre*, donde la blasfemia entrándose por los oidos, toma carta de naturaleza en los lábios; y donde, perdido el cariño y respeto á toda creencia, á toda tradicion y á toda autoridad, que constituan su peculiar fisonomía, se convierten en estúpidos soñadores de las concupiscencias socialistas, esclavos del primer charlatan que los explote, y déspotas y verdugos de su familia y de su alma.

Celebro en buen hora los entusiastas adoradores de los *intereses materiales* la riqueza mineral de este suelo, cuyos rios arrastran arenas de oro, cuyas cuencas están preñadas de carbon, y cuyas peñas ocultan ricos filones de cobre, de cinabrio, de hierro, de cobalto, de blenda y calamina. Nosotros, amantes de lo *bello* y de lo *bueno* antes de lo *útil*, preferiríamos que Asturias permaneciese siempre en su primitivo aspecto de país patriarcal, y que su pueblo, feudal por tradicion y naturaleza, conservase sus piadosas creencias y sus antiguas costumbres en el seno de sus aldeas, entregado á la ganadería y á la agricultura, á la caza y á la pesca, viviendo bajo la autoridad paterna del venerable párroco que le asiste, remedia y consuela en sus necesidades y dolores, y á la sombra de los muros de su iglesia, que como madre cariñosa, le llama con la sonora voz de sus campanas para que levante la vista al cielo, que le señala con la cruz que se eleva sobre sus torres.

Sí, tenemos ese mal gusto, y, lo confesamos sin rebozo, nos placen más los pintados mármolés de nuestras montañas que los negros pedruscos de carbon de nuestras minas; preferimos el blanco crespon de nuestras blanquecinas nieblas al fúnebre penacho que corona las chimeneas de nuestras fábricas; encontramos mas bellas las cavernas cuajadas de estalactitas de nuestras costas, que los pozos oscuros de nuestras explotaciones industriales; nos satisface más el honrado aspecto de nuestros fornidos labradores, que el demacrado rostro y la mirada torva de nuestros infelices mineros, y

cuando, cruzando por las ásperas veredas de nuestras sier-
ras, descubrimos las arruinadas murallas de un monasterio,
recordamos la piedad, la instruccion, la defensa, el socorro
que nuestros máyores hallaban entre sus muros, é involun-
tariamente se nos vienen á la imaginacion nuestras fábricas,
donde nuestros hermanos encuentran todos los males y mi-
serias que corroen, en una sociedad que ha renegado de su
Dios, el corazon del proletario.

¡Y, sin embargo, aquellos se llamaban *siervos*; éstos son
soberanos, gozan de *derechos ilegislables* y disponen del *su-
fragio universal!*

Pero ya que así lo quiere la Providencia, que pródiga con
estas montañas, no solo abrió en ellas las grutas y cavernas
que fueron templos de la independencia pátria en los anti-
guos dias, sino que escondió previsoramente con la poderosa mano
de los cataclismos prehistóricos bosques enteros bajo los mon-
tes y las rocas que los sepultan, para que cuando corriendo
los tiempos y sucediéndose las generaciones, la industria,
que hace prosperar las nacionalidades, y la guerra, que las
mantiene libres, necesitasen la sustancia que les dá vida, la
encontrasen en estos montes, verdadero santuario de la li-
bertad española; esperemos siquiera que, arrollando esas
teorías funestas y esas prácticas aborrecibles, merced á las
cuales España, desconociendo estas riquezas, hace tributa-
ria su industria, ¡y hasta su marina de guerra! del carbon ex-
tranjero, constituyendo así á Inglaterra en árbitra de su por-
venir industrial, y hasta de libertad política, proteja por todos
los medios la explotacion de estas cuencas carboníferas, que
compiten en calidad y abundancia con las inglesas, que están
próximas á la mar, que atraviesan dos líneas férreas y que
sólo piden un arancel que las ampare, una marina que las
ayude y un puerto que dé salida á sus productos, para que
España halle en ellas, y por lo tanto dentro de sí, el pan de
su industria, la sangre de sus ferro-carriles y el viento que
conduzca sus escuadras á la victoria.

Dejemos, pues, seguir el inevitable curso del *progreso*, que
sin duda para grandes fines empuja con su mano la Provi-
dencia, y mientras los estadistas lo fomentan y los sacerdo-
tes lo purifican, retirémonos nosotros á llorar al fondo de al-
guna ignorada gruta, como las antiguas divinidades mora-
doras de los bosques, la profanacion de la naturaleza.

V.

Hemos terminado nuestra tarea, esbozando el mal trazado
bosquejo de los agrestes campos asturianos, cuyas soberbias

magnificencias más son para vistas y sentidas que para descritas.

Desconócenlas en parte aún los mismos habitantes de las ciudades asturianas, por la gran dificultad y aspereza de los senderos, que tienen en Asturias vez y lugar de caminos, y que ya trepan por entre riscos y malezas, como se labran en la desnuda pared de los *escobios*, como se internan en la salvaje espesura de los montes; y sólo las disfruta y aprecia el cazador aventurero, sorprendiéndolas en toda la deslumbradora desnudez de sus virginales atractivos.

Así las conocimos nosotros en esas horas desacomodadas del crepúsculo, en que, sentados en las cumbres de las laderas, nos sorprendió la aurora escuchando el matutino cantar de la perdiz y el penetrante grito con que el gallo de monte saluda desde las copas de las hayas la venida del día; así las contemplamos cuando, al volver de la enriscada espera, nos deteníamos en la tajada cumbre para admirar los rojos celajes de las nubes, las negras proyecciones de las sombras en las montañas y los espléndidos destellos de las nieves de las alturas, heridas por los últimos rayos del sol, que lenta y magistrosamente se sepultaba entre los mares; así las divisamos también en la callada noche, cuando, escondidos entre los juncos que bordean las orillas de los lagos, esperábamos que se abatiesen con estruendo sobre sus aguas, iluminadas por la luna, las bandas de aves acuáticas que, lanzando sus salvajes graznidos al aire, se cernían en revueltos y caprichosos giros sobre nuestras cabezas. ¡Goces supremos desconocidos para los habitantes de las poblaciones, con que generosamente les brinda el paisaje asturiano!

Lo aseguramos sin vacilar. El hombre de fibra que, prefiriendo á las enervantes comodidades de las ciudades los encantos sublimes de la naturaleza, cabalque sobre un infatigable corcel asturiano, y suspendiendo del arzon de la silla la corta y reforzada carabina, precedido de un enjuto y resistente perro de raza asturiana y acompañado de un guía acostumbrado á las asperezas de estos montes, se entregue al inenarrable placer de recorrerlos, ya para admirar los sorprendentes espectáculos de sus accidentados paisajes, ya para estudiar sus históricas y artísticas ruinas, ya para recoger de lábios del noble pueblo que los habita las tradiciones, leyendas y cantares en que consignó sus creencias, sus sentimientos y costumbres, ya para rendir, en desigual y valerosa lucha, al poderoso rey de aquellas breñas, hallará seguramente incomodidades y privaciones en sus jornadas, tal vez encontrará peligros, habituales compañeros de semejantes excursiones, pero no turbarán su gozo ni el miserable as-

pecto del ratero, ni la faz criminal del *secuestrador*, ni el cobarde rostro del asesino. En los rientes cuadros de la naturaleza contemplará el benéfico influjo de la religion, que dotó de honradez y moralidad á sus moradores; en el torreado alcázar del noble como en la miserable choza del pastor, en la remota *braña* del vaquero como en el caserío del labrador acomodado, encontrará franca, generosa hospitalidad, que nunca se niega en esta tierra hidalga y devota de la Madre de Dios al que, peregrino, la solicita desde los umbrales del hogar con la salutación tradicional en estas montañas del *Ave María*, y al apearse, de vuelta de su expedición encantadora, rendirá ardiente tributo de gracias al Señor, que tan hermoso ha hecho el primitivo solar de la monarquía española, y dará solemne testimonio de que, al trazar estas mal pergeñadas líneas, guió nuestra pluma tanto el desinteresado amor á la verdad como el amor al suelo asturiano, que es, para los que en él hallamos nuestra cuna y veneramos en él los huesos de nuestros padres, ya que no la patria toda entera, como el corazón de nuestra patria.

ALEJANDRO PIDAL Y MON.

ÚLTIMA HOJA.

Acuérdate de mí, cuando en el cielo
muere sereno el sol,
cuando en las hojas sosegadas duerme
la brisa sin rumor.

Acuérdate de mí, que en esas horas
de paz é inspiracion
de mi penar amargo solo escucho
la querrellosa voz.

¡Oh, tú, que sabes cuanto un alma triste
encierra de dolor,
tú que has oido de escondidas penas
que nadie consoló;

tú que sabes por qué nunca reposa
mi inquieto corazon
y que mi estéril vida su esperanza
nunca lograda vió,

acuérdate de mí, cuando en el cielo
veas morir el sol,
cuando en las hojas sosegadas duerma
la brisa sin rumor.

AMÓS DE ESCALANTE.

DE LA ATMÓSFERA Y SUS EFECTOS SOBRE LA VIDA.

CONTINUACION.

El aire es un compuesto, ó mejor una mezcla de varios cuerpos gaseosos entre los que ocupan el primer lugar el oxígeno, el ázoe y el carbono.

Esta composición ya sospechada por Mayow en 1667, quedó demostrada experimentalmente por Lavoisier en 1774.

Bousinigault y Dumas, Gay-Lussac y Thénard, Regnault Bunsen y Levy practicaron más tarde experimentos precisos, no solo con objeto de conocer la cantidad exacta de oxígeno y ázoe, sino también para determinar las variaciones de estos dos gases analizados en los diferentes puntos del globo. Estos varios experimentos llegaron á fijar de un modo preciso, la verdadera composición del aire atmosférico, constituido por la mezcla de oxígeno y ázoe en proporción casi definida con una cantidad variable de ácido carbónico y vapor de agua. Existen además cuerpos sólidos suspendidos, de naturaleza orgánica unos, inorgánica otros que, siquiera sean variables en cantidad y aun puedan no existir, no por eso deberán pasar inadvertidos para el médico que en ellos podría encontrar la causa de muchos padecimientos.

Poco variables las cantidades de ázoe y oxígeno y bien conocidos estos dos gases, nada diré sobre ellos y he de pasar desde luego á ocuparme del ácido carbónico cuya mayor ó menor cantidad tan poderosa influencia ejerce en los fenómenos respiratorios.

El ácido carbónico del aire varía de 3 á 6 volúmenes por 10.000 de aquel. Cuando excede de estas cantidades, la atmósfera ha sido viciada por las diferentes causas que concurren á la producción del ácido carbónico. Múltiples y variados son los orígenes del ácido carbónico de la atmósfera. El hombre consume para sus usos unas 130.000.000 toneladas de carbon mineral que por término medio contienen un 75 por 100 de carbono. Con arreglo á este dato 98 millones

de toneladas de carbono darán lugar á 356 millones de toneladas de ácido carbónico y admitiendo que el resto de las combustiones represente 1/5 parte de la cantidad antedicha, veremos que la industria, la navegacion y los demás focos en ignicion, mandan á la atmósfera en el período de un año 427 millones de toneladas de ácido carbónico ó sean unos 216.000 millones de metros cúbicos de dicho gas.

Los volcanes dejan escapar de sus entrañas, verdaderos torrentes de ácido carbónico y otro tanto sucede con las fuentes minerales gaseosas. Segun cálculos de Poggendorff, estas causas producirian una masa de ácido carbónico diez veces mayor que la precedente, es decir, 2.160.000.000.000 de metros cúbicos.

Los fenómenos de putrefaccion y combustiones lentas y la respiracion de los animales son tambien manantiales continuos de ácido carbónico que segun cálculos aproximados producirian unos 62.000.000.000 de metros cúbicos de gas carbónico.

Resumiendo, tendremos que las diversas fuentes de produccion de ácido carbónico mandan cada año á la atmósfera unos 2.438.000.000.000 de metros cúbicos de este gas; que segun Poggendorff representan el 86 por 100 de la masa total de ácido carbónico existente en el aire atmosférico.

Dada esta enorme cantidad de ácido carbónico que anualmente recibe la atmósfera y el consiguiente consumo de oxígeno parece que en poco tiempo su composicion debiera variar hasta el punto de hacerse impropia para el sostenimiento de la vida; pero la naturaleza que no se equivoca en sus procedimientos, que no desea aún que la vida se extinga en la superficie del globo; previsora en este como en todos sus actos, ha creado procedimientos inversos por los cuales una gran parte del ácido carbónico emitido á la atmósfera, se fija para constituir nuevos cuerpos, y de este modo en circulacion perpetúa la materia, afectando siempre nuevas fases, es laboratorio inmenso que recompone en unas partes lo que en otras descompuso, conservando de este modo el equilibrio indispensable á la evolucion de la vida.

Con efecto, al enumerar las causas de produccion de ácido carbónico nos convencimos que una gran parte de ellas han existido desde el principio de los tiempos geológicos; algunas, como las erupciones volcánicas, con mayor intensidad de la que hoy afectan y sin embargo, con arreglo á lo que se sabe de los antiguos terrenos, parece que el ácido carbónico tiende á disminuir más bien que á aumentar.

Consiste esto, fuera de duda, en que sin cesar, aún en nuestros tiempos, se forman en la superficie de los continen-

tes y en las profundidades del mar, depósitos de concreciones calcáreas procedentes de la organizacion de animalillos muy pequeños, que, al abandonar sus despojos, lo hacen en cantidad tan grande, que son bastante en los mares para formar inmensos arrecifes y aún nuevas islas.

Esta asombrosa produccion de carbonato cálcico, solo es comparable á la que tuvo lugar en los tiempos geológicos más remotos, en que se formaron los terrenos cretáceos.

Las plantas, se nutren con el ácido carbónico de la atmósfera; fijando el carbono y devolviendo á aquella el oxígeno, convirtiéndose por lo tanto la nutricion de las plantas, en causa del equilibrio de los componentes químicos que entran en la composicion del aire.

Hemos tratado las cualidades ó condiciones físicas del aire; hemos apreciado sus propiedades químicas en relacion con sus principales componentes, oxígeno, nitrógeno y carbono; debemos ahora estudiar otros cuerpos que sino son constantes, y varían sus proporciones en las diferentes localidades, no por esto dejan de tener gran influjo en la vida de los seres, cuya existencia pueden algunos poner en grave riesgo, como causa de padecimientos serios y mortales á veces. Constituyen estos agentes el tercer grupo de cuerpos que accidentalmente y bajo la influencia de causas determinadas unas veces, desconocidas otras, existen en el aire que nos rodea y nos presta calor y vida.

Ya existan en cantidad pequeña ó grande, ya sean útiles ó nocivos, son tales sus efectos sobre la vegetacion y la salud pública; es tal la influencia que algunos ejercen en la produccion de las endemias y de las epidemias, que no podria el médico prescindir de ellas ni eximirse en tratar el asunto con cierta profundidad.

Pasarémos en silencio el amoniaco, los ácidos nítrico y nítrico, los hidrógenos carbonado y sulfurado, siquiera este último haya sido considerado por algunos como productos de la *malaria*, el ozono, el agua oxigenada, el yodo y las partículas salinas en suspension. Unas son en cantidad mínima; desconocemos la influencia que otras ejercen sobre nuestro organismo, por lo que, su estudio, solo habia de suministrarnos nociones imperfectas y sin utilidad práctica.

Movidos por estas razones, entremos de lleno en el estudio de las materias orgánicas y organizadas, exparcidas en la atmósfera.

Las emanaciones procedentes del hombre y de los seres vivos; las que se desprenden de sustancias animales y vegetales en descomposicion; mandan á la atmósfera amoniaco, ácidos sulfúricos, carburos de hidrógeno y principios orgá-

nicos gaseosos de naturaleza desconocida, á los que se ha atribuido en ocasiones, el desarrollo de miasmas perniciosos en algunas localidades.

Existen además de estos elementos, partículas orgánicas sin forma definida y de organización dudosa, dotadas de la propiedad de pudrirse muy fácilmente, convirtiéndose en medios favorables á la generación y desarrollo de esporos y óbulos, que en cantidad notable, existen siempre en el aire.

Cuando se consideraban las fermentaciones y putrefacciones como producto del movimiento de descomposición comunicado al medio fermentable por la descomposición de la materia orgánica del fermento, se dió gran importancia á estas sustancias putrescibles, designadas con el nombre de efluvios ó de miasmas, segun que procedían de la descomposición vegetal ó de las exhalaciones animales, atribuyéndoles el desarrollo de un gran número de epidemias y endemias.

Los conocimientos que hoy poseemos de las fermentaciones, rechazan éste modo de ver y empiezan á establecer sobre sólidas bases el principio de que, en toda fermentación, ha de existir necesariamente un fermento del orden de los figurados, que al desarrollarse en un medio fermentable, producirá siempre una fermentación especial.

Háse además establecido que la putrefacción, no es en último resultado más, que una sucesión de fermentaciones y que un gran número de enfermedades específicas ó parasitarias, reconocen como única causa, gérmenes procedentes del exterior y depositados en la superficie cutánea ó absorbidos con el aire y los alimentos.

Divídense los organismos susceptibles de ser trasportados por el aire, en 4 grupos:

1.° Espóruos ú organismos vegetales, que dan origen á los hongos parasitarios de la piel, de las mucosas y á un gran número de fermentaciones anormales, tales como las enfermedades de los vinos.

Estos espóruos, son verdaderas células que se forman en el *esporange* ó célula madre, parte eminentemente vegetativa del hongo. Estos esporos son los que en las plantas criptógramas representan el grano destinado á la reproducción de los nuevos individuos. Por su ligereza y por la resistencia que ofrece su membrana á los reactivos, queda asegurada su dispersión y conservación.

2.° Ovulos ó gérmenes animales que al desarrollarse provocan gran número de descomposiciones pútridas, pululan en las infusiones, se adhieren á la piel y á la mucosa de los animales y viven en sus intestinos y músculos.

Estos óvulos unas veces nos son transmitidos por el aire

atmosférico, pero son con mucha frecuencia absorbidos con los alimentos y bebidas (1).

3.º Organismos de naturaleza indeterminada, (*palmelas, bacterias, monadas, etc.*) que frecuentemente se encuentran en el seno de los humores en un gran número de enfermedades graves y cuya naturaleza es aun dudosa.

4.º Cuerpo en estado de simples granulaciones términos últimos de la organización visible encontrados en el plasma sanguíneo.

II.

Hemos hecho un rápido estudio de la capa de aire que rodea nuestro planeta; hemos estudiado sus elementos químicos y espuesto algunas de las condiciones físicas que más influencia ejercen en ella, máxime si se la considera bajo el punto de vista de sus fenómenos; pero este estudio, ¿qué relación puede tener con los problemas sometidos á la resolución del mundo médico?

La atmósfera hemos dicho es medio, es condición necesario á la determinación de los fenómenos de la vida, que sin ella, dejaría de existir, convirtiendo el hoy riente panorama, de la superficie del mundo, en campo de desolación y muerte, árido y silencioso, sin arroyos que surquen su superficie, sin praderas de matizados colores, sin nubes ni azul de cielo y sin hombre, que eleve alabanzas á Dios tan previsor en sus actos, como justo y sábio en sus determinaciones.

La atmósfera es la vida, ó por lo menos, nos ofrece las condiciones de vida. Solo en su seno puede el animal ejercer su actividad; ella nos presta el calor de nuestra sangre y nos pone en comunicación con los objetos lejanos; ensancha nuestros pulmones y nos dá oxígeno que consumir, presta vida y elementos al reino vegetal base de nuestra existencia, en una palabra cuanto remueve y se agita, cuanto respira y siente, recibe de la atmósfera la sensibilidad y el movimiento, actos que resumen la noción de la vida:

Sea esta principio ó resultado; domine á la materia ó sea por aquella dominada, sea causa ó efecto, su existencia está íntimamente ligada á la existencia de la atmósfera. En el vacío

(1) Véanse los números 15, 16 y 17 de LA TERTULLA, 1877.—De las epidemias en sus relaciones con las condiciones higiénicas de los pueblos.

mueren los animales como mueren las plantas, como mueren los sonidos, quedando solo el movimiento, fuerza universal que lo rige y domina todo, que en todas partes existe, lo mismo en los planetas que en los espacios interplanetarios, palpable unas veces, insensible é inapreciable otras, afectando, ya la forma del rayo que hiende el alto cetro, ya la de aurora boreal que cual cortinaje de fuego alumbra el témpano de hielo de mar polar diamantina corona de la tierra, cuyas agudas aristas reflejan sus tibios rayos. Movimiento es la corriente magnética que fija la imantada aguja, norma del derrotero del marino; movimiento la luz que nos alumbra y el acorde que escuchamos; la locomotora que arrastra pesando tren, y el fuego que arde en sus entrañas, y el agua convertida en vapor y el ruido del rodar sobre férrea vía y el maquinista que la gobierna y el pasajero que se deja llevar.

Movimiento es la imágen querida que se dibuja en el fondo de nuestra retina y la fuerza que la trasmite y relaciona con nuestra alma, que la contempla y acaricia. Movimiento es el aroma de la flor y el murmurar del arroyo y el rugir de la tormenta y el estallido del rayo, todo con el movimiento, sin el movimiento nada, y la vida parte del todo una fracción del movimiento universal.

El movimiento mantiene el equilibrio, determina las órbitas de los astros y armoniza su mágica carrera á través de los espacios infinitos. Suspendido el movimiento, quedaria suspendida la armonía, y el caos sucederia al orden, las tinieblas á la luz, el frio al calor, á la actividad el reposo, á la vida la muerte.

Separados impensadamente de nuestro objeto, en álas del pícaro pensamiento que nos arrastra á consideraciones que álguien pudiera considerar intempestivas, volvamos sobre nuestros pasos y procuremos establecer la relacion que existe entre los séres orgánicos y la atmósfera que nos circunda y nos penetra. Habíamos dicho que el aire era condicion necesaria de vida, por cuanto sin él la función, base fundamental de las manifestaciones vitales, no podria ejercerse en los séres vivos.

J. J. ZORRILLA.

(Concluirá.)

SONETO.

(Imitación de una anacreónica griega.)

Cual trocóse del Frigio en la marina
la Tantálida antigua en piedra dura:
cual de Tereo la consorte impura
un tiempo convirtiósese en golondrina:

Convirtiérame yó, vírgen divina,
en espejo dó vieras tu hermosura:
trocárame en la rica vestidura
que ciñe tu alba forma peregrina;

Agua quisiera ser para lavarte,
aroma para ungir tu blando lecho,
collar que circundase tu garganta,
ó cinta que ajustases á tu pecho:
sandália quiero ser para calzarte
porque me huelle así tu leve planta.

M. MENÉNDEZ PELAYO.

LO PASADO.

Cuán cierto es que el valor de las cosas se aprecia, siente y conoce cuando se han perdido, despues que se han borrado de la lista de lo presente al desvanecerse en la vida de lo pasado como ligera estela que desaparece cuando se juntan de nuevo en estrecho abrazo las cortadas olas.

Cuando no existen, es entonces el momento en que el espíritu conoce, la razón piensa, el alma siente, y solo el dulce recuerdo se presenta como tranquilo bálsamo que refresca las dolorosas heridas que se experimentaron en el combate de la vida.

Arrebata la muerte con su descarnado brazo como flor arrancada por el huracán, al padre del alma, no se siente ya el cariñoso cuidado de la mujer que nos dió la existencia, el suave aliento de su amor no perfuma el solitario hogar, y entonces, al asomar á los secos ojos la consoladora lágrima es cuando se nota su falta, y el corazón la llama y la vista la busca y la boca exhala como un quejido su amante nombre, y solo el recuerdo queda como último refugio para adorar á la que ya no es sino una idea de cariño en la mente y un poco de polvo en la tierra.

Y con cuánta fuerza el hombre se aferra como por misterioso instinto á lo pasado: él es, la verdadera tabla en los naufragios de la existencia: volver la vista atrás y encontrar la historia toda de tantos días, con los dolores que fueron y las alegrías sucedidas, es un consuelo y grande que solo se aprecia en lo que vale en los momentos de infinita angustia.

Felices los pueblos que no tienen historia, ha sido una frase que en el mundo de la ciencia ha hallado ecos desde que arbitrariamente salió de los labios de algun ilustre pensador. ¡Ah! y si esto pudiera ser cierto en los individuos, si la vida de los hombres estuviera condenada á no tener tradiciones cómo habia de ser, eterna noche, mar procelosa, umbria selva, desconsolador páramo.

Cualquiera que haya sentido grande ansiedad, dolor profundo, pena inmensa, cuán cierto es, que ha vuelto con cariño la vista hácia lo que fué, y al ver el horizonte de lo que es-

tá por venir rodeado de negros crespones, de espantosas nubes, parece como que en lo pasado encuentra, no extinguida luz que le ilumina, fuego no apagado que le reanima, voz no perdida aun que le consuela, y á ellas se aferra reconstituyendo de este modo rientes esperanzas que le dén fuerza para seguir adelante su camino.

Abandona el pobre viajero, la playa que fué escenario donde pasaron los primeros dias de su vida, las sombras de la tarde bañan con su mortecina luz, las últimas cortadas costuras que ciñen su tierra nativa, y aun no separa la vista de ellas y anhelante el pecho, palpitando el corazon con fuerza como el que teme se le arrebate preciada presa, dilatada la pupila para más ver, todavía vislumbra, la silueta de inmóvil figura que fija los ojos en el débil leño que lleva mar adentro un pedazo de su alma, y aun ya perdida toda vision, al caer sobre la tabla el cuerpo rendido por el peso del dolor, todavía la mente adivina, y vive de lo pasado y envía el corazon entero en el último inmenso beso de despedida.

Pierde el jóven la ilusion que acariciaba su alma como el primer beso del dia acaricia el cáliz de la dormida flor y aun teniendo que ceder á la triste realidad, todavía el pasado le consuela, y el sitio en que se presentó á sus ojos en el primer momento de la naciente pasion, la hoja afligranada en que grabó cariñosa letra el sér á quien tanto quiso y que talisman preciado vivió siempre sobre el corazon, le dán fuerzas, vida, aliento, y parece como que en su mudo lenguaje le dicen *«Confía, espera; pasa el dia de tristezas lleno, y la aurora del nuevo llena de luz la tierra, ¿quién sabe pobre alma herida si para tí todavía brillará un nuevo rayo de amor?»* y el sér vive, sino feliz, al menos con esperanza, fija la vista en el horizonte aguardando el ansiado momento en que se filtre por el cielo de su existencia el hilo de sol sentido por su alma.

Borrad lo pasado y al echar sobre la historia el negro borron de la ingratitud, habreis destruido casi todo lo grande de que hoy se envanece nuestro siglo.

En lo que fué está el depósito del cariño atesorado, de las glorias sucedidas, de las tradiciones venerandas. Al dirigir la vista á lo pasado se encuentran fuerzas desconocidas pero grandes, que fortifican la fé vacilante, la esperanza decaida, el espíritu abatido se presentan al considerarle; no aterradores fantasmas hijos de calenturienta imaginacion que intimidan el ánimo, sino por el contrario dulces figuras, suaves como el rocío de la mañana, brillantes como el puro rayo del sol en primavera, que nos alientan con su soplo de amor: genios tutelares que nunca nos abandonan, ángeles custodios

de las pasadas generaciones, que despues de acompañar en el terrenal camino á los que fueron, todavía velan sobre su yerto corazon, para cuidar por los que sin fé en el mundo vuelvan los ojos desconsolados á lo que ya pasó.

Desgraciados los pueblos y los hombres que tratan de destruir lo pasado. ¡Temerarios! solo consiguen con sus inútiles esfuerzos lo que ellos más ódian; revestirlos de nuevas galas, porque junto á las informes ruinas de lo pasado, nace la flor de la poesía que embellece y canta sus glorias.

Podreis, innovadores y reformistas, destruir el templo en que vuestros padres adoraron á Dios, en que fuisteis convertidos más que en hombres y sábios en cristianos; abatireis el fuerte roble que desafió tantas tempestades de la vida, hundireis en el polvo de la nada con el destructor empuje de vuestra demoledora piqueta, el castillo que os dió amparo, el convento que nutrió vuestra alma con la sávia de lo divino, pero sobre sus ruinas vendrá la Historia con su manto, protegiendo como matrona severa que se impone con su respeto la idea de lo pasado que nunca podreis borrar. Solo habreis sujetado la mano que en el cuadrante del tiempo marca los instantes de la vida, creyendo en vuestra loca temeridad, que el soplo de vuestro atrevido pensamiento, es capaz de derrivar el grandioso edificio de las pasadas pero nunca imperecederas glorias.

MANUEL MARAÑÓN.

Guarnizo.—Julio 1877.

LA PRINCESA Y EL GRANUJA.

CUENTO DE AÑO NUEVO.

(CONTINUACION.)

VI.

En el pórtico de la gran casa donde se detuvo el coche, cesaron las ilusiones del granuja, porque un criado le dijo que si manchaba con sus piés enlodados el piso del vestíbulo, le rompería el espinazo. Ante esta incontestable razón, Migajas se retiró con el alma destrozada, lleno el corazón de un rabioso anhelo de venganza.

Su ardiente temperamento le impulsaba á seguir adelante, arrojándose en brazos de la fortuna y en las tinieblas de lo imprevisto. Era un alma á propósito para las grandes y dramáticas aventuras. Así es que se concertó con los que iban á recojer la basura á la casa donde estaba en esclavitud su adorada, y por tal medio, que podrá no ser poético, pero que revela agudeza de ingenio y un corazón como un templo. Migajas se introdujo en el palacio.

¡Cómo le palpitaba el corazón cuando subía y penetraba en la cocina! La idea de estar tan cerca de *ella* le confundía de tal suerte, que más de una vez se le cayó la espuerta de la mano, derramándose en la escalera. Pero de ningún modo podía saciar aquella ardiente sed de sus ojos, que anhelaban ver á la hermosa dama. Pacorrillo sentía lejanos chillidos de niños juguetones; pero nada más. La gran señora por ninguna parte aparecía.

Los criados de la casa, viéndole tan pequeño y tan feo, se burlaban de él, mas uno de ellos que era algo compasivo le daba golosinas. Una mañana en que hacía mucho frío, el cocinero, ya fuese por lástima ya por maldad, le dió á beber de un vino áspero y muy picon. Pacorrillo sintió dulcísimo calor en todo el cuerpo y un vapor ardiente que le subía á la cabeza. Sus piernas flaqueaban, sus brazos desmayados caían con

abandono voluptuoso. Del pecho le brotaba una risa juguetona, que iba afluyendo de su boca como un arroyo sin fin, y Pacorríto reía y se agarraba con ambas manos á la pared para no caer.

Un puntapié vigoroso, sacudiéndole todo, modificó un tanto la risa, y con la mano en la parte dolorida Pacorríto salió de la cocina. Su cabeza seguía trastornada. El no sabía á dónde se dirigían sus pasos. Corrió tambaleándose y riendo de nuevo, pisó frios ladrillos, y despues un suave entarimado, y luego tibias alfombras.

De repente sus ojos se detuvieron en un objeto que yacía sobre el suelo. Migajas exhaló un rugido de dolor y cayó de rodillas.

Allí, arrojada en el suelo, con los vestidos rasgados y en desórden, partida la frente alabastrina, roto uno de los brazos, desgreado el pelo, estaba la señora de sus pensamientos. ¡Lastimoso cuadro que partía el corazón!

Pacorríto, durante un rato, no pudo articular una palabra. La voz se ahogaba en su garganta. Estrechó contra su corazón aquel frio cuerpo inanimado, cubriéndolo de besos ardientes. La señora tenía abiertos los ojos y miraba con dulce expresion de pena á su interesante adorador. A pesar de sus horribles heridas y del lastimoso estado de su cuerpo, la noble dama vivía. Pacorríto lo conoció en la luz singular de sus ojos azules que despedían llamaradas de amor y agradecimiento.

—Señora, ¿quién os trajo á tan triste estado?—exclamó Migajas en tono patético, que demostraba la angustia de su alma.

Pero luego al dolor agudísimo sucedió la ira, y Pacorríto pensó tomar venganza de aquel descomunal agravio.

Como en el mismo instante sintiera pasos, cargó en sus brazos á la gentil dama y echó á correr con ella fuera de la casa. Bajó la escalera, atravesó el patio, salió á la calle con tanta velocidad, que no se podia decir que corria, sino que volaba. Su carrera era como la del pájaro que al robar un grano oye el tiro del cazador, y sintiéndose ileso, quiere poner entre su persona y la escopeta toda la distancia posible.

Corrió por una, dos, tres, diez calles, hasta que, creyéndose bastante lejos y bastante solo, descansó, poniendo sobre sus rodillas el precioso objeto de su insensato amor.

VII.

Vino la noche, y Pacorríto vió con placer las dulces sombras que envolvían el atrevido rapto, protegiendo sus honres-

tos amores. Examinando atentamente las heridas del descalabrado cuerpo de su adorada, observó que no eran de gravedad. El vestido estaba echo girones y parte de la cabellera se había quedado en el camino durante la veloz corrida.

Entonces Pacorríto sintió una pena profunda, considerando que carecía de fondos para hacer frente á situación tan apurada. Con el abandono de su comercio se le habían vaciado los bolsillos, y una mujer amada, mayormente si no está bien de salud, es fuente inagotable de gastos. Migajas se tentó aquella parte de su andrajosa ropa donde solía tener el dinero y no halló nada. No hacía más que suspirar.

—Ahora—dijo,—ahora serían precisos una casa, una cama, médico, un buen cirujano, una modista, mucha comida, un buen fuego... y nada tengo.

Pero como estaba tan fatigado, inclinó la cabeza sobre el cuerpo de su dama y se durmió como un ángel.

Entonces la señora se reanimó, y levantándose mostró á Pacorríto su semblante alegre, su noble frente sin ninguna herida, su cuerpo esbelto sin la más leve rotura, su vestido completo y limpio lo mismo que estaba en la tienda, su cabellera rizada y llena de seductores perfumes, su sombrero coqueton adornado con diminutas flores, en fin, se mostró perfecta y acabadamente hermosa, tal como la conoció Migajas en el escaparate.

¡Ay! Migajas se quedó deslumbrado, atónito, suspenso, sin habla. Púsose de rodillas y adoró á la señora como á una divinidad. Entonces ella tomó la mano al granuja, y con voz entera y más dulce que el canto de los ruiseñores, le dijo:

—Pacorríto, sígueme, ven conmigo. Quiero demostrarte mi agradecimiento y el grande amor que te tengo. Has sido constante, leal, generoso y heróico porque me has salvado del poder de aquellos vándalos que me esclavizaban. Mereces mi corazón y mi mano. Ven, sígueme y no seas bobo, ni te creas inferior á mí porque estás vestido de harapos.

Pacorríto observó la deslumbradora apostura de la dama, el lujo con que vestía, y lleno de pena, exclamó:

—Señora, ¿á dónde he de ir yo con esta facha?

La hermosa dama no contestó, y tirando de la mano á Pacorríto, lo llevó por una region de sombras.

B. PEREZ GALDÓS.

(Continuará.)

DE LA ATMÓSFERA Y SUS EFECTOS SOBRE LA VIDA.

CONCLUSION.

Hemos dicho tambien que las plantas lo mismo que los animales respiran, y al respirar se apropian el oxígeno de la atmósfera, á la cual devuelven ácido carbónico y vapor de agua. Ahora bien, qué funcion es esta sin la cual ni plantas ni animales podrian existir? En qué consisten sus términos?Cuál es su modo de accion en los séres vivos?

La respiracion es comun á todos los séres vivos. Consiste en la absorcion de oxígeno y desprendimiento de ácido carbónico y vapor de agua. Existe por lo tanto un cambio que se verifica en los diferentes tejidos y elementos orgánicos, tanto de las plantas como de los animales. Segun esta definicion, la respiracion en último análisis, no sería otra cosa que un fenómeno físico-químico, propio y característico de la vida orgánica. En efecto, la supresion de este fenómeno produce rápida y fátalmente la muerte.

No haremos un estudio detallado de la funcion respiratoria en los diferentes séres del mundo organizado; baste saber, que las plantas como los animales respiran, y si aquellas y los animales inferiores no tienen el complicado aparato respiratorio de los últimos séres de la escala zoológica, no por esto su funcion es menos real. Tampoco hemos de entrar en consideraciones históricas que pongan en evidencia las diferentes fases que esta cuestion, en sus relaciones con el conocimiento humano, presenta en los diferentes períodos de la evolucion científica. Para evitar la pesadez que resultaria de un trabajo de este género, abordaremos de lleno la cuestion procurando plantearla en el círculo de nuestros actuales conocimientos.

Hemos dicho que la respiracion está caracterizada por la absorcion de oxígeno y desprendimiento de ácido carbónico. Este en las plantas, procede del carbono de los compuestos

orgánicos vegetales y su oxígeno del que ha sido absorbido por la plata. Sería error creer con algunos químicos, que el ácido carbónico eliminado, procedía del exterior, en cuyo caso no habría hecho más que atravesar la planta.

Experimentos perfectamente averiguados, han dado cuenta de este modo de ver que tendía á negar la existencia de la respiracion en los vegetales.

Dehérain y Moissan han encontrado la relacion de la cantidad de oxígeno absorbido y el ácido carbónico exhalado durante la respiracion. Segun estos autores el oxígeno en exceso se emplea en oxidar de una manera incompleta los principios inmediatos de la planta, dando lugar á la formacion de los ácidos vegetales.

Los vegetales además de la funcion respiratoria tienen,— por la influencia de la luz solar—la propiedad de absorber ácido carbónico y desprender oxígeno, lo que habia dado lugar á que algunos creyesen que, el acto respiratorio en ellos, se verificara de un modo inverso á lo que sucede en el reino animal, contribuyendo de este modo á sostener el equilibrio atmosférico, tan necesario á la vida. Esto que algunos juzgaron como acto respiratorio, es debido á una funcion propia y exclusiva de la parte verde del vegetal, constituyendo la funcion que á falta de término mejor llamaremos *clorofílica* y este aserto viene á confirmarse por el estudio de la respiracion en los organismos vegetales desprovistos de *clorófila*, en los que, se ha demostrado de una manera concluyente, que lo mismo de dia que de noche, absorben oxígeno y desprenden ácido carbónico. La actividad de la funcion respiratoria, no depende de la luz sino del calor de los rayos solares.

Saussure ha demostrado que la respiracion de las flores de una planta es más enérgica que la de sus hojas colocadas en las mismas condiciones, hecho que tendremos en cuenta al tratar esta cuestion bajo el punto de vista higiénico y cuando nos ocupemos en el viciamiento del aire confinado en habitaciones reducidas y poco ventiladas.

Los animales respiran, como respiran las plantas y si bien es cierto que algunos ejercen una respiracion rudimentaria, la mayor parte están dotados de un aparato apropiado en el cual se verifica el acto complicado de la respiracion.

Habíase creído durante mucho tiempo que esta, se ejercía exclusivamente en el aparato pulmonar, hasta que Lagrange, hizo observar que si la combustion del carbono y del hidrógeno se realizase en los pulmones; la temperatura de estos órganos se elevaría lo bastante para producir lesiones graves en su testura; deduciendo que lo único que en los pulmones tiene lugar, es un cambio de gas entre la atmósfe-

ra que cede oxígeno y la sangre venosa que deja escapar el ácido carbónico producto de las combustiones orgánicas.

Estaba reservada sin embargo á Spallanzani la demostracion experimental de las verdades asentadas en la Teoría de Lagrange.

El ilustre filósofo italiano, refiere en sus memorias el siguiente experimento. Coloca caracoles en tubos de vidrio privados de oxígeno y en los que solo quedaba *ázo*e ó hidrógeno. Por más que en estas condiciones, los animales, no pudiesen introducir oxígeno en sus órganos respiratorios, continuaron exhalando ácido carbónico, que en manera alguna podia ser producto de la reaccion directa del oxígeno en el momento de la absorcion, sino que tenia que preexistir formado en la sangre venosa, que lo abandonaba al circular en el aparato respiratorio.

Estos y otros experimentos ejecutados con todo el rigor científico que exige la importancia del asunto; determinan el verdadero sitio de la doble combustion respiratoria, que tiene lugar en los capilares generales, en el momento de la conversion de la sangre arterial en venosa, y en estos puntos, el oxígeno absorbido por los pulmones ataca los materiales orgánicos, quemando su carbono y su hidrógeno, y dando lugar á la produccion de cierta cantidad de calor que es lo que constituye el calor animal.

Pasaré sin tocar la cuestion quizá no resuelta definitivamente aún, de los elementos de la sangre encargados de la fijacion del oxígeno, que más tarde y trasportado á los diferentes puntos del sistema circulatorio, dará lugar á los fenómenos físico-químicos que constituyen el verdadero acto respiratorio.

Baste saber por ahora que la generalidad de los fisiólogos, admiten la opinion de que la parte colorante del glóbulo (la hemoglobina) es la encargada de este importantísimo acto de la vida de los animales.

III.

Hemos tratado de la atmósfera considerándola bajo el punto de vista físico y químico, y hemos estudiado ligeramente su papel en relacion con la economía animal, una de cuyas principales funciones contribuye á sostener. Quédanos tan solo ahora, exponer algunas consideraciones prácticas y de inmediata aplicacion á la mejor evolucion de la vida, en relacion con las alteraciones de algunos de los componentes

atmosféricos y de los cuerpos en suspension que pueden viciar sus propiedades, convirtiéndola en causa de enfermedades y de muerte, cuando su objeto parece destinado á la conservacion de la vida.

Los elementos indispensables á la respiracion de las plantas y de los animales son el oxígeno y el *ázo*: este desempeñando un papel pasivo; el de moderador de la influencia del oxígeno. En efecto, los animales que respiran una atmósfera de oxígeno, despues de dar muestras de una actividad inusitada, concluyen por destruirse á impulsos de su propia actividad. Es necesario la presencia del *ázo* para que la respiracion se verifique en las condiciones exigidas por la organizacion.

La disminucion del oxígeno y el aumento en la proporcion del ácido carbónico es causa de sérios y graves trastornos orgánicos, que, empezando en los elementos de la sangre, puedan llegar á influir la economía toda, dando lugar á estados patológicos trascendentales que pongan en peligro la salud y la vida de los individuos sometidos á su influencia. Ya hemos tratado en nuestra primera parte las causas que más directamente influyen en la alteracion de estos elementos atmosféricos. No insistiré en muchas de ellas que escapan á nuestros medios de accion, pero no puedo menos de tocar otras producidas por nosotros mismos y de fácil y pronto remedio. Los focos en ignicion, la respiracion del hombre y la respiracion de las plantas, son causas de produccion de ácido carbónico y absorcion de oxígeno; causas que se hacen mucho más sensibles y perjudiciales cuando ejercen su accion en espacios limitados y atmósferas confinadas en los estrechos límites de una habitacion.

De ahí lo perjudicial de las grandes reuniones en pequeños círculos, teatros, cafés, etc. Las luces por una parte, la respiracion del hombre por otra y por otra la respiracion de las plantas que con tanta frecuencia adornan los salones en las grandes fiestas, consumen constantemente oxígeno y exhalan ácido carbónico, que no es solo impropio para respirar, sino que ejercen una accion tóxica sobre los organismos que lo inspiran. La sangre pierde sus cualidades excitadoras, el glóbulo no se recompone en la funcion hematósica pulmonar, las combustiones orgánicas, se verifican incompletamente dando como resultado, esos estados de debilidad física y moral que caracteriza la clorosis en la mujer con la correspondiente cohorte de síntomas nerviosos, compañeros obligados de aquel estado discrásico, desesperacion de las familias y de el médico que raras veces consigue poner á quien la padece en condiciones abonebles para una reconstitucion

orgánica. Que esto es una verdad, que las condiciones del aire ejercen una importantísima influencia sobre el que lo respira, fácilmente se concibe, con echar una rápida mirada sobre la vida de las aldeas, comparada con la vida de las grandes poblaciones.

En aquellas con peor alimentación, con más trabajos quizá, las funciones orgánicas se desempeñan en todo su vigor, viéndose brillar los atributos de la más completa salud en los habitantes del campo, al paso que en las ciudades populosas, es la vida penosa, condenando á los individuos á una temprana y prematura muerte.

Las grandes poblaciones, con sus condiciones higiénicas, deplorables en general; son verdaderas hogueras, que consumen las fuerzas vivas de los países cultos, trocando en humo los sueños y esperanzas de la pobre humanidad. Se me dirá quizá, que en los grandes pueblos, se vive la vida del espíritu; que nada ó poco importa la vida de la materia comparada con aquella vida; que debemos hacer abstracción de la grosera cubierta que nos envuelve, dando alimento y pasto á ese divino destello por el cual se erige el hombre en causa de actos y determinaciones; pero esto que á primera vista seduce, no deja de ofrecer dudas cuando los actos de vida se estudian con profundidad y detenido exámen.

La vida en los grandes pueblos, se consume y apaga, como se apaga la lámpara falta de combustible, y como es condición para la manifestación del pensamiento, un organismo en integridad funcional; como las relaciones del espíritu con el órgano son tan íntimas que sufriendo este deja aquel de manifestarse en su pureza y vigor normal; de ahí la necesidad de una buena organización; como condición de una buena y completa entidad racional.

No sostendré yo con Cavanis que el pensamiento es una secreción del cerebro, como es la bilis una secreción del hígado, ni afirmarse con Moleskoff que la grasa fosforada produce el pensamiento, pero sí me atrevo á decir que la sustancia fosforescente como los demás elementos anatómicos del cerebro, son condiciones necesarias á las manifestaciones del espíritu, que se aprovecha de ellas, para transmitir al exterior sus propias impresiones, no de otro modo que el telegrafista se vale del aparato eléctrico para transmitir á distancia el despacho que se le confiara. A imperfección de medio, imperfección en la trasmisión, roto aquel en su continuidad, cesa la función que le pertenece, y esto es lo que se observa en esos desgraciados seres de macilenta figura y extraviado mirar, en los que rota la sinergia funcional del cerebro, quedan separados completamente del comercio intelectual que en

mejores tiempos para su pobre espíritu sostuvieron con sus semejantes.

No decoreis vuestras habitaciones con ramos de flores; envuelto entre los pliegues engañosos de sus cálices y corolas; mezclado con sus perfumes, vá el veneno fatal que al desoxigenar vuestra sangre ha de convertirse en causa de acerbos padecimientos.

Huid del fausto, del lujo de las grandes reuniones y de los salones brillantemente iluminados, pues vosotros mismos al exhalar de vuestras entrañas gas irrespirable que se agregue al irrespirable gas de las combustiones, habreis—sin saberlo—atentado á vuestra vida y convertidos en origen de vuestros males y tormentos. La accion de estas causas será lenta, pero segura, no matará en un dia pero matará en un año; os perdonará quizá la vida, pero será á cambio de sufrimientos y penalidades, comprando el momentáneo y fugaz placer de una hora á costa del sufrimiento de toda la vida.

Yo sé que predico en vano, sé que es difícil torcer las costumbres de una sociedad ligera y casquivana; sé más; sé que quizás mis advertencias se califiquen de....., pero cumplo un deber y doy de este modo satisfaccion á mi conciencia.

Habiéndome ocupado con alguna extension en mi artículo publicado en los números 15, 16, 17 y 18 de LA TERTULIA, de las sustancias orgánicas y organizadas, en suspension en la atmósfera y de sus efectos sobre la economía animal, no insisto hoy sobre este importante punto y termino mi trabajo demandando gracia para sus numerosas faltas.

J. J. ZORRILLA.

AL NIÑO LUIS MIR.

Niño, que pisando flores,
vives en celeste calma,
sin que sospeche tu alma
las penas del porvenir.
Hoy un ángel candoroso
guarda tu vida de niño,
y de tu padre el cariño
vela inquieto tu dormir.

Pero el ansiado mañana.....
cuando el mundo del artista
se desarrolle á tu vista
lleno de encanto y de luz;
quizá cuando más te eleves
caerás con desaliento;
que tambien tiene el talento,
y el arte, pesada cruz.

Tal vez la envidia te hiera,
quizá el ódio te persiga,
y abrumado de fatiga
maldigas la inspiracion;
pero en medio de esos males,
como la rosa entre espinas,
brotarán horas divinas
de entusiasmo y de ilusion.

En vano será que huyas
el influjo de lo bello;
Dios te marcó con el sello
que hace al ingenio inmortal.
Nobleza y talento obligan:
no te juzgues desdichado
si una lágrima has secado,
si has mitigado algun mal.

—

Como á impulso de un conjuro,
de tu laud pequeñuelo
brotan ácentos del cielo
que de él vienen, y hácia él van.
Allá tu madre amorosa,
muerta en edad tan temprana,
á tí y á tu dulce hermana
os escucha con afañ.

EMILIA MIJARES DE REAL.

Abril de 1877.

LA PRINCESA Y EL GRANUJA.

CUENTO DE AÑO NUEVO.

CONCLUSION.

VIII.

Migajas vió al cabo una gran sala iluminada y llena de preciosidades, cuya forma no pudo precisar bien en el primer momento. Al poco rato comenzó á percibir con claridad y distinguió mil figurillas diversas, como las que llenaban la tienda donde habia conocido á la gran señora. Lo que más llamó su atención fué ver que salieron á recibirles, luciendo sus flamantes vestidos, todas las damas que acompañaban á aquella en el escaparate.

La gran señora contestó con una grave y reverenciosa cortesía á los saludos de todas ellas. Parecia ser de superior condicion, algo como reina ó princesa ó emperatriz. Su gesto soberano y su gallardo continente sin altanería, revelaban cierto dominio sobre los demás. Al instante presentó á Pacorrito, y este se quedó todo turbado y más rojo que una amapola cuando la princesa, tomándole de la mano, dijo:

—Presento á ustedes al Sr. D. Pacorrito Migajas, que viene á honrarnos esta noche.

Al pobre chico se le cayeron las alas del corazón cuando despues de observar el desmedido lujo que allí reinaba miró sus piés desnudos, sus calzones sujetos con un tirante y su chaqueta cortada por los codos.

—Ya ádivino lo que piensas—le manifestó la princesa con disimulo,—tu traje no es el más conveniente para una fiesta como la de esta noche.

—Señora, mi pícaro sastre—dijo Pacorrito, creyendo que una mentirilla pondria á salvo su decoro,—no me ha acabado la ropa.

—Aquí te vestiremos,—indicó la gran señora.

Los lacayos de aquella extraña mansion eran monos pequeños y graciosísimos. De pajes hacian unos loros diminutos de esos que llaman *Pericos*, y varios gallitos de papel. Estos no se apartaban un momento de la señora.

La servidumbre se ocupó al punto de arreglar un poco la desgraciada figura del buen Migajas. Con unas fosforeras doradas y muy monas en figura de zapatos le calzaron al momento. Por golilla le pusieron un media farolillo de papel encarnado, y de una jardinera de mimbres le hicieron una especie de sombrerete pastoril con graciosas flores adornado. Al cuello le colgaron, al modo de condecoraciones, la tapa de un tintero elegantísimo, una fosforera redonda que parecia reloj y el tapon de cristal de un frasquito de esencias. Los gallos de papel tuvieron la buena ocurrencia de ponerle en la cintura á guisa de espada ó daga un lujoso cuchillo-plegadera de marfil. Con estas y otras invenciones para ocultar sus haraposos vestidos, Pacorríto quedó tan guapo que no parecia el mismo. Verdaderamente se ensoberbeció de su persona cuando le pusieron delante del espejo de un estuche de costura para que se mirase. Estaba deslumbrador.

IX.

En seguida principió el baile. Varios canarios cantaban en sus jaulas walses y polkas, y las cajas de música tocaban solas, así como los clarinetes y pitos que se movian á sí mismos sus llaves con gran maestria. La música era un poco discordante, pero Migajas, á causa del gozo de su espíritu, la hallaba encantadora.

No es necesario decir que la princesa bailó con nuestro héroe. Las otras damas tenian por pareja á generales de alta graduacion que habian dejado sus caballos á la puerta. Entre aquellas figuras delicadísimas se veian á Bismark, al Emperador de Alemania, á Napoleon y á otros grandes hombres. Migajas no cabia en su pellejo de puro orgulloso.

Pintar las emociones de su alma cuando se lanzaba á las voraginosas curvas del wals con su amada en brazos, era imposible. La dulce respiracion de la princesa, sus cabellos de oro, agitados por el movimiento, acariciaban blandamente las mejillas de Pacorríto, causándole una especie de embriaguez. La mirada amorosa de la gentil dama ó un suave quejido de cansancio acababan de enloquecerle.

En lo mejor del baile los monos anunciaron que la cena estaba servida, y al punto se desconcertó todo. Ya nadie pen-

só más que en comer, y á nuestro Migajas se le alegraron los espíritus, porque tenía un hambre de mil demonios, á pesar de la viveza de su amor.

X.

El comedor era precioso y la mesa magnífica; las vajillas y toda la loza de lo mejor que se ha fabricado para muñecas, y multitud de ramilletes esparcian su fragancia y mostraban sus colores en pequeños búcaros ó en hueveras.

Pacorrito ocupó el primer asiento de la derecha de la princesa. Empezaron á comer. Servian lós pericos y los gallitos de papel tan bien y con tanta precision como los soldados que maniobran en una parada á la órden de su general. Los platos eran exquisitos; pero Migajas observó que todo era frio y fiambre. Si esto no le disgustó al principio, despues empezó á producirle cierto empacho, aun antes de haber comido mucho. Componian el festin pedacitos de mazapan, pavos más chicos que pájaros y que se engullian de un solo bocado, filetes y besugos como almendras, un rico compuesto de cañamones y un pastel de alpiste á la canaria, albóndigas de miga de pan á la perdigona, fricasé de ojos de faisán en salsa de moras silvestres, ensalada de musgo, dulces riquísimos y frutas de todas clases, que los pericos habian cosechado en un tapiz donde estaban bordadas, siendo los melones como uvas y las uvas como lentejas.

Durante la comida todos hablaban mucho, excepto Pacorrito, que por ser muy corto de génio no desplegaba sus labios. La presencia de aquellos personajes de uniforme y entorchados le tenia perplejo, y se asombraba mucho de ver tan charlatanes y retozones á los que en el escaparate estaban tiesos y circunspectos cual si fuesen de barro.

Principalmente el llamado Bismark no paraba. Decia mil gracias y chuscadas, daba manotadas sobre la mesa, y arrojaba á la princesa migajas de pan. Movia sus brazos como atolondrado, cual si en los goznes de estos tuviese un hilo, y una mano extraña tirase del hilo por debajo de la mesa.

—¡Cómo me estoy divirtiendo!—decia el canciller.—Querida princesa, cuando uno se pasa la vida adornando una chimenea, entre un reloj, una figura de bronce y un tiesto de begonia, estas fiestas le rejuvenecen, aunque solo sean una vez al año.

—¡Ay! dichosos mil veces—dijo la señora con acento patético,—los que no tienen otro oficio que adornar chimeneas y

entredoses! Esos se aburren pero no padecen como nosotras, que vivimos en contínuo martirio, destinadas á servir de juguete á los chicos. No podré pintarle á Vd., Sr. de Bismark, lo que se padece cuando uno nos tira del brazo derecho, otro del izquierdo, cuando éste nos rompe la cabeza, y aquel nos descuartiza ó abre en canal para ver lo que tenemos dentro del cuerpo.

—Ya lo supongo—dijo el canciller abriendo los brazos y volviéndolos á cerrar.

—¡Oh! desgraciados, desgraciados,—exclamaron en coro los emperadores, Espartero y demás personajes.

—Y menos desgraciados los que como yo,—añadió la dama,—encontraron un protector y amigo en el valeroso y constante Pacorruto Migajas, que me libró de tan bárbaro suplicio.

Migajas se puso colorado hasta la raíz del pelo.

—Valeroso y constante,—repitieron á una las muñecas todas en tono de admiracion.

—Por eso esta noche—continuó la princesa,—en que nuestro Génio Creador nos permite reunirnos para celebrar el primer dia del año, he querido obsequiarle, trayéndole conmigo, y dándole mi mano de esposa, en señal de alianza y reconciliacion entre la raza muñequil y los niños juiciosos y honrados.

XI.

Cuando esto decia, el señor de Bismarck miraba á Pacorruto con una expresion de burla tan picante y maligna, que nuestro insigne héroe se llenó de ira. En el mismo instante el canciller disparó una bolita de pan con tanta punteria que casi dejó ciego á Migajas. Pero éste, como era tan prudente y un prototipo de hidalga circunspeccion, calló y disimuló.

La princesa le dirigia miradas de amor y gratitud.

—¡Cómo me estoy divirtiendo!—repitió Bismark dando palmadas con sus manos de papel mascado.—Mientras llega la hora de volver junto al reloj y á oír su incesante tic-tac, divirtámonos, embriaguémonos, seamos felices. Si el caballero Pacorruto quisiera pregonar *La Correspondencia*, nos reiríamos un rato.

—El señor de Migajas—dijo la princesa mirándole con benevolencia,—no ha venido aquí á divertirnos. Eso no quita que le oigamos con gusto pregonar *La Correspondencia* y los fósforos si quiere hacerlo.

Pacorrito hallaba esta proposicion tan contraria á su dignidad y decoro, que se llenó de afliccion y no sabia qué contestar á la princesa.

—¡Que baile!—gritó el canciller con desparpajo,—que baile encima de la mesa. Y si no lo quiere hacer, pido que se le quiten los adornos que se le han puesto, dejándole lleno de andrajos y descalzo, como cuando entró aquí.

Migajas sintió que toda su sangre afluía á su corazon. La cólera de su alma impetuosa no le permitió decir una sola sílaba.

—No seais cruel—mi querido príncipe,—dijo la señora sonriendo.—Por lo demás yo espero quitarle al buen Migajas esos humos que está echando.

Una carcajada general acogió estas palabras, y allí era de ver á todas las muñecas y á los grandes generales y emperadores dándose simultáneamente cachiporrazos en la cabeza como las figuras de Guignol.

—¡Que baile! ¡Que pregone *La Correspondencia!*—clamaron todos.

Migajas se sintió desfallecer. En él el sentimiento de la dignidad era tan poderoso, que antes muriera que pasar por la degradacion que se le proponia. Iba á contestar, cuando el maligno canciller tomó una paja larga y fina sacada al parecer de una cestilia de labores, y mojando la punta en saliva se la metió por una oreja á Pacorrito con tanta presteza, que éste no se enteró de la grosera familiaridad hasta que hubo experimentado la sacudida nerviosa que tales bromas ocasionan.

Ciego de furor echó mano al cinto y blandió el cuchillo-plegadera. Las damas todas prorumpieron en gritos y la princesa se desmayó. Pero no aplacado con esto Migajas, sino por el contrario más rabioso, arremetió contra los insolentes y empezó á repartir tizonazos á diestra y siniestra, rompiendo cabezas y brazos que era un primor. Oíanse alaridos de dolor, gritos, amenazas: hasta los pericos graznaban y los gallitos movian sus colas de papel en señal de alarma.

Un momento despues nadie se burlaba de Migajas. El canciller recogia del suelo sus dos brazos y sus dos piernas (caso raro que no puede explicarse) y todos los emperadores se habian quedado sin nariz. Poco á poco, con saliva y cierta destreza ingénita se iban curando todos los desperfectos; que esta ventaja tiene la cirujía muñequil. La princesa, repuesta de su desmayo con las esencias que en un casco de avellana le trajeron sus pajes, llamó aparte á Migajas y llevándole á su camarín reservado, le habló á solas de esta manera?

XII.

—Querido Migajas, lo que acabas de hacer, lejos de amen-
guar el amor que puse en tí, lo aumenta, porque has proba-
do tu valor indómito, triunfando con facilidad de toda esa
grey de muñecos bufones, la peor casta de seres que conoz-
co. Moviada por los dulces afectos que me impulsan hácia tí,
te propongo ahora solemnemente que seas mi esposo sin pér-
dida de tiempo.

Pacorrito cayó de rodillas.

—Cuando seas mi esposo—continuó la señora,—no habrá
uno solo de esos emperadores y cancilleres que no te acate y
reverencie como á mí misma, porque has de saber que yo
soy la reina de todos los que en aquesta parte del mundo
existen, y mis títulos no son usurpados sino adquiridos por
nacimiento y en virtud de la constitucion muñequil estableci-
da por el Supremo Génio Creador que nos gobierna.

—Señora, señora mia—dijo Migajas,—mi dicha es tanta
que no puedo expresarla.

—Pues bien—manifestó la señora con majestad.—Puesto
que quieres ser mi esposo, debo advertirte que para ello es
necesario que renuncies á tu personalidad humana.

—No comprendo lo que quiere decir vuestra alteza.

—Tú perteneces al linaje humano, yo no. Siendo distintas
nuestras naturalezas no podemos unirnos. Es preciso que tú
cambies la tuya por la mia, lo cual puedes hacer facilmente
con solo quererlo. Respóndeme, pues, Pacorrito Migajas,
¿quieres ser muñeco?

La singularidad de esta pregunta tuvo en suspenso á nues-
tro héroe durante buen rato.

—¿Y qué es eso de ser muñeco?—preguntó al fin.

—Ser como yo. La naturaleza muñequil es quizás más per-
fecta que la humana. Nosotros carecemos de vida aparente,
pero la tenemos grande en nosotros mismos. Para los imper-
fectos sentidos de los hombres, nosotros carecemos de movi-
miento, de afectos y de palabra, pero no es así. Ya ves cómo
nos vemos, cómo sentimos y cómo hablamos. Nuestro desti-
no no es en verdad muy lisonjero por ahora, porque servi-
mos para entretener á los niños de los hombres y aun á los
hombres mismos; pero en cambio de esta desventaja somos
eternos.

—¡Eternos!

—Sí; nosotros vivimos eternamente. Si nos destrozan, re-

nacemos de nuestras cenizas y tornamos á vivir, describiendo sin cesar un tenebroso círculo desde la tienda á las manos de los niños y de las manos de los niños á la fábrica tirolesa y de la fábrica á la tienda, por los siglos de los siglos.

—¡Por los siglos de los siglos!—repitió Migajas absorto.

—Pasamos malísimos ratos—añadió la señora;—pero en cambió de eso no conocemos el morir, y nuestro Génio Creador nos permite reunirnos en ciertas festividades para celebrar las glorias de nuestra raza, tal como lo hacemos esta noche. No podemos evadir ninguna de las leyes de nuestra naturaleza; no podemos pasar al reino humano, á pesar de que á los hombres es dado venir al nuestro convirtiéndose en verdaderos muñecos.

—¡Cosa más extraña!—exclamó Migajas lleno de asombro.

—Ya sabes todo lo necesario para la iniciación muñequil. Nuestros dogmas son muy sencillos. Ahora medítalo y responde á mi pregunta: ¿quieres ser muñeco?

La princesa tenía un aire de sacerdotisa antigua, que cautivó más á Pacorrito.

—Quiero ser muñeco—contestó el granuja con aplomo.

Y al punto la princesa hizo unos endiablados signos en el espacio, pronunciando varias palabrotas que Pacorrito no sabía si era latín ó caldeo; pero que de seguro serian tirolés. Después la princesa dió un estrecho abrazo á Migajas, y le dijo:

—Ahora ya eres mi esposo. Yo tengo poder para casar, así como lo tengo para recibir neófitos en nuestra gran institución. Amado esposo mio, bendito seas por los siglos de los siglos.

Toda la cohorte de figurillas entró de repente cantando con música de canarios y ruiseñores:—«Por los siglos de los siglos.»

XIII.

Discurrieron por los salones en parejas. Migajas daba el brazo á la princesa.

—¡Es lástima,—dijo ésta,—que nuestras horas de placer sean tan cortas! Pronto tendremos que volver á nuestros puestos.

Pacorrito Migajas experimentaba desde el instante de su transformación, sensaciones muy extrañas. La más extraña era haber perdido por completo el sentido del paladar y la noción del alimento. Todo aquello que había comido era para

él como si su estómago fuera una cesta ó una caja y hubiera encerrado en ella mil manjares de carton; que ni se dijerian, ni alimentaban, ni tenían peso, gusto, ni sustancia.

Además sentía que no era dueño de sus movimientos, y tenía que andar con cierto compás molesto. Notaba en su cuerpo una gran dureza, como si todo en él fuera hueso, barro ó carton. Al tentarse, su persona sonaba á porcelana. Hasta la ropa era dura, y nada diferente del cuerpo.

Cuando se quedó solo con la princesa y la estrechó entre sus brazos, no experimentó sensacion alguna de placer divino ni humano, sino el choque áspero de los dos cuerpos duros y frios. Besóla en las mejillas y las encontró heladas. En vano su espíritu sediento de goces llamaba con furor á la naturaleza. La naturaleza en él era una piedra. Sentía palpitar su corazon como una máquina de reloj. Sus pensamientos subsistian, pero nada más. Lo restante era todo lo que puede ser un muñeco.

La princesa se mostraba muy complacida.

—¿Qué tienes, amor mio?—preguntó á Pacorruto viendo su expresion de desconsuelo.

—Me aburro soberanamente, princesa,—dijo el galan.

—Ya te irás acostumbrando. ¡Oh, deliciosos instantes! Si durárais mucho, no podríamos vivir.

—¡A esto llama delicioso vuestra alteza!—exclamó Migajas.—¡Dios mio! qué frialdad, qué dureza, qué vacío espantoso, qué rigidez de muerte.

—Tienes aun los resábios humanos, y el vicio de los escandalosos sentidos del hombre. Pacorruto, modera tus arrebatos ó trastornarás con tu mal ejemplo á todo el imperio muñequil.

—¡Vida, vida! sangre, calor, nervios!—gritó Migajas con desesperacion, agitándose como un insensato.—¿Qué es esto que pasa en mí?

La princesa le estrechó en sus brazos y besándole con sus rojos lábios de cera, exclamó:

—Eres mio; mio por los siglos de los siglos.

En aquel instante oyóse gran bulla y muchas voces que decian: «¡La hora, la hora!

Doce campanadas saludaron la entrada del Año Nuevo. Todo desapareció de súbito á los ojos de Pacorruto, princesa, palacio, muñecos, emperadores, y se quedó solo.

XIV.

Se quedó solo y en oscuridad profunda.

Quiso gritar y no tenía voz. Quiso moverse y no tenía movimiento. Se sentía piedra.

Lleno de congoja esperó. Vino por fin el día, y entonces Pacorruto se vió en su antigua forma; pero todo de un color, y al parecer de una misma materia, cara, manos, ropa, caballo y hasta los periódicos que tenía en la mano.

—Ya no me queda duda—exclamó llorando por dentro.— Soy de barro.

Vió que frente á él había un gran cristal con algunas letras del revés. A un lado multitud de figurillas y objetos de capricho le hacian compañía.

—Estoy en el escaparate. ¡Horror!—pensó.

Un mozo le tomó cuidadosamente en la mano, y despues de limpiarle el polvo lo volvió á poner en su sitio.

Pacorruto vió que en el pedestal donde estaba colocado, había un papel con esta cifra: 240 *reales*.

—Dios mio, es un tesoro lo que valgo. Esto al menos le consuela á uno.

Y la gente se detenía por la parte afuera del cristal, para ver la graciosa escultura de barro amarillo representando un chico en actitud de ofrecer periódicos y cajas de fósforos. Todos alababan la destreza del artista; todos se reían viendo la expresiva fisonomía y la chavacana figura de Pacorruto Migajas; mientras este en el fondo de su barro no cesaba de exclamar con angustia:

—¡Muñeco, muñeco, por los siglos de los siglos!!

B. PEREZ GALDÓS.

31 de Diciembre de 1876.

GRITO DE GUERRA DEL MÚFTI.

TRADUCCION DE VICTOR HUGO.

Desperta ferro
Grito de guerra de los Almogavares.

A la lid los guerreros! Mahoma!
de esos perros la turba cobarde,
que en las sombras envueltos asoma,
muerde el pié del dormido leon.

Ya traidores con bélico alarde
ante el turco levantan sus frentes;
aplastad su cabeza, oh creyentes
del sagrado profeta de Dios!

En la sangre bañaros cien veces
de esos torpes soldados beodos,
que se embriagan del vino en las heces,
que hacen suya una sola mujer.

Las gumías den cuenta de todos:
y esos reyes de estirpe precita,
esa raza de Europa maldita
que sucumban sin vida á la vez!

Timariotes, Spáhis valerosos,
al través de la horrible pelea,
de la trompa los ecos briosos
del espacio lanzad al confin;

Vuestro sable que al sol centellea,
vuestros anchos estribos cortantes;
y lanzad vuestros blancos turbantes,
vuestras yeguas de indómita crin!

Que de Othman, de Ostrogúl descendiente,
vuestro pecho el espíritu inflame;
su indomable valor uno ostente,
otro tenga su fiero mirar.

Guerra santa, oh soldados se aclame:
nuestra sea Setiniah la hermosa,
que en la jerga del bárbaro odiosa
hoy Athenas oimos llamar.

ADOLFO DE LA FUENTE.

ORDENANZAS MUNICIPALES.

La primera necesidad que sienten todos los ayuntamientos de esta provincia, y acaso la mayoría de los de España, es la de unas ordenanzas municipales por las que puedan regirse los pueblos, cuya administración se halla abandonada y desquiciada por falta de aquellas, pues con las leyes generales del Estado está probado que no cabe una buena administración municipal.

A principios del siglo actual, y por las trascendentales reformas á que dió lugar la Constitución de 1812, se anularon las ordenanzas antiguas que, por el estado de atraso del país y por la fuerza de inercia, siguieron viviendo, aunque débilmente, unos cuantos años, quedando hace muchos en desuso. Ha venido mostrándose constantemente el fenómeno de continuar los pueblos sosteniendo todas las prácticas establecidas en aquellas, con las que han estado constantemente en choque las leyes, reglamentos y disposiciones de carácter general que por su complicación y vaguedad y por los penosos trámites que exigen, han anulado la administración local por completo en los pueblos de esta provincia hasta el punto de haberse llegado á un abandono sin ejemplo en ningún país medianamente culto, y que determina el decaimiento moral y económico que se advierten en estas localidades, acabando por convertir en yermos y áridos los inmensos terrenos destinados á montes en lo antiguo que se habían formado espontáneamente.

Cuando los progresos en las industrias agrícola y pecuaria desde mediados del siglo pasado han producido tanto aumento de riqueza en los pueblos que han sabido utilizar aquellos, nosotros perdemos nuestros montes y empeoramos las prácticas que para los aprovechamientos comunales existían en otros tiempos en que los pueblos tenían administración municipal por hallarse en vigor sus ordenanzas. Eran estas perfectamente adaptadas á las costumbres y necesidades locales y estaban sancionadas por varios siglos en que si bien se desconocían los notables adelantos realizados de

cien años á esta fecha en naciones afortunadas de Europa, se gozaba en cambio la ventaja de una vida municipal más libre, más amplia y más robusta que la que desgraciadamente alcanzamos aquí en el siglo actual. En este, la centralización más absurda, copiada con una ineptitud asombrosa de una nación vecina, ha destruido por completo la administración local en todo lo concerniente á sus más altos fines, dejándola reducida á los que se refieren al levantamiento de las cargas del Estado, de la provincia y del municipio, y á servir, para mengua nuestra, de instrumento doctoral al caciquismo, por el notorio desconocimiento en gobernantes y gobernados de que la base y centro de todas las instituciones, y de la que depende la regeneración del país, ha de buscarse en la libertad municipal, escuela primaria de todas, como dice Tocqueville, y sin la cual no pueden los ayuntamientos regirse en consonancia con las condiciones especiales de cada localidad. ni conseguir que desaparezca la anarquía administrativa que mantiene al país en la pobreza y en el atraso. Todos conocen en esta provincia que con la actual legislación de montes es completamente imposible su administración hasta el punto de venir produciendo la desaparición de tan importante riqueza, que en pocos años, si aquella no se reforma, se reafirmará por completo. Con la legislación sobre prestaciones, las obras públicas vecinales seguirán siempre abandonadas como lo están en la actualidad. Con los trámites que requiere la imposición y cobro de multas, la policía rural, urbana y pecuaria es letra muerta en la provincia hasta el punto que los alcaldes no corrigen ninguna falta por no haber fórmula posible para hacer efectiva la sanción.

Inmensos males ha producido el desuso de las antiguas ordenanzas sin antes haberlas sustituido por las nuevas, hechas de acuerdo con las reformas introducidas con motivo de la Constitución de 1812, que ciertamente respondían á los progresos conocidos entonces en algunas naciones de Europa, y que en la actualidad se desconocen en este país con muy raras excepciones.

Ocurrió con las ordenanzas lo que pudiera suceder hoy en una carretera con la supresión de una barca para el paso de un río, so color de que las barcas de paso son una antiqualla, pero sin construir antes el puente, que como medio más perfecto, ha de sustituir á aquella.

Nosotros retiramos las ordenanzas antiguas que debieron vivir hasta que se hubiesen hecho las reformadas, ó siguiendo el ejemplo anterior, suprimimos la barca por donde se pasaba y no construimos el puente, y nos quedamos en la situación más peregrina, sin fórmula de administración y en el

abandono más completo, que despues de todo hace honor á nuestros pueblos en cuyos habitantes se admiran condiciones que indican lo mucho que valdrian si tuvieran la fortuna de ser regidos por leyes municipales, como sucede en la casi totalidad de las naciones de Europa.

Al remedio de dicho mal hemos consagrado un trabajo incesante de muchos años, estudiando en primer lugar todo lo que puede contribuir al mejoramiento de la agricultura en esta provincia, en consonancia con los mayores adelantos que felizmente alcanza esta industria en el extranjerio, y en segundo, durante los cuatro últimos años, en que nos ha tocado dirigir la administracion de este ayuntamiento, hemos estudiado prácticamente el estado de la administracion del país y las reformas necesarias que reclama, para que responda al importante fin que debe realizar en su día y que realiza hoy donde no se desconoce su influencia. Con tal motivo hemos podido formar el proyecto de unas ordenanzas en que se procura no desatender ningun ramo de la administracion, conservando lo bueno que fué posible de las antiguas; y dentro de las leyes del Estado, se han introducido las modificaciones que la situacion actual del país y las costumbres de sus habitantes exigen teniendo presente en lo relativo á los aprovechamientos comunales, y á policia rural, todo lo que puede contribuir á que la agricultura, la ganadería y el arbolado tengan en lo sucesivo el desarrollo de que es susceptible esta provincia.

Aprovechando los buenos propósitos que la REVISTA CÁNTABRO-ASTURIANA expone en su primer número, empezamos á publicar desde hoy el expresado proyecto de ordenanzas municipales, comenzando por las secciones que han sido aprobadas ya por el ayuntamiento de Cabuérniga y que se refieren á las necesidades más apremiantes de la actualidad. La respectiva á prendadas de ganados ha obtenido la aprobacion definitiva de la superioridad y se halla en práctica hace unos meses y es la que puede remediar el mal de mayor importancia si se ha de hacer posible el respeto á la propiedad de los campos, base de ulteriores progresos.

¡Ojalá que la REVISTA logre su pensamiento de establecer cordial inteligencia entre los propietarios y personas de ilustracion y de valía de Astúrias y la Montaña para llevar á cabo en ambas provincias las reformas que reclama su estado de atraso! Los grandes propietarios pueden ejercer una poderosa influencia en tan importante empresa, si como es de esperar, se asocian todos con buen deseo y se prescinde de las pasiones políticas siempre causa de la division y de la lucha que ha engendrado el abandono de la administracion del

país. Las tendencias que se señalan hacen esperar que la buena inteligencia se establezca y se remedie el mal para lo cual nos honraríamos en poder contribuir aunque remotamente.

GERVASIO G. DE LINARES.

Valle de Cabuérniga, Agosto 31 de 1877.

POLICIA RURAL.—EXCESOS QUE COMETEN LOS GANADOS.

**El Alcalde Constitucional del Ayuntamiento
de Valle de Cabuérniga.**

HACE SABER: Que convencido el Ayuntamiento de que solo con el respeto á la propiedad puede conseguirse la mejora y desarrollo de la riqueza agrícola y pecuaria, ha hecho todos los esfuerzos posibles para organizar la guardería rural, corrigiendo á la vez con rigor los excesos que los ganados cometen frecuentemente en las heredades de dominio particular y en los montes y terrenos del comun, efecto en parte de la incuria de los dueños y su benevolencia para los pastores encargados de la custodia; mas á pesar de los medios adoptados en los cinco años que lleva de vida aquella institucion, la experiencia ha demostrado que son insuficientes por la dificultad que siempre ofrece la exaccion de las multas, cuyo procedimiento, por lo largo y dispendioso, es causa de que tan importante ramo de policia rural no se halle atendido como corresponde, y de que en casi todos los pueblos de esta provincia esté en el más completo abandono.

Necesitándose, pues, adoptar procedimientos que por su

sencillez hagan posible en beneficio general, el respeto severo de los campos y montes, acomodándose á los que siempre rigieron en estos pueblos y se hallan encarnados en las costumbres de sus moradores; y siendo preciso no solo facilitar la realizacion de las multas, sino tambien interesar en la policia rural á los Alcaldes de barrio y aun á los mismos particulares dueños de las fincas, el Ayuntamiento, tomando por base lo establecido en las antiguas ordenanzas del pais, que aunque olvidadas hace años, pueden considerarse vigentes en este ramo por no haberlas derogado las leyes generales del Reino, con las que tampoco están en oposicion, acordó por unanimidad en sesion de ayer, reglamentar este fundamental servicio estableciendo con el carácter y fuerza de ordenanzas municipales; las disposiciones que se contienen en este

B A N D O .

ARTÍCULO 1.º

Toda res de las especies vacuna, caballar, lanar, cabría y de cerda que se encuentre abandonada sin persona que la custodie, ó que custodiada se halle en heredades de propiedad particular ó en montes y terrenos del comun en donde no deba estar, será aprehendida por los Guardas rurales de este municipio y por los Guardas jurados de particulares, así como por los demas agentes y dependientes de la autoridad; pudiendo tambien hacerlo cualquiera persona del Distrito siempre que pueda acreditar el hecho con otras dos que tengan la aptitud legal necesaria para ser testigos.

ARTÍCULO 2.º

Las reses aprehendidas serán entregadas al Alcalde Constitucional en el pueblo de la Capital del municipio, siempre que esta autoridad así lo disponga: y en otro caso á los de Barrio de los términos en que las aprehensiones tengan lugar, y á falta de estos, á uno de los mayores contribuyentes, quedando detenidas hasta tanto que el dueño, pastor ó persona autorizada las recoja pagando previamente—y nunca bajo

fianza—el importe de la multa en el papel correspondiente, los gastos causados para la aprehension y conduccion de los animales al punto d'onde se hayan entregado, y los de alimentacion, custodia y demás que hubieren ocasionado.

ARTÍCULO 3.º

Cuando se comprenda por la posicion social ó por cualesquiera otros signos del dueño ó pastor de los ganados prendados, la imposibilidad de hacer el pago en el acto de recogerlos, se le admitirá en garantía, y por el plazo improrogable de quince dias, una prenda que represente, á juicio del encargado de dichos ganados, un valor equivalente á la cantidad que se calcule importen la multa y los gastos, sin que se admitan objetos de mucho volúmen, líquidos, ni comestibles, ni otras cosas susceptibles de fácil deterioro; debiendo consistir la prenda en herramientas y otros instrumentos de labor y de servicio doméstico, como calderas, campanos ó efectos de fácil custodia, segun costumbre antigua.

ARTÍCULO 4.º

Si á los quince dias de entregadas las prendas no se hubiere hecho el pago del importe del débito, se procederá á su remate por el encargado ó delegado que nombre el Alcalde Constitucional ó el de barrio, considerándose al dueño como renunciante ó cedente de ellas. Dicho acto tendrá lugar precisamente en un domingo y á la hora de las once de la mañana, se tocará á concejo y en el sitio donde éste se reuna de costumbre se procederá á la subasta de las prendas, que serán adjudicadas al mejor postor á la media hora de empezar el remate. El procedimiento será verbal y presenciado al menos por dos vecinos que en caso de reclamacion puedan acreditar la subasta. El importe de las prendas será entregado por el rematante en el momento de serle adjudicadas, destinándose desde luego al pago de la multa en papel y de los gastos, y el sobrante si le hubiere, al dueño de aquellas.

ARTÍCULO 5.º

Cuando á juicio de los Guardas y demás agentes, se cause perjuicio á los ganados con prenderlos, y la persona á quien pertenezcan esté acreditada como celosa en el pago de las multas que anteriormente se la impusieran, se tomará nota y

dará el parte correspondiente á la Alcaldía, si recoge los ganados persona que merezca confianza para su custodia, procurando siempre detener ó prender al número menor posible de reses; para evitar gastos y perjuicios á los dueños.

ARTÍCULO 6.º

Quando los dueños ó pastores de ganados se resistieren á entregarlos hallándose en el caso comprendido en el artículo 1.º, y no hubiere la fuerza necesaria en los encargados de hacer la prendada para llevarla á cabo, se dará el parte correspondiente á la Alcaldía Constitucional, y ésta, sin perjuicio de ponerlo en conocimiento de la autoridad judicial, si el hecho constituyere falta ó delito de los definidos en el Código penal, dispondrá que por los mismos y otros dependientes ó auxiliares, se detengan las reses necesarias para responder de la multa y gastos, á cuyo pago estén obligados los que hubieren hecho la resistencia á la prendada, que se verificará donde se hallen las reses, menos en las cuadras ó casas de los ganaderos, pues en ese caso se pedirá autorizacion al señor Juez municipal del Distrito con arreglo á la ley, ó se adoptará el procedimiento ordinario, si conviniere.

ARTÍCULO 7.º

En el caso de que el dueño de una res aprehendida, ó el encargado de su custodia, fuese requerido para recogerla previo el pago de los gastos ó entrega de prenda que los garantice, y se negare á cumplir cualquiera de las disposiciones del bando, se entenderá que renuncia su derecho á la res y ésta se considerará abandonada á los efectos legales siempre que trascurran ocho dias sin manifestar su propósito de recogerla, pudiéndose entonces proceder á la venta en subasta pública con las formalidades indicadas en el art. 2.º tratándose de un valor que se calcule inferior al importe de referidos gastos; y si fuere res vacuna ó caballar, el termino de ocho dias se ampliará á sesenta con arreglo á ley de montreiros, pues se presume que el precio cubrirá el débito que haya de satisfacerse; lo que no sucedería respecto á ganados de otra especie que, por su poco valor, se absorverian este por completo en perjuicio del mismo dueño, á disposicion del cual quedará el sobrante si lo hubiere.

ARTÍCULO 8.º

Se considerarán abandonados los ganados aunque se ha-

llen á su cargo individuos menores de diez y ochos años, á menos de hallarse estos competentemente autorizados, segun se dispone en el siguiente artículo.

ARTÍCULO 9.º

Podrá autorizarse para la guarda de ganados á individuos que tengan diez y ocho años cumplidos, y al efecto, el dueño de aquellos dirigirá una solicitud á la alcaldía constitucional pidiendo se conceda dicha autorizacion, garantizando el solicitante la responsabilidad civil en que pueda incurrir el menor que obtenga la autorizacion, y en cuyo lugar se subroga para exigirle dicha responsabilidad. El alcalde, con esa garantía y mediante los informes que estime convenientes, dará cuenta al ayuntamiento, y este la concederá siempre que la acuerden siete de sus individuos; en el caso de que las condiciones del pastor y el número de cabezas que se le encomienden sean garantías suficientes para que el ganado esté bien guardado. Dicha autorizacion se dará por escrito al interesado para que la presente á los guardas, agentes ó particulares cuando se lo exijan, no pudiendo en ningun caso concederse para la custodia de ganado cabrío.

ARTÍCULO 10.º

Faltando los antiguos fieles de fechos en los pueblos y confiadas las alcaldías de barrio generalmente á personas que por su posicion tienen que dedicarse al trabajo, muchas veces á distancia del casco del pueblo, careciéndose además de cuadras y cercados que servian en años atrás para depósitos de ganados prendados y que como bienes de propios, acaso por falta de reclamacion oportuna, fueron vendidos; y mientras se organiza el personal suficiente para este servicio y se arriendan las cuadras en todos los pueblos y solares necesarios, será potestativo de la alcaldía constitucional el disponer que los ganados detenidos ó aprehendidos se pongan en custodia en la capital del ayuntamiento ó en el pueblo ó pueblos donde fuese más fácil y equitativa la custodia y alimentacion.

Y para que llegue este bando á noticia de los habitantes del distrito y de otros á quienes pueda interesar, se publicará en el *Boletín oficial* de la provincia, fijándose además un ejemplar en cada uno de los pueblos de este término municipal y en los sitios de costumbre.

Valle de Cabuérniga veintiseis de Marzo de mil ochocientos setenta y siete.—*G. Linares.*

A UNA ENFERMA.

TEN ESPERANZA!!!

Cuando en el pesar sumida,
y sumida en los dolores
quiere mi alma darte vida,
mirándose embebecida
en tus ojos seductores;

Cuando empaña la tristeza
el fulgor de tu mirada,
y la roba su pureza
llanto que entonces empieza
á bañar tu faz rosada;

Cuando á tu lado medito
el tiempo de tu dolencia.
y dudo del Dios bendito
que no oye el materno grito
demandándole clemencia;

Cuando el sufrir te quebranta
y doblas tu frente altiva,
y con valor que me espanta,
tu espíritu se levanta
á luchar con fé más viva;

Cuando un suspiro doliente
brota de tus lábios rojos
y mi cariño ferviente
te consuela alegremente
porque olvides tus enojos;

Cuando á medir mi honda pena
el pensamiento no alcanza,
te veo triste y serena,
y el alma de gozo llena
exclama ¡ten esperanza!!

Espera, que al fin cansado
de luchar con tu firmeza
se irá el dolor asombrado
buscando asilo olvidado
donde reine la flaqueza.

Espera, sí, que en la vida
ni aun el deseo es eterno.
¡Ay! tus pesares olvida
y arroja del alma herida
la duda, que es el infierno.

Espera ¿no ves las flores
agostarse en el estío
ya perdidos los colores
que en otros días mejores
les esmaltaba el rocío?

¿No ves cual-dejan sus hojas
cuando el frío nos aterra
que ya amarillas y rojas
tu por el balcón arrojas
para que alfombren la tierra?

¿No las ves luego, orgullosas
con capullos sonrientes

mostrar por una mil rosas
y embalsamar olorosas
los matinales ambientes?

Espera; que si poblada
de fantasmas temerosos
está la noche enlutada,
al despuntar la alborada
vienen dias más hermosos.

ENRIQUE REYO GARZOSA.

EN UN ALBUM.

Toma esta flor, mi bella enamorada,
yá que con voz tan dulce me la pides,
más advierte que es pobre y delicada,
se llama, «no me olvides.»

BENITO VICENS Y GIL DE TEJADA.

SECCION BIBLIOGRAFICA.

Las cuatro estaciones, poesías de D. E. Bustillo. Madrid, imprenta de T. Fortanet. 1877.—8.°, 294 pp.

El autor de este libro es un verdadero poeta. Canta en todas estaciones, y canta como los pájaros. En el volúmen que á la vista tenemos, hay poesías de todo linaje, enlazadas por el orden cronológico de ideas y sentimientos en el autor. No ha señalado las fechas, pero tampoco es necesario. Harto las descubren y manifiestan los poemas mismos.

Lírico por excelencia es el ingenio del Sr. Bustillo, y no se equivoca mucho al considerar sus inspiraciones como hijas de un *subjetivismo profundo*. Libros semejantes no admiten fácil análisis. Leerlos equivale á conversar íntimamente con el autor, y ver al descubierto toda su alma. Y el alma del poeta, tal como en el libro aparece, es por cierto simpática, noble en las aspiraciones y sentimientos, valiente para levantarse de las caídas de ánimo ó de fortuna.

Grandes y señaladas dotes literarias avaloran los versos del Sr. Bustillo. Pureza y tersura en las formas, sobriedad en el uso de ciertos primores, *decoro artístico*, hoy por mala suerte harto raro, pruebas son de que el autor de las *Cuatro Estaciones* considera y estima el arte no como ligero pasatiempo sino cual ocupacion constante y virtuoso ejercicio. Fiel á las buenas tradiciones de estilo y de lengua poética, vése claro que lima y caldea sus versos con empeño notable. Su labor no es arrebatada y sin reparos, al modo de la de tantos otros ingenios contemporáneos, á quienes la poesía no parece otra cosa que un medio de decir cosas agudas ó profundas, sea cual fuere la manera como se dicen. Tales producciones son incompletas y aun fugaces cuando sucede (y sucede á menudo) que las ideas á que responden no son de las eternas y *humanas* sino de las accidentales y pasajeras, que se mudan y trastruecan á la vuelta de cada sistema filosófico ó teoría social.

No cede el Sr. Bustillo á la manía de los poemas trascendentales y del *arte docente* que hoy lleva á muchos á poner en verso á Hartmann y á Schopenhauer y á Darwin y á Littré, á la manera que Fr. Andrés del Olmo puso en octavas reales los veinte libros *de haeresibus* de Fr. Alfonso de Castro, ó como D. Bernardino de Rebolledo versificó la genéalogía de los reyes de Dinamarca.

Muy rara vez, acaso en los *cantares* por otra parte muy lindos, pero cuyo *género* nos ha parecido siempre un tanto fugaz é inocente, ha pagado tributo nuestro agradable poeta á otra manía contemporánea, la de esas cancioncitas entre sentimentales y discretas, que ahora llaman, no sé por qué, *género aleman* (para que todo lo bueno venga de aquella tierra) pero que, exprimidas, apenas dan un adarme de sustancia. Y entiéndase bien que esto vá con el género y la escuela, no con los cantares del Sr. Bustillo, que en su mayor número me parecen bellísimos y sobre manera delicados.

Huyendo, pues, el autor de quien venimos hablando de las torcidas corrientes que hoy levantan el campo de las letras, ha cantado con sencillez y límpido acento lo que piensa y siente su alma, sin tender á nebulosidades ni aberraciones, sino inspirándose en sentimientos universales y que hallarán siempre eco en todo corazón é inteligencia sanos.

Algunas de las joyas que este libro encierra eran ya conocidas y apreciadas, sobre todo la triste leyenda de *la casa del Renegado*. La que el autor prefiere entre todas, quizá con justicia, es el lindo poemita (*pequeño poema* que diría Cam-poamor,) *Pájaros y Hombres*.

Nada citaré del libro, porque sería difícil abrirle en parte alguna, sin hallar algo que agrade y embelese.

Felicitemos al Sr. Bustillo por el nuevo laurel que añade á su corona, y que lo es á la vez, y en parte, de nuestra literatura regional, puesto que de las Astúrias es oriundo y á orillas del mar de Cantábría se ha inspirado el autor del *Romancero de África* y del *Libro de María*.

M. MENÉNDEZ Y PELAYO.

La muerte de Neron.—Cuadro trágico, traducido de don Víctor Balaguer, por Constantino Llombart. Valencia, M. Alfre, Quevedo, 17.

El traductor de este opúsculo ha procurado esmeradamente conservar en su obra el colorido enérgico y entonación robusta de su original.

Si no lo ha conseguido siempre ha dado muestra de hábil versificador y escritor inteligente, siéndole de agradecer su entusiasta propósito de verter al castellano una de las acreditadas obras del esclarecido poeta catalan, autor de *la muerte* de Neron.

Páginas sin nombre.—Colección de poesías, por D. Ricardo Oláran.—Imprenta de Solinis y Cimiano.—1877.

Hemos recibido el primer cuaderno de esta interesante publicación, de la cual nos ocuparemos detenidamente tan pronto como haya terminado.

Almanaque telegráfico para 1878, por D. Bonifacio Perez Rioja.—Hemos recibido este útil libro que contiene, además del santoral, curiosos datos sobre los telégrafos eléctricos establecidos en todo el mundo, cables submarinos y telégrafos eléctricos de España.

Está adornado con algunos grabados y contiene una colección de poesías y artículos humorísticos muy variados.

La Opinion, periódico de intereses morales y materiales, Gijón.—Sale á luz los jueves y domingos. Van publicados cuatro números.

Saludamos á nuestro nuevo colega, deseándole toda clase de prosperidades y larga vida.

APUNTES

SOBRE LAS RELACIONES Y CONCEPTOS DE LAS CIENCIAS FISICAS.

El conocimiento humano es en las ciencias el brazo que guía y conduce, en la marcha lenta de los siglos, al adelanto y progreso. Es síntesis de la idea, que compendia en sus múltiples esferas de actividad y manifestaciones externas el esfuerzo científico é intelectual de diversas procedencias.

Las ciencias en sus estudios y concepciones distintas del entendimiento, se extienden por el anchuroso horizonte de la naturaleza y se multiplican por doquier para venir á obtener las más de las veces un simple recuerdo del pasado.

Viven en sí las ideas de un hecho ó de un fenómeno y en su relacion se explican las formas de sus diversos orígenes. Estas relaciones establecen leyes y principios que sirven esencialmente al que pretende buscar con incansable afan la ley de la naturaleza.

Conspiran los elementos naturales á la realizacion de un fin por sistemas encontrados, por caminos distintos y avanzan sistemáticamente en su ordenada série de deducciones, sin hallar la solucion de su ideal. En medio de los errores con que luchan buscan en la razon su amparo y en ella analizan los hechos y los comparan para deducir, sino el fin á donde converjen las aspiraciones humanas, sí al menos, el derrotero que pueda conducir las al conocimiento gradual y armónico de esa final aspiracion.

Esa série de hipótesis que nacen á cada momento en el oleaje de las investigaciones científicas parece demostrar la impotencia de la razon, más de ella brotan felizmente y en medio de constante lucha, principios desconocidos que enjendran conclusiones, que son fundamentos de la ciencia.

El árbol de la vida humana en su desarrollo, en la expresion genuina de la voz naturaleza que comprende la union y armonía de todo lo creado, extiende sus preciosas ramas por distintos caminos y simplificando la série de los hechos, sintetiza despues conclusiones evidentes y leyes fijas que regularizan el conocimiento de los fenómenos objeto de su estudio.

Si las ciencias naturales son las encargadas de analizar el mundo que se presenta á nuestra vista, de explicar las maravillas que encierra, de armonizar lo físico con lo moral y explicar también las leyes que nos rijen, no todas lo verifican del mismo modo, no todas tienen trazada una misma línea, si bien todas puede decirse que parten de un mismo centro.

Analizar, pues, su objeto, estudiar sus diferencias, marcar el rumbo que pueden seguir en la investigación de los hechos científicos, será el objeto de este artículo.

I.

Los conocimientos físicos y químicos aparecen entre las ciencias como verdaderos focos que iluminan al hombre pensador en medio de la densa oscuridad que cubre su camino. Sus resplandecientes destellos son suficientes para dilatar la inteligencia del que piensa y la esfera de los descubrimientos y ayudar al filósofo en su gigantesca empresa, al querer penetrar en el secreto de la naturaleza!

El físico, auxiliado de otros conocimientos, halla la solución de muchos problemas que han permanecido en el olvido mientras no ha existido enlace entre las distintas ramas que forman la ciencia de la naturaleza. El campo de esta puede decirse que es infinito, viniendo la filosofía en muchos casos á dar apoyo al desarrollo y explicación de los hechos.

La materia se presenta á nuestro exámen diseminada y modificada de mil modos diversos y de aquí nace el fraccionamiento de la llamada Física en general en diferentes ramas, que tienen marcadas relaciones y enlace determinado que interesa conocer. Estas relaciones pueden ser internas, esto es, propias de la misma ciencia, y externas ó sean las que resultan de la comparación y enlace que tienen con las demás. Así es que marcar sus diferencias, es de sumo interés para conocer una ciencia y señalar los rasgos más característicos que la distinguen.

Las matemáticas aplicadas se enlazan íntimamente con las ciencias que nos ocupan, habiéndose llegado á constituir la llamada *Física-matemática*, conocimiento moderno que tiende á representar por fórmulas algebraicas todos los fenómenos conocidos, estableciendo leyes que vienen á comprobar aquellos hasta en sus resultados numéricos. Gran parte de los nuevos adelantos y del carácter racional y filosófico que van adquiriendo las ciencias físicas se debe, á no dudar, á este poderoso auxiliar que hoy acompaña al observador en la mayoría de sus investigaciones.

Corresponden estas últimas entre sus estudios la Astronomía, Geografía, Historia Natural, Física y Química. La primera tiende su vista á los cuerpos celestes, determina sus movimientos, sus respectivas situaciones, las formas de sus trayectorias y de la comparacion de estos hechos trata de investigar la ley de la gravitacion. La segunda analiza fenómenos análogos, pero referido al globo terrestre y se halla sometido su estudio á ciertas leyes observadas por medio de la Astronomía, de cuya ciencia es hermana inseparable y la que se subdivide en otras varias é importantes ramas.

La Historia Natural, que comprende varios tratados especiales, hace el exámen externo, podemos decirlo así, de los seres existentes en el globo, de su colocacion y posicion respectiva. Fijase más bien en los caractéres que determinan y especifican los elementos constitutivos de nuestro planeta, estudiando las relaciones de los cuerpos é investigando su forma y modo de existir. La Historia natural sigue lo mismo que la Física, buscando la unidad entre todos los fenómenos que analiza. Las teorías de clasificacion gravadas en el método natural, son el punto de partida de los que anhelan realizar esa unificacion para poder derivar de un hecho todos los demás.

No es del caso examinar ahora las diversas opiniones que hoy se sustentan por los naturalistas para resolver tan importante cuestion, pues por más que tenga su estudio grande relacion con el que constituye el objeto de la Física y Química, como ciencia natural, que tambien es, nos alejaría demasiado de nuestro propósito si hubiésemos de entrar á analizar el origen de las especies y sus transformaciones, como así mismo, otras distintas teorías, por medio de las que se pretende hallar esa ley única, que haya de establecer analogías y afinidades mútuas en los seres.

La Física y Química estudian los fenómenos que presentan los cuerpos, ya como lo verifica la primera sin variar su constitucion ó como la realiza la segunda alterándola y descomponiendo las sustancias y determinando ambas las leyes que presiden á estos fenómenos y aspirando á explicar las causas que los rigen y á buscar en medio de la variedad la más perfecta unidad.

Las ciencias físicas, hijas de la observacion, han ido caminando con lentitud. Diffícil, sino imposible, sería dar una reseña del orden cronológico que ha ido formando en la série de los hechos la historia, de la ciencia. Solo diremos que desde las más antiguas civilizaciones que nacieron en Oriente y que siguieron entre los Egipcios, Indios y Caldeos hasta nuestros días, se han ido haciendo esfuerzos superiores para consti-

tuir el majestuoso edificio que hoy se levanta vigoroso, merced á los inmensos sacrificios que hombres sábios y pensadores han realizado para enaltecer la ciencia que á ellos á su vez les dió gloria inmortal. Los mismos Babilonios y Griegos fueron dejando grabada en su camino la huella de su civilizacion y así es que en medio de la supersticion religiosa, establecian doctrinas, fundaban escuelas científicas y realizaban excursiones que tenian por exclusivo objeto la investigacion de fenómenos desconocidos.

Desde la renombrada escuela de Tháles de Mileto á cuyo nombre sucedieron otros tan ilustres como los de Pitágoras, Epicureo, Aristóteles, Tolomeo, Plinio y otros hasta los Kepler, Galileo, Newton y Descártes, que aparecieron en los siglos XVI y XVII como esplendentes astros en medio de la noche, se han realizado hechos notables, descubrimientos portentosos que han sido el asombro de generaciones presentes y que han servido de base á la Física y Química modernas.

La historia de la ciencia nos demuestra que hemos ido pasando de ese período de tranquila elaboracion y acumulacion de materiales á épocas actuales que podemos llamar de construccion. Los elementos dispersos debian encontrar ordenada posicion, debian ser explicados bajo leyes constantes, principios invariables y enlazados todos por estrechos vínculos; esos elementos debian existir unidos en la ley universal que como más ó menos evidente deba presidir á todo lo creado, al movimiento que rije á todos los séres, á la constitucion de los cuerpos, y esa obra de unidad, enlace y armonía, ha empezado vigorosamente á iniciarse en el último tercio del pasado siglo y lo que va del presente.

Nos limitaremos, por no hacernos demasiado difusos á indicar tan solo el aspecto que hoy ofrecen estos conocimientos bajo el punto de vista del ideal científico, ó sea, la aspiracion que siente el hombre al querer hallar la razon y fundamentos de la ciencia.

II.

La física aspira á la unidad. Admite que la causa de todo es la materia en movimiento.

La pesantez ó cuerpos y la imponderabilidad ó éther no son más que distintas manifestaciones de un mismo agente que á todas rije armónicamente y en las que no se vé más que el trasporte de la materia, ya en cuanto se refiere á los diferentes fluidos, ya en cuanto se refiere á la pesantez ó á las afi-

nidades químicas. Así es que este movimiento general, esta *dinámica* que todo lo comprende y absorbe marca el curso tanto del polvo impalpable que nos rodea, como el de los astros que forman la bóveda celeste, rige tanto á las vibraciones del éther como á las vibraciones atómicas, preside tanto al sér inorgánico, como al que vive y desarrolla sus fuerzas musculares.

La composición y descomposición química de los cuerpos, el choque y rozamiento de los mismos, los fenómenos caloríficos, luminosos y eléctricos, no son más que transformaciones mecánicas que la naturaleza nos presenta y en todas las que se vé materia en movimiento.

En virtud de las leyes dinámicas que regulan las ondulaciones de los medios elásticos que se presentan en los diversos estados de los cuerpos, han de determinarse el valor de aquellas. Y si todas estas acciones múltiples que se observan en todos los fenómenos naturales, se transforman sin perder nada de su valor, en un efecto único, necesario será, que la ciencia aspire á determinar su medida, como ya se ha hallado para el calor, despues de los variados experimentos de *Joule*, *Mayer* y otros que han constituido la teoría dinámica de este fluido.

Las transformaciones, pues, del calor, están muy en armonía con la teoría de las ondulaciones y en tal sentido la temperatura no es otra cosa que el movimiento vibratorio de las moléculas ó grupos elementales, siendo preciso por lo tanto emplear una cantidad de trabajo que esté representada por el calor suministrado ó el calórico específico.

Así es que despues de estos estudios y de las magníficas teorías de *Cauchy* que ponen fuera de duda el modo de ser de los fluidos, estableciendo la verdad de su naturaleza que supone ser puramente mecánica, no sería difícil que pudiéramos penetrar en día no lejano en el secreto de la constitución y modo de agruparse los átomos en la formación de los cuerpos, pudiendo referir quizás todos los fenómenos á una sola fuerza, *La vibración atómica*.

La Química también tiende por su parte paso á paso á ir estableciendo en su estudio esa misma unidad y así se vé que desde las primeras teorías que aparecieron en el horizonte de la ciencia y que se fundaron en hechos inexactos hasta nuestros días, se ha adelantado mucho en pro de esa unidad.

Así observamos que desde *Richter* y *Ampere* que establecieron la teoría electro-química, *Gay-Lussac*, el hecho de que la composición de las sustancias orgánicas imprima á estas su carácter químico *Berzelius*, *Liebig* y *Dumas*, la aplicación del dualismo á los radicales compuestos, determinando

en ellos cierta analogía con los de la química mineral y presentando á los alcaloides como amoniacos copulados hasta la teoría de la *Metalepsia* ó sustituciones, debida al ya citado *Gay-Lussac* que, frente á frente á las anteriores doctrinas parece querer condensar con el nombre de *Unitaria* todos los hechos; puede decirse que se ha dado un gran paso en el terreno filosófico imprimiendo nuevo carácter al estudio de la química.

Los trabajos de síntesis orgánica vienen á dar á conocer el desarrollo de fuerzas análogas á las de las sustancias minerales, y así es que despues de las diferentes teorías que se han ido sucediendo como son la Atómica, Unitaria, Dualística, Dinamicidad y otras aparece la de los Tipos, último esfuerzo de la inteligència, que trata de condensar en tres ó cuatro de aquellos la composición del gran número de compuestos tanto orgánicos como inorgánicos que nos presenta la naturaleza y los que se pretenden reducir por algunos á uno solo del que se deriven todos los demás, admitiéndose por otros que los diferentes estados sólidos, líquidos y gaseosos no son más que distintas formas con diferente grado de condensacion, opinion que tiene su apoyo en algunas leyes físicas.

Las cuestiones químicas íntimamente enlazadas con los fenómenos físicos, puede decirse que tienen su fundamento en estos, y así es que el conocimiento de estar agrupados los átomos, es la base, puede decirse exclusiva, para poder constituir una teoría fundada, que establezca verdaderas relaciones y hé ahí por qué, en nuestro concepto, tan solo podrán resolver tan importante problema aquellos que deriven sus estudios de un sólido conocimiento de la física. Dada, pues, su íntima relacion y la armonía que existe entre todos los hechos que la naturaleza presenta, nada de particular tendría que la química quedára reducida á ser un corolorio de las vibraciones, viniendo así á establecerse esa universal unidad, aspiracion constante de la ciencia.

De los hechos observados en este contínuo movimiento de la materia y permutacion de elementos que aparecen bajo formas múltiples y variadas se deduce que nada se crea que en la naturaleza nada se extingue; todo es cambio y transformacion. Lo que hoy se presenta formando un cuerpo, más tarde aparece descompuesto en nuevos elementos que vienen á dar vida á otros seres; la molécula de carbono que vivía adherida á un vegetal, la gota de sangre que deja de circular por nuestras venas, los fosfatos que forman nuestros huesos y el madero que se consume en medio de las llamas, son destrucciones aparentes de materia, son simples transformaciones como lo son las vibraciones del éter que produce los fe-

nómenos caloríficos, luminosos y eléctricos, como lo es el calor, que se cambia en movimiento y vice-versa.

¿Qué hay despues de los hechos expuestos? Una Dinámica universal que preside todos los fenómenos que se realizan en la naturaleza.

ANDRÉS DE MONTALVO.

MARINA.

VESPER.

Triste es la tarde: querellosas gimen
las olas desmayando en la ribera,
y entre su espuma agítanse las hojas
que arrastra el viento del Otoño secas.
¡Porqué llorosa y solitaria ¡oh alma,
desde la cima del peñon contemplas
cómo al vaiven inquieto de las aguas,
flotan, giran y rápidas se anegan?
A par con esas hojas en el valle
miró nacer tu amor la primavera,
y á su aliento glacial le mira Octubre,
hoja del corazon, morir con ellas.
Triste ¡oh alma! es la tarde; sollozando
tus idas horas de ventura cuentas,
viendo pasar las verdes ilusiones
entre las ondas de la vida muertas.

AMÓS DE ESCALANTE.

LA MÚSICA Y EL DRAMA LÍRICO.

Una de las definiciones más generalmente admitidas de la palabra *música* es la que nos da en su Método de Solfeo don Hilarion Eslava.

El eminente maestro dice que la música «es el arte de bien combinar los sonidos y el tiempo;» cuya definición llena, á mi entender, el vacío, que otros muchos autores han dejado, al querer expresar la idea, que entraña ese arte divino tan conmovedor y tan á propósito para poner en actividad las fibras sensibles del espíritu. A estas cualidades inherentes al arte de la música, y que otro ninguno posee en mayor grado, débense, sin duda, las diferentes y variadas definiciones, que en maestros y escritores antiguos y modernos he hallado, reducidas todas á manifestar que la combinación de los sonidos de un modo agradable es el objeto exclusivo del arte de la música; lo cual, como comprenderán mis ilustrados lectores, encierra cierta vaguedad y no llena cumplidamente los deseos del que trata de buscar en la brevedad de una definición el fin, que el arte definido se propone.

Pero como quiera que tampoco es mi objeto hoy hacer otra cosa que, á grandes rasgos, dar una idea general de la música, apuntando algunas noticias sobre la marcha progresiva del espectáculo conocido con los nombres de ópera, melodrama y drama lírico, contentaréme con tomar lo más admitido, para que sirva de punto de partida á estos ligerísimos apuntes.

«El arte de bien combinar los sonidos y el tiempo» es lo que llamamos *música*; y como desde el momento en que el Supremo Hacedor hizo que del caos brotara el Universo al leve impulso de su divino aliento fueron creados el tiempo y el sonido, es indudable que en aquel instante existieron los elementos constitutivos del arte. Por eso dice un escritor contemporáneo que la música es tan antigua como el mundo; porque desde su creación cantaron las aves, y desde el principio se produjeron los sonidos.

Es también esencialmente musical la voz humana, y de esta condición natural nace, sin duda alguna, la opinión de

Gilberto Genebrard cuando afirma que Adam, en el primer instante de su formación, cantó alabanzas al Señor, y que, más tarde, cuando por su culpa fué arrojado del Paraíso, la voz mitigó su acerba pena; lo cual nos induce á creer que nuestros primeros Padres cantaron sus pesares como antes habian cantado sus alegrías.

Como el Hacedor Supremo infundió al primer hombre la idea de todas las ciencias, era natural que la música figurase entre ellas, en corroboracion de lo cual no faltan escritores que aseguran que Seth, tercer hijo de Adam, hizo escribir la música en dos columnas una de barro y otra de metal. Partiendo de este supuesto se comprende lógicamente que la música de Seth, como ciencia infusa, tuvo que trasmitirse á los demás hombres, que por instinto la ejercitaron en la sucesion de los tiempos, dándola las variadas y múltiples formas de que era susceptible, hasta llegar á la creacion de *el arte*, tal cual hoy le conocemos, siendo de notar que, á la vez que el entendimiento del hombre se desarrollaba, iba apreciándose más el arte de la música, progresando de dia en dia hasta llegar á crearse ese *mundo musical*, en el que han vivido los hombres más ilustres; segun hallamos confirmado en la historia de todos los tiempos.

Grecia, la señora del mundo científico y artístico en la antigüedad, no podia ser indiferente á la música, y así es que vemos desde luego á Licurgo, el célebre legislador espartano, apreciarla hasta el punto de establecer en sus códigos la obligacion de que, desde la más tierna edad, aprendiesen los muchachos á tocar la flauta.

Todas las repúblicas griegas tenian escritas en verso sus leyes y las aprendian cantando. Cantando se hacian las revelaciones de los oráculos; cantando se danzaba, y cantando legó al mundo el gran Homero su famosa Iliada.

Los filósofos, Pericles y Sócrates, ya en una edad avanzada, aprendieron la música con el maestro Damon, que vivió cinco siglos antes de la era cristiana; y tal era el culto, que al *divino arte* se rendía, que el General Temístocles era tenido por un griego mal educado, «porque no sabia por donde se cogia y de qué modo se pulsaba la lira.» Esto nos lleva á reflexionar cómo juzgarian aquellos sábios atenienses á ciertos hombres de nuestro siglo—muy pocos afortunadamente—para quienes la música «es el ruido que menos les molesta.»

Pero sigamos la historia de la infancia del arte musical, y hallaremos que en los pueblos marcados en las cronologías profanas como los más antiguos, en la China y en el Egipto se cultivaba la música, como arte, antes del diluvio; y si nos

fijamos en la tercera época de la historia hasta la de Carlomagno, veremos que los pueblos más fomentadores del arte musical fueron los caldeos, los fenicios, los griegos, los egipcios, los hebreos, los escitas y los romanos, conociéndose ya en los tiempos más remotos instrumentos musicales como el *King*, el *Iuc-king*, el *Guang-teij* el *Hing-teij* y el *Hingab* en la China; el *Gingro*, el *Rabel*, la *Sambuca*, el *Tímpano* y la *Cítara* entre los caldeos; el *Keneacordo* y la *Magada* en Fenicia; el *Tetracordo* y el *Pentacordo* entre los escitas; la *Flauta*, el *Salterio* y el *Címbalo* en el Egipto; el *Harpa*, la *Cítara* y la *Bocina* entre los hebreos, y otros muchos que sería prolijo enumerar.

Desde aquellos tiempos, en que hubo pueblos que consideraban la música como sagrada, y tenían penas establecidas para los que se atrevieran á profanarla; desde que Moisés hizo cantar á todos los israelitas, despues de haber atravesado el mar Rojo, el Sublime coro *Cantemus Domino*: desde aquel día, en fin, en que las murallas de Jericó cayeron estrepitosamente al ronco son de las trompetas de los sacerdotes israelitas, hasta nuestros días la música ha tenido tantas y tan variadas formas y ha sufrido tantas trasformaciones que sería interminable mi trabajo, si hubiera de dar una sucinta idea de la historia del *divino arte*; historia interesante cuanto gloriosa.

Lo que no dejaré de hacer constar es que si la música instrumental ha sido apreciada en todos los tiempos, la producida por la voz humana fué siempre más estimada; pues tiene la facultad de herir más directamente y con mayor intensidad los sentimientos de nuestra alma; porque, como dice un escritor moderno; «la naturaleza, órgano complicado del Hacedor, tiene sus conciertos variados y revela en el alma del hombre los sentimientos, de que ella es susceptible.»

Pues bien; para que esos sentimientos, para que las impresiones terribles, expansivas ó afectuosas se pongan en movimiento, nada más á propósito que la música vocal; cuya supremacía sobre la instrumental está reconocida universalmente. Una prueba irrecusable de esta opinion la encontraremos en los cantos, con que los antiguos celebraban la divinidad de sus ídolos y la grandeza de sus héroes; en los cantos con que los primeros cristianos marchaban al circo á ser devorados por las fieras; en los esfuerzos y trabajos, que, para mayor lucimiento del *canto llano*, hicieron los Santos Ambrosio y Agustín, y en el siglo VI Gregorio el Magno; en ese amor, en fin, que en todos los tiempos se ha tenido á la música producida por la voz humana, de cuyo amor nació la ópera, magnífico espectáculo, en el cual, segun la expresion

de Melcior, se ven reunidas todas las bellas artes y todas las ciencias.

Hay quien asegura que en el año de 1430 se puso en escena el primer melodrama; pero es indudable que, ni la pieza á que se alude, que era una de las conocidas con el nombre de *misterios*, ni las que siguieron representándose durante los siglos XV y XVI hasta Emilio de Cavaliere, inventor del recitado, merecen el nombre de óperas, propiamente dichas, si bien eran un progreso en esta clase de espectáculos; progreso que siguieron Mey, Galilei y Caccini, siendo este último, el que 1594 puso en escena, en una casa particular, una pieza titulada *Dafne*, cuyo libro era del poeta Rinuccini, y puede considerarse como la primera ópera representada en el mundo musical, á pesar de los muchos y gravísimos defectos de que adolecía.

Pero se había dado el primer paso en el camino del progreso, y la Italia, ese hermoso país, cuyo privilegiado suelo ha producido tantos y tan célebres artistas, debía ser la cuna del nuevo espectáculo, que, desde su aparición, fué acogido con grandes muestras de entusiasmo.

Así sucedió: ya en el siglo XVII aparecieron la *Euridice* del maestro Caccini; *Ariadna*, de Cláudio Monteverde y la *Andrómeda* de Manelli; en cuya época (1637) empezaron á construirse en Italia muchos teatros, en los que se representaban las obras con grande aparato, como sucedió con las de Cicognini y Trousarelli.

Sigue la ópera perfeccionándose, y á las melodías monotonas y á las mescolanzas tragi-cómicas suceden los adelantos introducidos por los poetas y músicos en los primeros años del siglo XVIII, distinguiéndose principalmente los sucesores de Apostolo Zeno, los grandes armonistas Albinoni, Bononcini, Sandoni y Scarlati.

En esa época se empiezan á notar ostensiblemente los adelantos que debían servir de base á la perfeccion del dramalírico, y así vemos que en el año de 1725 Vinci se dedica á perfeccionar el *recitado*, consiguiéndolo satisfactoriamente y sirviendo de modelo á los maestros alemanes Graunt y Hasse; así como tambien algunos años despues (1740) Rinaldo de Capua introduce en la instrumentacion reformas que son un verdadero adelanto.

Porpora, á quien llamaron el patriarca de la armonia, á su vez se distinguió por la maravillosa facilidad de los cantos, y, por último, el caballero Gluk, discípulo de Martini, reformó el drama lírico, libertándole de las inverosimilitudes de que adolecía, estableciendo buena concordancia entre las palabras y la modulacion y legando al mundo musical un grato é im-

perecedero recuerdo en sus óperas *Alcestes*, *Armida*, *Orfeo* y las dos *Ifigenias*.

En Inglaterra, Francia y Alemania tuvo igualmente la ópera un éxito felicísimo, pero sucedía con frecuencia en estas naciones, en los primeros tiempos, que se cantaba en lengua italiana, pues Italia había sido la primera en presentar y dar forma al drama lírico y tenía el monopolio, si así puede llamarse, de enviar sus cantores á todos los países, en donde se deseaba conocer el nuevo espectáculo.

Pero dejando aparte las variadas fases, que la ópera presentó en sus primeros tiempos, busquémosle en su completo desarrollo, lo mismo en Italia que en Alemania y Francia, en la segunda mitad del siglo XVIII, época en que florecieron Mozart, Haydn y Gasmaun en Alemania, quienes dejaron obras modelos, verdaderos monumentos del arte, entre las cuales pueden citarse *Le Nozze di Figaro*, *Il Flauto mágico*, *Idomenoo*, *Don Givanni*, *Armida*, *Orlando* y otras muchas que admiramos hoy á pesar de las transformaciones sufridas en nuestras costumbres, en nuestros gustos y en nuestras aspiraciones.

Inglaterra tuvo también en la época citada al célebre maestro Haendel, que, aunque alemán de nacimiento, vivió en la Gran Bretaña, y por consiguiente se consideran como de aquel país todas las obras del compositor sajón como vulgarmente se le llamaba.

De Italia sería interminable la lista de autores que podría presentar; tanto fué lo que se desarrolló la afición á la música en aquel país, en donde los espíritus de Miguel Angel, Petrarca y Rafael, imprimieron una huella indeleble que guía el alma á regiones desconocidas y divinas. Pero como quiera que mi propósito no va más allá de un ligero bosquejo, me contentaré con hacer especial mención de Cimarosa, Gazzoniga y Zingarelli que en *El matrimonio secreto*, *La Pallacorda* y *Romeo y Julieta* nos dejaron un recuerdo impercedero de su génio artístico.

Concluye, pues, el siglo XVIII, y concluye, según vemos, de una manera brillante, toda vez que presenta modelos, para que puedan ser imitados por los verdaderos amantes de la música y los maestros venideros, desarrollando su génio caminen con segura planta guiados por las huellas de los que fueron sus dignos predecesores.

E. DE TOPALDA.

(Continuará.)

SONETO.

Bella imágen de un bien jamás gozado
que naces pura en el soñar primero,
huyendo siempre vas con pié ligero
del mortal que te sigue fascinado.

Te adora el venturoso enamorado
y el triste á quien rechaza el mundo entero;
tú forjas la ilusion del prisionero,
tú calmas el afan del desterrado.

Dó quiera que la muerte al fin le abate,
en la ruda tormenta, en la bonanza,
encima del cadalso, en el combate,
el débil moribundo á verte alcanza;
y cuando ya su corazon no late
en el cielo te cumples ¡oh esperanza!

TIMOTEA GARCIA DEL REAL.

GOMEZ ARIAS O LOS MOROS DE LAS ALPUJARRAS.

NOVELA HISTÓRICA ESPAÑOLA ESCRITA EN INGLÉS

POR

DON TELESFORO TRUEBA Y COSIO.

TRADUCIDA EXPRESAMENTE PARA ESTA REVISTA

POR

DON ADOLFO DE LA FUENTE.

AL SR. D. MARCELINO MENENDEZ Y PELAYO.

Tu elegante pluma y tu vasta erudición han hecho un libro de especial enseñanza, en un extenso terreno del campo literario, de la monografía crítica que has dedicado á las obras del ilustre escritor montañés D. Telesforo Trueba y Cosío.

Conozco que no me es dado por mis limitadas dotes literarias y por mi escaso conocimiento del idioma inglés, en que aquel escribió las más importantes de sus obras, secundar con fruto tu digno empeño de que sean generalmente conocidas en el país que le vió nacer.

Deseoso sin embargo de contribuir en lo posible á tan levantado propósito, he emprendido la traducción del «*Gomez Arias,*» que te dedico como débil muestra de mi cariñosa amistad.

ADOLFO DE LA FUENTE.

Santander 16 de Julio 1877.

AL MUY ILUSTRE LORD HOLLAND.

Señor:

Aprovecho con el mayor gusto la autorización, que me habeis concedido, de dedicaros esta obra, para daros así una pequeña muestra del profundo respeto que me inspira vuestra alta reputacion.

Mi condicion de español es un motivo más para que consagre este trabajo á quien tan constantemente ha demostrado el interés que le inspiran la prosperidad y la literatura de mi país.

Tengo, señor, la honra de ofreceros los sentimientos de mi más distinguida consideracion.

TELESFORO DE TRUEBA Y COSÍO.

Lóndres 1.º de Marzo de 1828.

PREFACIO.

Séame lícito tranquilizar al lector para que no se alarme con esta manoseada palabra, que generalmente anuncia que el que la escribe vá á hacerse pesado en la alabanza propia.

Mi principal propósito, por lo menos, es evitarlo. Ni es mi intento tampoco valerme de la prerogativa que en cierto modo proporciona á manera de engañosa máscara de falsa humildad, para lograr atraerse la benevolencia de los lectores con protestas de falta de mérito, de escasez de ingenio, de experiencia, y demás excusas de igual género con que un escritor novel abre generalmente su primera campaña.

El público no tiene por qué respetar ese sistema de disculpas, que lleva consigo la circunstancia agravante de no ser sincero; porque estoy seguro de que nadie, que tenga una re-

gular dosis de sentido comun, supondrá que un autor cree sinceramente en la verdad de la acusacion que tan humildemente se dirige. Si estuviera ciertamente persuadido de que era un libro de tan desventurada ejecucion, con mayor justicia podria acusarse de obrar como un padre desnaturalizado al exponer tan sin motivo el fruto de su inteligencia al desprecio y á la compasion del mundo.

Además, cuando un autor regala á sus lectores ese enfadoso catálogo de excusas, les dá justificada razon para que exclamen: —«¡Santo cielo! si este hombre no tiene ni talento ni instruccion, ¿para qué se ocupa en escribir?» Imposibilitado, por tanto, para hacer valer mi derecho á una indulgencia de esa clase, solo me resta decir algunas palabras respecto al origen y al objeto de esta novela.

Entusiasta admirador del génio sublime, de las deliciosas y brillantes creaciones del fundador de la novela histórica inglesa, Walter Scott, al leer sus encantadoras ficciones, me parecia muy extraño que no hubiese procurado aprovechar para obras de este género los inagotables y bellísimos materiales que se encuentran en España. Sin duda alguna que hubiese alcanzado general éxito, porque España ha sido la tierra clásica de las altas proezas y de las novelescas hazañas. La larga dominacion de los moros; el extremado contraste entre su religion, sus trajes y costumbres y los de sus enemigos los cristianos; los pequeños reinos en que se dividió España, de lo que fueron natural consecuencia disensiones, intrigas y combates, todo concurrió á producir una série de acontecimientos extraordinarios y característicos, que se adaptan perfectamente al drama y á la novela. Sin embargo, mientras que aquel gran génio y sus más afortunados imitadores han escudriñado sucesivamente las crónicas y tradiciones menos abundantes de Inglaterra, Escocia, Irlanda y Francia, parece que casi de propósito han huido de fijarse en aquellos brillantes y pródigos sucesos, llenos de la rica variedad de incidentes y caractéres, que constituyen un tesoro peculiar de España,

Al concebir, por esta razon, la idea de que yo tenia el mismo derecho que cualquiera otro á tratar mal un buen asunto, si no conseguia darle bastante atractivo, ví mi propósito alentado más tarde por la opinion de algunos de mis más ilustrados compatriotas. Me lancé, por tanto, en la empresa, cuyo resultado es la novela presente.

Por lo que hace al héroe de ella no puedo decir con seguridad si ha existido ó no. A pesar de mis indagaciones, no tengo otra autoridad en que fundar su existencia que la conocida comedia del célebre *Calderon de la Barca* titulada «La niña de

Gomez Arias.» Lo probable es que Calderon tomase la idea de su comedia, segun costumbre de general observancia en su tiempo, de alguna leyenda ó tradicion hoy desconocida. Sea de esto lo que quiera, basta al efecto que caractéres como el de Gomez Arias quepan desgraciadamente dentro del círculo de la humanidad. He procurado, sin embargo, disminuir la odiosidad del carácter al desenvolverle, presentando el de un libertino sin freno en un hombre agitado por una ambicion extraordinaria; porque las grandes pasiones, aunque no pueden disculpar el crimen, explican, no obstante, el olvido de los deberes que la moral y la ley imponen.

Al terminar estas consideraciones preliminares, llevado del deseo de no escribir un largo prefacio, no puedo prescindir de tocar un punto sobre el que me es lícito apelar á la indulgencia de mis lectores. Claro está que escribiéndose esta obra en inglés por un español, ha de ofrecer rasgos notorios de su extranjero origen. Para disculpar las inevitables faltas de estilo y de lenguaje, en que ha de abundar, yo ruego solamente al pueblo inglés que haga extensiva á los errores del autor la misma benevolencia y generosa simpatía, que ha demostrado siempre, en más importantes asuntos, en pro de sus desgraciados compatriotas.

CAPITULO PRIMERO.

Introduccion.

La antigua ciudad de Granada ha proporcionado siempre pródigo manantial de deleitosos goces á los que se han ocupado en la investigacion de su primitiva historia. Abundan en ella curiosos é interesantes objetos; y no es menos celebrada por el brillante lugar que llena en las páginas de la historia Española, que por el agradable conjunto que ofrece de caballerosas hazañas y novelescos lances. Situada en la

falda de las congeladas cimas de *Sierra Nevada*, y extendiéndose en las lozanas llanuras de la *Vega*, parece que la naturaleza la ha colocado, como una barrera divisoria, entre un invierno perpétuo y una primavera constante.

No, como en otros climas, se dividen bajo diversa acción las horas varias, al influjo una vez del sol ardiente, del crudo hielo á la impresión ingrata; ya de las densas nubes al aspecto, ya al sonreír de la serena calma: que un cielo trasparente, cuya esfera más que el limpio cristal es pura y diáfana, en todas las distintas estaciones rios de luz espléndida derrama; viste los campos de tupida yerba, las yerbas de mil flores matizadas, y el rayo fecundante acrece en estas de los cálices puros la fragancia, y viste rico con profusas hojas del árbol secular las altas ramas. De fastuoso palacio aquí las torres, que en columnas de mármoles descansan, con frisos de oro al par enriquecidas, esbeltas en los aires se destacan, en leguas y más leguas del contorno dominando las cumbres y las aguas.

WIFFEN'S TASSO.

Entre los diferentes monumentos arquitectónicos que adornan la ciudad, el palacio de la Alhambra es tal vez el más notable. Fué construido por uno de los reyes moros, después de la conquista del reino de Granada, y llegó á ser con el tiempo la residencia favorita de una larga línea de príncipes, que le embellecieron con los despojos de la conquista, y con todos los atractivos de que pudo dotarle su opulencia. Nada, se omitió, por cierto, de lo que la imaginación puede concebir, ó la industria humana ejecutar, para hacer aquella mansión digna de los reyes moros de Granada.

Largos siglos han trascurrido desde su fundación, se han visto destruidos poderosos reinos, han desaparecido generaciones tras generaciones, y sin embargo la Alhambra subsiste aún como ostentosa muestra del poder musulmán.

Es monumento perenne de su gloria, al través de los trastornos que sucesivamente han tenido lugar, y todavía proclama honrosamente su desgracia.

La ciudad domina una gran extension del país cercano, y la mirada vaga con deleite por las pintorescas y variadas perspectivas que ofrece por todas partes. Tan lejos como puede alcanzar la vista se extiende una fértil llanura, rebosando vida, en la que se presenta la naturaleza engalanada con sus más seductores atavíos; se ven aquí y allí numerosos rebaños pastando la abundosa yerba ó jugueteando sobre su blanda alfombra á la vez que se descubren en alto relieve entre el follaje verde oscuro que los rodea los distantes y tranquilos pueblecillos esparcidos por toda la comarca. Por todas partes los naranjos en flor y el trepador jazmin, cultivados con el mayor esmero, saturan el ambiente con sus gratos aromas, y brillantes chorros de agua cristalina, brotando de las fuentes de alabastro, aumentan la belleza del conjunto y refrescan la atmósfera, contribuyendo así á disipar la languidez que en los ardientes climas se apodera dulcemente de los sentidos.

Despues de haberse fijado con delicia en aquella comarca llena de vida, de tranquilidad y de ventura, despierta nuevas sensaciones en el espectador el imponente aspecto de *Sierra Nevada*. El invariable color, la completa desolacion que en aquellas gigantescas montañas se vé, ofrecen sorprendente contraste con los brillantes y agradables matices del país que las rodea. Parece que las nubes tienen su asiento en aquellas elevadas cimas en cuya region inhospitalaria ningun sér animado puede permanecer. Estériles, tristes y silenciosas se levantan en medio de aquella naturaleza exuberante y alegre, porque las diferencias de clima y de estacion son completas en todo.

Granada fué la última fortaleza que perdieron los moros en España. Habian desafiado durante siete siglos el poder de los reyes cristianos, que con incesantes esfuerzos habian ido progresivamente, aunque con lentitud, reconquistando el territorio que con tanta rapidez se vieron arrebatarse sus antepasados. Necesario fué el trascurso de tan largo tiempo y una série de triunfos, obtenidos por la decision de muchos distinguidos guerreros, para recobrar los dominios perdidos por la fragilidad de un rey y la traicion de un prelado.

Fernando é Isabel, que unieron por fortuna con su matrimonio las coronas de Aragon y Castilla, afianzaron el poder de los cristianos y dieron nuevo impulso á sus empresas. Despues de algunos triunfos de menor trascendencia resolvieron poner sitio á Granada, y por suerte en ocasion en que la ciudad era presa de disensiones intestinas, causadas por la rivalidad de las familias de los Zegríes y Abencerrages. Los moros, debilitados cada dia por sus luchas civiles, no

ofrecieron la debida resistencia al enemigo, que les estrechó, á favor de esa circunstancia, con creciente empeño. Despues de un sitio de ocho meses de duracion en que muchos guerreros se distinguieron honrosamente, Granada, que habia sido selecientos años la residencia de los reyes moros, cayó vencida y el lábaro de la cruz ondeó triunfante sobre las torres de la Alhambra.

Los moros parecian satisfechos de sus nuevos señores, y aun del cambio parcial que en el régimen del pueblo como natural consecuencia se originó; tanto que el rey Fernando se volvió á Sevilla dejando al parecer en tranquilidad á la ciudad conquistada. Esta calma fué sin embargo de duracion corta. Se observaron en la conducta de los vencidos moros marcados síntomas de desafeccion, y los murmullos del descontento, que en algunos barrios se dejaron oir, pronto terminaron en abierta revuelta.

El arzobispo de Toledo, llevado de un celo exagerado por la conversion de los infieles, habia adoptado medidas que más bien contribuian á aumentar su natural aversion á la religion cristiana, que, apartarlos de la creencia en que habian nacido, cuyos preceptos estaban en completa armonía con sus costumbres é inclinaciones. Al ver el prelado contrariados sus designios por los habitantes del Albaycin, mandó uno de sus alguaciles con el encargo de prender á los que considerase incitadores de la desobediencia. Este mal aconsejado é imprudente paso exasperó de tal manera á los descontentos, que, tan pronto como aquel desgraciado dió principio al cumplimiento de las órdenes recibidas, fué víctima del furor de los moros. Empezaron con imprecaciones, siguieron á estas las amenazas, y al fin una enorme piedra, lanzada desde una ventana, tendió en tierra sin vida al desgraciado alguacil.

Este asesinato fué la señal de una abierta rebelion.

Los moros conocieron que tan violento acto no habia de quedar sin un castigo riguroso, y por tanto se prepararon para una vigorosa resistencia. Algunos de los más atrevidos se lanzaron de calle en calle, llamando á sus compatriotas á las armas, y gritando que los artículos del convenio, bajo cuya garantía se sometieran, habian sido violadas, puesto que no podian libremente entregarse á la práctica de sus preceptos religiosos.

Tan desagradable suceso puso en la mayor ansiedad al conde de Tendilla, encargado por la reina del gobierno de la ciudad. Tomó prontas medidas para dominar la creciente furia de los descontentos; pero deseoso de ensayar los medios de la persuasion antes de recurrir á los de la fuerza, puso de

manifiesto á los rebeldes lo criminal de la empresa en que se habian comprometido, y la poca probabilidad del éxito en su segunda lucha contra los cristianos.

Todos sus esfuerzos para restablecer el órden fueron por algun tiempo ineficaces. Pero la promesa de una amnistía, la seguridad de que se atenderian sus quejas, la bien conocida integridad del conde, que llevó su lealtad hasta entregar su mujer y su hijo en prenda del cumplimiento del tratado, indujeron á la mayor parte de los rebeldes á deponer las armas y aceptar el perdon que se les ofrecia.

Los cuarenta jefes, sin embargo, que habian sido elegidos entre los insurgentes, tacharon esta conducta de pusilámine y se desdeñaron de seguirla. Deslumbrados por los sueños de la ambicion, excitados por la esperanza de asegurar su independencia y persuadidos de que los fragosos senos de las montañas les proporcionarian fáciles medios de sostener la guerra con mayor seguridad y resultado, huyeron de Granada durante la noche, y lograron llevar sus sentimientos al ánimo de los moros que habitaban el país cercano. Los pueblos de Guejar, Lanjaron y Andarax se levantaron inmediatamente en armas; todos los montañeses de las Alpujarras siguieron su ejemplo y los cristianos se vieron amenazados de la pérdida de las conquistas que tan noblemente les habian adquirido su valor y su perseverancia.

En este interesante período es cuando da principio esta novela; y algunos de los acontecimientos que siguieron á la rebelion forman la parte histórica de su argumento.

(Continuará.)

LA VIDA.

I.

Se parte alegremente
soñando con promesas venturosas:
el cielo está riente
lleno el camino de encendidas rosas.

II.

Al regresar se vuelve paso á paso,
hiel es el alma, los altares ruinas:
el sol ha descendido en el ocaso
y en el camino hay lágrimas y espinas.

ALBINO A. MADRAZO.

TRADICIONES Y CREENCIAS ASTURIANAS.

¡Qué quimeras no se conservan en los pueblos, á la sombra del vano pero ostentoso título de la tradición!

FELJOC; TEATRO CRÍTICO.—TOMO V.

Venid los que no conoceis á Astúrias, los que ignorais la poesía del pintoresco país, llamado con razon Suiza española.

Los que gozais leyendo cuentos del voluptuoso Oriente, historias de la caballeresca Francia, consejas de la pintoresca Escocia, baladas de la sentimental Alemania, venid en busca de iguales placeres á los valles poéticos, á las siempre verdes montañas de Astúrias.

Recorred conmigo el país de extremo á extremo, desde la costa que azota el mar cantábrico, hasta la cordillera pirenaica, desde los límites de Santander hasta los confines de Galicia, y encontrareis dulce encanto en las creencias de un pueblo, siempre grande en la historia.

La fantasía de Astúrias dá existencia á poéticos mitos, y variedad de fantásticos seres que crea la imaginacion de este pueblo, pues aquí hallareis las hechiceras de Francia habitadoras de ruinosos castillos, cuyas grietas murallas cubiertas de musgo, convidan al viajero á un recuerdo de su ayer; las atolondradas y ligeras *Fraires* de Escocia, que bailan á la luz de la luna reflejada en tranquilos lagos y que separan al viajero de su camino para alejarle del *clan* querido donde resuenan los bélicos *pibrocs* (1); la profetisa *Banshil* de la católica Irlanda, que prelice el fin de la vida y el principio de la muerte, la voluptuosa *Piri* del Oriente protectora del placer y los amores, y las seductoras Ondinas, génius de la estética Alemania.

«Es en esta parte, Astúrias, dice un escritor asturiano, un país privilegiado en que á cada paso brotan del fondo de sus

(1) Clan, tribu; *pibrocs*, cantos de guerra.

grutas, de las aguas de sus rios, de la espuma de sus torrentes, de las ruinas de sus castillos y del interior de los bosques, fantásticos mitos, génius misteriosos, que el pueblo teme, venera ó respeta y que como fuentes de la más pura poesía, con el origen de tiernas y maravillosas leyendas, de dulces y melancólicas baladas y de fantásticas y extraordinarias consejas.»

¿Quién al oír los cuentos de bellísimas *xanas*, de viejas *lavanderas*, de ligeros *nuberos*, de benéficos *ventolines*, de la tímida *hueste*, de marítimos *espumeros*, del maligno *trasgo*, del castigado *moro*, de hermosos *atatayas*, y otras varias y sencillas creencias del pueblo asturiano, no siente seducida el alma por una sin igual poesía y por los bellos recuerdos que encierran en sí estos nombres?

I.

Son las *xanas* ninfas hermosas que habitan palacios de cristal en las solitarias y cristalinas fuentes, protegidas por árboles que, meciéndose graciosos, les prestan su benéfica sombra. Como la nieve blancas, como el oro rubias, y de ojos azules como el azul esmalte de los cielos, son unas mujercitas de un codo de altura, de extraordinaria gracia y ligeras como el céfiro leve que mece las hojas de los álamos. En apacibles y tranquilas noches salen á lavar sus ropas de incomparable blancura; pero esquivas y misteriosas, apenas la rosada aurora cubre los montes y los valles, corren presurosas á esconderse, antes que las sorprenda la curiosa mirada del viajero ó de la zagala.

Génius benéficos, las *xanas* protejen los amores de la hermosa y constante niña que va á llenar la *ferrada* á la murmurante fuente, donde tienen su vivienda. Ellas la ofrecen aquel sitio solitario para las citas con su amado, aumentan la donosura de la niña con mil atractivos y hacen que el corazón del enamorado galan lata solo para la bella protegida de las *xanas*, que, al efecto, le dan misteriosas madejas, cuyos hilos devanados en cierta direccion no tienen fin y sirven á la niña como cadenas de amor para conservar aprisionado á su amante.

Guay! empero, del que ose turbar la transparencia de las linfas de su fuente! que las iras de las hermosas *xanas* sustituirán con una pronta y terrible venganza su benevolencia habitual.

Estas son las *xanas* así descritas por un jóven y malogrado poeta. (1)

Hay en las fuentes claras y puras
Y en los arroyos murmuradores
Que corren ledos por las alturas
Sobre una alfombra de gayas flores,
Niñas esbeltas y peregrinas
Mágicas, leves cual sombras vanas,
Moran las grutas más cristalinas,
Más misteriosas, se llaman *xanas*.

Dicese tambien de las *xanas* que guardan tesoros cuantiosos de oro y ricas joyas y á esto se alude en «Los enamorados de la Aldea.»

Tuviérate en la fuente
Por la misteriosa xana,
Para guardar los tesoros
D'algo moru allí encantado.»

Una tradicion, una creencia parecida á esta la tenemos en el Norte de Francia y lo mismo en las montañas de Escocia segun lo ha manifestado en algunas de sus novelas el eminente Walter Scott.

II.

En los añosos troncos de los árboles, en lo mas espeso de los bosques, habitan las *lavanderas*, viejas de rostro enjuto y macilento, de nevada cabellera, de ojos lucidos y penetrantes, de voz lúgubre y apagada, y vestidas casi siempre de sayos amarillos. Temidas en extremo por los sencillos campesinos, que ven en ellas el origen de muchas desgracias, son de

(1) Aprovechamos esta ocasion para dedicar un recuerdo á nuestro antiguo amigo el ya conocido poeta ANTONIO ARANGO.

Cuanto se honraron con su amistad y leyeron sus producciones, pudieron conocer sus brillantes dotes para las bellas letras, y sus bellisimas poesias, publicadas en los periódicos de Oviedo *El Centinela de Asturias*, *El Nalon* (2.^a Epoca), *La Tradicion* y *El Invierno*, patentizan bien que estaba por las musas destinado á ocupar un distinguido lugar al lado del inspirado autor de las doloras, á cuyo genero sentimental pertenecian las dulces notas del melancólico laud de Arango, arrebatado á la vida cuando ante sí tenia un porvenir de flores.

carácter feroz y sanguinario. Provistas de aplanadas palas con las que azotan y laban sus paños, recorren á media noche los bosques y collados, siempre por estraviados y solitarios caminos; y cuando los arroyos crecen y se desbordan, merced á las lluvias y nieves del invierno, ellas, mecidas tranquila ó impetuosamente en su hondas, viajan á merced de las corrientes.

Cara paga su curiosidad el desdichado mortal, que intencionada y temerariamente se interpone ante su paso para conocer los misterios de su existencia, pues no tienen por estraño las gentes del campo que purgue con horrorosa muerte lo que tienen por crimen.

Por eso hasta la fecha ningun mortal se propasó á levantar el velo que las guarda á la vista de los profanos. Perdona al que por casualidad las vé, y su corazon empedernido suele conmovverse por la desgracia, apagando con sus palas voraces incendios y salvando de las asoladoras llamas á los ancianos y á los niños, pero se mantienen siempre invisibles y hurañas para no recibir de manos humanas el galardón de su conducta compasiva.

Su poder es inferior al de las bellas *xanas*, que inexorables castigan sus malas acciones. Oid, sinó.

En las risueñas orillas del Sella hay una profunda gruta por donde un cristalino arroyo rinde su tributo al rio.

En ella habitan las *xanas*.

Avaras de sus madejas, entraron á media noche en aquella gruta cuatro escualidas *lavanderas* con intencion de arrebatarselas.

Pero las *xanas* dotadas de un poder mas fuerte por el genio del caos las convirtieron en piedras.

Hoy todavia se muestran en la gruta cuatro grandes moles de piedra que dicen ser las cuatro *lavanderas*, cuya avaricia castigaron las *xanas*.

Las *atalayas* son hermosas ninfas campestres, blancas como el armiño, de trenzas rubias como los rayos del sol ó negras como el ala del cuervo, de ojos tambien azules ó negros, de talle flexible como el álamo que crece á las orillas de los arroyos ó en los linderos de los jardines, donde tienen su morada que, como la de las *xanas*, es de límpido cristal. La puerta de estos palacios permanece velada por enramadas tupidas, por el tronco de los árboles y por ruinas de castillos desmantelados, precauciones suficientes para ocultar sus tesoros de fabuloso valor. Vestidas con encantadora sencillez ciñen su flexible talle con un ceñidor de rosas, solo comparables á las de sus megillas.

¿No visteis en la velada de San Juan brotar en la oscuridad

una oscilante y azulada llama, y brillar como brilla el lucero entre las nieblas trasparentes de la noche? Es la entrada del palacio de las *atalayas*.

Quien tuviere suficiente valor para acercarse al fuego y arrojar en su centro una rama de aromático sáuce será feliz, no lo dudeis, por los años que dure su existencia.

Porque ellas introducen al afortunado en su vivienda después de vendarle los ojos con un finísimo paño.

Ellas le muestran las maravillas de sus encantados palacios que un arte fantástico adornó como los genios orientales adornan los alcazares de sus señores.

Una, entre todas, amará á aquél su predilecto y desde aquellos recintos perfumados con aromas desprendidos de dorados pebeteros, y cuya poesía deja atrás á la de las decantadas viviendas de las mil y una noches, será la protectora de sus amores en la tierra, colmándole de cuantiosas riquezas; le llevará por ignorados pasadizos otra vez con los ojos vendados, al dintel de aquel encantado paraiso, pero con tal misterio que ignorará por siempre el paraje de vivienda tan deliciosa. Será amado por una mujer hermosa y en sus brazos verá pasar unos tras otros los años, como se suceden los viajes estacionales de la feliz golondrina.

Las bellas *atalayas* devolverán la perdida calma de su corazón, y su muerte será tranquila como el tránsito del día á la noche mecido en las auras del crepúsculo vespertino.

F. CANELLA SECADES.

(Continuará.)

BOCETOS.

I.

EL FILÁNTRORO.

"Muchas veces parece caridad lo que es amor propio."
"El que tiene un gran fondo de caridad es verdaderamente grande."
(IMITACION DE JESUCRISTO.)

Dicen algunos que la filantropía es la moneda falsa de la caridad. No estoy muy lejos de pensar que los que tal creen tienen razon, porque la experiencia demuestra en muchos casos que hay hombres de mucha filantropía que no tienen caridad.

Esta virtud consiste en amar al prógimo como á nosotros mismos, haciendo ó dejando de hacer por los demás lo que quisiéramos se hiciese ó dejase de hacerse por nosotros.

Filantropía es el amor á la humanidad; pero quisiera poder probar que semejante definicion, en la mayor parte de los casos, no es exacta.

La persona caritativa hace bien sin mirar á quién, se le hace hasta al que pudiera tener motivos para llamar enemigo, y lo ejecuta sin ostentacion, procurando que nadie se aperciba de ello, ó lo que es lo mismo, observando la máxima de Jesucristo de que no debe saber la mano izquierda lo que se da con la derecha.

Pero el filántropo hace bien casi siempre con su cuenta y razon; las cantidades que da, los servicios que presta, son partidas que podrian aplicarse á algunas de las cuentas que tiene el comerciante abiertas en sus libros, á la de *gastos reproductivos*, por ejemplo: adeudando la cantidad desembolsada, que ha de tornar, si no en efectivo, en otra forma

cualquiera que satisfaga el amor propio, la vanidad del que la diera: un favor, una lisonja, una adulacion son partidas que no pueden abonarse de una manera material en el *Haber* de aquella cuenta, más valen y, por lo tanto, son abonables moralmente.

Hay muchas cosas que se compran y venden y sin embargo no pueden pesarse, tasarse, medirse, verse ni palpase, pero que se pueden apreciar por el que las recibe ó se hace de algun modo acreedor á ellas. Así es que el filántropo, en su conciencia, con los ojos del orgullo y de la vanidad, si es que los tiene, puede calcular exactamente lo que valen la adulacion, la galantería, el *bombo* que ha de recibir en pago de la cantidad de que se desprende. ¡No decimos muchas veces qué generoso, qué caballero, qué desprendido es don Fulano..! Pues esto constituye muchas veces la partida que faltaria en el *Haber* despues de cargado en el *Debe* lo que dió el filántropo.

El dinero vale para comprar fama, lo mismo que para comprar cacao, harina, azúcar, habichuelas ó muebles, joyas, alhajas y juguetes.

Si el filántropo es el único que puede apreciar lo que vale el favor recibido en pago de la cantidad que dió, no sucede lo mismo con el caritativo, que no podrá apreciar casi nunca cuánto vale el favor que hizo al desprenderse de algun dinero. Sabe lo que para él valia, pero los disgustos que evitó, las lágrimas que enjugó, los bochornos, el sonrojo, la vergüenza de que se libraron los socorridos con aquel dinero ¿se sabe lo que valian? Esto sólo lo sabe el que recibió el dinero.

El que posee en alto grado la caridad (*rarissima avis*) se desprende generosamente de una parte de su caudal para socorrer al pobre ó al necesitado. Si vé caerse una persona al agua, se arroja tras ella y, corriendo el peligro de perder la vida propia, hace esfuerzos sobrehumanos para salvar la de un prójimo cualquiera. Si es pobre el socorrido, si es humilde, insignificante su persona, segun el comun pensar de las gentes, el que le salvó protesta una y mil veces de que su accion no tuvo valor alguno, y fué tan sencilla como natural por la razon de que si él se hubiese hallado en igual peligro, hubiera deseado que lo que él hizo lo hiciera otro por él. Se esfuerza para probar que no corrió ningun riesgo su persona y, si tuvo algun perjuicio material, lo oculta. Pero si la persona á quien salvó era rica, de grande influencia ó importancia social y el socorrido le hubiera dicho palabras de gratitud y reconocimiento manifestando deseos de recompensarle, saldria á su encuentro contestando:

—¡Ah! eso no; lo que hecho yo por V. lo hubiese V. hecho

seguramente por mí ó por cualquier otro; no tiene importancia alguna ni merece recompensa de ninguna clase. Todos estamos obligados á hacer eso y mucho más por nuestros semejantes. Y sobre todo, si hubiese algun mérito, Dios me lo recompensará, que por El lo he hecho.

Tal sería su lenguaje, y ese lenguaje es debido á la razon de su conciencia que le dice á todas horas: *haz bien sin mirar á quién*. Sirve hasta á tus mayores enemigos.

El filántropo no se expone, por regla general, á peligros inminentes, demasiado sérios; vésele, cuando más, en los simulacros de peligro. No hace más que aquello de que espera salir bien. Y cuando lo ejecuta, no omite medio alguno de cuantos puedan servir para ser elogiado por su conducta. No es, sin embargo, muy comun esto, porque el filántropo huye, ya lo he dicho, de toda clase de peligros, aun de los más pequeños; los de sus ideas son siempre cómodos y no tienen afición á baños, que no son del tiempo y no les proporcionan placer, comodidad ó salud.

El caritativo emplea casi siempre bien su dinero. Dá de comer al hambriento; viste al desnudo; visita y auxilia al enfermo. A donde sabe que hay infortunios ó necesidades de alguna clase, corre presuroso á remediarlos y deja en casa del necesitado todo aquello de que puede desprenderse. Las casas más miserables, las guardillas más altas, las bodegas más hediondas, las habitaciones menos aseadas, la cárcel, el hospital, el presidio, donde quiera, en fin, que la pobreza y la miseria se alberguen; asienta ordinariamente sus reales. Ejerce tambien su mision magnífica entre los horrores de la epidemia y de la guerra.

El filántropo no asiste á esos sitios ni se para en semejantes pequeñeces. Y si no lo hace veremos tambien que no se atreve á cosas más sencillas, lo que nos obliga á sospechar que no es el deseo de hacer bien el que le anima cuando es generoso y desprendido.

Supongamos que se trata de una suscripcion abierta para aliviar la suerte de la viuda é infelices criaturas de un carretero que murió aplastado por su propio carro al atravesar una de las calles de la ciudad, ó de proporcionar medios de subsistencia á las familias de unos desgraciados marineros que perecieron por su arrojo ó por la necesidad de ganar su sustento exponiéndose á los peligros de la mar. Los encargados de favorecer la suscripcion se acercan al filántropo y este se muestra tan atento con aquellos, que salen de su casa complacidísimos y muy animados al ver que les ha dado él solo más de lo que habian calculado que podrian reunir con el óbolo de todas las personas á quienes habian pensado

acercarse. Esto es bueno, magnífico. Sea por lo que se quiera, es lo cierto que el filántropo hace un gran beneficio á familias realmente desgraciadas, pero ¡ay! no por esto creamos que tienen un corazón grande, porque ese mismo hombre, que se desprende de una fuerte cantidad á la primera indicacion que se le hace, y que se muestra tan generoso y desprendido, debe de tener alguna mira interesada para obrar así; no es siempre lo mismo, y vamos á verle muy pronto cerrar la caja con candados. Vamos á verle hacerse sordo á los clamores de un desgraciado; vamos á verle cerrar los ojos para no presenciar la miseria de un infeliz padre de familia, honrado, laborioso, digno, bien educado, que va á pedirle prestada una suma mezquina, insignificante, despreciable, con la cual evitaria acaso la ruina de su familia, ó la deshonor, segun la comun creencia de las gentes. El que dá *mil duros* para cualquiera empresa filantrópica, cuando los interesados hubieran dádose por contentos con *mil reales*, no es capaz de dar esta suma al que se la pide con lágrimas en los ojos, con el color de la vergüenza en el rostro, con un dolor inexplicable en el corazón, y en el alma con el deseo más vehemente de volverlos.

Pero ya se vé; si dá ó no dá á este desgraciado lo que pide ¿quién lo sabe? Al menos lo que se dá á los comisionados para una comision, y sobre todo, si les dá mucho más de lo que se hubieran atrevido á indicarle, ha de saberlo todo el mundo, y el filántropo que, por regla general, no dá por hacer bien, sino porque se sepa que dá, se encuentra gozoso y satisfecho cuando considera que su nombre suena y que, escrito en letras de molde, corre de una mano á otra, vuela, si nos podemos expresar así, haciendo de este modo méritos para pasar por un hombre que tiene buen corazón.

¡Ah! si pudiera verse el corazón de muchos de esos hombres, se veria que le tienen podrido.

Londres es una de las poblaciones en que abundan más los ricos, pero no los ricos así como se quiera, sino aquellos que cuentan con rentas fabulosas que nos asombran cuando vemos escrito algo sobre ellas. Inglaterra es el país más filantrópico del mundo, y sin embargo, Inglaterra, y Londres muy particularmente, son los pueblos en que hay más pobres, y estos, los pobres más pobres, más miserables, más abyectos de todo el mundo.

En un informe dado al gobierno británico hace algunos años por Mr. Eugenio Rendu, en el que se consideraba la poblacion inglesa bajo el triple aspecto de la miseria, el vicio y el crimen, dice hablando de la primera:

«En medio de uno de los callejones nauseabundos desde

donde se oye el rápido rodar de los carruajes y el pisotear de los caballos, bajé por ocho ó diez escalones á unos aposentos subterráneos en donde por mis propios ojos me certifiqué de lo que sigue: treinta ó cuarenta criaturas, hombres, mujeres, niños, adultos, mozas, yacen acostados confusamente en un espacio de cerca de diez piés cuadrados: los harapos que los cubren de día, son echados de noche sobre cuerdas tendidos encima del lecho de paja ó de madera que sirve á aquella especie de rebaño; por manera que los cuerpos cubiertos solamente de inútiles andrajos, aparecen casi desnudos como un peloton de carne humana.»

Donde hay tantísima riqueza y un desprendimiento sin igual: ¿cabe que pueda haber tanta pobreza? ¿no podría conseguirse que disminuyese mucho ésta haciendo eficaces los beneficios de la caridad? Y si consistiese la pobreza, en muchos casos, en la naturaleza viciada de los pobres ¿no podría conseguirse mejorarla? Si se viese sufrir tanto ó vivir tan mal á algun caballo, si lo hiciese cualquier otro animal de la manera que viven en Lóndres muchos pobres, se habrían formado mil sociedades filantrópicas para mejorar su condición y no se pararía hasta conseguir que viviesen los animales con más anchura y comodidades que viven muchos hombres.

La filantropía, esto es seguro, es, en la mayor parte de los casos, la moneda falsa de la caridad, y por lo tanto no es una virtud; pero tiene, sin embargo, la circunstancia favorable de que por medio de ella se hace bien bastantes veces y esto, prescindiendo del origen bastardo de ella, es muy loable.

La caridad es el bien por el solo placer de hacerle; es el alimento de las almas grandes y de los corazones sencillos y sensibles. Por esto está colocada en el primer lugar entre todas las virtudes y consigna la religion que «sin caridad, ninguno se salvará.»

JOSÉ A. DEL RIO.

REMINISCENCIAS.

Esto de comparar tiempos con tiempos, no es siempre una manía propia de la vejez, como la fama asegura y muchos ejemplos lo comprueban.

Manía es en los que se ván creerse de mejor madera que los que vienen, porque la raza humana, desde Caín acá, ha variado muy poco en *el fondo*; pero ¿quién podrá negar que en el siglo que corre, como en ningún otro, los usos y las costumbres y el aspecto *exterior* de los hombres, ofrecen notabilísimas diferencias de generación en generación, de año en año, de día en día?

Tales y parecidas cavilaciones me asaltan la mente cada vez que, obligado á ello por una irresistible exigencia de carácter, me detengo á contemplar con infantil curiosidad esos enjambres de niños que á las horas de paseo invaden las alamedas, y corren, y saltan, y gritan, y dan vida, gracia y armonías, como los pájaros al bosque, con sus regocijos y colores, á aquel monotonó bamboleo de señores graves y de jovenzuelas presumidas que recorren arriba y abajo el recto y empolvado arrecife como tropa disciplinada en revista de comisario.

¡Qué asombrosa variedad de formas, de matices, de adornos, de calidades, la de aquellos arreos infantiles! No se vén dos vestidos iguales, ni rapaz que no varíe el suyo tres veces á la semana; y cada traje es lo que aparenta; es decir, que no es pana lo que parece terciopelo, ni talco lo que por oro toma la vista.

Lo mismo que los trajes son los juguetes. El sable es de hierro bruñido, la empuñadura dorada, sus tirantes de charol; y al ser arrastrado con marcial donaire por el microscópico guerrero vestido rigurosamente de husar ó de dragon, suena como los sables *de véras*; la pistola es de hierro, y tiene articulaciones, y ya con un corcho, haciendo el vacío, ó ya con un fulminante colocado en su chimenea, produce tiros verdaderos; con el fusil sucede lo propio, y además tiene ba-

yoneta que encaja en la extremidad del brillante cañon con todas las reglas militares; las *canicas* son primores de vidrio colorado; los coches remedan en forma y calidad, resistencia y comodidades, á los que ruedan en las calles, tirados por fogosos brutos..... Y así todo lo demás, porque la industria moderna, explotando á maravilla estas debilidades humanas, tiene fábricas colosales que no producen otra cosa.

Pues bien: yo me traslado con la memoria á los años de mi infancia, y á los mismos sitios en iguales horas y circunstancias, y no puedo menos de asombrarme de la diferencia que hallo entre el enjambre que bulle entre mis recuerdos y el que tengo delante de los ojos.

Véome allí, entre mis contemporáneos, jugando á la gallina ciega, al marro ó á las cuatro esquinas, tirando de vez en cuando un pellizco al mendrugo de pan que se guardaba en el bolsillo para merendar, ó formando parte del grupo que devoraba con los ojos un lorito de carton, tamaño como un huevo de gallina, que no soltaba de la mano una camarada feliz á quien se le habia traído su padre no sé de qué parte del mundo, ni con qué fausto motivo; ó armando en apartado rincon la media docena escasa de fementidos soldados de plomo; véome, repito, con mi traje *de todos los días*, ó sea el desechado *de los domingos* del año anterior, corto, descolorido y opresor, amen de repasado y añadido. Y ¡qué traje!

Seguro estoy de que mis coetáneos no necesitan que yo se le describa, pues no habiendo más que un modelo para todos, y tirando con él hasta que nos vestian *de muchachos*, acordaríanse de él como si aún le tuvieran encima. Pero he de describirle, siquiera para demostrar parte de mi tesis á los ojos de cuantos, más acá y á la edad aquella, han arrastrado por los suelos ricas lanas y deslumbrantes sedas:

Un calzon, ceñido á la rodilla, con muchos *frunces* en la cintura, de lo cual resultaba una *culera* (déjese el lector moderno de remilgos, y acepte la palabra corriente entónces) monstruosa y exuberante, que se bamboleaba á diestro y siniestro, segun que las piernas se movian; uníase á la cintura, por inúmeros botones, otra en que terminaba, sobre el vientre, una especie de blusa con mangas tambien fruncidas y puños ajustados; sobre los hombros se tendia, cayendo por detrás hasta media espalda, un cuello blanco llamado *vuelillos*, en cuya prenda agotaban vuestras madres su paciencia, su gusto, sus larguezas y su ingenio; por lo cual los tales vuelillos eran ora calados, aliquando con encajes (de imitacion, se entiende) á veces bordados, y muy á menudo con una borlita en cada pico delantero.

Medias blancas el que queria gastarlas; pues no era mal visto ir en pernetas, y borcegués de becerro hediondo, ni más finos, ni más relucientes que los que gastan hoy los peones del Muelle. Sobre este conjunto y faltando á todas las reglas arquitectónicas y de buen gusto, una gorra de pana morada, muy ancha de plato y muy estirado éste, como piel de pandero, por la virtud de un aro de palo que tenía dentro, y de uno de cuyos bordes, creo que el derecho, colgaban hasta los hombros dos borlas de canutillo, descomunales.

Mientras todo esto era nuevo ó poco usado, llamábase *vestido de los domingos*; cuando á los calzones se le habian soltado todas las *lorzas*, y á la blusa los frunces, y además tenía esta medias-mangas, y los otros refuerzos en las rodillas y en el trasero; y á la gorra, ya sin borlas, ó con los cordones solos, se le salía la punta del aro roto por un lado, y cuando los borcegués, con tapas, bigoterías y medias suelas, sin lustre, orejillas ni correas, más servian de grilletes que de amparo á los piés, llamábase, y pasaba á ser, *vestido de todos los días*.

Y lo era tan al pié de la letra, que así se casara el rey, ó se tomara á Gibraltar y el mundo se hundiera con música y cohetes, el traje *de los domingos* no salía á luz más que en estos ó en las fiestas *de guardar*, bien especificadas en el calendario.

A lo sumo se nos permitía la media gala; es decir, poner con el vestido viejo la gorra nueva, ó los borcegués flamantes.

En tal guisa íbamos á la escuela, y despues al paseo con el ya citado mendrugo de pan en el bolsillo, comiéndole á retortijones mientras corríamos, saltábamos, ó nos contaban ó contábamos cuentos de ladrones y encantados.

¿Quién de mis coetáneos podrá jactarse de haberse divertido en estos lances sin que los calzones ó los zapatos se le reventaran por alguna parte, y sin que asomara por ella medio palmo de camisa ó el dedo gordo del pié, libre desde mucho ántes de la prision de la media correspondiente?

Y yo pregunto ahora: ¿hay hijo de remendon de portal que se presente hoy en un paseo con el traje mas raído que el de la flor y nata de los rapazuelos de entonces? ¿Hay cuero que más dure, colgado de una percha, que lo que duraba sobre nosotros un vestido de...? yo no sé de qué demonios eran aquellas telas, y voy á decir algo é este propósito.

Iba uno muy ufano con su madre *á ver* como ésta *sacaba* género para un vestido que nos iban á hacer, despues de estar dos meses hablándonos de ello en casa y prometiendo nosotros «ser buenos, obedientes y aplicados.»

—Saque V. tela de estas señas y de las otras—decía la buena señora, despues de saludar á D.^a Sebastiana, ó á otra apreciable tendera por el estilo, y de haber preguntado ésta por todos y por cada uno de los de nuestra casa, y de acusarnos *in facie materna* de cualquiera travesurilla que nos hubiera visto hacer delante de la tienda al salir de la escuela, con lo cual nos poníamos rojos de vergüenza y de ira. Inmediatamente echaba sobre el mostrador una pieza de lo pedido; y como la tienda habia de ser oscura por necesidad, nuestra madre salia hasta la calle con el género entre brazos, siguiéndola nosotros y alzándonos sobre las puntas de los piés para ver la codiciada tela que desde luego nos enamoraba.

—Me parece demasiado fino esto—decia nuestra madre cuando ya habia tentado, resobado y olido el género á la luz del sol; con lo cual se nos caía el alma á los piés, y la ilusion con el alma.

—Para qué lo queria V.?—preguntaba la tendera.

—Para hacer un vestido á éste—respondía la interpelada señalándonos á nosotros.

—¡Ah, es para el chico!—esclamaba la otra.—*Entonces* tengo aquí una cosa más á propósito.

Y del último rincón de la tienda, debajo de todos los recortes y sobrantes del año, sacaba un retal infame, del color de todo lo marchito, áspero y viejo, diciendo al propio tiempo:

—De esto mismo se han hecho un traje los niños de D. Pedro de Tal y de D. Antonio de Cual. Y como, para desgracia nuestra, aquellos chicos, por ser hijos de *puerios notorios*, daban el tono á las modas, por el retal se decidía nuestra madre, despues de la indispensable porfía de media hora sobre el cuarto de más ó de ménos en vara.

—Y cuánto necesita V.?

—Lo de costumbre... La costurera dice...

—No se fie V. mucho de ella.

—Como es quien ha de hacer el vestido... ¿Cuánto cree V. que necesito?

—Pues tanto.

—Córtelo V., entonces... Pero aguarde V... Necesito otra vara más para cuchillos y medias mangas *el año que viene*, porque este chico crece tanto!... y rompe!...

—Déjele V. lorzas.

—Siempre se las dejo, pero no le alcanzan ya las de las perneras cuando se las suelto, y tengo que añadirles una tira... Mire V. que este vestido que trae puesto no tiene más que un año de uso.

—Aquí le compró V.; bien me acuerdo.

—Pues ya tiene dos refuerzos atrás, ródilleras y tres pares de medias mangas... Le digo á V. que son cuerpos de hierro los de estos chicos de hoy!...

Juzgue ahora el lector *de qué* serian esos trajes cuando los echábamos *á todos los días*, y *cómo* estarian cuando ni para diario podiamos aprovecharlos yá.

Pero lo chusco era cuando, pasado este período de nuestra existencia, saliamos de la primera enseñanza para entrar en la segunda; es decir, cuando nos vestian *de muchacho*, lo cual era nuestra gran ilusion, con chaquetilla *pulga*, pantalon de *patencur*, chaleco de *cabra*, gorra de felpa atigrada, zapatos de tirante y *camisolín* de *crea*. Como todo traje nuevo, este primero era para los domingos; de manera que hasta que pasara á la categoría de viejo, teniamos que andar todos los dias con el ya especificado de niño, sin lorzas y con *pegas*, si no habia un padre ó un hermano que nos socorriera con algun desecho.

No quiero decir nada de aquella primera levita que, andando el tiempo, nos hacian, de *cúbica* ó de *manfor*, con una tira de tafetan, de cuatro dedos por abajo y acabando en punta por arriba, que se llamaba vuelta, ó embozo, de los largos faldones; porque esa época está fuera del alcance de estas reminiscencias, aunque sería otra prueba más de que en aquellos tiempos, las modas se eternizaban sobre nosotros, y costaba un muchacho á su padre en cuatro años, la vigésima parte de lo que hoy le cuesta un niño en ocho meses.

Dire únicamente, por si no volvemos á hablar de esto y para regodeo de los imberbes elegantes de ogaño, que estas levitas y otras prendas anteriores y contemporáneas, eran hechas en casa, por la costurera; y que todavía, años andando, no nos median las espaldas Vazquez, Nieto ó Valentin, sin haber pasado ántes por todos los sastres de portal.

Apuntadas estas diferencias de aspecto entre aquellas generaciones y las que las siguieron hasta la actual, digamos algo sobre los avíos de nuestros juegos.

Para nosotros no producía la industria más que las canicas y los botones y digo «para nosotros», porque si bien es cierto que en los Alemanes de la calle de San Francisco se vendian ermitaños, zapateros y pocas chucherias más de carton pintado, nadie las compraba. Allí se estaban en la vidriera, y allí se deshacian bajo el peso de los años y del polvo.

Cuán raros eran estos juguetes en manos de los chicos de entónces, pruébalo el ánsia con que acudian á mi casa todos mis camaradas á contemplar un carpintero que me habia regalado un pariente, el cual carpintero al compás del *glan*, *glen* de su cigüeña de alambre, movía los brazos y con ellos

una garlopa sobre un banco; pruébalo asimismo la veneración que yo sentía por aquel juguete y los años que me duró.

En rigor de verdad, también había custodias, carritos y soldados de plomo en una tienda de la esquina del Puente.

Las canicas.—Las había de piedra barnizada, como hoy; de *jaspe*, que escaseaban mucho; de cristal que eran la octava maravilla, y por último, de betun, plebe de las canicas.

Las de piedra, que eran las más usuales, costaban á cuarto en la tienda de Bohigas; pero sacadas á la calle aún sin estrenar, no valían mas que tres maravedís; el otro se echaba á cara ó cruz. De este modo se adquiría la primera canica, con la cual un buen jugador ganaba una docena que podía valerle doce cuartos, si al venderlas tenía un poco de suerte jugando los maravedís de pico. Advierto que como el género escaseaba y los muchachos no pensaban en cosas más árduas, los compradores llovían en derredor del afortunado.

La canica de jaspe valía dos cuartos en la tienda, seis maravedís en la calle, ó canica y media de las negras. En cuanto á las de cristal, no se cotizaban en la plaza. Poseíanlas siempre los *pinturines*, ó *señoritos*, ciertos niños mimosos que iban á clase y á paseo con rodrigon y jamás se manchaban los pantalones, ni se arrimaban á la muchedumbre ni bebían en las fuentes públicas. Jugaban aparte con aquellas, y ó bien se las *ufaban* los otros, ó se las estrellaban contra un banco de la Alameda, despues de habérselas pedido traidoramente para contemplarlas.

Las de betun se hacían con el de la azotea de la casa de Botin, ó con el de la de *los Bolados*, único betun que existía en el pueblo. Cómo se adquiría esa materia prima, yo no lo sé; pero es un hecho que nunca faltaba betun para canicas. Estas valían poco: tres por una de piedra.

Los plomos.—Los buenos eran hechos de balas aplastadas. Se adquirían á precios más varios que el de las canicas, que siempre fué invariable. Se jugaban al bote y se negociaban del mismo modo que aquellas.

Los botones.—Eran preferidos los del *provincial de Laredo*. Tampoco me explico cómo sucedía que hubiera siempre botones nuevos en el juego, no existiendo el batallón desde muchos años atrás.—Se jugaban al bote, como los plomos, y, como estos, se cotizaban con variedad de precios.

El cobre de esta moneda eran las *hormillas*, que también se jugaban al bote y se vendían siempre al desbarate.

Estos, es decir, las canicas, los plomos y los botones, eran los únicos objetos de diversion que podíamos adquirir *hechos*. Los demás, como la espada, el fusil, el arco, la pistola, el látigo, la pelota, el taco, etc., etc... teníamos que hacerlos á

mano, ó pagar muy caro el antojo al afortunado que ya poseyera el que nos faltaba; siendo muy de advertir que por única herramienta teníamos un cortaplumas viejo, muy caída la hoja hácia atrás.

La espada era un pedazo de vara hendida, ó arco barrile-ro, con otro más corto cruzado y amarrado convenientemente para formar la empuñadura. Sujetábase el arma á la cintura, bien por medio de un tirante hecho ceñidor, ó bien descosiendo un pedazo de la del pantalon y metiendo la hoja por la abertura resultante. El resto del equipo militar, es decir, las charreteras, el tricornio, banda y condecoraciones, era de papel.

El fusil era una astilla grande de cabreton, pulida con ímprobos trabajos, con el cortaplumas, ayudado á veces con el cuchillo de la cocina, que si no cortaba más que él, estaba en cambio mucho más súcio.

Pues habeis de saber, motilonos que alborotais hoy los paseos vestidos de generales casi de verdad, que con aquellos arreos de palo y de papel se dieron encarnizadas batallas en los Cuatro Caminos y en el Paseo del Alta.

Y esto me trae á las mientes el recuerdo de que yo fuí cabo primero de la compañía mandada por el capitán *Cúrtis*, á las órdenes del general *Saba*. No diré si entre los varios *ejércitos* que por el mismo campo pululaban le habia más bizarro, pero sí aseguro que no tuvo rival el nuestro en táctica ni en disciplina.

Y no es extraño: aquel capitán de juguete que nos hacía conquistar castillos imaginarios, trepar por cerros y despeñarnos por derrumbaderos, escalar los árboles, atravesar bardales por lo más espeso y saltar las tápias sin tocar las piedras más que con las manos, todo por vía de instruccion y ensayo, es hoy uno de los coroneles más organizadores, más bizarros, más sufridos y más fogueados del ejército español. Por cierto que fué él el único soldado de véras que dió aquella tropa de soldados de aficion: todos, incluso el general, trocamos las armas por las letras (las de cambio inclusive.)

Doy por hecho que este recuerdo evocado será con exceso pueril y quizá impertinente, si no de mal gusto, para los lectores que no alcanzaron los Mártires en la Puntida ni á Caral en el Instituto, y que hicieron en ferro-carril su primer viaje á la Universidad; pero salvo el respeto que estos señores me merecen, no borro este detalle de *mis tiempos* en gracia siquiera del ánsia con que han de devorarle los soldados de *mi compañía* que aun anden, por su ventura ó su desgracia, entre los vivos de este valle de lágrimas, y acierten á pasar la vista por estos renglones que escribo á vuela pluma... no

sé por qué; quizá movido de esa necesidad del espíritu que obliga á vivir de los recuerdos cuando comienzan á escasear las ilusiones, porque el sendero recorrido es más largo que el que nos queda por andar. Quien tenga á *ménos* pagarse *todavía* de estas pequeneces, que vuelva la hoja y pase á otro capítulo; quien sienta agitársele el alma en el pecho al contacto de estas reminiscencias de la mejor edad de la vida, óigame lo poco que me resta decir entre lo mucho que me hormigüea en la memoria y tengo que apartar de ella por no caber en el propósito que he formado ahora de escribir, no un libro, sino un artículo para la REVISTA CÁNTABRO-ASTURIANA.

La pistola. Componíase de una culata de pino, hecha á navaja, y de un cañon de hoja de lata, arrollado á mano y reforzado con alambre. Eran muy estimados para este objeto los tubos de los paraguas antiguos que no tenían abertura al costado para dar paso al resorte que mantenía plegadas las varillas. De cualquier modo, tapábase uno de sus extremos con un corcho ó con un taco de madera bien ajustado y sujeto por medio de otro alambre al tubo que se colocaba luego en la ranura de la culata, á la cual se amarraba con cabos de zapatero. En seguida se abría el oido con la punta del cortaplumas, si el tubo era de caña, ó con un clavo si era de laton; y al Prado de Viñas ó á la *Maruca* á hacer salvas. Generalmente uno construía el arma y otro adquiría la pólvora: ambas adquisiciones eran superiores á las fuerzas de un muchacho solo. Por eso las salvas eran tambien á medias, si como era muy frecuente, despues de estar cinco minutos chisporroteando el *figon*, ó cucurucho de pólvora amasada con agua, sobre el oido, no salía el primer tiro por éste ó por la culata, llevándose el tapon que por un milagro no se llevaba á su vez, al pasar, la tapa de los sesos del que sostenía la pistola en su mano, ó del asociado que se colocaba junto á él despues de haber encendido el *figon* con un fósforo de los cuarenta que contenía cada tira de carton comprada al efecto por dos cuartos.

Conocí algunos afortunados que poseían cañoncitos de bronce. Eran estos los Krupps de aquella artillería, y como á tales se les respetaba y se les temía.

El arco. Aunque los había de madera aseguibles á todos los muchachos, juzgábase sin él quien no le tuviera de ballena de paraguas con cuerda de guitarra.

Y aquí debo advertir, para lo que queda dicho y lo que siga, que aunque no siempre poseíamos el material necesario para construir un juguete, le adquiríamos en la plaza por medio del cambio. Había, por ejemplo, quien estaba sobrado de astillas de pino, y no tenía una triste tachuela: se iba á buscar con paciencia al de las tachuelas, y se le proponían asti-

llas en pago, ó botones, ó canicas, ó lo que tuviéramos ó pudiéramos adquirir complicando el procedimiento.

La pelota.—Las de orillo solo, no botaban; se necesitaba goma con él; pero la goma era muy rara en la plaza: no habia otro remedio, por lo comun, que acopiar tirantes viejos y sacar de ellos, y de los propios en uso, los hilos de goma que tuvieran, hacer una bola con éstos, mascarla despues durante algunas horas, envolverla en cintos con mucho cuidado y dar al envoltorio resultante unas puntadas que unieran todas las orillas sueltas. Así la pelota, habia que forrarla. Primero se buscaba la badana por el método ya explicado, si no nos la proporcionaba algun sombrero viejo; despues se cortaban las dos tiras, operacion difícilísima que pocos muchachos sabian ejecutar sin patron, y por último, se cosian con cabo, pero poniendo sumo cuidado en no dejar pliegues ni costurones que pudieran ser causa de que, al probar la pelota, en vez de dar ésta el bote derecho, tomára la obliqua, lo cual era como no tener pelota.

El látigo.—No conocí ninguno hecho de una sola cuerda nueva; todos eran de pedazos heterogéneos, rebañados aquí y allá; pero á dar estallido seco y penetrante, podian apostárselas con los más primorosos: para eso se untaba muy á menudo la tralla con pez ó con cera.

Y *el taco.*—Era de saúco, y el saúco bueno no le habia más que en Cajó ó en Pronillo; y no en bardales públicos, sino en cercados de huertas muy estimadas. Cuestion de medio día para cortarle, y capítulo, por ende, de correr la clase correspondiente.

Un chico que ya habia cortado allí el suyo, nos acompañaba á los varios que le necesitábamos. El más fuerte y más ágil trepaba al arbusto con la navaja descoyuntada, ya descrita, miéntras los otros vigilaban el terreno y le indicaban la mejor rama. Enredábase con ella el de arriba echando maldiciones á la navaja que tanto le pellizcaba el pellejo de la diestra entre la hoja y el muelle trasero, como penetraba en el saúco.

Al cabo de media hora, cuando la rama empezaba á ceder y la mano á sangrar á chorros, aparecia *el amo* á lo lejos—«Ah, pícaro!... ah, tunantel... yo te daré saúco en las costillas!» El de la rama hacía un esfuerzo supremo, arrancábala, mas bien que la cortaba, y se arrojaba con ella al suelo, quedando en él medio despanzurrado. Alzábase en seguida por amor al pellejo; y corre que te corre con sus camaradas, no parábamos hasta los Cuatro Caminos.

Allí nos creíamos seguros, y nos poníamos á examinar el bótín de la campaña.

—Es *hembra!*—decía uno al instante.

—Hembra es!—exclamábamos luego los demás, tristes y desalentados.

Trabajo perdido. Llámase saúco hembra al que tiene mucho *pan* ó médula, y el taco, para ser bueno, ha de ser de saúco *macho*, es decir, de poco *pan*.

Vuelta á empezar en Cajó, si el sobresalto fué en Pronillo, ó en Pronillo, si el susto le recibimos en Cajó.

Obtenido al cabo el buen saúco y á costa de trabajos como el citado, se cortaba en porciones adecuadas, se le sacaba el *pan* y se despellejaba. Esto se hacía por el camino volviendo á casa, cargada la conciencia con el peso de la clase corrida.

Ya teníamos taco; pero se nesositaban balas y baqueta.

Las primeras eran de estopa, y como no la había á la vista, recurriamos al forro interior de la chaqueta, donde abundaba siempre, merced al rumbo de los sastres de entónces, ó al plato de la gorra, que tambien lo tenía por mullida. Áspera era y mala y plagada de inmundicias estaba; pero al cabo era estopa, y llegaba á servirnos despues de macerarla en la boca con paciencia y sin escrúpulos. La baqueta era de alambre gordo, con mango de palo, cuyas materias se adquirian como la necesidad nos daba á entender, y nunca tan pronto como deseábamos.

Este juguete era uno de los que más nos entretenian, no sé si por los sudores que nos costaba; y aunque con la boca del estómago dolorida de apoyar en ella el mango de la baqueta, y las palmas de las manos hinchadas de recibir las balas al salir del taco con el estruendo apetecido, y las fauces secas por haber gastado la saliba en remojar las balas, siempre nos daba pena ver acabarse *el tiempo* de los tacos y empezar el de otro juego que, por sucesion inalterada, estaba llamado á reinar entre los muchachos.

He puesto con el taco fin á la lista de juguetes de mis tiempos, por no hacerla interminable, y porque bastan los descritos para dar una idea de los sudores que nos costaba adquirir el más insignificante de ellos, y por tanto, del aprecio en que los tendríamos. Si algun día me encuentro con el humor necesario, hablaré de los restantes y hasta de cierta corrida de toros *artificiales* que dimos, siendo yo coempresario de ella, en un corralon de la calle de Cervantes, á la cual acudió tanta gente, que siendo á dos cuartos la entrada, despues de cubrir todos los gastos le quedaron libres á la empresa doce reales y medio.

Entre tanto, vea el lector desapasionado si de las estrecheces y apreturas de aquellos tiempos se deduce alguna ventaja trascendental. De mí le diré, que en víspera de estreno de

vestido, nunca dormí sueño sosegado, y que jamás he olido perfume que me embriague como el hedor del betun de los borcegués recién traídos de la zapatería, y de propio intento puestos por mí debajo de la cama, el sábado por la noche... Digo mal; otro olor de aquellos tiempos me impresionó más todavía que el de los borcegués: el olor del teatro la primera vez que me dió en las narices, un domingo por la tarde. Fui solo; y cuando entré, comenzaba á bajar la araña por el agujero de la techumbre, encendidos sus mecheros de aceite; y segun iba bajando iba yo á su luz orientándome en aquel, poco ántes, y aún mucho despues, misterio conmovedor. Ví el telon de boca con las nueve Musas y Apolo pintados en él. De pronto creí que aquellas figuras eran toda la funcion, y casi me daba por satisfecho; ó que si algun personaje más se necesitaba, aparecería entre el telon y las candilejas, y entonces me sentia hasta reconocido, y aun hallaba muy holgado el terreno en que, á mi entender, habian de moverse. Despues sonó la música: la polka *primitiva* y el *himno de Vargas*. ¡Qué sorpresa, Dios mio! Por último, se abrió el telon ¡qué maravillas en el escenario!... y empezó la representación de *El hombre de la selva negra*. Con decir que me faltó poco para ir al despacho de billetes á preguntar si se habian equivocado al llevarme tan poco dinero por tanta felicidad, digo lo que sentí en tan supremos instantes y cuán por lo sério tomé lo que en el escenario sucedia.

Por eso no se escandalice nadie si me oye decir alguna vez que los actores que pone mi corazon sobre todos los del mundo conocido, son Fuentes, la Fenoquio y Perico García, galan, dama y gracioso, respectivamente, que trabajaron en aquella funcion memorable y en otras á que logré asistir despues. Pues todos estos recuerdos y las subsiguientes emociones me asaltan y acometen siempre que á mi olfato llega el olor de teatro vacío como estaba, ó poco ménos, el de Santander, cuando en él entré por vez primera.

Apuntados estos detalles que fácilmente dán la medida de otros mil del propio tiempo, recuerden mis coetáneos qué idea se tenia, entre las gentes, de ciertos casos y de ciertas cosas. Un ministro!... Boca abajo todo el mundo. Un diputado!... ¡Üff! no cabia en la calle. El Jefe político!... María Santísima!... Un particular que habia estado en París!... ¡Qué admiración!

En cambio, quien tenga hoy un hijo rapazuelo, que le pregunte adónde ha ido á parar el primoroso juguete que se le compró tres dias ántes, y cómo era. Ya no se acuerda de lo uno ni de lo otro. ¡Le regalan tantos cada semana! ¡Hay tal abundancia y tal variedad de ellos en esas tiendas de Dios!...

Pregúntele también qué siente cuando estrena un vestido ó vá al teatro. . . Absolutamente nada. ¿Qué ha de sentir si cada día le ponen uno diferente y concurre al teatro todos los domingos desde que aún no sabía hablar?

Ofrézcale llevarle á Madrid dentro de un año si saca buena nota en los exámenes de la escuela. ¿Qué efecto ha de causarle la promesa, si ya ha estado tres veces con su mamá en París, una para arreglarse los dientes, otra para que le redujeran una hénria, y otra de paso para Alemania á curarse las lombrices?

Pues salgan ustedes á la calle y pronuncien muy récio las palabras «ministro», «diputado» y «gobernador»: las cuatro quintas partes de los transeúntes vuelven la cabeza, porque los unos lo han sido ya, y los otros aspiran á serlo.

Ahora bien; si es preferible esa aridez del espíritu, esa dureza precoz del sentimiento como producto necesario del torbellino de ideas, de sucesos y de aspiraciones en que, lustros há, nos agitamos, á aquellos apacibles tiempos en los cuales se dormían en nosotros los deseos y era la memoria vírgen tabla en que todo se esculpía para no borrarse nunca, dígalo quien entienda un poco de achaques de la vida.

Pero conste, en apoyo de mi tésis, que hubo un día, que yo recuerdo (y cuenta que aún no soy viejo) en que la familia española, impulsada por el reflujo de vecinas tempestades, pasó *de un salto* desde la patriarcal parsimonia de que dan una idea los pormenores apuntados, á este *otro mundo* en que la existencia parece un viaje en ferro-carril, durante el cual todo se recorre y nada se graba en la mente ni en el corazón; viaje sin tregua ni respiro, como si aún nos pareciera largo el breve sendero que nos conduce al término fatal donde han de confundirse en un solo puñado de tierra todos los afanes de los *viajeros*; todas las ambiciones y todas las pompas y vanidades humanas.

JOSÉ M. DE PEREDA.

EL UMBRAL DE LA PÁTRIA.

De las cumbres de la vida
he bajado la pendiente,
y camino tristemente
sin saber adonde voy.

Con la mente dolorida,
mis pesares recordando,
me detengo preguntando:
¿es mi pátria donde estoy?

Todo aquí lo encuentro frío;
de la tierra los amores
se parecen á las flores
que deshoja el vendaval.

No es la dicha que yo ansío
la que pasa y la desdño:
en la pátria que yo sueño,
todo, todo es inmortal.

Aquí veo á cada paso,
ya un sepulcro, ya una ruina;
aquí siempre alguna espina
me traspasa el corazon.

Hallo el gozo tan escaso,
que repito á cada instante:
¡Desdichado el caminante
si no espera otra mansion!

Patria bella y anhelada
como el fin de mí deseo;
yo te busco y tambien creo
que te buscan los demás.

Si es del hombre la morada
este valle de amargura,

¿por qué sueña una ventura
que no ha visto en él jamás?

Me habla el mundo algunas veces
un language que no entiendo:
de sus galas me sorprendo,
y me paro á repetir:

«Tierra, tierra que floreces
con tal pompa y galanura,
¿qué me importa esa hermosura
si tan pronto he de morir?»

Pero envuelta en blanco lino
una vírgen estoy viendo,
que se apoya sonriendo
en los brazos de una cruz.

«Sigue, avanza en tu camino,
me repite cariñosa:
tras la nube misteriosa
se halla el reino de la luz.»

«Yo dirijo al caminante;
yo del hombre soy la guía:
si de mí no se desvía
sube al monte celestial.

Si una huesa vés delante,
no te asustes, oh viajera;
de la pátria verdadera
el sepulcro es el umbral.»

MICAELA DE SILVA.

GOMEZ ARIAS Ó LOS MOROS DE LAS ALPUJARRAS.

II.

Estamos sobre las armas no para
combatir al extranjero, sino para
aniquillar á los rebeldes.

SHAKSPEARE.

En cuanto la reina recibió las graves noticias de la actitud tomada por los rebeldes, se apresuró á adoptar medidas eficaces para la conservacion de su dominio. Convocó á aquellas personas en cuya opinion habia confiado siempre, y á aquellos adalides con cuyo valor, en la hora del peligro, contaba con seguridad.

En el testero del salon de audiencias, en el que estaban reunidos, se veia á la Reina sentada en un magnífico trono sobre el que ondeaba un rico dosel de terciopelo carmesí. Al primer golpe de vista, no podia considerarse á Doña Isabel como nacida para el mando. Su estatura no pasaba de mediana; pero habia en ella un aire de dignidad que resaltaba en todas sus acciones. La benignidad que de sus límpidos y azules ojos irradiaba, más parecia propia para persuadir al cumplimiento de sus deseos, que para imponer una orden; y siempre manifestaba su desagrado, más por medio de la reconvenccion que de la amenaza. Pocas mujeres podrian vanagloriarse de poseer mayores atractivos personales; ninguna de más claro y superior entendimiento; si alguna falta pudiera atribuírsela, era en los momentos en que se oscurecia su frente, porque el sentimiento de lo que era debido á la religion se escitaba en ella con esceso. En ocasiones tales se volvía poco comunicativa y severa; pero aún esta momentánea austeridad podia ser difícilmente censurada por sus súbditos, cuando producía aquel valor y firmeza, y aquella inflexibilidad en sus providencias, como juez, por las que se hizo tan notable. Cuando un historiador grave ha atribuido á su carácter rasgos heróicos, cuánta mayor libertad no debe concederse al escritor de una novela histórica?

A la derecha de la Reina se veía al renombrado Alonso de Aguilar, terror de los moros, notable por su galana apostura y por su elevada gerarquía. Se había distinguido particularmente como, su hermano, el heróico Gonzalo de Córdoba, en la guerra contra Granada, y era honrado por Doña Isabel con la mayor estimación é ilimitada confianza. A su elevada é imponente estatura unía una fuerza hercúlea, y un aire de dignidad, que le habían merecido la reputación del guerrero más perfecto de su época. Su noble continente de tal modo espresaba la resolución y la intrepidez, al par que la sencillez y la franqueza, que inspiraba á todos sentimientos de admiración y respeto. Sus atléticas y gallardas formas eran más notables, porque aún conservaban la flexibilidad de la primera juventud, sin que las hubiese comunicado su rigidez el frío de cincuenta inviernos, que había pasado en su mayor parte, en medio de las penalidades de la campaña. Su carácter justificaba la favorable impresión que su vista producía. La experiencia de una edad más madura había podido llegar á dirigir, pero nó á dominar, el valor impetuoso de sus primeros años; á la vez que las arrugas que surcaban su frente varonil, y los pocos mechones grises que ligeramente plateaban su negro cabello, daban nuevo motivo al sentimiento de respeto y veneración, que sus virtudes inspiraban.

En el lado opuesto estaba Don Iñigo de Mendoza, conde de Tendilla, Gobernador de Granada, que tenía muchos y ostensibles derechos á la gratitud de España. No era el menor de sus títulos ser padre de un hijo, que sirvió después á su país con el triple carácter de soldado valeroso, de ilustre hombre de Estado y de sábio profundo.

Cerca de estos guerreros se veía al Maestre de la Orden de Calatrava, al Alcayde de los Donceles, conde de Ureña, y otros renombrados jefes. El resto de los nobles, ocupando el lugar que á su rango correspondía, completaban esta imponente asamblea.

Reinaba un profundo silencio, y todos parecían impacientes por conocer el motivo de aquel consejo, á que tan apresuradamente habían sido convocados, y cuya importancia solo podían apreciar por conjeturas. En aquella noble reunión faltaba sin embargo un valiente caballero que, aunque jóven en años, era ya veterano en militares empresas, y cuyos brillantes hechos le habían conquistado el derecho de compartir con aquellos distinguidos personajes el señalado favor de su soberana. Gomez Arias no estaba allí: y Don Alonso de Aguilar, que le consideraba ya como hijo suyo, sentía profundamente aquella inevitable ausencia.

Este jóven estaba á la sazón voluntariamente desterrado

de la Corte y de ningun modo deseoso de presentarse en Granada, en donde su persona hubiese corrido peligro. Ni sus propios méritos, ni la influencia de Aguilar, habian podido inducir á Doña Isabel á desviar el curso de la justicia, enérgicamente reclamada por la familia y los amigos de Don Rodrigo de Céspedes, que, en aquellos momentos, estaba postrado en el lecho del dolor, á consecuencia de una peligrosa herida que le habia inferido Gomez Arias, su rival afortunado en el cariño de Doña Leonor de Aguilar.

Reunidos todos los miembros del Consejo, con la sola excepcion dicha, la Reina se levantó para dirigirles la palabra: «Nobles cristianos» les dijo, amigos míos y mis bravos defensores, habreis comprendido que un motivo importante os reúne en mi presencia. A menos de aplicar pronto remedio, estamos amenazados con la pérdida del territorio por cuya adquisicion os habeis impuesto tantos trabajos, y que hemos comprado á costa de la mas precisa sangre de España. De nuevo es necesario escitar el noble y patriótico ardor que os anima; y la incontrastable fuerza de vuestras armas ha de desplegarse de nuevo contra los enemigos de nuestra patria y de nuestra religion. En vano vuestra perseverancia y vuestro valor han conquistado la última fortaleza de Granada, y obligado en vano á los moros á devolvernos el patrimonio de nuestros antecesores, si cunde la semilla del descontento y brota de ella la rebelion. Cualesquiera que puedan haber sido las quejas de los habitantes del Albaycin, con súplicas y prudentes reclamaciones á nuestra justicia era como debian haber buscado el desagravio; no por la fuerza de las armas, en las que han tenido demasiadas ocasiones para reconocer nuestra superioridad.—Nuestros oficiales de justicia han sido insultados y uno de ellos asesinado en el cumplimiento de su deber. La activa y prudente conducta del conde de Tendilla ha logrado dominar la primera conmocion; pero los jefes del motin han buscado, en las enmarañadas gargantas de las Alpujarras, el medio de prolongar con asechanzas una guerra, que no son capaces de mantener contra nosotros en campo abierto. Procurémos por tanto, castigar con rapidéz su insolencia, ántes que el mal tome mayores proporciones. No por que yo abrigue la menor duda del éxito; sino con el propósito de economizar las preciosas vidas que la dilacion podría comprometer. Entre los jefes rebeldes, en quienes sus camaradas tienen mayor confianza, y son los más decididos á desafiar nuestro poder, están el *Negro de Lanjaron* y el *Ferri de Benastepar*. El primero bloqueado en el castillo de Lanjaron no podrá sostener largo tiempo el asedio; el segundo es enemigo mas temible, y como práctico en los mas

escondidos senderos de esas intrincadas montañas ofrecerá mayor resistencia. Contra este, por tanto, deben dirigirse nuestros principales esfuerzos.»

Seguidamente tomó en sus manos la bandera, en que se veían lujosamente bordadas las armas de Castilla y Aragon, y dijo: A tí, Don Alonso de Aguilar, confío el mando en jefe de esta expedicion, y á tu cuidado y guarda encomiendo esta preciosa prenda, que debeis desplegar sobre las cimas de las Alpujarras.

Despues de estas palabras entregó la bandera al veterano. Este se inclinó al recibirla, y el fuego del entusiasmo brilló en sus negros ojos, al arrodillarse y besar la mano que así le honraba; y ondeando en alto la bandera, exclamó: «Cuánto el humano esfuerzo pueda llevar á cabo, tanto haré, Señora. Alonso de Aguilar recibe de vuestras manos esta prueba de vuestro real aprecio, y no se mostrará indigno de distincion tan señalada. Sí, castigaré á esos malditos infieles, y este estandarte sagrado no se separará de mí, hasta que ondée victorioso en la cumbre de la montaña. Nobles guerreros, continuó con creciente entusiasmo, si esta bandera se perdiese buscadla entre los cadáveres de los moros; allí la encontrareis teñida en sangre, pero asida aún por la mano de Alonso de Aguilar.»

Pronunciadas estas palabras agitó de nuevo la bandera en alto, y todos los jefes allí reunidos prorrumpieron simultáneamente en exclamaciones de aprobacion.—Doña Isabel, tendiendo el brazo para llamar la atencion, se dirigió de nuevo al Consejo. «Oid ahora nuestra soberana resolucion, les dijo. Desde este momento se prohíbe á nuestros súbditos tener comunicacion, ni clase alguna de trato con los rebeldes. La menor infraccion de esta orden será considerada como delito de traicion, y el delincuente será juzgado con arreglo á la ley. Se publicará un edicto para que nadie alegue ignorancia en este punto.»

Acto continuo fueron retirandose sucesivamente los miembros del Consejo; y al despedirse Don Alonso con el mismo objeto, le detuvo su Alteza. Quédate, Aguilar, le dijo. Siento en el alma que el matrimonio de tu hija tropiece con un nuevo motivo de detencion, aun prescindiendo de la desgraciada aventura de su prometido con Don Rodrigo de Céspedes. Cómo está el herido?

—Mi hondadosa soberana, replicó Don Alonso, he tenido noticia de que aún no puede considerarse fuera de peligro. Dentro de pocos dias podrá saberse, y entonces, si el resultado es favorable, me será dado celebrar felizmente la vuelta de Don Lope Gomez Arias.

—Gomez Arias puede jactarse de ser tan buen caballero como á un Español corresponde, repuso la Reina, y de poseér todas las cualidades con que se cautiva el favor de nuestro sexo; pero he oido tambien que tiene una debilidad que, como mujer, debo calificar de grave falta. Me han dicho que es de un carácter estremadamente voluble. ¿No está alarmada vuestra Leonor por la inconstancia de que tacha todo el mundo á su futuro marido?—Es hija de Aguilar, exclamó con orgullo el guerrero. ¿Quién pudiera atreverse á ultrajar á una de este nombre?

—No, replicó Doña Isabel, con afectuoso acento, yo no temo que Doña Leonor se arrepienta de su eleccion, una vez consumada; tiene suficientes atractivos para fijar al más voluble é inconstante de los hombres, y creo sinceramente que Gomez Arias tendrá suficiente discernimiento para apreciarlos.

—Don Lope ne es tan voluble como alguno ha deseado hacer creer á vuestra Alteza, dijo Don Alonso. Además yo no les compelo, ellos se aman entrañablemente, y lo que me interesa es que su matrimonio se celebre ántes de que yo marche contra el Feri de Benastepar. Entonces me sentiría tranquilo enfrente del peligro, seguro de que habia alguno que protegiese á mi hija, si le aconteciera algo á su padre en esta azarona expedicion.

—La hija de Don Alonso de Aguilar, repuso la Reina, nunca necesitará que nadie ocupe el lugar de su padre, mientras Isabel viva. Permanecerá constantemente á mi lado, y yo tendré la mayor satisfaccion en manifestar con mis cuidados y mi cariño hácia Leonor, la alta estimacion en que tengo á su padre. Pero qué ha sucedido para que no os presenteis como el mantenedor del torneo en las justas de mañana?

—Otro, Señora, más capáz que yo se ha encargado de puesto tan honroso. Además que me interesan poco los alardes de un torneo cortesano, en los momentos en que estamos tan próximos á hacer frente al enemigo en mortales encuentros. Quédese para esos galantes caballeros el lograr que las damas admiren sus proezas y premien sus triunfos; mi única ambicion consiste en conservar los laureles ganados en sangrientas lides contra los enemigos de mi patria, y en alcanzar la aprobacion de mi país y la distincion de su mas preciado ornamento, que es mi Soberana.

El varonil y decidido acento con que Don Alonso pronunció estas palabras, se acordaba en un todo con la franqueza y generosidad de su caracter. Dobló enseguida la rodilla y rozó con sus lábios la mano que su reina le tendia.

—Bien merecido tienes su aprecio, exclamó, tú, el mejor y

el mas fiel de mis amigos; la patria te pagará con gratitud tus largos y eminentes servicios. Vé, y continúa tu brillante carrera.

El resto del dia se invirtió en los preparativos para tus justas del siguiente. Bizarros caballeros se ocuparon activamente en preparar sus atavíos y examinar sus armaduras; mientras que otras hermosas manos se entretenian, con no menor ansiedad, en adornar las divisas y convinar los colores de sus favorecidos. La ciudad se vió invadida por numerosos forasteros de los pueblos comarcanos, atraídos por la noticia de las próximas justas, hasta tal punto que no era dable hospedar en Granada tan extraordinaria muchedumbre. Con tal motivo se levantaron numerosas tiendas provisionales á lo largo de la risueña llanura de la Vega. Por todas partes se oían los gritos estrepitosos de una alegría loca; y los armados guerreros y los movibles grupos que discurrían por doquiera, bajo la impresion de la seguridad de un placer que de antemano disfrutaban, ofrecían en conjunto vistoso y animado cuadro.

(Continuará.)

El desdeñoso rigor
con que pagas mi fé amante,
mantiene en lucha constante
mi voluntad y mi amor...
¡Mal haya el hado traidor
que me aflige de tal suerte!
Batallo por no quererte
y más en quererte insisto,
quiero olvidar que te he visto
y me muero por no verte.

EUSEBIO SIERRA.

LA MÚSICA Y EL DRAMA LÍRICO.

(CONCLUSION.)

Va á dar principio el siglo XIX, recojiendo la herencia de su antecesor, no para destruirla sinó para aprovechar de ella todo lo bueno y mejorar lo que de mejora fuera susceptible. No podria suceder de otra manera, siendo imposible que al inaugurarse una era, en la cual se operaban notabilísimos adelantos en todos los ramos del humano saber, la música permaneciera estacionada y reducida á estrechos límites.

Los maestros, que tan gloriosamente habian desarrollado el drama lírico en los últimos años del pasado siglo, dejaban todavía mucho que hacer á sus sucesores, y estos debian secundarlos, trabajando asiduamente hasta conseguir tocar la meta de las aspiraciones de compositores y aficionados.

Por eso, al aparecer en el grande escenario del mundo los eminentes pensadores y los inventores, que nos dieron, para honra de nuestro siglo, las aplicaciones del vapor y la electricidad como prueba de su fecundo y sublime génio, arrojan las naciones, á manera de aluvion, que innunda los espíritus del mundo musical, Francia á los celebrados compositores Boieldieu, Auber, Gretry, Herold, Halevy, Adam, Gounod, Thomas, Mermet y otros muchos que pudiéramos citar como una prueba del desarrollo artístico de nuestros vecinos de allende el Pirineo; Alemania presenta á su vez á los grandes génios Weber, Beethoven, Meyerbeer y Flotow; Italia á Rossini, Bellini, Donizetti, Paissello, Mercadante, Ricci, Pedrotti, Paceini, Petrella, Vacaj, Cagnoni, Verdi y Fioravanti; y España, en fin, al génio musical de Manuel García, y á los distinguidos maestros Carnicer, Eslava, Basili, Saldoni, Barbieri, Arrieta y otros muchos, que han llevado su grano de arena al edificio de nuestra regeneracion artistica.

Ni era mi objeto, ni podia serlo, al trazar estos ligerísimos

apuntes, dar á conocer las obras de los autores citados, ni ménos hacer de ellas un juicio crítico; lo cual podria ocupar, al que para ello tuviera la necesaria competencia, algunos volúmenes; pero he dejado de intento entre los maestros alemanes al que en nuestros dias está siendo objeto ya de censuras amargas, ya de sátiras punzantes, ya de elogios y aplausos que le elevan sobre todos sus contemporáneos. Me refiero á Wagner, quien al presentar en la escena su ópera *Tanhauser*, dió motivo á variadas controversias entre los maestros y aficionados. El compositor aleman fué quizás mas altivo de lo que debiera ser en un principio, y esto contribuyó á que se dijera, con ironía más ó ménos justificada, que su música era la *música del porvenir*, y que al representarse su obra en el gran teatro de la ópera en París sufriera las burlas de los *dilettanti* y de los que aquel acontecimiento presenciaron.

Pero tales contrariedades no influyeron en el orgulloso carácter del maestro aleman: al contrario, se dedicó con más asiduidad á la composicion, y *Loengrins* y *Rienzi* vinieron á acompañar á *Tanhauser*, no ya en la escena francesa, en la que tan mal éxito habia tenido el nuevo género, sinó en los teatros de Alemania en donde el autor fué estrepitosamente aplaudido por sus compatriotas.

¿De qué parte estaba la razon? El tiempo ha venido á demostrar que el maestro Wagner es un génio musical y que, si no es la perfeccion en su grado absoluto, merece más justamente los aplausos prodigados por los alemanes que las burlas de los franceses.

Y si quisieramos aducir más pruebas de las que se han dado á Wagner, poniendo en escena sus obras, citaríamos la última produccion, la *tetralogía musical* titulada *Los Niebelungen*, presentada hace pocos meses en Alemania y de la cual se han hecho grandes elogios, á pesar de su excéntrica construccion y de las particulares y nunca vistas condiciones, con qué se ha presentado; que la hacen muy difícil para su reproduccion en la mayor parte de los teatros de Europa.

Gran esfuerzo se necesita siempre para romper las tradiciones y es preciso tener una voluntad de hierro, para reformar los gustos y las costumbres de un país. ¿Conseguirá el maestro Wagner adaptar al suyo el gusto musical del público tan apegado generalmente al género italiano? No me atrevo á dar una afirmacion terminante; pero es lo cierto que el *estilo italiano puro*, la forma metódica, que se daba á las óperas en ese bello país, cuna del arte, ha sufrido una transformacion, ejecutada hasta por los mismos maestros de Italia; pues si comparamos al *Guillermo Tell* y *Aida* con otras

obras de Rossini y Verdi, autores de las citadas, veremos una diferencia notabilísima en el fondo y en la forma, ajustándose ya, aunque entre una y otra han mediado algunos años, al cambio operado en el gusto del público desde que el célebre maestro berlinés hizo conocer *spartittos* tan notables como *Roberto il Diavolo*, *il Profeta*, *Gli Ugonotti* y *L' Africana*.

Pero dejando aparte la digresion que ha dado motivo á los anteriores párrafos, lo que se desprende de cuanto á grandes rasgos he trazado es la evidencia del impulso progresivo, que á la ópera se ha dado en nuestro siglo; lo cual era de esperar en una época en que la inteligencia rompía las trabas de los antiguos tiempos, desarrollando sus facultades á medida que el áura de la libertad oreaba el florido campo de la regeneracion social.

Compárense, en prueba de lo expuesto, las óperas de Haendel, Porpora y Gluk con las de Rossini, Beethoven y Meyerbeer, y, á pesar del gran génio de aquellos músicos, se encontrará una diferencia en favor de los últimos; diferencia debida en gran parte, á las circunstancias que á unos y otros rodearon y al gusto de la época en que escribieron; por que es indudable que el génio, al remontarse á los espacios imaginarios, no puede ménos de sufrir la presion de la atmósfera en que vive y se manifiesta.

Respecto de lo que ha sucedido y estamos viendo en nuestra patria, en lo que al arte musical se refiere, y principalmente al desarrollo progresivo del drama lírico, mucho, muchísimo podría exponer no tan halagüeño como fuera de desear. Reduciré, por tanto, mi trabajo á ligeras indicaciones de conformidad con la índole del presente artículo.

En la primera mitad del siglo actual principalmente, en idioma español unas y con *librettos* italianos otras, pusiéronse en escena óperas compuestas por maestros españoles, alcanzando un éxito más ó ménos próspero; pero nunca tan lisonjero que hayan podido sobrevivir y servir de repertorio en los teatros de España: ¡siquiera en el país en donde vieron la luz!

En efecto, pocos, muy pocos españoles conocen el *Diablo Predicador* y los *Contrabandistas* de Basilio Basili; *L' Asedio di Medina* de Espin y Guillen; *Ipermestra* de Saldoni; *Ildegonda* y *La Conquista de Granada* de Arrieta; *Gli Amanti di Teruel* de Aguirre; *Marion Delorme* de Bottesini; *Gonzalo di Córdoba* de Reparaz, y otras que, aunque representadas en Madrid la mayor parte y algunas, como he dicho ya, con éxito favorable, no han llegado á cantarse en los demás teatros de España, y han tenido, por consiguiente una vida efí-

mera, siendo desconocidas, casi en absoluto, de los verdaderos amantes del espectáculo tan brillantemente desarrollado en Italia, Francia y Alemania.

Pero como quiera que el génio español no consiente treguas á su fecundidad, al principiarse la segunda mitad del siglo, despues de algunos ensayos con piezas de poco mérito, apareció en todo su desarrollo el espectáculo conocido con el nombre de *zarzuela*.

Imitacion de la ópera cómica francesa, aunque sin las condiciones de aquella, la zarzuela podia ser un adelanto para llegar á la ópera española y en tal concepto al presentar los maestros Barbieri y Arrieta sus obras *Jugar con fuego* y el *Dominó azul* era evidente que habian dado un paso de gigante en el buen camino. No habia que hacer otra cosa mas que seguir la huella trazada y en breve se conseguiría llegar al objetivo de las aspiraciones de los verdaderos amantes de la música. ¿Pero se hizo así? La zarzuela tan brillantemente inaugurada tuvo muchos intérpretes y en pos de los maestros ya citados vinieron otros á dar impulso al espectáculo, que tan bien acogido era del público en todas partes.

Siguieron componiendose y representandose zarzuelas; empero el arte no ganaba absolutamente nada con este género de composicion, toda vez que ni servía para producir artistas ni para llegar á la ópera nacional, *desideratum* de todos, y que en realidad se habia convertido en una ilusión perdida. Respondan por nosotros los resultados. ¿Qué obras han venido á remplazar á *Jugar con fuego*, *el Dominó azul*, *Marina*, *el Molinero de Subiza* y otras de reconocido mérito—dado el género á que voy refiriéndome—y de condiciones bastantes para llegar á la ópera nacional? Han venido á reemplazar á esas obras, las llamadas *óperas bufas*, que nos hemos apresurado á traducir del francés. ¡Siempre traducimos lo peor del país vecino! adicionado con algunas obras *originales*, tan poco ó menos *edificantes* que las importadas de allende el Pirineo.

Nótase, empero, una ligera y favorable reaccion hácia lo bueno; pues en los dos últimos años no solamente el maestro Arrieta sino también los jóvenes maestros Cheppi, Zubiaurre, Breton y Espinosa han presentado en los teatros de Madrid algunas operetas, aunque de cortas dimensiones, llenas de bellezas en la parte musical; lo cual revela un deseo para la prosecucion en la buena senda y alimenta las esperanzas de lo que—efecto de causas, algunas de las cuales he indicado—teníamos perdida la fé en la regeneracion del arte musical en nuestra patria.

Expuestas las antedichas consideraciones, réstame, para

concluir, acariciar la idea de que se realizarán los deseos de ver en nuestra escena, en un breve período, representar la ópera nacional tal cual debe ser. Para lograrlo hay que vencer muchas y serias dificultades. El músico sólo no puede dar cima á la empresa; necesita del poeta, que ha de proporcionarle el *libreto* en las condiciones indispensables al efecto; así como tambien escasean hoy los artistas, que pudieran interpretar fielmente las obras: todo lo cual y mucho más que aquí omito, constituye—vuelvo á decirlo—una série de dificultades, que es preciso vencer, trabajando todos de consuno y asiduamente, á fin de dejar expedito el camino que, dando honra y provecho á músicos y poetas, ha de conducirlos á conquistar una gloria imperecedera: porque no se borran jamás las conquistas adquiridas en las luchas artísticas, como jamás desaparecen de la historia los nombres de los conquistadores.

E. DE TOPALDA.

A

(SONETO DE LUIS DE CAMOENS.)

TRADUCCION.

Quien vé, señora, claro y manifiesto
Luciente sol en vuestros ojos bellos
Y no ciega los suyos solo al vellos,
No paga lo que debe á vuestro gesto.
Tal me hubo parecido precio honesto,
Mas ví que es desventaja para ellos,
Y doy la vida y alma por querellos
Y más, si para dar quedara resto.
Así que vida, y alma, y esperanza,
Y todo cuanto tengo, vuestro es todo;
Pero el provecho solo yo le llevo,
Porque mi amor así tal dicha alcanza
Que dándoos cuanto tengo, doy de modo
Que cuanto más os pago más os debo.

D. DUQUE Y MERINO.

SECCION BIBLIOGRAFICA.

M. MENÉNDEZ PELAYO.—*Horacio en España*, (traductores y comentadores: la poesía horaciana,) solaces bibliográficos.—Madrid, casa editorial de Medina.—Amnistía, número 12.—Un tomo en 8.º de 479 páginas.—5 pesetas.

Mientras haya en el mundo estudios y buen gusto, el poeta venusino será ídolo del humanista verdaderamente merecedor de este dictado. No á todos es dado saborear los primores de la más exquisita poesía que nos legó Roma, mas quien hubiese educado su entendimiento para estimarlos apenas se contentará con menos que con saber de memoria y aplicar no tanto á sus lecturas como á los más graves casos de la vida buena parte de sus pasages eminentes.

En manos del insigne lírico la admirable lengua latina, encanto y guia de quien la sabe, adquiere prodigiosa flexibilidad é incomparable belleza, se anima y suelta, se enriquece y pule, ofrece formas nuevas, variadísimas, elegantes, pone su nervio y concision al servicio de conceptos profundos ó sagaces, como al de imágenes ligeras y graciosas con lo cual los esculpe y eterniza, erigiendo los unos en sentencia y dogma, las otras en tipo y modelo perdurables. Y cuando guiado de aquel soberano instinto que se llama inspiracion, emplea el ático escritor la maravillosa lengua en son de legislador y maestro, de galas tales viste su austera doctrina y sanos preceptos que hace del libro didáctico obra de placer y entretenimiento en la cual se aprenden y guardan las enseñanzas de lo necesario y útil, sin haber buscado ni advertido en ella más que los solaces de lo deleitoso y ameno.

De ahí la tradicion imperecedera de Horacio, su vida inextinguible, su influjo perpétuo, manifiesto á veces y públicamente profesado y enaltecido, secreto otras y relegado á íntimo y escondido culto, segun el vaiven que las mudables y encontradas aficiones humanas imprimen á nuestros gustos, hábitos y ocupaciones.

Acaso poeta ninguno justificó más de lleno su título de «vates,» adivino, cuando en uno de sus cantos á Melpómene, escribía:

Non omnis moriar; multa que pars mei
vitabit Libitinam.

No ha muerto en efecto; y si á tiempos palidece y aparenta ocultarse la luz de su memoria, luego renace y torna á mostrarse ufana con sus inmortales resplandores. El más tibio aficionado á libros con ser tal aficionado, si se pone alguna vez á estudiar y reconocer literaturas de pueblos medianamente cultos, luego se halla con las huellas indelebles de aquel arte príncipe, seducción de espíritus levantados y escogidos, en que se simboliza y compendia la más alta civilización del gran pueblo latino, su exquisita elegancia próxima á trocarse en enervación y menosprecio de la templanza y la energía, su ostentoso y regalado vivir que habrán de degenerar no tarde en molicie y corrupción estrechas. En él vive y late el eco postrero de la virtud romana, el culto de los dioses, el amor á la gloria patria, la indómita soberbia, el ánsia de dominación, la confianza en la propia fortuna, la sagaz política de tomar del vencido cuanto del vencido puede traer provecho, grandeza y adelanto, artes ó letras, leyes ó costumbres.

Mal pudiera eximirse de la seducción horaciana nuestro insigne paisano y colaborador asídulo Sr. Menéndez y Pelayo, á quien el voto común de la crítica serena, puramente literaria pone al lado de los ilustres humanistas, universales en conocimientos, firmes en doctrina, profundos en juicio, gloria, de aquel Renacimiento, de donde vino á engendrarse y florecer la civilización moderna.

Intrépidamente aventurado desde sus años infantiles en los extensos y no bien explorados mares de la bibliografía donde tan felizmente le guían su prodigioso tino, madura razón y constancia sin ejemplo, el joven escritor montañés hallábase sin duda á cada paso, donde quiera, y más amenudo tal vez en aquellos autores y libros en cuyo estudio le detenía su patriótico celo ó su devoción ardiente á las muertas lenguas y letras clásicas, vivaces y menudos vestigios de la poesía y genio horacianos, así en versiones y paráfrasis, como en citas, imitaciones y comentarios.

Y sintiendo y experimentando como en tales encuentros y hallazgos se refrescaba su númen crítico, acendrándose su gusto, y tomando nuevos bríos su entusiasmo é incansable afán de saber, determinóse movido de generosa inspiración á hacer partícipes á los demás españoles de iguales benefi-

cios, y ahorrándoles todo trabajo y laboriosa fatiga darles cuidadosamente recogido y ordenado en un libro, cuánto en las lenguas literarias de la península y en sus libros es testimonio de la memoria de Horacio, sujecion á sus leyes, homenaje á su estilo, honrada y animosa voluntad de hacerle nuestro, de imitarle, seguirle ó interpreferarle.

¿Habrémós ahora de decir á nuestros lectores montañeses de cual manera habilísima y amena ha realizado su propósito el hijo predilecto de nuestra literatura patria?

¿Necesitaremos encarecer á los lectores de la REVISTA cuántas prendas de valía atesora el *Horacio en España*, su caudal erudito, sus deleitosas, galanas y literarias formas, y selecta doctrina y buena crítica? Son las mismas que brillan en todos los escritos de un autor, las que los justifican y robustecen dándoles calor y sávia, las que acrecientan y extienden cada dia su buena fama, las que los hacen ser asiduamente buscados por cuantos desean aprender en breve espacio, que no les consienten mayor sus obligaciones y negocios, ó depurar lo aprendido, ó acrisolarlo en la comparacion de opiniones más valientes, ó justificadas ó juiciosas.

No hay reminiscencia horaciana perdida en cualquiera de nuestros escritores españoles, verso suelto, imágen, pensamiento, ó forma de lenguaje que se esconda á la diligencia del perspicaz y entendido bibliógrafo, el cual recorriendo los fastos de nuestras letras desde los autores en los siglos medios influidos y educados por la aparicion de las obras del arte antiguo, hasta los modernos y contemporáneos deletrea por decirlo así, la tradicion; escoge en ella cuanto es luz y gloria, cuanto vale y enseña, cuanto pueda ser ejemplo ó regla de bien pensar y mejor decir, y lo apunta y expone, siempre en forma precisa, de modo claro, no dejando á indifefentes y perezosos la escusa de que lo árido del estilo ó lo embozado del razonar los aleje de su lectura. Y cuando en su camino se encuentra entre los insignes devotos de su modelo con alguno de aquellos ingenios excelentes, honra la mejor de España, como el poeta de la *Noche serena*, ó el incomparable prosista de los *Sueños*, detiéndose complacido y complaciente con el lector, y diseña y pinta en rápidas y acertadas frases la índole particular de cada uno de ellos, las altas calidades de sus obras, su significacion y valer en la obra colectiva del nacional ingenio.—Estos juicios breves, precisos, y admirablemente trazados han de quedar como forma definitiva y pura de la opinion.—Algo dice tambien de autores vivos; á muchos de ellos satisfará su justificacion, y ninguno con razon podrá alzarse de sus juicios, deseoso de mayor benevolencia.

Pero ántes de predicar con la palabra, nuestro ilustre erudito predica con el ejemplo y como introduccion á su obra pone una valentísima *epístola á Horacio*, escrita en endecasílabos sueltos, metro siempre pavorosó á versificadores castellanos por las muchas caidas y derrotas de que ha sido ocasion mísera, no deseado del vulgo, cuyo áspero oido, esquivo á delicadezas prosódicas del verso libre, se paga mejor de la música ménos vaga y dulce del aconsonantado. Vence el poeta, no hay que decirlo, las dificultades del metro, como el prosista las de la lengua, y el bibliófilo los escollos de la erudicion.

Sírvele de asunto, digamos de pretesto, un ejemplar de Horacio

de mal papel y tipos revesados,
vestido de rugoso pergamino,

el cual describe con amor de bibliófilo:

Nació en pobres pañales: allá en Huesca
Famélico impresor meció su cuna:
Ad usum scholarum destinóle
El rector de la estúpida oficina
Y corrió por los bancos de la escuela
Ajado y roto, polvoroso y súcio
El tesoro de gracias y donaires
Por quien al Lácio el Ateniense envidia.

.

Pero en las hojas profanadas del volúmen destrozado y feo se encierra la esencia del génio que inspira y mueve:

¡Cuánta imágen fugaz y halagadora
Al armónico son de tus canciones
Brotando de la tierra y del Olimpo,
Revolaban en torno al estudiante
Que ante la dura faz de su maestro
De largas vestimentas adornado,
Absorto contemplaba sucederse
Del mundó antiguo los prestigios todos!

.

y el libro continúa al cabo de tantas generaciones su obra de regeneracion y entusiasmo, inspirando al nuevo vate:

Yo también á ese libro peregrino,
Arca santa del gusto y la belleza,
Con respeto llegué, sublime Horacio:
Yo también en sus páginas bebía
El vino añejo que remoja el alma:
Todo en tí lo encontré, rey de los himnos,
Mente pelasga, corazón romano,
El vuelo audaz, la sentenciosa flecha
La ática sal, las mieles del Himeto,

La belleza eres tú!

¡Tiempo feliz de griegos y latinos!
Calma y serenidad, dulce concierto
De cuantas fuerzas en el hombre moran,
Eterna juventud, vigor eterno,
Culto sublime de la forma pura,
Perenne evocación de la armonía.

Vén, libro viejo; vén, alma horaciana!
Yo soy latino y adorarte quiero.

Esta profesión de fé literaria, concisamente y en tan bellas formas expuesta, desenvuélvese tácitamente en la prosa que forma el libro de que damos cuenta, al cual parece haber dado alma y sér, y es en más alto acento proclamada y expuesta y razonada en el *utilólogo* que lo termina, cuerpo de doctrina literaria que harán bien en meditar reposadamente, ó para adoptarla ó para combatirla, cuantos profesores se ocupan en institutos y universidades peninsulares de la enseñanza literaria.

No se crea, sin embargo, que la doctrina de nuestro autor es doctrina de estancamiento y retroceso. ¡Cómo se habría de escapar á su inteligencia clarísima el espíritu de los nuevos tiempos y su necesario é inevitable influjo! Harto vé y comprende

...este hervir incesante de la idea,
Esta vaga, mortal melancolía
Que al mundo enfermo y decadente oprime
Sus fuerzas agotando en el vacío,

por ello y para remedio de esa tristeza indefinible é inquieta del arte contemporáneo, de esa nostalgia de una patria deseada y desconocida, invoca el arte antiguo,

. . . . otra lumbre
Antes encienda el ánimo del vate:
El vierta añejo vino en odres nuevos,
Y esa forma purísima pagana
Labre con mano y corazón cristianos.

Las enumeraciones de lugares, personajes y títulos horacianos que esta epístola contiene con modelos de dición y gusto. Pero llevados del encanto de nuestra lectura y del juicio, en cada página más fortalecido del minucioso y delicado exámen que el nuevo libro merece, nos habíamos olvidado de que esta sección de nuestra revista no tiene más objeto que anunciar someramente los libros, sin entrometerse á explicar sus bellezas ó sus defectos. Creemos que nuestros lectores no han de quejarse por ello, y que ántes bien los habremos puesto en deseo, cuando de antemano no lo estuvieran, de apreciar por sí el admirable y duradero monumento levantado á la par á la gloria y recuerdo de Horacio y á tantos buenos escritores castellanos, portugueses, catalanes y gallegos por nuestro esclarecido compatriota Don Marcelino Menéndez y Pelayo.

H.

DE LA SOBERANÍA TEMPORAL DE LOS PAPAS, por *Don Mariano Herrero Martínez*; opúsculo premiado en el certámen de la *Juventud Católica* de Barcelona, celebrado en 10 de Junio de 1877.—Barcelona, Imprenta de los herederos de la V. de Pla.—1877.

Curioso es y digno de loa este opúsculo que debemos á la cortesía de su autor, jóven jurisconsulto de Burgos, y enlazado con vínculos de estrecho parentesco á una respetable familia de esta ciudad.

Divide el Sr. Herrero su tan breve como luminoso trabajo en dos partes. En la primera demuestra palmariamente que el poder temporal de los papas, es el más antiguo de cuantos existen en la tierra. En la segunda prueba la necesidad de ese poder que, según el vizconde de la Ferroniere, nada papista ciertamente, es indispensable «para que el jefe de doscientos millones de católicos no esté supeditado á ninguna potencia, y pueda ejercer su augusto ministerio, elevándose sobre todas las pasiones humanas.»

Si notable es el opúsculo por la copia de datos y de razones que en los estrechos límites de su primera parte sirven de apoyo á la tesis, y por el método y la claridad con que se exponen, no lo es ménos por la firmeza de juicio y lucidez de criterio con que el Sr. Herrero acomete y lleva á feliz remate el segundo punto de su difícil empresa; difícil decimos, no porque la materia no sea sustentable á todas luces lo mismo ante la razón que ante el sentimiento, sino por la angostura del terreno en que el autor se ha visto precisado á revolverse, con tal acopio de pertrechos.

Pero la mejor prueba del relevante mérito de la obra á que consagramos estas líneas es el haber sido premiada en un certámen al que tantas otras acudieron.

Sinceramente felicitamos al Sr. Herrero por lo merecido de triunfo ¡y en verdad que será lástima que quien tan bizarramente sabe portarse en las primeras lides, deje enmohecer sus armas por desuso!

LOS GARCI LASOS.

IV.

EL ABNEGADO.

Decia el buen Fernando del Pulgar, dirigiendo sus *Claros Varones de Castilla* á doña Isabel la Católica y tratando de este Garci Laso, que, para describir las grandes acciones, debian ser castellanos los héroes, y los historiadores, romanos; porque, de cada una de aquellas hazañas proverbiales de los Horacios, Decios, etc., se hallarian en nuestra patria infinitos ejemplares; mas pocos ó ninguno dignamente transmitidos á la posteridad. Algo habria que decir sobre esto; y, por nuestro gusto, preferimos los toscos romances del Cid á una pulida imitacion de la Iliada; teniendo en más ser siempre españoles, que descendientes de troyanos, ó cualquiera otra gente. Pero reconociendo el hecho de nuestra altiva indolencia para ensalzar nuestras cosas, diremos, con Pulgar, que celebrado fué el hecho de Horacio Coclés, defendiendo la puente Sublicia contra todo un ejército, mientras la cortaban detrás; pero no menos héroe fué el Garci Laso, que reunió á la valentía y serenidad de Coclés la abnegacion de Decio, por lo que le llamaremos el *Abnegado*, para distinguirle de tantos otros Garci Lasos dignos de memoria. Tambien pudo hacerla Pulgar de Ruy Diaz Gaona, defensor del puente de Logroño, y acaso no se necesita hacer, por tan notoria, de Diego García de Paredes, en el del Garellano; pero una ventaja, ya hereditaria, lleva Garci Laso á estos y al romano Coclés, que fué á morir, sin volver las espaldas.

Pulgar, asaz lacónico en sus biograffas, apenas dice de este Garci Laso sino que era muy *esencial*: largo en obras, corto en palabras, y que murió «ofreciendo su vida por la salud de las suyos»; porque viéndolos perderse huyendo de los moros, volvió atrás y tomó un paso estrecho don-

de peleó hasta morir tanto espacio, que les dió tiempo para salvarse. Pondera tambien su serenidad y lo certero de sus golpes en las más recias lides. Pero el Cancionero m. s. de Gomez Manrique, Corregidor de Toledo, tío del conocido poeta Jorge Manrique, da algunos otros pormenores. Parece era nuestro héroe sobrino del marqués de Santillana y caballero de Santiago, distinguido y amado de su Maestre, que en aquel mismo sitio donde murió peleando le habia armado caballero, por sus proezas en otra lid anterior. Si se hubiera de tomar al pié de la letra la indicacion de que descendia del que pasó primero el Salado, creeriamos que fué biznieto de Gonzalo Ruiz de la Vega, y que, por haberse extinguido la varonía en la línea primogénita de los Garci Lasos, usó este nombre y apellido de la Vega la rama de Gonzalo Ruiz. En este supuesto, bien pudiera ser este Garci Laso padre del embajador y abuelo del poeta, que ambos fueron tambien de la orden de Santiago; pero el apellido Figueroa, usado por el hermano del embajador, indica más bien descendencia del marqués D. Iñigo Lopez de Mendoza; ó de su hermana doña Elvira Laso, casada á trueco de doña Catalina de Figueroa, mujer del marqués, con Gomez Suarez de Figueroa, primer señor de Fesia, y hermano de doña Catalina.

El sitio de esta accion heróica debió ser en las cercanías de Baza; pues no sabemos de otro territorio, en el reino moro de Granada, que se llame *la Hoya*, como le titulan las octavas de arte mayor en que Manrique describe el suceso; (sino es que quiso dar este nombre á la vega de Granada, como indica llamarle el lugar mayor de tierra de moros.) Trasladamos algunas, aunque son más curiosas que modelos de poesía. En ellas aparece que Garci Laso tal vez no muriera, si, por combatir mejor, no llevase descubiertas la boca y garganta, pues volvieron luego, acaso reforzados, ó ya puestos en orden, sus compañeros á recoger el cadáver, evitando las ignominias que acostumbraban y aun acostumbran los moros con sus enemigos muertos. ¡Lástima que aquella honrosa vergüenza no se manifestara antes!

«*Definicion del noble caballero Garci Laso de la Vega.*

»A veinte un dias del noveno mes,
El año de cinco, despues de cincuenta;
E cuatro centenas poniendo en la cuenta,

E nueve centenas, é una despues,
Estando bien cerca del lugar que és
Mayor, de la Foya de tierra de moros,
En nuestras, ví, gentes sospiros é lloros;
E ví lo's contrarios facer al revés.

Allí era el llanto con sangre mezclado,
Lágrimas iban, con lanzas, echadás;
Allí los gemidos é las cuchilladas
Facian un son muy desacordado;
Allí por sacar el cuerpo finado,
Avia ruido, é tan espantoso,
Que ninguno era tan poco medroso
Que non estubiese asaz demudado.

Lloraban, plañian, parientes, hermanos,
Por ser así muerto, por un ballestero,
Aquel esforzado gentil caballero
Que otro mejor no fué, por sus manos;
La contra facian los perros paganos,
De los cuales era su lanza temida:
A muchos, con ella, tirando la vida,
E otros dejando con cuerpos mal sanos.

Oyendo lo cual, con gran turbacion
Teniendo en el campo quien bien me doliese,
Sufrirlo no pude que presto no fuese
A saber quien era aquel buen varon,
Por quien se facia tal lamentacion;
Lo cual pregunté á uno muy paso;
Llorando me dijo: «est'es Garci Laso;
Matóle saeta, por gran ocasion.» (1)

Est'es aquel que sangre facia,
Primero que nadie, en los enemigos;
Est'es aquel que, por sus amigos,
La vida é hacienda de grado ponía;
Est'es aquel que tanto valía
Que nunca, por cierto, morir se debiera.
Murió por gran falta de una habera,
Que, por ir más suelto, traer no quería.

Este jamás perdió su reposo
Por grandes peligros, nin fuertes temores,
Antes en priesas é miedos mayores,
Allí se mostraba menos temeroso.
Este fué tanto, en armas, dichoso
Que no lo fué mas el fijo mayor
Del buen Rey troyano, nin su matador,

(1) Casualidad.

Por mucho que Homero le pinte dichoso.

Est'es aquel mancebo, nombrado,
Que non fué Troylo, en su tiempo, mas;
Est'es aquel que nunca jamás
Fué visto vencido, magüer que sobrado;
Este, sin duda, há bien demostrado,
En cuantas peleas é casos se vió,
Venir del linage de aquel que pasó,
Con tanto peligro, primero el Salado.

Aqueste que vedes aquí, muerto ya,
Por quien esta gente tan fuerte se clama,
Aquí comenzó la su buena fama,
La cual, mucho tarde, ó nunca morrá.
En aqueste mismo lugar donde está
Le armó caballero, en una gran lid,
Rodrigo Manrique, el segundo Cid,
A quien de su muerte mucho pesará.

Este, muriendo al Rey fizo pago;
Pues que delante sus ojos fué muerto,
Su órden, muy bien guardando, por cierto,
De nuestro Patron Señor Santiago;
Faciendo en los moros non menos estrago
Que los descendientes, en sí, de Cadino;
Mostrando ser bien, sin duda, sobrino
Del noble Marqués Señor de Buitrago.»

No atinamos qué Cadino es el nombrado por Manrique, si no aludiese á la fábula de Cadmo, (leyendo mal este nombre) que, sembrando los dientes de la serpiente Python, nacieron soldados y se mataron unos á otros. Pero el Marqués Señor de Buitrago era indudablemente el de Santillana, D. Iñigo Lopez de Mendoza, que vivió hasta 1458: Señor de Hita y Buitrago por línea paterna, cuando menos desde su abuelo Pedro Gonzalez de Mendoza, de quien cantó el romance sobre la batalla de Aljubarrota:

«Así dijo el montañés,
Señor de Fita y Buitrago,
Al Rey D. Juan el Primero;
Y entróse á morir lidiando.»

ANGEL DE LOS RIOS Y RIOS.

VERSOS DE ANTAÑO.

MELODÍA.

No es el dormido lago que refleja
sobre terso cristal limpios celajes,
cual te fingió la ardiente fantasía
del alma tuya imágen.
Esas ondas que, apenas conmovidas
al manso vuelo de la brisa errante,
en el lecho de flores guarnecido
de sus riberas yacen;
esas ondas que copian transparentes
la sombra de los olmos seculares
y cariñosas besan suspirando
las hojas de los sauces;
esas aguas que roza en anchos giros
por verse en ellas retratada el ave
y al resplandor del día centellean
entre los verdes árboles,
del viento al polvoroso torbellino,
que airado cruza de la sierra al valle,
su misteriosa transparencia acaso
súbito ven turbarse,
ó de su oscuro fondo removido
se alzan hirviendo ocultos cenagales
cuando nublado tronador de otoño
en lluvia se deshace.
Tal vez recia tormenta las sacude
y por los campos fértiles se esparcen
anegando entre férvidas espumas
las flores de su márgen.
No así tu ardiente corazón se agita

del proceloso mundo en los combates,
no así su vírgen transparencia turba
la hiel de los pesares.
Mas, ¿ves la blanca estrella solitaria,
lucero misterioso de la tarde,
que entre el vapor incierto del crepúsculo
tímida luz esparce?
esa, del alma apasionada y pura
es, ¡oh flor de los trópicos! imágen
sobre la tierra ruda derramando
sus resplandores suaves.

Del pantano en las aguas cenagosas
y de la limpia fuente en los raudales,
igual, sereno y sin mancilla, viene
su rayo á reflejarse,
y al cielo llama los inquietos ojos
que el infortunio ó el pesar distraen,
y en pos de una mirada, al cielo envía
el corazon sus ayes.

AMÓS DE ESCALANTE.

GOMEZ ARIAS Ó LOS MOROS DE LAS ALPUJARRAS.

III.

Cada uno de ellos miénten tiene al so,
abrazan los escudos delant los corazones;
abaxan las lanzas abueltas con los pendones;
enclinan las caras sobre los arzones;
batienlos caballos con los espolones,
tembrar quierle la tierra dod eran movedores.

POEMA DEL CID.

Amaneció el siguiente día, y las avenidas del circo se vieron invadidas por los vecinos de Granada y sus innumerables huéspedes. Todos estaban ansiosos de presenciar un espectáculo que se esperaba había de sobrepasar en magnificencia á cuantos de aquella clase habían visto. Fuera de los muros de la ciudad, se había preparado un espacioso terreno, completamente llano y desembarazado de todo estorbo, para que tuviesen en él lugar los varios juegos de fuerza, de valor y de destreza, en que consistían las justas; y se había construido una galería provisional, que se extendía por ambos lados de un extremo á otro de la liza. En el testero más próximo á la ciudad se levantó un castillete de madera, construido con el mayor esmero, pintado para que figurase un edificio de piedra, y de bastante capacidad para contener cierto número de guerreros. En la torrecilla central del castillo flotaba una gran bandera, blasonada con una cruz roja, festonada de oro, como escudo de la Orden de Calatrava, cuyo gran Maestre era el *Mantenedor* de las justas. Flameaban al rededor de aquellas otras banderas de menor tamaño, que pertenecían á los cuatro justadores que voluntariamente se habían ofrecido á secundar al Mantenedor, y que estaban, á la vez que él, obligados á aceptar el reto de todos los caballeros que quisieran romper con ellos lanzas. A cada lado del castillo se elevaban dos tiendas, y delante de cada una

estaba colocado el pendon y el escudo del caballero á quien pertenecía, y á su puerta permanecía un escudero pronto á transmitir las demandas de los que se presentasen. Enfrente del castillo y al otro extremo del circo se habia levantado un espacioso y magnífico pabellon, adornado con pendoncillos y con un gran número de ingeniosos escudos heráldicos, bordados hábilmente de oro y plata sobre brocado de verde seda. Delante estaban colocados, en artificiosos grupos, espadas, lanzas y broqueles, y toda clase de armaduras, como símbolos del objeto á que estaba destinado el pabellon, dispuesto exclusivamente para el uso de los caballeros que desearan entrar en liza contra el Mantenedor ó cualquiera de sus sostenedores. En el centro de la galería á la derecha del castillo se habia construido una plataforma para la Reina y su acompañamiento. Estaba cubierta de paño de escarlata, y sobre ella se extendía un rico dosel de brocado de púrpura, encima del que se veian lucir las armas unidas de Castilla y Aragon en un escudo de oro abrillantado. Ocupaban el espacio de la plataforma las damas de honor y otras señoras de la grandeza, y varios nobles caballeros de la Côte. Al frente del sitio que correspondía á la Reina se veian los jueces del torneo, á quienes tocaba decidir sobre el mérito de los competidores y adjudicar los premios. Los demás sitios, á uno y otro lado del trono, estaban destinados á varios individuos de la nobleza y gente principal de Granada, mientras que las dos alas de esta galería y toda la del frente pertenecían al público, sin otro derecho de preferencia que el del primero que los ocupase.

De pronto las ponderosas campanas de la catedral llenaron el aire con sus sonidos, y las bandas militares, situadas en el circo, rompieron en alegres y animadas tocatas en señal de la llegada de la Reina.

A poco apareció ésta rodeada de un numeroso séquito, y fué aclamada con entusiasmo por la multitud, cuyo gozo á la vista de su amada soberana, sólo podia compararse con el placer que la inspiraba la perspectiva del torneo.

Doña Isabel se presentó suntuosamente ataviada con un rico traje de terciopelo carmesí, adornado con perlas. Una delicada y costosa banda del más fino encage, prendida en la parte posterior de la cabeza, cubría con sus graciosos pliegues su hermoso cuello y torneados hombros. En esta espléndida toquilla aparecian bordados con hilos de oro leones y castillos y otros atributos de las armas de España. La Reina lucía tambien las cruces de las órdenes de Santiago y Calatrava, profusamente incrustadas de diamantes y preciosas piedras de inmenso valor.

Desde aquel momento ofreció el circo el aspecto más deslumbrante y grandioso. En una parte se veía desplegado todo el esplendor de la Corte; y la centelleante pedrería y los lujosos atavíos y las ondulantes plumas indicaban el sitio en donde estaban reunidas la ilustre alcurnia y la belleza de España, con todo el esplendor de su gloria y su magnificencia. Sin duda alguna que hacia esta parte del circo se dirigia más particularmente la atención, porque siempre en aquellos espectáculos, en que iba á hacerse alarde de marcial destreza, el interés se fijaba en las damas, por cuya sonrisa se rompian lanzas y se hendian yelmos. No disminuía el sentimiento de entusiasmo, que inspiraba la contemplacion de esta escena, el aspecto de la galería opuesta que, aunque en más humilde escala, contribuía, sin embargo, con lo vistoso y alegre de sus trages y la espresiva animacion que demostraba, al efecto general del conjunto. La ostentosa exhibicion de las armaduras de gala, el rico plumage que se mecía sobre las cimeras, el brillo de los escudos y de los bruñidos coseletes, el relinchar de los fogosos bridones, que caracoleaban por la arena, y los aires marciales que con sus armoniosos ecos poblaban por intervalos el espacio, escitaban poderosamente la imaginacion y disponían el ánimo para los altos hechos de la caballería y de las armas.

Un toque de clarines y trompetas anunció que el torneo iba á dar principio. En pocos momentos despejaron la arena los que por ella discurrían, escepto los heraldos, que, espléndidamente ataviados con trajes de carmesí y oro, y precedidos de los clarines, se adelantaron á los cuatro ángulos de la liza á pregonar el reto. Formulado éste segun las reglas de la caballería sería supérfluo trascribirle aquí. Su sentido era que el Mantenedor y sus cuatro campeones Don Manuel Ponce de Leon, el Alcayde de los Donceles, el conde de Cifuentes y Don Antonio de Leiva invitaban á romper con ellos lanzas á cualesquiera caballeros que quisieran disputarles la posesion de la liza. Tan pronto como terminó el pregon, los heraldos se retiraron á sus puestos; sonaron de nuevo las trompetas, se abrieron de par en par las puertas del castillo y los cinco caballeros se lanzaron á la arena.

No era dable sobrepujar la riqueza de sus arneses, la brillantez de sus armaduras, ni la gallardía de su continente. El gran Maestro vestía una magnífica armadura de acero, cuyo coselete estaba abrigado con plata, y todas las piezas con adornos incrustados del mismo metal. Sobre la armadura llevaba una dalmática de blanco terciopelo, que era el color que habia adoptado. En su escudo, sobre campo de plata, sobresalía la cruz roja de Calatrava, que lucía tambien

en su pecho, con el siguiente mote al rededor.—*Por Esta y por mi Rey.*

Don Manuel Ponce de Leon, llamaba en segundo lugar la atencion de los espectadores. Su armadura era igual á la del *Mantenedor*, escepto la ropa que era de terciopelo carmesí. En su ancho escudo llevaba por blason las barras de las armas aragonesas concedidas á sus ilustres antepasados por los reyes de aquel país; y además cuartelado sobre ellas un leon rampanté en campo de plata, cuya divisa, segun la tradicion, habia sido adoptada por el famoso troyano Hector, de quien los antiguos cronistas franceses aseguraban que descendian los Ponce de Leon. Debajo de las armas se leía en letras encarnadas el siguiente lema:—*Soy como mi nombre.*

Las armaduras de los otros guerreros eran parecidas á la del *Mantenedor*; la sola diferencia ostensible consistia en el color de la ropa y en la diversa divisa que ostentaba cada uno en su broquel, ya como indicadora de sus sentimientos, ya tomada de los atributos heráldicos de su familia. El color de los fogosos corceles de los cinco caballeros era blanco como la nieve; y no podia darse nada mas hermoso que sus gallardas proporciones y la magnificencia de sus arrees. Herian el suelo con inquieto pié, y saltaba de su boca blanca espuma á los impacientes movimientos que les ocasionaba la sujecion á que se sometia su fiereza. Estaban cubiertos con largas gualdrapas de costoso brocado, bordadas con oro ó plata, segun el color del traje de su ginete, y sus crines y colas adornadas con lazos de vistosas cintas.

Los cinco caballeros avanzaron al paso hasta llegar al frente del sitial de la Reina, y allí hicieron á la vez doblar las rodillas á sus caballos; y despues de haber saludado con cortés ademan, bajando sus lanzas, recorrieron el circo caracoleando, como si tomasen de él posesion. Despues de varias evoluciones, durante las que se hicieron oir los acordes de la música, se dirigieron al centro de la arena, pararon en firme, arrojaron uno de sus guantes al suelo, y se retiraron al castillo en el mismo orden en que habian salido de él. Sonaron de nuevo las trompetas é inmediatamente un grupo de apuestos caballeros penetró galopando en la liza, ansiosos todos de recoger aquellas prendas del reto. Los que no lo lograron se retiraron inmediatamente, y los cinco caballeros que tuvieron mejor fortuna, se colocaron enfrente del pabellon. Lucfan estos campeones cotas españolas de fina malla, con abillantado peto incrustado de oro; y sus ágiles caballos berberiscos, de pelo negro como el ala del cuervo, parecia que habian sido elegidos para contrastar con

los de los mantenedores. Los cascos de los caballeros casi desaparecían bajo espesas garrotas de plumas blancas y encarnadas. El jefe de tan apuesta banda rehusó descubrir su nombre, por más que fuese conocido de sus cuatro compañeros, que le garantizaron unánimes. Sin embargo por el singular valor y destreza que demostró después el incógnito caballero, creyeron todos reconocer en él al renombrado Gonzalo de Córdoba, que en un rapto de cólera irreflexiva se había retirado de la Corte, y perdido la gracia de la Reina. Los otros cuatro caballeros se reconocían fácilmente por sus divisas y colores. Entre ellos el que más se distinguía era el joven Don Pedro, hijo de Don Alonso de Aguilar. Se había comprometido en un lance mayor de lo que sus juveniles fuerzas consentían, é inspiraba general interés, tanto por sí mismo como por la consideración de su ilustre padre. Ostentaba en su escudo un águila de oro, emblema de su nombre, elevándose al cielo y sujetando entre sus garras el cadáver de un Moro. Debajo se leía el siguiente lema:

«Le subiré hasta el cielo
porque dé mayor caída.»

Este escudo pertenecía al mismo Don Alonso de Aguilar, que se vió no ménos satisfecho que sorprendido de que su hijo hubiese elegido semejante divisa en aquella ocasión. Pero todos aplaudieron en el joven Don Pedro aquella manifestación del odio inextinguible á los enemigos de su patria, que venía heredado de sus antepasados, cuyo pensamiento había ocupado siempre, aún en medio de los juegos y de las distracciones. Al lado de Don Pedro cabalgaba Garcilaso de la Vega, orgulloso de mostrar el bronceado escudo, que había heredado de su padre, en el que se destacaba la sangrienta cabeza de un moro, pendiente de la cola de un caballo negro, y á su alrededor las siguientes palabras—*Ave María*:—divisa que los Garcilasos ostentan, en conmemoración del combate singular que uno de su linage sostuvo contra el forzudo moro Audala, que con insolente impiedad y en señal de desprecio, ató la santa salutación á la Virgen en la cola de su caballo. Los otros dos campeones eran el Conde de Ureña y el joven Sayavedra, ambos tenidos, en aquella época de caballerosas acciones, por bravos y apuestos caballeros.

Se dirigieron seguidamente al castillo, y después de la ceremonia de golpear dos veces en el broquel que estaba colocado á su frente, y haber determinado cada uno la tienda de su competidor, se retiraron al extremo opuesto. Los cinco mantenedores se presentaron inmediatamente y desde luego pudo anunciarse que iba á tener lugar un reñido encuentro.

Sin duda alguna que sería difícil escoger en toda España diez caballeros más valientes; y su reconocida destreza era garantía para los espectadores de que iban á presenciar hechos fuera de lo comun en tales casos.

Dada la señal partieron impetuosamente; pero tal era su habilidad en la equitacion y tan amaestrados y dóciles sus corceles, que todos ellos llegaron al mismo tiempo al centro de la liza, cerrando en el encuentro tan simultáneamente, que su espantoso estrépito se oyó como si hubiese sido el efecto de un sólo y tremendo choque. Las lanzas se partieron por el mismo puño, pero los caballeros volvieron á sus puestos en medio de los ruidosos aplausos de la multitud. De nuevo se lanzaron con la rapidéz del viento, y de nuevo se encontraron con la misma precision, pero no con el mismo resultado; por que en este encuentro se consideró la victoria de parte de los mantenedores. Los dos jefes tan sólo no sufrieron daño; sus lanzas saltaron en pedazos como anteriormente, pero ellos permanecieron firmes y enhiestos en las sillas. No así los demás: el jóven Don Pedro no pudo contrarrestar la superior fuerza de la edad viril de Ponce de Leon; Garcilaso fué desmontado por Don Antonio de Leiva; y los otros dos sufrieron graves percances del Alcalde y del conde de Cifuentes.

Las aclamaciones de los espectadores y los acordes de las músicas proclamaron la victoria del Mantenedor y de sus sostenedores, que se retiraron al castillo con su buena fortuna, dispuestos á hacer frente á todos los demás aventureros que se presentasen. El jefe del vencido bando, que tan honrosamente habia disputado el campo al gran Maestre, manifestó el propósito de sostener con él un combate singular; pero se opuso á este deseo el director de las justas, que declaró que se habia entrado en liza bajo las condiciones del cartel, y no podia por tanto, con sujecion á las leyes del torneo, batirse segunda vez con el mismo caballero en aquel dia. Se sometió el caso á los jueces, que le decidieron en contra de la demanda, y en su consecuencia se vió aquel obligado á desistir de su empeño.

Grande fué la satisfacción del *Mantenedor* y sus asociados, que, vencidos los caballeros mas temibles, se imaginaban arrogantes que cualesquiera otros que se presentaran les proporcionarian fácil victoria. Ciertamente que ésta opinion era la general, tanto más cuanto que pasaba el tiempo sin que caballero alguno se presentase en la liza á disputarles el triunfo.

Don Pedro profundamente mortificado montó de nuevo en un fuerte caballo, se dirigió al castillo y retó al mismo *Man-*

tenedor. Don Alonso de Aguilar vió con placer y al mismo tiempo con pena el noble arranque de su hijo; porque si bien se regocijaba al verle dotado de tan indomable valor, temblaba á la vez por las consecuencias de su temeridad.

Sonó el tímpano dos veces, el gran Maestro se presentó y quedó sorprendido de la presuncion del jóven aventurero. Ocuparon sus puestos; dieron la señal las trompetas, se lanzaron al encuentro los campeones y en este primer choque tan igual fué la ventaja, que el circo todo estalló en aclamaciones entusiastas. Sin duda alguna que fué este el encuentro más importante; y todos esperaban el siguiente con ansiosa espectacion. Las damas con especialidad, inclinadas siempre en favor de la juventud, cuando ésta arrostra la superior fuerza de la edad viril, agitaban sus pañuelos y bandas para animar al jóven caballero, cuyo espíritu en verdad no necesitaba de semejantes estímulos. No fué este tan afortunado en el segundo encuentro; porque el Mantenedor, celoso de su fama, comprometida contra un jóven, se condujo con mayor cuidado y llamó en su auxilio toda la fuerza y toda la destreza de que era capaz. Don Pedro no pudo contrarrestar el choque; la lanza saltó de su mano sin romperse y se vió obligado á abandonar honrosamente el campo que continuó en poder de los sostenedores.

Sonaron en el castillo los écos de los clarines en señal del triunfo y de nuevo reto, mientras que en el pabellon, ningun caballero manifestó deseos de renovar el combate. Pasó así largo rato, y los heraldos, segun la costumbre, volvieron á llamar á la lid sin que ningun caballero compareciera. Transcurrieron aún otros diez minutos y publicaron un segundo pregon, sin que tuviese contestacion tampoco. Ya se consideraba indudable el triunfo del *Mantenedor*, y los heraldos se disponian á dar el tercero y último pregon, cuando se vió que un caballero se dirigía á toda rienda hácia el circo, y, despues de golpear violentamente en la barrera, para que se la abriesen, se encaminó sin mas ceremonia hacia el castillo. Los reyes de armas le salieron al paso por que nadie podia entrar en la liza con los mantenedores, sin que previamente manifestase su nombre y sus títulos, ó por lo menos presentase una persona conocida que atestiguara que era un leal y verdadero caballero.

El incógnito se vió por tanto obligado á detenerse; pero haciendo una seña al heraldo para que no publicase el tercer pregon, cabalgó hacia Don Pedro, y separandole á un lado, conferenció en secreto con él. El jóven Aguilar se adelantó inmediatamente con señaladas muestras de sorpresa y de satisfaccion y garantizó á su nuevo compañero. Esta cir-

cunstancia, no menos que la apostura del campeón desconocido, produjeron viva curiosidad é interés. Iba éste completamente cubierto por una armadura de acero pavonado, sobre la que llevaba una corta dalmática de terciopelo negro, suntuosamente bordada de oro. En su brillante yelmo lucía gran profusion de plumas negras y blancas, y en su lanza flameaba un pendoncillo de iguales colores. Cubría su pecho un ponderoso escudo, sin divisa alguna y con este solo lema: «*Conocelle por sus fechos.*» No traía consigo ni escudero, ni page, y toda su persona parecía rodeada de tal aire de misterio, que esto contribuía á aumentar el interés que su inesperada aparicion habia desde luego producido.

Se lanzó con tan desatentada carrera hacia el castillo, que dió lugar á creer que se habia desbocado su caballo y que el jinete corria peligro de estrellarse contra el muro. Un espontáneo grito de terror salió de todas las bocas; cuando el incógnito caballero, próximo ya á chocar contra la valla y á la distancia de dos pies escasos, recogió de pronto las riendas, y paró su caballo en firme, como si hubiese echado raíces en el suelo. Un grito de admiracion sustituyó al del espanto que habia ocasionado su precipitada carrera, y todos se perdieron en conjeturas sobre el incógnito caballero. La noble arrogancia del lema «*Conocelle por sus fechos*» hizo dar mayor importancia al acto que acababa de ejecutar. Se dirigió al broquel y le hirió con fuertes y prolongados golpes, y vibrando su lanza en frente del castillo y de cada una de las tiendas, manifestó así su deseo de combatir con todos. Acto tan átrevido produjo una nueva salva de aplausos, y sorprendidos los mantenedores se presentaron en el esterior del castillo, con aire de duda á la vez que de lastimado orgullo. El incógnito caballero dió vuelta á su caballo, y se retiró á esperar que se preparase el Mantenedor, á quien por razon de su carácter correspondía batirse el primero. Los acordes de las trompetas dieron la señal, y los campeones partieron uno contra otro con velocidad estrema. El choque fué tremendo, saltaron rotas las lanzas, y doblaron las corbas los poderosos corceles á la repercusion del golpe. Tomaron los combatientes nuevas lanzas y se apercibieron para un segundo encuentro; pero el caballo del Mantenedor, ya por efecto de un espanto ó cualquiera otra causa, se apartó de pronto de la línea al medio de la carrera, y el jinete, perdida la direccion del golpe, hubiese proporcionado fácil victoria á su antagonista, si este, rehusando generosamente la ventaja del acaso, no hubiese esquivado el encuentro y dando media vuelta dirigiéndose á su puesto para esperar á que el Mantenedor se recobrase. Este último correspondiendo á su

vez á la cortés accion de su adversario, desistió de un segundo encuentro y se retiró al castillo.

Avanzó en seguida D. Manuel Ponce de Leon, contento de la ocasion, que le proporcionaba la suerte, de recoger los laureles á que habia renunciado el adalid. Este caballero, en opinion de muchos, era el más temible de los cinco. Los frecuentes combates singulares, que habia sostenido con los Moros, y otros notables hechos de armas le habian alcanzado una gran reputacion. Se presentó en la liza tan seguro de su fuerza, como confiado en el triunfo. En el primer chóque, se observó en su favor una pequeña ventaja porque, habiendo conseguido dar de lleno con el hierro de su lanza en el peto del contrario, se vió bambolear en la silla al desconocido, mientras que D. Manuel permaneció inmóvil como una roca; sin embargo no pudiendo este golpe considerarse como ventaja decisiva los dos campeones se prepararon á un segundo lance. De nuevo los ligeros corceles volaron sobre la arena y de nuevo se encontraron los combatientes en terrible choque. Este fué desgraciado para Ponce de Leon, que sufrió tan grave caida, que si no hubiese sido por el fino temple de su armadura, la Reyna hubiese perdido uno de sus mas apuestos guerreros. Fue el caso, que rotas las cinchas de la silla, y no pudiendo el caballo contrarrestar la violencia del encuentro, retrocedió bamboleándose y rodó al cabo por tierra, arrastrando á su jinete en tan tremenda caida. Ponce de Leon se levantó con mucha dificultad, porque habia recibido una dolorosa contusion y fué retirado á espaldas del castillo, presentándose en el acto el Alcayde de los Donceles, ganoso de vengar la desgracia de su compañero. Ofreció sin embargo débil resistencia, porque el campeón desconocido parecia adquirir nuevas fuerzas á cada encuentro. Más débil fué aún la que pudo oponerle el Conde de Cifuentes: con tal habilidad fué desmontado por su antagonista, que pareció de pronto que ensartado en la punta de la lanza le depositaba en el suelo. Las aclamaciones de los espectadores, y los acordes de las músicas se reproducian á cada una de estas pruebas de fuerza y de maestría, y el triunfo del caballero incognito fué considerado como seguro. Sólo le faltaba ya combatir con el más jóven y, segun comun opinion, con el menos renombrado de los sostenedores. El jóven Don Antonio de Leiva, sin embargo, con el marcial y atrevido porte, que tanto le distinguió mas adelante, demostró cuán poco le intimidaba la repetida y extraordinaria fortuna del valeroso campeón.

Sonaron las trompetas, se enristraron las lanzas, partieron los caballos, y en medio de un profundo silencio se oyó el espantoso estrépito del choque. Pasó el momento de angus-

tia y se convirtió en alborozado tumulto de placer y de admiración. Los campeones, aunque tan desiguales en apariencia, se manifestaron perfectamente iguales: ambas lanzas saltaron al aire en trozos, y el tremendo choque, que los combatientes habían resistido, no parecía que había producido otro efecto que detener á los caballos en su impetuosa carrera. Los caballeros volvieron inmediatamente á sus puestos. Se dió de nuevo la señal y de nuevo partieron con la velocidad de la flecha; rompiéronse de nuevo las lanzas y los caballos recularon á la violencia del choque. La sorpresa y la alegría agitaron el pecho de los espectadores, se hizo lugar la esperanza en los abatidos ánimos del Mantenedor y sus compañeros del castillo, y la desesperación y la rabia se apoderaron del corazón del incógnito caballero. Hizo un movimiento de violenta cólera al empuñar la nueva lanza que le presentaron, la vibró en el aire como para asegurarse de su consistencia; y dando la vuelta con su caballo, pareció resuelto á poner fin á las esperanzas de su adversario en el siguiente encuentro. Con desesperada carrera se lanzó, inclinado el cuerpo adelante, contra su contendiente, que, previendo el furioso ataque que necesitaba sostener, reunió todas sus fuerzas para oponerle una resistencia proporcionada. El incógnito, casi tendido sobre su caballo, eligió por blanco resueltamente el pecho de su antagonista, mientras Don Antonio, que adivinó su intención, dirigió su lanza á la cabeza de su adversario, lo que, aunque difícil suerte, podía, en caso de éxito, asegurarle el triunfo. El desconocido, cortó el golpe bajando rápidamente la cabeza, mientras que la cólera, que en su pecho hervía, con tal poder secundó sus esfuerzos que el intrépido Don Antonio cayó, no sin que hiciera vacilar en la silla á su contrario, y arrancándole con la punta de la lanza la garzota que adornaba su casco.

La victoria por tanto fué completa y por todas partes se oían vivas exclamaciones de admiración. El incógnito caballero, vencidos todos sus contrarios, recorrió gallardamente el campo de la liza, haciendo á su diestro y dócil caballo ejecutar graciosos aires de equitación. Después se dirigió al frente del trono de la Reina, bajó la punta de la lanza y obligó á su corcel á arrodillarse. Al pasar por delante de Doña Leonor de Aguilar hizo también un afectuoso saludo. Entretanto delicadas manos arrojaban sobre él copiosa lluvia de matizadas cintas, blancos y perfumados guantes, flores y otras prendas de agasajo, como justo tributo al valor y la destreza. Después de haber cumplido con esta muestra de cortesía, sin esperar á recibir el premio del torneo, que tan merecidamente le correspondiera, aplicó la espuelas á su

caballo y desapareció rápidamente de la vista de la satisfecha y admirada multitud.

Fué el incógnito objeto de congeturas para todos; había sobrepujado á cinco campeones que no tenían iguales en la córte de Doña Isabel, y sólo un hombre, quizás, podia ser capaz de acciones tan estremadas; pero se hallaba en aquellos momentos fugitivo, perseguido por la ley, y su presencia en la liza le hubiese puesto en peligro. Sin embargo las extraordinarias proezas del caballero, y la circunstancia de haberse adelantado Don Pedro á responder por él, cuando entró en el circo, no dejaban lugar á la duda de que fuese el ilustre desterrado. Además de que la significativa sonrisa que la Reina dirigió á Don Alonso de Aguilar, cuando saludó á su hija el campeón, y el rubor que cubrió las mejillas de la doncella daban á ver que había sido reconocido indudablemente su futuro.

La marcha de éste proporcionó á los jueces ocasion de adjudicar el principal premio á Don Antonio de Leiva, á quien, segun el juicio por ellos formado, tanto como por la opinion general, era debido en justicia. Seguidamente se hicieron oír los ecos marciales de las músicas; se retiró la Reina seguida de su numeroso y espléndido acompañamiento, y todo el mundo abandonó el circo, completamente satisfecho de los lances del día; empleando el resto de él en aplaudir y discutir el diverso mérito de los caballeros, que tan cumplidamente les habian entretenido.

(Continuará.)

LA CONFESION.

(FRAGMENTO.)

« Me acuso, padre, de que,
estando juntos un día,
él un beso me pedia,
pero yo se le negué.
Gran enfado le mostré;
mas él siguió en su porfía;
y tanto en ello insistia,
que al fin, padre, le besé».

« ¡ Nunca besado le hubiera!
que de su aliento al calor
derritióse mi pudor
cual se derrite la cera.
Chispa que encendió una hoguera.
fué áquel beso engañoso,
y aquel instante de amor
mi felicidad postrera.»

M. HACHE.

TRADICIONES Y CREENCIAS ASTURIANAS.

IV.

Amantes de las viejas labanderas, á las que protegen en las tempestades, son los respetados *nuberos*.

En las crestas de altos montés, cubiertos casi siempre por perpétua nieve y donde se niega vida á toda planta, habitan los rápidos *nuberos*. Pequeños y desproporcionados, tienen los brazos largos y fornidos, el cuerpo estrecho, é indecisa la mirada. Sus vestidos blanquecinos son girones de niebla.

Montados en nubes rojas, precursoras de tempestad, mueven la guerra entre los elementos, irritan al Océano, cargan las nubes de granizo, y, acompañados de truenos y alumbrados por relámpagos, dirigen á su antojo los beneficios y las calamidades.

Ligeros como el viento sobre que flotan, recorren los campos de los buenos labradores, limpian su tierra de insectos dañinos, que depositan en grandes sacos y que, á su vez, arrojan á las heredades de los hombres inhospitalarios, poco caritativos y dominados por la embriaguez.

Suavizan el rigor de las estaciones, segun que los mortales lo merecen, pues aman y premian á los buenos, como castigan y aborrecen á los malos.

Son tambien agradecidos y así lo demuestra este cuento tradicional.

Apenas rayaba el alba cuando un pastor salió para *llindar* sus ganados.

Á orillas de un arroyo halló á un *nubero*, maltratado y casi espirando.

Compadecido el buen pastor de tal desgracia, le llevó á su choza, donde le rodeó de asíduos cuidados y le volvió á la vida.

Reconocido el *nubero* duplicó sus rebaños, le trasportó en una nube á la region del fuego, le mostró sus maravillas, le colmó de riquezas y le volvió á depositar en su choza.

Fertilizó sus tierras, le defendió de las tempestades, y el buen pastor alcanzó tranquilo su cuarta generacion.

V.

Gallardo y generoso doncel marçha de la aldea.

Léjos de su patria no volverá á ver á su cariñosa madre, ni á sus hermanos pequeñuelos, ni su florida quintana, ni al amor de sus amores, niña hermosa del pueblo, codicia de galanes, y envidia de las otras jóvenes.

Ella dará buen pago á su constancia, pues por sus amores vela el *moro*.

¿Quién es este ser, protector de los amantes, que anima sus esperanzas, endulza la ausencia, aleja los celos y, escarmentado en su cabeza, hace huir de los corazones la negra ingratitud?

Escuchad la poética relacion, que oí contar en animada *fila*, sentados los oyentes al rededor del *llar*.

Lejos, muy lejos de Asturias, en África, á la falda de una elevada cordillera, en un valle encantador, alzábase un palacio, mansion de delicias, donde habitaba una joven árabe, la más hermosa, de las nacidas bajo aquel ardiente cielo.

De su hermosura prendóse un guerrero, señor de muchos castillos fronterizos.

Y ambos se amaron, y extasiados vieron pasar sobre su cabeza muchas lunas sin apercibirse de sus cambios.

El partió para la hermosa España, en cuya conquista, años hacía que sus hermanos peleaban.

Pero juró por el Profeta, por los siete cielos y por el Koran no olvidar sus amores del alma, á la sultana de su corazon y de sus pensamientos.

Partió, y un ligero navío de blancas velas cortó con su proa las azuladas aguas del estrecho de Gibraltar.

Al fijar su planta en España encontró una tierra que aventajaba en grandeza á aquella donde habia visto por primera vez la luz del dia.

La hermosura de las mujeres cautivó su atencion, y esclavo muy pronto de una bella cristiana, cautiva en una escaramuza, no tardó en olvidar sus juramentos antiguos.

La olvidada mora en vano esperó la vuelta de su amante. Creyéndole muerto se vistió de luto, y aquel palacio, morada de dichas, le pareció morada de dolor.

Porque le faltaba la luz de sus ojos, el joven guerrero, señor de muchos castillos fronterizos.

Pero tornaron de España algunos soldados, y dijeron que su amante vivía.

Sintió celos, horribles celos; dejó el palacio, cruzó el mar y llegó á la Iberia.

Buscó al olvidadizo amante y le encontró á los pies de una hermosura nazarena.

Tan cruel desengaño mató las ilusiones de su corazon y sintió nacer en su alma, antes pura, el deseo de la venganza.

Siguló como si fuera su sombra á los amantes.

Y cuando en una tarde del otoño los vió deleitarse en el hermoso panorama que se alcanzaba desde la cima de un precipicio, los precipitó consigo en el abismo.

Cuentan que al caer sonó un beso de los amantes, que confundido con el aura, fué gimiendo entre los árboles, que iba despojando de sus hojas.

Desde entonces en las noches claras y apacibles se ven dos blancos fantasmas, que vagan por los montes y colinas, por los valles y llanuras á orillas de los arroyos y de los rios, velando por los amores de las niñas.

¡Ay de la niña infiel! ¡ay del inconstante amante que á pesar de sus juramentos se olvida de su antiguo amor!

¿Qué le pasó al moro? qué á la cristiana?

VI.

El hombre rinde á la naturaleza el tributo con que la vida termina.

En los supremos instantes en que el espíritu formado á semejanza de su Criador, vá á alejarse de la materia, despojándola de fuerza vital; en esos inesplicables momentos llamados agonía, cuenta el sencillo astúr que se aparece la *hueste*, anunciando el ocaso de la vida.

Dan aquel nombre en nuestras montañas á una triste procesion de negros fantasmas, que provistos de velas verdes, cuya llama oscila y chisporrotea, vagan y rondan á las altas horas de la noche por iglesias y cementerios y sobre todo en el fúnebre hogar del moribundo.

Otros afirman que conducen sobre sus hombros el ataud, el barco, en que segun la bella espresion de un cantor popular, atravesamos el rio que nos separa de la vida eterna. En el ataud se distingue un bulto que vá tomando la forma y cuerpo del agonizante, segun se aproxima y se realiza su muerte. Entonces principia el cántico triste de la *hueste* y las campanas de la iglesia comienzan á doblar á *muerto* anun-

ciendo con su lengua de bronce que un ser ha traspasado los dinteles de la eternidad.

Cuando en lo más risueño de su edad de ilusiones, es una joven soltera, virgen y hermosa la que se muere, entonces es otra la *hueste*.

Los fantasmas son blancos y llevan un adornado ataud con la efigie de la niña vestida de blanco, coronada de flores y con una palma rizada, símbolo de la pureza de su alma. Cuando su último suspiro vuela al cielo acompañado por el llanto de la familia y compañeras, los fantasmas entonan patéticos cantos y días después suelen adornar con rosas la modesta y sencilla tumba de la virgen.

¡Temida *hueste*, Dios te aleje de mi querido hogar!

VII.

También los marinos tienen en sus creencias y tradiciones, sus géneos protectores.

En las rocas y peñas de la borrascosa costa asturiana, que baña el mar Cantábrico, moran los esbeltos y pequeños *espumeros*.

De simpáticas y bellas formas son notables por su sedosa cabellera, y su nacarada frente aparece frecuentemente coronada por hojas de plantas marinas. En sus manos llevan una sonora concha que, á guisa de instrumento musical, manejan con estremada maestría.

Balanceados por las ondas, los *espumeros* acompañan á las embarcaciones, jugueteando en torno de ellas y con pres-teza y astucia se libran de los remos de las barquillas.

El canto de dolor ó de placer que el marino exhala en la cubierta del buque es acompañado por las trompas sonoras de los *espumeros*.

Cuando la embarcación, desapareciendo en lontananza pierde de vista el puerto, el *espumero* lleva hasta los lares del marino su pensamiento y su canción.

Débiles para resistir la lucha de los elementos, huyen cuando se acerca la tempestad y ellos son los que, convirtiéndose en denso vapor, oscurecen la luna y las estrellas.

Aman á las Nereidas ó ninfas del mar; pero, inconsecuentes como la mujer, suelen también codiciar el cariño de las Nayadas, hermosas deidades de los ríos, por cuya corriente suben, pero sin alejarse mucho de su querido Océano, pues huyen de las miradas de los vivientes, á escepcion de los marinos, con cuyo trato están familiarizados.

VIII.

Huyen los niños y van á refugiarse al regazo de su querida madre.

Las niñas del pueblo se atemorizan al pasar solas por un parage oscuro. Y hasta los fornidos jóvenes del lugar no se atreverán de seguro á penetrar en la casa donde habita el *trasgo*.

He aquí el ser enigmático, causa del pavor popular.

¿Y qué es el *trasgo*? Un brujo, diablo ó duende (pues no está averiguado todavía) de condicion maligna, susceptible de tomar varias formas, que suele hacer su vivienda en casas deshabitadas, en ruinosos palacios y en abandonados castillos.

Alarma continúa para los vecinos se asegura que sus lugares favoritos son las chimeneas y los desvanes.

A las altas horas de la noche, suelen causar grandes ruidos, que los campesinos interpretan por el arrastrar de cadenas. ¿Qué busca el *trasgo*? «No se averiguó, pero ante todo bueno es tener precaución,» esclama el vulgo.

IX.

Los diminutos y poéticos *ventolines*, reyes de la [noche apacible, son seres sobrenaturales y simpáticos que habitan el histórico país asturiano. Sueltos y hermosos, moran por el día en la region del fuego, donde se forjan los rayos, y cuando la noche cubre la tierra con su negro manto tapizado de estrellas, entonces los *ventolines* flotan y vuelan por el espacio siendo fácil distinguirlos á la claridad de la luna, á través de los rayos de ese poético sol de los lobos.

Protectores del sueño, no turbado por espantosas visiones, cuidan de abrir los párpados del labrador cuando la noche espira y se vislumbra el día.

A su dulcísimo canto duermen los niños en la cuna, y una infantil sonrisa se dibuja de continuo en sus lábios, hasta que la madre cariñosa los despierta.

Los *ventolines* son los mensajeros que trasportan suspiros del amante, los que sorprenden el pensamiento del ser amado para llevarlo á la mente del que ama.

Cuando léjos, muy léjos de nosotros, alguna persona que-

rida exhala su postrer suspiro, suena un desconsolado ¡ay! en nuestra ventana, y es el benéfico *ventolin*, que nos avisa de la desgracia.

Los *ventolines* inspiran al bardo las serenatas de amor y cuando de la imaginacion del poeta brota un hermoso canto, son los *ventolines* los autores de sus bellos pensamientos. En lejanos años ellos inspiraron á aquellos trovadores, que en la callada noche cantáran bajo las almenas de los castillos de Pajares y Alba de Oviedo, de Tudela y Gozon, de Priorio, de San Cucado y Coyanka.

Los *ventolines* son los que cantan en la velada de San Juan, mientras las bellísimas *xanas*, bailan y danzan dirigidas por la *xana* mayor ó reina de las *xanas*.

Dios bendiga el hermoso *ventolin*, génio misterioso, caritativo y filantrópico, de quien pudiera cantarse con Villegas al Céfito.

Dulce vecino de la verde selva,
Huésped eterno del abril florido,
Vital aliento de la madre Vénus;
Céfito blando;

Si de mis ánsias el amor supiste,
Tú que las quejas de mi voz llevaste,
Oye, no temas, y á mi ninfa dile,
Díle que muero.

• • • • •
Así los dioses con amor paterno
Así los cielos con amor benigno,
Nieguen al tiempo que feliz volares
Nieve á la tierra.
• • • • •

X.

Los *familiares* duendes ó diablillos, como temidos, tan amados, tan apasionados como vengativos, son otros de los seres que cuenta la mitología asturiana.

Sus proceder con los hombres es el de éstos para con ellos; se determinan segun aquellos los amen ó maltraten.

F. CANELLA SECADES.

(Concluirá.)

MEYERBEER.

Una gélida noche del año de 1796 hallábanse en Berlin, agrupados al rededor de una chimenea en la cual chisporroteaba alegre llama, cinco individuos de muy diferentes edades. Dos de ellos veían próximo el término de sus años: los otros tres gozaban entonces del albor de la vida.

Beer, rico banquero y sus tres hijos Guillermo, Miguel y Jacobo eran los que en union de *Meyer*, antiguo amigo de la familia aprovechaban el suave calor de la abrasada leña.

Guillermo y Miguel, que debían ser mas adelante astrónomo el primero y poeta dramático el segundo, entreteníanse en aquel momento, en formar en batalla, sobre anchurosa mesa numerosas falanges de soldados de plomo. El banquero y su amigo hablaban de los acontecimientos políticos y Jacobo tecleaba en el piano algunas piezas escogidas de difícil ejecucion. Tenia entonces cinco años.

Poco á poco dejaron los niños de jugar; cesó la conversacion de los ancianos y quedáronse los unos y los otros inmóviles y atentos, como clavados y fascinados por los dulces ecos de una sonata alemana que el infantil pianista magistralmente ejecutaba.

—Quién te ha enseñado esa pieza? preguntóle Meyer admirado, apenas resonó el acorde final.

—Nadie, contestóle el niño; la encontré arrinconada entre los papeles de mi padre y pareciéndome bonita, quise ensayarla.

—*Beer*, exclamó entonces Meyer dirigiéndose al padre del inteligente *repentista*. Desde hoy tu familia puede contar entre sus notabilidades financieras una notabilidad musical.

Algunos meses despues fallecía el bondadoso anciano que tan hermoso porvenir augurára al pequeño músico, dejándole en su testamento toda su fortuna á condicion de que habia de añadir á su apellido paterno el de su amigo y protector. Esta condicion fielmente cumplida salvó del olvido el nombre de Meyer.

No defraudó Giacomo las esperanzas que desde tan tierna edad hiciera concebir, pues cuatro años mas tarde presentóse en un concierto de Berlin alcanzando por primera vez los merecidos aplausos de un público inteligente.

Lauska, Clementi y B. A. Weber, enseñáronle armonía y composicion durante sus primeros años; pero, aunque mucho debe á estos sus mas profundos conocimientos musicales no los adquirió hasta que ingresó en la Academia filarmónica del Abate Vogler, que era uno de los mejores teóricos y quizá el primer organista de Alemania. En dicha Academia tuvo por condiscípulos á Carlos María, Weber, Wenter, Knecht, Ritler, Gaensbacher, etc., de todos los cuales el primero fué, por simpatía y semejanza de inclinaciones, su mas íntimo amigo.

Diez y ocho años contaba, cuando nombrado ya por el Gran duque de Darmstadt compositor, terminó su primera ópera titulada *El voto de Jephthé*, obra escrita ateniéndose estrictamente á las reglas escolásticas. Su estreno en el teatro de Munich (1812) valióle al jóven *maestro* un brillante triunfo.

Animado con los aplausos recogidos y pareciéndole en estremo limitado el horizonte de su patria para que pudiese en él desarrollarse un génio como el suyo, trasladóse á Viena, dispuesto á competir con *Hummel*, célebre profesor que era con justicia celebrado en la capital de Austria. Airoso salió de su competencia; pero si bien como pianista fué aplaudido, no sucedió lo mismo como compositor. Predominaba entonces en Viena el gusto por la música italiana, no es de extrañar por tanto que su ópera *Abimelek*, toda de estilo aleman, sufriese un completo fracaso.

Salieri, veterano en tales lides, animó cuanto pudo al desgraciado autor asegurándole que á pesar de la severidad con que habia sido juzgada su ópera, no carecía esta de mérito y aconsejándole viajase por Italia donde no tardaria en recobrar su primitivo prestigio.

Hízolo así Meyerbeer (1816), y al escuchar las deliciosas melodías del *Tancredo* de Rossini, entusiasmóse tanto con aquel estilo que antes en demasía despreciára, que procuró imitarlo.

Varias óperas nuevas, en las que predominaba la melodía, atrajeron sobre su nombre brillantes coronas de laurel, así en Padua como en Turin, Venecia y Milan.

No debia, empero, continuar su carrera artística sin experimentar nuevos sinsabores. Enfermó en Roma y sin poder terminar su ópera titulada *Almanzor*, regresó á Berlin (1823).

Apenas húbose restablecido de sus dolencias quiso hacer

oir á su ciudad natal la mas aplaudida de las obras que en Italia compusiera.

La fama por él adquirida, y la influencia que la buena posicion de su familia le aseguraba, vencieron facilmente los obstáculos que la empresa del teatro de Berlin en un principio por timidez oponía; pero así como los gustos de un individuo no suelen ser semejantes á los de otro, de la misma suerte una nacion desecha mas de una vez como cosa de poca valía el objeto de arte ó la obra de ingenio que otra, más en consonancia con la índole artística del autor, entusiasmada admira. En efecto, no bien principiaron las representaciones de *Emma de Resburgo*, estalló sobre ella una estruendosa tempestad de críticas. Meyerbeer fué denunciado por multitud de literatos y compositores como un renegado del estilo tradicional aleman, que en su juventud aprendiera.

El público adoptó la opinion de los perseguidores del *Maestro*, y la empresa del teatro sufrió de resultas del mal éxito de la *Emma* tantos quebrantos, que no se determinó á intentar segunda prueba con la ópera *Il Crociato*, apesar de los triunfos que en todas las capitales mas importantes de Europa, en aquella época, á Meyerbeer proporcionaba.

Weber, que era entonces Maestro de Capilla y director del teatro de Dresde, convino en todo con los críticos y creyó hacer un señalado servicio á su amigo y condiscípulo, presentando de nuevo en el teatro aleman su antigua ópera *Abimelek*, al mismo tiempo que se ejecutaba *Emma* en el italiano. Escribió, además, muchos artículos lamentando el cambio de estilo que adoptara Jacobo y procuró reconciliar al público con sus primeras óperas y convencer á su amigo que debia retroceder á su primer y superior estilo.

Los resultados no correspondieron á los deseos de Weber; pero debemos hacer constar en honor suyo, que no por haber desaprobado las óperas italianas de Meyerbeer, dejó de trabajar, hasta donde alcanzaron sus fuerzas, para que se oyesen en Dresde, con toda la perfeccion de que son susceptibles las obras humanas.

Meyerbeer se casó en 1827 y tuvo dos hijos que fallecieron á los pocos meses de nacidos. Estas desgracias le entristecieron de tal modo que durante dos años vivió en completa soledad, dedicado á componer obras musicales de carácter religioso. Las mas notables de ellas son las tituladas *Miserere*, *Stabat-Mater* y *Te deum*.

Beneficioso para los aficionados á la buena música fué sin duda el influjo que las reflexiones del retiro ejercieron en el modo de componer del ilustre maestro. Habia fluctuado hasta entonces entre el armonioso pero seco estilo de Alemania y

el dulce y sencillo de la ardiente Italia; mas cuando al aparecer de nuevo, en las lides filarmónicas, presentó á la crítica parisiense su gran ópera *Roberto el Diablo*, amigos y enemigos, seducidos por la novedad de su rica instrumentacion y halagadoras melodías, no pudieron menos de aplaudir unánimes el nuevo estilo de Meyerbeer, estilo que puede calificarse de europeo pues en él se funden el alemán y el italiano, el religioso y el dramático, de un modo original, de un modo mágico que tiene el privilegio de subyugar los gustos de todas las naciones.

A la grandiosa ópera *Roberto el diávolo*, sucedieron con intervalo de algunos años otras varias no menos notables.

Para mayor claridad y exactitud damos á continuacion la lista de todas las que Meyerbeer dejó terminadas y la de los años y ciudades en que se estrenaron.

Munich,	1812—1. ^a	ópera.	<i>El voto de Jepte.</i>
Viena,	1813—2. ^a	»	<i>Los amores de Tecelinda.</i>
»	» —3. ^a	»	<i>Abimelek ó los dos califas.</i>
Padua,	1818—4. ^a	»	<i>Romilda y Costanza.</i>
Turin,	1819—5. ^a	»	<i>Semiramide riconosciutta.</i>
Venecia,	1820—6. ^a	»	<i>Emma de Resburgo,</i>
»	» —7. ^a	»	<i>Margarita d' Anjou.</i>
»	1822—8. ^a	»	<i>El desterrado de Granada.</i>
»	1824—9. ^a	»	<i>Il Crociato.</i>
París,	1831—10	»	<i>Roberto el diablo.</i>
»	1836—11	»	<i>Los Hugonotes.</i>
Berlin,	1844—12	»	<i>El campo de Elena.</i>
»	1846—13	»	<i>Struensee.</i>
Londres,	1848—16	»	<i>El profeta.</i>
París,	1854—15	»	<i>La estrella del Norte.</i>
»	1859—16	»	<i>Dinorah.</i>
»	1865—17	»	<i>La africana.</i>

La Africana, última de las admirables obras de Meyerbeer, se estrenó despues del fallecimiento de su autor.

El inspirado maestro, nacido en Berlin el dia 5 de Setiembre de 1791, espiró en París á los 72 años de edad, el 2 de Mayo de 1864 y fué enterrado en la capital de Prusia el 7 del mismo mes.

Serfa mucho atrevimiento en nosotros querer señalar los defectos que, en las diez y siete óperas mencionadas, algunos críticos envidiosos ó descontentadizos, encuentran.

Bastará para terminar este ligero bosquejo biográfico indicar que son tantas las bellezas que en todas y especialmen-

te en *Roberto*, *Los Hugonotes*, *Dinorah* y *la Africana* se atraen el ánimo del auditorio, que conceptuamos inútil y mezquino fatigarnos en buscar en ellas faltas.

Las obras de los génius no se juzgan, se admiran.

TOMÁS FERNANDEZ DE CASTRO.

1875.

NUBES.

I.

Esa nube vaporosa
riente en el firmamento
ha nacido en el aliento
de tu boca perla y rosa.

II.

Y esa otra nube sombría
tristeza de los albores
se ha formado en los dolores
y en la hiel del alma mía.

ALBINO A. MADRAZO.

SECCION BIBLIOGRÁFICA.

PÁGINAS SIN NOMBRE.—Coleccion de poesías de Ricardo Oláran.—Santander.—Imprenta de Solinis y Cimiano. 1877.

La poesía, ese arte mágico, reflejo vivo del adelanto y cultura de los pueblos, centinela avanzado de todas las civilizaciones, ha cantado en los mil variados tonos de la armonía, las hazañas de los héroes y los guerreros, la vida tranquila y pacífica del campo, las bellezas de la naturaleza y los dulces sueños de puro amor, produciendo génius brillantes de cuyas sonoras arpas se exhalaban notas sublimes, que nos transmitieron con Virgilio el sabor clásico de los buenos tiempos de Roma y con el Dante el espíritu religioso y caballeresco de la Edad media; pendientes de ella están los siglos y no cabiendo su ambicion en lo creado, vuela por inmensas regiones, fabrica mundos nuevos, embellece mansiones encantadas y las puebla de seres venturosos; habla cautivando el oído con su armonioso sonido; pinta con maravillosos colores; describe con seductoras y ricas imágenes; todo de ella recibe vida y movimiento; todo lo personifica; la hermosura, la sabiduría y el poder, están representados por Vénus, Minerva y Júpiter; Eco no es ya un sonido vago, sino una ninfa que se queja de su desdeñoso amante, y en fin, los placeres, las ilusiones, las engañosas esperanzas y esos ayes de dolor y raptos de alegría que se escapan del alma, son otros tantos surtidores donde encuentra ancho campo y espacioso á su vuelo.

Páginas sin nombre, libro que acaba de dar á luz nuestro paisano y simpático amigo D. Ricardo Oláran, encierra preciosas composiciones que inspiró el entusiasmo por el recuerdo de otros tiempos y otras edades, la candente lágrima que abrasa pálida mejilla ajada por el dolor, la vista de la débil y ligera barquilla surcando las ondas y volviendo al puerto como blanca gabiota, el profundo sentimiento del co-

razon de un padre que vive y se recrea con el recuerdo del hijo, que ángel voló á adornar la corona de Dios, las luchas y venganzas de antiguos nobles mal contenidos por el poder real, y cuántos asuntos han sido dignos de llamar la atencion del poeta: ya era éste bien conocido entre los amantes de las letras montañesas, desde la publicacion de un tomo de lindas poesías que con la colaboracion del no ménos conocido y elegante poeta Sr. Plasencia, vió la luz en esta capital hace algunos años, y justos y merecidos elogios recogió entonces de los que no se ha hecho ahora ménos digno, viniendo con ambos libros á probar que en la lista de nuestros escritores de valía hay que añadir el nombre del autor de *Páginas*.

En la imposibilidad de ir una por una enumerando las bellezas de cada composicion, por no permitirlo la índole ni la estension de este trabajo, citarémos unicamente las que han cautivado más nuestra atencion por su forma ó por el sentimiento que las ha inspirado.

Las golondrinas, es una preciosa poesía, llena de sencillez y de ternura, en que el poeta canta á ese pájaro viajero de instinto maravilloso, que sólo aparece en nuestros campos y nuestras casas como nuncio y precursor del fecundante estío; la *Barca*, abunda en bellezas de todo género y en facilidad y gusto esquisito; *El muy magnífico señor Ferran Gonzalvez de Cossío*, es una leyenda montañesa, en que los caracteres de los personajes á que se refiere se hallan con vigoroso estilo delineados y marcada la época en la construccion del romance, de manera, que colocado éste entre los buenos del antiguo Romancero, no desmerecería en nada de ellos, particularmente en su tercera parte, ni en belleza, ni en sabor clásico, como lo demuestran entre otros los siguientes versos que pone en boca de Cossío, dirigiéndose al rey:

 Mi señor, que ya de serlo
 no quisiera que dudárais,
 pues yo des que ví la luz
 de tal honra blasonaba:
 no por elevado el trono
 de los reyes, libre se halla
 el príncipe que le ocupa
 de que se acerque la infamia
 á torcer rectas conciencias
 y á nublar preciosas almas

 Y hay cortesanos reptiles

y reptiles cortesanas
que ántes alientan los ódios
contra aquel á quien engañan
que cariño le procuren;
y así el que deben les falta.

A sus amigos Celia y Angel, en la muerte de su madre,
es una verdadera poesía del dolor; no aconseja el poeta úni-
camente la resignacion; les pide dolor y lágrimas, recuerdo
eterno, inmenso cariño y les dice:

Id, volad á su tumba, entre sollozos
recordarla, llorad y bendicidla.
Cuanto tenéis es de ella.... hasta las lágrimas;
pues á las suyas las debeis la vida.

Otra porcion de composiciones, llenas de ternura y senti-
miento y envueltas en lágrimas, dedica el poeta á la memo-
ria de su hijo, perdido en flor, tierno capullo arrancado al
amor de sus amantes padres; *Flor de un día; El dolor de los
dolores; Lágrimas; Soñando*, son otras tantas flores deposi-
tadas sobre la tumba del hijo querido, arrancadas del cora-
zon en momentos de triste recuerdo y desengaño desconsolador.

Páginas sin nombre es un libro de que no debe carecer un
montañés que sea amante de nuestra literatura, y si para me-
recer el nombre de poeta, se necesita abundar en ideas é
invenciones ingeniosas; prestar á la materia formas y pro-
piedades sensibles por medio de una rica y seductora imagina-
cion; poseer un oído delicado para el número y la armonia y
saber comunicar á los demás las conmociones y sentimientos
que el mismo experimenta, el Sr. Oláran puede vanagloriar-
se de haberlo conseguido con su libro, por el que le damos la
enhorabuena en nuestro nombre y en el de los amantes de
las letras montañesas.

E. F.

EL PLATO DE OTAÑEZ.

Sobre la antigua afición de montañés, el reciente deber de cronista de la provincia me pone en el caso de no dilatar más alguna contestación al llamamiento que nuestra Real Academia de la Historia dirigió á los literatos montañeses, cuando tuvo noticia de la antigualla titulada Plato de Otañez, y dió un pulcro grabado de ella en el tomo VI de Memorias de aquella eminente corporación.

«En 1826 dice, tuvo la Academia noticia de un plato descubierto, á fines del siglo pasado, en el valle de Otañez, cerca de Castro-Urdiales, en la provincia de Santander. Hallóse dentro de una cantera de donde se sacaba piedra para edificar, en la ladera meridional de la altura llamada *Pico del castillo*. Es de plata, de peso de treinta y tres onzas, con relieves, parte de ellos sobredorados, que representan varias figuras y árboles. En la parte superior se vé una ninfa que vierte de una urna el agua que cae por entre peñas. Un jóven coge de ella, para llenar una vasija; otro la dá con un vaso á un enfermo; otro está llenando una cuba, colocada en un carro de cuatro ruedas á que están unidas dos mulas. A los dos lados de la fuente hay dos aras, en que se ofrecen libaciones y sacrificios, y en el contorno la inscripción SALVS VMERITANA. El plato es de figura elegante, y en su parte inferior tiene escrito en caracteres poco perceptibles: L. P. CORNELIANI PIII::::: Todas las circunstancias de esta alhaja singular manifiestan origen romano, y que pertenece á alguna fuente de aguas saludables; sobre lo que toca discurrir á los literatos naturales de aquel país que sean aficionados á esta clase de conocimientos.»

Respetando tan competente dictámen, lo que primero me ocurre á la vista del grabado, y recordando las muchas que al país tengo dadas, es que, ni carros de cuatro ruedas, ni con tiros de mulas, han rodado por estas alturas y profundidades sinó en épocas muy más recientes que la fundición del plato en cuestión: (si plato es, y no taza, ó copa como á mi

me parece). Tampoco sé de manantial salútfero, entre los muchos que tenemos, al que pueda aplicarse el nombre de Vmeritano; ni, á la verdad, siento mucho que tan adentro de la frugal é indomable Cantábria, como el sitio donde ésta alhaja se halló, sea inverosímil fijar el origen de este claro testimonio de dominacion romana; de su lujo y enfermedades, congénitas á toda civilizacion viciosa. Por lo que á nosotros atañe, le creo más bien trofeo de guerra conquistado por nuestros antepasados, en tierra más fértil y opulenta ó parte de los tesoros que de allí vinieran, con sus dueños, á buscar la eterna y agreste independencia de estos riscos, cuando en ellos se estrelló la pujanza mahometana, que no detuvieran: ni las armas y disciplina de Roma; ni los desiertos arenales de Africa, ni las ondas del Mediterráneo, ni la ya decaída fiereza de los godos. Y advirtiendo que la palabra *Vmeritana* sólo difiere en una letra de *Æmeritana*, tal vez nada en la pronunciacion semi-indígena de entonces, (1) como en la de hoy se halla enteramente suprimida del nombre castellano *Mérida*, deduzco que á esta colonia de los veteranos de Augusto pertenece la construccion de esta memoria; bien cuando se descubrieron las aguas potables que despues se condujeron á la misma ciudad por magníficos acueductos, cuyos restos aún admiramos; bien cuando se empezaron á conocer las cercanas aguas medicinales de Alange, donde tambien se conservan bóbedas y otros restos de evidente construccion romana.

Porque, ni las aguas del Guadiana son puras en ningun tiempo, ni saludables en verano, cuando llegan á Mérida; manteniéndose casi estancadas en aquellas interminables llanuras: muy propias, eso sí, para carros de cuatro ruedas y tiros de mulas. No faltan, por otra parte, en Extremadura y especialmente en Alange, árboles ni peñas, como se representan en el plato; y abundan otros testimonios, no sólo de la riqueza de aquel país, en tiempo de la dominacion romana y goda, sino hasta de las manos meticulosas, ó confiadas, ó codiciosas aún mas allá de la tumba, en que vino á parar. En Almendralejo, antiguo territorio de Mérida, se halló el año de 1847 el gran disco de Teodosio; cuya descripcion, escrita por el Autimario de la antedicha Academia de la Historia D. Antonio Delgado, publicó la misma corporacion. Juntamente parecieron dos tazas, tambien de plata, y acaso semejantes á nuestro plato. Y tan apresurado debió andar el

(1) De aquel tiempo, próximamente, hay medallas de *Clunia* donde se grabó *Clou-nioo*; y Plotomeo escribió *Clounia*, (ensayo sobre las medallas celtibéricas, por Velazquez, P. 93.)

que ocultára el disco, que le maltrató, doblándole por medio para enterrarle mas pronto. Aún posterior á este hallazgo es el de las coronas de los Reyes Godos, en un subterráneo de las inmediaciones de Toledo, y cerca de ellas una lápida sepulcral de cierto Presbíter, acaso guarda-jurado de tal tesoro, que se llevase el secreto á la tumba; como es posible que se pierdan las riquísimas alhajas que en la iglesia del Santo Sepulcro de Jerusalem están ocultas, en condiciones semejantes, para librarlas de la rapacidad de los bajás turcos.

Más valiente ó confiado debió ser el que, desde Mérida, trasladó á Otañez el plato, taza, ó copa de que tratamos, probablemente cuando capituló aquella plaza con Muza, ó bien antes que la sitiara, segun parece más verosimil, atendida la codicia con que él y Jarik escudriñaron alhajas semejantes. ¿Puede presumirse que fuera algun miembro de las familias últimamente elevadas al trono de los Godos? ¿Algun hermano de D. Rodrigo? Aquel Pedro, Duque de Cantábría; descendiente de Leovigildo y Recaredo, y padre de Alfonso I? Tal vez el mismo D. Pelayo, porta-espada ó Armigero de Don Rodrigo, segun el monge de Silos, y que casó á su hija con D. Alfonso? Todo cabe en la esfera de lo posible, puesto que el primér cronista de la Restauracion, el obispo D. Sebastian, recogiendo las tradiciones de los viejos y de la familia Real poco más de un siglo despues de la invasion, dice que, de los que de linage régio quedaron, algunos se dirigieron á Francia; pero la mayor parte entraron en esta patria de las Asturias, y eligieron entre ellos Príncipe á Pelayo, hijo de Favila, que fuera Duque (¿de Asturias mismo?) y de linage régio.

Lo que no aparece tan claro, pero tampoco inexplicable, es porqué se ocultó aquí tambien el plato; pues que la invasion no debió tramontar la cordillera cantábrica, por esta parte de *peñas al mar*, hallándose la más cercana etapa conocida en Setos-cueva. (1) ¿Se halláron en minoría los godos refugiados, y temieron la antigua aficion del guerrero cántabro al latrocinio? ¿Robó y escondió el plato algun page infiel, ó cocinera golosa, temiendo despues descubrirlo, y descubrirse? ¿Le sonsacó á la cocinera, no muy limpia de guerrero moribundo, algun confesor adquisitivo, si no para sí, para su iglesia ó monasterio? ¿Se ocultó, despues, en alguna de las guerras civiles de tutorías y bandos, que derramaron más sangre y destrozaron más hacienda en este país que las lanzas y cimitarras moras? El discreto lector puede elegir de estas hipótesis la que más le satisfaga.

(1) Yn era D. CCC XXXVI fróyerunt Corduvenses Soutus covan Anaes Complutenses.

Una palabra más, sobre el nombre romano grabado en el pié de la taza. La descripción le escribe *L. P. Corneliani PIII*; pero el grabado indica mas bien *L. P. Corneli*, siendo difícil averiguar lo demás, entre los infinitos sobrenombres, que tuvo la familia Cornelia. El que más se asemeja es *Æmilianii*; pero, como al último parece indicarse el principio de la palabra *Augusti*, me inclino á que fuese dedicacion á una autoridad ó persona representante del Augusto, es decir, del emperador reinante, pues no hubo emperador Cornelio. Según la perfeccion de las figuras diseñadas, bien pudiera ser alguno de los españoles Trajano y Hadriano, (de cuyo nombre tambien nos hemos ocupado en suprimir la primera letra) y, por la proteccion que diera este Cornelio á la obra de los acueductos, ó baños indicados, se le dedicaría este recuerdo. Creo más verosímil fuese por las aguas de Alange, que aún se usan en bebida, además de baño; sin excluir tampoco la otra suposicion; porque el enfermo sentado, á quien un muchacho dá de beber, tiene en la otra mano con qué hacer boca; y si en una de las aras se hace libacion por un anciano, en la otra parece se presentan panes, ú otros alimentos sólidos, por un pastor calzado de corizas, como las que aún gastan los de ganado trashumante á Extremadura. Por consiguiente, tanto pudo agradecer la salud de los emeritanos aguas sanas para una buena digestion, como las medicinales para remediar digestiones malas.

Es cuanto por ahora puedo decir, salvo lo que una vista ocular del objeto me persuadiese digno de rectificar.

ANGEL DE LOS RIOS Y RIOS.

Proaño, Agosto de 1877.

EL ENFERMO.

Idilio de Andrés Chenier, traducido en verso castellano.

—«Apolo Salvador, Dios de la vida,
Dios del misterio y las salubres plantas,
Vencedor de Python, jóven, triunfante;
Apíadate de mi hijo, mi único hijo,
Y de su madre en lágrimas bañada,
Que sólo por él vive, y moriría
Si perdiése la lumbre de sus ojos;
Que no ha vivido para verle muerto.
Su juventud ampara: jóven eres:
Extingue en él la fiebre abrasadora
Que consume la flor de su existencia.
Si logra libertarse del sepulcro,
Mis arrugadas manos, de su estatua
Suspenderán al pié la copa de onyx,
Y cada estío, de un mugiente toro
La sangre correrá sobre tus aras.

—¿Siempre, hijo mio, tu silencio triste
Inflexible será?... ¿Matarme quieres?...
¿En mi cana vejez abandonarme?...
¿Tus párpados cerrar, unir tu polvo
A las cenizas de tu padre debo?
Yo esperaba de tí tales cuidados,
Yo esperaba que el mármol de mi tumba
Regáses tú con lágrimas y besos.
Hijo mio ¿qué pena te devora?
Doble amargura entraña el mal callado.
¿Nunca alzarás los ojos abatidos?»

—«Adios, madre... me muero... ya no tienes,
No tienes hijo, madre muy amada...

Te pierdo, que una llaga me consume
Ardiente, venenosa... Con trabajo
Respiro apénas, é imagino siempre
Que en cada aliento huye de mí la vida.
No hablaré más... adios... me ofende el lecho,
El peso del tapiz, me oprime todo...
Ayúdame á morir, pónme de lado...
Oh! ya espiro... dolor...

—«Ténte, hijo mio,
Toma esta copa, esta bebida apura,
Su calor te dará fuerzas y vida:
La adormidera, el díctamo y la malva,
Y mil potentes jugos que dán sueño
Vertió á mi ruego en el hirviente vaso
La hechicera Tesália. Ya tres vueltas
Ha dado el sol, sin que tu boca á Céres
Ni tus ojos el sueño conociéran.
Tóma, hijo mío: ríndete á mis ruegos.
¡Llora tú anciana, inconsolable madre,
Tú triste madre á quien amar decías,
La que otro tiempo enderezó tus pasos,
Te dió sus brazos, te ofreció su seno,
La que á hablar te enseñaba, y muchas veces
Con su canto las lágrimas detuvo
Que arrancaba á tus ojos infantiles
El brotar de los dientes doloroso.
Beba tu lábio pálido y helado
Que otro tiempo mis pechos oprimiera
Jugo que nutra, y tu dolor mitígue,
Cual tu infancia nutrió la leche mía.

—«¡Valles, collados, bosques de Erimanto,
Viento sonoro y fresco que las hojas
Sacudes, y las aguas estremeces,
Y levantas la túnica de lino
Que avara cubre su torneado seno!...
¡De leves ninfas saltadores coros!
¿Lo sabes, madre mía? En la espesura
Del Erimanto ni los lobos vagan,
Ni se arrastra la sierpe ponzoñosa...
¡Rostro divino, transparentes aguas,
Flores y danzas y sonoros cantos!...
¿Lugar más bello ofrecerá la tierra?...
Ya no veré esos brazos, esas flores,
Ni los cabellos, ni los piés desnudos,
Blancos y delicados... conducidme
A los umbrosos bosques de Erimanto,

Y allí contémples á la doncella hermosa
Por la postrera vez... Alzarse véa
Del humo de su hogar larga columna...
Allí acompaña á su felice padre,
Con pláticas sabrosas encantando
Su tranquila vejéz... ¡Dioses, la veo
El vallado saltar, suelta la trenza,
Y luego á lentos pasos dirigirse
De su madre al sepulcro donde llora,
Sobre él quedando pensativa, inmóvil...
¡Qué hermosa faz, qué celestiales ojos!...
Ay! ¿llorarás así sobre mi tumba?...
¡Oh si exclamasas, bella de las bellas:
Crudas con mi amador fueron las Parcas!»
—¿Con qué es el loco amor, pobre hijo mio,
Quien así, crudamente te ofendiera?
¡Hijo mio infelíz!... débiles somos,
Más siempre nuestro amor al hombre hiere.
Cuando lágrimas corren en secreto,
Siempre por el amor son derramadas.
Mas díme ¿en la espesura de Erimanto
Qué vírgen viste, qué gallarda ninfa?
¿No eres rico tal vez? ¿No eras hermoso
Antes que tus mejillas marchitára
La dolencia fatál?... Habla, hijo mio...
¿Es Egle, hija del rey de la onda pura,
Ó Iréne rúbia, la de largas trenzas?
¿Será por dicha la belleza altiva
Que en templos, en festines es mirada
De madres y de esposas con espanto?
¿Será la hermosa Dáfnis?...

—«Calla, madre,
Calla, que es orgullosa, es inflexible:
Más que las inmortales es altiva.
¿Por ella mil amantes anhelaron
Y la amaron en vano... como ellos
Yo soberbia respuesta hubiera oído...
No lo sepa jamás... pero, oye, madre...
Mira cuál pasan, ay, mis tristes días,
Mi ruego escucha, vén en mi socorro!...
Yo muero... vé á buscarla... que tu rostro
Y tu vejéz la imágen de su madre
Traigan á su memoria... El canastillo
Toma, y en él los más preciosos frutos,
Y el *Eros* de marfil, la copa de ágata,
De nuestra choza espléndido ornamento,

Toma mis cabritillos, toma al cabo
Mi corazón, y lánzale á sus plantas...
Díla quién soy, y díla que me muero,
Díla que no te resta hijo ninguno,
Abraza de su padre las rodillas,
Y llora, y ruega, y en tu auxilio llama
Cielos y tierra, Dioses venerandos,
Templos, altares y potentes Diosas...
Véte... si no consigues ablandarla,
Adios, oh madre, adios... no tendrás hijo.»
—«Hijo tendré: lo dice la esperanza.»
Sobre el lecho inclinóse, y en silencio
Cubrió la frente del dolor rendida
Con beso maternal mezclado en llanto.
Después salió con paso vacilante
Por la edad y el temor, trémula, inquieta.
Pronto volvió ligera y anhelosa,
Gritando desde lejos: «hijo mio,
Ya vivirás.» Sentóse junto al lecho,
Trás ella sonriendo entró un anciano,
Y una vírgen después, en cuya frente
Mostró el rubor su púrpura divina.
Hacia el lecho miró, y el insensato
Ocultó tembloroso la cabeza,
Más ella dijo: «amigo, de las fiestas
Hace tres días que tu ausencia noto.
¿Porqué morirte quieres, y padeces?
Dicen que sólo yo curarte puedo...
Vive, y una familia formaremos,
Y tú, padre tendrás: tu madre hija.»

M. M. P.

Santander 8 de Diciembre de 1875.

LA DOCTRINA TRANSFORMISTA ANTE LA CIENCIA ACTUAL.

Condicion indispensable para que el saber sea propia y realmente científico es, que no desconociendo el límite natural de su razon, se apresure el hombre á estudiar todos los hechos, antes de buscar la interior ordenacion que entre ellos existe; y que antes de recoger lo que está fuera de su horizonte científico para constituir doctrinas, conozca bien y racionalmente lo que sabe, olvidando el prurito de acumular hipótesis sin certificarse de su conformidad con lo que la observacion le manifiesta.

Los asombrosos adelantos que en nuestros dias hacen las ciencias de observacion, y las ventajas que de su perfeccionamiento resultan á la edad presente haciéndola superior á todas las anteriores y digna del reconocimiento de las venideras, son debidos al cambio que en el método de conocerlas y estudiarlas se ha establecido por los científicos modernos, sustituyendo la observacion á la hipótesis, la experimentacion á la teoría, investigando el mayor número posible de hechos para de éste conocimiento subir al de las causas y leyes que los presiden.

Tan cierto es que son éstas las verdaderas bases en que debe fundarse el edificio científico-natural, que desde el ilustre Bacon, primero en advertir la importancia que una consideracion filosófica y teórica al parecer tiene en el desarrollo de los conocimientos humanos, han progresado estas ciencias más que lo hicieran en veinticinco siglos anteriores, por haber abandonado el campo de las experiencias y observaciones que el poderoso génio de Aristóteles emprendiera en su obra sublime de Historia natural.

Este es el solo criterio que siguen hoy las ciencias naturales y todo el que tergiversando los hechos quiera presentarlos como pruebas de una hipótesis concebida de antemano, sólo conseguirá lanzar la ciencia en la confusion en vez de contribuir con sus fuerzas al adelantamiento de ella, único y solo fin que el hombre debe proponerse como ideal de su vida científica.

Si históricamente fuésemos examinando todas las cuestiones de carácter general que en las ciencias Naturales vienen siendo objeto de division para los sábios desde la antigüedad más remota, hallaríamos la verdad de lo anteriormente supuesto. La doctrina de la formacion de los séres, el estudio del problema de su origen y de la fijeza ó mutabilidad de la especie es asunto que discutido siempre no ha sido jamás resuelto de un modo definitivo. No pudiendo, dada la índole de este trabajo, examinar minuciosamente esta cuestion, vamos á discurrir brevemente sobre ella, ya que constituye un problema muy controvertido hoy por su interés social y científico.

La doctrina de la unidad del hombre como ser natural distinto de todos los demás é independiente del origen de éstos, es asunto que admitido como un hecho por unos es atacado por otros que al parecer se fundan en la ciencia y en sus adelantos, para considerar la especie humana como último término de la evolucion orgánica hasta el presente, y ocupando el más alto puesto de la animalidad á que en su sentir ha llegado despues de sufrir una série innumerable de transformaciones, desde la célula profoplásmica, principio de la organizacion, hasta el hombre, último límite de ella en la actualidad; haciendo aparecer en este inmenso hyatus, que ocupa millares de años, todos los séres actuales y prehistóricos.

El principio fundamental de esta doctrina es la afirmacion de que la vida dió comienzo en nuestro globo por los séres más sencillos, ya sean éstos producto de la generacion espontánea como quería Lamark, ya procedan de otros astros en que preexistian los gérmenes, ó ya se admitan las mórneras primordiales, pequeñas masas de protoplasma que complicándose llegaron á constituir los séres organizados. En sentir de los partidarios de esta última hipótesis, es cada globo un huevo cósmico igual al embrion de los animales, el cual encierra en gérmen multitud de formas que irán apareciendo sucesivamente cuando los medios sean propicios para ello, por la transformacion de un corto número de tipos primitivos que diversificándose de etapa en etapa morfológica han producido todas las demás formas conocidas, á la manera de un vegetal cuyas flores y frutos son el resultado de las sucesivas evoluciones de la hoja, ó asemejándose á un animal cuyo esqueleto entero procede de las transformaciones más ó ménos graduadas de la vértebra.

Examinar qué rango ocupa el hombre en el concierto universal de los séres y por medio de argumentos puramente anatómicos y fisiológicos, intentar la demostracion de la

identidad del origen y naturaleza del linaje humano, aislándolo de los demás seres á él inferiores en complicacion orgánica; dejar á un lado las narraciones más ó menos mitológicas de todos los pueblos relativas á la cosmogonia que cada cual admita como verdadera y apoyarse en bases científicas únicas lícitas en trabajos de esta naturaleza, es el programa superior en verdad á nuestras fuerzas, que por sí mismo ante nosotros se ha trazado.

I.

El espíritu humano ha tenido constantemente tendencia á simplificar los conocimientos y referir á un pequeño número de partes elementales todas las diversas formas de la creación. Epicuro con sus sistemas atómicos y Leibnitz con sus mónadas, prueban que esta idea es peculiar á los filósofos de todas las edades; y he aquí la causa racional de la existencia de la escuela transformista tan antigua como lo son los conocimientos humanos, y cuya doctrina, negando la existencia de la especie como unidad natural circunscrita en límites fijos, quiso primeramente referir toda la organización á muy pocos tipos de origen distinto, defendiendo que la Naturaleza sólo presentaba inmediatamente á nuestros ojos el individuo como unidad funcional, y comparaba la especie con todos los demás grupos y categorías de clasificación puramente artificiales y conservadas sólo por necesidad en la ciencia.

El sentido vulgar presintió antes que el científico lo que debía entenderse por *especie*; observó la infinita variedad que algunos animales presentan en su color, talla, pelo, forma del cráneo etc., y no obstante los confundió á todos bajo el mismo nombre específico al advertir en ellos cierta semejanza, nunca muy distante aún en los más lejanos, y la fecundidad de sus uniones aún en variedades separadas contrastando con la esterilidad á las pocas generaciones, muchas veces á la primera, de la union entre seres de especies diversas.

No se nos oculta la dificultad que, en el estado actual de la ciencia, hay para definir categóricamente lo que es carácter específico, cuando sin recurrir al estudio de los moluscos en que sucede aún, en animales superiores á éstos por su organización, vemos distinguir con nombres diversos un mismo sér en diferentes edades, así como considerar muy próximos otros dos de tipos esencialmente diversos; pero estos hechos, lejos de probar que la determinacion de la especie es

arbitraria, prueban la imperfeccion de nuestros conocimientos y lo distante que aún se halla la ciencia del verdadero método Natural, último paso de ella por el camino de su perfeccion.

En tanto que otra cosa no se pruebe, necesario es admitir que los seres semejantes entre sí y separados de todos los demás por la infecundidad de su ayuntamiento, forman un grupo definido; verdad de la cual no es posible prescindir, porque la existencia de la especie es un hecho metodológico sin el cual la ciencia Natural sería un caos y su estudio laberíntico al faltarle éste primordial enlace entre todas sus partes. No pudiendo negar esto, la escuela filosófica reconoce la existencia de la especie siendo el concepto de ésta el de formas orgánicas correspondientes á los diversos grados de evolucion de los cuerpos vivos, susceptibles de modificaciones de límites desconocidos; y considera las hoy existentes como formas actuales fluctuantes entre las fósiles estinguidas y las que se producirán por la variacion de las actuales bajo el influjo de las causas que suponen productoras de este fenómeno, base sobre que descansa todo el edificio de la escuela transformista moderna. En su sentir, los agentes exteriores, luz, aire, agua, calor etc., han sufrido modificaciones profundas en los diversos períodos geológicos para llegar al estado actual, los seres existentes que no pudieron acomodarse á estos cambios, perecieron y constituyen los fósiles actuales; pero otros en la lucha por la vida fueron modificándose al par que los medios en que se hallaban y transmitidas estas modificaciones á sus descendientes dieron origen á las especies existentes hoy, invariables en cuanto no nos son conotidas sinó en un período muy corto relativamente, pero que variarán con el trascurso de los siglos, como lo han hecho aquellas de quienes proceden.

El ejercicio habitual y repetido de un órgano hace afluir á él una exuberancia de vida que dá por resultado su hipertrofia, y transmitida por generacion directa de los ascendientes á los descendientes, sigue modificándose hasta constituir otro muy distinto del que apareciera en su primer poseedor. Así es como un pez pudo llegar á volar. Y si el ejercicio desarrolla escesivamente un órgano, la falta de él le atrofia y hasta hace desaparecer cuando es inútil; esplicándose así como los animales acuáticos perdieron las branquias y el pez pudo ser ave.

Resumiendo, el transformismo créa que la vida por la fuerza que le es propia tiende á aumentar el volumen del cuerpo en que reside y á conservar por generacion todo lo que adquiere, afirmando que la presencia de un órgano nue-

vo responde siempre á una necesidad que persiste en hacerse sentir. Pero los defensores apasionados de esta escuela en lugar de multiplicar los ejemplos y probar sus afirmaciones por la vía experimental, única aceptable en estudios naturales, se esfuerzan en convencer al lector por medio de razonamientos; los encadenan unos con otros sin apercibirse de que muchas veces abandonan el sólido terreno de los hechos y se precipitan llevados por sus fantásticas hipótesis por un camino falso é inseguro que á nada positivo conduce. En el breve exámen que de esta doctrina haremos, fácil nos será hacer ver que no la apoya hecho alguno; que ni los adelantos paleontológicos están conformes con sus principios y deducciones, ni el estudio de los fenómenos actuales nos permite aceptar sus consecuencias, contrarias en todo á lo que el exámen imparcial de los hechos nos manifiesta.

MANUEL BARAJA.

(Continuará.)

EN UNA HOJA SECA.

Del generoso ramo desprendida
perdió su fresca gala y verde pompa,
más aunque seca y pálida aún exhala
su misterioso aroma.

Amó tu ardiente corazón sin dicha,
marchitáronle en vano aciagas horas,
yerto y triste aún conserva
un aroma inmortal, una memoria.

AMÓS DE ESCALANTE.

LA JUVENTUD.

Á MI HIJA MATILDE.

Quando el tiempo inflexible vá surcando
de nieve el corazon y la cabeza
el alma se extasía contemplando
de los pasados años la belleza.

Imágenes de amor y de esperanza,
en unido sueño ¡ay! de deslumbrante gloria,
borrascosa ambicion, clara bonanza,
¡cuán gratos os mostrais á la memoria!

Oh juventud amable, tu hermosura
acrece el pensamiento ¡ay! al perderla:
quizá gota de llanto de amargura
finge el recuerdo codiciada perla.

De esa riqueza juvenil, brillante,
aún conservo dos joyas, hija mia,
la fé en el Hacedor, pura, constante,
y el amor de la dulce poesía.

Tú en la cima del bien, sobre este suelo
miras del porvenir en lo profundo,
no sé si pronta á remontar el vuelo,
no sé si pronta á descender al mundo.

Que en esa edad el ángel aún sus alas
conserva de entusiasmo y de inocencia;
pero el mundo le brinda ricas galas
y amores y delicias la existencia.

Sin la virtud, bien mio, esa hermosura
es ilusion no más del espejismo;
se adelanta, y es árida llanura
que termina tal vez en un abismo.

Tú sabes que en las dichas más serenas

una gota de hiél mezcla la suerte.
Tú sabes que hay dulzura hasta en las penas
para el que tiene la conciencia fuerte.

Que es fuego fátuo ese esplendor sin calma
por el que el hombre material se agita;
más la dicha ideal brota del alma
y como ella también es infinita.

No quemes, pues, tus alas infantiles;
ellas te harán brillante mariposa
que vagando feliz por los pensiles
aspire el lírio y la fragante rosa.

Ellas te harán cantar cuando el sol arda,
alondra que en las nubes desaparece,
ellas te harán el ángel de la guarda
del que dolor y sed y hambre padece.

El fuego juvenil, lleno de encanto,
pierde al que es malo y en el mal camina;
pero es crisol que purifica al santo,
pero es antorcha de la fé divina.

¡Hermosa juventud, yo te bendigo!
Estrella entre las brumas del pasado,
cual la dulce mirada de un amigo,
busca tu luz mi corazón cansado.

EMILIA MIJARES DEL REAL.

TRADICIONES Y CREENCIAS ASTURIANAS.

XI.

Propensa la fantasía asturiana á dar cuerpo á las más extrañas imágenes, los *difuntos* y *aparecidos* son creencia corriente entre el vulgo, que dá asenso á la posibilidad de que las *ánimas* vaguen á veces por este mundo, cumpliendo una penitencia que les impuso la voluntad Suprema: y cuando en las noches vagan por las cercanías de los cementerios, de las iglesias y de los pueblos y casas donde habitaron en vida, es en demanda de sufragios que les ayuden á abreviar su pena. Si en las tempestuosas noches del invierno sopla el viento con fuerza por entre las desmoronadas almenas y deshechas ventanas de los castillos y palacios abandonados y ruinosos, aseguran las viejas del contorno que es una alma en pena que pide oraciones.

XII.

Enfermo el niño.

La medicina casera asegura que la enfermedad desconocida es el *mal de ojo*.

Hay personas de tal malignidad en los ojos, que llevan en su fatal mirada los males y la muerte.

Y si el niño palidece y de sus labios huye la infantil sonrisa, alegría de sus padres, tiene seguramente el mal de *mal de ojo*.

En la época de la lactancia, para evitar esta enfermedad, las crédulas madres cuelgan de la garganta del niño diferentes relicarios y de sus tiernas muñecas, mágicos amuletos que llaman *ciguas*.

Mas si á pesar de estas precauciones *agüeyan* al niño, lo hacen beber infusión de asta de ciervo, ó pasada por una reliquia que llaman alicornia.

Otros muchos medios se ponen en práctica para la cura de

esta enfermedad *sin géneros* como con inimitable poesía se enumeran en «El Niño enfermo,» bellísima y tierna composición de las coleccionadas por el Sr. Caveda.

¿Si lu agüeyara
La vieya Rosenda
Del otru llugar?
Desque allá en cuerra
lu diera en besar
poqueñin y á pocu
morriéndose vá.

Dalgun maleficiu
la maldita y fai;
que diz q' á Sevilla
los sábados yá,
y q' anda de noche
por todú el llugar,
chupando los ñeños
que gordos están.

¿Si el miu la bruxa
Tambien chupará?
Témolo en conciencia
Témolo en verdá.

Mañana sin falta,
si he que llego allá,
con agua bendita
lu tengo asperxar,
y ponei la cigua
antes de mamar,
y dai pan bendito
mezclau al papar,
y de San Benito
se i ha de colgar
la regla que fora
del Padre Bastian.

Igual enfermedad ataca á los animales domésticos, y tambien se les suministrá el agua misteriosa del asta de ciervo y de la *alicorna*.

Mas si tantos y tan variados medicamentos no devuelven la salud al paciente, su familia suele acudir á los *saludadores*.

XIII.

Estos son unos curanderos sobrenaturales que, si son propios de toda España, en ninguna provincia son tan comunes como en Asturias.

Con sólo su aliento, ciertas ceremonias y un agua particular que ellos preparan, las consejas dicen que curan radicalmente una infinidad de dolencias; pero sobre todo el mal de rábía.

La señal que demuestra esta virtud son unas rayas en el cielo... de la boca ó debajo de la lengua, que dicen representar una cruz ó la rueda de Santa Catalina, signos que algunos *saludadores*, aunque en corto número, tienen en el pecho.

Pocas comarcas ó concejos de Asturias dejan de tener sus saludadores que deslumbran á los campesinos con sus curas casuales y varias habilidades, como el pasar con desnudos piés sobre la superficie de una barra de hierro candente, apagar con la lengua una áscua encendida, penetrar en un horno ardiendo etc. etc., sutilezas que hoy han caído bajo el dominio de *titiriteros* y *saltimbanquis*.

Cuando como sucede frecuentemente no logran su deseo devolviendo la salud á quien se la pide, dicen con candidez que se les ha llamado tarde.

Sea lo que se quiera, ello es lo cierto que el vulgo que conoce á los saludadores en su vida material y moral igual á la de los demás hombres, les presta veneracion y aprecio.

XIV.

Otra de las preocupaciones más particulares de este pueblo es la de las gacetas.

En variados documentos, antiguos algunas veces, pero siempre aprócrifos, leen los aldeanos noticias de cuantiosos tesoros, escondidos en tal ó cual parte que señalan rancios pergaminos cuyo supuesto valor de antigüedad, seduce á los ignorantes campesinos.

Estas fábulas, que algunas veces trasmite la tradicion, vienen acompañadas de historias, de encantamientos, de sepulturas de gigantes y de otra variedad de suposiciones por el estilo; lo cual provoca la busca de quiméricos bienes, sin que ni las ilusiones fracasadas, ni el cansancio, ni la fatiga consigan destruir ni disminuir esta creencia.

XV.

Y no son las relatadas, las únicas creidas tradiciones. Del seno de nuestras pintorescas montañas brotan millares de poéticos cuentos, y á las márgenes de nuestros rios y de nuestros arroyos se cuentan estraordinarias consejas, todas del dominio del campo, ágenas á la vida de las ciudades, en cuyo recinto espiran. ¿Quién no oyó relatar maravillosos sucesos de que fueron precursores el agorero canto del buho, el fúnebre zumbido del abejorro, el ahullido lúgubre del perro y el siniestro-revolotear del murciélago, en las apacibles noches del estío?

Mas obsérvese atentamente; esas creencias son un foco de poesía, pero de una poesía particular, propia de nuestros valles, poesía verdaderamente asturiana, mina inagotable de bellísimos recuerdos, que bajo el velo de aparente superstición encierran máximas de la más pura moral, como oportunamente observó un escritor asturiano.

Referidas en tono de verdad, en vano las juiciosas reflexiones y la más severa crítica lucha y trata de apartarlas del pensamiento del hijo de estas montañas; que si por un momento se desvanecen á él volverán enseguida, por que aquellas no alcanzan á desvanecer creencias y tradiciones arraigadas en el fondo de su alma.

¿Y cómo no así, si la heredó de sus padres y abuelos y éstos de los suyos?

Hermosa poesía, que viene acompañando centenares de generaciones, y vive bajo el dominio del pueblo apegado á sus recuerdos! Sucede lo que muy sábiamente dice el P. Feijóo: «la regla de la creencia del vulgo es la posesion. Sus ascendientes son sus oráculos, y mira como una especie de impiedad no creer lo que creyeron aquellos. No cuida de examinar qué origen tiene la noticia; bástale saber que es algo antigua para venerarla, á manera de los egípcios que adoraban el Nilo, ignorando dónde ó cómo nacía, y sin otro conocimiento que el que venía de léjos. Es ídolo del vulgo el error hereditario.»

En medio de todo, el espíritu civilizador de este siglo vá mostrando ridículas y falsas esas inocentes y poéticas supersticiones del pueblo, y tiempo llegará, en que ni el eco de las montañas las repita, cuando, como dice muy bien la erudita hija de la brumosa Albion Milad y Herbet, la marcha de la civilizacion haya completamente destruido todo lo que

RECUERDOS DE MI PAIS NATAL,

LIERGANES.

Si sigues, lector benévolo, las limpias corrientes que descienden de la poética Paś, si paso á paso vás costeando las accidentadas orillas que al bordar el rio que atravesando las montañas rivales de la Suiza (aún en aquello de lo de su leyendaria libertad), presentan puntos de vista incomparables, de esos que sorprenden al viajero y entusiasman al artista, llegarás á un angosto valle de poco más de una legua de largo por un octavo de ancho, en donde las aguas murmuradoras, al ser interrumpidas por lo horizontal del terreno, y más aún por las fuertes presas que levanta la mano del hombre para encauzar sus fuerzas, comunican despues de pasar por tranquilos remansos el poder de su vida, á alegres molinos que ocultos en el fondo de los verdes nogales zumban como inmensos insectos produciendo al monótono son de sus calcáreas muelas la preciosa y dorada harina, sustento del sóbrio montañés.

Despues de descender de aquellas escalonadas alturas, que parecen saltos inmensos que la naturaleza ha dado para unirse con el cielo; despues de haber visitado aquellas pobres cabañas, que aún conservan como el ávaro su dinero, escondidas, las postrimeras razas del héroe cántabro cuyos usos y costumbres quizá en no lejano día se lance á narrar nuestra torpe, pero entusiasta pluma, se presenta á la vista del viajero allá en lo último del angosto valle agrupacion caprichosa de casas, que custodiadas por dos altas torres semejan fantástico campamento vigilado por diligentes é inmóviles centinelas. La vista, fatigada de tan grandes abismos, fauces inmensas de las ocultas entrañas de nuestro suelo, el ánimo sobrecogido de contemplar tanta maravilla necesita descanso, y semejante al que despues de permanecer

largo tiempo en la contemplacion de ese mundo que sobre nuestras cabezas se anima y gira, produciendo el poema grandioso de la creacion necesita y con gusto vuelve á considerar el florido vergel que está á sus plantas, así tambien se recibe con alegría la perspectiva del valle, en cuyo seno presente el cuerpo ha de hallar descanso á la fatiga; y el alma paz para su turbulento é impresionado espíritu.

Y en verdad, que pocos pueblos pueden presentar aspecto más vário, elementos tan diversos, reunion más acabada y completa de todo lo apetecible.

¿Quieres bullicio y animacion en cuanto pueden ser incompatibles en un reducido centro? pues vé á *Mercadillo*, lugar donde el cosmopolita mercurio asentó sus reales, y allí encontrarás, movimiento de gentes, transaccion de intereses, comunicacion de ideas, mentidero en pequeño que toma por asiento las espaciosas tiendas en que se provée el pueblo de sus primeros artículos, allí; y en alguna de ellas, que yo te señalaría, verás reunidas, bolsa, cátedra, parlamento, tertulia amena, compañía agradable.

Quieres por el contrario la vida tranquila y sosegada; apetece la dulce calma que proporciona la aldea, pues atraviesa el camino que desde *La Atalaya*, nido de escondidas bellezas, pasa, dejando medio oculto entre frondosas huertas y espesos árboles, el barrio de la *Costera*, y allá un poco más lejos del antiguo sitio denominado de los *Amores*, verás la hermosa vega sembrada de dispersas casas, unas viejas y apuntaladas como anciano hermoso que sostiene el peso de su débil cuerpo al amparo del báculo, en donde la pobreza y el cariño labraron su hogar, otras limpias y modernas que el dinero construyó para asiento de goces y comodidades, vega que como inmensa meseta sirve de base y asiento á la cadena de montañas que gradual sube, hasta confundir sus cenicientas calvas con las primeras nubes del cielo que bajan por la tarde á besar sus crestas para despedirse de ellas, cuando el rayo del sol de la mañana toma asiento en sus pequeñas planicies.

¡Cuánta belleza no hay en tan poca estension de terreno! De frente, la muralla de montañas que ocultan en sus bosques, como el árbol entre sus ramas, los nidos: las pobres cabañas donde vive el hombre casi primitivo; á derecha é izquierda, más pintorescos montes que como cuadro de verde y vida aprisionan con brazos de amor y encanto el cuadro de la preciosa planicie, que se vé acariciada por el inquieto rio, que jugueton y tranquilo en los dias de estival calor, salta como niño impaciente por los rodados cantos de su lecho.

Todo á su alrededor es encanto y poesía: aquí, una verde

pradera, en la que pastan tranquilas hermosas vacas de roja piel unas, de sombreado pelo otras, fortuna de tanto mísero labrador; séres en quienes se cifra el porvenir de una familia quizá, bestias que sumisas levantan noble su cabeza con curiosa mirada, cuándo al pasar cerca de ellas, escuchan la dura voz de la *pasiega*, herofna de tantos ignorados sufrimientos y combates en las altas cabañas de *Miera*: más allá, el ruido bullidor de la cascada, que al precipitarse del oscuro molino, pregona la fuerza de su poder despues de haber convertido en húmeda harina el dorado grano de maíz; por un lado, espesa fila de verdes alisas ó altos chopos unidos en misterioso enlace por la espinosa zarza, con los cuales combate el labrador las iras del rio, descompuesto en los crudos dias del invierno, cuando la nieve de la montaña, sudario temporal que cubre cuidadoso la fea cara de la sierra mientras duerme y descansa, es derretida por el abrazo cariñoso del sol de primavera, que viene á dar fuerza y vida á los aletargados campos: del otro, mies seca y al parecer estéril, que al llegar el verano verá brotar de su seno cual misterioso sér, la verde caña, sostén más tarde de la *apretada* panoja que agitará al viento su rubia cabellera en señal de bienandanza y felicidad; por todas partes, en fin, belleza, animacion, poesía, en el agua que lleva vida y murmurá coquetona entre revueltas mil, en el árbol que con sus notas perdidas entre las hojas, lenguas armónicas de la naturaleza, entona el cántico al Creador, en sus campos, verdes como la esperanza del afligido, en sus montañas fuertes como la fortaleza del mártir, en su aire, puro como el encanto de una vírgen: Espectáculo que regocija el alma y anima el espfrutu refrescando la frente ardorosa de los que, no sé si por desgracia ó fortuna, consumen su existencia revolviendo entre los pliegues más recónditos de la inteligencia humana, una verdad más que inscribir en el eterno libro de la ciencia.

Ansías respirar la suave atmósfera de la religion: no te basta admirar á Dios en la naturaleza, adorándole en tus obras, sinó que, cual sincero creyente, quieres que tu voz lleve hasta El, perdiéndose en las bóvedas del templo; pues allí tienes la hermosa Iglesia puesta bajo la advocacion de San Pedro, lugar santo, que protegiendo el pueblo, como padre amoroso á sus hijos, desde lo alto de risueña colina lanza con su lengua de metal, un llamamiento de oracion á el alma de los fieles: Si no te basta, sube la escarpada y agreste montaña, y llega á San Sebastian, templo elevado en muchos años por muchas generaciones, cada una de las que dejó en él probados su estilo y gustos artísticos, y en donde la mano de hierro de la esfera marca los instantes de

la vida que pasan, señalando las pulsaciones del tiempo al lúgubre son de su campana.

¿Prefieres más humilde casa de Dios? Pues desciende otra vez; y allá, junto á la orilla del rio, inspirando la casa desde la que los más escogidos ó más ilustrados, gobiernan y cuidan los intereses del pueblo, cuidada por religiosa y para mí querida persona, encuentras una pequeña ermita; allí tienes el *Humilladero*, por donde debe pasar el alma que desée purificarse; y si aún todavía no te satisfacen todas estas casas en donde Dios, acoge piadoso el ruego de sus hijos, perdiéndose en las últimas capas del verde campo, verás la negra cabeza de la torre de *Rubalcaba*, en la cual encontrarás otra vez más el ara del mismo sacrificio.

Deseas, por el contrario, la salud para el cuerpo despues de buscar la del alma? Pues ven conmigo á la *Fuente Santa*, y allí, al respirar las sulfurosas aguas que la mano del hombre encauzó para dar vida á la abatida mortal vestidura del espíritu, pensarás que no otra cosa es nuestra existencia sinó sopro leve, aprisionado en barro y deleznable materia.

Tu inteligencia busca templos donde Minerva difundió las leyes del saber, pues esbeltos edificios debidos á la munificencia y amor al país de bienhechor difunto, envidia de muchos y gloria de la localidad, abren sus generosas puertas á la infancia que más tarde al dispersarse quizá por el mundo entero levantan glorioso el pabellon de la cultura patria.

Pretendes tradiciones, buscas ávido en el libro de las leyendas populares algo que asombre tu espíritu y llene de encanto los tiempos, que ¡ah! pasaron quizá para no volver! pues recuerda con el eruditísimo Feijóo á Francisco de la Vega, el legendario Hombre Pez, el rival de Mis Lurline, objeto de investigaciones curiosas, por parte de quien al darlas á conocer, quiera Dios no dé tambien algo que doler á las gloriosas creencias de nuestros abuelos.

Y, por último, hácia la parte del S. del pueblo y en la margen izquierda del rio, podrás aún hallar los últimos restos de nuestra grandeza, material, las últimas letras de nuestras más brillantes páginas, y trozos disformes de pesado y enmohecido hierro; montones de negro carbon te atestiguarán con la elocuencia de los hechos, que en el seno de los hoy tranquilos campos que cantan la paz, se fundieron aquellas poderosas lenguas, que con su formidable voz, impusieron mil veces á los enemigos y envidiosos de nuestra inmensa patria, que allá en Trafalgar inscribieron una epopeya más en nuestra historia, que sirvieron quizá para labrar la primera piedra en el monumento que los pechos agradecidos levantaron al héroe de nuestra gloriosa independencia, al

inmortal *Pedro Velarde*, que al calor de nuestras amadas sierras dió el primer suspiro.

Tradicion é historia, poesía y vida, salud y calma, todo en fin lo encierra la preciosa vega, en donde tantas horas felices hemos pasado, en la que presenciamos no pocas alegrías, en la que recogimos lágrimas caídas de amantes ojos, hinchados de profundo dolor: recordando unas, y no olvidando otras, ha corrido nuestra pluma para añadir esta página más, que aunque pobre y débil, sirve para señalar las bellezas que encierra nuestra provincia hermosa, puerto feliz en el cual faros luminosos, iluminan al presente, y guiarán con segura mano en el porvenir las negras oscuridades que rodean á la pobre patria que nos vió nacer.

MANUEL MARAÑÓN.

Madrid, Octubre 1876.

GOMEZ ARIAS Ó LOS MOROS DE LAS ALPUJARRAS.

IV.

Poi la Vittoria da quel canto Stia,
Che vorra la livina providenza:
Il cavalier non habra colpa alcuna,
Ma il tutto impulterassi á la fortuna.

ARIOSTO.

Tan hermoso como el anterior amaneció el siguiente día, y el afán del público tan vivo era como el del día precedente. La Corte se presentó con la misma pompa y el mismo ceremonial; la misma puntualidad y los mismos galanos atavíos ostentaron los caballeros, los heraldos, y todas las demás personas reunidas en las justas.

Así bien, como todo lo concerniente al torneo no fué más que una repetición de lo ocurrido en el primer día, y, mejor por tanto, para ser de ello animado testigo que indiferente lector, sólo diremos que los *Mantenedores* sostuvieron la liza con mayor fortuna. No obstante que algunos nuevos aventureros se lanzaron intrépidamente á lidiar con el *Mantenedor* y sus sostenedores, ninguno pudo conseguir la palma del triunfo.

Es cierto que el caballero incógnito, el más formidable de los combatientes, ya por temor de ser reconocido, ó por alguna otra secreta causa, se abstuvo de presentarse segunda vez en el torneo.

Hecha de nuevo la señal los heraldos anunciaron que habían concluido las suertes de fuerza y de valor, y que iban á dar principio los juegos de destreza.

Se invirtió un espacio de dos horas en desembarazar el circo, y preparar el terreno para el *Juego de la Sortija*, al que era la Reina en extremo aficionada. Ocupó este tiempo la abigarrada y confusa multitud, que llenaba las galerías, en consumir abundantes y succulentos refrigerios.

Clavaron en el suelo un alto y delgado pino, engalanado con vistosas cintas, pendiendo de cada una de sus salientes ramas una sortija de oro del tamaño conveniente al objeto, por debajo de las que debían pasar los justadores á carrera tendida. La Reina determinó, como favor especial, entregar por sí misma al vencedor el premio de este juego. Su Real retrato, guarnecido de preciosas piedras, colgaba de una gruesa cadena de oro, de primoroso trabajo, al frente del sitio que ocupaba, como destinado á recompensar al victorioso competidor. La clase del premio, la calidad de la que le otorgaba y la circunstancia de ser el único que había de adjudicarse, estimularon vivamente la emulación de todos los caballeros por merecer tal honor, tanto más codiciado por su condicion de esclusivo.

Chirimfas, dulzainas y otros instrumentos músicos, en desuso hoy, pero que en aquellos tiempos obtenían la mayor aceptación, poblaron el aire con sus agradables sonidos, á la vez que robó la atención del alegre y entreverado concurso la repentina aparición de los heraldos á caballo, ataviados lujosamente y precedidos por esclavos negros que tañían armoniosas tiorbas. Recorrieron el circo un breve rato, y retirándose á sus puestos, dejaron libre el paso á hermosos pages, montados en airosos palafrenes, y vestidos con lujosos trajes de seda azul claro, adornados con cintas; y luciendo además graciosas gorras de terciopelo carmesí con plumas blancas. Llevaban estos pages ligeras y cortas lanzas, apropiadas para los juegos; y después de haberlas depositado á la inmediación del sitio que ocupaba la Reina, fueron á colocarse frente por frente de los heraldos y de los músicos negros.

La atención del público se vió solicitada simultáneamente por los cuatro ángulos de la liza, desde los que avanzaron cuatro cuadrillas de ginetes, que competían entre sí por la riqueza de sus trajes, lo deslumbrante de sus adornos y lo animado de su aspecto. Se distinguían unas de otras por los diferentes colores que ostentaban, y de cada una se designaron tres campeones para disputar el premio. Dada la señal partieron en el orden riguroso de preferencia, que por suerte les había correspondido; y en la primera carrera siete de los competidores consiguieron pasar sus lanzas por el aro de las sortijas, conservándolas engastadas en su precipitada carrera.

Rompieron las músicas en alegre tocata y los siete competidores sostuvieron la segunda prueba, de la que sólo dos salieron con fortuna: el joven Garcilaso y Antonio de Leiva. La contienda iba ahora á resolverse entre los dos, y los colores rosa y verde eran los interesados en el triunfo. En su con-

secuencia tanto las dos cuadrillas, como los espectadores de ambos sexos, que habian adoptado aquellos colores, esperaban el resultado con ansiedad estrema. Hizo dar Garcilaso á su caballo un gracioso salto de corbeta, y partiendo como una flecha á la vez, tendió su lanza con la mayor destreza y naturalidad en la mitad de su precipitada carrera y ensartó de nuevo una sortija. Se adelantó enseguida D. Antonio, y despues de haber entretenido un corto tiempo en algunas evoluciones del manejo á caballo se lanzó hácia el árbol engalanado, del que pendian el triunfo ó la derrota. Su habilidad en la equitacion era tan completa que, escepto la pluma que se mecía sobre su cabeza á impulsas del viento, tan unido iba á su caballo, que semejaba la figura de un centauro, volando como el rayo al través de la planicie. Su lanza nobstante, se desvió del centro de la sortija, tocándola en uno de sus bordes, y tal era la velocidad de la carrera, que la sortija saltó al aire á gran altura; y el diestro caballero, con admiracion de los circunstantes, giró en corto, y antes que la sortija cayese al suelo, la recogió con la mayor habilidad en la punta de la lanza. Este hecho extraordinario le obtuvo un aplauso general, y muchas voces gritaron que era D. Antonio el que merecidámente debia obtener el premio. Sin embargo, como Garcilaso habia igualmente conseguido engastar sortija, se vieron obligados los competidores á sostener una nueva prueba, que favoreció al jóven de Leiva. Se dirigió éste enséguida, escoltado por la cuadrilla triunfante, á recibir el premio en medio de los alegres aires de las músicas y de las aclamaciones del numeroso concurso.

Tan pronto como la victoriosa cabalgata llegó cerca de la Reina, D. Antonio y el jefe de la cuadrilla saltaron ágilmente de sus caballos, y el vencedor se arrodilló á los piés de su bondadosa soberana, que, con afable sonrisa, le colgó al cuello el retrato.

«Llévale le dijo, como recuerdo de tu destreza y del aprecio de Isabel: y ten presente que esta prenda lo es tambien de mi Real palabra de conceder á su poseedor la gracia que me pida. Con solo su presentacion será otorgada; queda empeñada mi palabra Real.»

Besó D. Antonio reverentemente la mano de la Reina, y reuniéndose de nuevo á su cuadrilla pasearon el circo, como en demostracion del triunfo, antes de su marcha. Los hechos de Leiva, tanto en el torneo, como en el juego de la sortija, le habian conquistado la admiracion de todos los espectadores y singularmente de su más hermosa parte.

Muchas fueron las miradas que sobre él lanzaron encendidos ojos, y muchos los gentiles pechos que latieron conmo-

vidos, cuando inclinando hacia la galería su hermosa figura saludaba cortésmente. Aún la altiva Leonor no pudo ocultar por completo la íntima satisfacción que sentía por el triunfo del joven D. Antonio; porque, apesar de sus esfuerzos, disimuló mal el sentimiento de contento y de interés, que experimentaba en su interior. Ciertamente no era el amor el que la inspiraba, porque, según la opinión general, había fijado su cariño para siempre en otro objeto. Pero sea que se hallase en ese estado de ánimo en que es más fácil sentir que pensar; estado demasiado vivo para que pueda llamarse de mera simpatía, y demasiado frío á la vez para que se califique de amor, algo había de estos sentimientos en el que experimentaba hacia una persona, que la habían enseñado á considerar como inferior á ella en rango y fortuna.

Leonor de Aguilar había heredado de su belicoso padre ese orgullo y altivez de carácter, que en cierto modo se opone á las más dulces emociones del alma. Apenas creía en que fuese posible la existencia de una pasión estremada é incapáz de dominarse; sus ideas se habían nutrido demasiado con las deslumbradoras visiones de la gloria y de la nombradía, para descender á un minucioso análisis de las varias gradaciones de la ternura y del progresivo desenvolvimiento del amor. Parecía simpatizar más con los levantados sentimientos de su padre, que con los de su corazón de mujer.

Había confiado á aquel implícitamente el cuidado de su felicidad, y á la más ligera indicación que la hizo, consintió en considerar á Gomez Arias como su futuro esposo. Si bien es cierto que este tenía muchas cualidades brillantes para merecer su aprobación.

Gomez Arias poseía grandes talentos militares, é ilimitada ambición de gloria y de renombre; cualidades que, en el sentir de aquella, eran superiores á toda otra consideración. Por tanto, le amó, en su concepto, de una manera digna de la hija de Alonso de Aguilar.

En este estado de ánimo aguardaba el día del matrimonio, que había dilatado solamente el desagradable suceso, que había postrado en el lecho, con mortal peligro, á D. Rodrigo de Céspedes.

El extraordinario valor y destreza que Gomez Arias había desplegado en el torneo (porque Leonor no dudó un instante que pudiese ser otro el caballero incógnito) contribuyeron considerablemente á aumentar su admiración hacia él, y á escitar el deseo de unir sus cualidades propias á las de un hombre tan apropósito para alcanzar por sus servicios la estimación de su país.

Terminados los días de las justas, varios jefes como el Al-

cayde de los Donceles, el Conde de Cifuentes y otros de igual nombradía, partieron con las tropas de su mando á operar contra los rebeldes, que cada dia aumentaban en número y en fuerza.

Entretanto D. Alonso de Aguilar, á quien correspondía la parte más peligrosa de la empresa, que era penetrar en el corazon de las terribles montañas de las Alpujarras, se mostraba muy poco satisfecho con su detencion en Granada, porque consideraba cada momento gastado en la inaccion como perdido para la fama y para la gloria.

Grande fué, por tanto, la satisfaccion con que participó á su hija el completo restablecimiento de D. Rodrigo de Céspedes. Nada podia oponerse ya al inmediato regreso á Granada de Gomez Arias, para la celebracion de las nupcias; ni causar impedimento alguno á la marcha de D. Alonso contra los moros rebeldes. Se pasó, por tanto, aviso á D. Lope, que permanecía oculto en Guadix, para que volviese con la mayor celeridad á Granada; aviso que Aguilar no dudaba que fuese recibido con viva satisfaccion por aquel caballero. En este sentir D. Alonso consagró de nuevo toda su atencion al objeto que ocupaba siempre su espíritu, y escitaba sus más profundos sentimientos. Dos ó tres dias más, y marcharía contra los enemigos de su país y añadiría nuevos laureles á los que orlaban ya su glorioso nombre.

A la vez su hija Leonor experimentaba igual ansiedad por la vuelta de su prometido, no tanto por la satisfaccion exclusiva del sentimiento, como por la más noble ambicion de adquirir el derecho de llamar con los cariñosos nombres de padre y esposo á los dos guerreros más eminentes del país.

En este estado de ánimo, esperaban con impaciencia el padre y la hija el dia siguiente que, sin duda alguna, traería á Gomez de Arias á la Ciudad.

(Continuará.)

SECCION BIBLIOGRAFICA.

Hemos tenido el gusto de recibir la Memoria leida en la solemne apertura del curso de 1877 á 78 en este Instituto de Santander, y aunque ligeramente, harémos una pequeña reseña acerca del contenido de la misma, por no permitir otra cosa la índole de nuestra publicacion.—Empieza la referida Memoria con un discurso del Sr. Director del Establecimiento, y en él se esfuerza en demostrar la importancia que en todos tiempos han tenido los estudios filosóficos, y haciendo ver las grandes ventajas que reporta el conocimiento de las sanas filosofías y su influencia en el desenvolvimiento intelectual y moral de los pueblos. Se ocupa en analizar las opiniones que bajo este punto de vista luchan en el campo de las ciencias, y espresa con verdadera valentía y elegancia el concepto de que, siendo la filosofía la ciencia de la razon, ella es la garantía de todas las demás y la que contiene todos los pensamientos humanos, y la que marca, en fin, la marcha de las civilizaciones. Bajo estas premisas se estiende en otras varias consideraciones del mayor interés, pero que descansan en lo que ya dejamos espuesto.

Despues, y cumpliendo con lo que previene el Reglamento, se dá cuenta de las variaciones del personal facultativo, reducidas tan sólo á la dimision del Sr. Escalante del cargo de Secretario del Instituto, y su reemplazo por el Catedrático de Física y Química, Sr. Montalvo.

Aparecen despues, entre el número de alumnos matriculados y examinados la respetable cifra de 832, número bastante considerable, si se tiene presente, que son muy pocos los Institutos que alcanzan una matrícula como la que queda espresada y lo cual le coloca á primer altura entre los establecimientos de esta clase.—Esto no deja de ser alhagüeño para la provincia de Santander, reflejando bien á las claras el grado de cultura y aficion al estudio que revelan los hijos de esta clásica Montaña.

Siguen luego otros datos estadísticos relativos á las cen-

suras y premios obtenidos, y un cuadro que contiene la relacion de los que han practicado los Ejercicios del Grado de Bachiller, siendo el de 72 el número de los que han terminado en tal concepto sus estudios en este Instituto, y 3 los que han recibido el título de Perito Mercantil.

Por último, y despues de los cuadros que fijan la situacion económica, que es por cierto satisfactoria, se dá cuenta de los Objetos y Aparatos adquiridos para los diferentes Gabinetes; siendo todos ellos de grande utilidad y aplicacion para la Enseñanza y entre los que no dejamos de mencionar el Necesér de Boutigny para el Estado Esferoidal, vários aparatos de Electricidad y algunos muy importantes para análisis químicos; como tambien un Goniometro de Mr. Adelman y una Coleccion de Ejemplares de piedras preciosas en imitacion, y otra de cristales en madera.

La Biblioteca del Instituto, tambien se ha enriquecido con varias obras, yá adquiridas por compra, ya por donacion, y cuyo total asciende á 91 tomos y 230 cuadernos, entre los cuáles citarémos las yá conocidas por nuestros lectores: *Ave María Stella*, *Historia montañesa del siglo XVII*, escrita por D. Juan García, *La Ciencia Española y Horacio en España*, por D. Marcelino Menéndez, *La Flora Fanerogamica de la Península Ibérica*, por D. Mariano del Amo, *La Creacion, Historia Natural* y otras, que fuera prolijo enumerar.

Tenemos entendido que además de la Memoria cuyo contenido, aunque á grandes rasgos, dejamos apuntado, ha de publicarse en breve un apéndice á aquella, segun previenen las disposiciones vigentes sobre Instruccion pública, espresando mayor número de datos estadísticos.

El Fomento de la Produccion Nacional, Barcelona, número 386.

SUMARIO.—I. Proteccion á la Industria (Exposicion del *Fomento de la Produccion Nacional* á S. M. el Rey.)—II. *Las exposiciones*, por F.—III. *Tomar ó dejar*, por O.—IV. *Correspondencias particulares*, por G.—V. *Miscelánea*: Cuestion arancelaria.—Exposicion vinícola.—Sello de comunicaciones.—Acuerdo acertado.—Nuevo tejido.—Discurso notable.—Nueva razon social.—Cuatro millones.—VI. *Revista comercial de la semana*.

PEREGRINACIONES.

Si spiritu vivimus, spiritu et ambulemus.

(PAUL. AD GALATAS.)

COVADONGA.

Si se os antojare visitar el rincón glorioso, la épica hoya de la cual resucitó en el octavo siglo purificada España, como alma que se desencarcela y despoja de mortales miserias y humanas ataduras para gozar libre el espléndido cielo de su historia, obrareis cuerdamente en no tomar el camino por donde voy á guiaros, supuesta la merced de vuestra condescendencia y compañía.

Tampoco lo tomára yo, á no traerme á los parajes, origen de mi jornada, causas que fuera prolijo y ocioso relatar. Ni por llano, ni por suave, ni por derecho puede pretender semejante camino la preferencia; más en lo desusado, pintoresco y ágreste tiene sobre cualquiera otro segura y no disputable primacia.

Cordialmente hospedados por los mineros de Andara en las Peñas de Europa, habíamos dormido sosegadamente bajo su hospitalario techo. Centelleaban aún las estrellas en el cielo y el venidero día se anunciaba con el fresco vientecillo, gozoso despertar de la naturaleza en aquellos lugares predilectos de su magestad y su hermosura costas y cimas, cuando montábamos á caballo.

Un peon nos precedía, necesario guía en el laberinto roquero, cuyo rastro seguía el acostumbrado instinto de nuestras cabalgaduras. En pós de la pisada silenciosa del hombre sonaba el herrado calló de los brutos, retumbando á intervalos la sonora huella en la peña viva, miéntras cruzábamos angostas degolladas ó canales, á intervalos apagándose deramada en el ambiente cuando nos tocaba cruzar cuencas espaciosas y abiertas. Estas modulaciones del sonido ha-

blando al oído de los ginetes fueron durante algún tiempo la sola noción que tuvimos de la forma y accidentes del terreno que atravesábamos.

De tal suerte caminando en las últimas tinieblas de la noche, atajada la vista, sentido vicioso y disipado por excelencia, ciegamente fiados al tino del guía, al buen pulso de los caballos, podían concentrarse nuestros pensamientos en el mental repaso de lo aprendido el día precedente, ocupación favorita de las noches de camino.

Según habíamos venido de Oriente á Ocaso, dejando atrás el viejo territorio de Astúrias de Santillana, para acercarnos al de Astúrias de Oviedo, que conserva el nombre y su terminación plural como si fuera rastro de haber comprendido más de una comarca llamada así, iban pareciendo los indicios varios que todo gran suceso deja sembrados y esparcidos en la tierra donde acaeció y en el espíritu del pueblo agente ó paciente, perdurablemente engrandecido ó castigado por lo acaecido.—La devoción á San Pelayo en las agrestes márgenes del Deva, los cantos gigantescos rodados al río, bautizados con título de «lágrimas» del mismo bienaventurado, el paso ó desfiladero de Peléa, el lugar de Cosgaya (1), la tradición de Mogrovejo y sus caballeros señalados en la hueste cristiana, el prestigio de la inmediata fiesta (8 de Setiembre) tan vivo y evidente en las conversaciones de las gentes, eran otros tantos motivos de meditación que fijando la movable inquietud del ánimo, le pintaban el cuadro animado y pintoresco, si no completo y puntual, de los memorables sucesos que la historia general, obligada á resumir y concentrar, compendia en la hazaña famosa de Covadonga (2).

Natural era que así sucediese. En tan revueltos, inseguros y primitivos días es única fuente de la historia la tradición oral de boca en boca transmitida y heredada. Los españoles derrotados, confusos, empujados hácia el Norte por la maréa invasora de los africanos, sin descanso ni, respiro, per-

(1) El erudito y sagaz cuanto modesto arqueólogo D. Manuel de Assas ha explicado etimológicamente uno de los puntos de la primera campaña de restauración emprendida por D. Pelayo, reduciendo al moderno pueblo de Cosgaya, el *Casagadia* del Cronicon salmaticense, el pródigo rústico junto al cual pone el obispo D. Sebastián el postrero y cabal desbarate de los moros.

(2) El historiador Sandoval supone en la villa leonesa de Cen el punto de respiro de los fugitivos cristianos, donde Pelayo juntó y organizó las huestes que pelearon en Valdeon y Covadonga. Mas el P. jesuita Henao, que discute atinadamente el punto en sus *Antigüedades de Cantabria*, tomo II, libro II, cap. XX, atribuye el supuesto de Sandoval á deseos de halagar al célebre duque de Lerma, su pariente, ministro y privado de Felipe III, de cuya régia munificencia había por entonces conseguido el privado la merced de dicha villa con título de marqués para el primogénito de su casa. Considerado militarmente el suceso también parece absurdo opinar que tropas llevadas por delante de derrota en derrota, se reorganicen y resistan haciendo alto al frente del enemigo en terreno descubierto, sin amparo de fortalezas artificiales ó naturales. Tras el áspero abrigo y redoblados muros de la cordillera cantábrica pudieron únicamente nuestros soldados pensar en rehacerse.

dida la generosa costumbre de resistir, y la noble fortuna de vencer, ahogándose en la inmensidad de su desastre, no podían tomar en cuenta los episodios, las fases incidentales de su propia agonía. Mas apenas hicieron pié, apenas sintieron firmeza en el suelo, firmeza en su planta tan agarrada á la madre tierra que el enemigo empuje se detuvo, vaciló, y después de ondear largo tiempo gastándose inútilmente en torno y contra la inesperada resistencia, comenzó á retirarse desordenado y vencido, asombráronse del suceso, y repitieron agradecidos y gozosos, fuera de sí el nombre del teatro de tamaña ventura, olvidados de cuanto habia precedido, de cuantos hechos menudos ó considerables habian preparado el fúlgido Oriente de la buena estrella de España.

Los acontecimientos sucesivos probaron el militar acierto de Pelayo al reunir su hueste en Covadonga para dar rostro al musulman empeñando un combate decisivo. Hombre de animosa fé el cristiano, juzgaba por lo que en su pecho sentía del influjo que en sus soldados habia de tener la eleccion de un sitio de antiguo consagrado á la Virgen María y santificado con el culto y adoracion de una de sus imágenes; pero hábil caudillo no descuidó en utilizar con medios humanos la favorable intervencion del cielo. Rechazado el choque, sin pérdida de tiempo movió su gente á embestir por el descubierto flanco al enemigo, arrojándole contra los riscos y asperezas de Liébana. Allí, si vencía los naturales obstáculos del terreno, iba á tropezar en las armas contrarias del pueblo más feroz y belicoso de la Península, los cántabros. Las catástrofes de Subiedes y Cosgaya poniendo colmo á la dispersion y exterminio del quebrantado ejército musulman, realizaron lo previsto por el afortunado jefe español (1).

De otro modo no se explica lo que los cronistas más inmediatos á los acontecimientos, el obispo Sebastian de Salamanca y el Silense, llaman retirada de los moros al territorio libanense, donde no hallaban caminos, donde no tenian aliados, donde ni de la naturaleza ni de los hombres podian cuer-

(1) De la superioridad de los cántabros sobre sus enemigos infieles dá claro testimonio el Silense en estas palabras: "*Itaque maurorum rabies, quos alii formidolosus erat, Cantabris ludibrio habebatur.*"—El mismo cronista plota no sin cierta elegancia de frase y con pintoresco estilo la guerra de montaña sostenida por nuestros progenitores, consumados en semejante modo de pelear.—"*Igitur Cantabriansium regnum, quamquam occupatione Maurorum subversum ex parte novimus, in parte tamen munitione, et difficultate introitus terrarum, solidus permansit. Si aliquando amque hostis, plus solito formidolosus, irruerat, relicta planicie ad civitates et castella in intervallis montium sita correbatur.*"—74.—*Ad hoc Cantabri alioris, et laborum pro loco, et necessitudine, utcumque patientes et arroptis levioribus armis, per colles et opaca sylvarum loca, pedientes, serpiendo ex improvise castra hostium, dum aderant, invadendo sæpe conturbabant. Neque buliusmodi factum ab hostibus vindicari nusquam poterat: quia Cantabri succinti et leves, statim utres postulabat, in diversa rapiabantur....*"—*Monachi Silens. Chronicon, cap. VI.*

damente esperar conmiseracion ni auxilio. La retirada natural de los invasores era ó sobre su izquierda hácia la parte central y occidental de Astúrias, que su nacion dominaba hasta las marinas y Gijon que ocupaban, ó bien á su espalda desandando el camino que habian traído desde Leon donde eran igualmente señores ocupando ambas vertientes de los montes que partian á los astures en transmontanos y augustanos. Su decision funesta y torpe prueba que fué forzosa; que los movimientos y situacion del vencedor les tenian cerrada toda salida, pues no eran los moros gente bisoña y allegadiza, tan fácil de romper como de descorazonar, sinó soldados viejos, regidos por capitanes adiestrados en repetidas y venturosas guerras.

La tradicion, pues, al llegar á oídos de los analistas que habian de perpetuarla traduciéndola en signos escritos, ménos expuestos á mudanzas y contingencias que la relacion hablada de los entusiastas y curiosos, llególes ya reducida y abreviada. Ellos por su parte, no podian hacer más que transcribir lo oído vertiéndolo á la lengua oficial y docta: no eran tiempos los suyos para sosegadas compulsaciones del texto y ejercicio del individual criterio. Reinaban densas é invencibles tinieblas en literatura: apenas el cláustro y las áulas episcopales conservaban reliquia del clasicismo religioso gótico-latino, brillante un dia en Toledo, Zaragoza y Sevilla, herencia de Roma, cuyas formas cultas y preceptivas se dibujan todavía mutiladas é incorrectas en la obra de aquellos ingénuos cronistas (1).

No se os haga enojosa esta insistencia mia, este amor egoísta á los textos viejos, con que los acumulo y comento, embarazando acaso mi relato. Son los fastos de la humanidad tan ricos, tales casos descuellan en la vasta série de sus anales, que ya aquellos añejos comienzos de nuestra historia

(1) Véanse los discursos que ponen en boca de sus personajes. Un docto jesuita, diestro compilador de las *Antigüedades y cosas memorables del principado de Asturias*, el P. Luis Alonso de Carvallo, traduce aquellas oraciones del latin de los cronicos á un romance imitado del que se usa en documentos contemporáneos del Rey Sábio. El P. Carvallo escribía en días de D. Felipe III (1598-1621), y aún cuando ya entonces ejercian en la crítica y las letras saludable influjo los escritos de Ambrosio de Morales, "el padre de nuestra historia," segun la felicísima y consagrada expresion de Godoy Alcantara, no seria exoaso todavía el de la Crónica general publicada por Florian de Ocampo y orden del emperador. Este interesante monumento que reproducía á los ojos de los españoles del siglo XVI el habla nacional de nuestros mayores en el siglo XIII, parecia suprimir el tiempo, cercenar la duracion de los siglos y acercar unas á otras generaciones honda y definitivamente apartadas por los abismos de la ignorancia y del olvido. No es, pues, de extrañar que hubiera quien seducido por tan inesperada y portentosa luz, imaginara que lanzados sus rayos en todas direcciones, así iluminaban las edades siguientes puestos del lado de acá de su foco como las anteriores y escalonadas más allá de la luz entre su origen y el origen del pueblo que la mantenía encendida y brillante. ¡Quién sabe! acaso la lengua en que habló D. Pelayo á sus valientes, se aparta ménos de la usada por D. Alfonso el Sábio en sus libros, que se aparta de ésta la que hoy sirve comunmente á los escritores castellanos.

palidecen oscurecidos por el interés de lo más reciente, universal y moderno. Mas cuando se pisa la clásica tierra, cuando se recorren las gloriosas asperezas, refugio de la patria en el día supremo, la nueva historia desaparece, la olvidais toda entera, nada os importa lo sucedido del siglo IX acá, os sentís en los días de la regeneración y la fé, envueltos en el torbellino de la fuga que arrastraba razas y familias, haciéndoles fundir sus ódios y diferencias en el tremendo crisol del espanto, para hacer surgir de aquel vínculo de afectos diversos y enemigos el sentimiento unánime y común de la redención (1).

Como el incendio que cunde por mies y selva llevando delante de su flamífero y estallante filo á cuanto sér siente instinto de vida y fuerzas para conservarla; como la inundación que rebosando del cáuce antiguo fluye sobre sus márgenes y se adelanta y sube lenta y sonora anegando uno tras otro los suaves declives del terreno, así venía la invasión, traída por la mano de Dios de las costas del Mediterráneo; y huyendo de ella se atropellaban hácia los confines del Norte los últimos dispersos restos de la vieja España, pueblo, prelados, próceres, guerreros, monjes y artesanos. Aquí sentís su angustia infinita, aquí su dolor y su desalumbrada pavora. Aquí sois españoles del siglo VIII, no del XIX. Por aquí caminais con el oído atento queriendo percibir el rumor lejano y creciente de la muchedumbre enemiga, esperando su futuro embate, el cautiverio ó la muerte; de aquí ois brotar el dudoso clamor de la pelea, y entre sus alaridos diversos, aquel que no se equivoca ni confunde, el que suena y al sonar trasforma y muda la naturaleza y la vida, y trueca el desaliento en coraje, la flaqueza en brío, la postración vergonzosa en esperanza salubre y triunfadora; el clamor de los vencedores que suena en vuestra propia lengua y que en una palabra sola ¡victoria! os devuelve honra, patria, existencia, porvenir, historia y fama.

Alboreaba el cielo. Una estrella última y sola palidecía, y al palidecer aceteraba su centelleo como si quisiera gastar todo su caudal de vida en los breves momentos que le que-

(1) La distinción de razas subsistió entre los descendientes de los refugiados en las montañas hasta el siglo XI por lo ménos. Consta así en escrituras del libro de regla de la abadía de Santillana, donde se encuentra entre otras una del año 1034 de J. C., que es carta de donación de un terrazgo y arboledas en Ongayo, hecha por Gonzalvo Sarracinez al abad Juan, la cual entrando á prohibir (según la fórmula usual) que nadie vaya contra la donación, trae esta cláusula.... "aut gens de genere meo, vel gotorum, aut romanorum hominum...." Persistían, sin duda, entre la población española tres descendencias diversas, romanos, godos é indígenas. Las mismas palabras se leen en otra escritura, fecha en 1026, de trueque de tierras entre el abad Pedro y Rodrigo Bermudez y su mujer Anderquina. Las tierras de la abadía estaban situadas en Campo-Sanzano (¿Campuzano?) y las de Bermudez en Chaejeta (Queveda) harto más próximas á Santillana.

daban ántes de oscurecerse y apagarse. La claridad crepuscular se derramaba en torno, dibujando fria y perezosamente los formidables contornos del terreno. Caminábamos cuesta abajo entre masas informes, gigantescas, de peladas rocas, como camina la gota de agua buscando los senos y las pendientes de una piedra sin labrar. Todavía era más vision que realidad el paisaje, todavía no nos daba la luz el verdadero color de los objetos, el sentido exacto de formas y distancias, cuando interponiéndose entre el día que nacía y la tierra que se despertaba, saliendo de no sé qué recónditos antros cayó sobre nosotros una niebla espesa, tangible, gris, áspera y fria al tacto, que rozaba la piel al pasar como la trama escabrosa de un tejido tosco y húmedo. Movíase y flotaba con los caprichosos giros y movimientos que el viento imprime á la polvareda, unas veces nos tomaba de frente, otras de costado, otras nos envolvía en remolinos cuya hélice subía, subía estrechando los cuerpos como si pretendiera arrancarlos del suelo y hacerlos subir consigo.

A trechos se desgarraba abriendo entre sus girones paso á los ojos; á trechos se adelgazaba y estendía convirtiéndose en ténue vapor á través del cual corrían y desfilaban los picos y angosturas. Entónces veíamos pardear la caliza en medio de la bruma; entónces, cual titánico fantasma desembizado de misteriosos velos, asomaba el peñasco sombrío su ingente flanco; más al intentar abarcar, medir su grandeza, ahogábanse los ojos en la niebla sin alcanzar los pies del gigante hundidos en insondable abismo, ni su frente levantada hasta la region serena donde acaso no termina el día, donde hace la luz mansion más larga porque llega en la mañana ántes que la tierra despierte, y se retira á la tarde después que ya duerme envuelta en noche la tierra.

El aluvion de niebla pasó vertiginoso y rápido, sus ondas glaciales y espesas se enredaron primero en los águdos filos de la montaña, luego se sumieron en sus quiebras y despeñaderos, y apareció diáfano y azul el cielo y limpia y pura tendida en el espacio la vívida claridad del sol saliente.

Un disforme peñon tajado como los basaltos del mar de Islandia, teñido de las rojas tintas de la aurora se alzaba frente á nosotros. El guia, retratándole con el mismo rasgo con que nuestra imaginacion le iba definiendo, nos gritó su nombre: ¡Peña Bermeja!

Quizás eran las primeras palabras que le oíamos aquella mañana. Con ellas daba comienzo á su oficio de mentor y astrolabio nuestro. Miétras duró la noche, nos habia supuesto sin duda dormidos; miétras la cerrazon nos envolvía, no se creyó en el caso de aventurar noticias incompletas y de ex-

planacion difícil; más ya aclarada la *situacion* y libres los ojos de ayudar al discurso, estimulado por la conciencia propia, sin indicacion nuestra poníase á cumplir la obligacion que libremente habia aceptado,

Y ,cómo andaba el cántabro! ¡Cómo anduvo todo aquel dia! Colgada del hombro su chaqueta, cruzado sobre la cervíz, á guisa de yugo, el palo, y apoyadas en sus extremos ámbas manos, alargaba su gentil compás de piés con regularidad constante, sin asomo de cansancio, ni detenerse más que de tiempo en tiempo frente á los hilos de agua que la montaña vertía y puesto de bruces sobre el rústico cáuce, beber un sorbo. Todo era seguro asiento á su firme planta, roca ó césped, tierra ó guijas; cuando salíamos á ciertos escampes, donde era franco el paso é imposible perderse, salía de la vereda y saltando de risco en risco como un rebezo, desgalgábase montaña abajo, atajando á los caballos forzados á seguir las corvas vueltas del camino. Y puesta, con tal industria, la distancia que le parecía conveniente entre su persona y la de sus señores, aliviábase de respetos y fatiga con un cantar á media voz, cuyas notas llegaban hasta nosotros opacas y confusas.—Así le habian visto salir ántes del alba los sublimes peñascales de Andara, así le vió llegar pasada la media noche el portal de la casa de beneficiados de Covadonga y tenderse al cantar del gallo sobre el duro poyo donde le aguardaba el sueño más apacible y profundo que jamás gozó cuerpo de justo.

AMÓS DE ESCALANTE.

(Continuará.)

WEDITACIONES POÉTICAS.

EL RETIRO.

(Traducción de Lamartine.)

DEDICADA Á MI RESPETABLE AMIGO EL DR. D. JOSÉ FERRER GARCÉS.

En la risueña orilla
de tu lago encantado,
de los necios errores apartado
que estúpida ignorancia deifica,
cubierto con la rica
espléndida armadura de la ciencia,
pasar el tiempo véis, sin que su vuelo
de tu felicidad robe un instante;
fué en el mundo brillante
la mañana feliz de tu existencia;
pero con doble anhelo
mi juventud envidia, complacida,
el puro azul de ese tranquilo cielo
de la preciada tarde de tu vida.

Nuestros días más bellos
no son en realidad sinó fugaces
relámpagos de luz, cuyos destellos
brillan entre los haces
de negras nubes, que en la noche oscura
apila la tormenta:
nada existe en natura
digno que el sábio sienta

al perderlo la hiel de los dolores,
salvo del alma plácidos amores.
Pero qué digo? en toda edad el pecho
abriga del amor el suave encanto:
ese durable fuego,
que entre los ricos pliegues de su manto
guarda tranquila el alma,
irradia más calor cuando arde en calma;
es el polvo divino
que al hombre forma y en su sér anida,
que muere sólo con su propia vida.

Estender de su espíritu la esfera,
del anhelar inquieto
reducir el alcance, he aquí el secreto
que el vulgo necio ignora:
tu, amigo, le poséas; ese grato,
felíz rincón de tierra hoy atesora
tus amores, tus gustos y placeres;
tus deseos con férvido arrebato
no trasponen su límite risueño,
á la par que tu mente enriquecida
de mayor horizonte se hace dueño;
y, abrazando del mundo los primores,
la antorcha del saber, al darles vida,
alumbra tu razón con sus fulgores.

Tu véas de igual manera,
del Tiber, Nilo y Ganges
en la distante y desigual ribera,
en todos sitios y en los tiempos todos,
bajo disfráz diverso,
que el hombre es siempre el hombre por doquiera,
y que en este universo
con un órden eterno todo pasa,
nada cambia su esencia;
de las naciones véas la prepotencia
eclipse con vária alternativa,
como al rodar del célico hemisferio
de los astros se eclipsa la luz viva;
pasa de mano en mano así el imperio;
y en la eterna porfía
cada pueblo su siglo, cada hombre
tiene también su día.

A esa suprema ley siempre sujetos,
gloria, poder, y libertad y todo
el tiempo arrastra; y ante sus decretos
hoy yacen en el lodo

los dioses mismos que erigiera en vano
crédula antigüedad; y en el olvido,
lo que en su orgullo extremo el sér humano
á llamar la verdad se hubo atrevido!

En 'esa oscuridad que le rodéa,
qué hará el sabio, si férvida su mente
contra la duda y el error peléa?

Satisfecho se siente
de aquellos breves días que el acaso
señaló á su vivir; y se apresura
á invertirlos al paso
en obras de virtud y de ventura.

Ese sábio feliz me es conocido;
en su bella mansion he compartido;
grata hospitalidad: bajo la sombra
del jardín que sus manos han plantado,
al eco regalado
de su armoniosa lira
adormece las horas, cuando canta
la dulce dicha que su sér aspira.

Su gratitud ardiente
interése, gran Dios, vuestra clemencia.
Jamás os cansa con un ruego loco;
guardadle, solamente
su rústica opulencia;
donadle todo á quien os pide poco.
Que por siempre rodeádo
en su feliz hogar de los objetos
de su viva ternura,
de su esposa y sus hijos los respetos
coronen su vejez, cual la madura
fruta corona el árbol abundoso;
que matice su campo copioso
de las espigas el color dorado;
que al pié del alta peña
manso se estienda el lago trasparente;
que la sombra risueña
de sus bellos jazmines se acreciente;
sea tibio su sol, azul su cielo
de variados reflejos peregrinos,
y aquel que viene de extrajero suelo
maduros halle sus selectos vinos.

Léjos yo de ese puerto
en que la dicha asienta,
impelido ¡ay de mi! por el incierto
ardor de la esperanza y de la activa

juventud impaciente,
voy á arrostrar la mar y la tormenta.
Pero en su seno hirviente
sacudido por la onda fugitiva,
y del choque del viento fatigado,
yo con frecuencia volveré, mi amigo,
de esa tu roca abrupta al manso abrigo,
cuando la tarde núera
á amarrar mi barquilla en tu ribera.

ADOLFO DE LA FUENTE.

UNA ADVERTENCIA.

Marchitos de la rosa los colores
quédale la fragancia aún no perdida;
lava el cisne la mancha aborrecida
si á Ja fuente demanda sus favores.
Pero ¡ay de tí, mujer! flor de las flores,
de albo candor el ánima vestida,
si agostan tu pureza inadvertida
y la manchan impúdicos amores.
Avergonzada bajarás la frente,
de tu hermosa mejilla los sonrojos
en vano lavará lágrima ardiente,
y verás con espanto de los ojos
un mundo que desecha eternamente
de su internal malicia los despojos.

M. HACHE.

LA DOCTRINA TRANSFORMISTA ANTE LA CIENCIA ACTUAL.

II.

En vano el hombre con atrevidas hipótesis intenta hallar la esplicacion del origen de la vida, hasta hoy desconocido para su limitada inteligencia; vano es suponer que una agregacion fortuita haya coordinado el Universo; la razon busca una causa inteligente superior, el pensamiento la concibe sin esfuerzo y los sentidos la reconocen por sus efectos. Desconociendo la nada de que procedemos y el gran todo que es la razon de nuestra existencia, claro es que la vida está fuera del dominio de nuestra comprension; siendo tan sólo usufructuarios de ella nos abandona rápidamente para tomar otra forma sin que jamás conozcamos ni su esencia ni su origen.

Laudables esfuerzos han hecho los filósofos y naturalistas de la escuela evolutiva para estudiar la vida sin necesitar la preexistencia de un sér superior; pero todos han sido insuficientes para resolver el problema de su principio, así como para legitimar con los adelantos paleontológicos toda la série de transformaciones necesarias á su doctrina, y que unos despues de otros han presentado como la única racional manera de formacion de los séres.

Lamarck fué el fundador verdadero de esta escuela que modernamente ha resucitado Darwin, dándole un desarrollo tal que puede considerársele como el más importante de sus mantenedores por la multitud de prosélitos que ha adquirido y la suma de notables estudios á que en su defensa se ha consagrado el ilustre sábio inglés; la eleccion natural y la concurrencia vital son las dos causas determinantes de las transformaciones operadas en los séres; la primera es el principio, mediante el cual se conserva el individuo que posee variacion útil y desaparece el que la tiene perjudicial; por que luchando con los agentes exteriores hasta habituarse á sus

condiciones, y con seres semejantes á él en la época de la reproducción, perecen los más débiles y los demás perpetúan las variaciones favorables hasta constituir en lo futuro nuevas especies; no es la elección natural otra cosa que el ejercicio de la concurrencia vital ó sea la guerra que los seres se hacen para procurarse la subsistencia.

Los discípulos de Darwin y sobre todo Haeckel, han llevado la teoría de su maestro á un punto que éste jamás intentó; en su sentir, el Universo entero está constituido por series muy estensas, formadas por las metamorfosis de la materia, desde la nebulosa en donde existe naciente, embrionaria, hasta el hombre, término hasta hoy de la variabilidad de la especie y de la fecundidad de la materia.

Tuvo Lamarck en apoyo de su doctrina la teoría de la generación espontánea de que carecen los modernos, por hallarse completamente desautorizada esta manera de explicar el primer tránsito de la materia inorgánica al estado de materia viva; y esta es la mayor dificultad con que tropieza Darwin al querer explicar el origen probable de los primitivos tipos morfológicos faltándole esta base en que fundarlos.

Para estudiar todas las transformaciones de los seres, se apoya en el gran número de especies *incerté scdis* que se confunden con otras semejantes ó con sus variedades, afirma que es la mutabilidad ley general en la naturaleza y en virtud de esta esencial propiedad se han operado los cambios necesarios á sus teorías. Como hecho que legitima esta hipótesis se funda en los adelantos de la embriología, y en los cambios que en el germen se operan durante un desarrollo vé cumplida su ley anterior; el germen humano, por ejemplo, de estado puramente celular pasa por multitud de formas de animales inferiores, sin que el exámen más minucioso permita establecer diferencias reales entre dos embriones de vertebrados distintos cuando comienza su evolución orgánica, hasta que avanzando yá en su desarrollo se determina y encierra cada uno en forma definida y en un riguroso contorno que conserva luego de un modo permanente; así la procedencia de un animal de otro inferior en complicación orgánica queda explicada como un exceso de vida, un grado más de desarrollo y nó como una forma nueva y distinta. Innegable es, sin embargo, que á pesar de la aparente identidad de los gérmenes cuando están en el comienzo de su evolución existe en ellos algo que determina el sucesivo desarrollo á que están sujetos pues que nunca éste se perturba en condiciones viables para el individuo y transmisibles para la especie; todos los cambios del germen tienen la constancia que caracteriza al desarrollo embrionario y

sus metamorfosis son fases normales que partiendo del mismo punto tienen idéntica terminación y sólo como edades de la vida individual pueden considerarse.

También cita en apoyo de su teoría las grandes variaciones que bajo el poderoso influjo de la mano del hombre sufren los animales domésticos. Notorio es que las especies colocadas en ciertas condiciones ceden al influjo de las causas, se modifican y constituyen variaciones que perpetuadas por generación se transforman en razas permanentes y fijas. Pero nada hay en la Naturaleza que no varíe, el individuo mismo sufre multitud de cambios desde su nacimiento hasta su muerte; el hombre y los mamíferos superiores respiran durante uno de los primeros períodos de su existencia intrauterina por órganos branquiformes que luego son sustituidos por los pulmones; ¿dirémos por eso que el hombre es pez antes de ser mamífero?; no, sino que estas metamorfosis que sufre el huevo humano, son su manera de desarrollo embrionario constante, sin que jamás conduzca á una transición entre dos especies, ni altere la identidad del organismo que está á ellas sujeto.

Además, nunca las variaciones se presentan en lo que es característico y esencial á los seres, nunca en su organización interna, sino en los caracteres subordinados y en los detalles de su modo de ser constituyendo una prueba de la existencia de la variabilidad pero nó de la mutabilidad; con su inmenso poder jamás ha podido el hombre presenciar la transformación de un animal en otro de especie cercana, deduciéndose de aquí, mientras no se pruebe lo contrario, que hay permanencia en los caracteres específicos, variabilidad tan sólo en los accidentes y mutabilidad en ninguna circunstancia.

Como no es posible que la mano del hombre ocasione violentamente estos cambios que son graduales en la Naturaleza y aunque la especie no haya variado ni zoológica ni fisiológicamente desde que los documentos arqueológicos é históricos nos lo demuestran, es tan corto relativamente el período á que alcanzan nuestros conocimientos de la historia terrestre, que nada significa la identidad de las especies halladas en los sepulcros y monumentos Egipcios con las hoy existentes en el mismo país; para probar la fijeza de los seres es preciso recurrir á una época más remota, después de la cual se hayan sucedido alteraciones en el modo de ser de la tierra que nos enseñen las diferencias que hay entre los organismos entonces existentes y los actuales, siendo por lo tanto el estudio de los fósiles el único capaz de revelarnos algo positivo y concluyente.

Si en sus primeros albores, la ciencia Paleontológica pareció indicar que la Naturaleza había dado comienzo á sus admirables creaciones por los séres más sencillos que aumentaban en complicacion orgánica á medida que nos acercábamos á la edad moderna, hoy no es posible admitir este principio tan absoluto sin ponerse en contradiccion con las observaciones más elementales. A ser exácto, aparecerían en los terrenos primitivos los fitozoos que por su sencillísima organizacion debieran existir antes que otro sér alguno, admitida la desaparicion de los proto-organismos más elementales por el metamorfismo de las primeras rocas de sedimento; vendrían después otros séres enlazando este tipo con el de los moluscos y así sucesivamente, segun su grado de complicacion orgánica, sin que jamás apareciese un sér aislado en su tipo y falto de antecesores que le originasen por transiciones graduadas.

Pero léjos de sujetarse la Naturaleza á este principio, vemos que el exámen de la série de los organismos fósiles lo rechaza de un modo tan claro como podemos juzgar si recordamos que en todos los terrenos, ya sean los más antiguos de la vida de la tierra ó los más modernos de la edad antropolítica, existen representantes de los extremos del mundo orgánico, en todos hay séres sencillos y vertebrados, plantas fanerógamas y celulares, presentando este primer hecho inesplicable en la teoría evolutiva un poderoso argumento en contra del origen que señala á los séres.

El representante más antiguo de la vida sobre nuestro planeta es el *trilobites*, crustáceo de organizacion muy complicada, sujeto á metamorfosis muy notables, dotado de sistema nervioso y casi todas las funciones de nutricion en completo desarrollo, ocupando por estos caractéres anatómicos un lugar muy alto en la pretendida série linear en que se deben haber producido los animales; es digno de atencion que todas las especies de este género pierden en complicacion á medida que nos alejamos de la época de su aparicion en los terrenos, siendo las más perfectas las primeras existentes. Decir que las especies anteriores se han perdido es oponer á un hecho verdadero una hipótesis poco probable; mientras no aparezcan nada autoriza á admitir antecesores del *trilobites*, teniendo en cuenta que desde el primer momento de su existencia se nos muestra en el complemento de su desarrollo sin que ninguno de sus descendientes gane nada en complicacion orgánica ni varíe en sus caractéres específicos, á pesar de estar separados del primitivo por millares de años.

Tampoco en la série de los terrenos se advierte esa gra-

dual aparición de los seres; desde el silúrico aparecen los primeros osteozoos representados por peces del grupo de los selácidos, los más complicados en su organización, pues ya en ellos se manifiesta entre el embrión y la madre un lazo orgánico que los acerca á las relaciones placentarias propias de los vertebrados superiores; en nada superan los selácidos actuales á los propios de los terrenos paleozoicos, ni puede admitirse la procedencia de estos de especies anteriores, faltando representantes de su tipo que los pudiesen originar, si fuese exacta la pretendida complicación gradual de los seres. Los reptiles fósiles son superiores á los actuales en complicación orgánica, es decir, que lejos de perfeccionarse su organismo, cuántos representantes de esta clase existen hoy, parecen haber ido degradándose y perdiendo las cualidades superiores que poseían sus antepasados. Los insectos que ocupan un escalón muy inferior en la serie lineal de los animales, no presentan vestigios de existencia hasta el terreno carbonífero, muy posterior al silúrico en que aparecieron los osteozoos contemporáneos más tarde de los primeros articulados.

Cómo, pues, unir tantos eslabones sueltos de la que se ha llamado cadena natural de los seres orgánicos, si desde el principio de las cosas aparecen casi todos los tipos en especies de las más complicadas con caracteres propios que conservan hasta su extinción? ¿Dónde están los hechos que prueban que los órganos se modifican con el tiempo y dónde las formas intermedias? ¿Porqué no se advierten en los terrenos más antiguos vestigios de zoófilos y se manifiestan en otros más modernos? La cadena ideada por Lamark presenta interrupciones frecuentes y difíciles de llenar, hyatus inmensos cuyos seres no se conocen ni aún por sus restos fósiles, y más fácil es hallar especies contrapuestas y antitéticas, más frecuente observar contrastes entre los seres, que especies continuas y eslabonadas entre sí por otras intermedias, cuya existencia es racional negar hasta tanto que se pruebe de una manera categórica.

La aparición súbita de un tipo superior adornado de todos los atributos que le son propios, sin la existencia anterior de formas graduadas que hayan contribuido á su formación, indican bien claramente que los estudios paleontológicos desautorizan el principio en que fundan la doctrina transformista, es decir, que la vida dando comienzo por lo más sencillo siguió una evolución gradual hasta los seres de mayor complicación orgánica. La ciencia no ha podido observar esos fantásticos enlaces transitorios ó fijos que debieran hacer ménos brusco el tránsito de unos seres á otros; se vé por

el contrario, que los que aparecen continúan iguales á través de terrenos que suponen épocas de millares de años, hasta que desaparecen de los horizontes geológicos sin dejar descendencia conocida.

Los primeros reptiles, los *ictiosauros*, tienen un organismo muy superior á los actuales y aún á las aves y muchos mamíferos, puesto que siendo vivíperos nace el individuo gozando ya del ejercicio de todos sus órganos en perfecto desarrollo, aproximándose á los cetáceos y demás mamíferos acuáticos y constituyendo una superioridad marcadísima sobre todas las especies de su clase existentes en nuestros días.

Es incapáz del darwinismo de explicar el singular hecho de que se presente mayor riqueza animal en el terreno silúrico que en los siguientes más modernos en que debiera la vida haber adquirido más desarrollo si fuesen exáctas sus teorías; la suposición de que las especies han desaparecido, sin dejar vestigio, en los diversos cataclismos que en el Universo se han sucedido es inadmisibile; no puede fundarse una escuela en negaciones y probabilidades sinó en hechos suministrados por la observacion; los que niegan las verdades admitidas son los que deben presentar sus argumentos, y nó los que están en posesion de la doctrina contraria admitida como verdadera.

Siendo regla general la presencia de representantes de todos los tipos en el mismo horizonte estratigráfico, observando desde el terreno silúrico al cuaternario, multitud de séres sin semejantes que los hayan precedido, es lógico admitir que la série linear de los animales, en que cada uno es más perfecto que el anterior y resultado de las transformaciones de los términos que le precedieron, es una idea puramente teórica sin que jamás se haya formado el pretendido árbol geneológico animal, ni probado esa filiación directa que los hace á unos descender de los otros. Acumular hipótesis á cual más congeturales y desprovistas de valor científico para dar respúesta á los argumentos que combaten estas ideas, es impedir el adelantamiento de la ciencia por los mismos que debieran hacerla florecer, si en lugar de fundar teorías especulativas, consagrasen su indisputable talento á la cuidadosa investigacion de los hechos. Que la ciencia del presente no es sinó el principio del crepúsculo que anuncia el nuevo día, tantos hechos acumulados por el incesante trabajo de los siglos, tantos pormenores catalogados serán infructuosos, si discutiendo ideas, teorías y pensamientos contradictorios muchas veces, olvidamos que se precisan muchos y repetidos trabajos para que la ciencia, informe en

gran parte, cual hoy existe, llegue al grado superior de desarrollo que es la tendencia natural del espíritu humano.

Los seres naturales, que forman la organización y vida de nuestro planeta, no están colocados en serie progresiva de lo sencillo á lo complicado, ni formando un proceso cronológico; sinó que todos tienden á producir condiciones capaces de hacer posible la última capital obra de la creación: la aparición del espíritu ennobleciendo la materia en que reside.

MANUEL BARAJA.

(Continuará.)

EL ARREPENTIMIENTO.

—Madre, ¿que son esas luces
que brillan tanto en el cielo?

—Hijo mio, de otros soles
tal vez sean los reflejos,
tal vez la mirada pura
de los justos que murieron,
ó quizá sean las huellas
de los ángeles escelsos:
tambien dicen que son mundos
girando en el Universo.

—Madre, quisiera ser ángel
para ver tales portentos.

—Si de Dios clemente y justo
acatases los decretos
pasará tu alma inocente
á ser ángel en los cielos.

—¿Porqué dicen que en el mundo
padecen siempre los buenos?

—Porque este mundo, hijo mio,
es un valle de destierro,
y siempre padece aquel
que está de su patria lejos.

—¿Y porqué los malos gozan
más venturas que los buenos?

—Niño, la paz huye siempre
de sus agitados pechos,
y amarga sus soledades
sin tregua el remordimiento.

—¡Pobrecillos! Y es verdad
que les aguarda el infierno?

—Nadie puede asegurar:

«aquel no entrará en los cielos;»
los que se llaman los últimos,
á veces son los primeros,
como lo dice Jesús
en el divino Evangelio.

Junto al lecho del culpable,
de la culpable en el lecho
vela un ángel que señala
la vía que lleva al cielo,
y ese ángel de Dios amado,
se llama arrepentimiento.

EMILIA MIJARES DEL REAL.

EL COMERCIO Y SU INFLUENCIA.

Viviendo en un pueblo eminentemente mercantil, cuyas naves surcan hoy todos los mares conocidos, he creído conveniente trazar á grandes rasgos, la historia del comercio de los antiguos y la parte que ha tomado en el porvenir y la riqueza de las naciones, proponiéndome en los siguientes artículos seguir su brillante camino y luminosa marcha en las edades media y moderna. Fundados los grandes imperios por la fuerza y poder de las armas, tuvieron necesidad del cultivo de las tierras y desarrollo de la industria y el comercio, para conservar tranquilamente durante la paz, las ventajas adquiridas, entre los horrores y el tumulto de la guerra; ejemplos desde la más remota antigüedad, nos han de demostrar que las naciones no son poderosas, ni las ciudades pobladas y ricas, ni dichosos los estados, más que en la proporción del socorro y protección que prestan al desenvolvimiento de su comercio y de su riqueza.

Opinion autorizada y no destituida de fundamento, es la que sostiene que los Arabes fueron los primeros y más antiguos pueblos de la tierra, que pusieron en relacion por medio de atrevidos viajes á los tres antiguos continentes, apoyándose para sostenerla en la favorable situacion de la Arabia; hállase bañada por la mar en tres de sus lados, haciéndola casi inaccesible el que la une al continente, á causa de la estension de sus áridos desiertos que indudablemente debieron obligarla á abrirse paso por cualquiera de los tres mares que la rodean, inventando para ello barcos y medios de ponerse en relacion con los demás pueblos de la tierra; es lógico que procurasen arribar por la mar adonde se lo impedirían por otra parte peligros é intransitables desiertos, llegando de esta manera á posesionarse de todo lo más apreciado del mundo antiguo, trasladándolo de Oriente á Occidente en remotos tiempos y en los que siguieron hasta la época del reinado de Augusto; los historiadores Arabes aseguran que

su país era el más rico del mundo por sus relaciones con la India y los pueblos que baña el Mediterráneo, siendo suyas las industrias que reportaron fabulosas ganancias á los de Tiro y Egipto, cuyos depósitos mercantiles eran las islas y costas marítimas del Asia; el mar Oriental ha sido para los Arabes lo que el Mediterráneo para Fenicia, ancho y vastísimo campo, por donde las proas de sus gallardas naos pasaron lo mejor y más puro de la ostentosa civilización oriental.

No pasa, sin embargo, de ser una opinión lo manifestado sobre los Arabes, bien que apoyada en la justa reputación de Garcin y una vez emitida vamos á continuar siguiendo las inspiraciones del célebre Obispo de Abranches y del eruditísimo Savary que en el pasado siglo no creyeron profanar las plumas que se habían empleado en escribir la Demostración Evangélica y la Historia de la Iglesia, dando feliz comienzo y fin, el primero á su Historia del Comercio y de la Navegación entre los antiguos y el segundo á su reputado Diccionario marítimo-comercial.

Los Fenicios y Tiro son el punto de partida en la historia general que indica el cúmulo de gloria de poder y de riqueza que puede llegar á adquirir un pueblo trabajador é industrial; ocupaban estos países una estrecha faja de tierra á lo largo de la costa y la ciudad se hallaba construida sobre un terreno ingrato é improductivo, cuya mejor cosecha no era bastante á satisfacer las primeras necesidades de sus habitantes; recompensaban estas desventajas multitud de excelentes puertos, y especialmente el de la capital, sabiendo aprovecharse de ellos hasta el punto de hacerse muy luego señores y dueños del comercio y de la mar; el Líbano y las montañas vecinas les surtían de maderas de construcción y en poco tiempo lanzaron á navegaciones peligrosas y desconocidas numerosas naves; sus pueblos se multiplicaron hasta el infinito por el gran número de extranjeros que la ambición y el deseo de lucro atrajeron á la ciudad, y fundaron multitud de colonias, y la famosa de Cartago entre ellas, que conservando siempre el espíritu Fenicio, no cedió á Tiro en riqueza y la aventajó con mucho en la extensión de su dominación y de su fuerza y poder; apenas podría creerse el grado de esplendor á que llegó la soberbia ciudad, si el mismo profeta Ezequiel en ricas y pintorescas imágenes no nos hubiera trasmitido su poética descripción: «Tiro, dice, es un soberbio navío; forman su casco preciosas maderas de los bosques de Samir; los cedros del Líbano la proveen de mástiles; sus remos son cortados en los bosques de Bazan; el marfil de la India se emplea en la construcción de los

«bancos de sus remeros; sus velas son de fino lino de Egipto
«y de bordado tisú; el pabellon de púrpura y jacinto; los pilo-
«tos, soldados y marineros que montan y gobiernan tan ad-
«mirable navío entre los mejores y más célebres escogidos;
«habitantes de Sidon y Arad empuñan sus remos; los Persas,
«los Lidios y los de Livia sirven como soldados y sus pilotos
«son los más sábios y hábiles de la misma Tiro.»

Tal era un tiempo la capital del mundo y reina de las ciudades, cuyos mercaderes eran príncipes los más ilustres de la tierra; tal era y tan celebrada cuando al cumplirse la profecía de Ezequiel, sucumbió bajo las armas de Nabucodonosor despues de un sitio sostenido por espacio de trece años. Tuvieron la precaucion, durante tan largo asedio, de fortificar una isla vecina, donde se refugiaron los mercaderes con sus almacenes y mercancías, estableciendo en ella sus fuerzas marítimas y continuando con tanta suerte que la ruina y destruccion de su querida ciudad, no les quitó en mucho tiempo ni el imperio de la mar, ni la reputacion de su comercio; orgullosa la nueva villa y creyendo que sus riquezas la darían fuerza suficiente, atrevióse á resistir el poder de Alejandro Magno, oponiéndose al nó interrumpido curso de sus victorias y en premio de su temeridad fué enteramente destruida por el vencedor y á fin de que no la quedara esperanza de rehabilitacion, la arrancó su marina y su comercio, trasportándolo á Alejandría, nueva ciudad de la cual quería su fundador hacer la capital del Imperio de Asia cuya conquista pensaba en breve tiempo terminar y llevar á cabo; así cayó la hija de la opulenta Tiro al terrible impulso del jóven conquistador que diera principio á sus hazañas con la destruccion de Tebas, el paso del Granico y la batalla de Issus apoderándose tambien de Lidou, Damasco y de otras ciudades importantes por su comercio.

Sobre cien años antes, de los sucesos que acabamos de relatar, una colonia Fenicia, fundaba en Africa la ciudad de Cartago, que ya en la época á que nos referimos se hallaba en estado de disputar á Roma el Imperio del mundo; bien pronto estos Africanos pasearon sus naves por todo el Océano, se establecieron en España donde antes los Fenicios habían tomado tierra y cubrieron de factorías todo el litoral del Mediterráneo, siendo tan atrevidos marinos, que no faltan autorizadas opiniones que suponen fueran los primeros que tuvieron la dicha de penetrar en tierras desconocidas, cuyo descubrimiento en posteriores tiempos habia de dar más gloria que provecho á nuestra patria. Activos los Cartagineses y envidiosos de la gloria de otros pueblos, abandonaron sus costumbres comerciales y se convirtieron en guer-

ros y conquistadores, cargando sus antes pacíficos barcos de municiones de guerra y de soldados; y poniéndose sus más sábios y ricos comerciantes al frente de ejércitos que hicieron temblar á Roma y pusieron á Cartago en disposición de cambiar con aquella el cetro y el imperio del mundo; fácilmente se comprende su poder y la gloria que alcanzaron sus generales, con abrir las páginas de la historia y leer los fabulosos hechos que llevaron á cabo los Bárcos y dieron á Anibal fama y gloria que han alcanzado pocos conquistadores y guerreros; preciso le fué á Roma sostener una guerra casi continuada por espacio de cincuenta años para domar á tan temible rival, concluyendo por destruirla el cónsul Publio Emilio Scipion siendo sus habitantes en su mayor parte trasportados á diversas ciudades del Imperio y su comercio se trasladó á la Utica como el de Tiro á Alejandría; Cartago cayó como un gigante haciéndose cenizas contra las rocas de sus antes pobladas, ricas y pintorescas costas.

Muerto Alejandro á la edad de treinta y cuatro años, no pudo ser testigo, de la magnificencia y poderío á que en breve tiempo llegó la ciudad por él fundada efecto de la ventajosa situación en que se hallaba colocada y la constituía en depósito general de todas las mercancías que producían Occidente y Oriente. Libre entrada tenía la ciudad por un lado y comunicación con el Asia; el mar Rojo y el Nilo la abrían paso á los vastos y ricos países Ethiópicos; el Mediterráneo ancho rumbo á sus naves para recorrer el resto de Africa y las costas de Europa; y si quería trasportar sus ricas mercancías al interior de Egipto la ofrecían paso seguro el sagrado Nilo, multitud de inmensos canales, obras fabulosas de los primeros Egipcios y fuertes en numerosas carabanas que atravesaban el desierto con relativa comodidad para los mercaderes y fieles y valientes guardias para las mercancías; añádase á todo esto un puerto grande y bien abrigado, en el cual formaban bosques de mástiles los barcos extranjeros que continuamente entraban y salían importando su industria y su comercio en toda la inmensidad del mundo entonces conocido.

Alejandría llegó á ser con el tiempo una provincia Romana y amenazada por consiguiente en su comercio, al que tan poco aficionados eran sus conquistadores; pero Augusto comprendió bien su importancia; vió en él el único elemento de riqueza y salvacion y aumentó el que los Egipcios tenían en la Arabia, en la India y en los países más lejanos del Oriente, por la frecuentada vía del mar Rojo. Alejandría, provincia Romana, no cedió á la metrópoli ni en grandeza ni en número de habitantes y ella llenaba los vastos alma-

enes de la capital del mundo con multitud de mercancías procedentes de Egipto; como Tiro y Cartago sucumbió; el comercio la había elevado y la desaparición de éste, al apoderarse los bárbaros del Egipto en el reinado de Héraclio, la hicieron descender de su poderío y grandeza sin conservar casi nada de su antigua magnificencia y esplendor.

Baste con lo indicado á demostrar la influencia que el comercio ejerce y ha ejercido en todos los tiempos; las gallardas naos antiguas traían en la punta de sus proas la bandera que indicaba la unión entre los hombres por medio del cambio de los productos, indicando la marcha de la civilización y constituyéndose en su centinela avanzado en el camino que seguía de Oriente á Occidente. «Cuando vemos á la industria, dicen los comentadores de nuestro Código de comercio, inventar y bosquejar todas las artes entre los habitantes de la antigua Ethiopia; si muy pronto diseca los pantanos de Egipto y fertiliza las vegas de la Siria; si Ninive brilla sobre el Tigris y Babilonia sobre las riveras del Eufrates; si Palmira se eleva en medio del desierto y si Tiro reina en el Mediterráneo y sirve de cuna á Cartago, ¿á quién, sinó al comercio y á la navegación, son debidos todos esos prodigios, todos esos portentosos resultados?»

El comercio hoy se muestra en plena civilización, como dueño y señor del Universo, suavizando las costumbres, haciéndose conocer y tratar á gentes de diversos países, estableciendo un cosmopolitismo especial, hasta el punto de constituir al mundo en un solo Estado, para los efectos á que dedica toda su constancia y febril actividad.

ERNESTO FERNANDEZ.

TÚ Y YO.

Cruel y fiero para tí el Destino,
horas amargas
te brindó sin cesar, y tus mejillas
cubrió de lágrimas.
Despiadado conmigo, heridas hondas
abrió en mi alma;
heridas hondas ¡ay! que corroyendo
van mis entrañas.
Prematuros y audaces, surcos leves
tu frente rasgan,
que, cual los surcos que mi frente invaden,
penas delatan.
De séres adorados triste lloras
muerte temprana;
de séres que adoré fúnebre losa
cenizas guarda.
Si una ilusion un punto te acaricia,
de luz rosada,
lágrima ardiente que tu rostro surca
pronto la abrasa.
Si una ilusion volando en redor mio
dulce me halaga...
¡qué pronto con el fuego de un suspiro
quemó sus alas!
En cada nuevo dia nueva pena
tu pecho embarga;
yo miro cada aurora más marchitas
mis esperanzas.
Tú, como nadie acaso, mis tormentos
adivináras;
yo, como nadie acaso, dulce amiga,
leí en tu alma.

Lágrimas tuyas enjugué afanoso,
que te abrasaban;
más de una vez tu protector consuelo
secó mis lágrimas.

Ya que, hermanas en penas siempre han sido
nuestras dos almas,
permite que de hoy más, en vez de amiga,
te llame hermana.

HONORIO TORCIDA.

Octubre de 1876.

EL HOMBRE.

Por causa del artículo *La Mujer*, que vió la luz pública en el último número de la TERTULIA cruzóse en esta *Revista* una polémica amigable y curiosa sobre si en el Concilio de Macon habíase discutido que *la mujer tiene alma*; y aunque parecía que por nuestra parte dejábamos cerrada la cuestion, no demostrándonos de donde pudiera haber tomado tal especie el humorístico humanista que la vertiera por primera vez en el siglo XVI, en honor de la verdad histórica debemos dejar consignado que el equivocado sentido en que por algunos se tomara esta palabra *Hombre* pudo dar origen al error primero y al cuento despues.

Como la Escritura Sagrada decía: *Y Dios crió al hombre á su imágen: á imágen de Dios los crió: macho y hembra los crió*, algunos entendieron ó suponían que el hombre había

sido criado hombre y mujer en uno; esto es, que Adan tenía dos sexos, que era andrógino, sin atender que el mismo sagrado testo decía, *los crió*; que refiere como los crió en distintos tiempos y de diferente manera, y que á los dos bendijo, diciéndoles: *creced y multiplicaos: Masculum et feminam creavit eos. Benedixit que Deus, et ait: crescite et multiplicamini.....*

El nombre genérico de hombre significa en hebreo la *ca-lentura ó el dolor*. *Enosh, hombre*, viene por su raiz del verbo *anash*, que significa *estár peligrosamente enfermo*. Dios no dió este nombre á nuestro primer padre, sinó que le llamó simplemente Adan, que significa *tierra roja ó barro*. Solamente despues del pecado tomó la posteridad de Adan el nombre de *Enosh*, ó de *hombre*, que convenía tan perfectamente á sus miserias, y recordaba de un modo elocuente, no sólo su culpa, sinó tambien su castigo. El cantor del Genio del cristianismo, tal vez Adan, siguiendo esta idea, dice: siendo testigo del trabajoso parto de su esposa, en virtud de un movimiento hijo de la congoja, y teniendo en sus brazos á su hijo mayor Cain, le levantaría hácia el cielo, diciendo: *¡Enosh! ¡oh dolor! Esclamacion triste*, por la cual se designó en adelante á la especie humana.

Como quiera que fuese, es lo cierto, que aquella palabra *Ha-Adan*, en hebréo, lo mismo que esta *homo* en latin, es un apelativo comun de dos, con el cual se expresan ambos sexos: ella corresponde lo mismo á Adan que á Eva, y representa á la humanidad. ¿Quién es el *hombre*, Señor, para que te acuerdes de él? dijo el Salmista; y Job, el *hombre* nacido de mujer vive poco tiempo, lleno de muchas miserias. Y el mismo Jesucristo se llamaba *hijo del hombre*, siéndolo de una mujer, la Virgen María.

Todos lo entendemos y nadie pone en duda que con ambos sexos se habla cuando se usa de la palabra *hombre*, dirigiéndose á la especie humana. *Acuérdate hombre que eres polvo*, se nos dice á todos, recordándonos la muerte al otro día de los placeres; y todos oímos la tremenda leccion, sin que nadie piense escusarse de aprenderla de memoria para darla cuando sea llamado.

Esto que parece tan sabido y corriente hubo quien lo puso en duda allá en el siglo sexto, cuando repartido el reino de Clodoveo entre sus cuatro hijos, tales guerras y escándalos se originaron, que corrompidas las costumbres públicas, y relajada la disciplina eclesiástica, las escuelas, poco antes tan florecientes, decayeron de tal modo, á pesar de los esfuerzos de algunos obispos y concilios, que segun San Gregorio de Tours en su *Historia de los Francos*, muchos gemfan di-

ciendo: *las letras perecen, y no se encuentra quien sepa referir los acontecimientos actuales.*

En ese tiempo se celebraron en Macon, no uno ni dos, sino tres concilios: los dos primeros en 581 y 585 bajo el pontificado de Pelagio y reinando Gontran, y el tercero en 622, siendo pontífice Honorio I, y rey Clotario. Pues en el segundo de esos concilios, según dice el citado San Gregorio Turonense en su lib. 8.º *Histo. Francorum* cap. 20 por vía de nota aclaratoria á la suscripción del Obispo Faustino, que se vé en ese concilio entre los tres que no gobernaban diócesis, lo siguiente: (1)

Estitit enim in hac synodo, quidam ex episcopis qui dicebat mulierem hominem non posse vocitari. Set tamen ab Episcopis ratione accepta, quievit: eo quod sacer veteris testamenti liber edoceat quod in principio Deo hominem creante ait: Masculum et feminam. creavit eos: vocavitque nomen eorum Adam, quod est homo terrenus: sic utique vocans mulierem, seu virum: utrumque enim hominem dixit. Sed et dominus Jesus-Christus ob hoc vocitatur filius hominis, quod est filius virginis, id est mulieris. Ad quam, cum aquas in vino transferre pararet, ait: Quid mihi et tibi est mulier?, et reliqua. Multisque et aliis testimoniis hec causa convicta, quievit.

Como se vé, fué sólo un obispo el que suscitó la cuestión, no si la *mujer tenía alma*, sino si podía llamarse hombre; esto es, si el sexo femenino podía comprenderse, como el masculino, en esta palabra HOMBRE. Y vistas las razones que los demás obispos le dieron, retiró su proposición, *quievit*.

Copiando Harduin esta nota y de él los demás coleccionistas, vino á caer en manos del chusco humanista del siglo XVI, que la desfiguró traduciendo que se había cuestionado sobre si *la mujer tenía alma*; y tomando esta burla como cosa sería los escritores del siglo XVIII, para hacer un cargo á la Iglesia y á la sabiduría de sus concilios, lo han repetido cándidamente algunos escritores de nuestros dias.

La historia, como decía Cervantes, es una cosa sagrada, porque ha de ser verdadera, y donde está la verdad está Dios en cuanto es verdad. Por eso hemos querido dejar en este punto restablecida la verdad histórica.

B. BENGOA.

(1) Debemos esta nota al estudioso y modesto bibliotecario de Valladolid Don Venancio Maria Fernandez de Castro.

VOTOS Y REJAS. (1)

Eras casi adolescente;
aún tu corazón dormía,
no enturbiada todavía,
de tu vida la corriente.

Sin amor, sin egoísmo,
sin saber en qué se peca,
cual niña que, por muñeca,
toma á juego el misticismo;
en tu inconsciente fervor,
de santas leyendo historias,
soñabas ya con las glorias
de una vírgen del Señor.

Con infantil alboroto,
de tu madre entre los brazos,
cantaste sagrados lazos,
y velo, corona y voto.

Después... yo te ví temblar
cuando hasta el altar llegaste
y tus votos pronunciaste
en las gradas del altar.

Tú ¿sentistes aquel temblor,
ó imaginación fué mía?
Que profesabas creía
con gusto, mas sin amor.

De mi opinión no te asombres
aunque esposa de Dios eres;
yo he visto á muchas mujeres
casarse así con los hombres.

(1) Del libro *Las cuatro estaciones*.

En el claustro te abismaste,
y la reja se cerró;
y á Dios no engañaste, no,
á tí misma te engañaste.

Y hoy tu corazon sin calma
ya ni en la oracion se aduerme,
y hacen que tu cuerpo enferme
las tempestades del alma.

¡Qué tarde á solas te quejas,
ya tus votos casi rotos,
de lo duro de los votos
y lo fuerte de las rejas!...

SECCION BIBLIOGRAFICA.

La Naturaleza.—Revista de ciencias y de su aplicacion á las artes y á la industria.—Madrid 1877.

Falta hacían en nuestro país donde los estudios científicos, no alcanzan el adelantamiento que en otros, revista como la que titulada *La Naturaleza*, hemos recibido en nuestra redaccion; su objeto es esponer en compendiosos pero bien meditados artículos, el progreso de las ciencias y de las artes, poniendo al alcance de la más humilde inteligencia trabajos y conocimientos reservados hasta ahora á personas sábias y eruditas. Recomendamos pues á nuestros suscritores su lectura y con ella se convencerán de la verdad de lo que indicamos, reuniendo además de esto otras buenas condiciones y entre ellas la de la baratura que la pone al alcance de todas las fortunas.

ERRATAS.

En el número anterior, página 259, línea 39, donde dice «Le sonsacó á la cocinera,» debe decir «Le sonsaco á la conciencia,» y en la página 270, donde dice «en unido sueño ¡ay de deslumbrante gloria,» debe decir «Ensueños ¡ay! de deslumbrante gloria.»

PEREGRINACIONES.

COVADONGA.

(CONTINUACION.)

Quedaban á nuestra espalda las Peñas de Europa, el Alpe prodigioso, singular, bosquejo de la creacion elemental, ejemplar del mundo pre-edénico, embrion gigantesco, simplicísimo en su constitucion, asombroso en su forma, extraño al color; fantasma de palingenésicas edades, enhiesto allí donde lo plantó la mano ignota de su autor ántes de que comenzasen á ser contadas las edades humanas, á fecha inmensurable de estos mismos comienzos; muestra de lo que fué la tierra ántes de ser fecundada por el sol y sentir las alegrías sin cuento de la maternidad, ántes de cantar con la voz de las aguas, ántes de sonreir con los matices del suelo, ántes de ofrecerse al hombre, habitable, tranquila, opulenta, vária, hermosa, fácil premio de más fácil y seductora vida; muestra de lo que fué la tierra cuando se cuajaba y crecía para núcleo, cimiento y armazon de sus galas externas, núcleo adusto, severo, desprovisto de encanto y gracia, como que sus oficios son la duracion y la fuerza, ocupado en concentrar jugos, en recoger sustancias, para luégo en su dia radiarlos á la desierta superficie cubriéndola rápidamente de flores, árboles y séres de vida.

Quedaban á nuestra espalda los incomparables picos, azulándose con el creciente resplandor del dia, más sin mitigar su tristeza de titanes desterrados.

Nuevos montes en que ya el suelo se cubre de aterciopelada grama, les sirven de base. Sobre sus mansos lomos,

diéronse á trotar refrescados y satisfechos nuestros asturcones.—El blando piso, las áuras de la patria les infundian bríos y con ellos recobraban las virtudes que autores antiguos atribuyen á la raza de sus progenitores, «aires vivos, paso igual y sostenido, movimiento suave.» Acaso en estos pastos ricos que vamos hollando se crió aquel invencible caballo de carrera Pancates, héroe de los juegos fúnebres celebrados por Scipion en Cartagena después de vencido Aníbal. Silio Itálico lo celebra y, al pintarlo, nos dice que era signo especial del corcel asturiano ser frontino y cuatralbo.

..... *patrium frons alba nitebat
insigne, et patrio pes omnis concolor albo* (1).

Mucho han cambiado los tiempos; allá en las asperezas de Valdeburón persevera una raza equina estimada, según dicen, por su mucho hueso y resistencia; los caballos que el calavera romano, jóven, pródigo y vicioso gustaba de hacer correr enganchados al carro de los *venetos* ó los *prasinós*, de los azules ó los verdes, disputando palmas y dineros, coronas y *talentos*, eran pequeños de osamenta, feos de cuerpo, grandes únicamente de espíritu y fuerza (2).

La etimología, sin embargo, nos enseña aquí mismo un rastro de la industria ganadera, floreciente en otros tiempos; la sierra que vamos cruzando se llama la Caballar de Sotres.

Mansas ovejas y vacas han sucedido á los ardientes asturcones que celebraron Plinio, Séneca y otros maestros del mundo romano. Llegamos á una majada; dos mozuelas respaldadas á un castro mazaban la leche encerrada en sendos odres henchidos y turgentes, secular manera de fabricar manteca; otras mujeres y algunos hombres ordeñaban las reses apriscadas dentro de una cerca de cantos secos, y las mujeres mayores hilaban á la puerta del hato, no más aseado, ni ménos fétido que al aprisco. Los quesos aplastados y cilín-

(1) *Púnica*, lib. XVI.—Silio Itálico dice del asturiano, que no era corcel de guerra, *nec Marti notus*, ponderando para el servicio militar ciertos caballos castellanos y extremeños (Usamenses y Vettones), á los primeros singularmente pintalos como robustos é indómitos en extremo.

*Haud ovi fragilis sonipes, crudoque vigore
asper frena pati, aut iussis parere magistri.*

Lib. III.

Y merece tenerse en cuenta la opinion del poeta andaluz, el cual, á no dudar, era aficionadísimo á caballos y entendido en materia hípica.—En ningun otro escritor de la antigüedad se hallan acaso tan numerosas, variadas y gallardas pinturas del caballo, ya en el campo, ya en la batalla, ya en el hipódromo, como se encuentran en su poema de las Guerras Púnicas.

(2)

*Ingentes animi, membra haud proceras, de cuspide
corporis exiguum.....*

Silius Ital.—*Púnica*.—Lib. XVI.

dricos puestos sobre adrales, curábanse al humo de una hoguera de estiércol y paja que enhollinaba no sólo el aposento y sus escasos muebles rústicos, sino también los trajes y la piel de sus habitantes. ¡Qué contraste el de sus atezadas manos y caliginoso rostro con la blanca espuma que se deramaba de los repletos zapitos y la tersa y limpia cuajada que temblaba encerrada en las prietas encellas!

No habrá empero pulideces ni escrúpulos urbanos que resistan al agasajo y franca manera con que aquellos generosos montesinos ofrecen de lo que tienen al pasajero. Diéronnos leche servida en anchos cuencos de haya y la más resuelta y ménos turbada de las hembras tomó un negro cucharón de palo y después de pasarle para mayor limpieza sobre la estameña de su brial, cortó con él una de las cuajadas y llegó la cucharada sin ceremonia á los lábios de cada cual de nosotros.

Cabrales se llama con expresivo nombre esta comarca, tierra de pastores, intermedia entre la del agrícola y la del cazador y el minero, entre la roca y la mies, entre el pan y el desierto, entre la esterilidad y la abundancia.

A corta distancia de las majadas, desde una cima prominente descubrimos ya la primera poblacion, Sotres, aldea caída en una cañada. El cronista Argaiz (1) cuenta que en ella tuvieron abadía los benedictinos en aquellos siglos primeros en que era forma de oracion de todos los regulares la labor campesina. Todavía parece que manos inteligentes y cuidadosas, como solían serlo las de los discípulos de Montecasino, siegan las praderas de Sotres, fomentan sus setos vivos y podan los gallardos robles de sus ribazos. Sobre el fresco retoño en que chispeaban al sol menudas gotas de rocío, extendían los vigorosos árboles la sombra inmóvil y angosta de su ramaje apretado y erguido como el de los cipreses.

Más ¡ay! la vida no se nutre de bellezas pintorescas, ni la estimacion del mundo positivo y egoísta se gana con alardes y dones de galana poesía. De lo agreste, apartado y mísero de estos parajes se burlan sus aledaños cantando:

Sotres y Camarmeña,
Tielbe y Tresviso
Son los cuatro lugares
del Paraiso.

Tresviso nos queda allá á nuestra derecha sepultado entre fraguras con más aspecto de infernal que de paradisiaco, si

(1) *Teatro de las iglesias de España*, t. VI.

nos atenemos á la fisonomía, fondo en caverna, que le prestan los socavones mineros, animada por el siniestro flamear y el sordo hervir de sus hornos. Sotres nos tiende á la mano su mayor riqueza, fresca verdura de heno y hojas, música de arroyos junto á la pobreza humilde de sus pocas viviendas, arrimadas á la iglesia á que los benedictinos dejaron su título, San Pedro, Tielbe y Camarmeña van á salirnos al encuentro clamando á voz en grito, que si la socarrona seguidilla halla acogida y calor en pechos de vecinos maliciosos, en el corazon de todo paisajista sonará á blasfemia é impostura.

En el átrio de la Iglesia—rústico átrio levantado sobre un paredon de morrillos secos é informes al modo pelásgico,— paseaba el cura. Pedímosle noticia del camino que parecía hundirse en el desfiladero, y con plácida sonrisa nos satisfizo. —«No hay modo de perderse—dijo;—hasta Arenas no encuentran Vds. más que el cauce del rio y el sendero, uno por abajo, otro por arriba. Pero á mayor abundancia, los quintos del pueblo van á marchar de aquí á poco, y con seguirles tienen buena guia, que llevan el mismo camino.»

Si la idéa divina, si la conciencia de su mandato apostólico no llenasen el alma de cada uno de estos pastores de hombres traídos á morar y ejercer su ministerio en estas asperezas, ¡cuán triste sería su vida!.... La soledad del espíritu tiene amargas y tristezas, tiene desesperados momentos que exceden al horror y desamparo materiales del desierto. Parece á la del extranjero perdido entre gentes, cuya lengua ignora sin esperanza de que ellos lleguen jamás á comprender la suya. Necesita que el dolor, la gran revelacion humana, el dolor que funde hielos, suprime distancias, ahorra desvíos, inspira ternezas y enciende cariños, estalle y se manifieste en ayes ó miradas—ayes de los ojos—en esas voces inarticuladas de agudo timbre y universal sentido, palabra infantil de la humanidad, creada al morir de sus felices dias como un eco de su caída y su pecado, anterior á su multiplicacion, á su dispersion sobre la tierra, al olvido y desconocimiento mútuo con que los apartaron la lejanía, el nuevo suelo, la necesidad egoísta, los intereses rivales, las lenguas que nacieron de sus nuevas pasiones y cuidados, el orgullo, la ambicion y el recelo; necesita que el dolor grite y ruegue para sentir que aquellos hombres son semejantes suyos, para sentir acompañada su alma, y consentirla el desahogo, los vuelos, el preguntar y responder, el dár y recibir, doble movimiento que á semejanza de lo dispuesto en el organismo físico del corazon, constituye la vida moral, vasta, recíproca y necesaria.

El alma del sacerdote, acostumbrada en sus estudios—por

cortos que estos hayan sido—á no encerrarse en los horizontes limitados aunque extensos de lo presente, hecha á discurrir, amante tal vez de la elocuencia, sensible acaso al arte, facultades todas de comunicacion, que no comunicándose, mueren, y que muertas ó comprimidas son peso del alma, obstáculo á su movimiento, traba de su accion, causa permanente é insuperable de oscurecimiento, tristeza y desmayo, el alma del sacerdote desterrada y sola en tan ingratas asperezas, haría breve y trabajosa, y quizás estéril mansion en ellas, á no ser sostenida por la fé, á no estar enseñada á buscar el estímulo, el vigor, las nuevas inspiraciones de su fé misma en el libro de númen soberano, legado del cielo á los tristes y á los obligados á tomar para sí sobre sus propias tristezas las ajenas.

El Libro Santo en manos del cura de la montaña, que pobremente vestido, más pobremente calzado, vaga en las cercanías de su aldea á solas con Dios, tiene elocuencia no conocida en los recintos de la más rica y espléndida biblioteca. Hombre y libro se suplen y se completan. Manchadas, roidas, descoloridas las hojas, desencajado ó ausente el broche, descoloridas las cintas del registro, aquel volúmen abierto en la mano curtida y callosa, trémula muchas veces, exhala un espíritu de vida inagotable, cuya energía y frescura se reflejan en los atentos ojos del que lee. Cuando le cierra y pone bajo el brazo, lo hace con blandura y gesto de tratar cosa viva y sensible. Lo mismo cuando le posa junto á sí sobre la roca, miéntras descansa del paseo, de la lectura, con el pobre y comun deleite de un cigarro.

Es verdad que en aquel tesoro de ejemplos y advertencias halla la leccion necesaria á cada ocasion y cada instante de su vida. Allí se conforta su alma, allí compara sus penas con penas mayores, allí se espacia su imaginacion en el drama humano, tan vário, original y patético; allí arrullan su mente y su oido la parábola y el salmo, allí exalta su razon la profecía, allí aprende cuál es el resúmen y la esencia de su oficio, la caridad; allí le dán definida su profesion y sus obligaciones al definir la virtud sobre todas excelente, la que «todo lo sufre, jamás duda, siempre espera y por nada se deja abatir» (1).

En suma, el mundo ausente y el mundo ideal, los acontecimientos supremos, las glorias y angustias de los pueblos, la pompa de las ciudades y los accidentes de las diversas latitudes, la historia y la poesía, cuanto el deseo puede soñar

(1) *Omnia suffert, omnia credit, omnia sperat, omnia sustinet.*—PAUL. AD CORINTHIOS.

y la fantasía entrever, cuanto le falta y le huye, cuanto le puede ser origen de tormentosa curiosidad y desvelador anhelo, todo se lo dicen las páginas comidas, gastadas, pero de inmarcesible esencia, de tal libro.

El cura de Sotres había dejado en casa el suyo; no lo necesitaba á la sazón. Iban á marchar los quintos, como había dicho, y el pueblo hacía fiesta para despedirlos: fiesta dolorosa. Conversaban los hombres, partidos en grupos derramados por las callejas, y las mujeres, sentadas en círculo y en el suelo, á las puertas de las casas. Desusado, como era, el rumor de las herraduras sobre la piedra de aquellos parajes, cortó los diálogos á media voz, abrió los corros masculinos, hizo acudir á los muchachos y pareció rasgar la nube de melancolía que pesaba sobre el pueblo ocioso y triste.

A la salida mostróse tan escueta la roca, tan dura la pendiente, que nuestros caballos, haciendo uña con el callo, derribándose sobre los corvejones traseros, indóciles al látigo y espuela, caminaban tardamente, avanzando cautelosos la mano como para tantear el terreno. Fué preciso aliviarlos de la carga conduciéndolos de la brida. ¡Torpe embarazo para semejante marcha las botas y espuelas!.... su hueco ruido é incómodo aparato eran pintoresco contraste del silencio y firmeza con que á sus dueños servían las alpargatas y corizas calzadas por el mozo y los quintos, que nos alcanzaron luego.

Eran estos tres, no todos de Sotres, y al parecer como de veinte años; uno ancho de hombros, franco de semblante, moreno, callado, con robustas y nudosas manos, á propósito para manejar airoosamente el pico del zapador ó el espeque del artillero; otro rubio, cenceño, pulido en modos y lenguaje, como quien sabía, al decir suyo, de letra y pluma; en su futuro uniforme veía yo lucir las cornetas de cazador y los galones de cabo: y el tercero, pálido, de rostro enfermizo y ojo febril, voz sonora y triste, parecía destinado á pasto prematuro de hospital, á desfallecer en la penosa vida del recluta, á morir temprano lejos de los montes nativos, que dejaba con menor sentimiento ¡singular caso! que sus compañeros.

Calaban la montaña abajo con celeridad pasmosa, atajando el camino, estremeciendo las rocas con ese alarido peculiar de las razas montañosas, que parece al extraño siniestro aviso, señal misteriosa, grito de combate, provocación ó amenaza, y no es más que un saludo ó el obligado estribillo de sus cantares.

AMÓS DE ESCALANTE.

(Continuará.)

ECOS PERDIDOS.

Contemplando el follaje entretegido
de la arboleda umbría,
que mece el viento con suave ruido
y dulce melodía,
encuentro allí tu nombre, Irene mía.
Tu nombre allí, formado
por hojas y por flores
recuerdo de otras épocas mejores;
al suelo entonces triste, anonadado
bajo el mirar por el dolor marchito,
y encuentro allí también tu nombre escrito;
y le veo en el cielo y en los mares;
cierro entonces los ojos
y con vanos antojos
quiero hallar lenitivo á mis pesares;
más he llorado en otro tiempo tanto
que aunque quiero llorar no tengo llanto.

Escucho de tu nombre la cadencia
entre las notas graves
que el aquilon arroja en su violencia,
y en las otras más suaves
del melodioso canto de las aves.
El arroyo que pasa
y entre guijas se quiebra,
tu hermosura parece que celebra;
parece que te nombra, y que sin tasa
pretende hundir en mi angustiado pecho
el puñal del dolor y del despecho.
Mi propio oído á mi pesar retiene
tu nombre malhadado;
recuerdos del pasado
me gritan sin cesar: ¡Irene!... ¡Irene!...

y en tan duro sufrir y tal quebranto
aunque quiero llorar no tengo llanto.

Así pasan las horas y los días,
así pasan los años
con su lento rodar; mis alegrías
trocadas hallo en daños
al soplo de funestos desengaños.
Adios, dulce confianza
de próspero destino,
hoy me marca mi amor otro camino;
quien fía á un corazón toda esperanza
es un mísero sér, un pobre loco
que su calma y sosiego tiene en poco.
Yo entregué á una mujer fría, inconstante
la llave de mi dicha,
y en eterna desdicha
la trocó su perfidia en un instante;
por eso suena lúgubre mi canto,
y aunque quiero llorar no tengo llanto.

Pasaron ¡ay! aquellas ilusiones
fugaces y ligeras;
pasaron como fúlgidas visiones
las horas placenteras
entre sueños, fantasmas y quimeras.
Tú no sabes, Irene
—feliz tu que lo ignoras—
lo que vá de unas horas á otras horas:
la dicha que huye y el dolor que viene,
la noche oscura, tenebrosa, fría,
sucediendo á la luz del claro día.
Mas teme el despertar; también dormido
ignoré estas verdades,
y tristes realidades
de tu desdén, hiciéronme advertido;
vino tras la ilusión cruel desencanto,
y aunque quiero llorar no tengo llanto.

No fué de Prometeo aquel tormento
por dioses ideado
tan fiero como el fiero sufrimiento,
que por menor pecado
en mi pecho infeliz has provocado.
Más quizá nivelada,

sin que tenga disculpa,
encontraste mi culpa con tu culpa;
avaro me mostré de tu mirada
quise robar el fuego de tus ojos,
y castigaste airada mis antojos.
Esquivar es inútil el castigo
contra el que nécio arguyo;
á donde quiera que huyo
el vengador tirano vá conmigo,
su incesante roer me causa espanto,
y aunque quiero llorar no tengo llanto.

De la mañana la espirante brisa,
el fulgor de la aurora,
de los campos y cielos la sonrisa,
y el sol que nubes dora
con sombrío pesar contemplo ahora.
Canta el mirlo en la rama,
sus tiernos amoríos;
tambien yo en otro tiempo de los míos
con pasion te pinté la pura llama,
y este recuerdo que el cantor evoca
á invencible tristeza me provoca.
Y si triste me encuentran los albores
de la aurora naciente,
en cambio indiferente
miro hundirse del sol los resplandores;
pues todo es noche en mí de negro manto,
y aunque quiero llorar no tengo llanto.

Soñaba yo dormir en tu regazo
un sueño de delicias,
y presa del amor con dulce lazo
recoger tus caricias
y beber de tu labio las primicias.
Pero de otra manera
lo dispuso la suerte
convirtiendo faláz la vida en muerte,
y la dulce esperanza lisongera
en fuente caudalosa de amargura,
que sólo secará la sepultura.
Tenía un paraíso en mis amores,
celoso le guardaba,
y en él me recreaba
con sus plantas, sus pájaros, sus flores...

hoy miro disipado aquel encanto,
y aunque quiero llorar no tengo llanto.

Soy como el abatido caminante
sobre el ancho desierto
ó como derrotado navegante
sin rumbo ni concierto
del que pueda esperar seguro puerto.
Y aquestas quejas mías
serán ecos perdidos,
que llegarán tal vez á tus oídos
como tristes, lejanas melodías,
que escucharás con tedio ó con desprecio
como hijas de un amor porfiado y necio.
Ya lo sé; pero sólo en mis cantares
hallar puedo consuelo,
cuando me niega el cielo
lágrimas que mitiguen mis pesares;
pues he llorado en otro tiempo tanto
que aunque quiero llorar no tengo llanto.

M. HACHE.

LA DOCTRINA TRANSFORMISTA ANTE LA CIENCIA ACTUAL.

III.

Así como á medida que la historia dilata los horizontes de nuestra cultura se hace laberíntico el estudio del objeto de las ciencias, así en el exámen particular de cada una crecen las dificultades segun que vamos penetrando en su organismo y descubriendo nuevos horizontes antes no conocidos ni sospechados. De esta manera se comprende fácilmente que si grande es la dificultad para ordenar en séries progresivas y graduales todos los séres, mayor será y más invencible á medida que nos aproximamos á los superiores cuya organizacion presenta nuevas y más complicadas formas, imposibles de enlazar con las anteriores sin multitud de otras de transicion hasta el presente desconocidas.

Si es cada término orgánico de los existentes la suma de todos los grados de complicación que las evoluciones anteriores á él presentan y el hombre el último esfuerzo que la materia hizo al complicar su organizacion, se deduce de un modo claro que este debe reunir todas las formas anteriores, desde la célula, punto de partida de la evolucion de los organismos superiores, fase y aún término de algunos organismos sencillos, hasta el cuadrumano, ideal que fué el puente encargado de unirlo con el resto de los séres orgánicos; debe ser, pues, el hombre la síntesis de todo el proceso operado por la materia á través de incalculables edades y necesario para transformar el primer origen de los vertebrados en el coronamiento y remate de ellos.

Pero la Paleontología no autoriza con sus descubrimientos la existencia de esos pretendidos bocetos ó tantéos de los séres que son base y fundamento del proceso vital segun la doctrina evolutiva, y sucede con nuestra especie como con todas las de su tipo: es decir, que ofrecen idénticos caracteres durante todo el periodo de su existencia sin que jamás

podamos descubrir indicio ó señal alguna, en la naturaleza actual ni en las antiguas, representadas por los fósiles, de evolucion progresiva ni de enlace gradual directo con las inmediatas en complicacion orgánica. Los selacios, primeros vertebrados que se hallan en los terrenos, faltos de ascendientes conocidos, son enlazados por Hacckel con los ciclóstomos que no se han conservado, en su opinion, por la estructura de su esqueleto cartilagineo y que á su vez proceden del *amphioxus* y animales semejantes á él, de quienes se deriva todo el tipo vertebrado. Pero estos fabulosos séres acraneos cuyos restos debieran hallarse en los terrenos silúricos no han dejado huellas de su existencia, pudiendo lógicamente poner esta en duda, cuando sabemos que se han encontrado medusas perfectamente conservadas; y respecto al *amphioxus*, que carecía en todos los períodos de su existencia de cabeza y sistema nervioso central, está más separado por su organizacion de los ciclostomos, que cualquier articulado superior á él bajo este concepto, y más inmediato por consiguiente á los vertebrados en que el sistema nervioso se centraliza cada vez más hasta el hombre, cuyo encéfalo es superior al de todos los séres creados.

Careciendo de los órganos que son característicos del vertebrado, no hallamos razon para considerar al *amphioxus* como origen primitivo del tipo á pesar de la existencia de cuerda dorsal en su embrión. Tampoco hay hechos paleontológicos que nos permitan buscar el origen de los mamíferos en los anfibios anteriores al triásico: ningun carácter los liga, ni hay más semejanzas entre ellos que las generales de todo vertebrado; además para cambiar de una tan radical manera el plan de construccion orgánica debieron existir multitud de formas graduales cuyos restos se desconocen y se hallarían sin duda si hubieran existido en aquellas épocas.

No hallando el enlace entre los articulados y el *amphioxus* entre éste y los ciclóstomos y selacios, no conociendo los eslabones orgánicos que condujeron la série animal de los anfibios á los mamíferos, se hace imposible comprender las transformaciones de los cuadrumanos para dar por resultado final la aparicion de la especie humana. Es el darwinismo una inmensa pirámide que basándose en arena asciende por gradaciones sucesivas y forma sitial en su cúspide donde aparece la fantástica silueta del hombre mono, sér perdido en los cataclismos telúricos pero que ha dejado como su último remate y digno heredero al hombre actual.

El exámen de esta conclusion, la más capital de toda la teoría expuesta y la que más influencia pudiera ejercer en la ciencia y en la sociedad, ha sido desenvuelto con esten-

sion proporcionada á su importancia y merecido profunda atención de parte de todos los que del adelanto científico se interesan. Estudiando el hombre su origen probable aprende el porvenir que le espera; faltándole el conocimiento de su procedencia necesariamente ignorará la marcha que su destino le señala en lo venidero; por eso tiene gran importancia la inquisición de la verdad en esta cuestión, que no atañe á materias abstractas de difícil comprensión, sinó que se refiere á la dignidad del hombre, á sus destinos futuros y á la grandeza del lugar que ocupa en la creación.

En el hombre se vén claramente todos los atributos de la animalidad, pero al par de las afinidades puramente zoológicas es preciso anotar sus facultades morales que le dan alta supremacía sobre el resto de la creación animada; no es posible hablar de él sin tener en cuenta que aunque es un sér natural es un sér de doble naturaleza y mientras unos considerando su organismo le hacen el más complicado de los animales, otros, como Carus, fijándose en la grandeza de su espíritu le separan de la série animal formando una clase aparte que es no el coronamiento de ésta sinó su síntesis, la criatura central del Universo. Reflejan ambas doctrinas la perpétua lucha que hay establecida entre la superioridad de lo orgánico sobre lo moral ó viceversa de ésto sobre lo físico.

La animalidad del hombre es muy discutida, y si tenemos en cuenta todas las cualidades que le adornan y separan de los demás seres no puede admitirse categóricamente que es tan sólo un animal.

El hombre es el sér razón, los actos de ésta no se explican por la forma de los aparatos de su organismo, no superior en punto á complicación morfológica al de los animales más perfectos; los mismos sentidos, el mismo sistema nervioso encéfalo-medular tienen los mamíferos superiores que son capaces de comparar las ideas relativas á diversas impresiones, recordarlas y escoger las más convenientes para los usos de su vida, y no obstante en ninguno se observan otras facultades, exclusivas del hombre, á pesar de no hallar vestigio orgánico nuevo á que poderlas referir; ninguno abstrae, generaliza, ninguno puede replegarse sobre sí mismo y estudiar su propio pensamiento, tener conciencia de sus voliciones y sentir que siente; hay algo en él de que carecen los demás seres y que no se explica orgánicamente, pues que la perfectibilidad inteligente está siempre en relación con la perfectibilidad del sistema nervioso en los animales y faltando esta ley vemos aparecer en la especie humana nuevas y

admirables facultades: abstraccion, lenguaje etc., sin complicacion anatómica que nos dé esplicacion de ellas.

Hay, pues, en el hombre otro elemento distinto de su organizacion á que podemos referir esos nuevos fenómenos que no hallan esplicacion en la estructura de su cuerpo; y á la manera que un rayo de luz reúne todos los colores del iris y sin embargo no es color, el hombre reuniendo la más perfecta organizacion animal, no puede considerarse como uno de estos: su diferencia no consiste como quieren los transformistas en mayor ó menor número de grados de inteligencia, en el más ó el ménos de ella, sinó en la calidad de esta inteligencia, en que su entendimiento es de un órden esencialmente distinto y muy superior al de los demás mamíferos. El volúmen del cerebro, la estension de su superficie, su forma y peso relativo podrían esplicar el mayor ó menor grado de conocimiento, pero no la presencia de una nueva facultad con multitud de manifestaciones de un órden superior, de que carecen todos los demás séres en que no se hallan vestigios de *Razon* á pesar de estar provistos de los mismos órganos.

No puede comprenderse al hombre en la teoría evolucionista sin caer en contradicciones notorias; si su diferencia con los demás séres consistiese en el más ó el ménos parecería verosímil; pero mediando el inmenso abismo que hay entre lo irracional y lo inteligente, no es sério presentar tal teoría sin esplicar antes cómo pudo el hombre heredar del mono lo que éste no tenía, esos sentidos que podemos llamar interiores por medio de los cuales se comunica consigo mismo y con Dios.

Aún considerado anatómicamente está muy lejos el hombre de ser un cuadrumano más perfecto; en su organizacion podemos hallar suficiente número de caractéres que le distinguen y desligan de todo parentesco con los primates antropomorfos. No es el pié de nuestra especie resultado de la compresion de una mano ni de los usos á que le destinamos, sus huesos varían en número, forma y posicion respectiva, entre el carpo y el tarso no hay analogía de situacion, volúmen, usos ni articulaciones; y no hay hecho alguno que nos autorice á pensar á pensar que sea el uno producto de la transformacion de la otra. La considerable desproporcion entre sus extremidades establece de antemano las funciones propias de cada una; su pelvis ancha, sus fémures largos, la importancia de los músculos de su pierna, la articulacion especial y esclusiva de su pié unidas á la forma de su pecho, cortedad de sus brazos, situacion de su agujero occipital y debilidad de sus músculos cervicales bastan para dar sumariamente

una idea de la imposibilidad de que el hombre en ninguna época haya podido hacer vida distinta de la actual y análoga á la del mono.

Os homini sublimē dedit, cœlumque tueri
Jussit, et erectos ad sidera tollere vultus.

El hombre es el sólo y único animal cuya posición constante es la vertical marchando sobre los dos piés, toda su organización está dispuesta para este fin, la proporción entre el arca de su cráneo y la de su cara es de uno á cuatro, diferencia á que no se aproxima ningún animal. El cráneo de los monos es muy posterior, carecen de verdadera frente pues que no está á continuación de la cara y ésta es más bien una especie de hocico.

El mono carece de muchos de los músculos que terminan en la boca del hombre; su dedo pulgar es muy corto, no tiene estensores de los dedos índice y pulgar, ni flexor y extensor corto de éste último, su mano es una verdadera garra con pulgar oponible. Los dientes en las especies superiores tienen gran desarrollo y constituyen verdaderas armas ofensivas, en relación con su voracidad y género de vida; sus órganos de los sentidos, sobre todo el tacto, carecen de la delicadeza que tienen los del hombre.

La voz y la palabra, peculiar y característico rasgo de la humanidad no aparecen en sér alguno, ni pueden resultar, atendida la inmensa distancia que los separa, de la evolución del gesto y del grito de los animales que carecen del maravilloso aparato vocal tan sólo por el hombre poseído.

Considerando, pues, á nuestra especie como un mero organismo, es una suposición desprovista de fundamento científico afirmar que somos descendientes directos de un cuadrumano más perfecto cuyos restos nadie conoce; y un verdadero absurdo geológico (como luego probaremos) suponer la existencia de este nuestro progenitor, mitad hombre y mitad bruto, que bautizado con el ridículo nombre de pitecantropo (hombre-mono) es el origen común de los monos antropomorfos y de todas las variedades humanas; que la superioridad del hombre es tal, su espíritu tan elevado, que repugna todo enlace con seres inferiores y desprovistos de sus altas facultades.

Está, sí, dotado el animal de un interior principio psíquico muy limitado y restringido aunque provisto del de causalidad sin el cual no sería posible la experiencia que tiene; este principio es la luz que le ilumina, sin él saberlo, en todo el proceso de su vida y le hace formular principios concretos relativos á las varias vicisitudes de ella; pero falto de medios

para transmitir sus conocimientos é incapáz de deducir consecuencias ni elevarse á la investigacion de las causas, giran sus juicios en el reducido círculo de percepciones que consigue llegar á adquirir, sin que jamás pueda, en el mundo de los espíritus, considerarse al suyo como etapa del que resplandece en el hombre, único que reuniendo espíritu superior á cuantos en la tierra conocemos y naturaleza de complicacion más alta de las existentes puede con justicia llamarse el microcosmos orgánico.

MANUEL BARAJA.

(Continuará.)

¡QUÉ LÁSTIMA!

Los que te admiran y tu belleza
sin par decantan,
todos me dicen que es tanto el fuego
de tu mirada,
que, á quien le mires, siente una hoguera
dentro del alma.

¡Lástima grande que no pudieses
de tus luceros
fijar los rayos abrasadores
de tu alma dentro!
Quizás entonces, por tu fortuna,
los duros témpanos,
que la entumescen, se derritieran
con tanto fuego.

HONORIO TORCIDA.

GOMEZ ARIAS O LOS MOROS DE LAS ALPUJARRAS.

V.

Sterling. Cierto, cierto; y ya que V. no hace más que saltar de moza en moza, eso no es más que hacer saltar también su dinero; ya lo sabe V.

Str John. Indudablemente.

Sterling. Diab! Lo había completamente olvidado. Hemos echado la cuenta sin la huésped.

EL MATRIMONIO CLANDESTINO.

—Qué pasa de extraordinario? preguntó Gomez Arias, al ver entrar á su criado y confidente Roque, con una expresión de desusada gravedad en su semblante, que rara vez aparecía en las facciones del alegre bufon.

—¿Qué es lo que quieres?

—Dejar vuestro servicio, señor.

—¡Dejar mi servicio! Seguramente, Roque, que no será porque estés cansado de un amo tan indulgente como yo?

—Sí, señor, contestó Roque; lo estoy. Y lo que es más, lo estoy hace tres años. ¿Puedo hablar con libertad?

—Nunca, dijo D. Lope, has pedido tu permiso para ser impertinente; pero al fin veamos tus quejas.

—En primer lugar vos, señor, no sois rico: lo que es una grave falta.

—¿Y me es dable evitarlo? repuso Gomez Arias.

—Señor, ocasion hubo una vez de conseguirlo; pero esa ya pasó.

Además su merced juega.

—He aquí al diablo convertido en predicador, exclamó su dueño, soltando la carcajada. ¡Oh! qué tiene el muy concienzudo Roque, que objetar á esa diversion?

—A la diversion en sí misma, nada; de lo que estoy descontento es de sus consecuencias. Si ganais, sólo vos disfrutais tranquilamente de vuestra fortuna; pero cuando perdeis me toca á mi una crecida parte de vuestro mal humor, con que me regalais liberalmente. Por tanto, D. Lope, á mi me parecería el juego muy hermoso, ya que quereis jugar, si sintiese algo más los efectos de la primera, y no pagase tanto los del segundo.

—Eres un loco de muy divertida especie, amigo Roque,

dijo Gomez Arias, mientras atusaba con la mayor calma su rizado bigote, negro como el azabache, y miraba complacido en un espejo su hermosa figura.

—Muchas gracias, señor, contestó el criado, haciendo una humilde reverencia. Pero hacedme el favor de considerar que la buena opinion que podais tener de mi talento, no es por desgracia la que puede compensarme de las privaciones y peligros frecuentes, que tengo que soportar á vuestro servicio. Continuaré por tanto esponiendolas.

—¡Mis faltas! interrumpió su amo.

—Yo sóio me refiero á mis quejas replicó el criado. Lo que después de vuestra inclinacion al juego deploro yo más, es vuestra profesion militar, y la fama que habeis adquirido por nuestra bravura.

—¡Santo Cielo! exclamó Gomez Arias; pues precisamente de lo que más te quejas es de las cualidades que más convienen á un caballero.

—Es que yo no lo soy, repuso en el acto Roque; y no puedo comprender porqué he de estar espuesto á los peligros propios de los héroes, sin que de igual modo tenga parte en sus recompensas.

—Yo me enorgullezco de ser soldado, exclamó D. Lope con un vehemente arranque de entusiasmo marcial, que se reflejó en su varonil semblante.—Sí, he tendido por tierra muchos enemigos de mi país; y sinó muero, espero probar con frecuencia el temple de mi espada contra esos maldecidos moros, que han levantado en las Alpujarras el estandarte de la rebellion.

—Todo eso es muy hermoso, sin duda alguna, dijo Roque; pero sabeis, señor, que en mi concepto no debe estaros el país tan agradecido como vos os complaceis en imaginar.

—¡Qué! gritó el caballero con airada mirada.

—Calmaos, D. Lope; yo no tengo intencion de ofenderos. Habeis hecho sin duda alguna grandes servicios á España, libertándola de muchos de esos descreidos moros; pero reflexionad, señor, que vuestro acero no ha sido ménos fatál para la sangre cristiana. En la guerra tendeis á cuchilladas los infieles para satisfacer vuestra inclinacion, y en los intervalos de paz, sin duda para no perder la costumbre, no poneis menor empeño en mandar á la sepultura á los guerreros más valientes de su Alteza. Pongamos por tanto las dos cosas en la balanza, y podremos considerar si el país sale más perjudicado por vuestros desaffos en tiempo de paz, que ganancioso por vuestro valor en la guerra. Pero ahora viene el más terrible de vuestros defectos y la mayor de todas mis quejas; en mi sentir.

—¿Cuál es? habla.

—La invencible propension que teneis al galanteo y la no menos desgraciada inclinacion en este punto á la inconstancia.

—Inconstancia! exclamó Gomez Arias. ¿Cómo amar de otra manera? La inconstancia es la verdadera esencia del amor.

—No trataré yo de discutir este punto con tan formidable partidario: mis observaciones se limitan esclusivamente á sus consecuencias; y puedo verdaderamente asegurar que mi vida es, si cabe, más angustiosa en tiempo de paz que en el de guerra; porque ya llevando amorosos billetes, sobornando criados, preparando serenatas; ya espiando los movimientos de padres venerables, de dueñas gruñonas, ó de airados y vigilantes hermanos, no puedo gozar un momento de reposo.

—Cierto, dijo D. Lope, que mi vida está sólo consagrada á la guerra y al amor.

—Yo más bien creo que esto es una continúa guerra, repuso el criado. Esto podrá ser muy de vuestro gusto, señor; pero yo, que no tengo un temperamento amoroso, ni soy inclinado á la guerra, no lo encuentro nada divertido. En vez de pasar las noches tranquilamente en la cama, como á buenos cristianos corresponde, las empleamos en recorrer las silenciosas calles, poniendo á contribucion todos los medios ordinarios del galanteo, y entonando amorosas endechas al dulce compás de la voluptuosa guitarra. Todavía soportaría yo esto con cristiana resignacion, si no tuviese los desagradables resultados con que generalmente terminan nuestros laudables entretenimientos. Lo que sucede con frecuencia es que mientras vos os bañais en las aromosas aguas del amor y yo en las de la inquietud y del miedo, nos encontramos con personas que por desgracia no suelen ser muy aficionadas á la música. Puede contarse por seguro que ya un hermano poco complaciente y violento, ya un amante desairado de la beldad, se interponen y contrarían nuestra armoniosa distraccion. Empieza la disputa, salen al aire las espadas, chillan las mujeres, caen sobre nosotros los alguaciles, y sigue la broma adelante hasta que uno de los galanes es muerto ó herido, ó hasta que los corchetes se reunen en bastante número para que se reconozca como conveniente una oportuna retirada. Sin embargo, por cualquier desgraciado accidente, yo estoy seguro de que he de ser atrapado por el hermano ó por los alguaciles en cuestion; y sin ninguna clase de ceremonia, así como á modo de premio al mérito, y para alentar á un criado á servir con completa fidelidad á su dueño, me fes-

tejan con muchos cordiales garrotazos, aplicados con la mayor liberalidad á mis desdichadas costillas. Y después, cuando ya no han dejado ni un sólo punto sano en mi pobre pellejo, me permiten con la mayor afabilidad que me vaya, diciendome, para mi consuelo, que dé gracias á mi buena suerte, porque otra vez no saldré tan bien librado. Con tan agradable seguridad me arrastró como puedo hasta casa; y entonces mi cariñoso y humano dueño, como una prueba de lo que le interesan las desgracias que sufro por su culpa, me dice lleno de furia: ¿dónde ha estado V. pindongueando, señor Roque? Me llama el más abandonado de los pícaros y otros nombres igualmente lisongerós; y después que le refiero mi trágica aventura, con la mayor calma y como si procediese con la mayor justicia, me dice: Os está bien empleado; todo ha sido por vuestra culpa; ¿porqué no hicisteis mejor la centinela?

—Roque, dijo Gomez Arias, me habeis hecho la misma historia punto por punto diferentes veces, y no veo la necesidad de que me la repitais.

—Perdonadme, Sr. D. Lope Gomez Arias, respondió el criado con la más cómica gravedad, pero estoy resuelto á dejar vuestro servicio sobre la marcha; porque me ha dado en la nariz que estais propenso á enredaros en nuevas dificultades y no me encuentro de humor de ir en busca de nuevas aventuras. Ultimamente desapareceis con frecuencia para alguna misteriosa expedicion; y estoy seguro de que habeis estado en Granada, y os habeis presentado como competidor en el tornéo, apesar de los peligros de semejante empresa, si os hubieran llegado á conocer.

—Basta, Roque, ese peligro ya pasó.

—Muy bien, señor; pero hay otros mil que no han pasado todavía. Tendréis la bondad de contestar á unas cuantas preguntas?

Gomez Arias, para ahorrarse el gasto de palabras superfluas, hizo con la cabeza una señal de asentimiento.

—¿Como cuánto tiempo hará que salimos de Granada? preguntó el criado.

—Sobre dos meses; replicó su dueño.

—Abandonamos aquella ciudad, prosiguió Roque, á consecuencia de las mortales heridas que causasteis á D. Rodrigo de Céspedes, vuestro rival en el cariño de Leonor de Aguilar.

—Cierto.

—Buscamos un refugio aquí, en Guadix, para permanecer escondidos hasta que pasase la tormenta.

—Exacto.

—Y ahora os estais ocupando honrosamente en ganaros el

cariño de una jóven é inocente mucha cha, que tiene tanta idea de lo que vos sois, como de su Santidad el Papa.

—Y bien?

—Supongo que no tendreis la idea de casaros á la vez con esas dos damas?

—Ciertamente que nó.

—Pues lo que á mi me confunde es el pensar como saldreis de ese pantano; y como preveo que ha de tener un resultado fatál, me escusareis si prudentemente trato de retirarme ante ese inevitable peligro. Si por fortuna ambas ó alguna de ellas fuese una mucha cha del pueblo, podría yo aquietar mis temores; pero tal como es la cosa, imposible: están comprometidas dos damas de alta alcurnia.

—Así seguía Roque en sus elocuentes y morales reconven- ciones, cuando Gomez Arias dió media vuelta, cogió un palo que estaba próximo á él, y acercándose pausadamente á su criado le dijo con la mayor calma: ahora Roque, creo que me concederéis que he oido con toda atencion vuestra char- latanería. He quedado completamente satisfecho por hoy de vuestras impertinencias, y os suplico que ceséis en vuestras observaciones, á menos que no deseéis realmente que yo las honre con la más contundente de las réplicas.

Y, como para dar forma á su pensamiento, agitaba expresivamente el palo, á la vez que Roque prudentemente retro- cedía; porque sabía por experiencia que su amo cumplía ri- gurosamente su palabra en ocasiones tales.

—Por lo que hace á que dejéis mi servicio, contínuo Don Lope, no tengo nada que objetaros, salvo que hayáis pensa- do iros con vuestras orejas al separaros de mí; porque os he tomado tanta inclinacion, mi querido Roque, que no puedo conformarme á que me abandonéis sin dejarme una prenda para recuerdo. Y ahora, prosiguió en tono más sério, salid inmediatamente y cuidaros de vuestros quehaceres.

Roque hizo una humilde reverencia y se retiró. Gomez Arias en esta contienda, como en otras muchas, obtuvo la ventaja de esa autoridad incontrastable que una voluntad firme consigue siempre sobre sus inferiores. Sin duda alguna que el criado habia resuelto diferentes veces dejar á su dueño, porque lo cierto era que no tenía aficion alguna á los palós y otros favores de igual clase, que le administraban abundan- temente, como en recompensa por las hazañas de su amo. Además de que abrigaba un sentimiento esquisito de justicia, y no podía ménos de sentir la chocante impropiedad de que se le adjudicase un premio, que correspondía incuestiona- blemente á su superior; y cierto y justo es tambien añadir

que él nunca se conformaba con tal merced hasta que realmente se la imponían á la fuerza.

Roque tenía además sus escrúpulos de conciencia; de esa especie de conciencia prudente, que debe considerarse como la más preciosa cualidad. No estaba ciertamente tan falto de sentido que pretendiera que un caballero joven y fogoso llevase la vida de un cartujo; ni tenía nada que decir de las intrigas de su amo; pero lo que sin embargo encontraba en extremo reprehensible era que no se redujesen á los límites de una prudencia natural. Ahora, si Gomez Arias hubiese limitado sus galanteos á la seducción de las hijas de los campesinos, ó perseguido las mujeres de los artesanos, Roque hubiese aprobado más implícitamente este proceder, tanto más cuanto que en ese caso su señor hubiese solamente mantenido una especie de derecho hereditario, correspondiente á los de su clase; pero eso de engañar á dos damas de distincion, era realmente demasiado para los delicados sentimientos del concienzudo criado.

Quede sentado que Roque no podía alegar nada en contra del valor de su Señor, solamente censuraba las consecuencias de su exceso; porque este exceso unido á la habitual disposicion amorosa de D. Lope estaban en constante oposicion con la delicadeza de conciencia de aquel, por efecto de las dificultades que les presentaban en cuanto al natural instinto de la propia conservacion.

Es un hecho averiguado que Roque nunca se puso voluntariamente en situacion de infringir tan natural precepto, y que más bien estaba por su fortuna dotado de una eminente cualidad, favorable á su observancia en todas ocasiones; cualidad que otras personas, á quienes no asaltan semejantes escrúpulos, llaman cobardía.

No es esto todo: el criado estaba muy lejos de experimentar los extravíos de una imaginacion novelera; no tenía inclinacion alguna á contemplar el paisaje á la luz de la luna pálida, ni á las nocturnas aventuras; y era bastante vulgar para preferir las positivas ventajas de un sueño profundo á todas las bellezas que pudieran ofrecer el plateado luminar y todo su cortejo.

Estas consideraciones preocupaban fuertemente el pensamiento de Roque; y en su consecuencia habia resuelto muchas veces separarse de su dueño; pero era tal el dominio que Gomez Arias ejercía sobre él, que su resolucion caia siempre por tierra en el instante de llevarla á efecto.

LOS HIMNOS DE COVADONGA.

I.

España, la gloriosa España, cuyo brillante poderío asombró un día al mundo entero, abre el libro de su historia, luciendo admirables páginas en las cuales se destaca la figura del heroísmo, entusiasta y magestuosa.

Pero hay entre ellas una leyenda, un poema de ocho siglos, cuyo prólogo está escrito con la sangre del Guadalete y cuyo epílogo se estampó en las murallas de Granada. ¡Triste prólogo que abre una historia de luchas horribles é incesantes! Glorioso epílogo, que al cantar el triunfo del cristiano contra los hijos del Islam, coronó los esfuerzos y constancia de un pueblo valiente, en cuyo espíritu reinó sólo un pensamiento por espacio de ocho siglos!

El primer grito que retumbó en las montañas de Covadonga, al hundirse la monarquía Goda en las sangrientas aguas de un río, fué el primer canto de ese poema, la primera página de esa leyenda, el primer himno que acarició los aires en medio del terror que inspiraban las falanges sarracenas.

Ese grito le dió Pelayo, el valiente Belay-el-Rumí, como los árabes le llamaron. Contempló la derrota de las huestes cristianas y cruzó despavorido toda la Iberia en compañía de otros vencidos, sin hallar reposo hasta las montañas del Norte. Allí se creyeron amparados por la aspereza del terreno, y llorando la desgracia de la patria y rugiendo al mismo tiempo como leones, juraron por la cruz de sus espadas dedicar la vida al esterminio de los musulimes.

¿Cómo habian de adelantar las bellas artes entre quienes no lanzaban más gritos que de guerra, ni sentían otras ambiciones que la de reconquistar su patria?

Pero aquellos héroes que desde un rincón de las Asturias labraban el pedestal de la gran restauración española, eran religiosos á la par que guerreros; y bien lo pregona el lema

de *Dios y Libertad*, que en el glorioso pendon de Covadonga alentaba el ánimo de los que respondieron al grito de Pelayo. ¿Cómo no habían de entonar himnos sagrados antes de entrar en los combates?

Aquellos cantos, sencillos y monótonos, sí, pero ardientes y sublimes por el entusiasmo que inspiraban, no harían batar palmas á los modernos *dilettanti*; más harían empuñar una lanza y una espada á los que un santo impulso movía entonces á pensar en su destrozada patria.

Pelayo, la gran figura de aquella epopeya, selló las simpatías de los Astures y de los Cántabros, haciendo de ellos un solo pueblo.

¿Quién sabe si alguna de las canciones sacro-populares que todavía se conservan en estos pueblos son las mismas que en Covadonga escitaron en el siglo VIII el denuedo de los cristianos?

II.

En menos de dos siglos cambió tanto el carácter del pueblo visigodo, que, olvidadas sus primitivas costumbres, se entregó á la molicie de los placeres sensuales.

Cuando las huestes de Muza y Tarik llamaron á las puertas de España, se había secado ya el árbol que tantos bravos produjera.

Tres siglos antes había caído Roma de la cumbre del poder, sin aliento para vencer las hordas del Danubio.

En el siglo VII el pueblo Godo buscaba el goce de los espectáculos, prostituyendo la música y la poesía. San Isidoro decía con este motivo, que «cuantas cosas se ejecutaban en las artes escénicas, ya con voces y versos, ya con órganos y liras, reconocían por patronos á Apolo y las Musas, á Minerva y Mercurio.» La estraviada afición de aquel pueblo al canto, mereció de San Eugenio el dístico de *Cántica vulgus habet*. Tal debió ser, en fin el estado de las artes de espectáculo, que en varios monumentos de aquella época se hacen marcadas alusiones contra su repugnante exageración.

La iglesia tuvo necesidad de poner un dique á aquel torrente de impureza en cuyas turbias aguas flotaba alguna vez la púrpura del mismo sacerdocio; pero la sombra del gentilismo no podía desaparecer de repente.

Sin embargo, los torpes cantares fueron sustituidos por himnos religiosos, y comenzó una nueva era para la música.

Dos siglos hacen evocar grandes recuerdos del desarrollo de este arte: el siglo VII y el siglo XVI.

En el siglo VII compuso San Gregorio el canto llano ó *Canto fermo*, así llamado *from its superior gravity and plainness*, como dice un autor inglés; y más si se le compara con el *Canto figurato* que, según el mismo autor, tiene *too much levity*. Hay razón para citar á un inglés tratándose de San Gregorio, porque este santo fué quien envió al monje Agustín para difundir la luz del Cristianismo en la Heptarquía anglo-sajona, precisamente cuando ya en su espíritu debían sonar los principios del famoso *Canto llano*.

Dos pontífices perfeccionaron la obra de Gregorio. A mediados de aquel siglo reformó Vitaliano el canto eclesiástico é introdujo el uso del órgano y otros instrumentos en las iglesias. A fines del mismo, Leon II compuso en metro grave y sério, los himnos que en los templos debían cantarse, arreglándoles la música del *Canto Gregoriano*.

De modo que tres pontífices en el siglo VII velaron la melodía con gasas religiosas. La música, perdidas las formas paganas, brotaba pura del cristianismo.

No faltó á este siglo para completar su obra mas que la figura del monje Guido Aretino, que en el pontificado de Juan XIX, tomó de las primeras sílabas de los versos del himno á San Juan, los nombres de las notas musicales.

«*Ut queant laxis
Resonare fibris
Mira gestorum
Famuli tuorum
Solvi polluti
Labbii reatum.*»

La letra del himno es de otro monje. Sobre la cuna de la música ciernen sus alas el cristianismo. Las obras clásicas de poesía y pintura están envueltas en nubes mitológicas; la melodía tuvo más fortuna.

Antes de la invención del abad del Yermo de Santa Cruz de Avellana, los cantos de la Iglesia se entendían por las seis primeras letras del alfabeto. Guido Aretino inventó la *mano*, según la opinión de algunos, y en ella puso con la mayor claridad el *ut, re, mi, fa, sol y la*; después se agregó el *si*, y en tiempos modernos se cambió el *ut* en *do*.

Pero la gran figura de Aretino en la historia de la música no está exenta de los opuestos juicios que, al rasgar el velo de la oscuridad de los sucesos, introducen más confusión en las sombras de lo antiguo. (1)

(1) Mientras Dr. Brown, entusiasmado por la aparición del monje, dice, "after many centuries had passed in darkness, Guido arose! and with a force of genius surpassing that of all his predecessors, invented the art of counterpoint, or composition in parts," está Dr. Burney muy lejos de atribuir esta invención á Aretino.

Así es que el origen del pentágrama, de la escala, de las llaves y del contrapunto sigue velado con la duda. Difícil será romper este velo.

Ningun descubrimiento notable se cuenta en música desde los adelantos atribuidos á Guido Aretino hasta el arreglo de los-compases. Atribúyese este á un músico flamenco llamado Flancon que dió en el siglo XVI esta mejora al arte.

En Italia nació la forma melódica: los signos de notacion tuvieron la misma cuna; pero en el desarrollo de la música imprimió tambien su nombre un flamenco.

Razon tienen las dos naciones para disputarse siempre la excelencia de sus composiciones.

Volviendo á la España del siglo VII, es indudable que por un lado el movimiento que en Italia sentía la música, y por otro la necesidad que tuvo la Iglesia de dar buena direccion al instinto musical extraviado del pueblo, produjeron el conjunto de himnos sacro-populares que en aquella época se entonaban en los templos.

Los prelados trataron de abolir los cantos fúnebres derivados del politeísmo, que San Isidoro llamaba *trenos*; los que servían para celebrar las fiestas de Himeneo, y otros muchos, de origen pagano.

En cambio la grey católica reunida en coro era recibida en los templos para cantar los himnos *De profectioe exercitus*, *In natalitio Regis*, *De sterilitate pluvie*, *De infirmis*, *De nubentibus*, *Pro varia clade* y demás que aparecieron en el famoso códice poético escrito en caractéres góticos, que descubierta hace un siglo, se conserva hoy como una preciosa reliquia bajo el título de *Codex muzarabicus continens hymnos per totum anni circulum*. (1)

Es de presumir que los valientes que se refugiaron en las montañas de Asturias (nueva plantá de héroes, nueva sensitiva despertada por el peligro), no evocarían en aquellos momentos solemnes los cantos cínicos que San Eugenio habia condenado.

Reunidas allí por una idea sublime, ni la molicié podía tener entrada en aquel espíritu generoso, ni la enseña del pendon de Covadonga permitía sentimientos que no fueran dedicados á Dios y á la pátria.

Elevarían sus cánticos al Rey de los ejércitos, pidiendo que los guiara en el combate; tiernas plegarias saldrían de lo más íntimo de los corazones, llenando los aires de dulcísimos sonidos; la fé y el sentimiento de independéncia brillarían en todos los cantos, cuyos ecos parecerían la aprobacion

(1) Alguno de estos himnos deben ser anteriores al siglo VII.

de la naturaleza al heróico pensamiento que allí congregaba á los iniciadores de la reconquista.

¡Con cuánta fê cantarían aquella estrofa del himno *De profectiōe exercitus*:

«Dux esto placidus his tuis servulis
Virtus angelica illis adhæreat
Custus invigilet his tua gloria
Qui es summa benignitas!»

¡Con cuánto ardor dirían:

«Defende populum vindice dextera!»

Pero ¿cuál sería la forma melódica de estos cantos? Aquí el pobre músico tiene que desmayar. Si los historiadores luchan para buscar el origen de Pelayo; si unos afirman que fué hijo de un Cántabro, otros se fundan en el nombre latino *Pelagius* para hallar su raza, y hasta hay quien niega su existencia: si los literatos no están más acordes acerca del nacimiento de la poesía popular; si mientras unos la consideran espontánea, otros suponen en ella influencias de la arábica; si estas dudas, si este vacío suele ser en la mente humana la corona de sus esfuerzos, ¿á dónde ha de ir el crítico á buscar la melodía que en Covadonga hizo latir más de un corazón por la patria y animó á más de un héroe para el combate?

Las montañas del Norte guardarán sublimes testimonios del denuedo de aquellos valientes; pero los ecos de los cantos no quedan esculpidos en la falda de los montes.

¿Se habrán perdido para siempre?

Ambas Asturias conservan unas mismas melodías populares antiquísimas que en nada se parecen á las del resto de España. Son cantos de balada, sencillos, monótonos, melancólicos y muy distintos de las melodías de los pueblos en que las falanges sarracenas hicieron sentir por mucho tiempo su dominación.

Es muy significativo que en una y otra provincia haya absoluta igualdad de instintos y gustos musicales.

M. D. DE QUIJANO.

(Continuará)

BOCETOS.

II.

EL EGOISTA.

«Por poder freír un huevo, quemará un egoísta vuestra casa.»

(CHANFORT.)

El egoísta es más conocido de todos que el filántropo, porque de éste la mayor parte hemos solamente oído hablar. Al egoísta le conocemos personalmente, le tratamos, y sin embargo, el egoísta es más difícil de retratar, se presta menos á la descripción que el filántropo, que, si bien se mira, pertenece también á la familia de los egoístas. Estos se dividen en tantas clases, son de tantas especies que sería imposible hacerlos conocer completamente en un sólo cuadro. Hay que concretarse á pintarlos en alguna de sus formas, en las que sean más comunes á aquellos egoístas con quienes hayamos estado más en contacto.

El egoísta se halla en todas las clases sociales; no sucede con él lo que con el filántropo, que es siempre rico.

El egoísta habita en los régios palacios, en las suntuosas moradas, en casas de regular estructura, en guardillas y en sótanos. Puede ser rico, regularmente acaudalado ó pobre; por lo regular el que es pobre y egoísta, puede hacer poco uso de esta que llaman falta de consideración social.

El egoísta no quiere á Dios, aunque aparentemente sea un buen cristiano. La hipocresía y el egoísmo, que son dos egoísmos ó dos hipocresías, se hallan juntos casi siempre en el sentido moral que se aplica á cada uno.

El egoísta no quiere á sus padres más que mientras puedan serle de alguna utilidad.

El egoísta mira á sus hermanos como á cualquier otro in-

dividuo; ó con menos cariño que á cualquier otro, si créese que de ellos no ha de poder sacar nada.

El egoista no tiene prógimo.

Pero no es un sér tan aislado que se le vea separado del mundo. Huye de todo aquel que puede necesitar de algun modo de su auxilio, de su apoyo, de su influencia; más, en cambio, busca, se pega á aquel otro de entre sus semejantes que pueda serle de alguna utilidad.

El egoista, que tanto abunda, es un miserable en toda la extension de la palabra, el único sér acaso merecedor del desprecio; del desprecio de los que le necesitan, porque nada pueden esperar de él, y del de los á quienes necesita, porque despues que los haya chupado la sangre, los dejará morir estenuados, si dependiese de él el librarlos prestándoles algun cuidado.

El egoista es, en las familias, el ladron que acecha un motivo para apoderarse taimadamente de lo que corresponde á los demás y emanciparse de ellos por completo cuando conoce que no pueden serle útiles; ó es un ente completamente inútil ó extraordinariamente perjudicial.

Tener un egoista en la familia, de lo cual no está exenta ya ninguna, es una desgracia como otra cualquiera; sobre no servir de nada á los suyos, suele ser casi siempre un gran estorbo. La menor distancia á que convendría al pariente allegado estar de su pariente egoista, es la de dos ó tres mil leguas. La sombra de éste es nociva, tan nociva y más que la del tejo, que dicen dá dolor de cabeza al que se sienta debajo de sus ramas.

Hubo un tiempo, que creo haber conocido yo mismo, en que las desgracias de un individuo se aminoraban, se atenúan y muchas veces se extinguían antes de que los extraños se apercibiesen de ellas, porque el honor, el porvenir de la familia toda, se veía estaban interesados en que así sucediese; y, cuando á uno se le veía tambalearse se le sostenía; cuando caía se le levantaba ó se le tendía una mano.

Pero hoy es otra cosa: *no hay familia*. El individualismo, ó sea el bienestar y tranquilidad de cada uno, exige separarse rudamente de aquel que pudiera llegar á molestar en lo más mínimo. Si en otros tiempos muy apartados pudo decirse, refiriéndose al compañero ó al amigo: «*Tempora si fuerint nubila, solus eris*, hoy puede decirse en absoluto refiriéndose al hermano. Hoy se socorre al que necesita poco auxilio; se consuela al que está poco afligido ó tiene, en medio de las aflicciones á que todos estamos expuestos, recursos para atenuarlas.

No sabe ninguno, cuya posicion sea desahogada lo que es

un hermano, por ejemplo. Yo tuve un amigo que me decía con mucha frecuencia que preferiría un buen perro á sus hermanos, para los cuales él habia sido muy bueno mientras pudo serles útil; porque «el perro, añadía, en un caso apurado podía prestarme algun servicio, mientras que mis hermanos, no sólo no me sirven de nada, sino que son algunas veces un obstáculo para mis designios.» No sé lo que esto podrá tener de cierto ó de exagerado, pero si me paro á examinar detenidamente el estado de muchas familias que conozco y trato, de muchísimas que he estudiado, me inclino á creer que aquel mi inolvidable amigo tenía razon.

Cuando uno se halla en posicion desahogada puede tener por seguro que nunca faltará en su casa algun hermano, algun pariente, algun amigo. Le regalarán mucho; le acompañarán mucho; le felicitarán tantas cuantas veces haya un liviano motivo para ello: en el dia de su cumpleaños, en el de su santo, en los del santo de su mujer, en los de sus hijos, y si tiene un ligerísimo dolor de muelas preguntarán mil veces por su salud, mandando repetidos recados á su casa para saberlo. Nada de esto sucederá al hermano, pariente ó amigo que se halle en situacion distinta. Ni le visitarán, ni le regalarán, ni le felicitarán, ni se enterarán de su salud hasta *in extremis*. Amigos, sin embargo, y esto parece un contrasentido, se encuentran todavía; muy buenos, aunque muy pocos, los hay.

La casa del egoísta es la casa de todos..... los que no necesitan de él; la del padre, la del hermano, la de la cuñada, la de la suegra de su hermano, la de la prima, la de la amiga, la de la conocida de ésta, etc. etc., mientras puedan los susodichos brindarle á él con otra casa, con una buena mesa, con regalos, con relaciones provechosas; pero si no se promete obtener nada de eso, para él, repito, no hay amigos, ni pariente, ni hermano, ni padre, ni prójimo, ni Dios. Para él no hay más... que él.

Con razon ha dicho un autor que el egoísmo no es simplemente una de las malas inclinaciones del corazón humano, que no es una de las enfermedades morales á que está expuesto el hombre; el egoísta es, segun él, más que todo eso «el resumen de todas las malas pasiones, es el origen de ellas, es el vicio entre todos los vicios.»

Voy á contar un caso, incomprensible para todo hombre de sentimientos regularmente humanitarios.

Iba de un pueblo para otro uno de esos hombres sin corazón, que, aunque imperfectamente, he pintado. Montaba en un pésimo caballo, caballo sin sangre, de figura mala, pero que valía, á pesar de todo, infinitamente más que su ginete.

Un caudaloso río lamía las orillas del camino, que estaba un poco elevado sobre el nivel de las aguas. De repente se le acerca una muchacha desgredada, lívida, con los ojos de una loca, que le dice: «señor, señor, por Dios échese al río y saque de él á mi pobre hermana, que se me acaba de caer.» El *buen hombre* no se conmueve, mira sosegado hácia la niña, que flotando aún, era arrastrada por la corriente, y con mucha flema responde á la afligida hermana: «muchacha, eso no tiene ya remedio; tu hermana está ahogada.» Y viendo la infeliz muchacha que no se prestaban los auxilios que pedía, arrojóse de repente al río. El señor aquel siguió impassible su camino, como si nada hubiese sucedido y en lo que ménos pensó fué en tomar un baño, por más que pudiera hacerlo sin peligro, porque era robusto, el tiempo convidaba á ello y era un gran nadador. Mas nadie le veía y un par de cadáveres más, diría, ¡qué importa al mundo! Al acercarse á un pueblecillo por donde debía pasar el egoísta hallóse con una novedad muy grande; la gente corría presurosa hácia el río; una persona constituida en autoridad se le acercó mandándole que se apease, pues tenía que interrogarle sobre una desgracia que acababa de ocurrir, desprendiéndose de las preguntas que se le hicieron que un perro que había salido de un meson tras del caballo que conducía á nuestro viajero había entrado en el pueblo con una niña de cinco á seis meses algo estropeada, pero con vida y sin peligro de que por lo sucedido, la perdiera; y que las aguas habían arrastrado á una muchacha como de diez á doce años ahogada; congeturando todos los circunstantes que debieron ambas caer juntas y que el perro, con ese instinto prodigioso de que está dotado, se arrojó al agua sacando á la que podía salvar más fácilmente. Esto lo oyó sin inmutarse el egoísta, contestando á la autoridad que de lo sucedido no había visto nada, cuando lo sabía todo y pudo evitarlo. ¡Con cuánta facilidad pudo salvar ese hombre á la infeliz muchacha arrojándose á sacar á la niña, cuando le demandaron el auxilio ó luego para salvar á las dos, porque es seguro que nadando mucho como nadaba el perro, no nadaba tanto ni mejor que aquel! Pero ¿qué vale la satisfacción de una acción buena para el que no sabe sentir? Conviene consignar que este egoísta era considerado en la sociedad como un gran hombre de bien.

Por lo dicho se comprenderá que el egoísta es un sér sin corazón, sin alma, sin entrañas.

Una sociedad de muchos egoístas tiene que ser necesariamente una sociedad depravada; nos basta considerar que el número de aquellos es infinito, y que crece y se desarrolla de una manera espantosa.

Al fin lo serémos todos, y entonces sí que podrá decirse: ¡ay de los desgraciados! porque no habrá quien les dé un poco de agua aunque se mueran de sed. Y cuando aquel grito de guerra se dé á los desgraciados, todo el mundo procurará ser..... egoísta de importancia para poder vengarse; pues el egoísmo llegará á ser una defensa y también una venganza. *¡Væ victis!* Los vencidos serán los desgraciados. *¡Væ infortunatis!* ¡Ay de los, por algun concepto, desgraciados! Pero no hay que desesperar, que no faltará todo. La sociedad aumentará, á medida que el egoísmo crezca, casas de caridad y hospitales. Padecerá el espíritu, pero para el cuerpo se inventarán comodidades, lo que hasta cierto punto, compensará la falta de la familia, y la escaséz de consideraciones sociales.

• JOSÉ A. DEL RIO.

PEREGRINACIONES.

COVADONGA.

(CONTINUACION.)

El cura habia dicho verdad: el sendero bajaba serpeando á compás del torrente que espumaba y se revolvía en la hondura. Unas veces costeaba los agudos muñones de roca que le salían al paso, otras se encaramaba por encima de ellos con breves y repetidas ondulaciones fatigosas para el viajero.

Abriéndose en un recodo de la cordillera que le deja libre el sol hallamos á Tielbe. De un peñasco cóncavo cerrado con rústica pared de ramaje seco y trenzado ha hecho cárcel donde se aprisionan las reses sorprendidas pastando en vedado hasta que su dueño las rescata mediante la multa debida. Chivos y moruecos, bueyes y rocines asomaban el curioso hocico por cima de la cerca saludando con salvaje música de relinchos, balidos y mugidos el paso de nuestra caballería. Ansia de libertad aún en brutos tan poderosa que les hace preferir á su ocioso cautiverio la pension de la silla y el freno, la tiranía caprichosa del azote y el acicate.

Más allá de Tielbe entramos á caminar por tierra blanda, entre setos vivos, praderías y plantíos de maíz. A la otra parte del rio se ensanchaba un verde soto matizado de sombríos grupos de robles, entre los cuales levantan su pelado flanco erguidos mogotes de blanca caliza, coronados de una espesa greña de no tocada vegetacion salvaje. A nosotros nos daban, ya que no sombra, al ménos el halago de su vista y su rumor suave espesas matas de avellano y esos rénuevos vigorosos, flexibles y apretados que brotan del castaño cor-

tado á flor de tierra. La brisa que los mecía traía al olfato el penetrante hedor del cabrío, y á poco veíamos asomar entre las frescas hojas los rijosos bezos, la temblona yerba y el satírico gesto de un cegajo. El montaraz y esquivo animal nos contemplaba un rato ladeando la cabeza y de pronto se volvía, y botando y triscando trepaba riscos arriba hasta lugar que le pareciera seguro, desde donde se ponía de nuevo á mirarnos sacudiendo sus blancas orejas.

Aquí se dejaron alcanzar los quintos y por vez primera rompieron su natural cortedad, dejándose interrogar y respondiendo á nuestras interrogaciones. Rompióla el cabo de cazadores, esto es, el rubio, mostrándonos las casas de Camarmeña agarradas á media falda de un empinado monte, á semejanza de nidos de golondrina pegados á los cornisones de disforme edificio.

—Diz que es el pueblo más viejo de Astúrias, é fué ciudadelá ó cosa parecida—contaba el rubio.

—¿Más viejo que el santuario de Covadonga?—repusimos.

—¡Ah! ¡Covadonga!—interrumpió animándosele el rostro.

—¿Váes á ver la Santa de Covadonga? mañana es mucha fiesta allí; ¡quién fuera! Aquella Santa cuentan que *baxdronla* á la *baxcura* donde facíanle iglesia, é á la noche tornóse á subir á donde estuvo primero.

—¿Y no hay otra cosa memorable en Covadonga?

—Llevome mi madre ofrecido de rapacín é mais non supe.

Más sabría el ladino asturiano, pero á sus compañeros ó á él urgía el caminar y tomaron de nuevo sus atajos y veredas.

La noción popular de la antigüedad de Camarmeña nace tal vez de un dato literario é histórico. Allí, en una iglesia de San Pedro existieron depositados los elementos primeros de la historia asturiana y aún española posterior á los orígenes de la reconquista. De allí los tomó el obispo D. Pelayo para redactar su célebre códice ovetense en años de la primera mitad del siglo XII. (1)

En este suelo épico y escondido brotan á cada paso así los testimonios de la obra sesuda de la razón humana como los del hervor fogoso de la humana fantasía, para probar que fué mansion y cuna de un pueblo fervoroso y bravo, cuya mente constantemente agitada por la guerra y sus aventuras, ni se esterilizó en la inercia, ni fué marchitada por el duro penar de pacífica labor cuotidiana.

Veís aquí nacer la leyenda anónima y oscura de las formas

(1) *Ut reperimus in antiquissimis codicibus, quos invenimus in ecclesia Sancti Petri de Germanema, et sicut audivimus á majoribus et á prædecessoribus nostris, ita scripsimus.* Códice ovetense inserto por Risco en los apéndices al t. XXXVIII de la ESPAÑA SAGRADA.

singulares de la roca, de los giros caprichosos y vagos de las aguas. Asimismo las pasiones y afectos que la leyenda animan son originados por los afanes ordinarios, las necesidades propias del estado social dentro del cual la leyenda nace.

Aquellos mogotes calizos que ántes descubrimos á la otra parte del rio, menudéan, variando y creciendo en tamaño, pero tan semejantes en forma y proporcion que parecen tallados por un modelo único. Hondas grietas verticales estrían de arriba abajo la roca, dejando asomar foscas mechas de yedras, muérdagos, zarzas y helechos; y en su inabordable cima abrigada por espesos árboles ondean pomposos penachos de heno vicioso al cual nunca llegó guadaña segadora.

Esa yerba ociosa y rica, tesoro de gentes pastoras y ganaderas, tentó la codiciosa audacia de un hombre de la comarca. Y á pesar de la experiencia y consejo de los ancianos, á pesar del comun parecer que afirmaba ser temeridad impía la de pretender llegar á lo que la Providencia puso fuera del alcance de mortales manos, fiando en su robustez y agilidad, agujada acaso su soberbia por el general espanto, empeñóse en trepar á la cima agarrándose á las asperezas de la piedra, sin olvidar sus armas de segador. Al cabo de larga fatiga y á costa de no corta paciencia y tenaces bríos logró su porfía, y llegó á la cumbre y con asombro y envidia de sus compatriotas púsose á cebar su corvo dalle en el rozagante pasto.

No tardó en dejar tendida crecida parte del henar, de cuya espesura al insólito crugir y heridas del hierro afilado volaban asustados pájaros y mariposas. Descansó apoyándose en su herramienta, tendiendo sus ojos satisfechos sobre el copioso y fresco botín de su campaña.

Más la tarde caía y era hora de buscar la bajada. Una y otra vez rodeó la segada cima buscando el más fácil camino, sin hallar ninguno. Agotada su calma y no muy segura la cabeza, probó á desandar los penosos pasos de la subida, descolgándose por la piedra abajo. Agitado, vacilante sudoroso y cansado, huyendo de dejar ir su mirada al fondo del valle, ó las alturas vecinas, llegó á paraje donde se halló atajado. La roca en aquella parte no ofrecía asidero ni apoyo al alcance de la trémula mano ni del turbado pié. Gastó en inútiles tentativas cuanto le quedaba de fuerzas en sus miembros, de resolución en el ánimo; y sin intentar siquiera, por escusado, cobrar la altura de donde habia bajado, procuró con voces y gestos entenderse con el distante gentío que azorado le contemplaba. No tardaron en comprender la situación

angustiosa del temerario, porque el alma humana es gran reveladora de los afanes supremos y dolores de sus semejantes. Véalne en parage á donde no podía llegarle auxilio humano, ni de allí podía el mísero salir ni allí podía quedarse, sin encontrarse con la muerte, ó con su ministro el hambre. Y saliendo de entre la muchedumbre el cura y adelantándose hácia la roca, abrió los brazos, y hecha la señal de la cruz con su diestra bendijo aquel extraño condenado á muerte recitando sobre él la absolucion de los moribundos. Recibióla el segador recogido dentro de la angosta quiebra en que se abrigaba y se alzó después á tentar el esfuerzo último. Colgóse del filo de roca en que pisaba y suspendido de ambas manos el cuerpo, quería atinar con los piés á apoyarlos en alguna escabrosidad que los sostuviera. En vano bregó algunos momentos; la roca que sus convulsos piés herian, era tajada y lisa como bruñido tablero de mármol; sangrábale las manos sajudas, y yertos los brazos carecian de pujanza y vida para encaramar de nuevo el suspendido cuerpo hasta el abandonado refugio. Breve fué la agonía: el hombre vencido por lá muerte soltó la roca, cayendo despeñado á rodar por la pradera donde le recogieron cadáver sus espantados compañeros.

Esta leyenda vaga por la region que visitamos sin teatro fijo ni lugar cierto, pero viva y permanente.

El rio que á nuestra izquierda corre, estrechándonos contra la montaña, se llama Cáres, nombre de helénica desinencia y sonido, que más adelante nos vá á recordar las más bellas descripciones clásicas. Angóstase el desfiladero, la roca domina el paso, vertical y escueta como gigantesco muro: á fuerza de siglos el agua que gotea de su frente sublime ha exornado la piedra tendiendo á lo largo de ella de cielo á suelo pegadas al firme de la roca inmensas columnas estaláctitas, á cuyo delgado fuste se abrazan y aprietan lozanos y sombríos laureles; decoracion augusta, misteriosas alianzas de la naturaleza que en sus recónditos senos agita y explota los fecundos principios de la vida, dando sér á elementos tan diversos como la cal y la sávia, creando formas tan varias como el árbol y la piedra, que arrancan de un origen comun y traen á la universal armonía del mundo contrastes tan altos; el uno gracia, solidez la otra; movimiento aquel, duracion ésta; alegría, ligereza, instrumento á las voces inarticuladas y libres del aire el primero, magestad al paisaje, fisonomía al suelo, vivienda al hombre la segunda.

Esta peña, de admirable hermosura, se llama «Pared de la Rumiada;» acaso la bautizaron con el nombre de los *rumies*

sus enemigos agarenos, á cuya hueste dió paso cuando agresora, ó asilo y fortaleza cuando desbaratada y huida (1).

A sus piés se encuentra el Cáres, que viene de Levante, con el rio de Cain que baja de Poniente, y robándole á éste su siniestro nombre, tuerce rápidamente al Norte, hiende y parte la roca, entrándose por la canal y bajo el romántico puente que llaman de Poncebos.

La canal de Poncebos es un tajo profundo, cuyos misterios apenas logra registrar el sol durante su breve paso por el meridiano. Helada y limpia corre por su fondo el agua, ya bulliciosa y férvida, ya regolfada y tranquila. Nunca tuvieron más pintoresca belleza el Eurotas, el Cefiso, el Aquelóo, el Alfeo ni tantas fuentes y lagos que con ameno pincel describe en sus *Metamórfosis* el dulce y plañidero Ovidio.— Aquellos caudales del mundo helénico dieron sér á risueñas fábulas, á símbolos expresivos de la mitología, cuando no cual hoy bañaban un suelo aridificado y despoblado, cuando corrían entre menuda yerba al amparo de árboles que impedían los entibiase el sol (2), y la voz de sus ondas y el murmurar de sus espumas y la vegetacion agreste de sus húmedas riberas, eran al espíritu humano curioso é inquieto revelacion súbita de las sucesivas creaciones, de los actos diversos de esa fuerza increada augusta, que hierve en los vastos senos de la inmensa naturaleza.

Tambien al borde del Cáres nacen cañas sonoras á las que pudiera atribuir humano acento la leyenda de un nuevo Midas, y el chopo que se alimenta de agua, y el sáuce que defiende con blanca piel velluda sus renuevos, y laureles cuyos torcidos ramos fingen los suplicantes brazos de Dafne perseguida: tambien hace cristalinos remansos donde se cuentan á sabor los guijarros del caúce, donde una ciega Salmacis atraiga y anegue á su esquivo amado, y tiene voz que llame como la apasionada de Eco llamó inútilmente á Narciso, y afluentes de escondido curso y lastimero rumor que traigan á soñar con la misteriosa trasformacion de Aretusa, tan hábil y prodigiosamente pintada por el poeta.— Tambien en sus márgenes palpita, solloza, pulula y centellea la vida sin fin de los torrentes montaíneses, ese vivir prolijo que engendran el insecto que zumba, la chispa de sol que tiñe sus alas ó refleja en las ondas, el pez que salta, la espuma que gira y suena, la hoja de espadaña que se mece y

(1) Sabido es que los viejos escritores árabes apellidan rumies (*romanos*) á los españoles.

(2) *Gramen erat circa, quod proximus humor alebat,
Silvaque, sole lacum passura tepescere nullo.*

late movida por insensibles hábitos: vivir pujante compuesto de innúmeros accidentes de luz, sonido y movimiento; que en las ardientes horas de la siesta, en los tibios momentos del crepúsculo, penetra el sér humano, aparta y dispersa el tardo enjambre de los mortales cuidados, llega al centro vivo donde se enjendra el pensamiento á cuya generacion imprime sus extrañas formas, su espíritu y colores, y dá origen al mundo fantástico, sobrenatural, desahogo del alma, compensacion de afanes, complemento de lo inacabado, horizonte vago en que, para consolacion suprema del mortal destierro, parece que tocamos lo inaccesible, vencido lo insuperable, poseemos lo imposible y se reduce lo infinito á las medidas de nuestro poder y nuestro deseo.

En estos ó parecidos sitios debió nacer la poética creencia asturiana de las *xanas*. Nadie vió su forma, nadie penetró su esencia; todos suponen á la *xana* mujer, y la dicen enamorada y vengativa. Adivina pensamientos; se hace cómplice de los lícitos y generosos, y los ayuda; combate y castiga los pensamientos malvados. Sacrificase por el que ama; mas puesta á prueba por ingratos y desleales, se trueca en furia que no perdona. A muchos trajo gloria, caudal, bienes y prosperidad sin cuento; á otros inopinada y desastrosa muerte.—Aparécese de manera que sin herir los ojos ni el oído hace que el espíritu perciba su presencia, sus caricias, consejos ó mandatos.—Siente y sufre, y al mediar el día ó al venir la tarde, se junta con sus compañeras al amparo de las hojas, á la vera de las aguas, donde llora acaso y se aflige, hace ú oye confidencias, dá ó recibe consuelos.

¡Oh! la soledad es enemiga del hombre; el hombre la odia, la teme, y para defenderse de ella la puebla de criaturas invisibles, impalpables, ya que no puede de semejantes suyos.—¿Quién no siente aquí á la *xana* y su compañía, curiosa hasta sondear el último secreto del corazón, risueña y compasiva si el corazón la reveló únicamente propias tristezas ó propias alegrías; severa y reprobadora cuando en él descubre gérmenes encaminados al ageno mal, torpes complacencias ó miserables propósitos? ¿Quién al cerrar sus párpados abrumados de fatiga no cree entreverla, semejante al vapor ténue y fugáz, sin color, nombre ni contorno que el calor matutino háce flotar entre los troncos de la húmeda espesura? ¿Quién no abre los soñolientos ojos al oirla pasar como el rumor de una ráfaga de viento? ¿Quién no la busca é intenta seguir su vision perdida en el espacio? ¿Y, á quién no paga este inútil afán la *xana* con la revelacion de algun secreto hechizo de la naturaleza, velando con nube de suavísima melancolía así los impacientes ardores como el acerbo descontento, fran-

queando al alma los términos desconocidos de regiones intermedias, que si no son el cielo, puesto que aún alcanzan en ellas á sentirse las punzadas del dolor, tampoco son la tierra, puesto que allí se goza libertad desconocida, luz sin ocaso, amor sin hastío y esperanza sin recelo?

No era *xana* la que habia detenido á nuestros quintos en la canal de Poncebos; pero algo habia en ella de símbolo expresivo y pintoresco.—Era una mujer de la tierra, la cual sentada sobre una roca, ataba y cosía ramillos de siempreviva sobre discos de roja grana, formando vistosas escarapelas que tendia á los novísimos soldados. Y parecía la imagen de la comarca nativa que al despedir á sus hijos se los entregaba á la patria comun poniéndoles sobre el pecho, ó en la montera, los inmortales colores de la pátria bandera. Llegamos cuando regateaban el precio de las escarapelas; ofrecimoselas nosotros, y los quintos, para no quedar en zaga de liberales, nos ofrecieron manzanas silvestres de las que vendía la escarapelera,—la cual con palabra ruda, pero elocuente, les exhortaba á pensar continuamente en el lugar, á no olvidarse nunca de sus madres afligidas.

Desde aquel dia, séptimo del mes de Setiembre de 1867, nuestros campos y ciudades han sido teatro de civiles contiendas, donde la sangre española ha corrido con su acostumbrada prodigalidad y menosprecio. ¿Qué habrá sido en ellas de los reclutas de Cabrales? Acaso hayan combatido en opuestos bandos, y entre el humo de las contrarias huestes se han visto escarapela contra escarapela, las que una mano labró y un pensamiento único y amoroso puso en su traje. Acaso yacen en la oscura huesa, donde revueltos y privados de compasivas y redentoras oraciones caen los muertos en la batalla, acompañados tal vez de las blasfemias y zumbas de improvisado sepulturero. Quizás los hallo sin reconocerlos vistiendo el gallardo uniforme español, aplomados y curtidos por la experiencia y el fuego, en los alardes militares que alegran frecuentemente las calles madrileñas. Quizás alguno de ellos, trocado el militar por el doméstico servicio, ó uniéndolos ambos, acaso mutilado portero de una oficina sirve á sus señores ó jefes este número de la REVISTA, bien ajeno de que dentro del impreso cuaderno vá su memoria y su boceto.

A estas digresiones me lleva, con más complacencia que oportunidad, mi afición al soldado, tipo de obediencia y respeto; tipo que nuevas ideas pretenden hacer desaparecer del concierto social, y que por necesidad imperiosa de ese mismo concierto subsistirá todavía luengos siglos, para bien y porvenir de nuestra pobre familia humana por sus propias pasiones roida y envenenada, para salvacion de los Estados,

brazo de la ley, escudo de la justicia y gloria acaso y engrandecimientos futuros de la patria. Igual afición le tienen cuantos de cerca le trataron, no para pervertirle ó sobornarle, más para estudiar las sensaciones de su corazón y las manifestaciones de su alma. Los que le han visto en fuego, animoso, jovial, intrépido, limpio de saña y de rencores vengativos, grande é ignorante de su propia grandeza; los que le hallaron en la improvisada cama del hospital de sangre, resignado y mártir, agradecido y dócil al consuelo, á la medicina, á la exhortación religiosa.—El soldado promete su vida y se la dá no pocas veces, á un trapo teñido, que las balas taladran, que la intemperie descolora, que la carcoma y la miseria atarazan y ensucian; le sigue, le obedece, le acata, le adora, le defiende, le salva; y cuando le ha salvado queda pagado de sus sacrificios, de su valor, de sus fatigas, de su sangre en gloria breve y pasajero aplauso. ¡Cuál empresa humana exige más y ofrece ménos? Quédale además el premio de su conciencia satisfecha. ¡Baladí recompensa para tantos!—Y mientras las deudas de gratitud son, por punto general, mortificación y odioso peso de nuestra soberbia, y mientras el venturoso en las cosas del mundo aspira á olvidar y hacer olvidar la causa y la ocasión de sus prosperidades, y se lastima y ofende de que le sean recordadas, el soldado tiene en boca constantemente el nombre de su regimiento y de su jefe, y en la madurez de los años y al cabo de sus laboriosos días, entre iguales y superiores, su mejor blason, su más alta vanagloria, su satisfacción más honda y pura es poder decir con sazón y tiempo: *He servido*. —Elocuente anatema del orgullo humano, santificación de la disciplina, confesión de esa ley eterna de la recíproca servidumbre que contiene y supone mayor suma de honra, de virtud y de nobleza que toda ardiente protesta de soñada independencia, máscara de indómitas altiveces, de aspiraciones insaciables, de ambiciones imposibles. En aquellos círculos venerables de la aldea, que suman centurias, ¡cuánto excede en juicio, autoridad y consideración el que *ha servido* á los que no *servieron* jamás!

AMÓS DE ESCALANTE.

(Concluírá.)

LA VOZ DEL ANGEL.

Quando era yo muy niña, las horas olvidadas
pasaba en la ribera del proceloso mar.
Buscando piedrecillas y conchas nacaradas,
oía de las olas el ronco murmurar.

Pero á la vez oía un amoroso arrullo,
que siempre me causaba un gozo sin igual:
no era el rumor del agua, de voces el murmullo,
ni el canto de las aves, ni el eco maternal.

Era una voz del cielo, era la inspiracion
del ángel de mi guarda, que hablaba al corazon.

Quando en mi adolescencia soñaba con amores,
estraños pensamientos surgían en tropel;
como atrevido enjambre de insectos voladores
zumbaban y aturdían mi espíritu novel.

Si yo los alejaba burlando su porffa,
vagaba en torno mio el eco halagador:
no era un suspiro amante, ni un canto de alegría,
ni música lejana de insonne trovador.

Era la voz del ángel, era su inspiracion,
la que purificaba mi ardiente corazon.

Sufrí la horrible lucha de afectos encontrados,
acerbos sinsabores sentí en la juventud;
y los que me creían exenta de cuidados,
doblaban con sus burlas el peso de mi cruz.

Quien mi valor sostuvo, no fué la voz humana.
No me ofreció consuelos el mundo baladí;
pero en la edad madura, como en la edad temprana
un invisible amigo velaba junto á mí.

Era la voz del ángel, era su inspiración,
la que fortalecía mi débil corazón.

En gris han convertido mi negra cabellera,
los años, los pesares, la triste soledad,
y ya tranquila espero el fin de mi carrera,
de tempestades libre, agena de ansiedad.

Mas quién de lo pasado endulza el sentimiento?
quién dora lo presente y aclara el porvenir?
No es un recuerdo vago, ni un compasivo acento;
no es lazo que la muerte alcance á destruir.

Es una voz del cielo, es una inspiración
del ángel de mi guarda, que alegra el corazón.

Vendrá el horrible trance que tanto al hombre aterra;
vendrá la muerte impía mi sangre á congelar;
zozobras y dolores quizá me darán guerra,
sin que recurso alguno los pueda mitigar.

Mas no serán perdidos mis ayes y desvelos:
del ángel de mi guarda la voz me arrullará,
y cuando alzar procure mi espíritu á los cielos
con su impalpable diestra mis ojos cerrará.

Será la voz del ángel, será su inspiración,
la que al morir bendiga mi yerto corazón.

MICAELA DE SILVA Y COLLÁS.

LA DOCTRINA TRANSFORMISTA ANTE LA CIENCIA ACTUAL.

IV.

Difícil sería la ciencia y estériles todos los conocimientos merced á ella adquiridos, si el hombre, apoyándose en la suma de nociones que posee, no supiese elevarse de lo particular, que estudia y conoce, á las causas superiores y leyes porque se rige la naturaleza; y más estéril aún si, despues de halladas éstas, perdiendo el guia salvador de la observacion se dejase arrastar por el rápido torbellino de tantas hipótesis nuevas que, adornadas con apariencia filosófica, solo consiguen hacer más espinoso su camino, apartándola del fin práctico que debe esperarse de su progreso.

Por fortuna se empieza á comprender que el rebelarse contra lo ya admitido como verdad, el repudiar el caudal científico heredado no es la manera más segura de contribuir al progreso, única tendencia de nuestro espíritu. Teorías, más sutiles que provechosas, han aparecido viables á primera vista en el campo histórico-natural, hasta que mejores observaciones ó hechos desconocidos las han desautorizado, probando de esta manera que aunque muy avanzada la ciencia, no lo está bastante para prescindir de la continúa observacion de los hechos como base de que se deducirán luego todas las verdades inasequibles hasta el día.

Tal sucede con la teoría cuyos principales defectos vamos enumerando rápidamente en este trabajo, sin que neguemos que dando una nueva y más práctica direccion á sus doctrinas, reuniendo datos mejores y poniéndolos en consonancia con los hoy existentes, podrá tomar distinto rumbo y constituir la ciencia del porvenir; sobre todo si olvidando las exageraciones en que algunos de sus más modernos defensores (nunca sus fundadores) han caído lastimosamente en estos últimos tiempos, avanza guiada por la observacion metódica de los hechos y el estudio, sin prejuicio formado anteriormente, de los fósiles y sus yacimientos.

Necesario es que olvide la cadena zoológica no interrumpida, pues aún colocando á los séres segun sus afinidades naturales es inútil la tentativa de formarla, si se advierte que no es única la escala de complicacion sinó que existen muchas séries que caminan paralelamente á veces y otras divergen en distintas direcciones hasta perderse por completo. Puede además ser superior un animal en un concepto y muy inferior en otro, como sucede frecuentemente que especies de grupos inferiores son superiores en organizacion á otras más elevadas en la pretendida escala gradual, dificultando la formacion de ésta y aún haciendo dudar de su utilidad práctica.

Admitida la direccion de la Naturaleza á la perfeccion gradual, era preciso reconocer que habría manifiesta tendencia á mejorar separadamente cada tipo y aún cada clase dejando entre unas y otras grandes lagunas difíciles de llenar sin recurrir á la existencia de séres desconocidos, argumento bastante poco sério en cuestiones de este carácter. Sin necesitar ejemplos de los grupos inferiores cuyos límites son menos precisos, para todos es notoria la dificultad de eslabonar los reptiles con las aves por la escasa semejanza que con estas tienen las tortugas que debieran formar el tránsito y más difícil aún enlazarlas con los mamíferos, pues que bien observados los pertenecientes á esta clase, desprovistos de placenta, no es dudosa su colocacion lógica en el grupo taxonómico en que se hallan y sí muy extremada la distancia que los separa de las primeras aves.

Hay razones para posponer y anteponer los moluscos á los articulados, pues existen en ambos tipos especies superiores á otras del opuesto y aún de los vertebrados como se observa facilmente en la lamprea, inferior bajo muchos conceptos á los cefalopodos complicados.

No es, pues, en forma de cadena como se hallan colocados los séres, sinó asemejándose á un árbol con sus ramas más ó menos vigorosas ó como dijo el profundo naturalista sueco «Sicut provincia in carta geographica.»

En el estudio de los fósiles es donde hallará la doctrina de la evolucion sus mejores argumentos ó la completa destruccion de sus teorías; el conocimiento de los restos orgánicos ocultos en la tierra nos permite reconstruir con el pensamiento los séres á que pertenecieron, conocer el lugar que ocuparon en el cuadro del mundo animal, demostrando el grado de parentesco zoológico que existe entre las especies estinguidas, jamás vistas por el hombre, y las actuales. Y es de tal importancia la ciencia que de esto se ocupa, que fundándose en ella es como se ha conseguido llegar al conoci-

miento de las fases de la tierra y del modo que ha tenido de diversificarse de edad en edad, para en él basar muchos datos que aprovechan luego multitud de ciencias y para oponerle á las brillantes y fantásticas teorías de los filósofos transformistas.

Indican estos como antecedente morfológico indispensable de nuestra especie, la existencia durante el período mioceno de los antropoideos, seres ya perdidos y de quienes proceden los monos superiores y el hombre, no sin haber pasado éste en los últimos días del período terciario por el escalon inmediatamente anterior á la especie humana actual ó sea el hombre mono, sér microcéfalo, sin el uso de la palabra y que por un accidente de su organizacion tomó la forma vertical y comenzó á cambiar en sonidos articulados embrionarios los gritos con que antes expresaba sus apetitos de bruto.

Por último, en el período cuaternario se vá progresivamente mejorando la organizacion cerebral y constitucion craneana del hombre, su palabra se perfecciona, sus funciones se normalizan y progresando física y moralmente constituye las sociedades de los tiempos históricos.

Fundándose la Paleontología en la organizacion de los animales pertenecientes al horizonte terciario y en las condiciones biológicas de la tierra en aquella remotísima época, admite la posibilidad de que existiese el hombre á la sazón, pero ni hay hechos que justifiquen suficientemente esta congetura, ni los hallazgos de huesos humanos hasta el día declaran mayor antigüedad al hombre que la de la época cuaternaria, muy posterior en tiempo á la que antes hemos dicho, aunque lo bastante lejana de nosotros para servir de apoyo á la doctrina que sostenemos.

En cavernas pertenecientes al terreno cuaternario y en muy diversos países se han hallado multitud de cráneos y otros huesos de hombres prehistóricos, instrumentos y restos de industria humana, hallazgos que tienen gran importancia por habernos venido á probar que todas las partes del esqueleto del hombre de aquella edad son en todo semejantes á los huesos análogos de las más perfectas razas hoy existentes, falseando así la opinion de los filósofos que juzgaban al hombre primitivo salvaje y degradado, bosquejo solo y caricatura del actual, digno de ocupar el escalon inferior al de las razas más desheredadas intelectualmente y apenas distinto de los cuadrumanos más perfectos que hoy existen. El doctor Riviere halló sucesivamente cerca de Menton (Francia) en 1812 tres esqueletos de hombres cuaternarios tan semejantes á los actuales y con una organizacion tan idéntica, que no deja duda acerca de la directa filiacion de unos á

otros, sin haber variado desde aquella época sus condiciones zoológicas, ni advertirse el menor indicio de lazo de union entre nuestra especie y los brutos por medio del hombre primitivo.

Otra razon opuesta á esta teoría es que á pesar de poseer esqueletos enteros de hombres prehistóricos no se ha hallado la menor señal ni resto fósil de esos cuadrumanos que debieron darle origen; no estando por consiguiente autorizados para creer que los monos antropomorfos hayan existido simultánea ó anteriormente al hombre, sinó que los datos conocidos nos permiten juzgar que nuestra especie es anterior á ellos y de creacion por lo tanto independiente. Las temerarias inducciones de los evolucionistas salvan esta dificultad admitiendo como progenitor del linaje humano un sér fantástico, hombre-simio, cuyos restos fósiles no se conocen aún pero aparecerán algun dia despues de mejor explorados los grandes centros de la poblacion primitiva humana, es decir, el Africa central y las llanuras Asiáticas. De este sér ideal descienden los monos que llaman antropomorfos, por la grosera semejanza que tienen con el hombre, y el primitivo tronco humano de que todos procedemos.

Pero ha sido imposible hallar ese padre de la humanidad á quien todos buscan; nadie ha visto al mono antropoide ni al hombre sin palabra, su inmediato sucesor, semisalvage y entregado á todos los instintos de los brutos; la existencia de esos séres quiméricos la suponen pero no la prueban, y mientras esto no consigan no pasará su doctrina de ser una atrevidísima hipótesis sin hechos que permitan aceptarla ni aún como probable.

El hombre en estado de naturaleza, sin educacion que ejercite sus facultades, ni el auxilio de otros séres ó de un sér superior que le dirigiese en sus primeros pasos, nunca hubiera conseguido progresar; se necesita un guía que enseñe las verdades primordiales cuyo conocimiento es indispensable para desenvolver la actividad característica de nuestro linaje, y motivar la única evolucion progresiva que podemos admitir, la de la inteligencia humana á cuyo incesante perfeccionamiento tiende la humanidad entera marchando en su trabajosa peregrinacion por alcanzar algun dia la era luminosa de la verdad.

No entra en nuestros propósitos, sin embargo, decir que la doctrina que toscamente hemos combatido ha sido perjudicial para la ciencia y servido de rémora á su adelantamiento; no es necesario que una teoría sea la expresion exacta de la verdad para que pueda ser considerada como un verdadero progreso; basta que su aparicion haga brotar

multitud de ideas y pensamientos nuevos, que provoque investigaciones ventajosas haciendo constar hechos que serían oscuros sin ellas para que deba ser atendida, nos hallemos en la obligación de ser tolerantes y discutir racionalmente con objeto de que brote la luz, tan lejana las más veces en cuestiones científicas de esta índole; no han sido, pues, vanos ni estériles los esfuerzos de esta teoría, y la revolución operada por ella en la Antropología ha sido de tal importancia, que merced á ella se ha avanzado mucho para confiar en que algún día nos reservará el porvenir la resolución de los más profundos problemas, hoy desconocidos, que esta ciencia ofrece á los que á su estudio se consagran. Y á semejanza del que subiendo una escarpada montaña á medida que se eleva descubre mayor estension de territorio, así la Ciencia Natural carece de límite conocido fuera de ella, á medida que hallamos más esferas de conocimiento, más anchos horizontes se despliegan ante nuestra vista para hacernos comprender la pequeñez de nuestros conocimientos; horizontes que eran antes ignorados y en este sentido es verdadera la máxima, de otro modo sacrilega, del malogrado fundador de la filosofía griega: «Quien más sabe más ignora» porque en efecto, quien adquiere más dominio sobre una ciencia descubre en ella dificultades que no aprecia otro que le sea inferior en conocimiento de ella.

El afán de conocer lo que está aún vedado á nuestra inteligencia es ley de la existencia racional á que todos estamos sujetos; sabemos la dificultad suma de adquirir el conocimiento de la esencia de las cosas y de sus causas primeras; los hombres, las naciones y los siglos aunan sus esfuerzos para hacer progresar los conocimientos, y de esperar es, que tantos trabajos sean fecundos en resultados y hagan en no lejana época adquirir á las ciencias naturales el grado de elevación y seguridad á que les es permitido llegar, ya que el completo y cabal dominio de la verdad es un bello ideal que se forja nuestra fantasía, pero inasequible á la razón humana y sólo posible en más altas esferas de ser y de exencia, en Dios.

MANUEL BAREJA.

ODA XII DEL LIBRO I. DE HORACIO.

Quom virum aut heroo.

¿Á qué varon ensalzará tu lira,
¿Á qué deidad tu cítara dorada,
Para que el eco de su nombre suene,
Musa divina,

Ó de Helicón en los umbrosos bosques,
Ó sobre el Pindo y en el Hemo frío,
Donde las selvas á la voz de Orfeo
Ráudas giraron?

Él con el arte de su madre para
Rápidos rios, voladores vientos:
Y enagenadas tras sus dulces sonos
Ván las encinas.

¿Á quién primero celebrar que al Padre,
De hombres y dioses al monarca augusto,
Que cielo y tierra y las fugaces horas,
Próvido rige?

Nada al Tonante en dignidad excede,
Nada se iguala á su divina alteza,
Trás él obtiene la guerrera Pálas
Nuevos honores.

Ni á Bacó olvido, en las batallas, fuerte,
Ni á tí, doncella, pavòrosa á fieras,
Ni á tí temible por certero dardo,
Claro Timbreo.

Diré de Alcides y los dos insignes,
Uno en la lid, en la carrera el otro
Que en blanca estrella al navegante guian,
Hijos de Leda.

Así que brilla su divina lumbre,
Fluyen las rocas agitada espuma,
Huyen las nubes, y los vientos callan,
Callan las ondas.

¿Diré trás esto al fundador Quirino,
La paz de Numa, las Tarquinias fascas,
Ó de Caton el de Útica la noble
Muerte gloriosa?

Nombre en su canto la guerrera musa
Á Scauro fiero, á Régulo constante,
Pródigo á Paulo de su heróica vida,
Fuerte á Fabrició.

Nombre á Camilo y al intonso Cúrio
Rayo en la lid, que en áspera pobreza
Campos humildes y paternos láres
Solo habitaron.

Como árbol sube que callado crece,
Marcelo en fama, y el planeta Julio
Brilla cual suele entre menores lumbres
Cándida luna.

Padre y custodio de la humana gente,
Jove Saturnio, á quien velar por César
Dieron los hados, las alturas rige,
Rija él la tierra.

Ó ya conduzca domeñado en triunfo
Al Parto siempre amenazante al Lácio,
Ó ya subyugue en el extremo Oriente
Indios y Séras:

Á tí inferior dominará la tierra,
Tú en grave como estremeciendo á Olimpo,
Abrasarás con enemigos rayos
Bosques impuros.

M. M. P.

Santander 25 de Julio de 1876.

UN FUTURO CAPITALISTA.

Admirados estamos del progreso que en nuestra sociedad se nota, mejorándose con su benéfico influjo todas las condiciones de la vida, y rodeando de comodidades (siempre relativas) aún la de aquellos que aprisionados por las inexorables garras de su adversa fortuna tienen que sufrir los duros azotes de la desgracia y ganar un pedazo de pan siempre bañado con el amargo sudor del material trabajo.

Pero nuestro actual espíritu siempre generalizador, solo vé en conjunto las etapas de la civilización y sin profundizar demasiado, carácter de nuestra frívola época, no penetra en su exámen hasta las últimas capas sociales y se escapan por eso á su penetración una porción de puntos en los cuales no hay progreso porque puede decirse están en perpétuo reposo sin esperanza de mejora, y á los cuales no llega el movimiento de la nueva vida, como no llega hasta las últimas capas del tranquilo remanso el movimiento onduloso que produce la piedra en él arrojada.

La respetable clase de que me voy á ocupar, permanece en ese *statu quo* admirable, es reaccionaria por excelencia como diría un orador progresista, y no por su causa que ella ganas tiene de mejorar de situación y de *sacudir de una vez el tiránico yugo de la opresión, alcanzando la soñada libertad que como imágen fantástica en sus tristes momentos acaricia*, cual exclamaría un filántropo liberal condolido de su suerte, sinó porque enclavada en férreo círculo reproduce á cada momento la imágen desesperante de Tántolo y aprisionada detrás del mostrador, ávida de bienestar hace esfuerzos inútiles para emanciparse. El «avante» de la civilización, grito poderoso del perfeccionamiento según los modernos es para ella un mito.

¡Honrados mancebos de la más humilde tienda, yo os saludo y voy á convertirme en cantor de vuestras desgracias, apologista de vuestras virtudes, y heraldo de las oscuras é inapreciadas facultades que atesorais!

Felíz y tranquilo vió pasar los primeros dias de su vida. No bien quedó libre de los maternales cuidados, que su existencia encadenaban en la pobre choza en que al mundo viera empezó con los demás rapaces de su edad sus escurciones infantiles. Ni el ardiente sol de canicular estacion ni el frio de invernial mes le retrajeron de sus algaradas á las vecinas huertas y comunales montes. Ora en el campo revolcándose en los montones de dorado trigo, ora trepando al leñoso árbol en busca del plumado cantor que en rústica jaula aprisionado más tarde había de lanzar sus cánticos á la libertad en inimitables gorjeos espresados, así fué pasando sus primeros años que veloces como toda humana felicidad ante su inquieta mente desfilaban. No hubo jamás para él otro horizonte que el de su pueblo, ni más cielo que el purísimo azul que hasta entonces le había guardado: él más que ningun otro pudo preguntar con el vate de las nobles sierras montañosas.

A dónde irán los viajeros
Que trasponen la montaña.

Pero llega el instante decisivo para él: dos lustros apenas cuenta el muchachuelo, y con los escasos rudimentos que mal pagado pedagogo le ha enseñado, piensan seriamente sus padres en darle ocupacion. ¡Cómo someter á su hijo á los rudos y pertinaces trabajos á que ellos viven consagrados! Su corazon no lo consiente, y aunque se vean privados del poderoso brazo que no lejano dia pudiera ser báculo y apoyo en los tristes momentos de su vejez, no comprenden pueda seguir en el oscuro rincon en que nació y disponen de su futuro destino.

Decidido ya que ha de dedicarse al *comercio*, se engañan con mil ilusiones, que sienten, quieren oscurecer el dolor que les vela: todos al fin consienten en la partida, todos menos la madre. ¡Ah, es que en ella sólo se deja escuchar la voz del corazon! á ella no se la ocultan los sufrimientos que ha de experimentar su hijo, y por su mente pasan negros y pavorosos fantasmas que la anuncian los dolores á que vá condenado. Pero ¿qué puede hacer ella? ¡Son tan pocas sus armas! Sólo puede llorar! y qué valen las lágrimas, esas perlas de ternura que como cascada brillante brotan del corazon de la mujer, y que el hombre las más de las veces deja correr, olvidando que ellas como celestial rocío tienen el don de dar vida aún al más estéril pensamiento!

Nunca falta en el pueblo alguno que proporcione recomendaciones para el futuro Rostchil; se hace un supremo esfuerzo y pobre caja de madera lleva los últimos despojos de la casa,

el rincón del ahorro, que la previsora madre dá á su hijo. Antes (no hace aún muchos años) ajustábase el viaje del rapáz que, aprovechando transeunte recua que á la córte iba, en ella se acomodaba en uno de los machos cargado de mercancías y sobre un montón de fardos por trono, salía casi alegre de su pueblo, con ese espíritu de impaciencia que brilla en el semblante del que todo lo que vá á encontrar es nuevo.

Hoy hemos progresado: modesto (mejor dijéramos modesto) wagon de tercera, es el encargado de trasladar lejos de su casa al que por última vez quizá, contempla el sol que tantas veces alumbró las felices y pocas horas de su niñez.

Vá sereno al parecer: furtiva lágrima quizá pugna por mostrarse en sus ojos, pero hace un esfuerzo, se seca antes de caer y confundido con el postrer abrazo vá sin él saberlo el último momento de su felicidad. De saber la existencia á que vá condenado, seguro que cien y cien veces volviera atrás en su camino y contento con su trabajosa suerte, no pensaría jamás en salir de su casa.

Si es que vá ya destinado, cual la mayor parte de las veces sucede, entra desde luego en el aprendizaje de su nuevo oficio: desde entonces empiezan para él los trabajos. Colocado detrás del ancho mostrador es un instrumento más al servicio del tendero, dueño ya de su persona; una máquina que anda, casi habla, y cuya misión es sufrir, caillar y trabajar.

Empieza por las más humildes ocupaciones: no bien amanece y aún antes que la aurora despierte á la naturaleza del letárgico sueño de la noche, cuando las tinieblas aún no desvanecidas van desapareciendo filtradas por la luz del nuevo día abandona el duro camastro que, en la trastienda ha dado momentáneo descanso á su cuerpo, y empiezan sus habituales tareas: abre la puerta de la tienda y despues de haber hecho su limpieza en cuatro brevísimos escobazos, coloca á la entrada la mesa con el servicio del aguardiente y espera el momento del despacho.

Esto, no se hace esperar, y bien pronto acuden los parroquianos: el sereno vigilante que durante la noche ha cuidado de nuestro reposo, el burrero encargado de llevar de madrugada al acatarrado madrileño la sana medicina que parda y sumisa bestia para él atesora, y el murciélago social, el príncipe de la oscuridad y de la basura que con el gancho en la mano y la súcia espuerta á la espalda ha rebuscado durante la noche en los montones de material despojo algo que aún pueda ser aprovechable, van á echar la mañana y dar su contingente á las bodegas de Chichón; haga frío ó calor para él es lo mismo; sus manos hacen á todo tiempo y tempera-

tura y aunque se encuentren abotargadas por el influjo de rabioso y colorado sabañon no hay mas remedio que sumergirlas en el agua que llena el vidriado barreño en el cual limpia los diminutos vasos, medidas al mismo tiempo del espirituoso líquido.

Poco despues, aparece ya en la escena su principal, y unidos van á compartir las faenas del despacho; su actividad tiene que ser inmensa singularmente en las primeras horas de la mañana: afluye la cotidiana gente á la compra, y de un lado á otro, unas veces pesando el clásico garbanzo, que por su dureza y diminuto tamaño más parece perdigon lobo-ro, que legumbre honra y base de banquete de cinco reales con principio que bigotuda posadera dá á imberbes y escualidos estudiantes; midiendo otras, libras y medias libras de espeso aceite, envolviendo á veces hilos de rojo azafran, alma y vida del apetitoso cocido del menestral, vá pasando la mañana y la tarde.

Cuando la noche convida al descanso á su molido cuerpo, nuevos trabajos le esperan: viene la velada, y de comerciante se convierte en industrial, y troca la obra de cien sábios en cónicos y puntiagudos cucuruchos que al dia siguiente han de servir, para envoltorio de prosáicas mercancías.

Mas la semana ha pasado, y el domingo que puede descansar ilumina su vida: tiene la tarde libre, y como prisionera avecilla á quien se abre la puerta de su encierro, así huye del sitio en que tantas horas ha permanecido cautivo: su pulmon necesita aire, sus ojos luz, su alma esparcimiento, y corre presuroso á las históricas y casi frondosas alamedas de la vírgen del Puerto ó la pradera del Corregidor á contemplar cómo á sus piés se desliza el pobre cauce del sediento Manzanares. Casi siempre encuentra un buen paisano con quien hablar de su pueblo, y con el cual se regala en algunas tardes del frio invierno con algunos cuartos de doradas y apetitosas castañas asadas: lujo grande que no siempre se repite, refinamiento de glotonería que se deja para las importantes ocasiones.

Así pasa los años, sin mejorar, sin experimentar ningun cambio en su posicion. Hay desgraciados que se ven bien pronto invadidos de ese terrible mal moral que se llama *nostalgia* y entonces pierden la salud en medio de la más sombría y desconsoladora tristeza, porque necesitan ver su campo, su cielo, sus árboles, su pobre choza y mientras el cuerpo sigue obediente como torpe máquina la ley de la rutina, su espíritu sufre torturas mil que le destruyen. Entonces es cuando viene la hora del desencanto, de la realidad, y llora acerbas lágrimas que le abrasan las mejillas, que no enjuga

mano cariñosa y que se pierden, como los lamentos del prisionero, sin que siquiera traspasen las paredes que del mundo le circulan. ¡Cuántos de ese modo pierden su existencia, lacerada el alma por la nostalgia y debilitado el cuerpo por las privaciones y el trabajo!

Tras largos años de trabajo logra reunir, producto de su mezquino trabajo, algunos ahorros, base de su futura suerte: entonces piensa ya en emanciparse; y con ojo avizor, espera el momento de un traspaso conveniente que le ha de permitir el convertirse de siervo en libre, de mancebo en dueño; si encuentra una propicia ocasión, salda cuentas con el principal, se pone al frente de su nuevo establecimiento, y empiezan para él otra série de luchas y trabajos que, aunque no ménos penosos que los ya sufridos, tolera no obstante con más resignación, porque al fin y al cabo es ya libre, manda en su casa.

Pocas veces, aunque alguna acontece que el principal le interesa en el comercio, y casos se dan (*avis-rara*) en que al cabo de los años mil ha ganado el mancebo, á fuerza de constancia y economías, un pequeño capital, y lo que es más, la robusta y colorada mano de la heredera de su antiguo principal, objeto en muchísimos casos de reconcentrados deseos amorosos del mísero dependiente.

Más frecuente es que, caso de faltar aquel, su viuda, después de llorarle convenientemente, eleve á su mancebo á la categoría de jefe de la casa, y dueño de su ya algo pasado corazón.

Mientras llega esa ocasión, hasta que la fortuna empieza á sonreírle, sus padres viven muriendo y en el oscuro rincón de su aldea pasan triste vejez, ayudados del pobre óbolo que el hijo les envía, producto de tanto trabajo y sufrimiento, recordando con lágrimas en los ojos el momento en que pensaron separarse de él.

Este es el tipo general; hay, es verdad, escepciones; algunos de los que de este triste modo han empezado su carrera, se han convertido más tarde, impulsados por el soplo favorable de la suerte, en uno de esos poderosos *reyes ó principillos de la banca*, pesadilla (y aún consuelo) de agobiado ministro de Hacienda; pero no es lo frecuente, y además, no hay que olvidar nunca que la escepcion confirma la regla.

Alguna vez, lector amable (si es que hubo quien en estos borrones fijó su vista), cuándo en las regaladas horas que la comodidad te proporciona no tengas en qué pensar; cuando te aburras, *hagas tiempo*, (que sino serías mal español) y no sepas qué hacer de tú indómito ó hastiado pensamiento, acuérdate del pobre mancebo y haz votos por el mejoramiento.

to de su triste condición: cumplirás de ese modo como sér de generosos sentimientos.

¡Desdichado sér; recibe una salutación compasiva de éste aprendiz de escritor, que quizá nunca salga tampoco de la categoría de los mancebos de la literatura!

MANUEL MARAÑÓN.

Octubre 1877.

RUEGO.

¡Madre mía!... te siento
vagar en torno de mi pobre estancia:
te contemplo, cercada de querúbes,
batir los aires con radiantes alas:
brilla en tus ojos rayo de ternura;
rico perfume de tu boca emana;
y sonrías, y buscas mi sonrisa;
y me miras, y buscas mi mirada;
mas te alejas tan pronto, madre mía,
y hay en mí pecho tan ardientes lágrimas!

—
Madre, ven hasta mí: posa en mis labios
tu mano celestial, quiero besarla:
volvería la paz á mi existencia,
saltarían de gozo mis entrañas,
y encendida mi fé, te seguiría
á tu mansion de gloria mi esperanza.

JUAN JOSÉ DE LA LASTRA.

Laredo.

SIEMPRE HABRÁ PAPA.

Próxima ya á extinguirse, segun el órden natural, la gloriosa vida del inmortal Pio IX, acechan impacientes los enemigos del Pontificado, el momento oportuno para asestarle un terrible golpe. Favoréceles en su propósito el decaimiento del espíritu religioso en las esferas oficiales de la católica Francia; pudieran hallar poderoso auxilio, en la preponderancia que adquiriría Rusia si extendiera su colosal poder, y tendrán el decidido apoyo de ciertos gobiernos que, como el de Italia y el de Alemania, tan ostensibles pruebas vienen dando de su ódio á la Santa Sede.

Las circunstancias por que atraviesa el Vicario de Cristo, son difíciles, son críticas. Sin embargo, no participamos de la opinion de los que, excesivamente impresionados por ellas, ya lamentan irreparables desastres que para la Iglesia temen, ó ya celebran decisivos triunfos que contra la Iglesia esperan; y estamos perfectamente seguros de que cualesquiera que sean las contingencias del porvenir, siempre habrá Papa.

Si fuéramos á probar este aserto sirviéndonos de los argumentos que nos suministran las ciencias eclesiásticas, nuestra tarea sería muy breve y por demás sencilla. Bastaríanos hacer notar la indefectibilidad de la Iglesia, y la necesidad que la misma iglesia tiene, para ser indefectible, de un centro de autoridad, custodio á la voz de su doctrina. En último término apelaríamos al origen divino de la institucion del Pontificado, y á su carácter de permanencia; pero no es nuestro propósito tratar esta cuestion teológica ni canónicamente: nuestro objeto al trazar estas líneas, se reduce simplemente á palentizar la afirmacion antes hecha, fundándonos en los precedentes históricos, en razones políticas, y en la probable solucion que tendría una lucha religiosa, si llegara á entablarse.

Cuando pasando rápidamente los ojos por las páginas de la historia, nos fijamos en las calamidades que han afligido

al Papado, y le vemos, no obstante, sobrevivir á diez y nueve siglos de padecimientos, no podemos explicarnos esta especie de milagro, sin atribuirle al Supremo Ordenador del mundo.

Sólo Él pudo neutralizar el anárquico efecto que produjeron los cismas; y estirpados, desautorizados los cismáticos, rasgóse el velo que vedaba al cristianismo conocer quién era su legítimo Pastor.

Sólo Él tuvo poder para impedir el descrédito absoluto del Pontificado, cuando le arrastraron por el suelo, con su abominable conducta, Papas como Sergio III, Juan X, Juan XII, Benedicto IX, Sisto IV, Inocencio VIII y Alejandro VI; los cuales, apesar de sus extravíos, han tenido sucesores que han sido objeto de amor y reverencia para todos los fieles.

Sólo Él dispuso de medios para evitar que salieran ciertas las profecías de aquellos oradores de la revolucion francesa, que al ver los martirios que sufría Pio VI, anunciaban gozosos que ningun otro Papa ocuparía la silla de San Pedro. Su omnipotencia hizo que pasadas las borrascas que aquel sacudimiento de la sociedad trajo consigo, volviera el Pontificado á recobrar sus derechos.

Pues bien: una institucion que de este modo está protegida, una institucion que, cual si pretendiera hacer gigantesco alarde de la indestructible fuerza que la sostiene, ha resistido los mortíferos golpes que brevemente quedan indicados, sin menoscabo de sus condiciones esenciales, y sin detrimento de su prestigio, ¿estará llamada á desaparecer en la crisis porque atravesase en este momento histórico? No, seguramente: la historia se rebela contra eso, y no puede suceder. Después de estos tiempos vendrán otros, y tras el pasajero eclipse que hoy merma la luz del mundo católico, volverá á brillar esplendoroso el sol de la justicia y de la verdad. Porque el venerable anciano que rige los destinos de la Iglesia, se haya visto expropiado en contra de la utilidad más pública, y porque se halle cercano á dejar esta vida, para ir á coger en la otra el premio á que le han hecho acreedor sus virtudes, no se extinguirá el Pontificado: Pio IX tendrá quien le suceda.

Más, entrando en otro orden de consideraciones, preciso es convenir en que no solamente la sociedad religiosa está interesada en esa sucesion: con ella lo está también, y en alto grado, la sociedad política; porque si desaparecieran para siempre los Papas, quedarían los pueblos sin una firmísima garantía de libertad.

Efectivamente: independientes los Obispos de cada nacion, y sin un centro comun de autoridad, que defendiera sus de-

rechos, serían éstos atropellados por el poder temporal, que gradualmente iría convirtiendo á los preladados de tímidos perseguidos, en reconocidos agraciados. Resucitarían los tiempos de las investiduras, y un clero abyecto, incontinente y simoniaco, sería la consecuencia obligada de semejante trastorno.

Y no hay que decir que el Papa podía ser sustituido por un Primado en cada nacion. Este Primado no tendría medio de oponerse á las invasiones del Gobierno, y vendría á ser necesariamente un alto empleado más ó ménos sujeto á la máquina gubernamental, pero nunca tan desligado de ella, que pudiera considerarse independiente. De manera que con tal Primado, ó sin él, con un clero sujeto á una autoridad obedecida dentro de un Estado, ó con un clero cuyo límite en la gerarquía fuera el Presbítero ó el Obispo, no habiendo Papa que velase por su disciplina y defendiese sus derechos, estaría á disposicion del que mandase, porque del que mandase lo esperaría todo y lo temería todo.

En esta situacion, el Jefe del Estado podría dirigir á los ciudadanos por la senda que estimase conveniente, no sólo estimulándolos con los premios de la tierra, sino prometiéndoles tambien los premios del cielo. La ley civil no limitaría á esta vida las penas que impone á los que infringen sus preceptos: estendiendo su esfera de accion hasta el infinito, y usurpando las funciones propias de la ley canónica, los amenazaría, para despues de dejar el mundo, con expiaciones interminables, ó con tormentos eternos. De suerte que atados los hombres por el cuerpo y por el alma, no podrían hacer, ni les sería lícito pensar nada que fuera contrario al criterio ú opuesto á las particulares conveniencias del soberano gobernante. Los pueblos sobre quienes cayera esta desgracia, vendrían á ser juguete de un repugnante absolutismo.

Pero se dirá que tales cosas pasarían en aquellos Estados que tuvieran religion oficial, mas nunca en los que estableciesen la libertad de cultos.

¡La libertad de cultos! ¿Acaso es posible siempre? Nosotros creemos que no. En donde no haya una religion dominante, no hallaría grandes dificultades el gobierno, prescindiendo de todas por un número mayor ó menor de años; pero cuando alguna se propaga y crece más que las otras—y esto sucede y no puede ménos de suceder con la verdadera—no es político, ni siquiera económico, seguir con la misma indiferencia. La casi uniformidad de creencias en los gobernados, y las cuantiosas adquisiciones que haría la Iglesia preponderante, no podrían dejar de ser tenidas en cuenta por un go-

bierno práctico; y esto, aunque quisiera olvidar la íntima relación que hay entre la religión y la política.

De modo, que la libertad de cultos no es realizable como institución permanente; y viniendo á ser religioso el Estado con el trascurso del tiempo, ó siéndolo ya desde luego; como el clero no tuviera un Pontífice independiente por completo de quien depender, dependería del poder temporal, y á ese mismo poder estaría sujeta la conciencia.

Y hé aquí lo que evita el Pontificado en los países en que es posible evitarlo; hé aquí lo que evitaría, para bien de la civilización, en todo el mundo, si todo el mundo reconociera su autoridad. Debemos repetirlo: no ya solo por interés religioso, sino por interés político, debían procurar los pueblos que la divina institución del Pontificado exista siempre, para tener en ella una preciosa garantía de libertad.

Empero aunque los pueblos como tales no se fijen en esto, de sobradas fuerzas dispone el catolicismo para no dejarse arrebatar su cabeza. Según datos no hace mucho publicados, basados en cálculos de la sociedad de estadística de Londres, las comuniones cristianas cuentan: la católica 178.350.000 almas, las diferentes sectas protestantes 96.350.000, y las iglesias griega y rusa 70.500.000. De donde resulta que los católicos somos muchísimos más que todos los otros cristianos; y como estos otros cristianos son los enemigos á quienes en caso de guerra habría que vencer, no sería ciertamente muy difícil su vencimiento.

No se crea que es un verdadero obstáculo el que los católicos no se hallen reunidos. Prescindiendo de que tampoco lo están los que pertenecen á las comuniones que pudieran promover la lucha, no es en estos tiempos tan grande la distancia que los separa, que imposibilite su reunión en breve plazo en respetable y suficiente número. Eligiendo como punto de cita una nación fervientemente católica, cuyo gobierno actual ú otro especial dirigiera la empresa, bien pronto acudirían á ella, de todas las partes del mundo, heroicos defensores del representante de Dios.

Más ni ésto sería necesario. Los inmensos recursos de todo género que, en un caso extremo, se mandarían allí donde conviniera, bastarían seguramente para improvisar agueridos ejércitos en algunos países, que defenderían la verdad negada y el derecho desconocido.

No temamos, pues, la extinción del Pontificado: su existencia garantizada por la historia y aconsejada por la política, está asegurada por los católicos. El Pontificado existirá mientras la Iglesia exista, y de ésta ya sabemos, por la divina promesa, que las puertas del infierno no prevalecerán contra

ella. Por eso decía San Agustín: «Ipsa est, quae aliquando obscuratur et tanquam obnubilatur multitudine scandalorum; sed etiam tunc in suis firmíssimis eminent.»

Los combates de hoy pasarán como pasaron los de ayer; y la silla de San Pedro volverá á ocupar el puesto que la pertenece. Es como esas rocas á quienes el mar no puede destruir, aunque las oculta á veces bajo sus olas.

FEDERICO DE LA LASTRA.

LA MÚSICA.

MEDITACION NOCTURNA.

Vuelve, vuelve á sonar, divino acento;
ven á encantar mi oído,
tierno, armonioso canto suspendido
sobre las alas trémulas del viento.

Mas ¿dónde están los lábios que suspiran
esas frases de amor? ¿De dónde brotas,
mística emanación que me consuelas?
¿Qué fuego inspira tus ardientes notas
cuando invisible por el aura vuelas?
¡Ah! no lo sé; más en el alma mía
siento cuán puro y amoroso cae
calmándola el raudal de tu armonía;
que á la ignota región de donde viene
con su deleite celestial me atrae,
y un no sé qué de doloroso tiene.

No es invención de artífice mundano
la que así los sentidos enaheña;
no es eco terrenal de acento humano
el que en la brisa suspirante meces.....

Si de una virgen la inocente mano
pulsa veloz las gemidoras cuerdas,
una voz de los cielos me pareces,
un eco siempre amante y conocido
que mi mente inflamando, me recuerdas
el santo idioma de un Eden perdido.

Ya con las ondas del ambiente vaga,
ya trémulo vibrando,
rápido se aproxima, ya se aleja
tu acento sollozando,
ya lánguido se apaga
como el postrer suspiro de una queja.

De angustia lloras, de placer palpitas
y un espacio sin límite recorres.....
¡Huyes!..... ¿á dónde vas? también lo ignora.
Misterioso poder que oculto habitas
en el vacío del laud sonoro,
confidente del alma solitaria
que alcanzó potestad para evocarte
con el conjuro mágico del arte,
si eleva una plegaria
ó el himno del placer, cantas con ella,
y aunque á los ojos del mortal te escondes,
cual génio protector sigues su huella,
y á su risa y sus lágrimas respondes.

Celeste creacion, númen divino,
tú eres iris de paz y de esperanza
que á consolar descienes
en el dolor profundo
al triste desterrado en este mundo,
y ante su vista estiendes
al fin de una existencia transitoria
todo un eterno porvenir de gloria.

Tú eres la senda, la infinita escala
que á la mansion de la virtud conduce
y el suave aroma del Eden exhala.
Tú eres la fuente inagotable y llena
de puras celestiales emociones,
de gloria y de consuelo.

Tú el lazo del amor, tú la cadena
que une con melodiosos eslabones
la vida de la tierra y la del cielo.

TIMOTEO GARCÍA DEL REAL.

MAESTROS Y TOREROS.

Continuamente leemos en los periódicos que el Ayuntamiento de tal ó cual parte, solicita permiso del Gobierno para construir una plaza de toros, y á renglon seguido: que estos Ayuntamientos ó otros semejantes le piden para crear las escuelas primarias. Tales noticias reflejan perfectamente la cultura de los pueblos que las motivan, y son un latigazo dado en el rostro de nuestro desventurado país.

Estos pueblos tan afectos al toreo y tan contrarios á la instruccion, adeudan á los maestros treinta ó más mensualidades, les ven pedir limosna y hasta los dejan morir de hambre. ¡Pobres y desaconsejados maestros! Hubieran aprendido á torear y se les veria ricos y ociosos, ser objeto de curiosidad y de la consideracion pública. Espondrian sus vidas, es verdad; pero, ¿qué puede igualar á la ovacion de un torero herido, sino la entrada triunfal de los antiguos Césares en Roma? Morir, cuando se sabe que la nacion entera sentirá nuestra muerte, que hemos merecido bien de la patria, no es morir, es vivir para ejemplo en el porvenir. Tal es la muerte del torero despues de una vida ilustre.

Otra cosa es morir en la oscuridad, en el desvío, en la miseria, peor que los criminales, que al fin tienen comida segura en el presidio, y esto despues de haber trabajado, de haber estudiado, poco, si ha nacido en una familia ilustrada, mucho, muchísimo, si el profesor de primera enseñanza sale de las filas del pueblo, como acontece generalmente. Porque el que nace en una familia inteligente y culta, vá aprendiendo paulatinamente, sin esfuerzo y sin darse él mismo cuenta de que aprende, como no se dá uno cuenta de que respira hasta que encuentra una dificultad que entorpece esta funcion natural. Pero pasada la primera edad, piedra fundamental de las siguientes: cuando ya no se asimila uno tan fácilmente lo que le rodea, tiene que empezar el que sale de una familia inculta hasta por aprender las frases más usuales; todo es nuevo para él y se encuentra desorientado, como

el que camina por un país extraño. Además, es difícil y triste el decir adiós á los errores y preocupaciones que nos mecieron en la infancia, porque, ó no se tiene corazón, ó esta edad es siempre grata á la memoria, por ser el tiempo en que nos han querido y hemos querido nosotros mismos con el amor más puro de la tierra.

¿Qué es el maestro de escuela? El del sistema antiguo era un sér antipático, pedante y cruel, que ponía en práctica, casi siempre, el adagio de «la letra con sangre entra.» Pero aún así era útil á la sociedad. Hoy día, el maestro de escuela, tal como nos le figuramos, y en armonía con los adelantos del siglo, es más humano y más ilustrado, y al mismo tiempo que sabe más que sus antepasados, está ménos engreído con su saber; cumple una misión elevada, aunque modesta. El maestro de escuela es la antítesis del verdugo; esta verdad está en la conciencia de todos, y para los que duden, ahí está la estadística, que prueba con datos irrecusables que la criminalidad disminuye á medida que la instrucción avanza.

Si el hombre no tiene la nobleza de la inteligencia, que es la que verdaderamente obliga, porque la de nacimiento es de casualidad, y fácilmente se degrada; si no conoce y acata las leyes inmutables de la moral, ¿qué lazo le une al bien? ¿Quién le hará comprender la santidad de la familia y el respeto que se le debe? Solo el maestro puede desempeñar esta elevada misión, cuando á los padres no les es posible por cualquier motivo.

En vano será que el poder se arme con todos los rigores de la ley; aún la pena de muerte se sabe que no sirve como escarmiento, sino que parece como venganza y casi como medida económica, por no haber el suficiente número de presidios, y por carecer, los que hay, de las condiciones de seguridad é higiene que estos establecimientos requieren.

El trabajo material no basta para la vida, por más que sea un bien y una obligación. Necesita el hombre goces para el alma y la inteligencia, y si no los encuentra en un libro, en una conversacion amena, en el teatro ó contemplando las bellezas inagotables de la naturaleza, los busca en otras fuentes casi siempre turbias y cenegosas. Así es que, no solamente los que viven en la ociosidad y la vagancia, sino hombres trabajadores y honrados, van á buscar á la taberna la alegría ó el olvido de sus penas, y de ella, como de otra caja de Pandora, salen todos los males que afligen á estas pobres gentes, y muchos que amenazan continuamente á las clases acomodadas. ¿Se sabe cuántos de estos infelices que han ido á buscar en la bebida ó en el juego un momento de distraccion,

han sido recogidos cada semana gravemente heridos? Y esto no sólo en los pueblos, sino en medio de las calles de la capital.

¿Cuántos han entrado honrados en esos tugurios del vicio, y han sido para penetrar violenta y cautelosamente en una casa tranquila, sembrando entre sus habitantes el espanto y acaso la muerte, ó privándoles en breves minutos de los ahorros de toda una vida laboriosa, ó bien se han emboscado en un camino para sorprender un amigo indefenso! Y, ¿quién puede narrar esos dramas oscuros, terribles como los cantos del Dante, en que una pobre madre enferma y hambrienta pide á su marido pan para sus hijos, y solo recibe injurias y malos tratamientos?

Un autor francés decía que él pasaba porque suprimiesen el verdugo, con tal que suprimiesen al mismo tiempo al asesino. Esta es una broma de mal género, porque sabido es que los habrá siempre; pero en vez de ser una especie de epidemia, serían casos aislados, y á este resultado debemos dirigir nuestros esfuerzos, no solamente los que gobiernan sino todos los que sentimos y pensamos; porque todos somos responsables, no solo del mal que hacemos, sino tambien del que no evitamos pudiendo evitarlo.

El pueblo español, ménos que ningun otro, necesita espectáculos violentos como el de los toros, donde las pasiones crueles se despiertan, se embota la inteligencia y se falta á las leyes de piedad y justicia, excitando á morir, no solo á hombres, que al fin estos ván por su propia voluntad, sino pobres animales útiles é indefensos.

Pero pierdo el tiempo y canso la imaginacion en probar una verdad que nadie duda. La luz está hecha sobre el particular: pero es inútil, por ahora, su claridad y su hermosura, porque somos ciegos voluntarios y no nos aprovechamos de ella.

EMILIA MIJARES DEL REAL.

ASOCIACION DE ESCRITORES Y ARTISTAS

DE LA PROVINCIA DE CADIZ.

Esta asociacion en su anhelo de contribuir al fomento de las letras y las artes, abre un certámen bajo la proteccion de una augusta Princesa, amante de la ilustracion patria, y de varias distinguidas personas, así como de las más importantes Corporaciones municipales de esta provincia. Merced á su generosidad han podido realizarse los desos de esta Sociedad en los términos que se verán en el programa siguiente:

PREMIOS.

1.° DE SU ALTEZA REAL LA SERENÍSIMA SEÑORA PRINCESA DE ASTURIAS.

Dos jarrones de bronce nielados en oro y plata.

ASUNTO EN PROSA.—*Retrato de D. ALFONSO EL SABIO, como Conquistador y Rey en la provincia de Cádiz.*

2.° DEL EXCMO. É ILMO. SR. ARZOBISPO DE SEVILLA, DR. FR. JOAQUIN LLUCH Y GARRIGA.

Un ejemplar de la obra VIDA DE SANTA TERESA DE JESÚS, publicada por la Sociedad fotolitográfica católica, conforme al original autógrafo de la Santa: obra lujosamente encuadernada.

ASUNTO EN VERSO.—*Oda á SANTA TERESA DE JESUS.*—La clase de metro á eleccion de su autor.

3.° DEL ILMO. SR. OBISPO DE CÁDIZ D. FR. FÉLIX MARÍA DE ARRIETE Y LLANO.

Un ejemplar de la obra FLORESTA DE LA LITERATURA SAGRADA DE ESPAÑA, por D. Ramon Tabarés y Lozano: obra lujosamente encuadernada.

ASUNTO EN VERSO.—*Leyenda sobre los Santos Patronos de Cádiz y su obispado* S. SERVANDO Y S. GERMAN.—La clase de metro á eleccion de su autor.

4.º DE VARIAS SRAS. Y SRTAS. DISTINGUIDAS DE ESTA CIUDAD.—UNA PLUMA DE ORO.

ASUNTO ARTÍSTICO.—*Cántiga original de SANTA TERESA DE JESUS que empieza «Sólo con la confianza vivo de que he de morir.»*—CUATRO ESTROFAS: primera á cuatro voces; tiple, alto, tenor y bajo en tesitura mediana.—SEGUNDA ESTROFA: á duo, á libertad del compositor.—TERCERA ESTROFA: á solo, id. id.—CUARTA ESTROFA: á cuatro voces, á gran orquesta.

5.º DE LOS EXCMOS. SRES. DIPUTADOS Á CÓRTEZ POR CÁDIZ D. EDUARDO J. GENOVÉS Y D. JOSÉ MORENO DE MORA.

Una medalla de oro y cincuenta ejemplares de la obra premiada.

ASUNTO EN PROSA.—*Noticia y elogio de las gaditanas que han honrado con sus escritos á España*
DE LOS EXCMOS. AYUNTAMIENTOS DE LA PROVINCIA DE CADIZ.

6.º Cádiz.—DOCE VOLUMENES lujosamente encuadernados, conteniendo las obras dramáticas de Lope de Vega, Calderon, Tirso de Molina, poesías líricas de los siglos XVI y XVII y las obras de Quintana, de la Coleccion de la Biblioteca de AA. EE.

ASUNTO EN VERSO.—*Leyenda Caballeresca de la conquista de Cádiz.*—El metro á eleccion de su autor.

7.º Jeréz.—UNA PLUMA DE ORO Y PERLAS.—ASUNTO EN PROSA.—*Noticia histórico-artística de algunos de los principales monumentos de Jeréz.*

8.º Puerto Sta. María.—UN PENSAMIENTO DE ORO.—ASUNTO ARTÍSTICO.—*Una cántiga del Rey D. Alonso el Sábio á la Virgen María, Patrona de dicha ciudad bajo el título de los Milagros.*—INTRODUCCION á cuatro voces, tiple, alto, tenor y bajo, extension mediana. TRES ESTROFAS diferentes á eleccion del compositor, duplicando las restantes.

9.º Sanlúcar de Barrameda.—UNA ESCRIBANÍA DE PLATA.—ASUNTO EN PROSA.—*Juicio del suceso ocurrido en las aguas de Sanlúcar de Barrameda entre el Rey D. Pedro I y el almirante Aragonés que se apoderó de las naves*

de Placentines y consecuencias de este acontecimiento: ilustrado con noticias las más inéditas que se puedan.

10. *San Fernando.*—Un ejemplar de la obra **COSTUMBRES DEL UNIVERSO**, escrita por el Sr. D. Nicolás Díaz de Benjumea, é ilustrada con excelentes grabados en acero.

ASUNTO EN VERSO.—*Oda sobre la Independencia Española, cuya gloriosa cuna fué la ciudad de San Fernando en el año de 1810.*—El metro á eleccion de su autor.

11. **DE LA REAL SOCIEDAD ECONÓMICA GADITANA DE AMIGOS DEL PAÍS.**—Un estuche con pluma, sello y cortapapel de plata dorada.—**ASUNTO EN PROSA:**—*Importancia que han tenido las Sociedades Económicas y la que pueden tener en los futuros tiempos dados los adelantos del siglo.*

CONDICIONES DEL CERTAMEN.

1.ª Se admiten obras de ingenios españoles, sean ó no de esta provincia.

2.ª Estas se dirijirán al Sr. Inspector de la Asociacion, calle Benjumedada número 11, piso 2.º, quien facilitará recibo de los pliegos, el que irá autorizado con el sello de la Asociacion.

3.ª Las obras literarias deberán estar escritas en buen lenguaje castellano.

4.ª Todas deberán presentarse anónimas con un lema. En otro pliego con el mismo lema en el sobre y sellado, se contendrá el nombre del autor.

5.ª Un Jurado, calificará el mérito de las obras, entendiéndose que sólo se darán los premios á las que tengan mérito positivo.

6.ª Toda obra en que directa ó indirectamente se quebrantare el secreto del nombre del autor, se considerará como no presentada al Certámen.

7.ª Los pliegos se admitirán hasta las doce de la noche del dia 31 de Marzo del próximo año de 1878.

8.ª El reparto de premios se hará en un plazo breve, anunciándose con anticipacion el dia en que se ha de verificar en acto público y solemne.

9.ª Los Sres. que compongan los Jurados no podrán tomar parte en este Certámen.

10.ª Habrá dos Jurados, uno literario y otro musical. Forman el primero los Sres. siguientes:

CASTRO Y ROSSI, Excmo. Sr. D. Adolfo de, Individuo correspondiente de las Academias Española y de la Historia.

HUE Y GUTIERREZ, Sr. Dr. D. Fernando, Canónigo Doctoral de la Santa Iglesia Catedral de Cádiz é Individuo correspondiente de la Academia de la Historia.

FRANCO Y ROJO, Sr. D. Carlos, Cura de Sanlúcar de Barrameda.

IBAÑEZ-PACHECO, Sr. D. Pedro, Académico de la Real Gaditana de Ciencias y Letras y Presidente de la Sección de literatura de la misma.

LA HERRAN, Sr. D. José de, Individuo de varias Corporaciones científicas y literarias.

MARQUÉS DE CASA RÁVAGO, Individuo correspondiente de la Academia Sevillana de Buenas Letras.

MIRÓ, Sr. D. Juan, Sócio fundador de la Geográfica de Madrid, Individuo de varias Sociedades científicas y literarias.

MORENO ESPINOSA, Sr. D. Alfonso, Académico de la Real Gaditana de Ciencias y Letras.

PELUFO, Sr. Dr. D. Francisco de P., Canónigo Magistral de esta Santa Iglesia Catedral.

El segundo los Sres. siguientes:

BLANCO, Sr. D. Miguel, Maestro compositor.

DIRECTOR de la Academia filarmónica de Jerez.

FERNANDEZ DE HARO, Sr. D. Francisco, Director de la Academia filarmónica del Puerto Sta. María.

LUBET, Sr. D. Antonio, Maestro compositor.

MARTIN DE MORA, Sr. D. Juan, Maestro compositor.

ODERO, Sr. D. Alejandro, Director del Instituto filarmónico de Sta. Cecilia

VALLE, Sr. D. José del, Maestro compositor.

VINIEGRA, Sr. D. Salvador, Director facultativo de la Academia de Sta. Cecilia.

Los Secretarios.—*Luis Morales y Cabe y Francisco Rodríguez Blanco.*

LA ROSA DE INVIERNO.

Flor que para mi consuelo
estás en el campo sola,
sin que te causen recelo
esos témpanos de hielo
que te sirven de aureola.

Tú, semejante á la estrella
que nos infunde alegría
cuando entre nubes destella,
apareciendo más bella
si es la nube más sombría.

Tú, cuyo manto de grana
nos causa tanto placer,
enlazando, flor galana,
las promesas de mañana
con los recuerdos de ayer.

Llena el alma de tristeza
vine á contemplarte yo,
y me ha dicho tu belleza
que duerme naturaleza,
pero no está muerta, no.

Y con voz imperceptible
me estás diciendo también:
«Para Dios no hay imposible,
«junto al rigor más terrible
«puede florecer el bien.»

«Seca el llanto de los ojos
«eleva tu pensamiento;
«que si yo nazco entre abrojos,

«entre lágrimas y enojos
«podrá nacer tu contento.»

«La dura cervíz humilla,
«y tén en Dios confianza,
«que una humilde florecilla
«bien puede á una alma sencilla
«dar consuelo y esperanza.»

Bien haya, flor, tu destino,
bien hayas tú que naciste
á la orilla del camino
para consolar al triste
y alentar al peregrino.

Guarde tu púrpura el cielo;
y luzca en el campo sola,
sin que te causen recelo
esos témpanos de hielo
que rodean tu corola.

MICAELA DE SILVA Y COLLÁS.

PEREGRINACIONES.

COVADONGA.

(CONCLUSION.)

La lengua castellana,—lengua de generosos,—dice con un vocablo mismo ámbas ideas. *Servir*, significa entre nosotros vivir en obediencia, sumiso á una ley ó voluntad superior, no por humana y voluble eleccion sino á consecuencia de inmutable decreto de la Providencia. *Servir*, significa tambien *ser útil*, poseer cierto valer personal, calificado y corriente, usándole en constante beneficio y provecho de nuestros prójimos.

Más ¿no os parece hora ya de que lleguemos á Covadonga? —No quiero sujetaros, pues, al tardo paso de mi cansado caballo, ni á las veleidosas correrías de mi espíritu.—Os hago merced del descanso y frugal desayuno,—¡desayuno á las tres de la tarde!—en Arenas; del bello paisaje de Carreña, de sus *hórreos* curiosamente esculpidos, de la despedida de los quintos, y su reunion á grupos mayores; de los atléticos juegos de unos y otros á costa del fruto y el follaje de gigantescos nogales, de la anochecida en las cumbres que dominan ya el valle de Cangas, de la nocturna jornada á través de aldeas; de la villa de Onís y de otros lugares cuyos nombres cuidaba de repetir nuestro celoso guía, sin que la fria luna, cubierta de atropelladas nubes nos consintiera hacer cabal juicio de su traza y fisonomía.

Era más de media noche cuando vimos aparecer muchedumbre de luces errantes que aparecían y desaparecían semejantes á las chispas que corren por los bordes de un papel abrasado.—Allí estaba Covadonga. Allí acampaba el pueblo

asturiano, no ya con las cautelas y terrores que la guerra impone, más en pacífico y devoto cortejo, venido á traer sus ofrendas, sus plegarias y sus pretensiones á la Virgen que amparó á Pelayo.

Menudeaban los romeros en el camino hundido entre cumbreros que dibujaban su negro perfil sobre el sombrío azul del estrellado cielo, y éramos ya caravana los que durante el día habíamos sido caminantes desperdigados en los varios senderos que llevan á la romería.

No tardó el alto. Auseva en presentarnos su grave mole apenas bosquejada en la incertidumbre de las tinieblas. La falda del monte parecía tachopada de las inquietas luces que vimos de léjos, las cuales brillaban ó se escondían, ocultas por los opacos bultos de las gentes que entre ellas pasaban y se movían. Y sordo hervir de enjambre revelaba la presencia de una muchedumbre que rodeaba al invisible santuario escondido ahora bajo el solemne pabellon de la noche.

Noticias de tiempos anteriores nos guiaron por medio de carros desyugados y bestias acostadas á la casa de beneficiados que solía ser hospedería.—Un peon caminero que velaba en el zaguan nos sacó de tal error, y pidiéndole nosotros albergue, abrió solícito una puerta, la cual dejó ver el pajar atestado de yerba; sobre ella nos tendimos. A nuestro guía le pareció mal tanta molicie, ó sobrada franqueza partir el aposento de sus señores y se acostó en el poyo de que hicimos mencion arriba.

Aquel heno conservaba algo del beleño de las amapolas que le florecieron cuando verde, algo de los soñolientos arullos y zumbidos que entónces le animaron, porque ántes de percibir el descanso de su blandura y abrigo, dejamos de sentir toda fatiga, olvidada la descomodidad del alojamiento. El sueño nos acechaba hambriento y se cebó en la presa.

Descanse en buen hora el cuerpo molido y flaco; el alma en semejantes parajes no duerme. El espíritu vela, esto es, sueña, ¿y con qué ha de soñar en Covadonga?—Entre las tinieblas y vapores de la embargada mente se mueve y agrupa el ejército cristiano. Los soldados miente los marchitos despojos de la excelsa condicion antigua, imágen fiel de la España vencida y cercenada. La ley de naturaleza ha abolido la ley de raza, ántes borrada de los Códigos que de los ánimos y las costumbres. El godo viste sus ricas armas melladas en el Guadalete, y que al sol de la esperanza y con las aguas puras de la montaña se limpian de la espesa herrumbre cuajada sobre su bruñido acero durante la larga fuga desde Andalucía á Astúrias. El romano trocó en lanza, arma predilecta de sus mayores, la reja del arado que guió cautivo,

y con su oficio de soldado parece recobrar la frente imperturbable y marcial apostura de su ascendencia. El montañés se ciñe, para combatir mejor, las pieles que le sirven á la par de túnica y de coraza, enhastilla sus saetas, ó hinche de guijarros el zurrón donde se prevee su certera honda; rostro de piedra, impassible y sereno, que no se cura del enemigo á quien vá á ver la cara, y desconoce la curiosidad, sentimiento poco viril.—Pelayo como caudillo que ha sido en numerosas y difíciles campañas, conoce á todos sus compañeros, sabe sus calidades y el valor ó la experiencia de cada uno; elige los mejores, los menos apegados á la vida, los más dispuestos á morir; tómalos consigo (1) y los recoge dentro de la sagrada cueva. A los restantes, gente nueva, movediza y dudosa, á los cuales así puede convertir la victoria en tropel de leones, como la derrota en rebaño tímido de ovejas, distribúyelos por las inmediatas alturas, dominando la senda por donde llegan los enemigos. Y vuelto á sus escogidos, levanta su corazón al cielo, y ofrece á la Madre de Dios á cambio de su ayuda esa pátria moribunda que espera sacar resucitada y viva del próximo combate.

Ya asoman los moros por la hoz frontera. Vienen resueltos y audaces, como ciertos de acometer una empresa decisiva en la prision ó muerte del indomable español. Acostumbrados á fiar á la primera embestida el éxito de sus batallas, traen á la cabeza sus esclarecidos capitanes, sus triunfadores estandartes. Pelayo no tiene bandera; inspírale su religioso aliento, corre al altar donde el ermitaño de Covadonga veneraba á la Virgen, tómale la tosca cruz de roble á cuyos pies oraba, y enarbolándola al frente de sus soldados, es el *cruzado* primero, el primer campeón de Cristo contra Mahoma, del Occidente redimido contra el Oriente apóstata.

Trábase la pelea, y dura algún tiempo indecisa y brava. La aspereza del terreno ayuda á los españoles, cuyas armas arrojadas hieren certeras en los agarenos sin recibir daño igual de estos. Ni unos ni otros cejan; fuera del propio brío, impídesele á unos la roca, á otros la masa de su propia gente que avanza y se atropella contra las filas delanteras. Impacienta al moro la inesperada resistencia; abátele su propio estrago y dá indicios de flaquear, cuando desprendidas de las cumbres inmediatas caen sobre él á saetazos y pedradas turbas de españoles, acosando desde la maleza á las tropas embazadas en la hondura. Resisten como pueden los sorpren-

(1) ...*Assumptis secum quos strennuiores credidit, reliquos divince gratia commendavit, ut in tutis monitum Dei misericordiam et rei exitum expectarent.*—Roderici Toletanis.—*De Rebus Hispanicis.*—Lib. IV.

didos invasores, pero pierden gente y ánimo. Al cabo, obedeciendo al terror y al propio instinto ántes que á mandato de sus jefes comienzan á retirarse; les van encima los montañeses ya cebados en la sangre, y el cóncavo valle resuena con las voces, despavoridas ó arrogantes de los combatientes, con el fragor de sus armas, con todos los ruidos temerosos, desesperados, indefinibles, horriblos, que se levantan de aquellos sitios donde se hace carnicería de hombres. El campo rojea al rededor de las hacinas de cadáveres, y si las almas que en el mismo punto se separan de los humanos cuerpos pudieran tomar formas visibles, su espantosa muchedumbre nublaría el sol y oscurecería el cielo.

Cierto es que el estrépito y el vaho del combate aceleran los pulsos, que la lucha acalora y embravece, más la vista de los muertos despierta siempre afectos compasivos, y trae yo no sé qué rumor de sollozos confusos y lágrimas lejanas, que amansa el soberbio contento de la victoria y modera la altiva pasión que armó la vencedora mano. Acaso, acaso, ni la radiosa imágen de la pátria redimida y vengada consigue acallar esa vaga voz de amargura y remordimiento que late y se desliza en la ardiente armonía de los himnos triunfales.

Afortunadamente la claridad del alba asomó por el angosto lucero del pajar; y con ella sonó á despertar del sueño y de las gloriosas visiones al más dormido, no la diana del soldado, sino la del monje, la campana colegial.

Visto á la luz del dia, Covadonga recuerda las graves palabras de nuestro Quevedo hablando de la muerte de César en su *Vida de Marco Bruto*: «El lugar parecía divino por eleccion del cielo misteriosa.» Es un tajado monte que aventaja á sus vecinos; cubierto en su cima de hayas, robles y cerrada maleza; socavado en su frente para abrigar los históricos recuerdos de Pelayo, su tumba y las fundaciones cenobíticas con que siglos diversos honraron el sitio; posado su pié sobre desiguales moles de tierra y roca, amasadas unas por el aluvion, otras por el aluvion labradas y pulidas. Para apretar y contener estas moles inseguras y movedizas, el arquitecto del rey Cárlos III, D. Ventura Rodriguez estableció sólidos terraplenes, vestidos de récios muros de sillería, asiento que debían ser á las monumentales construcciones, ideadas para engrandecimiento del sitio y glorificacion de sus memorias.

En aquellos vastos terraplenes, habían establecido sus aduares y tiendas, mercaderes y buhoneros, familias de peregrinos, parte de las cuales dormían todavía teniendo por techo el piso de la carreta desuncida y caida sobre el timon,

mientras otra parte se aseaba y componía, ó aderezaba la comun pitanza.

Mezcléme en la turba de los que subían por las rampas arriba á oír misa. El número mayor de las mujeres eran jóvenes, de color quebrado, facciones regulares y gesto apacible; distinguíanse por su dengue ó rebocío cruzado al pecho sobre una blanquísima y rizada camisa, corales ó azabaches al cuello y un pañuelo apretado al cráneo que le modela y ciñe dejando caer á la espalda sus largas puntas, después de haber rodeado el moño; á esto se han reducido aquellas tocas de beatilla, citadas por el P. Carvallo, que medían «tres palmos en alto.» Los hombres daban más color á la concurrencia con los extremos de sus calzones blancos que salen y se afollan por bajo del calzon de paño, con sus chaquetas de bayeta verde, encarnada y amarilla, incesantemente cambiadas del uno al otro hombro, ó terciadas á guisa de bandolera, con sus monteras, viejo tocado del asturiano, cuyas mudanzas y posiciones diversas declaran lo bastante cuanto sea su valor é importancia en la vida y sucesos de su dueño. La montera es una caperuza ó bonete de paño con dos alas puntiagudas que se levantan ceñidas á ambos lados y con la punta central que cubre la coronilla forman una especie de tricípite diadema, aparato elocuente y movable, no exento de varonil belleza. Cuando nueva la montera, ó cuando cubre cabeza cuyos pensamientos gozan del equilibrio y compás debidos á íntimas satisfacciones, á la perfecta serenidad del espíritu, al bienestar posible y lograble en esta mísera tierra de disgustos, lleva sus tres picos erguidos superando al central los laterales que lucen sendas vueltas de terciopelo negro; igual solemnidad y fachada presenta en hombres de autoridad y peso, ó en los que ejercen cargo público. En poder del mozo calavera, pierde luego aquella rigidez y compostura primera, á impulso de las continuadas sacudidas y posturas varias que las alas sufren y toman. Cuando va á enamorar la echa atrás, cuando está celoso la ladea y deja desmayar uno de los picos á que le tape un ojo, cuando desdeñado se los cubre ambos con el filo de la caperuza, cuando busca camorra van las puntas oscilando á uno y otro lado de su frente como pitones de novillo que amaga una embestida. La montera sirve al asturiano para requebrar, sobándola de firme sobre su cráneo, mientras aguza el ingenio y sutiliza los vocablos: para contratar y pedir dándola interminables vueltas entre las manos, en tanto que sondea los intentos del contrario, y pesa mentalmente las propias ventajas. En sus regocijos y aclamaciones la tira á lo alto, en la Iglesia se arrodilla encima de ella.

La lengua, empero, era lo más curioso de aquel original y nuevo concurso. Aquella habla añeja y pura resonaba en mi corazón como un eco vivo de generaciones desaparecidas y muertas centurias. Épocas enteras resucitaban en sus clásicos períodos, castizo verbo y dulce melodía. Usáronlos Inigo Lopez de Mendoza en sus Serranas, Fernan Perez en sus Historias, Fernan Gomez en sus Cartas, y el cortesano Valera, el discreto Ayala, el enamorado Macías y el melancólico Manrique. Usóla el pueblo que, sáocio de turbulencias y del continuo guerrear de los grandes durante los días lastimosos del rey Enrique IV, desdeñoso y oscuro se nutria de generosas virtudes, preparándose á ser materia y fundamento de la obra gloriosa de los Reyes Católicos.

En esa habla y en alta voz rezaban los asturianos dentro del templo que henchian.—No es de grandes ni muy bellas proporciones la nave; su estilo, dórico greco-romano con pilastras arrimadas á los muros laterales y bóveda de cañon sencilla.—Las labores del dorado retablo plateresco desaparecian bajo el copioso adorno de flores, cintas, ex-votos y relicarios; y acabada la misa, un sacristan desde el presbiterio alzaba escapularios y medallas puestos en el cabo de una percha á tocarla á la imagen de la Señora cuya festividad se celebraba.

Coro y piés de la iglesia se amparan del peñasco. Una escalera abierta en roca cruza la nave bajo el coro, rasga el muro lateral y sale á un largo balcon de madera techado y agarrado á la peña. Por aquella escalera subían de hinojos algunas penitentes; y en uno de sus tramos, arrodillada una vieja, limpiaba los ensangrentados piés de una muchacha heridos por el largo caminar y los guijarros. Al término del balcon, un templete ó humilladero cobija la imagen tutelar de la gloriosa cueva. No alcemos frios é indagadores ojos al sagrado simulacro, venerémosle á través del místico incienso en que le envuelven las dos religiones del alma, el culto de Dios y el de la patria. San Pablo la puso en estos parajes, Pelayo grangeó su misericordia mostrándose misericordioso con un criminal acogido á ella y contrito, (1) Alfonso el Católico la pidió sepulcro, Alfonso el Casto la erigió templo (2). A sus piés estuvo sin duda el ara de ese templo maravilloso con tal audacia y tan soberano génio construido, que los hombres le llamaban «Milagro de Covadonga.» Su nave de madera volada sobre vigas clavadas en la roca, corría á

(1) Carvallo.—*Antigüedades de Asturias.*

(2) Ambrosio de Morales.—*Viaje santo.*

lo largo de la peña como corre el balcon donde nos hallamos ahora, si hemos de aplicar á la disposicion del sitio la relacion de Morales: «En lo postrero de la iglesia, frontero al altar mayor, está una covacha, alta hasta la cinta, y que entra como doce piés, y lo más es cueva natural con sólo tener un arco liso de cantería á la entrada. En esta capilla ó pequeña cueva está una gran tumba de piedra, más angosta á los piés que á la cabeza, el arca de una pieza, y la cubierta de otra, todo liso, sin ninguna labor ni letra. Esta, dicen todos, que es la sepultura del rey D. Pelayo.....»

Incendióse la fábrica el dia 17 de Octubre de 1777; y ardió toda. El abad de Covadonga vino á Madrid trayendo la espada, segun cuentan, del inclito fundador de la monarquía española, y mostrósela y dióselá á guardar á su sucesor Carlos III, puesto que ya sus monges no tenían asilo propio donde custodiarla. Entónces dispuso el rey erigir en aquel solar venerable de su monarquía templo y monasterio dignos de tan excelsas memorias, y principio de ejecucion de sus órdenes y pensamiento fueron las construcciones señaladas arriba.

¡Qué maravilla de arte hubiera, á pesar de todo, sido tan elocuente al alma española, como la rústica natural grandeza del sitio mismo!

Dos potentes venas de agua se desgajan de la concavidad del monte; su caudal se labró pila para recogerse y posar en la misma peña, desde la cual, vertiéndose por la garganta abajo, forma aquel rio Diva que corrió enrojecido con la sangre agarena.

Puesta de pechos en el pretil del balcon señalando á la pila en la cual se lavaban buen número de rapaces y gente madura de uno y otro sexo, una anciana de voz temblona relataba una leyenda que oian con atento ademan várias mujeres. Era una historia de desesperacion y crimen; hablaba de una doncella precipitada á la hondura desde el lugar que la narradora ocupaba.

—Tiróse abajo,—decía,—porque levantáronle testimonios que no eran verdad.

Es singular esta leyenda de la suicida, que se encuentra en diversos países de montaña, unida á lugares devotos; varía en sus accidentes y desenlace, que unas veces es funesto, otras feliz gracias á la prodigiosa intervencion del cielo. En unas partes es la soberbia, en otras un amargo desengaño la ocasion del atentado; pero la vieja asturiana no sabía de su historia más que lo que sencillamente habia contado.

A dos pasos de ella un reja tosca cierra y defiende la ojiva

labrada en la peña viva, por donde entra la luz del día y la mirada del curioso á visitar el fúnebre lecho de Pelayo. Un pobre fárol, colgado de un pescante, le alumbraba de noche; y sobre la ojiva, en clara y no remota letra, se lee el epitafio: «AQUÍ YACE EL SEÑOR REY D. PELAYO, ELECTO EL AÑO DE 716, QUE EN ESTA MILAGROSA CUEVA DIÓ PRINCIPIO Á LA RESTAURACION DE ESPAÑA, VENCIDOS LOS MOROS. FALLECIÓ AÑO DE 737, Y LE ACOMPAÑAN SU MUJER Y HERMANA (1).

Ataúd de sus huesos es, la piedra que sirvió de pedestal á su gloria, y le arrullan muerto las mismas voces de la creacion que escuchó batallador y vivo; el viento bravío que meció su tosca melena, el agua roquera que apagó su sed y limpió su rostro y manos del polvo y sudor del combate. ¡Voz elocuente la de aquellas aguas de perenne curso, cristalinas y puras, venerable Jordan de nuestra historia! ¿Por qué no bautizan ellas á los herederos del trono castellano?

Más en tanto que visitamos los sagrados términos, dejando al espíritu sumirse en la luminosa y vivífica niebla de lo que pasó, crece el día, y llega la hora de misa mayor. Esta se celebra á descubierto y al aire libre.

El altar estaba dispuesto sobre un rellano que llaman Campo de Arriba, á Levante de la peña. Allí había también un púlpito á la sombra de algunos árboles y un órgano portátil; y desde el altar al órgano corrían dos filas de bancos paralelos, trazando sobre el rústico suelo una nave de improvisada iglesia, como la trazan sobre el rico pavimento de una catedral las vallas de hierro que corren desde el presbiterio al coro. El pueblo se amontonaba en grupos en torno del recinto, respetando su frágil clausura, agarrándose á las asperezas del terreno, buscando la sombra del monte ó arrojando el vivo sol de media mañana, cerrando la vista por todas partes excepto por un lado, donde rota la pendiente se convertía en precipicio. Por aquí caía la mirada hasta el cáuce del Diva y el campo de Repelayo, sobre cuya verde grama blanqueaba el obelisco que recuerda la proclamación del primer rey asturiano (2).

Al rumor alegre del campaneó llegaron en procesion desde la colegial el clero y los devotos; cruces y banderas ondeaban en el aire sobre los blancos vapores del incienso; y ahogándose en el vasto y profundo silencio del espacio,

(1) Publicóse esta inscripción en el *Semanario pintoresco español*, año de 1849, en un artículo titulado *La Tumba de Pelayo*, original de D. Nicolás Castor de Caunedo.

(2) Erigióse á expensas de los infantes duques de Montpensier, siguiendo la tradición que supone que en aquel sitio, después de la batalla de Covadonga, fué alzado Pelayo sobre el pavés por los capitanes de su hueste, según la usanza goda.

apénas se oía suspirar el grave son de los cánticos sagrados. Así se ahogaba luego la voz del orador que desde la cátedra de la verdad nos refería las excelencias de la Madre de Dios, uniendo á los misterios de la fé y la revelacion las realidades de la existencia humana, explicando la necesaria dependencia de la tierra del cielo, el lazo indisoluble del hombre con Dios, y los ocultos caminos por donde la fé descubre al alma donde están los orígenes verdaderos de sus prosperidades, glorias y grandezas. Admirable teatro tenía su elocuencia para inspirarse y encenderse. Rodeábale fervoroso gentío, cuyo haz de apiñadas cabezas erizaban, como lanzas de un tropel armado, las puntas de los palos, á que se agarraban ambas manos suspendiendo de ellas el hincado cuerpo; los próceres de la comarca le escuchaban sirviendo en el altar, ayudando las santas ceremonias; cada risco, cada cumbre de las que en torno veía le repetían un título augusto por el nombre ó por el recuerdo: «la oracion de Cabia», desde la cual el astur caminante saluda los sepulcros y altares de que hace su blason más alto; la «Fuente de la cuchillada», heroica memoria de santidad y guerra (1); el «Monte Huesera», fúnebre etimología de muerte y exterminio. Acababa, por último, de oír en boca del subdiácono las solemnes palabras, de los Proverbios, *ab aeterno ordinata sum*, que en tal punto y hora suenan como la revelacion suprema, la causa y el resumen de todos los misterios y memorias de religion y de historia acumulados en aquellos parajes.

Desde la eternidad de los siglos venía Covadonga preparada á sus destinos inmortales; desde la eternidad de los siglos la habia señalado el omnipotente para engrandecida por una de las más altas manifestaciones de su poder y de su gloria; desde el origen de los siglos habia resuelto hacer de ella uno de los lugares santificados y misteriosos, á donde acudan los pueblos degenerados y tristes cuando sientan vergüenza de su postracion y el generoso propósito de levantarse de su miseria y su deshonra.

AMÓS DE ESCALANTE.

(1) ¿La abrió Pelayo para testimonio de su inspiracion divina, ó como prueba de su robusto brazo? Es tradicion oscura y dudosa.

CUATRO IDEAS SUELTAS.

Cuando se planta en la tierra
Es pequeña una semilla,
Y luego es árbol gigante
Cuya grandeza se admira.
También una gran idea
Pequeña es cuando se inicia,
Mas pronto crece y al mundo
Bajo su sombra cobija.

Hay dolores en el mundo
Que nuestro pecho desgarran,
Dolores que no se alivian
Más que derramando lágrimas;
Debido es á que ese llanto
Que nuestras penas ablanda,
Es la lluvia bienhechora
De una tempestad del alma.

Es el deseo del niño
Crecer, llegar á ser hombre,
Lo llega á ser y á la infancia
Quisiera volver entonces.
No es extraño; de la vida
Sólo el valor se conoce,
Cuando ya marchita está
La flor de las ilusiones.

Para elevar un palacio
Arrójanle sobre el suelo,
Hay antes que ahondar la tierra
Para formar su cimiento.
También así se edifica
De la humanidad el templo,
Pues las tumbas de los mártires
Son las bases del progreso.

FRANCISCO NEÁPOLIS.

GOMEZ ARIAS Ó LOS MOROS DE LAS ALPUJARRAS.

VI.

Ma chi'l vede enon l'ama?
Ardito humano cor, nobil fierrezza,
sublime ingegno.— Ah! perché tal tí fero
natura é il cielo?

ALFIERI.

Ostenta en sí, de las abiertas flores
el brillo y la hermosura immaculada,
de la dulce inocencia los candores,
cual se ostentó natura engalanada
del mundo en los albores.

ROWE.

Era D. Lope Gomez Arias hombre cuya voluntad se había visto refrenada raras veces, y que tenía ilimitada confianza en la fuerza de sus recursos tanto físicos como intelectuales. La naturaleza se había indudablemente complacido en acumular en su persona los más preciados dones. A un valor indomable y á la rapidéz en las resoluciones, unía una inteligencia poderosa y un brillante talento; pero estaba desprovisto por desgracia de esos sentimientos puros del corazón, que pueden tan solo hacer buenas aquellas cualidades.

Su valor, su talento y su destreza habían hecho de él un objeto de temor no sólo para los enemigos de su patria sino para sus competidores en la ambicion ó en el amor. Entre estos era generalmente odiado, temido ó envidiado. Desgraciadamente el sexo débil experimentaba hácia él muy distintos sentimientos. Ay! que no les era dable apreciar lo seco de aquel corazón, ante el esplendor deslumbrante de sus formas esterioras y el natural atractivo de sus maneras. Muchas habían sido ya víctimas de sus seductoras artes: eran por esto dignas de desprecio? tal vez eran dignas tan sólo de piedad. Poseía todos los recursos que los libertinos de profesion emplean, para ganarse el cariño de las jóvenes inocentes, ó para conquistar la admiracion de las mujeres

más experimentadas. Además de su valor y su resolución, cualidades tanto más apreciadas por las mujeres cuanto ménos de ellas participan, Gomez Arias era persuasivo en su modo de obrar, sin mezcla alguna de bajeza en sus acciones; parecía más bien imponerse á la atención de los demás que solicitarla; y aunque la expresion ordinaria de su rostro era la del orgullo, la dulcificaba la cortesanía de sus caballerosos modales.

En cuanto á su persona, era notablemente hermoso; de elevada estatura y bien modeladas proporciones. Sus ojos negros, de penetrante mirada, revelaban la inteligencia; y una sonrisa alegre y burlona vagaba frecuentemente en sus lábios. A sus demás atractivos reunía un conjunto de regulares aunque algun tanto abultadas facciones, que sombreaba una espesa cabellera de negros y brillantes rizos; y magníficos bigotes y perilla, que adornaban el contorno de su boca.

Tal era el principal héroe de esta narracion. Apesar de todos los recursos de su inventiva, Gomez Arias se hallaba en este momento sumido en la más completa perplejidad, hasta el punto de no encontrar medio para salir de ella. Acababa de recibir una carta de D. Alonso de Aguilar, padre de su futura esposa, anunciándole el completo restablecimiento de su rival D. Rodrigo, y escitándole á que regresase inmediatamente á Granada; pero desgraciadamente Gomez Arias no tenía prisa alguna por volver. Indudablemente ofrecía Granada en aquellos momentos particular interés, y era muy preferible á Guadix: la belleza de Leonor además no tenía rival en la Corte, circunstancia para D. Lope muy importante; era rica y de la más elevada gerarquía, consideracion de mayor importancia aún; y teniendo en cuenta el influjo que su padre, el celebrado Aguilar gozaba con la Reina, un casamiento con su hija abriría el camino á los más altos puestos: sin embargo, nuestro héroe no se encontraba dispuesto para volver á Granada. La jóven Teodora de Monteblanco era el ídolo del momento, y había logrado fijar por algunos dias aquel corazon voluble. En aquella ocasion era cuando D. Lope echaba de ver el gran inconveniente de que un hombre no se pudiera partir en dos; y efectivamente un amante de su género debía tener la facultad de duplicarse en las ocasiones que hicieran necesario satisfacer á un tiempo el amor y el deber.

Permaneció Gomez Arias largo rato en este estado de irresolucion. Su sagrado compromiso con Leonor, y los deslumbrantes sueños de ambicion, que ante su fantasía se desarrollaban, no podían desvanecer del todo la imágen de

Teodora; porque en esta enamorada niña encontraba todas las perfecciones de sus anteriores conquistas, sin ninguno de sus defectos.

Teodora en la tierna edad de diez y siete años ostentaba ya el completo desarrollo de la belleza voluptuosa, á la par que la inocencia encantadora en sus modales, que es propia de época tan temprana de la vida, en la que el corazón, extraño al artificio, desconoce aún los engaños del mundo. Era su tez de un blanco puro, sin que le alterasen otros matices que los que cubrían sus mejillas, al escitarse la sensibilidad de su alma, ó bajo el influjo de una emoción pasajera. Tan hermosa á la vez que tan tranquila era la expresión de su semblante, que á no ser por la luz encantadora de sus negros y rasgados ojos, medio ocultos por sus sedosas pestañas, y por los negros rizos que flotaban en copiosa profusión sobre su torneado cuello y redondos hombros, se hubiese creído que era la obra maestra de un escultor inspirado, que había conseguido reproducir maravillosamente, en un trozo de alabastro puro, la más hermosa de las obras de la naturaleza.

Teodora amaba á Gomez Arias con todo el entusiasmo del primer amor de una joven novelesca. Sentía por él la inclinación más ardiente, y no podía, ni quería ocultarla al objeto de su adoración. Le amaba con esa sencillez propia de un corazón incapáz de falsía; y ajená á ese estudio de prudencia social, ignorante de los medios que las mujeres experimentadas ponen en juego, ya para realzar sus propios encantos, ó para asegurarse con mayor firmeza el cariño de los hombres, había entregado á su amante, con inocente confianza, su alma entera, en la completa seguridad de que obtendría ilimitada correspondencia á su cariño.

Tan estremada abnegación halagaba la vanidad de Gomez Arias. Veía en ella una niña angelical, que hacía consistir toda su dicha en poseer su amor, é incapáz de dar abrigo en la vehemencia de sus sentimientos, al más ligero asomo de fría y calculada precaución. Le encantaba aquel carácter, modelado por la misma naturaleza, no reprimido aún por el arte; y como nunca había encontrado entre sus anteriores queridas ninguna que tan completamente se le hubiese consagrado, la pagaba su cariño con la más ardiente admiración.

Se complacía Gomez Arias en acariciar tan agradables sueños, cuando de pronto se presentó ante él su criado, Roque, manifestando en sus ojos que tenía muchas noticias que comunicar.

—Qué es eso, tunante! qué significa tal atrevimiento? Per-

sistes aún en la cuerda resolucion de abandonar mi servicio? Vienes dispuesto á cumplir las condiciones?

—No, señor, contestó Roque, con manifiesta importancia; lo que traigo son nuevas pruebas de mi inclinacion á ser-viros.

—Por mi honor! exclamó Gomez Arias que eres compla-ciente á las mil maravillas: supongo que has visto á la dueña?

—Sí, señor; y tambien he visto á algun otro además.

—Háblame por de pronto de la dueña.

—Debemos ir esta noche; su amo está entretenido con un huésped, venido de Granada. Yo mismo les he visto salir de casa juntos.

Gomez Arias no perdió tiempo en prepararse para la cita; y como la noche se venía encima ya; se ciñó la espada, y embozándose cuidadosamente en su capa, salió acompañado de su criado, á su espedicion nocturna.

—Estás seguro, buen Roque, le dijo, de haber visto efectivamente salir al anciano caballero de su casa?

—Completamente seguro, Señor; mis ojos no me engañan casi nunca; y estoy perfectamente satisfecho de su perspicacia. No puede darse un par de ojos más fieles para distinguir á larga distancia á un padre, ó un hermano, ó cualquiera otra especie de inoportunos entrometidos en nuestras reuniones nocturnas. Argos, dicen, que tenían cien ojos y así y todo cayó en falta; yo no tengo más que dos y sin embargo...

—Son alguna vez que otra cuidadosos, interrumpió Don Lope.

—Y cuando rara vez me engañan por desgracia, siento amargamente su decepcion; porque yo soy hombre de muy delicados sentimientos.

—Argos, observó su amo, fué castigado por su negligencia; y puede asegurarse que tú experimentarás el mismo trato en análogas circunstancias.

—Le convirtieron para siempre, añadió Roque, en un pavo Real. A mí me dá que pensar en qué clase de animal sería yo convertido, dado que este género de recompensa esté reservado á los vigilantes descuidados. Creo que estaría más en carácter convertido en adivo ó perro-chacal, puesto que mi oficio es indudablemente encaminar el leon hácia su presa. Pero dejando burlas á un lado, tengo señor, que comunicaros una noticia de alguna importancia. A quién creéis que he visto en íntima conversacion con D. Manuel de Monteblanco, cuando salía de casa?

—Nó, ni me importa.

—¿Qué no os importa? Me alegro; porque justamente no era otro que el mismo D. Rodrigo, vuestro rival.

—Ay! Roque, exclamó jovialmente su amo, hé aquí una prueba convincente de la inseguridad de tu ponderada vista.

—Así lo creí yo al principio, y me santigué por tanto; pero pronto me convencí de que no era una alucinación. Lo que sería gracioso es que D. Rodrigo viniese con un propósito análogo al vuestro: parecería como que estaba condenado á atravesarse en vuestro camino.

—Y qué, repuso Gomez Arias sonriéndose, parecería también que yo estaba condenado á castigar su insolencia.

—A esto contestó Roque con una extravagancia, porque en su calidad de gracioso se aprovechaba con toda libertad del privilegio, que le estaba concedido, de decir cuanto se le ocurría, fuese ó no pertinente.

Se dirigieron á paso ligero hácia la casa de Monteblanco; y al aproximarse al sitio, la luz de la luna, que bañaba con sus rayos parte de la reja de la cita, les hizo descubrir los contornos de una figura de mujer. Se acercó Gomez Arias y su penetrante vista reconoció en medio de la oscuridad á su Teodora, cuyo rostro embellecía una sonrisa lisongera, á la vez que todo su aspecto revelaba las dulces palpitaciones de un corazón anhelante. Crujió con estrépito la cerradura de la puerta, y el áspero sonido se hizo sentir como el eco de una música celestial en el agitado pecho del amante; se abrió la puerta al fin y una decente matrona, muy entrada en años, recibió al caballero. Gomez Arias no tenía nada de desagradecido, y una sonrisa de profundo reconocimiento desplegó sus labios; cogió la mano de la buena dueña y la apretó con espresiva gratitud.

La fiel Marta ostentaba en su traje y sus maneras todos los signos exteriores de su estado y condición. Una gravedad imperturbable reinaba siempre en sus severas facciones, cuya rigidez nunca alteraba el asomo de una sonrisa, y en cuya expresión predominaba una mezcla de religiosa austeridad y de orgullo, que en vano disfracaba con el manto de la humildad. Sin embargo estaba muy lejos Marta de proceder con la rígida severidad que todo su aspecto aparentaba: se revestía sólo de aquel aparato exterior, á la manera que un hombre tímido echa plantas de valiente para mejor ocultar su cobardía.

Vestía Marta un ancho traje de tela negra de lana, y ceñía su cintura con el cordón de una orden monástica, del que pendía un rosario de enormes cuentas negras. Una cofia del más blanco lino cubría su cabeza; y ocultaba su cuello hasta la misma barba, con todo el rigor del pudor femenino, un pañuelo de la misma tela.

Gomez Arias se precipitó en la habitación y cayó instantá-

neamente á los piés de su adorada. Teodora se sentía feliz en medio de un paraíso de amor; mil tiernas emociones henchían su pecho apasionado, en el que ardía activa llama bajo la tersa tez de pura nieve. Contemplaba á Gomez Arias con cariñosos ojos, que brillaban con desusado fuego, y su cuerpo todo se estremecía con delicioso temblor. La sonrisa que entreabría sus lábios respondía á la ardiente mirada de su admirador apasionado, y el vivo carmin que cubría sus mejillas de lirio, demostraba los violentos trasportes de un amor verdadero, en los primeros impulsos de la inocencia y del placer de la primera edad. Cogió D. Lope la suavísima mano que se le abandonaba y la apretó tiernamente contra su pecho, á la vez que con ardiente mirada sumía en dulce embriaguez aquel jóven corazón, y ceñía cariñosamente con su brazo aquel talle de sílfide. Inclínó Teodora blandamente la cabeza hácia su enamorado, y ambos se vieron medio ócultos por los largos y hermosos rizos, que descendían de la frente de aquella en copiosa profusion. En la fascinadora mirada de D. Lope bebía la inocente Teodora dulces raudales de mortal veneno: brotó una lágrima de ternura á empañar sus ojos y se desprendió sobre la mano de su amante; un profundo suspiro rasgó su pecho y se encontraron ambos unidos en ardiente abrazo. Felices! Mil veces felices momentos! tan queridos al corazón humano, acariciados con tanto afán y jay! con harta frecuencia á muy costoso precio adquiridos! Pocas palabras pronunciaban los amantes; que cuando llena el alma el fuego de la pasión, hay en el silencio una elocuencia más poderosa que la fría espresion del language. Olvidó Gomez Arias los sueños de su ambicion futura ante la realidad del placer presente. Era amado, y amado con pasión intensa por el dechado más perfecto de la inocencia y de la hermosura; y en grado tal cómo él no imaginaba que cupiese en corazón de mujer. Tendía ante él la esperanza sus alas de color de rosa, y D. Lope gozaba de antemano todos los trasportes del deleite, que le es dado al hombre disfrutar. Se sentía en este estado completamente feliz; porque la expectativa del placer es tal vez con frecuencia más alhagüena que el placer mismo: así como la rosa ofrece mayor encanto en su entreabierto capullo, que cuando despliega ante la vista toda su hermosura, porque el momento de la plenitud es al cabo el síntoma de la decadencia. Ay! que persigue el hombre ciegamente el placer que le alucina, se apodera de él con frenesí y se le desvanece entre las manos.

Trascurrió largo tiempo, y aún los enamorados continuaban sumidos en el sueño deleitoso del amor, y en el cambio mútuo de dulces suspiros y elocuentes miradas, cuando se

abrió de pronto la puerta y entró Roque con visible agitacion. El fiel Argos venía á anunciar la inmediata llegada del Sr. de Monteblanco y su huésped D. Rodrigo. No creyó Gomez Arias sin embargo, que fuese el peligro tan inminente, dado el carácter tímido de su criado; pero la buena dueña á quien habian desagradablemente interrumpido en sus oraciones, llegó en el acto á confirmar la terrible noticia.

Aunque estas desagradables interrupciones están muy léjos de ser un suceso extraordinario en los anales del amor, y aunque Gomez Arias estaba familiarizado con tales peligros, sin embargo, al fijarse en el semblante de la dueña, no pudo menos de comprender que la tempestad que amenazaba era algo más que una de las alarmas de costumbre. Profundos pliegues cruzaban el pálido rostro de aquella; su mirada revelaba el espanto, y temblaba el rosario en su mano descarnada.

—Virgen santísima! Estoy perdida! exclamó la aterrada señora. Ay! D. Lope, esta es la consecuencia de mi benignidad y de mi carácter complaciente. Hé aquí mi reputacion perdida con tal mancha que toda el agua bendita que hay en España no será capáz de borrar.

—Pero, seguramente, observó Gomez Arias, no es tan inminente el peligro que yo no pueda salir.

—Salir! dijo la dueña, es imposible. En este momento suben ya las escaleras.

—Villano, gritó Gomez Arias, volviéndose furioso contra Roque, este es el modo de cumplir tu obligacion?

—Roque muy prudentemente se mantenía lejos del alcance del brazo de su dueño; y, como para prevenir una explosion, empezó á tartamudear sus excusas. El rostro de Teodora se cubrió de una palidez mortal, y la tímida jóven retorció sus manos en señal de desesperacion. La violenta situacion de ésta y el temor que la dueña demostraba perturbaron á Gomez Arias en el primer momento; pero, por la fuerza de la resolucion, que la inminencia del mismo peligro inspira, logró dominar su sobresalto, é inmediatamente se le ocurrió un recurso para evitar las consecuencias del temido encuentro.

—Si D. Rodrigo viene con Monteblanco, dijo, nos hemos salvado, no tenemos nada que temer.

—Nada que temer! repitió maquinalmente Roque, bajo la impresion de que es doble el peligro cuando un hombre tiene que hacer frente á dos enemigos, en lugar de uno.

—Silencio, estúpido! exclamó su dueño. Marta, serenáos; fingid que no me conoceis; haced uso con toda libertad de ese órgano con que la naturaleza os ha dotado tan liberal-

mente y no economiceis ni los vituperios, ni el engaño. Teodora, tranquilizáos; y tú, tunante, punto en boca.

Se abrió la puerta y entraron Monteblanco y D. Rodrigo, pero se detuvieron sorprendidos ante el grupo que se presentaba á su vista. La dueña habia conseguido el valor de la desesperacion, y estaba abrumando á Gomez Arias con un torrente de injurias. Teodora se habia apartado de la luz para ocultar su turbacion á la vista de su padre, que por fortuna habia disminuido con la edad lo bastante, para que aquella consiguiese su objeto. Roque aparentaba un aire de impudente aplomo, y su señor estaba apoyado contra la pared con la más completa calma y serenidad. D. Manuel y su huésped se quedaron contemplando á los intrusos algun tiempo antes de que ninguno de ellos pronunciase una palabra, hasta que al fin D. Rodrigo rompió el silencio en un arranque de sorpresa.

D. Lope Gomez Arias! exclamó el asombrado caballero.

—D. Lope Gomez Arias! repitió Monteblanco. Es vuestro rival entonces. Qué quiere decir esto, Marta?

—Pregúnteselo V., señor, á ese mismo caballero, respondió la dueña; yo no tengo de él más noticias sino que es el más atrevido y el más impertinente de los hombres (Marta se aprovechaba de la autorizacion que la habia dado á D. Lope) el más impolítico, terco y fátuo caballero que yo he visto en mi vida.—Virgen santa! Qué alboroto ha armado en esta casa. Ni puede darse un pícaro de ménos vergüenza que su criado; él es la principal causa de este trastorno y yo os ruego humildemente, señor, y espero que os serviréis tratarle de manera que se arrepienta de su descaro.

—Que me arrepienta de mi descaro! repuso Roque, maldita bruja; más meritorio sería arrancaros esa injuriosa lengua!

La dueña entónces empezó de nuevo á soltar una sarta de palabras, sin concierto alguno, como sucede generalmente cuando una persona quiere ganar tiempo y ponerse sobre sí.

(Continuará.)

EL VENGADOR. (1)

I.

¡Quién es! ¡Quién es!—En rápida carrera
avanza sobre bélico troton.
Su encendida mirada, torva y fiera,
vierte rayos de vívido fulgor.

Su ensanchada nariz el aire aspira
con el ánsia cruel de tigre hambriento.
En su ademan la cólera respira,
y retumba la cólera en su acento.

¡Quién es! ¡Quién es! Cual raudo torbellino
desiertos y ciudades traspasó:
avanza, avanza, siempre en su camino,
y donde quiera síguele el terror.

Ciñe sus hombros piel ensangrentada,
único arréo que su cuerpo encubre:
su diestra blande poderosa espada:
maza de hierro con el manto cubre.

Horda feróz de indómitos salvages
cierra su marcha cabalgando en pos:
sus desgarrados asquerosos trajes
dan á sus rostros hórrida espresion.

II.

«Donde su planta mi caballo posa,

(1) He reformado recientemente esta composicion, que publiqué, con otro título, hace muchos años.—EL AUTOR.

nunca la yerba volverá á nacer:
donde baño mi frente calurosa,
jamás el agua volverá á correr.»

«Yo soy Atila, vengador del mundo:
la cólera de Dios en mi palpita:
azote de los pueblos tremebundo,
su mísero pavor mi saña escita.»

«Yo me lanzo al combate con más furia
que hiena hambrienta de la sangre humana:
no hay en mi triunfo suficiente injuria
para esa grey cobarde y cortesana.»

«Adelante, adelante, sús, valientes:
Roma, la víl, que, aún léjos, ya se aterra,
oiga á sus puertas resonar ardientes
los roncós gritos de esterminio y guerra.»

«Adelante, adelante: al rudo embate,
por tierra venga su elevado muro:
yazgan sus hijos, que el temor abate,
rotos los pechos por el golpe duro.»

«Adelante, adelante: allí hay riqueza
que colme para siempre la ambicion...
allí hay mujeres de sin par belleza...
¡Hurra sin fin, salud al vencedor!»

JUAN JOSÉ DE LA LASTRA.

EL ESPIRITU DE ASOCIACION.

I.

Doña Gerónima, viuda de un modesto empleado en Puertas, no quedó por idem á la muerte de su marido, gracias á su laboriosidad y á un hermano que tenía en América.

Rosa es el único lazo que une al mundo á Doña Gerónima, que vé por los ojos de su hija, ciega..... por bailes y reuniones.

Y como la buena señora haya presumido adivinar que el bello ideal de la jóven sería ver convertida su casa, á semejanza de alguna de sus amigas, en centro de reunion de sus compañeras, se ha decidido á abrir sus salones.

No se le oculta á la *ex-empleada* que si la generalidad de sus relaciones acogerán con aplauso semejante resolucion, no faltarán tampoco entre ellas quienes la censuren acerbamente, haciendo notar que, en vida de su *difunto*, cuyo carácter no era el más apropiado para esa clase de bromas, jamás se hubiera atrevido á pensar en tales calaveradas, que así las hubiera calificado el pobre D. Basilio. Pero Doña Gerónima acepta gustosa la situacion en que la coloca el profundo cariño que siente hácia su hija, y se consuela mirándose en el espejo de sus amigas y viendo su propia imagen.

Escepto Doña Tadea y Doña Simona, esposa la primera de un escribiente de la Aduana, y la segunda de un comerciante al pormenor, individuo del Ayuntamiento, todas las demás, por una estraña coincidencia, son viudas, y la mayor parte de ellas no han abierto sus salones hasta después de haber perdido á sus esposos, quienes, en materia de reuniones, calzaban los mismos puntos que D. Basilio.

Por otra parte, Rosa, en vida de su papá, no se hallaba aún en edad de lucir sus gracias, y si hoy volviera al mundo el empleado en Puertas, es casi seguro, así al menos lo crée Doña Gerónima, que sería el primero en aplaudir la conducta de su esposa, si su hija, á quien amaba con delirio, hubiera manifestado el deseo de tener reunion en casa.

Estas ideas sirvieron de prólogo á la viuda para anunciar á sus amigas, un miércoles por la noche en casa de Doña Tadea, la resolucion que habia tomado.

—¡Ay qué gusto!—esclama una amiga de Rosa.—Yo estaré muy cerca.

—Pues á mí me *cae* léjos.

—En Santander no hay nada léjos,—se apresura á contestar Doña Gerónima, dibujando de un sólo rasgo, con esta frase, á todas sus relaciones, cuyo buen humor no reconoce distancias, tratándose de asistir á los espectáculos públicos, en los que figuran siempre en primera línea entre la concurrencia.

Que se anuncia el baile campestre, y una hora antes de empezar, el cielo nos amenaza con una segunda edicion del Diluvio; la generalidad de las jóvenes volverán á guardar cuidadosamente sus trajes; las tertulias de Doña Tadea seguirán vistiéndose impasiblemente, ó comenzarán á hacerlo, si no han empezado aún, y, aprovechando la primera *escampada*, darán un paseito hasta la segunda alameda con la esperanza de no perder el tiempo.

Si el baile se suspende por causa de la lluvia á los pocos momentos de dar principio y sólo se ha tocado un wals, esté seguro el lector que aquel wals le ha bailado una de éstas reuniones, que acuden á aquel sitio antes que la orquesta.

Los dias de *Gala con uniforme*, por desapacible que esté la noche no dejan de asistir á la Plaza vieja, y de colocarse inmediatas á la música.

Cuando la *Sociedad lírica* celebraba conciertos en sus salones de la calle de San Francisco, en donde, como es sabido, las condiciones del local limitaban la concurrencia, veíanse los tertulios de Doña Tadea vagar por los alrededores y formar corrillos delante de la puerta.

En fin, podría decirse de ellos parodiando un dicho vulgar, que no hay funcion sin estas tertulias, conocidas generalmente por algun sobrenombre, debido á cualquier chascarrillo que ha ocurrido en ellas, ó que álguien se ha encargado de inventar.

Pero hasta de digresiones y volvamos á casa de Doña Tadea, en donde la resolucion de Doña Gerónima ha producido un verdadero pronunciamiento.

Mientras la buena señora espone á las mamás los motivos que la han impulsado á abrir sus salones, Rosa satisface la curiosidad de sus amigas que la abruman á preguntas: como á quien se le ocurrió tan escelente idea, y cuando y porqué etc. etc. La hija de la viuda les refiere que, hallándose ocupada en esto ó en aquello, vino su mamá y la dijo tal ó

cual cosa, á lo que ella replicó de este ó aquel modo, y su mamá volvió á decirla y ella á contestarla, y, en fin, todas cuantas contestaciones mediaron sobre el particular entre madre é hija, llenas de oportunos paréntesis con minuciosos detalles acerca del asunto.

Al terminar su relato, que ha sido escuchado con religiosa atencion por los concurrentes, este comienza á dar volteretas en medio de la sala con los brazos abiertos, aquel se frota las manos, que comprime entre sus rodillas; otro salta de silla en silla, se desbarata el cabello y cada cual demuestra á su modo el entusiasmo de que se halla poseido.

—Pero¿ están Vds. locos?—esclama Rosa, que en vano intenta ocultar el placer que la causan aquellas demostraciones.

—Sí, señora, sí; todo lo que V. quiera!—contesta uno de ellos, dando de nuevo rienda suelta á su entusiasmo.

En fin, aquella noche no se baila; se pasa el tiempo oyendo á Rosa, quien á petición de todos, repite una y mil veces lo que su mamá la dijo y lo que ella dijo á su mamá.

—Vas á estar en grande,—la dice una amiga.

—¡Vaya una cosa!—replica ella, cuyo animado semblante desmiente la indiferencia con que pretende aparentar que acepta la determinacion de su mamá.

—No hagas caso!...—añade otra.—Muchas quisieran poder hacer lo que tú,—continúa, dando á la frase cierta entonacion, y acompañándola de un significativo ademan, que no permite dudar á quien vá dirigida.

—Tú siempre has de ser una *repicoteada*,—contesta la aludida.—¿Te parece que no sé por quien dices eso?

—Calma, señoritas, calma!—grita un jóven, tratando de calmar los ánimos.—Vamos á ver ¿qué es eso?

—Nada entre dos platos.

—Pues entonces.....

—Es que esa es como Dios la hizo.

—Y tú?

—Yo!... cómo tú quieras!... Vaya, se acabó; no tengo ganas de gastar saliva.

—Se acabó...

—Pues se acabó!...

Y efectivamente, la cuestion termina allí, para dar lugar á otra nueva á los pocos momentos; porque semejantes escenas son moneda corriente en estas tertulias.

La noche siguiente la reunion se verifica en casa de otra amiga, y se pasa del mismo modo que la anterior; esto es, nadie tiene ganas de bailar, todos esperan echar el rato el sábado, que es el dia señalado para la inauguracion de los

salones de Doña Gerónima, en donde sin embargo, han de tener lugar las mismas escenas y han de jugar los mismos actores que en casa de Doña Tadea.

Pero la novedad tiene ese poder mágico de seducirnos, de halagarnos, siquiera esta novedad no consista más que, como acontecía á los futuros tertulios de Doña Gerónima, en un cambio de local.

Pasaron al fin aquellos dos dias, como pasaron las primeras ilusiones de la viuda.

Llegó el sábado, y ni Doña Gerónima ni su hija habian dormido.

La aglomeración de ideas produce el efecto del café, desvela. Y quién sabe las que aquella noche cruzaron por la mente de madre é hija.

Se levantaron temprano, apenas almorzaron, no comieron más que un poco de sopa y no se acordaron del chocolate.

¡Y nos iremos de los que pretenden vivir de ilusiones!

Desde las primeras horas de la mañana se ocuparon en sacar de la sala cuanto estorbaba; es decir, todo menos las sillas.

El sofá de paja fué colocado en el gabinete, abriendo sus puertas de par en par, porque aquel habia de ser, por decirlo así, el sitio de la presidencia.

Llevaron á la sala cuantas sillas habia en la casa y cuya variedad de clases formaba un gracioso mosaico.

Las horas trascurrían con demasiada lentitud para madre é hija.

—Jesús! que fastidio!... no es más que la una!

—Yo creía que eran lo menos las seis!—contestaba Rosa, fijando su mirada en un vetusto reloj de pared, que parecía reirse de la impaciencia de la jóven, marcando acompasadamente los minutos.

Rosa, pasó la tarde entrando y saliendo en la sala; nunca se cansaba de admirar el buen efecto que producía aquella aglomeración de sillas, que más bien que para una *soirée*, parecía haberse dispuesto para recibir el duelo de un entierro. Cada entrada de la jóven correspondía á una variación; siempre se la ocurría algun nuevo cambio.

Entretanto, Doña Gerónima daba mil vueltas por la cocina, hallándolo todo mal, y reprendiendo á la criada porque las *herradas* y el *tanque* estaban súcios, y ¿qué dirían las tertulias si alguna se la antojaba entrar á beber agua?

II.

Las primeras que se presentan en casa de Doña Gerónima,

poco despues de dar las siete, son Doña Escolástica y su hija.

—Pues sabe V. que esto está muy bien!—dice la mamá al entrar en la sala.—Aquí si que podrán bailar las *niñas*.

—Esta sala es magnífica!—contesta Doña Gerónima.—Y luego como ninguno de los que han de venir es de *cumplido*, hemos retirado todo lo que estorbaba á ese gabinete, donde estaremos nosotras.

Y la señora de la casa invita á su amiga á que pase al cuarto de los muebles, que estorbaban.

Los demás tertulios no se hacen esperar, y pocos momentos despues los *salones* de la *ex-empleada* se hallan de bote en bote.

Doña Gerónima, sentada en el centro del sofá de paja, con los brazos cruzados bajo del manto negro y los piés estendidos, parece llevar el compás de la conversacion, hundiendo la punta de la bota del pié izquierdo con el tacon de la del derecho, mostrándose, al parecer, indiferente á los entusiastas plácemes que la dirigen sus colegas, como si le fueran familiares estas recepciones.

—Estoy disgustadísima, dice.

—¿Pues qué la ha sucedido á V?—preguntan á coro sus compañeras.

—Figúrense Vds. que hace dos meses fuí á ver á D. Mariano para alquilar un piano, y despues de darme palabra de que me le mandarían esta semana sin falta, no se ha visto el tal mueble por casa...

—Tambien ha sido empanada!—dice Doña Nicanora, interrumpiendo á su amiga.

PRIMITIVO ZÁRATE.

(Continuará.)

SECCION BIBLIOGRAFICA.

Almanaque de la *Voz Montañesa*.—1878.—Año primero.
Hemos recibido este curioso Almanaque, que contiene notables artículos y poesías de los Sres. Estrañi, Neápolis, Sierra, Torcida, Quevedo, Sañudo Fernandez, Ortega Munnilla, Gaviño, Fuente y otros, é ilustrado con chispeantes caricaturas de D. Abelardo Unzueta.

Se halla de venta en la Redaccion de la *Voz Montañesa*, San Francisco, 30 principal y en las principales librerías.

ERRATAS.

En el número anterior, página 369, línea 26, donde dice «Tú en grave como estremeciendo» debe decir, «Tú en grave carro estremeciendo.»

En la página 382, línea 4.^a, donde dice «para crear las escuelas», debe decir «para cerrar las escuelas.»

ESTUDIOS CRÍTICOS SOBRE ESCRITORES MONTAÑESES.

D. EVARISTO SILIÓ Y GUTIERREZ.

Venga á ocupar el puesto segundo en esta galería de líricos cántabros el simpático y malogrado cantor de *Sta. Teresa de Jesús* y de la *Magdalena*, ya que fué el segundo en descender á la ciudad de los muertos. Deber es imperioso de historia literaria salvar del olvido los nombres dignos de vivir en la posteridad entre tantos como han sonado y suenan, con efímero y pasajero aplauso, en esta era de arrebatada y copiosa produccion artística, en que pocos se cuidan de separar el oro de la escoria, por la mucha escoria que encubre el oro. Entre tantos volúmenes de versos como desde 1835 han aparecido, infinitos hay poco dignos de recordacion honrosa y aún de bibliográfico registro, pero no faltan algunos, y aún pudiéramos añadir *muchos*, que ora por la perfeccion de las formas, ora por la alteza de la imaginacion y la intensidad de los afectos, son acreedores á puesto honorosísimo en el tesoro de nuestra literatura. No en vano deramó Dios á manos llenas el ingenio en esta nacion privilegiada, donde jamás han faltado ni faltarán poetas. La misma abundancia hace que miremos con poca estima este género de producciones, siempre que no excedan en mucho la medida comun, ó logren por excepcionales circunstancias muy subida fama.

A pocos asiste valor para engolfarse en ese piélagó lírico y dramático que, á no dudarlo, ha de poner espanto á los bibliófilos é historiadores literarios del porvenir. El público actual vé con absoluta indiferencia la aparicion de tomos y tomos de poesías líricas que sólo leen los amigos á quienes el autor se los regala; las producciones dramáticas no sobresalientes, y aún algunas muy estimables, nacen y mueren en la misma noche. La falta de crítica formal entre nosotros

contribuye al mismo resultado; todo se abulta en los hiperbólicos párrafos de *gacetilla*, y el hombre de buen gusto, hastiado de tan empalagoso incienso y tal monotonía, acaba por confundir á todos en idéntico menosprecio, y no cae en la tentacion de abrir uno sólo de esos volúmenes que se presentan arreados con los vistosos títulos de *Dolores*, *Quebrantos*, *Armonías*, *Pensamientos*, *Gemidos*, *Tristezas*, *Recuerdos*, y otros de la misma laya, rótulos capaces de ahuyentar al más hidrópico leyente. Porque suelen tales colecciones poéticas adolecer de uniformidad y amaneramiento tan extremados, suelen encerrar tan escaso interés para quien no sea el autor ó la dama de sus pensamientos, causa ocasional de sus tristezas y lamentaciones, falsas y artificiales en sumo grado, que no hay paciencia que baste para leer cien, doscientas, mil veces..... idénticos conceptos, expresados de la misma manera. Y, sin embargo, sorprende á veces encontrar en ese *maremagnum* poético libros marcados con la huella indeleble del ingenio, apartados de fastidiosas trivialidades y rutinas, rebosando de verdadero sentimiento, atildados y correctos en la forma, y que no obstante, por su sino fatal, ni son conocidos ni apreciados, sinó por aquel á quien lleva á su estudio necesidad ineludible. Uno de esos ingenios dignos de mejor suerte, es Evaristo Silió y Gutierrez, verdadero poeta, que sorprendido por la muerte en el comienzo de su carrera, dejó, sin embargo, bastantes y muy sazonados frutos de su ingenio, para que su nombre deba ser pronunciado con orgullo por los montañeses, y con hondo respeto por todos los amantes de las letras españolas.

Nació nuestro vate en Sta. Cruz de Iguña, en 1841. Recibió en su pueblo natal la primera educacion, y dedicóse en Santander por algunos años al comercio, del cual le apartaron muy en breve sus aficiones literarias. Á los 16 años pasó á Valladolid donde se dió por entero al cultivo de la poesía, y escribió á los 17 un drama, *Fé, Esperanza y Caridad*, que fué representado en una sociedad decorada con el título de *La Flor de Mayo*. Los aplausos recibidos allí y en varias reuniones literarias en que leyó sus primeras composiciones líricas, alentaron su naciente inspiracion y trasladóse más tarde á Madrid, donde amplió sus primeros estudios, llegando á poseer con perfeccion notable las lenguas italiana, francesa, inglesa y alemana, á cuyas literaturas se dedicó con especial ahinco. Laboriosa fué su vida literaria en la córte, pues además de dar á la estampa las obras que despus analizaremos, colaboró en diversos periódicos como *El Eco del país*, *La Constitucion*, *La Voz del siglo*, ocupándose especialmente en críticas literarias y teatrales.

En los últimos años de su breve existencia hacía frecuentes excursiones á su valle natal, que le inspiró sus más preciados cantos. Murió en Madrid, en 1874. Era de complexión débil, y simpático carácter (1). Y dadas estas breves noticias del hombre, hablemos del poeta.

Fué Silió lírico original y espontáneo, y como nacido en la tierra de los montes y de las olas, llevóle su instinto poético á la escuela *septentrional*, ménos estudiada y conocida que la salmantina, la sevillana, la catalana, la valentina ó cualquiera otro de los grupos literarios ibéricos, pero de existencia no ménos real ni ménos definidos caractéres. Tal vez ha sido fortuna para la escuela del Norte no hallar aún un dogmatizador ni trazarse un código inflexible que á la corta ó á la larga hubiérala llevado al amaneramiento, en que sin esto cayeron algunos de sus representantes. Los poetas salidos de esta agrupacion que geográficamente podemos considerar extendida por Cantábría, Astúrias, Galicia y tierras de Leon, *del Lado allá del Duero*, como decía Lista, ofrecen todos un sello de familia, una similitud literaria que de igual suerte les aisla de la poesía castellana como de los escasos vates que han florecido en las comarcas eúskaras. Soñadores y meditabundos los *septentrionales*, distínguense por lo vago y aéreo del fondo de sus concepciones, por la melancolía intensa y profunda que casi siempre les anima, por su afición extremada á la parte sombría, nebulosa y triste de la naturaleza, que produce en ellos graves pensamientos y solemnes meditaciones. La escuela del Norte es *creyente* como todas las escuelas peninsulares, pero la expresion del sentimiento religioso no toma en sus cantos el vuelo místico de la escuela salmantina, ni la bíblica entonacion *herreriana*, ni se combina con recuerdos de la edad media cual acontece en los modernos poetas catalanes, sinó que propende á abstracciones, y es siempre *subjetiva*, gustando sobre todo de cantar la triste peregrinacion del hombre por este valle de lágrimas, las agitaciones y tormentos de la conciencia, el dolor y la resignacion que espían y llegan á borrar el pecado. Las vagas inquietudes del alma, el anhelo y la sed de lo infinito suelen ser asimismo asunto de esta poesía que dá, no obstante, á tales aspiraciones un tono muy diverso del vehemente, arrebatado y encendido de nuestros grandes místicos. Rara vez escogen los vates del Norte asuntos *históricos*, cuya índole *objetiva* se presta poco á su genialidad;

(1) En *Crónica Mercantil* de Valladolid se publicó una biografía de nuestro poeta suscrita por G. M. G. (¿Gregorio Martínez Gomez?)

y entónces suelen acudir á los más tristes y melancólicos, llamándoles sobre todo la atención las ruinas de antiguos monumentos, los países desolados, los grandes lutos de la humanidad y de la patria; y cantan tales hechos, no con exactitud *arqueológica*, ni deteniéndose en los pormenores, ni ménos con expresión de arrebató é ira, sinó con la misma reposada melancolía que muestran en el análisis de los dolores *íntimos* de su alma. Tales caractéres resultan en los cantos de Enrique Gil á *Polonia*, á *los Templarios*, á *Dos de Mayo*, en las tristísimas meditaciones de Pastor Díaz sobre ruinas y vestigios de pasadas grandezas, y en fragmentos *históricos* de otros poetas ménos conocidos y celebrados. Canta el *amor* la escuela septentrional, como odas las escuelas y poetas del mundo, pero á *su manera*, nunca como placer de los sentidos, á semejanza de los elegiacos latinos, ni aún como admiración contemplativa de la belleza física, cual á veces sucede en la poesía helénica, ni con el místico arrobamiento y metafísicas cavilaciones de los *petrarquistas*, ni arreado de pastoriles galas cual aparece en los exóticos del Renacimiento, ni envuelto en los discreteos y caballerescas devociones de nuestro teatro, sinó de una manera ideal, vaporosa, casi impalpable, y sin embargo *humana*, cuyo objeto no puede considerarse como un símbolo de altas ideas ni una encarnación de la belleza, pero que suele ser una mujer soñada, una *inmortal amiga*, una *sirena*, una *ondina*, que ora habita en las fuentes, ora baña sus trenzas en el río, ora se mece en las revueltas y bravías olas de nuestra mar, y que interesa, en fuerza de su vaguedad misma, porque representa bien los sutiles y vagarosos pensamientos enamorados de la juventud, en tierras de montaña, bajo un cielo de nieblas, en costas escarpadas y bravías. El espíritu poético que tiende á animar la naturaleza, que es eminentemente *plástico* y vivificador, diversifica sus creaciones segun el país en que las produce, y engendra en toda comarca septentrional visiones pálidas y nebulosas, así como en las regiones del Mediodía, donde todo es luz, calor y movimiento, donde hierva la vida, hace brotar ensueños deliciosos, hondamente marcados con el sello del país, en que tal tipo estético se encarna y desenvuelve con exclusivo é incontrastable predominio.

Al celebrar las maravillas de la naturaleza se apartan más y más entrambas escuelas; la una canta el sol en su oriente, la otra le llora en su Ocaso, describe la primera el despertar de la Aurora, deléitase la segunda en las sombras del crepúsculo de la tarde, la *Luna*, *el sol de los tristes* (expresión bellísima de un gran poeta montañés) es tema favorito de sus

inspiraciones; los escondidos valles iluminados por su pura y melancólica lumbre convidan á nuestros vates á la meditación y al canto, el seno agitado y tormentoso del mar de Cantábría indúceles á abismar en él el pensamiento y la mirada, la *nube blanca* arrástrales en su carro á incógnitas regiones. Si de flores hablan, será de las modestas, y escondidas, como la violeta que cantó Enrique Gil:

Quizá al pasar la vírgen de los valles
Enamorada y rica en juventud,
Por las umbrosas y desiertas calles
Dó yacerá escondido mi ataúd,

Irá á cortar la humilde violeta,
Y la pondrá en su seno con dolor,
Y llorando dirá: «pobre poeta,
Ya está callada el arpa del amor.»

Como el *lirio* celebrado por Laverde en la más bella de sus composiciones:

Allá del mar en la desierta orilla,
Yace su cuerpo en escondida gruta,
Donde entre zarzas solitario vive
Lirio celeste,

Místico lirio á cuyo cáliz puro
Bajan los rayos de la luna leves,
Gime con ella cariñoso el viento
Gimen las ondas.

La poesía del Norte no tiene formas determinadas, quizá por la escasa relacion que siempre ha existido entre sus hijos: pero los caracteres determinativos de la escuela literaria sobresalen de igual manera en las poesías generalizadoras y pesimistas de Pastor Díaz, que en la tiernas, pero difusas é incorrectas, de Enrique Gil, en las del malogrado Aguirre Galarraga, en los cantares gallegos de Rosalía de Castro, en las incomparables estrofas *sáficas* de Laverde en que se verifica una extraña, pero bellísima union de forma clásica y fondo *septentrional* (como veremos á su tiempo), y hasta en la elocuente prosa, muchas veces lírica, de Juan García. Y no ha de extrañarse que en las comarcas donde esta poesía es fruto natural del suelo, se observen, sin embargo, excepciones tan notables como la tendencia *objetiva* de Trueba y Cosío, imitador de Walter-Scott en novelas y poemas cortos, y el *subjetivismo* de Campoamor que lo es de una especie muy distinta del de los demás líricos septentrionales. Pues aparte de que estas mismas excepciones confirman la regla,

y dado caso que ni las condiciones del país ni el influjo de escuelas literarias pueden encerrar en un círculo estrecho el génio de todos y cada uno de los escritores nacidos en una extensa comarca, ha de tenerse en cuenta que Trueba y Cosío por su alejamiento del país en que vió la luz primera, por su educacion inglesa, y por ser ingénio más imitador que espontáneo, entró de lleno en la corriente literaria de su época; y en cuanto á Campoamor, con ser poeta tan original y *sui géneris* puede notarse en los detalles, además de la influencia de sistemas filosóficos modernos por él asimilados y convertidos en sustancia propia, ciertas reminiscencias de poesía *septentrional* nunca borradas del todo en literatos que desde el nacer respiraron bajo su influjo.

Una vez señalados con la posible claridad y distincion los caractéres de la escuela del Norte, vamos á estudiarla en las poesías líricas de Silió encerradas todas ellas en un pequeño volúmen en 12.º, de 77 pp. rotulado con mucha propiedad *Desde el valle* (1) y empezaremos por advertir que es ya buena señal el que redujese el modesto poeta su coleccion á 13 composiciones, escritas y acabadas con esmero, en vez de publicar, como otros, enormes volúmenes en que lo bueno aparece sepultado bajo la inmensa balumba de lo malo. Y tambien agrada verlas tan escuetas de todo prólogo é introduccion laudatoria, lo cual asímismo demuestra el buen gusto del malogrado vate montañés.

No obstante la escasa variedad de asuntos y de tonos que en los versos de Silió se advierten, su limitado número, la verdad del sentimiento en ellos expresado, y la correccion y elegancia de la frase bastan para salvarles del olvido en que caen tantas otras colecciones poéticas. Compúsolos su autor en los postreros años de su vida, cuando dolores á la par morales y físicos habían templado su alma, naturalmente dispuesta á melancólicos pensamientos, como las de casi todos los vates de su escuela. Él mismo expresa bien su genialidad lírica en las siguientes estrofas, dechados de alegría y so-briedad:

En vano me finjo la dicha cercana,
Y alzar quiero un punto la voz del placer,
Pues voz más potente me grita inhumana
Que en triste recuerdo se torna mañana
La dicha de ayer!

(1) Desde el Valle. Poesías de Evaristo Silió y Gutierrez), Madrid: Imprenta de Manuel Galiano, Plaza de los Ministerios, 21, 1868. 77 pp. una en blanco y otra de índices. Muy linda edicion: 12.º

Y en vano buscando del gozo la idea,
Hoy vuela mi mente dó un tiempo le ví,
Dó gira la danza felíz de mi aldea,
Que hoy sólo el alarde risueño campea
Del júbilo allí!

Allí de la bella que oyó sus clamores
Hoy orna el amante la agreste mansion
Con rústicos ramos y cintas y flores
Que emblema sencillo de dichas y amores
Pacíficos son.

La pura alegría que el alma recrea,
Los dulces placeres hoy reinan allí,
Mas hoy del mañana me finjo la idea,
Y en triste reposo contemplo la aldea
Dó el júbilo ví!

Un sol que declina con ténues fulgores
Trás árida cumbre nublándose vá,
Suspiran los tristes nocturnos rumores,
Y secos los ramos, y mústias las flores
Deshójanse ya.

Así lo que emblema de gozo es un día
Se nubla, á mis ojos, del tiempo al través,
Y así cuando quiero cantar la alegría,
Mi mente contempla la pena sombría
Que viene despues!

Análogas profesiones de tristeza encontramos en todos los líricos del Norte, y no ha de atribuirse en ellos á influjo de la moda sentimental y llorona, pues muchas veces, como aquí advertimos, la expresion es natural, sencilla y sin rastro de amaneramiento, como que brota espontáneamente del corazón.

Huellas de un sentimiento más amargo, un tanto escéptico y *leopardino*, vislumbramos en la composicion titulada *Una fiesta en mi aldea*, una de las más bellas que la coleccion abraza.

Hoy es fiesta, hay romería
Delante de mi balcon...
Huya ante tanta alegría
La eterna melancolía
Que me oprime el corazón.

El poeta quiere aturdirse con el estruendo y el bullicio de la romería, pero vá descendiendo la tarde, y torna él á sus tristes meditaciones:

No bajeis mústias la frente,

Mirando el placer huir,
No miréis al sol poniente
Que en las cumbres de occidente
Vá ya trémulo á morir.

Suena la campana de la oracion, y Silió describe los efectos de su solemne tañido en la alborozada multitud:

Cesó el alegre clamor
De las danzas bulliciosas,
Sólo suena en derredor
De mil preces misteriosas
El sordo y triste rumor.
Ya se alejan los que huyeron
Las montañas con afán
Y á la fiesta descendieron.
Pero ¡qué alegres vinieron
Y qué abatidos se ván!

Á ésta antítesis de *dolora campoamoriana* sigue la cavilacion nocturna, que presenta hartas analogías con la oda de Leopardi *La Sera del día di festa*:

Dolce e chiara é la notte e senza vento
E queta sovra i tetti e in mezzo agli orti
Posa la luna, e di lontan rivela
Serena ogni montagna

Así comienza el admirable y desesperado poeta recanatense. Á imitacion suya, pero convirtiendo en *triste* la *notte dolce* y *chiara* cantada por el italiano, transformacion natural en la poesia del Norte, y alterando tambien la pura y clásica sencillez de su modelo, que tomó el fondo de su descripcion de Virgilio, dice el vate montañés:

Reina la noche triste, ni un acento
Turba su muda y pavorosa calma
Que espanto infunde al alma;
Calla dormida el ave, calla el viento
É invisible cruzando el valle umbrío,
Sume y ahoga su rumor profundo
Allá en la hondura de su cáuce el rio.
¡Tal debió ser ántes que fuera el mundo
El eterno silencio del vacío!

.....
Oscuro está mi valle, el cielo oscuro
Y ay! oscura tambien el alma mfa!
Mas á veces la luna entre el misterio

De las sombras riela en la montaña,
Y ahora del lejano cementerio
Sólo el recinto pavoroso baña!

Todo esto está discreta y poéticamente dicho, pero prefiero la concision de Leopardi. El fondo de la composicion es tan lúgubre en el uno como en el otro; pero en Silió, escéptico sólo en momentos dados, se vislumbra un rayo de esperanza que jamás ilumina los cantos del italiano. Saluda Leopardi á

—l' antica natura omnipossente
che mi fece all' afanno.

Y advierte que aún le queda la esperanza:

Á se la speme
Nego, mi disse, anche la speme é d' altro
Non brillin gli oechi tuoi se nondi pianto.

Silió, por el contrario, no con esta fria impassibilidad y horrible resignacion, sinó con el acento de angustiosa duda, propio de tantos hijos de este siglo desventurado, exclama en voces dignas de un gran poeta:

¡Espíritus errantes que en el fondo
Donde la humana voz jamás retumba
Dejásteis ya el mortal légamo hediondo,
Venid, y á solas reveladme el hondo
Misterio de la tumba!.....
¡Llegad! la noche que adorais umbrosa
Reina lóbrega aquí; todo sumido
En su profunda oscuridad reposa:
Mi espíritu os llama desprendido
De la materia odiosa!
¡Llegad! decid á mi mortal anhelo
Si con vosotros vaga
Donde tendeis el invisible vuelo,
La dulce vírgen que mi amor halaga
Cuando mi mente se remonta al cielo!
¡Llegad! decidme si á su bien unida
El alma, y desprendida
De la opresora terrenal corteza,
Verá que al fin de la mundana vida
La que en sus sueños imagina empieza!

Pero lo que sigue á esta magnífica invocacion, bello tambien (no dudamos en afirmarlo) está inspirado por tan desconsolador escepticismo como los versos más horribles de

Leopardi. Sin aprobar en nada el descaminado espíritu que los dictó, no puedo resistir á la tentacion de transcribirlos:

Mas inútil clamor! la queja ruda
Exhalo en vano y el mortal gemido:
Mudos los cielos y la tierra muda,
Cuando el acento de la fé extinguido
Su voz levanta la angustiada duda:
Sólo responde á mi profunda pena
Que alza su grito para el bien en vano
La triste voz de la ansiedad agena,
Que otra vez por mi mal allá lejano
El triste canto de la tarde suena:

Como esa flor que arrojas
Ya deshojada,
La flor se vá quedando de mi esperanza;
Y es dulce prenda,
Que mi llanto de fuego
Su tallo quema.

Tambien esta idea del *canto lejano* es de Leopardi:

Ed alla tarda notte
Un canto che s'udia per li sentieri
Lontanando morire a poco á poco
Giá smilmente me stringeva el core.

Acabemos con la inspiracion de nuestro malogrado ingenio, que termina tan dignamente como empezó, vislumbrándose de nuevo la esperanza:

Hórrido valle donde el duelo mora,
En medio de tu calma aterradora
Que el ánimo quebranta,
Hay un mortal que desvelado canta,
Pero es un triste que cantando llora!
¡Oh, tú que miras el anhelo mío
Volar del mundo á la region que adoro,
El ruego escucha que en mi afán te envío,
Vé, que en la noche del dolor sombrío,
Tambien, si canto, cuando canto lloro!

El alma de Silió era creyente, y hasta fervor religioso se advierte en los poemas de que luego hablaremos, pero en el tiempo que residió en Madrid no logró sustraerse del todo á la atmósfera de escepticismo y descreimiento que en algunos círculos se respiraba. Las conversaciones, la lectura de ciertos libros por quien no era filósofo ni estaba suficiente preparado para distinguir el oro de la escoria, quebrantaron

en ciertos instantes las creencias que en el hogar montañés aprendiera, y engendraron en él acerbas dudas y tristes desalientos que tal vez apresuraron su muerte, y que repetidas veces asoman en sus últimas poesías. Más no es esto decir que cayera jamás en heterodoxia, porque su sano instinto le apartaba siempre del escollo, y como obraba y escribía más por sentimiento que por reflexión, su alma de poeta español y *septentrional* acababa por sobreponerse á las he-ladas doctrinas que réciamente combatían su espíritu. Comprendía que el artista no nace para sembrar dudas y dejarlas sin solución, sinó para realizar el sublime fin, que él mismo cumplió en *Sta. Teresa de Jesús* y en la *Magdalena*, y que bellamente expresa en estos versos de una de sus composiciones líricas:

¡Cuántas veces á tu acento,
De la inspiracion al grito,
Habrás apagado el lamento
Algún corazón sediento
De adivinar lo infinito!
¡Cuántas veces de tu canto
Volando algún alma al par,
Sobre este valle de llanto
Se habrá remontado tanto
Que habrá gemido al bajar.
¡Cuántas invocando al Sér
Que tu acento diviniza
Habrás conseguido hacer
Sobre la tibia ceniza
La llama feviente arder!
¡Canta, pues, artista, canta
Con ese sublime anhelo
Que el espíritu agiganta,
Fija en la tierra la planta
Y la mirada en el cielo!
¡Canta, y que el mundo se asombre
Al volar del génio en pós
Á esos espacios sin nombre
Donde ya el alma del hombre
Siente el aliento de Dios!

M. MENENDEZ PELAYO!

(Concluirá.)

MARINA.

Pensicrosa.

Deja caer al mar tus pensamientos,
no temas que se ahoguen;
volar muy altos pueden, y no hay mares
que á sus alas alcancen y las mojen.

Déjaselos al mar que suspirando
te ruega y le desoyés,
arrullador de tu insondable pecho,
abierto á Dios quizá, nunca á los hombres.

Déjaselos: pues á buscarlos viene
al pié de tus balcones,
llevarlos há donde esperando vive
alma que al recogerlos se alboroce.

Cuentan ¿será verdad? que de otras playas
enamoradas voces
los llaman; más no cuentan, ó no saben,
lo que á la amante voz ellos responden.

Fíaselos al mar; son sus cristales
invencibles prisiones
de mil secretos que guardar no supo
frágil la humana voluntad ó indócil.

Y ojos no habrá que de tu mente alcancen
el rayo en sus colores,
ni oídos que el rumor de tu deseo
en sus rumores infinitos noten.

Fía del vasto mar tu pensamiento:
ría, medite ó llore,
si angosta cárcel le atormenta, herido
su cautiverio el pensamiento rompe.

Antes que el tuyo al lábio ó á los ojos
sin tu licencia asome,
fíale al hondo mar, que callar sabe
y gime inquieto al pié de tus balcones.

AMÓS DE ESCALANTE.

GOMEZ ARIAS Ó LOS MOROS DE LAS ALPUJARRAS.

—Silencio, buena mujer, la dijo Gomez Arias, interrumpiéndola en medio de su arenga; este alboroto, como vos le llamais, es vuestra propia obra: si hubiéseis tratado con mayor cortesía á un desconocido, hubiéseis podido evitar la inconsideracion de que mi criado es culpable para con vos; inconsideracion que hubiese pagado seguramente á su debido tiempo. Al decir esto dirigió una terrible mirada al asombrado Roque, que sabía perfectamente que estaba condenado á padecer por los caprichos de su dueño, y que el mal éxito de sus aventuras habia de recaer infaliblemente sobre su desdichada cabeza. Se envolvía sin embargo en mil confusiones para averiguar qué clase de falta habia cometido contra la vetusta señora, que le habia propinado tal abundancia de insultos.

Todo este tiempo estuvo el bueno de D. Manuel esperando pacientemente una explicacion, pero cuanto más hablaba la dueña más perplejo se encontraba.

Al fin Gomez Arias, después de repetidos é inútiles esfuerzos para contener la lengua de Marta y aprovechándose de una pequeña pausa que hizo ésta para tomar aliento, D. Manuel de Monteblanco, dijo, está deseoso sin duda alguna de saber el objeto de mi visita á su casa.

—Visita! exclamó la dueña. Asalto, un verdadero allanamiento por violencia. Dios me bendiga! Una visita llama á eso; una visita!

—Silencio, Marta, silencio; dejad al caballero que continúe, dijo D. Manuel, algo más tranquilo, y temiendo interiormente una nueva explicacion de parte de la dueña.

—D. Manuel, prosiguió Gomez Arias, siento en el alma el trastorno producido en la casa de tan respetable caballero; pero no soy yo tan digno de censura como esta buena mujer quiere aparentar.

—Buena mujer, ciertamente; prorumpió la dueña. Jesús me valga! habia yo de vivir para oirme llamar así. Soy cris-

tiana vieja, y de tan buena familia como el primero. No corre sangre de judío en mis venas. Buena mujer, sin duda alguna! Mi querido señor, debo yo ser llamada buena mujer.

D. Manuel veía muy difícil, no tanto acaso el contestar á la pregunta, como la probabilidad de llegar á obtener conocimiento del asunto, en tanto que la dueña continuase haciendo uso libremente de su lengua; y por tanto para calmar su cólera, el anciano y complaciente caballero trató de halagar los sentimientos al parecer tan heridos de aquella, reconociendo que en manera alguna merecía tal dictado.

Restablecido así el silencio, Gomez Arias continuó: la causa de mi aparente exceso es esta simplemente. Supe por mi criado que D. Rodrigo de Céspedes me buscaba con empeño, y no queriendo mostrarme reacio en reconocer tal favor, consideré que atañía á mi honra facilitar la entrevista con la mayor brevedad posible. Me encaminé á esta casa, de donde mi criado habia visto salir á ese caballero; pero antes que hubiese podido manifestar mi objeto, ésta rígida señora me asaltó con una tremenda tempestad de injurias, á la vez que mi criado llevado de un celo hácia mí, ó más bien cediendo al deseo de pagarla en la misma moneda, compensó la libertad de lengua de esta dama con mayor acrimonia aún.

—Se me figura, dijo Roque para sí, que es demasiado injusto acusarme de acrimonia cuando no he desplegado mis lábios.

—Procuraba dar una esplicacion, continuó Gomez Arias, en la esperanza de conseguir una recepcion más cortés, cuando apareció esta señorita, (dijo volviéndose hácia Teodora) y estaba á punto por tanto de manifestarla mi intencion, cuando por fortuna se ha presentado en persona el objeto de mis pesquisas; circunstancia que veo con el mayor gusto, como estoy seguro de que D. Rodrigo desea con ansia que renovemos pruebas antiguas de nuestro mútuo aprecio.

—Señor D. Lope Gomez Arias, replicó D. Rodrigo, profundamente lastimado del sarcástico tono con que se le habia dirigido su rival, yo tambien me congratulo de este casual encuentro con el Sr. D. Lope, que se ha verificado más pronto de lo que yo podía esperar; y aunque la irónica cortesía de su estilo claramente demuestra la confianza que le inspira la buena fortuna que constantemente le protege, sin embargo me encontrará más solícito que nunca para darle inmediatamente las pruebas á que tan chistosamente alude.

—Señor D. Rodrigo de Céspedes, repuso Gomez Arias, yo no puedo ménos de admirar profundamente el laudable deseo que os estimula en los hechos propios de un noble valor, y

una persona tan indigna como yo, no puede manifestarse bastante agradecida al honor que quereis dispensarla.

Estas palabras y la burlesca mirad  que las acompa  exasperaron   D. Rodrigo en tal manera, que volviéndose hácia su rival le señaló la puerta y sin ninguna otra contestacion le intimó que le siguiese. Iba   hacerlo Gomez Arias, cuando interponiéndose Monteblanco exclamó: Report os, caballeros, report os: estais  n mi casa, y aunque yo no deseo en modo alguno separar   un caballero de la senda que su honor le marca, sin embargo, evitad el que se diga que se ha convertido mi estancia en campo de violencia y de efusion de sangre.

—Válgame Dios! exclamó Roque. D. Mantuel habla como un libro. Ni pienso yo tampoco que esta hora de la noche sea la más apropósito para dilucidar tan graves asuntos. La clara luz del día es sin duda alguna preferible al débil fulgor de la luna y de las estrellas para negocios de esta clase.

Teodora estuvo   punto de desvanecerse   impulsos del sentimiento y del terror; pero la misma inminencia del peligro la produjo una especie de desesperada tranquilidad. Conoció que su mediacion sólo podría aumentar las dificultades de su situacion sin evitar que los dos rivales llevasen   cabo su designio. Además abrigaba entera confianza en el valor y en la superior destreza de su amante en el manejo de las armas, y poseía tambien esa nobleza de alma que rechaza la idea de la cobardía en el objeto de su admiracion.

Vanas fueron las observaciones de Monteblanco. D. Rodrigo se lanzó   la puerta con violenta precipitacion, y le siguió Gomez Arias con la calma de aquel á quien le son familiares tales escenas.

—Seguidme, gritó D. Rodrigo,   la vez que descendía las escaleras con arrebatada ansiedad.

—Poco   poco, D. Rodrigo, dijo irónicamente Gomez Arias; no tanta precipitacion,   tal vez dareis en tierra antes de tiempo.

Este irritante sarcasmo arrebató el último resto de calma que quedaba   D. Rodrigo. Lanzaron rayos sus ojos, se estremeció todo su cuerpo,  , incapáz de contenerse por más tiempo, tir  furiosamente de su espada y se detuvo en el zaguan, eligi ndole para sitio del combate.

—Defend os, D. Lope, exclamó con frenética ira.

—Mirad por vos mismo, caritativo señor, repuso Gomez Arias,   la vez que desenvainando su tizona se ponía en guardia con la mayor serenidad.

Con impetuosa furia cayó D. Rodrigo sobre su antagonista y le atacó con toda la decision y toda la destreza de un

hábil tirador. Se sucedían los golpes con tremenda rapidéz, pero la vista perspicáz de Gomez Arias paraba siempre sus mortales amagos con completa maestría. Todo el furor del infierno parecía haberse apoderado de D. Rodrigo, y continuó durante algunos minutos gastando sus fuerzas en inútiles ataques y disminuyendó así sus medios de defensa. El combate era demasiado violento para ser de larga duracion, y pocos momentos hubiesen bastado para un mortal desenlace (porque D. Lope empezaba á su vez á estrechar con rigor á su debilitado adversario) si Roque, llevado de aquella blandura de carácter que era en él tan notoria, no hubiese apagado oportunamente la luz que alumbraba el zaguan, como el medio más seguro de suspender las hostilidades.

Quedó así aquel sitio sumido en la más completa oscuridad; y temeroso D. Rodrigo de verse privado de su venganza llamó en alta voz á Gomez Arias.

—Aquí estoy, contestó D. Lope; aquí estoy, D. Rodrigo: la luz está de más, nos manejarémos perfectamente sin ella, porque nuestra mútua simpatía dirigirá nuestras armas con acierto.

Se encontraron de nuevo las espadas, y en breve vívidas centellas, á modo de la pasagera luz de una exhalacion de verano, permitieron vislumbrar momentáneamente los airados rostros de los combatientes. De pronto se oyó un doloroso gemido; cayó un cuerpo pesadamente en tierra, y un grito de horror se escapó del pecho de las gentes de la casa que se habian agrupado á la puerta del zaguan.

—«Está muerto;» dijo para sí D. Rodrigo, y trató de ponerse en salvo con toda celeridad.

—Traed luces—gritó Monteblanco; es necesario prestar al herido todos los auxilios que estén en nuestra mano.

Inútil sería describir el estado de Teodora. Ignorante de quién sería la víctima, destrozaban su alma los más terribles temores, cuya realidad apartaría para siempre de sus lábios la copa de la dicha y amargaría en adelante su existencia. Este torcedor, esta dolorosa inquietud fué por fortuna de corta duracion. La misma Teodora, en medio de su penosa ansiedad, fué la primera á tomar una antorcha, que tal vez podía alumbrar las pálidas y descompuestas facciones de aquel, en quien hacía consistir toda su felicidad. Aquel momento fué espantoso; pero al estender la antorcha sus claros reflejos por el ámbito del zaguan, se vió á Gomez Arias de pié y tranquilo, con todo el aspecto de nó haber recibido golpe alguno.

Un débil grito se escapó del pecho de su amante, y todas las horribles emociones que se habian encerrado en él se ma-

nifestaron de pronto en lágrimas y suspiros. Su emoción, sin embargo, apenas fué notada por su padre, demasiado ocupado en aquel momento en averiguar quién era el caballero herido.

—Entonces es D. Rodrigo la víctima; exclamó tristemente el anciano caballero, dirigiendo sus miradas al derredor, y descubrió en el momento un cuerpo humano, tendido en uno de los oscuros ángulos del zaguán.

—Se mueve, se mueve! exclamó Marta santiguándose.

—Entonces está aún vivo, repuso D. Manuel; apresuráos á socorrer al desgraciado joven; mirad donde está herido.

Ay! respondió la dueña, atendamos primero á su alma y obremos como buenos cristianos: corre, Cacho, corre y llama á Fray Bernardo ó Fray Benito; no importa á quien, un fraile es lo que se necesita en este momento.

Monteblanco y todos sus criados se dirigieron apresuradamente á socorrer á D. Rodrigo, cuando, hé aquí, que el inanimado cuerpo se pone de un salto en pié, y reconocen los asombrados circunstantes al mismísimo Roque.

—Qué es esto? Dónde está D. Rodrigo? preguntó Monteblanco.

—Toma! contestó Roque con la mayor calma, á unas cien leguas de aquí, á juzgar por la prisa con que se marchó.

—Pero no está muerto?

—No, que yo sepa.

—De quién fué aquel quejido?

—De este humilde pecador.

—Jesús María, exclamó la dueña, cómo se ha atrevido este judío á causar semejante consternación en una noble familia.

—Al revés, señora dueña, repuso el criado: más creo que por mi medio se ha evitado que esta noble familia se viese sumida en una verdadera consternación.

—Roque, le interrumpió Gomez Arias, me parece que no estais herido.

—No, Gracias á Dios! replicó Roque.

—Entonces sois un tunante.

—Un tunante porque no estoy herido! Santo Cielo! Hé aquí hasta dónde lleva el deseo de la venganza!

—Lo que habeis hecho es entrometeros de una manera indigna, continuó D. Lope, y lo pagareis bien caro.

—Un entrometimiento indigno llamáis á esto? Lo que es, es un excelente y admirable recurso, sin duda alguna, puesto que he evitado una inútil efusión de sangre cristiana, y he logrado separar á dos combatientes furiosos mejor que lo hubiese hecho todo un ejército de alguaciles; y en cambio

toda la recompensa que me espera por tan importante servicio, son amenazas é injurias. Y hé aquí á mi querido señor fuertemente irritado porque he mirado por su salud mucho mejor que él lo háce, y muy descontento de que no le haya atravesado de parte á parte el furioso D. Rodrigo.

—Basta, basta, dijo coléricamente D. Lope; y en seguida con tono más cortés continuó: estoy inquieto en verdad por D. Rodrigo, que lleno de ansiedad por mi supuesta muerte, supongo que se alejará de todo poblado, huyendo en busca de un asilo en las asperezas de las Alpujarras.

—Os portais como un verdadero cristiano, señor, interrumpió Roque, al demostrar tanta solicitud por la suerte de D. Rodrigo. En verdad, que el comportamiento de los caballeros de clase es para mí incomprendible. Hé aquí á mi ilustre señor, que hace pocos momentos buscaba ardentemente la vida de D. Rodrigo con la punta de la espada, y que ahora se duele con la misma ansiedad de que su adversario se vea espuesto á los inconvenientes de una correría nocturna por las montañas de las Alpujarras.

Monteblanco no podía ménos de congratularse interiormente de la feliz terminacion de una aventura, que hacía presumir tan graves consecuencias; porque no podía agradecerle en manera alguna la idea de encontrarse en su casa con un cadáver y todos los desagradables incidentes que tal huésped ocasiona. El también se apuraba por la seguridad y el bienestar de D. Rodrigo; pero muy juiciosamente creía que era mucho mejor que su querido amigo sufriese los inconvenientes de pasar una noche en la montaña, que no que le hubiese espuesto á las tristes consecuencias que inevitablemente hubiese producido á unos y otros un fatál resultado, singularmente habiendo tenido lugar el suceso en su propio zaguan; porque se hubiese visto así obligado á tomar parte en el drama, de lo que se encontraba con el mayor gusto libre, así como de tener que explicar la catástrofe á los funcionarios de Justicia. Estas reflexiones le movían á aprobar en su interior la estratagema de Roque, aunque se libraría muy bien de darla ostensiblemente su aprobacion; porque creía mucho más propio que no se alabase nunca la conducta de los inferiores y criados, aún cuando diesen el mejor resultado en sus servicios,

Obrando con sujecion á este caritativo principio, no creyó que debía intervenir para evitar las burlas y los ultrages con que por todas partes asediaban al infelíz criado. Así es que el pobre Roque tuvo ocasion oportuna de apreciar cuán poco inclinado es el hombre á seguir los impulsos de un corazón bueno, y cuán diversos modos tienen los hombres de

agradecer un servicio, aunque interiormente estén de él muy satisfechos.

—Sal de aquí, canalla, exclamó D. Manuel; tu atrevimiento merece un ejemplar castigo de parte de tu amo.

Apenas dijo esto, tomó á su hija de la mano, hizo una leve inclinacion de cabeza á Gomez Arias, é iba á retirarse cuando D. Lope se adelantó en ademan de detenerle.

—Esperad, D. Manuel, le dijo: yo no puedo salir de vuestra casa sin manifestaros de nuevo mi sentimiento por la perturbacion que en ella he causado. Yo os ofrezco sinceramente mis excusas, como cumple á un caballero, y como tal tambien espero que D. Manuel de Monteblanco se servirá aceptarlas. Haré, además, cuanto en mi mano esté por satisfaceros; y como es bien notorio que mi criado ha sido la primera causa de todos estos agravios, podeis quedar seguro, señor, de que el culpable no se escapará al merecido y correspondiente castigo.

D. Manuel se manifestó cumplidamente satisfecho con las excusas de Gomez Arias, y aceptó cortesmente la reparacion propuesta; y saludando de nuevo con más expresion que la primera vez, se retiró del zaguán acompañado por su hermosa hija, que habia recogido ya la elocuente mirada de despedida de su amante, y atesorado en su pecho todos los tiernos sentimientos que revelaba.

A la vez D. Lope, completamente satisfecho de sí mismo, llamó en alta voz al pobre Roque. El fiel criado estuvo pronto en el instante para tomar el camino. Su amo con el mayor sosiego se volvió á su morada á reflexionar sobre las aventuras de la noche, y á convingar sus planes para el completo éxito de sus proyectos ulteriores.

LOS HIMNOS DE COVADONGA.

(CONCLUSION.)

III.

La decidida afición al canto de todos los pueblos del Norte de España contrasta de un modo muy señalado con la indiferencia musical de los del interior.

Antes de que los adelantos modernos hubiesen fijado la escritura música con tanta precisión como la literaria, no había para los sonidos otro medio de trasmisión que el oído. En los pueblos en que la afición á las melodías no tiene dominio, está siempre muy espuesto á romperse el hilo de comunicación: por el contrario, en donde la afición es grande hay más probabilidades de que se conserven los cantos antiguos.

Otra circunstancia hay que tener presente para hablar de la música de las Asturias. En estos países fué en donde ménos se sintieron las algaradas de los hijos del Koran. Es de presumir que las melodías de los Muslimes apenas pudieran resonar en aquellas montañas en que se grababan las primeras páginas del gran poema de la reconquista. En ellas han debido trasmitirse más puros, por lo mismo, los cantos tradicionales.

Luego es muy posible que entre las antiquísimas canciones populares con que los hijos de las Asturias celebran sus grandes fiestas, se conserven algunas de las mismas que hace once siglos entonaban sus ínclitos antepasados, los héroes de Covadonga.

Una de las melodías más antiguas en estos pueblos es, sin género de duda, la que sirve para solemnizar ciertos días festivos y en cuyo romance se halla siempre este estribillo:

«Válgame el Señor San Pedro,
Nuestra Señora me valga.»

Es un canto sencillísimo de tono menor, comprendido en

cuatro compases de *compasillo*, y cuyo movimiento puede espresarse por el Metrónomo de Maelzel con el número 112 de las negras. Cuando el canto es acompañado con los panderos, cada golpe seco de estos marca una parte de compás.

La melodía, que tiene todas las condiciones de popular, encierra al mismo tiempo mucho de religiosa, no sólo por algunos de los romances, y por servir para celebrar las fiestas, sino también por la manera de ser cantada.

Divídense los cantores en dos coros, todos unísonos; y el segundo repite la melodía desde el mismo cuarto compás en que el primero la deja. Alternando de esta manera, cantan un romance octosílabo, que varía, según el pueblo y las circunstancias.

En unas partes el canto vá unido al baile; en otras el canto es sólo. De todos modos el baile del Principado varía del de la Montaña; pero la melodía es casi igual en ambas comarcas.

Comillas, Ruiloba, Cabezon de la Sal, la Revilla y otros pueblos de la provincia de Santander, más próximos á la de Oviedo, guardan este canto como una reliquia tradicional.

En Comillas han tratado algunos Vicarios de abolir la costumbre de ir el pueblo cantando y bailando ante la imagen de San Pedro el día de su festividad; pero pocas causas podrían producir un conflicto en aquel pacífico pueblo, como los ataques á esta antigua y venerada tradicion.

A principios del presente siglo se acudió al Obispo de la diócesis para que decretara la supresion de este culto popular; y los ancianos de Comillas, cuyo nacimiento se remontaba al primer tercio del siglo XVIII, emprendieron una peregrinacion á fin de manifestar al prelado, que habian recibido de sus abuelos aquel canto y aquella costumbre y que no verían sin amargo dolor la desaparicion del legado que la antigua generacion les habia hecho.

Aquellos ancianos tuvieron el consuelo de morir dejando á sus hijos el mismo legado, porque el Obispo respetó con prudencia una tradicion, cuya antigüedad era indudable.

Recientemente un vicario de la misma villa escondió la imagen de San Pedro, creyendo de este modo concluir con lo que él juzgaba una profanacion; pero no hay imposibles para un pueblo impulsado por la fé. Los comillanos encontraron un San Roque que empolvado yacía en oscuro rincon y reemplazando su calabaza con las llaves del apóstol, hicieron, por medio de una repentina metamórfosis, del abogado de la peste el guardian de la celestial morada. Y el pueblo entero, con más entusiasmo que nunca, salió cantando, lleno de fé religiosa y de sencillez:

«Válgame el Señor San Pedro,
Nuestra Señora me valga.»

El ex-San Roque debió perdonar la metamórfosis en gracia de la fé.

Pocas melodías pueden presentar tantos títulos de populares y antiguas como la de «*Válgame el Señor San Pedro.*» El mismo canto está indicando su antigüedad; y si acaso el metro hiciera creer que su origen no puede pasar del siglo en que nació el romance octosílabo, hay que tener presente que muchos de los himnos del siglo VII, que aparecieron en el códice toledano, son susceptibles de la misma melodía que dió á San Roque en Comillas los honores de apóstol.

Aquellos para quienes constituye siempre una delicia evocar los recuerdos de la infancia, prevén con amargura la completa desaparición de las costumbres que encierran la memoria de sus padres.

El religioso cántico de «*Nuestra Señora me valga.*» apesar de su carácter monótono, conmueve todavía á los hijos de las Asturias, que, ocupando honrosos puestos en el Estado, tórnán en la estación del Estío á los lares en que fueron sus cunas mecidas. Aquella melodía arrastra su imaginación á los tiempos en que las aves cortaban su vuelo, no sobre los hilos del telégrafo, sino únicamente sobre el verde follaje de los árboles, y en que no conocían otros medios de comunicación que la carreta de bueyes, ni otras costumbres, que las suyas propias.

Aquel canto es no sólo la historia de sus padres, sino el recuerdo vivo de sus sencillos placeres, de sus goces infantiles, de sus rosados sueños, de sus inocentes ambiciones.

Pero la potente mano del génio del siglo vá borrando el cuadro de la vida patriarcal de las aldeas, y en el más apartado rincón se oye decir ya al mismo tiempo: *Benvenuto, Bon-soir* y *Good-by.*

La melodía de *Nuestra Señora me valga*, no sólo es de la misma naturaleza y del mismo género en ambas Asturias, sino que la divergencia que puede haber entre los cantos de una y otra es, sin duda, hija de la facilidad de adular los sonidos, cuando el oído es el único medio de trasmisión. Y es por cierto muy notable que esa melodía no se haya transmitido á Galicia, cuando se halla tan próxima al Principado como la Montaña.

Esta observación, profundizando en las causas históricas, hace reconocer que la simpatía musical de los cantares en una y otra Asturias nace de uno de esos grandes hechos que sellan la más perfecta intimidad en la vida de dos pueblos.

Pelayo es la gran figura que une á los astures y cántabros; Covadonga la primera página del poema de esa union. Probablemente de ésta ha nacido la simpatía de los instintos y gustos musicales de *las dos Asturias*.

IV.

Examinando detenidamente la naturaleza de los cantos populares, se vé que los de Galicia llevan un compás de *seis por ocho*; los de *las Asturias*, de *dos por cuatro* ó de *compasillo*; y los de Andalucía, Valencia y Aragon, de *tres por cuatro* ó de *tres por ocho*.

Las canciones populares de *las Asturias* son de himnos y de baladas. Las primeras, con un movimiento animado de *dos por cuatro*, sirven muchas veces para los bailes campesinos y para coros de marcha; las segundas tienen un tiempo más lento y en ellas, la prolongada emision del final de las frases musicales parece el eco de las montañas. Estas últimas canciones están generalmente en tono menor; y todavía, cuando la luna riela sobre la campiña, se oyen alguna vez á lo lejos los sonidos de la balada que llevan desde el valle al monte una lánguida melodía.

En la Montaña hay un canto que viene á ser el *allegro* de los bailes populares; esto prueba que el *allegro* es el desahogo espontáneo del *andante*.

Concluido el movimiento pausado de un baile popular, sigue el aire que se llama *á lo alto* ó *á lo mucho*, que generalmente es un canto animado de tono mayor, cuyo tiempo puede apresarse por el *allegro vivace*. Está formado por diez y seis compases de *dos por cuatro*, constituyendo una melodía completa, susceptible de gran desarrollo y de hermosísimas combinaciones armónicas. Esta melodía, que empieza á huir de la Montaña, debe hacer un gran papel en una coleccion de cantares montañeses. Les sirven de poesía los cuatro primeros versos de una seguidilla, sujetos á varias repeticiones y á la alteracion del acento en las últimas sílabas del segundo y cuarto.

La *polka* y las *habaneras*, igualando las clases, acabarán por desterrar todas las melodías populares. Dentro de poco, solo quedará como un recuerdo, el animado *allegro* de los bailes, llamado *á lo alto*.

Parecido á ese canto hay otro en la Montaña, de ocho compases del mismo tiempo, y en romance agudo heptasílabo

(1); pero no es tan espontáneo, tan fresco, ni tan resuelto como él. Los dos tienen en sus melodías algo de estructura moderna.

Muchas canciones populares pudieran citarse de esas que aparecen de pronto, sin tener carta de naturaleza, y pasan á la historia después de haber reinado breve tiempo en los gozcos filarmónicos de un pueblo. Con referencia á las Asturias, la mayor parte de ellas, sinó todas, tienen un compás de *dos por cuatro*. Difícil, ya que no imposible, sería buscar el origen de estos cantares; pero es lo cierto que los habitantes de las Asturias, aceptan con predilección todos los que llevan el movimiento de himnos de marcha. Esto es instintivo, porque los cantores de seguro ignoran que el compás de *dos por cuatro* existe.

Los cantos de balada, en estas provincias, están perfectamente retratados en el primer ejemplo musical, en tono de *la natural menor* y en compás de *dos por cuatro* (2), que el inteligente profesor del Conservatorio, Sr. Inzenga, ha facilitado al distinguido escritor D. José Amador de los Ríos, y que se halla en el tomo segundo de la *Historia crítica de la literatura española*, que este conocido autor está publicando.

V.

La civilización moderna tiende á destruir las costumbres antiguas. Las canciones populares, que acaso cuentan ya siglos de existencia, desaparecerán muy pronto.

Poco se ha de tardar en oír á los pastores cantar un *aria* del Trovador, y á las pastoras el *addio de la Traviatta*.

La facilidad de las comunicaciones estiende por todas partes las ideas y las melodías.

Antiguamente ciertos cánticos estaban limitados á un horizonte reducido; solo en algunas ciudades se importaban canciones de otros países.

Hoy en cada romería se oye distinta música; y la aldea que, hace poco, no habia escuchado más cantos que los religiosos y populares legados de generación en generación, alterna ya las melodías de la zarzuela con las de la ópera.

Si no se reducen pronto á la notación musical los cantos

(1)

Que vengo de Reinosa,
que voy á Santander
á ver los mis amores,
que ya los voy á ver.....

(2) De las pocas canciones montañesas que llevan un compás de *tres por cuatro* es la más antigua y la más popular la de las *Marzas*.

de los pueblos, llegará un momento en que se crea que son pura canción gallega alguna *balada china* ó alguna *danza del Mogol*.

En cambio el arte está adelantado de un modo admirable, y no pueden los pueblos menos de dejarse arrastrar por la corriente.

Las dos Asturias, que tantas mútuas simpatías tienen, que tantos lauretes han sembrado unidas en el sendero de su historia, deben hacer un pacto musical, ya que Euterpe, al flotar su delicioso manto sobre ellas, les inspiró la más acorde armonía de sentimientos, de instintos y gustos en su divino arte.

Los descendientes de los Cántabros y de los Astures se hallan en el caso de seguir el ejemplo de las sociedades corales, que bajo tan buenos auspicios han comenzado sus ensayos en España y en el extranjero, y reunidos en Covadonga, evocar la memoria de aquel día glorioso en que, hace más de once siglos, juraban unos valientes, ante el pendon de *Dios y Libertad*, sacudir el yugo del Muslim.

Pelayo bendecirá desde su tumba el tributo dedicado á su memoria por dos pueblos unidos, cuyos cantos resonarán en las mismas montañas que repitieron los gritos de guerra del siglo VIII.

Esos cantos que, reconstruyendo melódicamente, por decirlo así, el reino de Pelayo, reflejarán la unidad y la armonía de los corazones de las provincias gemelas, serán *los himnos de Covadonga*.

M. D. DE QUIJANO.

LA NOVIA DEL MINERO.

VERSION ESPAÑOLA DE DOÑA JOSEFA PUJOL DE COLLADO.

Pedro y Margarita crecieron juntos en una aldea del Norte de Francia, cuyos habitantes se dedicaban casi por completo, á la explotacion de las minas que enriquecieron la comarca.

Pedro, era hijo del jefe de los mineros y de niño, apenas sus débiles piernas podían sostenerle, bajaba á las minas, amenazando el trabajo de su padre con sus infantiles gracias. Más tarde, cuando la volubilidad de la infancia cedió el sitio al ardor de la juventud; el jóven se convirtió en un inteligente obrero. A la simple vista adivinaba el lugar á donde debía dirijir sus esfuerzos el minero, con toda seguridad recorría sin desorientarse, las largas galerías subterráneas, y sereno siempre, en medio de las tinieblas, explicaba con sencillez á los trabajadores, valiéndose de razones naturales, los misterios de la naturaleza que ellos no comprendían.

Una noche en que el padre del jóven minero regresaba de una aldea vecina, fué distraido de sus reflexiones por unos gemidos que partían al parecer de los matorrales que crecían al borde del camino, que recorría embebido con la idéa de dar fin en brevè á su corto viaje. El digno hombre se dirijió al momento hácia el lugar de donde parecían partir los lamentos, y encontró una pobre criatura, apenas vestida, que levantaba al cielo sus tiernas manecitas, como en demanda de proteccion. Su enronquecida voz, demostraba que hacía largo rato se encontraba abandonada á la piedad de los caminantes, que la casualidad dirijiera á aquellos andurriales, y amargas lágrimas humedecían sus angelicales facciones.

El pobre hombre se enterneció ante aquella criatura abandonada, pensó en su hijo, en su amado Pedro, arrodillóse

junto á la niña, dirijióla palabras de consuelo, y al ver las escasas prendas de abrigo con que contaba, se quitó su abrigo procurándo arropar con él á la infelíz, la tomó en brazos y emprendió de nuevo el camino de su casa llenándola de besos y esforzándose en acallar su amargo lloro.

—¡Esposa mia! exclamó dirijiéndose á su mujer apenas ésta abrió la puerta y presentándola el tierno infante: la Providencia nos há escogido entre todos los habitantes de la aldea, para que aliviemos la suerte de un sér desdichado, creo que no te pesará tener dos hijos en vez de uno.

Por toda respuesta, la madre de Pedro estrechó conmovida la mano de su marido y desde aquel dia las infantiles voces de la niña, retumbaron como una bendicion del cielo, bajo el modesto techo que servía de abrigo á aquella honrada familia.

Pedro y Margarita al llegar á la edad de las pasiones se amaron con delirio, el dulce nombre de hermanos que desde su infancia se prodigaban, transformóse en otro más grato á sus corazones. Pedro pidió á sus padres la mano de Margarita y los protectores de la jóven abrazaron á su hijo diciéndole con emocion:

—Tu peticion realiza nuestro sueño dorado, querido Pedro, fija por lo tanto el dia que ha de asegurar nuestra dicha.

Todas las circunstancias parecían reunirse para aumentar la felicidad de los dos amantes, la noticia cundió rápidamente por la aldea y el dia que se celebraron los esponsales de Pedro y Margarita fué un dia de verdadera fiesta para aquellos sencillos aldeanos. Los mineros abandonando sus galerías subterráneas reaparecieron contentos á la luz del sol, vistiéndolos sus mejores trajes y los jóvenes amigos de los prometidos esposos, se adornaron con flores para celebrar su dichosa union.

Cuando la alegría se hallaba en todo su apogeo y los plácemes de los convidados zumbaban como una música deliciosa en los oidos de los novios, Pedro abrazó dulcemente á su linda prometida y dijo con misterio á sus jóvenes compañeras:

—Detenedla... que no me siga... ha llegado el momento de que le presente el regalo de boda que le destino sin que lo sospeche... detenedla.

Y Pedro siempre sonriendo, siempre recomendando el silencio á las traviesas aldeanas con un expresivo ademán, se alejó dirijiéndose á su casa, dió dos ó tres vueltas á su alrededor, tomó el camino que conducía á las minas, volvió otra vez la cabeza hácia donde se hallaba Margarita y al fin desapareció evidentemente por una de las antiguas galerías.....

Llegó la noche, llegó el día siguiente y Pedro no regresaba, inútilmente se le buscó y se le llamó á grandes voces, registrando las minas en todos sentidos, todo fué en vano y pasaron los días, los meses y los años, sin que Pedro regresara al seno de su angustiada familia.

Margarita, la pobre niña abandonada se sentía morir de dolor, pero recordando los inmensos beneficios que debía á los padres de su amante, aún encontró frases en sus lábios para consolarles y prometerles días felices—en medio del pesar que laceraba su alma.

La Virgen del valle guardó tristemente su corona y su ramo de desposada diciéndose con firmeza:

—Esperaré su vuelta.....

.

Sesenta años trascurrieron después de esa terrible y misteriosa aventura. Margarita había cerrado piadosamente los ojos de sus ancianos bienhechores, los que habían asistido jóvenes á sus funestas bodas, habían muerto, los niños eran hombres ya, una nueva generacion bullía en la aldea y el recuerdo de Pedro y de su inexplicable desaparicion, tan sólo se conservaba como una de esas tradiciones á las que el paso de las edades presta detalles fantásticos.

Los supersticiosos aldeanos creían que Pedro era un sér sobrenatural que habia celebrado pacto con los malos espíritus y cuando en las frías noches de invierno el viento hacía inclinar con fúria las ramas de los árboles, ó se engolfaba silbando por las altas chimeneas, los viejos creían oír los gemidos de Pedro que pedía oraciones para su alma. Si en verano á impulsos del calor algun vapor se inflamaba en los espacios, decían que era una estrella que anunciaba las penas que sufría el jóven minero: el grito del buho, el silbido de la serpiente, los aullidos de los lobos, al resonar junto á las paredes del lugar, se convertían en una misteriosa y fatídica amenaza; entónces el aldeano estremecido de espanto y arrojando á su alrededor inquietas miradas, agitaba con vigor su hacha mientras estrechaba en silencio contra su pecho á sus pequeñuelos, como si temiera que la fría mano de Pedro se posara sobre sus cabezas como un anuncio de muerte.

El tiempo prosiguió infatigable su marcha á través de los años transformando séres y cosas á su voluntad, hasta que explorados al fin los filones conocidos de las minas, fué necesario abrir nuevos subterráneos, se levantaron planos, se trazaron líneas, se indicaron galerías y bien pronto el ruido sordo del pico al retumbar sobre el granito, los golpes del

azadon y el ruido que al rodar producían los carros, indicaron que los nuevos trabajos se hallaban empezados.

El dueño de las minas ordena grandes fiestas para celebrar la inauguracion y cuando las damas y caballeros que habían asistido á ellas, regresaron á la ciudad, sólo quedaron en la aldea á más de sus habitantes, los ingenieros que debían dirigir la explotacion.

Un día, mientras los jefes presenciaban el trabajo y calculaban la manera de asegurar mejor la existencia de los trabajadores un ruido sordo, parecido al anuncio de una tempestad lejana, se levantó del fondo de la mina. El ruido aumentaba, la tierra temblaba sobre sus cimientos, se oyeron gritos desgarradores, los ingenieros acudieron á la boca de mina, sonó con violencia la campana de alarma y cuando los jefes quisieron lanzarse al socorro de los infelices mineros, éstos aparecieron á la luz, pálidos, estupefactos y temblorosos.

—¿Qué ocurre? preguntaron azorados los ingenieros.

—¡Un hombre!... ¡el infierno!... la muerte!... un milagro!... la aparicion!... tales eran las palabras que á duras penas podían formular aquellas bocas heladas casi por el terror.

Hé aquí lo que habia sucedido; mientras los mineros procuraban abrir una comunicacion entre la nueva mina y la antigua, hallaron una capa de tierra ménos dura que las demás, no tan sólo piedra y tierra formaban la masa, los materiales que entre ellos se encontraron mezclados en abundancia, probaban que en tiempos anteriores aquellos lugares habian sido teatro de un desquiciamiento. Así lo comprendieron los mineros y en vista de que el trabajo nada tenía de penoso, probaron de abrir brecha, más al adelantar algunos piés, se encontraron con un espacio vacío del cual se escapaba una especie de fluido que se inflamó instantáneamente. A su rápida luz, divisaron en el fondo de la cueva á un jóven al parecer dormido.

Los trabajadores ante aquella inesperada aparicion echaron á correr, reuniéndose á sus camaradas á los cuales con entrecortadas frases procuraron enterar de la causa que les obligaba á huir. Decían que no era un hombre el que acababa de aparecérselos en las entrañas de la tierra, sinó un espíritu maligno, la satánica divinidad encargada de turbar de vez en cuando los trabajos de las minas... le habian visto, decían: agitarse, levantarse, estender el brazo en son de amenaza... finalmente el aparecido proyectaba incendiar los apoyos de las nuevas bóvedas para destruirlo todo.

El ingeniero después de escuchar atentamente el exagerado relato que le hicieron de su figura los supersticiosos mi-

neros, miró en torno suyo como tratando de ver en las facciones de todos aquellos hombres, la resolución que era prudente tomar.

—¡Vamos á la mina, amigos míos! exclamó de pronto después de haber cambiado en voz baja algunas palabras con los demás ingenieros.

A los pocos momentos y sobre el verde césped que alfombraba los alrededores de los pozos que conducían á la mina se tendía el cuerpo húmedo y frío que los mineros habían encontrado. Los primeros rayos del sol alumbraron sus hermosas facciones, su frente serena, su boca sonrosada, y sus ojos inmóviles. Los vestidos atestiguaban visiblemente otra época y un cofre que se habían encontrado á su lado con joyas, una cruz de oro, una cadena, un medallón con una cifra grabada demostraban que en otro tiempo aquellos objetos preciosos fueron destinados á una mujer querida; por aquel sér inanimado y extraño ya á las pasiones que conmueven el corazón humano.

Todos los habitantes de la aldea acudieron al lugar del acontecimiento y mientras los ingenieros examinaban y las autoridades se perdían en conjeturas, cada uno procuraba, reuniendo sus recuerdos, buscar en vano la explicación de aquel enigma.

—¡Margarita! exclamó de repente una jóven con sorpresa á la vista de una anciana, que penosamente procuraba abrirse paso entre los curiosos que rodeaban el cadáver.

—Dejad pasar á Margarita: añadieron algunas jóvenes.

Entónces la pobre vieja llegó al grupo que formaban las autoridades y los ingenieros. Su rostro, ordinariamente pálido, resplandecía á impulsos de una suprema alegría, en sus ojos amortiguados por la edad, centelleaba inusitado fuego y todo en ella demostraba que una emoción misteriosa conmovía su sér.

Separó con un movimiento convulsivo al ingeniero que estaba á su lado y arrodillándose junto al cadáver:

—¡Pedro! exclamó con delirante acento, mientras que sus demacradas y temblorosas manos recorrían con amor las facciones del desconocido. Luego apartó con solicitud estrema los negros cabellos que á medias cubrían el rostro de aquel sér, que había permanecido sesenta años oculto en las entrañas de la tierra, y depositó un beso en su helada frente diciendo:

—Sí, sí, es Pedro... el amigo de mi infancia... es mi amante! y las lágrimas inundaron sus enflaquecidas mejillas. ¡Ah! te esperaba, no debía morir sin verte, sin abrazarte por última vez!

En vano los testigos de esta dolorosa escena quisieron apartarla de aquel lugar terrible. Margarita se abalanzó sobre el cuerpo de Pedro, y estrechándole como una loca entre sus brazos, decía que quería morir sobre aquel corazón que sólo por ella había latido.

¡Pobre Pedro! sin duda queriendo sorprender á su novia, habia ocultado los regalos que le destinaba no lejos del lugar donde tenía por costumbre trabajar en el subterráneo. ¡Cuán larga debió ser su agonía! Su delirante pensamiento tal vez volaría al sitio donde se preparaban á celebrar sus bodas, sin duda veía á su madre, á su joven prometida, á su pobre padre, inquietos por su larga ausencia. ¡Qué horrible suplicio pensar que no debía volverles á ver, que no recogerían su último suspiro, que se ahogaba, lleno de juventud, y lleno de vida bajo un monton de tierra!

¡Pedro, esperaré tu regreso! habia dicho Margarita.

¡Sesenta años le esperó!

Habia cumplido su palabra.

La pobre anciana no pudiendo resistir tantas emociones, murió pronunciando el nombre de su amante.

¡Cuando formuló su voto el dia de sus bodas, no esperaba que su lecho nupcial fuera un sepulcro ni que la helada mano de Pedro tan sólo se uniera á la suya, después de muerta!

SECCION BIBLIOGRAFICA.

Ensayo Histórico-jurídico sobre el matrimonio en Roma, por D. Fernando Araujo.—Salamanca.—1878.

Hemos recibido esta curiosa obrita de nuestro ilustrado y erudito colaborador, á quien damos las gracias por su atencion, prometiéndole ocuparnos de su libro con mayor estension cuando nuestras ocupaciones nos lo permitan.

ERRATAS.

En el número anterior, página 400, línea 14, donde dice «debido es», debe decir, «debido esto»; y en la línea 27, donde dice «arrójanle», debe decir «arrogante.»

ESTUDIOS CRÍTICOS SOBRE ESCRITORES MONTAÑESES.

D. EVARISTO SILIÓ Y GUTIERREZ.

(CONCLUSION.)

La terrible duda del destino humano aqueja siempre á Silió en sus momentos de *escepticismo*, y le inspira dos de sus más notables composiciones, *la Nave* y *la Vida*. En la primera con la usada alegoría de la nave, por él diestramente rejuvenecida, describe la humanidad bogando sin norte ni rumbo, entre peligros y borrascas:

Ya cruce las olas dormidas del lago,
Ya el ancha llanura del piélago vago
Que á veces en calma fatídica está,
Sin faro en la noche ni rumbo á lo cierto,
La nave en que el mundo se aleja del puerto
¿Quién sabe dó boga? quién sabe dó vá?
Al soplo navega de vária fortuna
Por mar que el sepulcro separa y la cuna,
Y en su hórrido seno dó impera el terror,
«Bogad» ván clamando las almas á coro,
«Bogad, dó la dicha se compra con oro,
Dó reina la gloria, dó vive el amor.»

En esta *barca de los locos*, como se decía en la Edad Media, navega también el poeta tan ciego y desalumbrado como los demás:

Y yo también bogo sin faro ni guía,
Buscando en la estensa llanura sombría

El puerto que un día mi mente soñó,
Y en vano pregunto con pena tan grave
A dónde navego, que nadie aquí sabe
A dónde en mi nave mañana iré yo!
Viviente lumbrera que allá en las alturas
Con férvida llama perenne fulguras,
Y á playas oscuras nos miras bogar,
O inflama la nave, ó vé la agonía
Del hombre que boga sin faro ni gufa,
Del triste que fía del viento y la mar.

¡Triste influjo de esta época descreída que así tiende á apagar en espíritus sanos y en corazones rectos la luz de la verdad, para dejarles tinieblas, dudas, y á la postre, desesperación! Nunca llegó nuestro poeta á tales estremos (lo repetimos), pero asediábanle sin cesar negros presentimientos, y la idea misma de los anteriores versos aparece, con mayor claridad aún, en la segunda de las composiciones citadas, que es una verdadera joya poética. Las caravanas que marchan por el desierto de la vida, engañadas por la esperanza, perdiendo á cada paso una ilusión, anhelantes de dicha siempre y sin ver el fin de su camino, forman un cuadro descrito con la mayor sobriedad y energía. No sobra una palabra en aquellas estrofas que hasta en un movimiento rítmico remedan el doloroso viaje de la humanidad; júzguese por el final:

Y aún avanza y aún lucha con su agonía,
Pero léjos, muy léjos, trémula gufa
La planta allí...
Seguirla ya no puede la vista humana...
¡Ya sólo Dios vé adónde la caravana
Marchando vá!
Y así por el desierto yo peregrino
Apartar quiero en vano de su camino
Mis pasos hoy;
El mismo afán, la misma vereda tengo
¡Y sólo el cielo sabe de dónde vengo
Y á dónde voy!
Y así generaciones sin cuento han ido
Perdiéndose á lo léjos, el pecho herido
Del mismo afán;
Así espiran las tristes glorias humanas
Y así por el desierto las caravanas
Pasando ván!

Silió que, como casi todos los poetas de veras *subjetivos*,

tiene una sólo cuerda en su lira, se repite mucho en pensamientos y en imágenes. Así encontramos reproducida con leves variantes la anterior en el lindo romance de *los viajeros*, que termina así:

Yo en el valle en vano ansío
Descubrir, tras nube santa,
Si del sueño de la vida
Despiertan allí las almas
En las sombras de la noche
O á la luz de la alborada.
Sólo sé que al fin un día,
Tal vez hoy, quizá mañana,
La postrera voz que oímos
Me dirá: «despierta y anda»
Y me iré con los viajeros
Que trasponen la montaña.

Más apacible sentimiento anima las poesías tituladas: *Meditacion, A Esperanza, A una niña*, de esquisita sencillez y primor en la ejecucion artística.

Dos composiciones en cierto modo *eróticas* encierra el tomo de Silió, y en ambas se revela bien á las claras el carácter idealista y soñador que ántes asignamos á la poesía del Norte. El amor de nuestro vate se dirige á una sombra, á una creacion de la fantasía, que no es una encarnacion de la belleza como *la mujer que no se encuentra*, cantada por Leopardi, sinó que es un resumen de todas las quimeras que agitan el alma y el pensamiento del poeta, y guarda sobre todo notable semejanza con la *inmortal amiga* de Laverde Ruiz,

Virgen etérea á consolar llamada
De un vate el perenal dolor...

¡Angel sublime de mis sueños de oro
En forma de gentil mujer...

Algo parecido debía ser el *ideal* que perseguía Silió, y que le dictaba estrofas como las siguientes, comparables á las más celebradas de otros líricos contemporáneos, superiores á él en fama más que en merecimientos:

Yo te busqué en los campos del valle mío,
Por las montañas y el bosque umbrío,
Doquier que fuí;
Y al ver que tú encantabas otros lugares,

Mi amada aldea, mis dulces lares
Dejé por tí!

.....
Tal vez de los espacios del bien risueños,
En las quimeras de mis ensueños,

Bajar te ví;

Tal vez tendi los brazos, hallé el vacío
Y entre tinieblas el llanto mío

Brotó por tí!

Lamento misterioso de amor y pena,
Por tí doliente mi canto suena,

Por tí no más,

Por tí ferviente imploro los almos séres,
Y aún de tí léjos, ni sé quién eres

Ni dónde estás!

Viviente luz que ciego mi amor ansía,
Que triste llevas el alma mía

Del tuyo en pós;

Mujer á un tiempo y ángel sin páz ni nombre
Que el bien me ofreces que puede el hombre

Lograr de Dios!

Vírgen diosa del templo de mis placeres,
¿Cuándo, qué día sabré quién eres

Y dónde estás?...

Ay! en vano esta duda mi pecho afana;
Hoy mismo acaso!... tal vez mañana!...

Tal vez jamás!...

No era vulgar el que tan reconcentrado sentimiento y tanta pureza de expresion ponía en sus cantos. No lo era el que escribió la bella cancion *La cita en el valle*, modelo de intensa ternura y suavidad rítmica. Por donde quiera que abramos la coleccion de Silió hemos de tropezar con rasgos notables en el pensamiento y en la forma que le separan en mucho de la grey de los *cantores* adocenados.

Publicó Silió un poema titulado *Sta. Teresa de Jesús* y dejó comenzado otro de *La Magdalena*. ¡Qué asunto el primero para un poeta español y cristiano! La extática doctora avilesa, serafín abrasado en amor divino, heroica fundadora, nacida para revelar al mundo los más hondos misterios del *erotismo* sagrado, los regalados favores del celestial Esposo, y penetrar cuanto en existencia terrena es dado, el piélagos de la bondad y hermosura divina, sin perderse en las torcidas corrientes panteísticas; intérprete, como ningun otro mortal, de la sublime armonía y del lenguaje de los ángeles que ella reprodujo con gracia de mujer, y de mujer caste-

llana, en libros que (para valernos de la frase discretísima de un sábio profesor catalán) con ser de los henchidos *de más alta doctrina, más que libros semejan candorosa plática familiar. Porque en la alteza de las cosas, añadiremos con Fr. Luis de Leon, y en la delicadeza y claridad con que las trata, excede á muchos ingenios, y en la forma del decir y en la pureza y facilidad del estilo y en la grave y buena compostura de las palabras, y en una elegancia desafiada que deleita en extremo, dudo yo que haya en nuestra lengua escritura que con ellos se iguale.* Y tan verdad es ésto, que por una sóla página de Sta. Terésa pueden darse infinitos celebrados libros de nuestra literatura y de las extrañas, y por la gloria que nuestro país tiene en haberla producido, cambiaría yo de buen grado, si hubiésemos de perder una de ambas cosas, toda la gloria militar que oprime y fatiga nuestros anales.

Los ingenios españoles profesaron siempre veneracion grande al ángel del carmelo, y entre las poesías á su loor consagradas en los siglos XVI y XVII las hay de Cervantes (1), de Bartolomé Leonardo de Argensola, de Lope de Vega, pero á todas exceden los versos de D.^a Cristobalina Fernandez de Alarcon (2), *décima musa antequerana*, que calificó de *celestiales*, y no sin razon, el volteriano y descontentadizo Gallardo. De poemas más extensos dedicados al recuerdo de Sta. Teresa, sólo tengo noticia de la *Amazona cristiana* de Fr. Bartolomé de Segura (Valladolid, 1619) más apreciable que por el contexto de la obra, por ciertas composiciones líricas entremezcladas, y del notabilísimo ensayo de nuestro Silió.

Conveniente parece advertir que el asunto de Sta. Teresa al par que grandes ventajas, ofrece no leves dificultades, una de ellas insuperable. No hay en el mundo prosa ni verso que baste á igualar, ni aún de léjos se acerque, á cualquiera de los capítulos de la *Vida* que de sí propia escribió Sta. Teresa, por mandado de su confesor, autobiografía á ninguna semejante, en que con la más peregrina modestia se narran las singulares *mercedes que Dios la hizo*, y se habla y discurre de las más altas revelaciones místicas con una sencillez y descuido de frásés que deleitan y enamoran. Y como aquel estilo no se imita, y fuera vana presuncion el intentarlo, y

(1) Cancion que comienza *Virgen fecunda, madre venturosa* en la *Relacion de las fiestas hechas en Madrid y en toda España á la beatificacion de la beata madre Teresa de Jesus*, por Fr. Diego de S. Josef. Madrid, 1618.

(2) Las quintillas *Engastada en rizos de oro* (*Relacion de las fiestas de Córdoba á la beatificacion de Sta. Teresa.*)

las ricas frases del tesoro literario no son suficientes para rescatar su falta, el que acerca de tan divina mujer escriba, ha de quedar forzosamente inferior á ella en mucha distancia, y esta es sin duda la causa de que los versos de Silió que leídos por sí agradan y demuestran en su autor muy altas dotes poéticas, pierden la mayor parte de su precio, puestos en cotejo con cualquiera de los capítulos de la sublime reformadora carmelita. No es culpa del vate montañés; es la distancia que separa el cielo de la tierra, y que todas las fuerzas humanas no traspasarán jamás.

La *Sta. Teresa de Jesús*, de Silió (1) no sigue la forma académica de los poemas *heróicos*, sinó la suelta y libre de las leyendas zorrillescas. No está escrita en compasadas octavas, sinó en variedad de metros. En pós de una linda dedicatoria en alejandrinos viene una breve introduccion en igual ritmo, briosamente escrita y con gallardía verificada, cual puede juzgarse por la siguiente muestra:

Sufriendo los rigores de inevitable suerte
En cárcel que ceñida de eterna sombra está,
El mundo gira en torno del trono de la muerte
Sobre las huecas tumbas de los que fueron ya.

Cuando en ferviente anhelo levanta su querella,
Y un rayo le ilumina de la celeste luz,
Descubre entre las sombras la misteriosa huella
Que al pedestal conduce de la cristiana cruz.

.....
¿Qué voz mundana puede templar su amargo duelo
Cuando anhelante mira y el porvenir no vé?
¿Qué bienhechor espíritu mostrarle puede el cielo
Si léjos de ella vuela el ángel de la fé?

.....
Oid: voy á cantaros la peregrina historia
De una mujer, de un ángel que en esta vida fué:
Tal vez mi fé vislumbre un rayo de su gloria,
Tal vez vuestra alma alumbre un rayo de mi fé.

El poemita se divide en cuatro partes y en diecinueve capítulos ó cantos muy breves. La unidad *lógica* de la composición, está en el carácter de la heroína, y en las sucesivas transformaciones por que su espíritu vá pasando hasta lle-

(1) *Sta. Teresa de Jesús*. Poema por D. Evaristo Sillio y Gutierrez. Madrid: Imprenta de la Compañía de impresores y libreros, á cargo de D. A. Aorial. 1867. 100 pp. 8.º.—Licencia del Vicario eclesiástico de Madrid, precedida de una aprobacion suscrita por el Dr. Felipe Vázquez y Arroyo. 11 de Enero de 1867.

gar al más puro misticismo. Los infantiles juegos de la virgen de Ávila, las piadosas lecturas que hacía con su hermano, su tentativa de ir á *tierra de moros para que allí los descabezasen*, la muerte de su madre, la tentación mundana que llega á su alma en forma de libro de caballerías, las luchas internas en que triunfa al cabo el amor al ideal celeste, la entrada de Teresa en religion, las persecuciones de la *Ira* y de la *Tibieza* vencidas y aniquiladas por el gigante espíritu de la doctora de Ávila, los tropiezos que opone el mundo á los altos propósitos de la reformadora del carmelo, sus fundaciones, sus extáticos raptos y su muerte constituyen el argumento y desarrollo de la piadosa leyenda de Silió. La narración está hecha con delicadeza y sobriedad notables, el lenguaje es poético sin asomos de afectación ni amaneramiento, y la versificación se desliza fluida y fácil como que brota de un manantial puro y abundante. Y sin embargo, el poema no satisface á quien conoce los libros de Sta. Teresa, ni nos parece todavía digno de su gloria, porque Silió no era bastante místico para identificarse con el misticismo de su heroína, ni bastante filósofo para comprenderle, y no sé si bastante poeta para encontrar palabras con que expresarle. Adeoce además el poema de *Sta. Teresa*, aunque nacido de pura creencia y escrito con ortodoxia sana, del defecto común á casi todos los cantos religiosos de nuestra época, en que si sobra arte, faltan unción y fervor, mal grado, en ocasiones, de los poetas mismos. Falta es ésta difícil de reparar, porque la corrompida atmósfera que respiramos, influye más ó ménos aún en los espíritus más apartados del contagio, y si hoy es frecuente por dicha encontrar hombres de fé inquebrantable, no abunda la fé sencilla, abrasada y poderosa que levanta las montañas y produce todas las grandes maravillas del mundo moral y de la poesía religiosa. Así que en el poema de Silió, aunque ménos que en otros, desagrada á veces cierto tono de poesía profana, cierta profusión de mundanos arreos, que contrastan con el fondo ascético del asunto.

Aparte de este defecto muy disculpable, abunda la *Sta. Teresa* de Silió en perfecciones literarias dignas de alabanza y estudio. Véase qué pureza de sentimiento y de expresión muestra la siguiente plegaria de la niña Teresa á la Virgen, despues de la muerte de su madre:

Tú que nuestro duelo
Con amor consuelas,
Mira los pesares
Que lamento yó;
Tú que desde el cielo

Por él triste velas,
No me desampares,
Madre mía, no.
Ya que es mi destino
Que las penas más
Llore en mis azares
Solitaria yo,
Tú que en el camino
De la fé me guías,
No me desampares,
Madre mía, no!
¿Qué pecho afligido,
Qué humana agonía
Paz sobre las aras
De tu altar no halló?
¡No, no has desoido
La plegaria mía!
No me desampares,
Madre mía, no!

El dulce y reposado tono de este fragmento, y la exquisita sencillez de la forma le hacen digno de los áureos tiempos de nuestra poesía sagrada semi-popular. Sta. Teresa en su *vida* sólo decía acerca de la muerte de su madre lo que sigue: «Cuando yo comencé á entender lo que había perdido, afligida fuíme á una imagen de Nuestra Señora, y supliquéla fuése mi madre con muchas lágrimas.» La oracion que en su boca pone nuestro vate completa ésta voz dignamente en el texto de la autobiografía teresiana.

Refiere la Santa en el cap. IX del mismo libro que hallándose su alma *cansada*, esto es, fatigado con tibiezas, acertó á ver una imagen de Cristo llagado, *muy devota*, y añade que «fué tanto lo que sintió de lo mal que había agradecido aquellas llagas, que le pareció que el corazon se le partía, y arrojóse cabe él con grandísimo derramamiento de lágrimas, suplicándole la fortaleciese ya de una vez para no más ofenderle.» Hé aquí cómo intérpretó Silió esta situacion capital en el espíritu de la contemplativa religiosa:

—«Señor, bendito seas! que abraze eternamente
Mi seno por tí sólo la llama del amor!
Como el sediento ciervo las aguas de la fuente,
Desea el alma mía tu celestial favor!
Que un rayo de tu gloria mi oscura senda alumbra,
Y en ella ya mi planta no detendré jamás,
Y avanzaré gozosa subiendo hasta la cumbre
Donde mejor te vea, donde te adore más!»

Así Teresa dijo, y enmudeció arrobada,
La imagen contemplando de su divino amor...
¿Quién sabe lo que entonces le dijo en su mirada
Resplandeciente y pura su angelical fervor!

Oportunísimo es aquí el recuerdo del *Quemadmodum desiderat cervus fontes aquarum*. No lo es ménos el de una antigua redondilla castellana en la descripción de la muerte de Sta. Teresa, de la cual sólo extractaremos algunas estrofas en obsequio de la brevedad:

«Vén, clamaba, dulce muerte
Pero vén tan escondida
De mi sér,
Que no te vea; que al verte
Temo recobrar la vida
De placer!»
Entre tanto un dulce coro
De enamoradas esposas
Del Señor,
Vertía á sus piés el lloro,
Las lágrimas fervorosas
Del Amor
Y ella, que ya las dulzuras
Percibía en esperanza
Del Edén,
«Amad, suspiró, almas puras
Que sólo amando se alcanza
Digno bien!
¡Amad, y al fin del divino
Amor la primer vislumbre
Viene ya,
Bendeciréis el camino
Que os ha acercado á la cumbre
Donde está!»
Dijo, y al seno oprimía
Un trasunto que su encanto
Siempre fué,
Un crucifijo que había
Mil veces bañado en llanto
De su fé.

¿Era poeta vulgar, el que así atinaba con la expresión *única* y de tal modo sabía apartarse del vulgar camino de la desleída amplificación?

Cierra dignamente el poema un *Epílogo* escrito con alteza de pensamientos y robusta y acendrada versificación:

Más ah! mi oscura mente ¿qué sabe del mañana?

¿Qué puede en sus profundos arcanos descubrir?

Tú los destinos sabes de la familia humana,

Tú el límite conoces del vago porvenir.

Tú sabes dónde espira la llama creadora

Que la materia esclava fecundizando vá;

Tú ves el fin del mundo que desterrado llora,

Tú aproximarle puedes su término quizá.

Tal vez del Dios que día mostró en su amor profundo,

Al hombre esclavizado la redentora cruz,

Tú sola alcanzar puedes que el abatido mundo

Levante hoy á la esfera del bien y de la luz.

Sí! tú que su almo trono mirabas dolorida

Desde esta oscura cárcel, asilo del pesar,

Inspírale, oh Teresa, oh mártir de la vida,

Que el ángel de la muerte nos venga á libertar.

Indudablemente ardía en Silió algo del estro vivificador de los grandes líricos; su temprana muerte le impidió desarrollar las fuerzas de su ingenio, y aún dar cima á varias de sus obras poéticas. Tal aconteció con el poema *La Magdalena*, del cual sólo ha visto la luz pública el primer *cuadro* (1) excelente fragmento, rico de noble y seductora poesía, comparable con los mejores de *Sta. Teresa*, é inspirado por el mismo sentimiento melancólico de sus últimas composiciones líricas.

Del vate de Sta. Cruz de Iguña conocemos además una leyenda titulada *El Esclavo*, impresa en 1868. Escribióla Silió obedeciendo, según creemos, á un sentimiento noble y generoso pero un tanto sacado de quicio por la exaltación poética, y en la expresión no poco violenta, cual puede juzgarse por éstos versos de la invocación dirigida á *América*:

¡Qué mano misteriosa, que potestad impía

De sirtes y de escollos, de abismos al través,

A tus ignotas playas llevó triunfante un día

La frágil carabela del náuta genovés!...

¡Qué fué ante tí la gloria del inmortal marino,

Cuando á la sombra inmensa de su triunfal pendon

Miraste que fraguaban tu mísero destino

El dolo y la codicia, la guerra y la opresión!

Tú viste de tus razas, trás horrida agonía

Sumirse en hondo abismo la escláva multitud,

(1) En el libro titulado: *Desde el valle*, pág. 65 á 77.

Tú viste á tus riberas llegar la tiranía,
Tú has visto ¡ay triste! luego, llegar la esclavitud.

Mas, cese tu agonía! La luz de la esperanza
Difunde ya én el cielo su dulce claridad,
Y ya tus nobles hijos han visto en lontananza
La nave que conduce tu vírgen libertad.

Ya el mísero africano que entre tus brazos gime
He oido que á lo léjos responde á su clamor.....
Ya el mónstruo que esclaviza y el ángel que redime
Para el postrer combate recobran su valor.

No es la oportunidad lo que más distingue á estos magníficos versos escritos y publicados cuando ardía en Cuba una guerra cruel contra la madre patria, y dedicados, por añadidura, á *un liberal cubano*. Aplaudimos la indignacion del poeta contra la espantosa iniquidad de esclavitud, pero en cuanto á las mezquinas ideas históricas y aún errores de hecho que encierran los primeros versos, si las consentimos de buen grado en poetas de fines del siglo XVIII, en Quintana por ejemplo ó en el portugués Filiato, no los aprobamos de igual manera en quien escribía cerca de un siglo despues, cuando tales declamaciones estaban gastadas y eran hasta de mal gusto literario. Aquello de

Vírgen del mundo, América inocente...

ó aquello otro de

Geme América ao peso
Que insolente lhe agrava
Dos vicios a cohorte maculosa,
O veneno da Europa se derrama etc.

agrada en las odas *A la vacuna* ó *La esclavitud* por que tiene allí el mérito de la novedad, sobre el de la expresion elegante y briosa, pero en escritores más modernos son *inocentadas* verdaderamente imperdonables.

Por lo demás la leyenda (1) que consta de diez capitulitos ó cuadros y se recomienda por la misma pulcritud y esmero de ejecucion que todos los trabajos de Silió, nos parece, á pesar de esto, inferior en mucho al poema de *Sta. Teresa* y á las composiciones líricas antes analizadas. La poesía pierde

(1) Biblioteca de la Voz del Siglo. El Esclavo, Leyenda en verso, original de D. E. Silió y Gutiérrez. Madrid, imp. de Tomás Fortanet, calle de la Libertad, núm. 21. 1868. 62 pp. 8.° Dedicatoria al distinguido liberal cubano D. N. Azcarate.

harto desde que se pone al servicio de intereses sociales, políticos ó de otra índole.

En el librito de Silió, que no es otra cosa que la triste historia de un pobre esclavo desde que se le arranca de las costas africanas hasta su muerte, hay verdadero sentimiento en muchos pasajes, sentimiento fácil de excitar por la condicion del asunto, pero otras veces se entrega el vate á declamaciones no muy poéticas, más propias de arenga tribunicia ó de artículo de fondo que de una leyenda. Tampoco vemos clara la necesidad de introducir en su cuadro la repugnante figura de un sacerdote comprador y tirano de esclavos:

Ministro sólo de nombre,
Que eleva en la propia mano
El látigo del tirano
Y la cruz del Redentor

Un ministro del altar,
Un hipócrita inhumano
Que á Cristo en el templo adora
Y le vende en el hogar.

Todo esto puede disculparse en un libro de propaganda ó en una novela del género *progresista*, pero sentimos verlo escrito por Silió, poeta de tan altas dotes y de tan simpático ingenio.

Además de las tres obras citadas publicó nuestro escritor en el periódico *La Voz del Siglo* una novela titulada *El Amor y la Patria*, y dió al teatro dos piecitas, una loa á la *Libertad*, escrita con motivo de la Revolucion de Setiembre, y una zarzuela titulada *El Bardo de la Montaña*. Tenemos entendido que dejó inéditos tres dramas *Elena*, *Las apariciones* y *La Tradicion de la Aldea*, pero ignoramos su paradero. La índole *subjetiva* de Silió nos parece poco adecuada á la poesía del teatro (1).

En resúmen, Evaristo Silió y Gutierrez era lírico de egregias disposiciones, de profundo sentir y alto pensamiento, elegante y atildado al par que sencillo en la forma, en el lenguaje castizo, con raras excepciones, correcto y fluido en la versificación. Á veces le falta nervio y robustéz en el decir, suele adolecer de monotonía en las ideas y aún en las frases; su caudal poético no era muy rico. Pero así y todo ha dejado hartas composiciones verdaderamente inspiradas que le al-

(1) Aprovechamos gustosos esta ocasion para dar gracias á la familia de Silió por habernos proporcionado noticias de este poeta.

zan no poco sobre el nivel de los líricos de segundo orden. Nuestros lectores han podido apreciarlo por las muestras arriba transcritas. Sirva este ensayo para despertar su recuerdo en los amantes de los cosas de nuestro país, que ni al poeta han de negar su estimación ni al crítico su indulgencia.

M. MENENDEZ PELAYO.

Santander 23 de Abril de 1876.

APÉNDICE.

LA CITA EN EL VALLE.

Amor que al cielo pedí yo un día,
Virgen creada para mi bien,
La queja escucha que amor te envía,

Vén, alma mía,
Mi encanto, vén!

—Pálido y triste reflejo baña
La ancha pradera que sola está,
Y allá en la cumbre de la montaña
Del sol los rayos se quiebran ya.

Tu amor disipe la sombra impía
Con que la duda nubló mi bien,
Antes que muera la luz del día,

Vén, alma mía,
Mi encanto, vén!

—Lívido y ténue reflejo baña
La ancha pradera que sola está,
Y allá en la cumbre de la montaña
Del sol los rayos se apagan ya.

Amor que ciego busqué yo un día,
Dicha inconstante, mentido bien,
Postrer encanto del alma mía,

Tú mi agonía
Serás también.

—Ah, ni un reflejo los campos baña
En su llanura que sola está,
Y allá en la cumbre de la montaña
Lóbrega reina la noche ya.

NOCTURNO.

Madrid, Febrero de 1877.

¡Adónde irás, pensamiento,
pues la noche favorable
cerrando al día sus puertas
vino á abrir las de tu cárcel!

¡Adónde irás, cuando duermen
tus cotidianos afanes
y el cielo á placer te ofrece
libertad; espacio y aire?

¿Dónde irás, oh desterrado,
siempre inquieto, siempre errante,
nunca sácio, nunca ocioso,
de tus propias ansias mártir?

Único un rumbo á tus alas
en la vasta esfera se abre;
tirano de tu albedrío
el corazón vá a guiarte.

Señálatele en el cielo
la estrella del navegante
y no habrá estrella enemiga
que de seguirle te aparte.

Contenta le toma el alma
retando á las tempestades;
sin que tinieblas la arredren
ni la distancia la canse.

¿Qué importa que allá en su término
vibren con grito salvaje
el duro silbar del viento,
la ronca voz de los mares?

Oh pensamiento; ¿qué importa
que presumiendo atajarte
el ancho horizonte cubran
las nieblas septentrionales?

Si al encuentro á tus tristezas

tristezas de invierno salen
hielo en vegas, nieve en cumbres,
desnudos campiña y árboles,
nunca hallarás mejor senda,
y, en penas y soledades
abrigo que así te abrigue
ni páz en que así descanses.

¡Oh! para tí, cuántas veces
tuvo en aquellos parages
la muerta naturaleza
alegrías inmortales,
¡cuántas veces en sus costas
súbito viste trocarse
en provechosas lecciones
amargas realidades,
y cuántas, allí, aprendiendo
á ahogar tus soberbios ayes
la cruz que arrojar querias
de nuevo animoso alzaste!

Donde el corazón te guía
vé, oh pensamiento, ¡quién sabe
lo que puede entre las sombras
de lo futuro velarse!

Mira: yá vívida lumbre
fulgura, los cielos arden,
la turbia noche no es noche,
un sol poderoso nace.

Sobre hielos y tinieblas
vierte su luz á raudales,
¿qué nube habrá que no ahuyente?
¿qué pecho habrá que no inflame?

En las aguas centellea,
embalsama los eriales,
viste los áridos montes,
puebla el desierto paisaje,
y en las vagas nieblas de oro
de sus rayos fulgurantes
átomos fugaces vuelan
visibles aunque impalpables.

Véseles hervir inquietos,
crecer, unirse, animarse,
y ser muchedumbre viva
lo que vagas nieblas antes.

Y crecen más; y distintos
de la roja bruma salen
vários en forma y colores
rostros, figuras y trages.

Nadie su número dice
porque son innumerables,
*sólo contarlos pudiera
aquel que juntó sus haces.*

Siglos, regiones y razas
enemigas ó distantes,
virtudes, vicios, emblemas,
religion, historia y artes,
idilio, novela, drama,
tipos, naciones, lenguajes,
oficios, y gerarquías,
gustos, costumbres y clases,
parecen legion mandada
de los celestes alcázares
á dar noticia á la tierra
de los humanos anales.

Sabiduría infalible
los envió, y siendo palpable
que en las penosas fatigas
del humano aprendizaje
lo de mujer aprendido,
(llámese ella cuál se llame)
es lo que nunca se olvida,
es lo que mejor se sabe,
véense luego entrambos séxos
en la turba separarse
y en remota lejanía
queda el varonil enjambre.

Mujeres son cuantas veo,
cuantas vienen acercándose
á que el mundo las conozca
antes que la luz se apague.

Damas, reinas, campesinas,
esclavas, sueños, ¡deidades
que en poblado ó en desierto
tuvieron culto y altares.

Deslumbra la pedrería;
airosos crugen y ¡laten
los damascos por el suelo,
por el viento los plumages;
en preseas y atributos
brillan los ricos metales;
perlas y coral en joyas
de primorosos esmaltes.....

Más; ¿quién para vanas pompas,
quién para sedas y encages
tiene ojos, si se los roba
tanto célico semblante?

¿En glorias, galas, ¡grandezas
qué espíritu se distrae
cuando el alma femenina
su mágia infinita esparce?
¡Cuál sonríes, primavera,
en mejillas virginales!
¡agudo ingenio, cuál luces

gentilezas y donaires!
¡cuánta encendida pupila
buscando donde posarse
es pregonera elocuente
de virtudes admirables,
ánsia de todo lo bueno,
amor á todo lo grande,
compasion con los que lloran,
caridad con los que cáen!.....
...No en estático embeleso,
alma, enmudezcas y calles,
no vaya impensadamente
la vision á disiparse;
invoca, recuerda, escucha,
envidia, sueña y aplaude
si para tamaña empresa
son tus potencias bastantes.

¡Gloria de Castilla, oh reina!
á tus piés mis homenages,
nunca real diadema en sienes
encontró mejor engaste.

Apareces, y reviven
palmas y empresas gigantes
y el pueblo que á merecerlas
dirigiste y animaste;
Colon con sus marineros,
Córdoba con sus infantes,
con sus latinos Nebrija
y Cisneros con sus frailes.

Noble rostro, claro espejo,
en tus diáfanos cristales
de ignorada historia cuentas
secretos impenetrables;
naciones por tí vencidas
nunca supieron odiarte,
y sin rencores te adoran
las razas que sujetaste.

¿Porqué no ríen tus ojos,
amorosos luminares
en que la cántabra gente
cifró su gloria en mirarse?

¿Porqué enmudece tu lábio
á cuya voz arrojábanse
á ser asombro del mundo
tus temidos capitanes?

¿Acaso apenado tiemblas,
pecho que nunca temblaste,
viendo de tu España antigua
las reliquias miserables,

aherrojados sus leones,
sus torres sin almenages,
su poder yerta memoria
y su grandeza cadáver?

No: (y en tu rostro se lee
en ardientes rasgos) vale
más que reinar en imperios
reinar en las voluntades.

Sobre ellas el cetro ¿tiendes
y es tu cetro inquebrantable,
¿de su obediencia, quién pudo
ni quién quiso emanciparse?

Tu poder no tiene ocaso
y una voz te aclama unánime,
reina que reinas ahora,
reina que siempre reinaste.

Dama de gallardo porte
que vistes con gala y arte
cuchilladas, y abanillo
verdugado y guarda-infante;
original de los lienzos
con que al pincel dan realce,
reinando el tercer Felipe,
Pantoja y Alonso Sanchez;
tú que de la hollada senda
quieres altiva apartarte,
¡ay, si te encuentran poetas
en tu quimérico viaje!

Como tú vistes, vestía
la mujer que amó Cervantes;
piensa lo que, pobres locos!
sentirán al encontrarte.

¡Dicha que no tiene precio,
pagar amor semejante!
¡mujer que mereció tanto,
quién nos dirá lo que vale!

Más en el dorado siglo
no fueron todas amantes
Luscindas ó Doroteas
en que el génio se inspirase,
húbolas duras, crueles,
y cuál hoy las hay tenaces
hasta dar muerte á un cautivo
sin indulto ni rescate.

Si la piedad que tu pecho
los suyos atesorasen
no lloráran los moriscos
huérfanos de sus hogares;
y por ello piensan muchos
que es locura apasionarse

de muertas lejanas, viendo
hermosas vivas delante.

¡Oh prodigio! Epico Auseva,
que sobre tu cumbre alzaste
la cruz de que vino España
vencida y rota á ampararse,
yá no la historia en tu seno
sus vastas páginas abre
ni en tus altos riscos brota
el Jordan de nuestros padres.

Yá Gijon está ganada,
las asturianas son árabes,
lo de Covadonga es cuento,
cuento lo de Roncesvalles.

Yá no hay Pelayos ni Alfonsos,
Cides, ni Fernan Gonzalez,
ni crónicas en que brillen
las órdenes militares.

Toda es yá moros la costa,
¡Muza y Tarik, cortos sastres,
lo que juntos no pudisteis
sola una modista lo hace!
Logran perlas y cequies
lo que nó corvos alfanges,
rindióse á la media luna
la Montaña inconquistable,
que á Asturias viendo en chapines
con alquicel y turbante,
no hay montañés que resista
ni español que no apostáte.

Well come, most loving Giulietta,
corazon fino y constante,
musa del más alto ingénio
que dramatizó romances,
si él te dió destino adverso
briosa tú le mudaste
y á Romeo, antes de hacerle
feliz, le hiciste envidiable;
á tus risueños amores
seguro nido buscaste
en la sombra de los mirtos
no en la sombra de los sáuces,
y en tu mirar se adivinan,
melancólico y suave
las que atesora tu pecho
íntimas felicidades.

¡Bella Alsácia, rica prenda
disputada en cien combates,
si los que con ruin fortuna

lucharon por conservarte
en sus pechos y banderas
grabada y puesta llevásen
ésta de tu fértil suelo
pura, deliciosa imágen
jamás en baldon se vieran,
que en defenderte ó ganarte
podrá haber desventurados
pero nunca habrá cobardes.

Liebliches Kind! no te vean
codiciosos alemanes,
¡estrella de nuestros montes
nunca de horizonte cambies!
y si tu lumbre ambicionan,
procuren, pues tanto saben,
Strasburgo por Zurita
y el Rin por el Pas, trocarse.

Juego que allá frente á Troya
inventó un griego arrogante,
diz que sábios han perdido
la razon en tus azares;
ocasion eres que invita
á hombres sesudos y gráves
á que en tus hondos misterios
voluntad é ingenio gasten;
yo no sé; pero comprendo
que tienes poder gigante:
reyes y reinas cautivas,
formadas tropas deshaces,
si quieres, tus *caballeros*
á saltos chocan y dánse,
y andan á vueltas los *principes*
entre sí por devorarse.

Torres que de fortaleza
debieran ser ejemplares
á la ley de tu capricho
véense moverse y mudarse;
y si así rompes y agitas
las piedras monumentales
los estragos que tu hicieras
en gentes de hueso y carne
digan los tantos *peones*
(en castellano, galanes)
sin salvamento tenidos
por tus desdenes *en jaque*.

Jardinera, que semejas
una flor de tus rosales,
guarecida entre las hojas,
temerosa de mostrarse;
no niegues una sonrisa,
suave aroma de tu cáliz,

á los mansos a bejorros
que zumbando te cercaren.

Sabrosa miel recogida
en los frondosos arriates
de los cerros de Guarnizo
que amorosa cultivaste,
en azúcar transformada
vienen tiernos á brindarte
y dulzuras con dulzuras
es justicia que se paguen.

Fantasia poderosa,
alma libre, tú no cabes
en troqueles prevenidos
por ajenas voluntades;
en regiones misteriosas
de luz serena te places
donde mortales miserias
ni te sigan ni te alcancen,
y si hay pasion escondida
que el corazon te avasalle
es hondo amor á esa tierra
que los dos llamamos madre.

Para tí no tiene el orbe
tierra que á esa tierra iguale,
no arde en cielo sol que valga
el sol de tus patrios valles,
y preferiste á ser joya
en coronadas ciudades
ser violeta en tus montañas
arrullada por tus mares.

Limpia voz, serena frente,
ágil pié, ligero talle,
fresca sonrisa en los lábios,
paz y dulzura en las frases.....
.....perdona; fué loco intento
detenerte y retratarte,
en los rudos versos míos
la Fantasia no cabe.

Tú que las francesas lises
en rico cintillo tráes,
noble Isabel de Baviera,
¡qué se hicieron tus parciales!

No son los que te rodean,
gente de daga y montante,
como su acero crueles,

cuál su cota impenetrables,
pero como á prueba pongas
su firmeza y su corage
herirán á quien ordénes,
cuando digas, donde mandes,
que es el poder de tus ojos
tan vivo é incontrastable
que al verte pasar los hombres
dicen para sus gabanés:
«no es milagro que perdiera
la razon un rey amante
y en el reino hicieran riza
borgoñones y armañaques.»

Francia, tierra de grandezas,
crímenes y santidades,
de tu régia casa miro
una princesa acercarse.

Sin duda los libros mienten
que en letras de fresca sangre
la horrible matanza cuentan,
premio de sus lealtades;
venció acaso al asesino
tan soberano semblante
y en las gracias de aquel seno
pudo el puñal embotarse.

Mas si es delito de muerte
ser bella, ingeniosa, afable,
no hay tribunal que la absuelva
ni clemencia que la salve.

¡Dónde ván las blancas cofias,
casaquilla y delantales,
guarda piés que guarda poco,
y escarpin que..... Dios nos guarde!

Republicanas ardientes,
de la libertad amantes,
¿pretenden nuevas sentencias
de los rojos tribunales?
¡pobre rey á cuyos súbditos
inciten á rebelarse!
yá puede sin más tardanza
preparar sus equipages.

De Paris un dia fueron
déspotas universales
y si serlo se proponen
lo serán en todas partes.

Cantaron la Marsellesa,
arengan en lengua fácil,
haciendas, vidas y famas
haciendo media deshacen,
y hay entre ellas rubios rizos
que por seguirlos veránse

pueblos sin misericordia
entrados á fuego y sangre.

Pasaron; más no terminan
tus modas y tus linages,
Francia que todo lo inundas,
Francia que todo lo invades.

Rica es tu historia; en sus hojas
lección á los pueblos traén
junto al triunfo más soberbio
inesperados desastres.

Gobernaron tus destinos
coronadas potestades
animosas sobre el trono
y fuera del trono frágiles;
y las que cómplices fueron
ó víctimas, ¡quién lo sabe!
de monárquicos deslices
y régias debilidades,
rastros de sus faltas dejan
que copiarán tíernos ángeles,
la Ferronnière en la frente
y en el pelo la Fontanges.

Toda amores, toda risas,
músicas, festines, bailes,
cuando sobre tu cabeza
se cuajan las tempestades,
nutrés, sin mirar en ello
y en agujeros sin pararte
en Trianon pastorcitos
miéntras en Paris Marates.

Mas siempre en vaivenes súbitos
tu génio, oh Francia mudable,
del altar al polvo rueda,
del polvo al altar renace:
y cual tú, tahir ninguno
en vísperas de arruinarse
puso con alegre rostro
todo su caudal á un naípe.

Ahí ván, cubriendo la ruina
de tu trono vacilante
las que, flores del cadalso,
un día habrán de llamarse.

Profanando del cabello
los matices naturales
de blanco polvo lo cubren,
nieve que oculta volcanes.

Del ponleví peligroso
arrostran los malos trances,
de oro siembran sus tocados,
sus mejillas de lunares,
no hay color sobrado ardiente

á sus faldas rozagantes
y en arte supremo erigen
el arte de abanicarse.

¡Y tú tambien, dulce niña,
que Rebeca te llamaste,
gentil doncellita ahora
de la córte de Versalles!

Yo te hallé al brocal de un pozo
agua dando á un caminante
vestida como se visten
las doncellas orientales.

¡Á qué recoger tus trenzas
y cortar tus almaizáres!
¡si tan linda fuiste hebréa,
para qué te afrancesaste?

¡Oh! alegría! ¡viva Español
yá en el ambiente se esparcen
los colores de su cielo,
de sus músicas los aires.

Basquiñas y rebocillos
y peinetas y alamares
y el garbo que vá diciendo:
«échese y no se derrame.»

¿Dónde está la airosa capa
tapiz tendido en la calle
porque la maja la pise
y el zapato no se manche?

¿Adónde está la calesa
y el galan que vaya á hincarse?
echa la rodilla estribo
donde su amor se encarama?

Junto al rio de la Pila,
maja gentil, vióte álguien,
aguadora del Besaya,
y te cantó en sus cantares:

«Si la sed que dán tus ojos
con agua ha de remediarse,
no hay en la Montaña fuentes
que á tantos sedientos basten.»

Esa tu gallarda amiga
vistió allí otros tafetanes
con una venda en los ojos
y asido en la diestra un cáliz,
y viéndola diz que dijo
quien yá pasó de estudiante:
«flojo infierno tendrá el hombre
á quien esta *fé* le falta.»

Rojo dengue y albanega,

*¡melancólicas saudades
dá terra onde fué plascida
á montañésica amare!*

¡cuán dulcemente engañado
mi pensamiento llevades
de Guadalquivir á Miño,
á Pontevedra de Cádiz!
más tú como todas huyes,
Galicia esquivas, sin darme
tiempo á decir la elegancia
y el primor de tus briales.

¿A quién buscas, cazadora
apuesta, donosa y ágil,
que á Diana robaste el cetro
de sus bosques y sus parques?

Yá no hay en el mundo fieras,
y si por suerte se hallásen,
armas tienes, no de acero,
que las rindan y las maten.

¿A qué de certera flecha
ó agudo venablo armarte?
inútil arnés de guerra
no has menester emplearle
si cuál yo te ví te vieren
ahinojada y suplicante
junto al sepulcro de Cristo
oyendo la voz del ángel.

.
Africa, toda consejas,
toda asombros, toda imanes,
que á quien más huírte quiere
más le llamas, más le atraes,
en rojos velos envuelta,
coronada de huracanes,
ceñida por tus desiertos
de tostados arenales,
allá en tus senos escondes
los consuelos del oasis,
téntacion irresistible
de exploradores audaces.

¡Dichoso quien á la sombra
de las palmeras descansen!
¡mal haya quien tal dulzura
con ingratitudes pague!

Guarda á la niña inocente
que á par de tí viste y trae
las ropas no las pasiones,
del Senegal ó del Ganges,
que andan cruzando las costas
portugueses navegantes
que si olvidaron Ineses,

Sclikas otro que tale....
... (De improviso aquí la muerte
rasgó el papel y el romance,
máscaras, versos y risas
trocando en lutos y en ayes;
austera una cruz y triste
el roto lugar señale,
que devotos rezos pida
y amigos recuerdos guarde;
memoria de una alma buena
que pasó, como en los aires
la voz que al morir el día
dan la brisa, la hoja, el ave).....

Crece la luz, y cuál crece
la mar con los vendabales
crece la encantada turba
deslumbradora y brillante.
En la luz de tantos soles
no hay ojos que no desmayen,
y á narrar tanto prodigio
lengua ni metros que basten.

Luce Rusia su opulencia
en záfiro y diamantes,
Suiza de sus zagalitas
el candor, gracia y buen arte.

En olas de fuego vienen
Georgia, Circasia y Nápoles,
la patria de la hermosura,
la tierra del *niente fare*.

Asia y el Caucaso llegan
con la flor de sus beldades
que el nombre de antiguas razas
ó confirmen ó dilaten;
caras de rosa y de nieve,
ademan resuelto y grave,
y bravo mirar que dice
que son sus gustos marciales.

En pós las de vuestras playas,
Prócida y Castellamare,
al son de sus panderetas
saltar á las piedras hacen,
la ribera estremeciendo
con sus risas y sus *lazzi*
al cantar su canzonetta:
¡presto, andiamo á trastullare!
¡Roma también! ¡oh Transtéverel
el sol que baña tus calles
doró la tez de tus hijas

como la tez de tus mármoles;
La sávia que nutrió al mundo,
egregia estirpe, heredaste
inspiradora valiente
de la historia y de las artes,
diste al de Urbino la hornera
que su pincel animase,
y sus modelos sublimes
en tí buscó Miguel Angel,
más éste que aquí nos muestras,
digno asombro de hombres tales,
ni en esculturas ni en lienzos
hallará su semejante.

— — —
Pero ya oscurece el día,
y de improviso la tarde
tibia y silenciosa envuelve
cielo y tierra, monte y valle.

Ruda costa en cuyas piedras
no callan del mar los ayes,
y tú que domado mueres,
rio Miera, y bravo naces;
alta Peña de Rocías,
norte de maltrechas naves,
manso Llen, fósco Mostajo,
nobles cimas, ya os velásteis.

¡Hé aquí la noche! serena
noche de Abril, casta imágen
en que poetas se inspiren
y paz los dolientes hallen.

Claras estrellas coronan
oh noche, tu faz radiante
¡que jamás tormenta ó nube
las eclipse ó las empañe!
¿Por qué tembláis? ya en la sombra
oh estrellas, os apagásteis,
murió la luz y es el mundo
sombra y silencio mortales.

Vuelve ya en tí, pensamiento,
deja que los sueños pasen,
quédate en vela, olvidado
y á sólas con tus verdades.

Te guió por falsa senda
corazon de quien fiaste;
más... nunca de él desconfíes
¡siempre lo mismo te engañe!

JUAN GARCÍA.

EL ESPIRITU DE ASOCIACION.

(CONTINUACION.)

—Y cuidado!—continúa ésta, que no fué por falta de repetirle mil veces lo que pasaba. Pero ¿quién había de pensar que no le enviaría al oírle decir: «váyase V. tranquila; tendrá V. el piano para el día que le necesita?» Si Rosa no se hubiera empeñado en aprender música sin contar antes con el dichoso instrumento!... pero como estas niñas lo hallan todo tan fácil, enseguida arreglaron entre ella y la chica del segundo que bajaría todas las tardes á dar lección hasta que pareciera un piano de alquiler ó se presentara ocasion de comprar alguno barato; porque es un cargo de conciencia gastar un dineral en una cosa, que el día que se casan está de más para ellas... Jesús! Jesús! no puedo olvidar la partida que me ha hecho D. Mariano.

Eh! no sea V. tonta!... No se devane V. los sesos!—esclama Doña Tiburcia.—Verá V. como las niñas no echan de menos el piano.

—Ya lo creo!—añade otra.

—Tampoco en mi casa le había al principio, como Vds. saben, y, sin embargo, lo pasaban perfectamente,—observa Doña Tadea.

Estas reflexiones consuelan algun tanto á Doña Gerónima, quien no tarda en iniciar la larga série de lamentaciones, habituales en aquellas mamás, acerca del mal estado del servicio. Cada cual hace una reseña biográfica de todas las sirvientas, que ha tenido á sus órdenes desde que se casaron. Recuerdan con dolor aquellos tiempos en que las criadas eran eternas, como ellas dicen, pues sólo salían de la casa en donde ingresaban á su llegada del pueblo, para casarse; mientras las de ahora mudan de domicilio casi cada tres días,

como los alojados. Aquellas sí que eran buenas muchachas! esclaman. Tenían cariño á sus amos, miraban por las cosas de la casa, eran limpias como el oro, fieles como el perro, ganaban poca soldada, comían lo que se les daba y lo hacían todo: planchaban, fregaban el suelo, daban cera, traían el agua y aún les sobraba tiempo para componerse la ropa. Hoy, añaden, viene una criada de su pueblo en donde no ha comido más que *borona*, y al mes es una señorita que pone *peros* á la comida, que no quiere ir á la fuente, ni fregar los suelos, ni salir con los niños, porque de este modo pueda ir al baile. Y sin saber arreglar un triste puchero, pide al poco tiempo mayor salario, y no hay quien la mire á la cara como no se acceda á su injusta petición. Los días que está en casa hasta que halla colocación tiene *un morro de á cuarta* y hace víctima de su mal humor cuanto cae en sus manos.

Y al llegar aquí las buenas señoras van enumerando los tristes recuerdos que el basar, la espetera ó los muebles conservan del paso por sus respectivas casas, de *la Juana*, *la Antonia* ó *la María*.

Después pasan revista al mercado, escandalizándose del subido precio de los comestibles, y haciendo un extracto de la cuenta de la plaza de aquel día, lo cual suele dar por resultado el descubrir alguna pequeña trampa de la muchacha.

—Hoy, dice Doña Escolástica, me ha traído mi criada un repollo como un puño. por doce cuartos.

—Pues á once y medio le han costado á la mía ayer y antes de ayer, y por cierto bastantes grandes,—contesta otra.

—Y también á diez los han vendido estos días,—hace observar Doña Ruperta.

Mientras las mamás echan su cuarto á espadas en el gabinete, veamos en qué se ocupan las *niñas*.

Á medida que van entrando los tertulios, Rosa les participa lo que les ha ocurrido con D. Mariano.

—Veis qué chasco! exclama.

—Y por eso te apuras!—dice una.

—Eso digo,... añade otra.

—Vaya, chica, cómo ha de ser!... No vale la pena de estar de mal humor por tan insignificante cosa. Tampoco teníamos antes piano en casa, y bien nos divertíamos ¿os acordáis?

—Cambiemos de conversacion. ¿Habréis estado muy ocupadas hoy?

—Figúrate!

Y Rosa hace presente á sus amigas lo mucho que han trabajado aquel día, indicándoles, además, de quién ha sido la idea de colocar aquí ó allí éste ó aquel objeto, apropiándose todo aquello que merece la aprobación general, y haciendo,

por el contrario, responsable á Doña Gerónima de cuanto no está conforme con el gusto de la concurrencia.

—¿De quién salió colocar el espejo ahí?—pregunta una amiga.

—De mamá, contesta; y como vea á aquella dispuesta á aplaudir la idea;—no.... espera.... añade apresuradamente; —me parece que fuí yo, quien la dije á mi mamá que estaría mejor en ese puesto. Si... yo... yo fuí... ahora me acuerdo.

—¿Y qué significa esto?—dice otra señalando á cualquier objeto.

—Cosas de mamá,—replica Rosa.

La que ha hecho la pregunta, aprieta los lábios, cierra ligeramente los ojos, y mueve la cabeza, como diciendo: qué cosas tiene tu mamá!

Inútil es decir que las amigas hallan bien cuanto ha hecho Rosa, desaprobando lo que ha sido dirigido por Doña Gerónima, y enumerando con este motivo todas las rarezas de sus respectivas mamás, que suelen causarles muchos disgustos.

—Qué criticadoras son Vds!, esclama un jóven.

—Si no hubiera otras más que nosotras! Vamos á ver; díganos V. si algunas veces no tenemos razon para quejarnos. Por ejemplo, figúrese V. que ayer.....

Y aquí cuenta la que estaba en el uso de la palabra, cómo, teniendo puesto el vestido azul, vino su mamá y se empeñó en que no saldría de casa, sinó se le cambiaba por el negro.

Sabe Dios el vapuleo que llevarán las buenas señoras, si los jóvenes, cansados de ver que ellas son las únicas que están haciendo el gasto, no las llamarán al órden.

—Amiga, hoy está V. de ama de casa,—dice á Rosa Federico, encargado del copiador de cartas en casa de D. Lesmes.

—V. siempre tan burlon.....

—Señora...—replica el jóven, haciendo una exagerada cortesía.

—¿Quiere V. no hacer *birrias*.?

—Pero ¿qué es esto? ¿no bailamos?—pregunta Luisito, empleado en el ferro-carril.

—Si, sí!... á bailar! á bailar! esclaman todos.

Y nadie tiene necesidad de discurrir á quién ha de dirigirse. Todos cuentan ya con su obligada pareja, pues cada una de éstas supone un conato de matrimonio.

¡Cuánto se divierte el que concurre por primera vez á éstas reuniones, si su estrella no le depara aquella noche alguna novel tertulia!

Es cierto que en el código especial de la etiqueta hay un artículo que ordena dirigirse en primer lugar á las de la casa; pero éstas, léjos de censurar su inobservancia, suelen aplau-

dirla, si sus esposos en agraz, no son una escepcion de la regla allí en uso constante, esto es, si son celosos.

Esas fórmulas de «*ha tomado V. posesion de su casa.*» Obre V. como si estuviera V. en su casa» son en estos centros una gran verdad. De otro modo la reunion no respondería á su nombre; no sería de confianza.

Y como en estos sitios se camina de consecuencia en consecuencia, con la misma franqueza con que se recibe á una persona, con la misma encantadora franqueza se la dice, sin *mucha política*, que no vuelva.

Porque una de las muchas y buenas cualidades de las más es la de ser francas é incapaces de disfrazar sus sentimientos. Bien es verdad que á ello contribuye la posicion que ocupan, que, á su entender, les dá derecho á tratar á los tertulios como si fueran niños, ya porque á alguno de ellos les vieron nacer, ya porque los otros son amigos de éstos.

Figúrese ahora el lector que las anteriores consideraciones se las hemos hecho al oido, medio, de comunicacion muy comun y el más natural del mundo en estas tertulias, y asistamos al baile.

—Quién toca?—pregunta Rosa.

—Que toque Narciso,—contesta Cármen, hija de Doña Escolástica, viuda de un profesor de instruccion pública.

—Sí, sí; Narciso! Narciso! repiten todos á coro.

—Y qué vá á ser?—Pregunta el jóven telegrafista, que cifra toda su ventura en satisfacer hasta los más pequeños caprichos de aquellas alegres señoritas.

—Una polka!—dice una.

—Una habanera!—grita otra.

—Procedamos con órden. En todas partes se empieza por un wals.

—Bien; entonces, toque V. el de los *bailes campestres*, añade Dolores, única heredera de Doña Simona.

—No; tiene mejor compás el que vimos en aquella serenata,—hace observar Rosa.

—No sé cual dice V.—contesta Narciso, no sabiendo á qué serenata alude la hija de Doña Gerónima,

—¿Se acuerda V. de aquella noche que llovía, y estuvimos oyendo la música en un portal de la Plaza Vieja? pues entonces le tocaron.

—No me acuerdo.

—Es claro; hemos estado tantas veces! añade Luisa, que está siempre de *pique* con Rosa.

—Ea! toque V. cualquiera,—grita Laura, cogiendo fuertemente del brazo á Narciso, que es su pareja.

—Espera, mujer, espera; no seas así... Deja á ver si se acuerda.

Hay un momento de silencio.

Narciso no separa la vista del techo, mientras las tertulias se miran unas á otras, diciéndose con los ojos: ¡que fastidiosa! se la ha antojado que sea ese wals!

—¿Es este?—dice el joven comenzando á cantar.

—No, contesta Rosa de mal talante, no atreviéndose á insistir por no exasperar á sus amigas, cuya impaciencia no se la oculta.

—Pues, señor, lo siento mucho; no doy con él. Veremos si despues le recuerdo. *Tocaré* cualquiera.

Y Narciso comienza á lo que él llama tocar, y nosotros llamamos *tararear* un wals.

Las parejas principian á dar vueltas al rededor de la sala al compás del *ta-ra-ra, ta-ra-ra*, que el jóven produce con entusiasmo.

—Ay! ya no puedo más!—esclama despues de algunos segundos, dejando á su pareja sin cumplimientos, respirando con dificultad, y llevándose la mano al costado.

El wals no se interrumpe por esto. Otro jóven reemplaza á Narciso, enlazando perfectamente con el último *tarará* de éste.

Diez minutos despues todos se hallaban rendidos, sudando tinta y respirando una pesada atmósfera de polvo.

Y mientras unas se hacen aire con el pañuelo, otras se arreglan el cabello; éstas se prenden el vestido que se les ha desfruncido, aquellas tratan de volver á su primitivo estado sus descompuestos adornos; y cada cual, en fin, se apresura á reparar los desperfectos de su traje ó de su peinado, á fin de no ser reprendidas por las mamás.

Aún no repuestos del cansancio, comienzan á discutir lo que han de bailar enseguida.

PRIMITIVO ZÁRATE.

(Concluirá.)

LA CRUZ DEL GOLGOTHA.

ESTUDIO HISTÓRICO-RELIGIOSO.

A LA MEMORIA DE MI QUERIDA MADRE.

INTRODUCCION.

La historia de la pasion se halla referida de una manera admirable en los Evangelios (1) cuya autenticidad, si disputada fué á principios del siglo, hoy está plenamente reconocida. Proudhon declara «que hoy existe ménos oposicion á la autenticidad de los Evangelios, que la que manifestára Strauss» (2) Renan admite como auténticos los cuatro Evangelios canónicos, porque á su modo de ver se remontan al primer siglo, presume son de los autores á quienes se atribuyen y sin vacilar afirma que las verdaderas palabras de Jesús se desprenden por sí del texto, se las oye vibrar con una fuerza divina y vienen por sí mismas á colocarse en la relacion en que conservan un relieve sin igual (3). Juan Jacobo Rousseau (4) confiesa, que la sublimidad de las Escri-

(1) *Evangelio es una palabra griega que significa, buena nueva.*—
(2) Proudhon. *Evangelio de S. Luis, Introduccion.*—(3) Renan, *Vie de Jesús, Introduccion, pág. XXXVIII.*—(4) J. J. Rousseau, *Emilo, libro IV. Confesion de un vicario saboyano.*

turas le encantaba y que la santidad del Evangelio hablaba á su corazón. «Recorred, continúa, los libros de los filósofos con toda su pompa, y veréis cuán pequeños son al lado de éste! ¿Será posible que un libro tan sublime y sencillo á la vez, no sea más que de un hombre? ¿Será posible que no sea más que un hombre, aquel de quien narra la historia? ¿Es ese el tono de un entusiasta, de un ambicioso doctrinario? ¿Cuánta dulzura, cuánta pureza en sus costumbres, y al mismo tiempo, qué gracia tan encantadora en su enseñanza, qué elevación en sus máximas, qué profunda sabiduría en sus discursos, qué serenidad de ánimo, qué delicadeza y precisión en sus respuestas, qué dominio sobre sus pasiones!

¿Dirémos acaso que la historia del Evangelio fué caprichosamente inventada?

No, amigo mío, no es así como se inventa, y los hechos de Sócrates (5) de quien nadie duda, se hallan menos comprobados que los de Jesucristo. Además, ésto es aludir la dificultad sin vencerla; sería más inconcebible que muchos hombres se hubiesen puesto de acuerdo para formar este libro, que no que uno sólo hubiese dado motivo al asunto. Jamás los autores judíos habían conocido ni ese tono, ni esa moral, y el Evangelio encierra caracteres, de verdad tan grandes, tan luminosos, tan perfectamente inimitables que su inventor sería más admirable que su héroe.»

Otras muchas citas pudiéramos aún añadir para venir á parar á la misma conclusión de la verdad histórica de los sagrados Evangelios; verdad que los católicos nunca dudaron y que la ciencia ha venido á confirmar, después de prolijas investigaciones á través del laberinto de sus exigencias.

Reconocida la autenticidad de los Evangelios, se ha pretendido deducir de las contradicciones que se han creído encontrar en los sagrados textos; una nueva prueba en contra de los hechos que relatan, pero tampoco en este terreno ha podido, ni puede quedar vencida, la verdad de tan venerados libros.

Conformes ellos, en los hechos principales de la vida, pasión y muerte de Jesucristo, completamente conformes en la exposición de su doctrina, en sus enseñanzas, en sus milagros, y en la misión divina del Hijo de Dios, si acaso difieren es en algunos detalles de la narración. Consúltese,

(5) Para inteligencia de este pasaje, debemos recordar que Sócrates nada escribió, siendo únicamente conocido en la historia por Xenofonte y Platon, discípulos suyos.

como decía Rousseau, los historiadores profanos, y de seguro que contradicciones más grandes no han alarmado á la crítica tanto como las que con prolijo trabajo ha creído encontrar en los Evangelios, y que de no existires seguro tambien se hubiera alegado que los cuatro Evangelios no eran más que uno sólo, que no variaban más que en el nombre de sus autores, y entonces sí que la agudeza de la incredulidad, se esforzaría en echar por tierra unos textos calcados unos sobre otros, pues la cuestion es sostener la duda á espensas de la razon.

Cuando un escultor trata de modelar un objeto real, lo examina por todos sus lados, dibuja en diversos planos la figura, copia un porcion de detalles que varían segun sea el punto de vista en que se miran, y luego, reuniendo estos estudios y estos dibujos, que naturalmente han de coincidir, consigue el fin que se ha propuesto.

Pues bien: una cosa análoga acontece con los Evangelios; cada uno de los Evangelistas ha retratado á Jesús bajo diferentes aspectos, ha consignado diversos detalles, nos ha dejado distintos discursos del Hijo de Dios hecho hombre, y sin embargo, siempre es la misma figura.

Esa incomparable figura «del héroe de la pasion, del fundador de los derechos de la conciencia libre, del cumplido modelo, cuyo ejemplo servirá de esperanza y consuelo á todas las almas aflijidas» (6), «que predicó el verdadero reino de Dios, el cual, semejante al grano de mostaza, ha llegado á ser el árbol que presta sombra al mundo» (7) «y estableció el culto puro que practicarán las almas elevadas hasta el fin de los siglos, al par que una religion, que fué y será, no solamente la de la humanidad sinó la absoluta, y si en otros planetas hay habitantes dotados de razon y de moralidad, su religion no puede ser diferente que la que Jesús proclamó junto al pozo de Jacob, con palabras iguales á un relámpago en una noche oscura, habiendo sido necesarios mil ochocientos años para que los ojos de la humanidad se hayan habituado á ella; pero el relámpago se convertirá en luz permanente y despues de haber recorrido todos los círculos de los errores, los hombres volverán á esa palabra como la espresion inmortal de su fé y de sus esperanzas (8).

Los Evangelistas, pues, á modo de cuatro espejos reflejan la fisonomía de Jesús, «pero una fisonomía que á ninguna otra se parece; en términos que propiamente hablando, no hay más

(6) Renan Vie de Jesús. Cap. XXIII.—(7) Idem id. id. Cap. XVII.
—(8) Idem id. id. Cap. XIV.

que un Evangelio, por más que sean cuatro los Evangelistas. ¡Tánta es la realidad que habia en su divino modelo y tan natural la reproduccion que de ella nos dan!» (9) Por otra parte, su sinceridad es tan perfecta, «que escriben los sucesos con una imparcialidad, que en ninguna otra historia se encuentra. Los Evangelistas no alaban á Jesús, no ensalzan las acciones de sus amigos, no vituperan la conducta de los que le persiguieron, ni se extienden en amargas consideraciones contra el pueblo deicida» (10) á pesar de ser la víctima la más augusta y más santa que el pensamiento humano puede concebir, y no obstante de ser Judas, Anás, Caifás, Poncio Pilato, los sacerdotes judíos, y el pueblo de Jerusalem, implacables en su odio, miserables en su traicion, ó cobardes en el cumplimiento de sus deberes en tal grado, que hasta los corazones más endurecidos vierten sentidas lágrimas al leer la pasion de nuestro Redentor.

Siendo los Evangelios auténticos, sinceros, imparciales, y unánimes, deben ser la fuente en que ha de sacarse la verdad, y todo el que quiera referir los grandiosos acontecimientos ocurridos en el Gólgota, ha de aprenderlos en esos santos libros, de ingénuo lenguaje, de incomparable estilo, de sublime belleza.

Con esto dicho se está, que hemos sacado nuestra narracion de esos venerados textos, sin permitirnos alterarlos, reduciéndose nuestro trabajo á reunir todo cuanto acerca de la pasion, muerte y resurreccion de Jesucristo refieren los cuatro Evangelios canónicos, teniendo á la vista las traducciones de la Vulgata, hechas por Lemaistre de Sacy, el Padre Scio de S. Miguel y Cristóbal de Valera.

No hemos omitido ni un versículo de los cuatro Evangelistas, hemos consultado prolija y minuciosamente cuanto escribieron, y hemos confrontado las relaciones de unos con las de otros, como lo justifican las numerosas citas que van al final de cada página.

Ahora bien: si existiesen real y verdaderamente contradicciones en los hechos, nuestro humilde trabajo las pondría de relieve; así que servirá tanto para repetir todo lo que de tan notables sucesos, contienen las Santas Escrituras, nunca bastante repetido, como para evidenciar que no existen las contradicciones que con sobra de malicia se alegan en su des-crédito.

Al parecer, representa alguna paciencia nuestro propó-

(9) Augusto Nicolás, Estudios filosóficos sobre el cristianismo. Párrafo 3.º Cap. III.—(10) Pascal, Pensamientos. Párrafo 2.º art. 10.

sito, pero declaramos aquí con ingénua verdad que no es así, porque los hechos referidos por los Evangelistas, se van enlazando de una manera tan natural, que lo que calla el uno, y dice el otro, se encuentra con suma facilidad, y resulta enseguida un relato continuado, sin que se rompa por un momento su armónica concordancia.

Sin embargo, si nos hemos atrevido á mucho, por ser escasas nuestras fuerzas y mucha nuestra ignorancia, dispén-senos el piadoso lector en gracia de nuestra buena fé, y tenga por seguro que recta ha sido nuestra intencion al emprender este trabajo.

I.

LA CENA.

La fiesta de los azimos, ó panes sin levadura llamada Pás-cua estaba próxima (1), pues era dos dias después (2) y Jesús dijo á sus discípulos: sabeis que dentro de dos dias será la Pascua, y el hijo del hombre será entregado para ser cruci-ficado (3).

Entonces los príncipes de los sacerdotes, los escribas y los ancianos del pueblo se juntaron en el átrio del príncipe de los sacerdotes, llamado Caifás, (4) y tuvieron consejo para prender á Jesús por engaño y hacerle morir, (5) mas decían: no debe ser esto en dia de fiesta por temor de que no se suscite algun alboroto en el pueblo, (6) y estando Jesús en Betania en casa de Simon el leproso (7) sentado á la mesa, llegó una mujer que traia un vaso de alabastro lleno de un perfume de gran precio, y quebrando el vaso derramó el perfume sobre su cabeza, (8) lo cual visto por sus discípulos se indignaron y dijeron: A qué fin es este desperdicio de un perfume (9) que pudiera venderse por más de trescientos denarios (10) y darlos á los pobres, y murmuraban contra ella (11). Jesús les dijo, sabiendo lo que ellos decían:

¿Porqué molestais á esta pobre mujer que ha hecho con-migo una buena obra? (12) pobres siempre los tendreis con

(1) S. Lucas XXII. 1 S. Márcos XIV. 1.—(2) S. Lucas XXII. 1. —(3) S. Mateo XXVI. 1.—(4) S. Mateo XXVI. 3—(5) Id. 4, S. Márcos XIV. 1. S. Lucas XXII. 2—(6) S. Mateo XXVI. 5. S. Márcos XIV. 2. S. Lucas XXII. 2.—(7) S. Mateo XXVI. 6. S. Márcos XIV. 3.—(8) S. Márcos. XIV. 3. S. Mateo XXVI. 7.—(9) S. Márcos XIV. 4 S. Mateo XXVI. 8.—(10) S. Márcos XIV. 5. Unos 590 reales.--(11) S. Márcos id. S. Mateo XXVI. 9.—(12) S. Mateo XXVI. 10. S. Márcos XIV. 6.

vosotros, y cuando quisiéreis los podréis hacer bien, más á mi no me tendreis siempre (13). Esta hizo lo que pudo: se adelantó á ungir mi cuerpo para la sepultura (14). En verdad os digo, que en todo lugar donde fuese predicado el Evangelio, esto es, en todo el mundo se contará tambien lo que ha hecho esta mujer, en alabanza suya (15).

Entonces entró Satanás (16) en uno de los doce llamado Judas por sobrenombre Iscariote, se fué á los príncipes de los sacerdotes para entregarlo (17) y les dijo: ¿Qué mequereis dar y yo os lo entregaré (18) y ellos oyéndolo se holgaron mucho, convinieron en darle dinero (19) fijando el precio en treinta monedas de plata (20), y desde entonces buscaba una ocasion favorable para entregarle sin ruido (21). Al llegar el primer día de la fiesta de los panes sin levadura, en el que era necesario comer el cordero de la Pascua (22), vinieron los discípulos á Jesús diciéndole: ¿En dónde quieres que dispongamos lo que es menester para comer la Pascua? (23) Y envió Jesús á Pedro y á Juan (24) diciéndoles: Id á aparejarnos lo necesario para comer la Pascua. Ellos le dijeron: ¿En dónde quieres que la dispongamos? (25) y él les respondió: Luego que entreis en la ciudad os encontraréis un hombre que lleva un cántaro de agua, seguidle hasta la casa en donde entrase, (26) y decid al padre de familias de esta casa: El maestro te dice, donde está el aposento donde ha de comer la Pascua con mis discípulos. (27) Mi tiempo está cerca y en tu casa haré la Pascua con ellos. (28) Entonces él os mostrará un gran cenáculo preparado, dispo-

(13) S. Márcos XIV. 7. S. Matéo XXVI. 11.—(14) S. Márcos XIV. 8. S. Matéo XXVI. 12.—(15) S. Matéo XXVI. 13. S. Márcos XIV. 9. S. Juan en el cap. XII de su Evangelio refiere un hecho análogo, acontecido en casa de Lázaro. Allí María ungió los piés de Jesús con perfumes y los enjugó con sus cabellos, cuya accion provocó la indignacion de Judas, no porque se cuidase del bien de los pobres, sino porque era ladron y teniendo la bolsa traia el dinero que en ella se ponía.—(16) S. Lucas XXII. 3.—(17) S. Lucas XXII. 4. S. Matéo XXVI. 14. S. Márcos XIV. 10.—(18) S. Matéo XXVI. 15.—(19) S. Márcos XIV. 11. S. Lucas XXII. 5.—(20) S. Matéo XXVI. 15. Unos 236 reales de nuestra moneda.—(21) S. Matéo XXVI. 16. S. Márcos XIV. 11. S. Lucas XXII. 6.—(22) S. Márcos XIV. 12. S. Matéo XXII. 17. S. Lucas XXII. 7. S. Juan XIII. 1.—(23) S. Matéo XXVI. 17. S. Márcos XIV. 12.—(24) S. Lucas XXII. 8. S. Márcos XIV. 13.—(25) S. Lucas XXII. 8 y 9.—(26) S. Lucas XXII. 10. S. Márcos XIV. 13.—(27) S. Lucas XXII. 11. S. Márcos XIV. 14.—(28) S. Matéo XXVI. 18.

nedto allí. (29) Fueron pues, y lo hallaron así como les había dicho, (30) hicieron lo que Jesús les mandó (31) y aderezaron la Pascua (32).

Llegada la tarde (33) se sentó á la mesa con los doce (34) y les dijo: En gran manera he deseado comer con vosotros esta Pascua antes que padezca, porque os digo que no comeré más de ella hasta que sea cumplida en el reino de Dios, (35) y tampoco beberé más del fruto de esta vid, hasta aquel día que lo beberé de nuevo en el reino de Dios (36) con vosotros (37).

Dicho ésto y estando comiendo yá, les dijo Jesús: De cierto os digo que uno de vosotros que come conmigo, me ha de entregar. (38) Y entristecidos ellos en gran manera, se decían entre sí, cual sería el que había de hacer esto, (39) y preguntaban: Soy yo, Señor (40).

Entonces él respondiendo dijo: El que mete la mano conmigo en el plato, ese es el que me entregará, (41) por lo que hace al Hijo del hombre, él se vá, segun está escrito de él; mas ¡ay aquel hombre por quien será entregado el Hijo del hombre! (42) más le valiera no haber nacido, (43) y replicó Judas, que fué quien lo entregó. ¿Soy yo, maestro? El respondió, tú lo has dicho. (44) Jesús que sabía que su Padre le había dado todas las cosas en las manos, que había salido de Dios, y que se volvía á Dios, (45) se levantó de la mesa, se quitó sus vestiduras y tomando una tohalla se la ciñó, (46) despues habiendo echado agua en una bacía comenzó á lavar los piés á sus discípulos y á enjugarlos con la tohalla con que estaba ceñido. Y vino, pues á Simon Pedro, y Pedro le dice: ¿Cómo, Señor, tu me lavas á mi los piés? Jesús le respondió: Lo que yo hago

(29) S. Lúcas XXII. 12. S. Márcos XIV. 45.—(30) S. Lúcas XXII. 13. S. Márcos XIV. 16.—(31) S. Matéo XXVI. 19.—(32) S. Matéo XXVI. 19. S. Márcos XIV. 16. S. Lúcas XXII. 13.—(33) Se creé serian las 7 de la tarde del día.—(34) S. Matéo XXVI. 20. S. Márcos XIV. 17. S. Lúcas XXII. 14.—(35) S. Lúcas XXII. 15 y 16.—(36) S. Márcos XIV. 25. S. Matéo XXVI. 29.—(37) S. Matéo XXVI. 29.—(38) S. Matéo XXVI. 21. S. Márcos XIV. 18.—(39) S. Lúcas XXII. 23.—(40) S. Matéo XXVI. 22.—(41) S. Matéo XXVI. 23. S. Márcos XIV. 20.—(42) S. Matéo XXVI. 24. S. Márcos XIV. 21. S. Lúcas XXII. 22.—(43) S. Márcos id. id. S. Lúcas id. id. Para evitar la repeticion de la cifra de los capítulos, consignaremos en adelante sólo la de los versículos, mientras no varie aquella.—(44) S. Matéo XXVI. 25.—(45) S. Juan XII. 3.—(46) S. Juan id. 4. Antes de la comida acostumbraban los hebréos á lavar los piés.

tu no lo sabes ahora, mas lo sabrás después. Pedro le dijo: Tu no me lavarás los piés, jamás: Jesús le replicó: si no te lavase no tendrás parte conmigo. Entonces Simon Pedro le dijo: Señor, no solamente mis piés, sinó las manos y la cabeza. Jesús les dijo: El que está lavado no necesita sinó lavar los piés, pues está todo limpio, y vosotros limpios estais, mas no todos, porque sabía quien era el que le habia de entregar, por eso dijo: No todos estais limpios. Y luego que les hubo lavado los piés, tomó sus ropas, y sentándose á la mesa les dijo: ¿Sabeis lo que hé hecho con vosotros? Vosotros me llamais vuestro Maestro y vuestro Señor, y bien decís, porque lo soy, pues si yo que soy vuestro Señor y vuestro Maestro os he lavado los piés, vosotros debeis tambien lavaros los piés los unos á los otros porque ejemplo os he dado para lo que yo he hecho á vosotros, vosotros tambien lo hagais. En verdad, en verdad os digo, el siervo no es mayor que su señor, ni el enviado mayor que el que le envió, si esto sabeis, bienaventurados seréis si lo hicieris. No digo esto de todos vosotros, yo se los que escogí, más es preciso que se cumpla esta palabra de la Escritura: el que comè pan conmigo levantará contra mi su talon. Desde ahora os lo digo, antes que sea, para que cuando fuese hecho, vosotros me reconozcais por lo que soy. En verdad, en verdad os digo: El que recibe al que yo enviare, á mi me recibe, y el que á mi me recibe, recibe á aquel que me ha enviado. (47) Cuando Jesús hubo dicho esto, se le turbó el espíritu y protestó y dijo: (48) De cierto os repito que uno de vosotros me entregará. Los discípulos se miraban los unos á los otros, no sabiendo de quien hablaba, mas á uno de ellos, que Jesús amaba, estando recostado en el seno de Jesús le hizo seña Simon Pedro de que se informase por quien hablaba. El discípulo, recostándose sobre el pecho de Jesús le dijo:

Señor, ¿Quién es? Jesús le respondió: Es aquel á quien yo daré el pan mojado; y mojado el pan lo dió á Judas Iscariote, hijo de Simon, y tras el bocado entró en él Satanás. Jesús le dijo: Lo que haces hazlo presto. Mas ninguno de los que estaban á la mesa, supo porque le habia dicho esto, porque algunos pensaban que por traer Judas la bolsa, Jesús habia querido decirle: Compranos lo que he-

(47) S. Juan XIII. 5 á 20.—(48) Jesucristo pensaba instituir la Eucaristía; pero se horroriza al pensar que iba á ser un traidor partícipe de este alto Sacramento.

mos menester para el día de la fiesta, ó que le mandaba distribuir alguna cosa á los pobres. (49).

Continuando el Señor á la mesa, tomó el pan y despues de la oracion de gracias, lo bendijo lo partió y dió á sus discipulos diciendo: Tomad y comed: este es mi cuerpo (50) que por vosotros es dado, haced esto en memoria mia, (51) y tomando el cáliz y hecho gracias se lo dió, (52) luego que hubo cenado, (53) bebieron de él todos, (54) y les dijo: Bebed todos, (55) porque esta mi sangre, la sangre de la nueva alianza que por muchos será derramada (56) para la remision de los pecados (57) y os digo que desde hoy no beberé de este fruto de vid hasta aquel día en que lo beba de nuevo en el reino de mi Padre (58) con vosotros. (59) Judas tomado el bocado se salió fuera, y era de noche. (60) Enseguida que salió dijo Jesús: Ahora es glorificado el Hijo del hombre y Dios es glorificado en él, que si Dios es glorificado en él, Dios tambien le glorificará á él en sí mismo, y en breve le glorificará. Hijitos, poco tiempo me resta que estar con vosotros, me buscaréis, y como dije á los judfos que no podian venir donde yo voy, lo mismo os digo á vosotros ahora,

(49) S. Juan XIII. 21 á 29.—(50) S. Matéo. XXVI. 26, S. Márcos XIV. 22. S. Lúcas XXII 19.—(51) S. Lúcas id. 19.—(52) S. Matéo id. 27. S. Lúcas id. 20. S. Márcos id. 22.—(53) S. Lúcas id. 20.—(54) S. Márcos XIV. 23.—(55) S. Matéo id. 27 —(56) S. Matéo id. 28. S. Márcos id. 24. S. Lúcas id. 20.—(57) S. Matéo id. 28.—(58) S. Matéo id. 29. S. Márcos id. 25. S. Lúcas id. 18.—(59) S. Matéo id. 29. Aunque S. Juan no habla de la consagracion del pan y del vino en su Evangelio, hé aquí como refiere la institucion del sacramento de la Eucaristia. «Jesús dijo á los judios.» En verdad en verdad os digo: que aquel que no crea en mí no tiene vida eterna. Yo soy el pan de la vida. Vuestros padres comieron el maná en el desierto y murieron; más hé aquí el pan que descende del cielo para el que comiere de él no muera. Yo soy el pan vivo que descendió del cielo. Si alguno comiere de éste pan, vivirá eternamente, y el pan que yo daré es mi carne que debo dar por la vida del mundo. Comenzaron entonces á disputar los judios unos con otros, y decian: ¿cómo nos puede dar éste su carne y su sangre? Jesús les dijo: En verdad, en verdad os digo que si no comieseis la carne del Hijo del hombre, y bebieseis su sangre, no tendréis vida en vosotros. El que come mi carne y bebe mi sangre tiene la vida eterna, y yo le resucitaré el último dia, porque mi carne es verdaderamente comida, y mi sangre es verdaderamente bebida. El que come mi carne y bebe mi sangre, en mi mora y yo en él, como mi Padre que me ha criado es viviente y yo vivo por mi Padre, así tambien el que me come, vivirá tambien por mí. Este es el pan que descendió del cielo. Quien le come vivirá eternamente. (S. Juan. Evang. VI. 47 á 59.—(60) S. Juan XII. 31.

un mandamiento nuevo os doy, que os améis los unos á los otros, y que os améis entre vosotros mismos, como yo os he amado, en esto conocerán todos que sois mis discípulos si tuvierais caridad entre vosotros (61) y habiendo entonado el cántico de accion de gracias, salió al monte de las Olivas seguido de sus discípulos. (62)

FRANCISCO ESPÍNOLA.

(Continuará.)

(61) S. Juan id. 32 á 35.—(62) S. Matéo XXVI. 30. S. Márcos XVI. 26. S. Lúcas XXII. 39. Este monte estaba próximo á la ciudad y en sus faldas se encontraba la aldea de Gethsemani donde había un huerto á que acostumbraba ir Jesús con sus discípulos.

FANTASMAS.

TRADUCCION DE VICTOR HUGO.

Luenga es su noche, y cerrados
están sus ojos pesados.
¡idos, idos en paz, vientos alados!

Ay de mí! Cuántas bellas
y jóvenes doncellas
pasar he visto en brazos de la muerte!
Tal del destino la implacable suerte.
En la acción de los mundos incesante,
como es testigo de naciente vida,
testigo es de la muerte cada instante.
Triste más necesario
es de este mundo al movimiento vário
que caiga, al golpe de la hoz herida,
la fresca yerba de los prados gala;
y que al pasar las tandas voluptuosas,
de ráudo baile en la fébril cadencia,
sin duelo huellen matizadas rosas,
cuyo capullo exhala
del casto cáliz la fragante esencia.

Preciso es que el arroyo transparente
sus aguas gaste recorriendo el valle;
que brille entre las nubes refulgente
relámpago fugáz y el trueno estalle;
y que Abril nebuloso,
de sus escarchas al contácto frío,
queme y marchite aleve
el risueño y espléndido atavío
del árbol abundoso,
en la cándida flor que el fruto espera,
odorífera nieve
de suave primavera.

Tal es la vida, sí. La noche inerte

sigue al día de espléndidos fulgores,
y del sueño mortal á los dolores
terrible el despertar de ignota suerte.
Con cuánta avidéz llega
la muchedumbre ciega
al fastuoso banquete de la vida,
en sus placeres con afán perdida;
y cuántos, obligados
por la suerte funesta,
abandonan los puestos codiciados,
sin que termine la brillante fiesta.

40

II.

Ay! cuántas de esas bellas
pasar he visto en brazos de la muerte!
Galana flor entre ellas
ostentaba la una, encantadora,
las tintas de la rosa y la azucena;
otra al par, soñadora,
de dulce arrobo la mirada llena,
escuchar parecía
de los coros celestes la armonía;
débil la otra en la cansada mano
la blanca frente inclina:
que así como la leve golondrina,
al empuje liviano
con que se lanza á la estension del cielo,
dobla la ramá que ocupó un instante,
dobló el alma su cuerpo vacilante,
al remontar el vuelo.

Pálida, incoherente,
triste presa de negro desvarío,
otra mujer con lábio balbuciente
un nombre pronunciaba en su extravío,
del que nadie guardára la memoria.
La túnica mortuoria
otra ceñía, al entregar su aliento
en un vagido lento,
como la nota espira
en las cuerdas vibrantes de la lira;
agena al mortal duelo,
con la dulce sonrisa otra espiraba
de un ángel puro que se vuelve al cielo.
Ay! delicadas flores
tan pronto muertas como al sol nacidas!

Alciones amorosas, absorbidas
del mar por los furoros,
con el flotante nido arrebatadas!
Blancas palomas, como don del cielo
concedidas al suelo!

que, de amor coronadas
y de infantiles gracias hechiceras,
contaban de su vida las jornadas
por dulces primaveras!

Muertas, oh Dios! Bajo la fria losa
sus cuerpos corroyéndose tendidos!
Tantos séres, un día encantadores,
sin luz ya la mirada cariñosa,
la voz ya sin sonidos!
Tantas preciadas flores
arrancadas del tallo regalado!
Muertos ya tantos fúlgidos luceros!...
Oh! Dejadme pisar las secas hojas,
y en el fondo del bosque enmarañado
divagar por los ásperos senderos!

Dulces fantasmas! En el bosque umbrío,
cuando sumida en triste desvarío
loca se agita el alma,
uno tras de otro vienen presurosos
á escucharme y hablarme cariñosos,
de la espesura en la solemne calma.
Su presencia descubre, al par que vela
su número á mi vista codiciosa,
la claridad dudosa
que entre el ramage ténue se desliza;
y con dulces fulgores,
tras la densa hojarasca movediza,
veo brillar sus ojos seductores.

Es mi alma delirante
querida hermana de esas sombras bellas.
La vida ni la muerte, en tal instante,
tienen ley que nos haga obedecellas.

Ya presto ayuda á su ligera planta
si descienden al suelo;
ó en pos de su vision, que el alma encanta,
sus alas tomo y me remonto al cielo.

Inefable deliquio, en cuyos brazos,
unidos todos por iguales lazos,
muerto aparezco yo cual las doncellas,
ó vivas como yo se muestran ellas.

Todos mis pensamientos

toman formá en su imágen hechicera.
Siempre las veo, sí! De sus acentos
el eco blando escucho por do quiera.

«Ven!» me dicen. Despues entrelazadas
girar las veo de un sepulcro en torno;
y á poco entre las nubes elevadas
desvanecerse débil su contórno.

Sueña entonces mi ardiente fantasía,
y evoca de las cosas ya pasadas
dulces recuerdos la memoria mía.....

88

III.

Una entre todas, ay! ángel del Cielo,
una niña española!

de blancas manos; de inocente anhelo
henchido el corazon; negra pupila
en que dulce titila
de la Criolla la mirada ardiente;
con ese vago encanto y fresca aureola
que ilumina y corona por tí sola
á los quince años la virginea frente.

No la mató el amor: que para ella
tal afán no tenía
placeres ni combates todavía:
nada de amor en la febril querella
su libre corazon latir hacía;
y sí al verla decía
todo el mundo «¡Qué bella!»
ninguno ni por loco ni atrevido
se lo dijo al oido.

Amaba el baile y la mató su antojo.
Aún su mortal despojo
se estremece en la fosa conmovido,
cuando en noche de plácida bonanza,
de! aura leve en el tranquilo vuelo,
blanca nube se lanza,
imitando los giros de la danza,
ante el nocturno luminar del Cielo.

Amaba con exceso
el baile seductor! Si se acercaba
alguna fiesta nueva, en su embeleso
tres dias ántes con su afán vivía,
tres noches antes su placer soñaba.
Y músicos, mujeres, bailarines
de incansable porfía,

escitándo su jóven fantasía
en la noche callada,
giraban con alegre algaravía
en torno de su almohada.

Despues dijés, collares, maravillas!
cinturones de seda, en cuyas aguas
viva la luz refleja;
tejidos más ligeros que sencillas
son las débiles alas de la abeja;
bellas guirnaldas, cintas elegantes,
con que llenar de innúmeras cestillas
el perfumado espacio;
flores de tal valor, que eran bastante
á pagar un palacio!

Con sus bellas amigas bulliciosas
venía alegre al comenzar la fiesta,
agitando en su mano el abanico;
se sentaba entre el rico
conjunto de mil galas ostentosas,
y, al placer predispuesta,
brotaba el corazon notas gozosas
al compás de las notas de la orquesta.

Era grato contento
mirar bailar la niña seductora!
su basquiña agitaba al movimiento
el fleco azul que su redor decora;
sus negros ojos de mirada pura
brillaban bajo el tul de la mantilla,
cual doble estrella que en la noche oscura
entre los pliegues de las nubes brilla.

Ay! que todo era en ella
bailes y risas y alegría loca.
Pobre niña! Cuán bella
pudimos admirarla en los momentos
en que el ócio sofoca
más altos pensamientos;
que no del baile la influencia leda
el corazon ensancha y fertiliza:
vuela allí la ceniza
en torno de las túnicas de seda,
y del placer en rededor, sombrío
el enojoso hastío.

Pero ella arrebatada
del raudo wals en el girar violento,
cruzaba desalada
sin dar al pecho el natural aliento;

sumida sólo en la embriaguéz ardiente
de la fiesta encantada,
del brillo de las luces refulgente,
de las variadas flores aromosas,
de la expresiva música al sonido,
al son de las pisadas cadenciosas,
de las voces al ruido.

Qué dicha! enagenada
hendir la multitud con raudo vuelo,
y del baile en la atmósfera abrasada
sentír al par con duplicado anhelo:
no saber si se gira
de leve nube en el rodar envuelta,
ó sí, al herirla con el pié, retira
la tierra, huyendo en el espacio suelta;
ó si huella con planta presurosa,
de lo imposible con la loca idea,
fugáz onda espumosa,
que en breves giros á sus piés voltea!

Pero ¡ay! que era preciso,
al despuntar la aurora,
dejar el encantado paraíso,
y esperar á la puerta en aquella hora
el abrigo del manto satinado
que cubra el cuerpo y la ligera falda.
Entonces fría, en la desnuda espalda
sentía la inocente bailarina
resbalar temblorosa el soplo helado
del aura matutina.

Cuán triste el baile loco
hace al día siguiente!
Adios, risa inocente,
joyas y danza, que duró tan poco!
suceden á las plácidas canciones
de tos tenáz los desgarrados sonos;
al fresco tinte de encendida rosa,
con que el placer matiza los semblantes,
de la fiebre ardorosa
el color amarillo;
á los fúlgidos ojos irradiantes
los ojos ya sin brillo.

120

IV.

Murió ya para siempre. — A los quince años,
bella, feliz, querida!

De un baile á la salida
pagó el mortal tributo,
que nuestro corazon cubrió de luto.
Del seno de una madre enagenada,
la muerte con su brazo descarnado
la arrancó engalanada,
para dormirla en el sepulcro helado.

Para otra nueva fiesta
parecía dispuesta:
con tanta rapidéz, con tal premura,
hizo presa la muerte en su hermosura!
Y la temprana rosa,
que en su frente la víspera lucía
y el fresco cáliz en el baile abría,
se marchitó en la fosa.

17

V.

Su pobre madre ¡ay! tan sin cuidado
de su suerte futura,
poner tanta ternura
en cuidar aquel tallo delicado;
tanto tiempo velar, como un tesoro,
su niñez enfermiza;
y pasar tantas noches, una á una,
en acallar su lloro
durmiéndola en la cuna!

Y al cabo, para qué? Hora, sin vida,
yace manjar de roedor gusano
la niña de aquel rostro soberano,
bajo el plomo del féretro tendida.
Si de la tumba en el estrecho hueco,
en que amiga la puso nuestra mano,
se hace sentir el eco
de una fiesta de muertos, cuyo ruido
á nuevas sensaciones la despierta,
del invierno aterido
en una noche hermosa,
entre las losas del sepulcro yerta.

Un espectro de risa aterradora
cuida de su tocado,
en vez de la que adora
tierna madre en la vida del pasado;
y la grita: Ya es hora!
y, convirtiéndolo en mármol con un beso

de sus lábios el cárdeno tejido,
las largas manos de desnudo hueso
sepulta complacido
entre las ondas del cabello espeso.

Y luego temblorosa,
á la danza fatal vá conducida,
en medio de la rueda vaporosa
que gira entre las sombras confundida;
ancha y pálida, en tanto, está la luna
sobre el perfil del horizonte oscuro,
y el iris de las noches, que en sí aduna
de ópalo y nácar las preciadas tintas,
con su reflejo puro
tiñe la nube de argentadas cintas.

41

VI.

Todas vosotras, que á su juego loco
risueño el bailar con afán convida,
pensad siquiera un poco
en la hermosa Española, ya sin vida.
Con mano complacida,
y la alegre vehemencia
del siempre incauto corazón del niño,
las flores recogió de la existencia:
belleza, juventud, placer, cariño.

De fiesta en fiesta sin cesar llevada,
de esas valiosas flores
arreglaba confiada
los plácidos colores;
mas qué pronto acabó la desdichada!
Como Ophelia, prendida
en brazos de las ondas espumosas,
ella entregó la vida
cogiendo alegre sus preciadas rosas

18

ADOLFO DE LA FUENTE.

LUIS DE ARTIÑANO.

Quando se visita el cementerio de Castro-Urdiales, situado detrás de la iglesia de Santa María, sobre el promontorio que domina el mar, cuyo lamento parece arrullar el sueño de los que yacen en aquel camposanto, llama desde luego la atención una tumba aislada, que levanta entre cipreses sus pirámides de piedra.—Expresivas inscripciones dicen al que lee, que aquel monumento, está consagrado á una memoria querida, por el dolor de un padre, por el desconsuelo de una esposa, por el afecto de amigos cariñosos. Yace en aquella tumba Luis de Artiñano.

Dentro de algunos años, ahora mismo quizá, fuera de su familia, y de aquellos amigos, cuyo número vá reduciendo la muerte, ese nombre será desconocido, y el pasajero indiferente preguntará ante aquel sepulcro quién era el hombre, cuyas cenizas guarda.

No parecerá fuera de razon decirlo aquí, ya que éstas páginas á su memoria dedicadas han de encontrar lectores que se interesan por las cosas y los hijos notables de la Montaña; aparte de la simpatía que despiertan siempre una vida segada en flor, y esperanzas brillantes cuya completa realización impide destino inexorable.

No á todos es dado dejar en pos de sí obras, acciones, recuerdos que salven su nombre del olvido. Á unos se niega el tiempo, la ocasion á otros, y no falta quien, por la índole especial de su inteligencia y de su carácter, por irresoluto, por contemplativo, ó por excesivamente enamorado de la perfeccion, y descontento de sus propias obras, inferiores siempre al ideal que concibe, consume sus facultades en una vida puramente interior, cuyos destellos y cuya influencia no pasan del cálculo estrecho de las personas que los reciben y aprovechan.—¿Se les ha de olvidar por eso? Es justicia atribuir la parte que en el bien general le corresponde al mérito escondido.—La victoria que dá celebridad á un general

afortunado se consiguió tal vez gracias al esfuerzo, al heroísmo de soldados humildes, que yacén ignorados en la fosa sin nombre del campo de batalla. Tribútese enhorabuena honores y coronas al vencedor; pero no se niegue el debido homenaje al héroe desconocido que contribuyó con su sangre á la gloria ajena. Algo de esto sucede en la vida de los hombres y de los pueblos, en el adelanto de las sociedades. Todos vivimos de todos; y muchas veces la inspiracion, el impulso, la iniciativa de una idea, de un invento, de una empresa, de transformaciones fecundas en las distintas esferas de la actividad humana, no se engendran en el mismo que las realiza, sinó que proceden de quien, desconociendo quizá todo su alcance, las comunicó á otros, como labrador que esparce con mano generosa semillas que ván á caer y germinar en tierra feráz. Gloria al génio creador, honra al talento que aplica, que perfecciona, que realiza; pero recuerdo y simpatía tambien para aquellas claras inteligencias que han dado muestra de lo mucho que valían en el influjo que ejercieran y la parte que tomasen en el fomento de la ilustracion y del adelanto de su país.

Á esta clase pertenecía Luis de Artiñano. Nacido en Castro-Urdiales poco antes de comenzar la guerra civil de los siete años, en el seno de una familia distinguida y acomodada, su educacion fué objeto especial de la solicitud de su padre D. Luis, persona tan ilustrada como piadosa, que le amó siempre con el entrañable cariño que se profesa á un hijo único.—Eran los de Castro—y es posible que todavía lo sean—aficionados á acudir á Bilbao, villa con la cual desde antiguo tenían muchas relaciones; y D. Luis escogió para la educacion literaria de su hijo, el Colegio de Vizcaya, recuerdo y renovado de aquel del mismo nombre tan bien reputado, y concurrido por jóvenes de familias conocidas de Bilbao y Santander, cuando tuvo la honra de contar entre sus profesores al insigne D. Alberto Lista, siendo director el ilustrado Irazabal.

Tratóse de restaurar en 1846 su antiguo brillo construyendo el edificio espacioso, donde un cuerpo escogido de profesores, inauguró los estudios de segunda enseñanza, y pronto se poblaron las aulas de una juventud deseosa de seguir los caminos literarios y científicos que á su aplicacion se abrian. Distinguióse entonces entre los mejores alumnos Artiñano.—Conocidos ya su talento y especial aptitud para las matemáticas, la variedad y riqueza de sus facultades se demostraron á la vez,—que tanto exigía el plan de estudios—lo mismo en ciencias físicas y naturales como en literatura, dando prueba en cuanto emprendía de la claridad de su entendimiento y de

la viveza de su imaginacion. No era Artífiano de esos discípulos cuyo mérito consiste en aprender fielmente las lecciones del maestro y seguir paso á paso sus huellas; eco de lo que oyen, copia de lo que ven, sin iniciativa ni criterio propios: sobresalientes de las áulas, que fuera de ellas no pasan nunca de ser honestas medianías.—No necesitaba andadores; sabía andar solo: de una idea pasaba con rapidéz á otras: de un principio al opuesto y á sus extremas consecuencias: su intuicion pronta y original descubría en las cosas aspectos y relaciones que otros no veían, y es seguro que más de una vez sus maestros debieron maravillarse al advertir que sabía lo que ellos no le habían enseñado. Realzaba estas cualidades su palabra fácil, animada, expresiva, dón de montañeses —segun dicen— más de notar entre vizcainos; que no brillan, en general, por lo elocuentes.

Los ejercicios de la cátedra de retórica le dieron ocasión para escribir algunas composiciones, que eran algo más que ensayos de escolar; aunque la belleza de la forma no correspondiese siempre á lo profundo ó atrevido de los conceptos. Resentíase de las aún no extinguidas influencias románticas y de la lectura de Espronceda, de cuyo *Mendigo* era primo hermano cierto *Sepulturero*, enérgico y sombrío, pero no tan real como aquellos con quienes Shakspeare hace conversar á Hamlet. La índole del talento de Artífiano no se prestaba al artificio y á las armonías de la versificación. Hijo de su época, amaba sobre todo la prosa. Hubiera suscrito de buen grado la página de Dumas contra el empeño de escribir en verso, y repetido con el autor de *Las Nubes*:

*Est-il, jeledemande, un plus triste souci
Que celui d'un niais qui veut dire une chose,
Et qui ne la dit pas, faute d' écrire en prose?*

Terminados brillantemente sus estudios de segunda enseñanza, donde alcanzó premios y consideracion y aprecio, resolvió Artífiano trasladarse á París á seguir una carrera científica. Aquel centro fascinador excitaba su curiosidad y ofrecía ancho horizonte á las ambiciones de su mente. Por otra parte empezaba á romperse esa tradicion rutinaria que ha llenado de abogados y médicos á España, y ocurrirse á los padres que sus hijos podían ser otra cosa, con provecho propio y de su país.—Despertaban de su prolongado letargo las industrias y pedían ingenieros hábiles que las dirigieran. Artífiano quiso serlo, y entró en la *Escuela central* de París. Pero los estudios especiales no pudieron saciar la avidéz de su mente, escitada por la ardiente vida intelectual que le pe-

netraba con la novedad y el estímulo de ideas, teorías y sistemas que despertaban su atención hácia la filosofía y la política. Pasar de la calma, del atraso relativo de Bilbao al torbellino parisiense, era para embriagar aquel ánimo movido de ardores juveniles. Estalló la revolucion de Febrero de 1848, y la fiebre que se produjo en los espíritus, no era para desviar al joven estudiante de las nuevas lucubraciones y lecturas que tan poderoso interés le habian inspirado. Las célebres paradojas de Prudhon, los escritos de Luis Blanc, las polémicas de Girardin,—toda esa literatura innovadora y ardiente que brotó al calor de aquellas alteraciones, fué alimento de su curiosidad; y aún tiempo despues se le oía referir la impresion que habian hecho en él algunas escenas que presenció en aquellos dias agitados, y los discursos elocuentes de muchos oradores de club; que siempre, si la ocasion lo pide, abundan en París tribunos que parlan á las mil maravillas.

Vuelto Artñiano á España, no bien aquietadas en él las agitaciones parisienses, cambiaron de pronto la direccion de su vida y sus propósitos, merced á su enlace con una preciosísima señorita, paisana suya; del cual se holgaron mucho sus padres, deseosos de tenerle en Castro á su lado, distraido en el cuidado de su hacienda, que era sobrada para dispensarle de otras ocupaciones.

No renunció por eso Artñiano á sus estudios favoritos. Ni la calma adormecedora de aquella residencia tranquila; ni los halagos de su felicidad doméstica pudieron apagar las nobilísimas aspiraciones de su mente siempre ocupada en el exámen de los problemas más interesantes de la filosofía y de la ciencia contemporáneas. Desde su retiro de Castro seguía asíduamente el movimiento de las ideas: no se producía en la esfera de la inteligencia novedad que él desatendiera y no estudiara: no se publicaba libro importante que no fuera á enriquecer su biblioteca y ocupar útilmente sus veladas; de tal modo que en el sosegado apartamiento de aquella villa modesta y silenciosa vivía en comunicacion con la fecunda actividad de los centros de mayor cultura, que vienen á ser como los focos del pensamiento moderno.

Sus estudios no se limitaban, desdeñoso de la realidad práctica, á especulaciones meramente teóricas: no era lo que algunos llaman con menosprecio *un ideólogo*, por más que el vuelo de su fantasía le llevase con superior atractivo al mundo de la idealidad. Sus aficiones científicas le sirvieron siempre como de lastre y le condujeron en más de una ocasion á plantear aplicaciones industriales, ya dedicándose á la fabricacion de cal hidráulica, ya verificando con asi-

duidad y con empeño ensayos de piscicultura, arte cuya novedad y esperanzas, apesar de encontrarse todavía envuelto en las dificultades y vacilaciones de sus principios habian despertado la curiosidad de su inteligencia impresionable y pronta.

Pero su accion más eficaz y más importante efectuóse, no en la produccion material de la industria, sinó en la superior de las ideas con la influencia fecunda que ejerció en sus amigos y en cuantos jóvenes tuvieron ocasion de tratarle. La educacion y la enseñanza no alcanzan ni pueden alcanzar, por regla general, en las villas y pueblos de provincia, por más que sean adecuadas al objeto técnico que se proponen, aquella elevacion de miras, aquel alto concepto que en los centros de gran cultura ensancha los horizontes de la ciencia y del arte. Artiñano, que por su educacion y por la índole de su talento habia adquirido una penetracion y delicadeza de crítica notables, y cuyos juicios en cuestiones históricas y literarias tenían á veces tanto alcance como novedad, y siempre una elevacion superior á las rivalidades y exigencias de las escuelas y de los sistemas, era eminentemente propio para mostrar nuevos puntos de vista á las inteligencias ménos cultivadas, que recibían de la suya aquella inspiracion fecunda, aquel impulso que abre de pronto nuevos caminos en la investigacion de la verdad, y en el culto reflexivo del bien y de la belleza. Así es que, ya en los bancos del Instituto de Bilbao, luego en París, y particularmente despues en la villa de Castro, fué Artiñano como el centro y el inspirador de muchos estudiosos—en cuyos adelantos tuvieron parte su ejemplo y su influencia. Desgracia ha sido que varios de ellos, compartiendo su destino riguroso, hayan muerto jóvenes, sin poder realizar todas las promesas de su mérito, que se han cumplido felizmente en alguno de sus más queridos compañeros del Colegio de Vizcaya, distinguido alumno de la escuela de minas de París, que ha demostrado en uno de los establecimientos industriales más importantes de España, cuánto valen su carácter y su talento.

La influencia de Artiñano no se limitó á ese círculo de amigos, que formaban como su familia científica, sinó que trascendió á mayor número de personas en Castro. Siempre se ha distinguido esta villa por su amor á la cultura y al adelanto, que no ha sido allí patrimonio esclusivo de la gente acomodada, sino que se ha manifestado tambien en las clases trabajadoras, en los pescadores mismos,—cuya humilde existencia no es en verdad obstáculo para el logro de la mayor excelencia moral, como lo prueban altísimos ejem-

EL ESPIRITU DE ASOCIACION.

(CONCLUSION.)

—Ay!... ay!—grita de repente Narciso.

—¿Qué es esto?—preguntan todas asustadas, corriendo hácia el jóven.

Doña Gerónima sale apresuradamente.

—¿Qué ocurre? ha sucedido algo?

—Que me parece que he sacado el wals.

—Pues menudo susto nos hemos llevado! Creímos que era otra cosa.

—Y yo tambien,—dice la mamá, que vuelve á tranquilizar á sus compañeras, contándoles lo que ha sucedido, y terminando con la colilla de: ¡cosas de jóvenes!

—A ver! á ver!—dice Rosa, á quien el deseo de bailar el wals que ella había indicado hace que se reponga del susto la primera.

Narciso, con la misma alegría que si hubiera descubierto otro mundo como Colon, comienza á tararear.

—Sí, ese... ese es!—grita Rosa—Siga... siga V.

Y cogiendo á una de sus amigas, dá algunas vueltas con ella.

—Pues no es,—añade, deteniéndose.—El que yo digo tiene mejor compás.

—Está visto, no le *saco*. Y cuidado, que hoy he estado todo el día tarareándole. Estoy seguro que cuando nos marchemos, me acordaré de él apenas llegue á la escalera..... Si tuviera aquí mi violín.

—Mira, podías ir á buscarle.

—Sí, sí; véte, véte,—repiten á coro los hombres.

—Eh, por Dios, que estará muy lejos, dice Laura.

—Cá! si está ahí, un paso.

—Que vaya la muchacha.

—No sabrá en donde está.

—Tiene razon.

—Ya iré yo de una *correndera*.

—Jesús, *correndera!*—repite Sinforosa, que á su desenfado une la pretension de hablar bien, porque está suscrita á todas las novelas de á dos cuartos la entrega.

—El que tiene boca, se equivoca,—contesta el jóven, sonriéndose, como queriendo demostrar que no le mortifica aquella observacion, cuando ha sido un dardo asestado al amor propio del ex-redactor de un periódico manuscrito que se publica en los portales de la Plaza Vieja, y cuyos artículos y poesías, han sido leídos por sus contertulios, y compañeros de redaccion en varias casas, y aplaudidos más de una vez por aquella concurrencia.

—Qué cosas tienes!—dice Rosa luego que ha salido Narciso.

—Tú crées que se ha enfadado?—Cá!... es un infeliz.

—Callad!—grita de repente Dolores.

Y como la conversacion continúa.

—Quereis callar? repite con aspereza.

—Pero, qué sucede?—preguntan cuatro ó cinco á la vez.

—Callad, os digo, y lo vereis.

Hay un momento de silencio, que permite oir distintamente los acordes que, en honor á la criada de enfrente, arranca *Trevedes* á su violin.

Y la tertulia baila un wals al compás de la jota, y despues una habanera, *La sopimpa*, que es el *fuerte* del popular artista. Este termina su mision, y se vá con la música á otra parte, dejando desconsolada á la reunion, que hubiera dado de muy buena gana cuatro cuartos á cambio de una polka.

Apenas ha trascurrido media hora cuando vuelve á presentarse Narciso con su violin debajo del brazo.

La tertulia prorrumpe en una exclamacion de alegría, y forma un círculo alrededor del jóven para presenciar la exhumacion del instrumento de su funda de hayeta verde.

El violin pasa de mano en mano, haciendo cada cual sus correspondientes *variaciones*, que producen un fuerte rechinar de dientes, y dolor de corazon al jóven, que teme por la suerte de su querido compañero.

Al fin le llega el turno de *arrascarle* como dicen algunos de sus amigos.

Narciso se acomoda bien en su asiento, cruza las piernas, hace un movimiento de brazos para retirar los puños de la camisa que le caen sobre las manos, y, previos los preludios que son de rúbrica al comenzar á tocar todo instrumento, dá principio, marcando el compás con el pié, al *wals de la se-*

renata, con gran contento de Rosa, que vé al fin cumplidos sus deseos.

Las parejas vuelven á ponerse en movimiento.

Despues del wals, el jóven toca una polka, y, sin tomarse tiempo para descansar, bailan la polka. Y á la polka sigue una habanera, y á ésta un shotish, y en fin, se agota todo el diccionario del baile, más nó el ánimo de los tertulios.

Narciso, entusiasmado con su violín, continúa apurando su repertorio, amen del toque de las cornetas y el popular aire de las gigantillas, que interpreta de una manera deplorable.

—Pero descanse V.,—le dicen las jóvenes.

—Soy incansable,—contesta.

Y prosigue en sus improvisaciones.

—Hombre, calla!—le dice un amigo.

—Déjele V.... si él se divierte así!—esclama Laura.

—Van Vds. á bailar más?—pregunta Narciso á quien han hecho poca gracia las palabras de su amigo, disponiéndose á recoger su instrumento.

—Mira, toca una *danza*.

—¿Cual?—pregunta el jóven con marcada frialdad, no pudiendo olvidar el poco aprecio que ha hecho la tertulia de su mérito artístico.

—Sabe V. la de *la Flor de Mayo*?—pregunta Dolores, que esta vez sustituye á Rosa.

Narciso trata de complacerla, tocando algunos compases de diferentes habaneras, sin que ninguno de ellos pertenezca á la que se refiere la jóven.

—Ea! no la recuerdo.

Y dá principio á la jota aragonesa.

Los tertulios se disponen á bailar la jota; pero las mamás, que hace tiempo luchan por vencer el sueño, se preparan á poner término á la sesion, con gran sentimiento de las *niñas*, que se esfuerzan por convencerlas que todavía es temprano.

Los jóvenes presentan los relójes á las buenas señoras, haciéndolas observar que ván adelantados cerca de una hora.

Pero las mamás no se toman la molestia de aceptar aquellas pruebas; sus cuerpos son los mejores cronómetros, y éstos hace tiempo que anuncian la hora del descanso.

Y como las muchachas insistan en que se prolongue algunos minutos más la reunion, las madres les recuerdan que al día siguiente tienen que ir á misa, y, por consecuencia, necesitan madrugar, á lo cual no son muy aficionadas.

Doña Gerónima en quien no hace mella aquella noche el sueño, apoya la peticion de las jóvenes. Estas, al verse defendidas por una persona tan respetable como la dueña de la

casa, redoblan sus esfuerzos para alcanzar la gracia de sus mamás, que ya se hallan de pié, y á quienes obligan á sentarse á la fuerza, apoyándolas las manos sobre los hombros, dándoles media docena de besos y prometiéndolas que al día siguiente se levantarán temprano, sin que haya necesidad de llamarlas cien veces, como habitualmente sucede.

—Vaya, ya podeis dar gracias á Doña Gerónima; pero mañana será ella!... veremos quién os saca de la cama.

La tertulia se prolonga un cuarto de hora, al cabo del cual vuelven á tocar á retirada.

Nueva oposicion alegando que no han trascurrido cinco minutos desde que se concedió la próroga de la sesion.

Pero esta vez triunfan las mamás, y todo el mundo se dispone á retirarse, preguntando por sus abrigos.

Rosa les conduce á una alcoba, que hace las veces de guardaropía, y en la que, sobre una cama, yacen en revuelta confusion las mantillas, las capas, los chales, las nubes y los sombreros, no siendo posible retirar una prenda sin arrastrar en pós de sí media docena, lo que produce las consiguientes reclamaciones de sus dueños.

Cerca de una hora transcurre antes que los jóvenes se hallen en disposicion de salir, porque entonces se les ocurre comunicarse multitud de cosas, que no han tenido en toda la santa noche, como dicen las mamás, á quienes desespera aquella calma.

Rosa y su mamá salen hasta la escalera á despedir á sus amigas, recomendándolas mucho que se abriguen bien, porque saldrán sudando y hace frío, y citándolas para el día siguiente, á misa de ocho en San Francisco.

III.

Ni despues de misa, ni por la tarde en la alameda, ni el miércoles en casa de Doña Tadea, en donde se hallan en este momento, se habla entre los tertulios de otra cosa que de los incidentes de la noche del sábado.

Y mientras en un grupo, de que forma parte Narciso, Rosa censura la conducta de Sinforosa cuando aquel tuvo la desgracia de pronunciar la palabra *correndera*. Sinforosa toma la revancha-haciendo coro con Simona y Cármen, que califican de fastidiosa á la hija de Doña Gerónima.

—Amiga, como tiene reunion.

—Valiente cosa.

Dolores se sienta al piano y pone término á aquellas inocentes murmuraciones, tan comunes en esta clase de reuniones.

A la hora de costumbre termina la sesión, que dos días después había de continuarse en casa de Doña Gerónima.

IV.

El aspecto que presentaban los salones de Doña Gerónima, era el mismo que el del sábado anterior, con la única diferencia del piano, que, gracias á las activas gestiones de la viuda, figuraba aquella noche intercalado entre el estenso círculo de sillas.

La hora de la reunión se acercaba, y madre é hija, henchidas de gozo, al ver cumplidos sus deseos, terminaban los preparativos para la fiesta, que prometía ser brillante, si la fatalidad no lo hubiera dispuesto de otro modo.

Doña Gerónima recibió un atento recado de la señora del cuarto principal, suplicándola encarecidamente que tuviera la bondad de prescindir aquella noche del baile; pues su esposo, enfermo desde el día anterior, habíase agravado hasta el punto de haber pedido una consulta al médico de cabecera.

El primer impulso de la viuda, fué lamentarse de su mala estrella: luego, respondiendo á sus sentimientos de buena cristiana y los impulsos de su bondadoso corazón, se condeñó sinceramente de su vecino.

—Qué todos los males que nos venga, sea como este! no bailar una noche!—decía á su hija.—Algo peor es lo que sucede abajo!... Siquiera salga adelante ese pobre señor.

Doña Gerónima pensó en avisar á sus amigas para que no se molestáran en acudir á su casa; pero ya era la hora crítica é imposible de que la criada pudiera en tan breve tiempo hacer tanto recado, mucho más viviendo bastante lejos la mayor parte de ellas.

En la imposibilidad de llevar á cabo este pensamiento, por falta material de tiempo, hizo bajar al portal á la muchacha, á fin de que advirtiera á sus amigas que no hicieran ruido al subir.

No tardaron, en efecto, en comenzar á acudir las tertulias, manifestando algunas mamás la conveniencia de volverse á sus casas en vista de lo que ocurría. Pero sus hijas les hicieron presente que ya que estaban allí no debían retirarse sin saludar á sus amigas, y que, además, bien podía pasar la noche reunidas, sin ofender á Dios ni turbar la tranquilidad de que habría menester el enfermo.

Y llegaron á la habitación de Doña Gerónima, conteniendo la respiración, y en la punta de los piés.

El estado del vecino sirve aquella noche de tema á las buenas señoras, que inquieren de la viuda, cuanto tiempo

hace que aquel se halla en cama, qué enfermedad tiene?, quién le visita? etc. etc.

Entretanto, las jóvenes, formando un círculo compacto alrededor del piano, se lamentan del suceso que le obliga á no dejarse oír aquella noche, y unen sus votos á los de las mamás por el pronto restablecimiento del enfermo.

Y como Luisito no pudiendo resistir á la tentacion de probar las voces del instrumento, posa uno de sus dedos en el teclado, Doña Gerónima, sale apresuradamente.

—Vamos á ver si teneis juicio.... Qué dirán los de abajo! Y la viuda cierra el piano y guarda la llave.

Los tertulios toman asiento.

—El que escuche nuestra conversacion, chasco se lleva, —dice Rosa rompiendo el silencio que reina en la sala.

—Pues cuente V. algo, —replican varias jóvenes á la vez.

Y vuelve á observarse la misma calma, interrumpida tan sólo por el *rum-rum* de las conversaciones de las mamás, que produce una sonrisa general.

Rosa llama la atencion de Dolores, que se halla á una respetable distancia, y hace algunos movimientos muy pronunciados con los lábios.

—No te comprendo.

—Fíjate bien.

Y Rosa vuelve á abrir y cerrar descomunadamente la boca, imitando la articulacion de algunas palabras.

—Pues no sé lo que quieres decirme.

—Jesús, qué torpe!... Mira!...

Y repite por tercera vez sus gesticulaciones.

—¿Comprendes ahora?

—Sí; me preguntas si quiero.....

—Cállate!...

—Ah! ya sé lo que es, dice Emeterio, dependiente de comercio.

—A qué no? Vamos, ¿qué es lo que he dicho?

—Si quiere ir á la cocina.

—Cá!

—Eso, eso es, —repite en coro la reunion, que no ha perdido ninguno de los movimientos de Rosa.

—Quieres venir á beber agua? dice ésta á su amiga.

Rosa y Dolores abandonan la sala y van á la cocina á confiarse sus secretos, con profundo disgusto de la criada, á quien no hace gracia que las tertulias invadan sus dominios y vean lo que en ellos se guisa.

La reunion queda comentando aquella salida.

—Es ó nó lo que yo decía? —les pregunta Emeterio cuando vuelven á la sala.

—No señor.

—Que nó? Si tan seguro tuviera yo el *premio gordo*.

—Bueno, sea lo que V. quiera.

Despues de algunas escenas de este género, es raro que no se dedique una parte de la noche al exámen de los nombres propios de las personas. Generalmente ninguno de ellos está contento con el suyo, lo que dá origen á crueles sascarnos contra sus padres, á quienes hacen responsables de tamaño infortunio, y á una animada discusion sobre la mayor ó menor belleza de determinados nombres. Todas quisieran llamarse Eloisa, Elena, Elvira ó Leonor, porque no hay novela en que deje de figurar alguna jóven que se llame así lo que es para ellas una prueba de la bondad de semejantes apelativos, cuando personas tan ilustradas como los novelistas, bautizan con ellos los personajes de sus obras.

Se habla, en fin, un poco de modas, algo acerca de los preparativos para el próximo carnaval, y mucho sobre matrimonios, que es el *fuerte* de la reunion, y de este modo consiguen matar insensiblemente, como ellos dicen, aquella velada.

V.

Quince dias despues, el enfermo se hallaba completamente restablecido, y llega hasta las calles inmediatas el estrépito de la fiesta, que tiene lugar en casa de Doña Gerónima.

Y durante largos meses, se repiten todos los sábados aquellas sesiones, que anuncian á los vecinos la terminacion de la semana.

Cierto dia, un antiguo amigo del esposo de Doña Gerónima, que acaba de regresar de América, pide á la viuda la mano de su hija, y con el baile de boda se cierran los salones de aquella señora.

Con esto coincide una desgracia de familia que obliga á Doña Tadea á suspender sus recepciones; el traslado á Castellon de Narciso, el telegrafista; la cesantía de Cosme; el nombramiento de jefe de la estacion de T... de Luisito; la quiebra de D. Lesmes, que, dejando sin colocacion á Federico, le lanza al otro lado del Atlántico; en fin, una multitud de contratiempos, porque una desgracia nunca viene sola, que hacen que cada cual se vaya por su lado, como dicen algunas de las tertulias, al recordar hoy aquella época de su vida.

PRIMITIVO ZÁRATE.

LA CRUZ DEL GOLGOTHA.

ESTUDIO HISTÓRICO-RELIGIOSO.

(CONTINUACION.)

II.

LA ORACION EN EL HUERTO DE GETHESEMANI.

En el camino se armó entre ellos contienda, sobre cual de ellos parecía ser el mayor, mas Jesús les dijo: Los reyes de las naciones se enseñorean de ellas, y los que tienen autoridad sobre las mismas son llamados bienhechores, que no sea lo mismo entre vosotros, ántes el que es mayor, hágase como el menor, y el que manda como el que obedece; porqué, cual es mayor, ¿el que está á la mesa ó el que sirve? ¿No és mayor el que está sentado á la mesa? pues yo estoy en medió de vosotros como el que sirve, y vosotros sois los que habeis permanecido conmigo en mis tentaciones, por esto yo os preparo el reino como mi Padre me lo ha preparado para que comais y bebais á mi mesa en mi reino y os senteis sobre tronos para juzgar á los doce tribus de Israel (1); pero todos

(1) S. Lucas XXII. 24 á 30.

sereis escandalizados en mí esta noche, porque escrito está heriré al pastor y se descarriaran las ovejas (2) del rebaño (3), mas despues que haya resucitado iré delante de vosotros á Galilea (4). Respondió Simón Pedro, y le dijo: Aunque todos se escandalizaren en tí, yo nunca me escandalizaré (5) y dijo el Señor: Simón, Satanás te ha pedido para zarandearte como trigo; pero yo he rogado por tí, que no te falte tu fé, y tú una vez convertido, cuides de confirmar á tus hermanos (6). Pedro le respondió: Señor dispuesto estoy á ir contigo aún á la cárcel y á la misma muerte (7) y Jesús le replicó: De cierto te digo que esta noche antes que el gallo cante (8) dos veces (9) me negarás tres (10). Más él con mayor porfía (11) decía: Aunque sea menester morir contigo no te negaré, y los demás discípulos dijeron lo mismo (12). Jesús continuó enseguida. ¿Cuando os envié sin bolsa y alforja y sin calzado, os faltó alguna cosa? Nó: respondieron ellos. Luego les dijo: Pues ahora quien tiene bolsa ó alforja tómelas, y el que no las tenga venda su túnica y compre espada, os aseguro, que es necesario que se vea cumplido en mí lo que está escrito: «y fué contando con los iníquos;» porque, lo que ha sido profetizado de mí, está próximo á cumplirse (13). Ellos respondían: Señor, hé aquí dos espadas. Jesús les dijo: Basta. Y cuando hubo dicho estas cosas fué con sus discípulos á la otra parte del arroyo Cedron (14), á un lugar llamado Gethsemaní, (15) donde había un huerto (16) y dijo á sus discípulos: Sentáos aquí mientras yo voy allí y hago oracion (17) y tomando consigo á Pedro y á los dos hijos del Zebedéo, Santiago y Juan, comenzó á entristecerse y angustiarse en gran manera: (18) Jesús les dijo: Triste está mi alma hasta la muerte, esperad aquí y velad conmigo, (19) y yéndose un poco más adelante se postró sobre su rostro y oró, que si fuese posible pasáse de él aquella hora y decía: Padre mío,

(2) S. Matéo XXVI. 31. S. Márcos XIV. 27.—(3) S. Matéo id. id. —(4) S. Matéo id. 32. S. Márcos id. 28.—(5) S. Matéo id. 33. S. Márcos id. 29.—(6) S. Lúcas XXII. 31 y 32.—(7) S. Lúcas id. id. S. Juan XIII. 37.—(8) S. Matéo id. 34. S. Márcos id. 30 S. Lúcas id. 34. S. Juan id. 38.—(9) S. Márcos id. 30.—(10) S. Matéo id. 34. S. Márcos id. 30. S. Lúcas id. 34. S. Juan id. 38.—(11) S. Márcos id. 31.—(12) S. Matéo id. 34. S. Márcos id. 31.—(13) S. Lúcas XXII. 35 á 38.—(14) S. Juan XVIII. 1.—(15) S. Matéo id. 36. S. Márcos id. 32.—(16) S. Juan id. 1.—(17) S. Matéo id. 36 S. Márcos id. 32.—(18) S. Matéo id. 37. S. Márcos id. 33.—(19) S. Matéo id. 38. S. Márcos id. 34.

todas las cosas te son posibles, traspasa de mí este cáliz, más hágase tu voluntad (20) y no la mía (21).

Habiéndose levantado después de hacer su oración vino á sus discípulos y los halló durmiendo y dijo á Pedro: Simon, duermes, no habeis podido velar conmigo una hora (22), velad y orad para que no entreis en tentación (23). El espíritu en verdad está pronto, más la carne enferma (24). Por segunda vez se fué de nuevo y oró diciendo las mismas palabras (25). Padre mío, sino puedes pasar este cáliz sin que yo lo beba, hágase tu voluntad (26). Vino otra vez y los halló dormidos, porque sus ojos estaban cargados por el sueño (27) y no sabían que responderle (28). Dejándolos se fué á orar por tercera vez diciendo las mismas palabras (29). Entonces se le apareció un ángel del cielo que le confortaba, y habiendo caído en agonía oraba con mayor más entensamente y tuvo un sudor como de gotas de sangre que descendió hasta la tierra (30). Y luego vino á sus discípulos nuevamente y les dijo: Dormid ya y descansad: hé aquí llegada la hora y el Hijo del hombre vá á ser entregado en mano de los pecadores (31), levantáos, vamos, que ya se acerca el que me ha de entregar (32).

III.

PRISION DE JESUS.

Apenas había terminado estas palabras, cuando llegó Judas uno de los doce, (1) (que conocía aquel lugar por haber ido á él varias veces Jesús con sus discípulos) (2), á la cabeza de mucha gente con espadas y palos enviados por los príncipes de los sacerdotes, (3) los escribas (4), los fariseos (5) y los

(20) S. Matéo id. 39. S. Márcos id. 34. S. Lucas id. 42.—(21) San Márcos y S. Lucas. id. id.—(22) S. Matéo id. 40. S. Márcos id. 37. S. Lucas id. 46.—(23) S. Matéo id. 41. S. Márcos id. 38. S. Lucas id. 46.—(24) S. Matéo id. 41. S. Márcos 38.—(25) S. Márcos id. 39. S. Matéo id. 42.—(26) S. Matéo id. 42.—(27) S. Matéo id. 43. San Márcos id. 40.—(28) S. Márcos id. 40.—(29) S. Matéo id. 44.—(30) S. Lucas id. 43 y 44.—(31) S. Matéo id. 45. S. Márcos id. 44.—(32) S. Matéo id. 46. S. Márcos id. 42.

(1) S. Matéo id. 47. S. Márcos id. 43. S. Lucas id. 47. S. Juan XVIII 2.—(2) S. Juan id. 2.—(3) S. Matéo id. 47.—(4) S. Márcos id. 43.—(5) S. Juan id. 3.

ancianos del pueblo (6). Jesús que sabía todo lo que había de suceder, se adelantó y les dijo: ¿A quien buskais? Ellos contestaron á Jesús Nazareno. Jesús les dijo: Yo soy. Y Judas que le entregaba tambien estaba con ellos. Luego que Jesús les dijo, yo soy, se echaron atrás y cayeron en tierra. El volvió á preguntarles: ¿A quien buskais? Y dijeron: Á Jesús Nazareno. Jesús les respondió: os he dicho que yo soy; pues si es á mí á quien buskais dejad ir á éstos, para que se cumpliese la palabra que dijo: de los que me disteis ninguno de ellos perdí (7). El que lo vendía, les había dado una señal para conocerle, diciéndoles, al que yo besáre, es el que buskais, prendedle (8) y llevadle en seguridad (9). Se llegó, pues á Jesús, le dijo: Salve maestro, y lo besó (10). Jesús les dijo: Amigo, á que vienes (11), ¿con un beso entregas al Hijo del hombre? (12) Viendo los que estaban con él lo que iba á suceder le dijeron ¿Señor, herirémos con espada? (13). Entonces uno de los que estaba con Jesús (14), (Simón Pedro que tenía una espada) (15) la sacó é hirió á un siervo del Pontífice y le cortó la oreja (16) derecha (17), y este siervo se llamaba Melcho; (18) más Jesús dijo á Pedro: Mete tu espada (19) en la vaina, porque todos los que tomasen la espada, por la espada perecerán (20). ¿No es preciso que beba el cáliz que mi Padre me ha dado, (21) piensas que nó puedo rogar á mi Padre y que él no me enviaría, aquí, ahora mismo, más de doce legiones de ángeles? ¿Cómo, pues se cumplirán las Escrituras de que ésto ha de ser así? (22) Dejad hasta aquí. Y tocándo la oreja la sanó (23) y en aquella hora dijo Jesús (24) á los que habían ido á prenderle de parte de los príncipes de los sacerdotes, de los magistrados del templo y de los ancianos (25). Como ladron habeis salido á prenderme con espadas y con palos (26), cuando estaba todos los dias sentado en el templo con vosotros enseñando y no me prendisteis (27) mas esta es vuestra hora y de la potestad de las tinieblas (28)

(6) S. Matéo id. 47. S. Márcos id. 43.—(7) S. Juan id. 4 á 9.—(8) S. Matéo id. 48. S. Márcos id. 44.—(9) S. Márcos id. 44.—(10) San Matéo id. 49. S. Márcos id. 45. S. Lúcas id. 47.—(11) S. Matéo id. 50.—(12) S. Lúcas id. 48.—(13) S. Lúcas id. 49. (14) S. Matéo id. 51. S. Márcos id. 47. S. Lúcas id. 50. S. Juan id. 10.—(15) S. Juan id. 10.—(16) S. Matéo id. 51. S. Márcos id. 47. S. Lúcas id. 50. San Juan id. 10.—(17) S. Juan id. 10. S. Lúcas id. 50.—(18) S. Juan id. 10.—(19) S. Juan id. 11. S. Matéo id. 52. (20) S. Matéo id. 52.—(21) S. Juan id. 11.—(22) S. Matéo id. 53 y 54.—(23) S. Lúcas id. 51. (24) S. Matéo id. 55. S. Márcos id. 48. S. Lúcas id. 52.—(25) S. Lúcas id. 52.—(26) S. Matéo id. 55. S. Márcos id. 48. S. Lúcas id. 52.—(27) S. Matéo id. 55. S. Márcos id. 49. S. Lúcas id. 53.—(28) S. Lúcas id. 53.

pero todo ésto fué hecho para que se cumpliera lo escrito por los profetas (29).

Los soldados y el capitán con las gentes enviadas por los príncipes de los judíos, echaron las manos, le prendieron (30) y le ataron (31). Todos los discípulos huyeron, abandonándole (32) empero un mancebo que le seguía cubierto solamente con una sábana, como quisieran apoderarse de él, soltó la sábana y escapó desnudo de entre las manos de los que le tenían (33). Preso Jesús le llevaron primero á casa de Anás, que era suegro de Caifás, el cual era Pontífice aquel año, siendo Caifás aquel que había dado el consejo á los judíos de que convenía que muriese un hombre por todo el pueblo. El Pontífice preguntó á Jesús sobre sus discípulos y su doctrina (34), Jesús le respondió: Yo he hablado públicamente á todo el mundo: siempre he enseñado en la sinagoga y en el templo á donde concurrían todos los judíos, y nada he hablado en oculto ¿porqué, pues, me preguntas á mí? Pregunta á aquellos que me han oído para saber lo que yo les he dicho. Ellos son los que saben lo que he enseñado. Cuando esto hubo dicho, uno de los criados que estaba presente le dió una bofetada diciéndole ¿Así respondes al Pontífice? Jesús le respondió: Si he hablado mal, dá testimonio de lo malo, y si bien ¿porqué me hieres? Anás lo envió atado á Caifás (35) y fué llevado á casa de este Pontífice, que era el gran sacerdote, (36) á donde se habían reunido los escribas y los ancianos, (37) los príncipes de los sacerdotes y todo este concilio buscaba algun falso testimonio contra Jesús para hacerle morir (38) no hallando ninguno suficiente, aunque se habían presentado muchos testigos (39), cuyos testimonios no concertaban (40) hasta que al fin llegaron dos testigos falsos (41) y dijeron levantándose: Nosotros le hemos

(29) S. Matéo id. 56. S. Márcos id. 49.—(30) S. Matéo id. 50. San Márcos id. 46. S. Lucas id. 53. S. Juan id. 12.—(31) S. Juan id. 12.—(32) S. Matéo id. 56. S. Márcos id. 50.—(33) S. Márcos id. 51 y 52.—(34) S. Juan id. 13 y 14.—(35) S. Juan id. 19 á 24. Estos hechos solamente los refiere S. Juan. Las negaciones de S. Pedro se narran en los versículos 15 á 18 y 25 á 27 y al parecer tuvieron lugar en casa de Caifás, donde los demás Evangelistas dicen que negó á Cristo S. Pedro.—(36) S. Matéo id. 57. S. Márcos id. 53. San Lucas id. 54.—(37) S. Matéo id. 57. S. Márcos id. 53.—(38) San Matéo id. 59. S. Márcos id. 55.—(39) S. Matéo id. 60. S. Márcos id. 56.—(40) S. Márcos id. 56.—(41) S. Matéo id. 60. S. Márcos id. 57. Mas un sólo testigo no hará fé contra alguna persona para que

oido decir: puedo destruir el templo de Dios y reedificarlo en tres dias; (42) pero este testimonio no era todavía bastante (43). Entonces el Pontífice Caifás poniéndose en pié preguntó á Jesús. ¿No respondes nada; á lo que estos atestiguan contra tí? (44) Jesús callaba y nada respondió. El Sumo Pontífice le volvió á preguntar: Te conjuro por Dios vivo, que nos digas si tú eres el Cristo, el Hijo de Dios (45). Él les dijo: Si os lo dijera no me creereis, y tambien si os preguntare no me respondereis ni me soltareis. ¿Luego tú eres el hijo de Dios? le preguntaron todos (46). Jesús les dijo: Vosotros lo decís: yo soy (47), y así os digo que vereis de aquí á poco al Hijo del hombre sentado á la diestra del trono de Dios, venir sobre las nubes del cielo (48) El Pontífice rasgó sus vestiduras diciendo: Ha blasfemado, ¿que necesidad tenemos ya de testigos? acabais de oírle blasfemar (49). ¿Qué os parece? Y ellos le respondieron: Reo es de muerte (50). ¿Qué necesidad tenemos de más testimonios, si nosotros mismos lo hemos oido de su propia boca? (51) Entonces le sacaron al átrio le escupieron en el rostro, le dieron de bofetadas (52), le vendaron los ojos y le herían en la cara (53) diciéndole: Adivina, Cristo, quien es el que te ha herido (54). Y le dijeron otras muchas injurias y blasfemias (55).

muera. (Números XXXV. 30.) No valdrá un testigo contra ninguno en cualquiera delito. En el dicho de dos ó tres testigos consistirá el testimonio (Deuteronomio XIX. 15). Hacían pues falta dos testigos, segun la ley de Moisés, para hacer morir á un judío.

(42) S. Matéo id. 61. S. Márcos id. 58.—(43) S. Márcos id. 59.—(44) S. Márcos id. 62. S. Márcos id. 60 —(45) S. Matéo id. 63. San Márcos id. 61. S. Lucas id. 70.—(46) S. Lucas id. 67, 68 y 70.—(47) S. Márcos id. 62. S. Matéo id. 64. S. Lucas id. 70.—(48) S. Matéo id. 64. S. Márcos id. 62. S. Lucas id. 69.—(49) S. Matéo id. 65. S. Márcos id. 63.—(50) S. Matéo id. 66. S. Márcos id. 64.—(51) San Lucas id. 71.—(52) S. Matéo id. 67. S. Márcos 65. S. Lucas id. 64.—(53) S. Lucas id. 64.—(54) S. Matéo id. 68. S. Márcos id. 65. San Lucas id. 64.—(55) S. Lucas id. 65. S. Juan, no hace mención de este juicio en primera instancia contra Jesús, más que consignado que estuvo su divino maestro en casa de Caifás, y que desde allí fué llevado al pretorio (cap. XVIII. v. 28).

IV.

NEGACION DE SAN PEDRO.

Mientras, Pedro había seguido á Jesús, como tambien otro discípulo, que siendo conocido del Pontífice entró en el átrio del sumo sacerdote Caifás (1), y como Pedro estuviera á la puerta, salió el otro discípulo que era conocido del Pontífice y dijo á la portera que dejase entrar á Pedro (2). Los siervos y la gente que habían hecho la prision estaban tambien en el átrio calentándose, porque hacía frio (3), y Pedro con ellos á la lumbre (4). La criada del Sumo Pontífice (5), mirándole y fijándose en él le dice (6): Tú estabas tambien con Jesús Nazareno (7) acaso ¿no eres discípulo de ese hombre? (8) pero él lo negó diciendo: Mujer no sé lo que dices (9) ni le conozco (10), ni soy discípulo suyo (11); y habiendo salido fuera, á la entrada, cantó el gallo (12). Al verle de nuevo otra criada, comenzó á decir á los presentes (13). Este es de ellos (14) que tambien estaba con Jesús Nazareno (15). ¿No eres tú de sus discípulos? (16) Y negó otra vez (17) diciendo con juramento (18). Amiga, no soy: (19) No conozco á ese hombre (20). Poco despues (21) pasada que fué una hora (22), se acercaron los que allí estaban (23) y dijo uno (24): Seguramente que tú tambien eres de ellos (25), por que tu habla lo hace manifesto que erès Galileo (26). Y entonces una de las criadas del Pontífice, que era parienta de aquel á quien

(1) S. Juan id. 18. Este otro discípulo debió ser S. Juan.—(2) San Juan id. 16.—(3) S. Juan id. 17. S. Matéo id. 54. S. Lúcas id. 55.—(4) S. Márcos id. 54. S. Lúcas id. 55. S. Juan id. 18.—(5) S. Matéo id. 69. S. Juan id. 17. S. Lúcas id. 56. S. Márcos id. 66.—(6) San Márcos id. 67. S. Lúcas id. 56.—(7) S. Matéo id. 69. S. Márcos id. 67. S. Lúcas id. 56.—(8) S. Juan id. 17.—(9) S. Matéo id. 70. S. Márcos id. 68.—(10) S. Lúcas id. 57. S. Márcos id. 68.—(11) S. Juan id. 17.—(12) S. Márcos id. 68.—(13) S. Márcos id. 69. S. Márcos id. 71. Segun S. Lúcas id. 58 y S. Juan id. 25, la pregunta la hizo uno de los que estaban calentándose.—(14) S. Márcos id. 69.—(15) S. Matéo id. 71. S. Lúcas id. 58.—(16) S. Juan id. 25.—(17) S. Matéo id. 72. S. Márcos id. 70. S. Juan id. 25.—(18) S. Matéo id. 72.—(19) S. Juan id. 25. S. Lúcas id. 58.—(20) S. Matéo id. 72.—(21) S. Matéo id. 73. S. Márcos id. 70. S. Lúcas id. 59.—(22) S. Lúcas id. 59.—(23) San Matéo id. 73. S. Márcos id. 70.—(24) S. Lúcas id. 59.—(25) S. Matéo id. 73. S. Lúcas id. 59. S. Márcos id. 70.—(26) S. Márcos id. 70. San Lúcas id. 59.

Pedro había cortado una oreja, añadió: ¿No te ví yo á tí con ese hombre en el huerto? (27). Oyéndolo otra vez negó (28), comenzó á hacer imprecaciones execrables, y á jurar diciendo (29): Mujer no sé lo que dice (30), os repito que no conozco á ese hombre que dices (31). Aún estando hablando (32), el gallo cantó (33) por segunda vez (34). En este momento vuelto el Señor miró á Pedro (35), y Pedro se acordó de la palabra que le había dicho Jesús, antes de que el gallo cante (36) dos veces (37) me negarás tres (38,) salió fuera (39) y pensando en esto (40) comenzó á llorar (41) amargamente (42).

FRANCISCO ESPÍNOLA.

(Continuará.)

(27) S. Juan id. 26.--(28) S. Juan id. 27.--(29) S. Matéo id. 74. S. Márcos id. 71.--(30) S. Lucas id. 60.--(31) S. Matéo id. 74. San Márcos id. 71.--(32) S. Lucas id. 60. S. Matéo id. 74 S. Márcos id. 72.--(33) S. Lucas id. 70. S. Juan id. 27.--(34) S. Márcos id. 72.--(35) S. Lucas id. 61.--(36) S. Matéo id. 75. S. Márcos id. 72. S. Lucas id. 61.--(37) S. Márcos id. 72.--(38) S. Matéo id. 75. S. Márcos id. 72. S. Lucas id. 61.--(39) S. Matéo id. 75. S. Lucas id. 62.--(40) S. Márcos id. 72.--(41) S. Matéo id. 75. S. Márcos id. 72. S. Lucas id. 62.--(42) S. Matéo id. 75.

EL POETA.

Yo soy el sér que puebla los espacios;
mi sér habita mundos eternos:
donde poso mi planta, brotan flores:
donde suena mi voz, la dicha nace.

Yo soy un ave que en pujante vuelo,
bajo sus alas perfumando el aire,
corre á beber en la celeste altura
inspiracion, amor, fé perdurable.

Quando la negra nube arroja rayos,
y en récio batallar saltan los mares,
y ruge el huracan, y el suelo abrasan
con torrentes de lava los volcánes;
miéntras el hombre gime amedrentado,
y llanto brota el corazon cobarde,
yo me lanzo al espacio, y armonía
derramo por doquier con mis cantares.

¡Quién como yo, que tengo en cien Edénes
vírgenes bellas que mi paz halaguen!
¡Quién como yo, que ciño mi cabeza
con laurel máspreciado que el diamante!
¡Quién como yo, si el hombre no concibe
los ricos mundos que mi paso invade!
¡Quién como yo, si á sólo mi deseo
cien y cien astros su fulgor abaten;
si yo bebo en la fuente de la vida;
si yo traspaso la mansion del ángel;
si ante mi vista lo pasado existe;
si ante mi vista los destinos se abren!

JUAN JOSÉ DE LA LASTRA.

GOMEZ ARIAS Ó LOS MOROS DE LAS ALPUJARRAS.

VII.

Parlome adrede mi madre,
Oxala no me pariera!...

QUYVEDO:

No puede darse suerte peor desde
la cuna, que la que pesa sobre mis
hombros.

SHAKESPEARE.

«*Más vale nacer afortunado que rico*» dice un antiguo proverbio; y la exactitud de este adagio se comprobaba en un todo respecto á la existencia de D. Rodrigo de Céspedes. Sin duda alguna que toda su vida no habia sido más que una série de infortunios y desgraciados sucesos; tanto que parecía destinado singularmente á ser la persona en quien la *Diosa inconstante* pudiese ejercitar sus caprichos más á placer.

Que D. Rodrigo pertenecía á la clase indicada puede probarse bien fácilmente, porque poseía todas las cualidades que se consideran propias para que un hombre brille en sociedad, y sea apreciado en el trato íntimo; reunía las ventajas de la cuna y de la riqueza; era hermoso en su físico y elegante en sus maneras; en la guerra soldado valiente, y cortés caballero en la paz, parecía justo que fuese feliz su suerte, y sin embargo de nada le aprovechaban estas dotes: por el contrario tan sólo le servían para procurarle un éxito fatal en sus empresas más importantes.

Estas anomalías no pueden explicarse por ningun principio racional; pero pueden sin embargo atribuirse á la falta de aquella cualidad precisa, que algunas veces sustituye en

el hombre las condiciones del nacimiento ó de la fortuna, y hasta con frecuencia le hace adelantar más que estas dos últimas circunstancias: esto es, aquel envidiable don, conocido bajo la propia, aunque algun tanto vulgar denominación de *buena estrella*.

D. Rodrigo había dirigido sus obsequios á tres diferentes damas, con el moral y altamente recomendable propósito de entrar en el santo estado del matrimonio. Tal vez en estricta justicia debe confesarse que esta idea cruzó por su pensamiento, despues de haber visto completamente perdidos sus afanes por adquirir la reputacion de *un homme á bonnes fortunes*; especie de ambicion, que, si no constituye por sí una celebridad digna, es sin embargo, cuando está coronada por el éxito, tan eficaz para dar brillo á un hombre de rango, como lisongera para su vanidad. Puede por tanto sospecharse con mayor razon, sin afectar gran perspicacia por eso, que el infortunado D. Rodrigo pensó en el matrimonio, como un último recurso, cuando se convenció al cabo de su falta de habilidad para obtener resultado en la senda de la galantería. Pero aún en este nuevo camino aquella implacable fatalidad, que por doquiera le seguía, no pudo decidirse á tratarle mejor, ni aún por consideracion al matrimonio.

D. Rodrigo tuvo primero por rival á un hombre cuya estatura más bien estaba por debajo que por encima de los cuatro piés; cuyas facciones eran del más repugnante tipo; contrahecho de cuerpo, y en cuanto á su fortuna, como la de un hidalgüelo cualquiera. Sin embargo, con todas estas desventajas, el pequeño mónstruo, con asombro de todo el mundo, se llevó el hermoso premio.

Consagró enseguida su afecto á una señora de más modestas pretensiones, inferior á él tanto en nacimiento como en fortuna, y de ningun modo notable por su belleza. D. Rodrigo se imaginó fundadamente que su clase y su opulencia le aseguraría el éxito; y no pasaba por alto tampoco la influencia de las ventajas que la naturaleza le había concedido en sus dos hermosos ojos, aguileña nariz, bien proporcionados miembros, gallarda presencia, que realizaba las prendas dichas, y una dosis de valor personal, que era por sus rivales y por sus enemigos respetada; pero su Angélica debía ser partidaria de las cualidades opuestas, cuando eligió por su marido un oscuro plebeyo, á quien la vista tan sólo de un acero toledano ponía convulso. Aburrido del perverso gusto y de la vulgaridad de las que había obsequiado hasta entonces, se propuso resueltamente dirigir sus galanteos á la dama más notable del país. En su consecuencia puso sitio al corazón de Leonor; pero aquí encontraron sus pretensiones más

terminante repulsa que en los anteriores casos; y aunque su vanidad no podía considerarse mortificada por tener á Gomez Arias de rival afortunado, sin embargo, irritado por sus anteriores contrariedades, determinó, si no le era dado conseguir su objeto por medios más suaves, matar á su rival ó morir en la demanda. El lector recordará tal vez el resultado que obtuvo en esta última empresa.

La mala suerte de D. Rodrigo no se limitaba á sus amores, era estensiva á todos sus asuntos. Si se comprometía en un duelo salía generalmente herido; y si escapaba ileso, aún cuando él hubiese sido la parte ofendida, sin embargo, por cualquier fatalidad, estaba seguro de verse obligado á dar satisfacciones al agresor. Si se le ocurría algun dicho ingenioso, era sabido que había de atribuirse á otra persona; mientras que si circulaba alguna patochada ó alguna gracia de mal gusto, nunca se libraba de que le achacasen la invencion.

No necesitamos estendernos en mayores consideraciones para demostrar la mala suerte que á D. Rodrigo constantemente perseguía: En este momento le vemos víctima de su contrario sino. Abandonó el zaguan de la casa de Monteblanco con la más ciega precipitacion. Dominado por la idea de que había dado muerte á su rival, y reconociendo exageradamente la necesidad de apelar á la fuga, se dirigió apresuradamente á la posada para recoger su caballo y su criado, deseoso de realizar su prudente resolucion, antes de que se atravesase en su camino algun obstáculo. Preguntó inmediatamente por Peregil, que era el nombre de su criado; pero este, como si se propusiese contrariarle tambien había ido á rezar las oraciones de la tarde, lo que D. Rodrigo interpretó muy naturalmente por haberse ido á la taberna. Mandó por tanto á ésta á un muchacho para que le dijese que saliera á encontrarle fuera de la ciudad. Se dirigió inmediatamente á la cuadra; pero se encontró con que Peregil, por un exceso de celo, se había llevado la llave consigo. En este apurado trance, D. Rodrigo, amilanado con tal contratiempo, aprovechó con gusto la ocasion que le presentaba una mula matalona, que estaba completamente aparejada á la puerta de una casita contigua. No dudó que Peregil le seguiría con su caballo, y compensaría la ocupacion de la mula; lo que, á juzgar por su miserable aspecto, no sería por cierto cosa difícil. En su consecuencia, llegado que fué al punto que había designado, esperó dos horas largas en medio de la mayor ansiedad y vacilacion, sobresaltándose al menor ruido, por el recelo de que le persiguiesen, y consolándose tan solo con la idea de que

en cuanto llegue su caballo podría ponerse en breve tiempo fuera de todo alcance.

Al fin descubrió á su criado, adelantándose á paso lento, no montado en su fuerte caballo y conduciendo de la brida al fogoso corcel árabe, sinó cabalgando en un miserable macho que exigía el uso constante de la espuela. No economizaba estas Peregil para obligarle á marchar al igual y tanto paso de que es capáz semejante cabalgadura.

—Peregii, cría de Satanás, dónde está mi caballo? preguntó impacientemente D. Rodrigo.

—En la posada, contestó secamente el criado.

—En la posada, bribon! Porqué no le has traído, sabiendo, como debes saberlo, que mi vida está en peligro?

—Por una excelente razon, replicó Peregil, porque no me han dejado. Y no podeis culpar á nadie más que á vos mismo, señor: puesto que vuestra señoría se ha permitido disponer de la mula de un reverendo fraile, no debe sorprenderse de que su Reverencia se haya tomado la misma libertad con su caballo.

—Por Santiago de Compostela! esto es más insoportable, exclamó D. Rodrigo. Como ha podido ese truan de fraile apoderarse sin escrúpulo de mi hermoso caballo árabe á cambio de su miserable mula? Qué! no tenía conciencia ese siervo de Dios?

—No lo he averiguado, señor; pero tengo razon para pensar que no debe pesarle mucho, á juzgar por la manera en que se ha conducido conmigo. Ah! cómo atrapase á su Reverencia á sólas, le había de arreglar la afeitada cabeza de modo que no tuviese necesidad de navajas en adelante.

—Muy bien, pero cómo vas á poder caminar con esa miserable béstia? preguntó con aspereza D. Rodrigo.

—Perfectamente, señor, perfectamente; puesto que el amo manifiesta tal predileccion por las mulas, no ha de maravillar á nadie que el criado demuestre una análoga inclinacion por los machos.

—Villano! te atreves á burlarte en tal ocasion y con tal motivo?

—Ay, no es este asunto de burlas, seguramente, repuso Peregil; y en verdad que no veo la razon para que me muestre jocosos, porque despues de todo yo soy el que ha perdido más de los dos. Reparad un momento en este despreciable animal! Ojala todos los rayos del cielo y las maldiciones de todos los santos caigan sobre él y sobre su anterior dueño; y al decir esto, castigó de nuevo los hijares del desgraciado macho, sintiendo que su primitivo dueño no estuviese bas-

tante cerca para aprovechar los furiosos golpes que con tal profusion repartía.

—Basta ya de locuras, dijo D. Rodrigo, que no me parecen propias cuando la vida de tu amo está en peligro. Trata de hacerme completa y circunstanciada relacion de ese infucio negocio, ó ¡por la cruz de mi espada! que llorarás amargamente el día en que tu amo ha cabalgado por primera vez en mula.

—¡Ay dé mi! humildemente repuso el criado: sabrá su mercé D. Rodrigo, que la mula fues la causa de todo esto. Cuando yo volví de la iglesia, me quedé pasmado al encontrarme la posada en el mayor desórden. El reverendo y grosero fraile daba vueltas en redondo, bramando como un toro, reclamando su noble mula, y jurando venganza al impío ladrón; cuyo inconveniente dictado se complacía en aplicar á vuestra señoría.

—Ese fraile debía estar borracho, dijo D. Rodrigo con desprecio. Qué! no vea que yo había dejado mi corcel en la cuadra, lo que me parece que era bastante garantía de que habías de pagarle lo que valiese su miserable mula?

—Desde luego que lo vió; pero cuando le propuse compensarle su pérdida, pidió una cantidad tan exorbitante, que no estaba en mi mano satisfacerla. En su concepto, el caballo no era suficiente compensacion de su mula; y en fin para hacer trato y terminar el negocio amistosamente, propuso que le diese encima mi caballo, y entonces me cedió este abominable macho como un regalo.

Peregil acompañó el epiteto con otra descarga de sus acostumbradas caricias.

—Miserable pecador, dijo D. Rodrigo, cómo consentiste tan nefario arreglo?

—Porque no podía oponerme. Pensais, señor mio, que hubiese yo convenido en semejante robo si hubiera podido evitarlo? Pero vuestra precipitada fuga me dió á entender que habías muerto á vuestro adversario; y una detencion en la ciudad podía acarrearos algun peligro, apoyado como estaba su Reverencia por toda la gentuza de la posada.

D. Rodrigo reconoció la fuerza de este argumento, y despues de haber lanzado mil maldiciones sobre el fraile estafador y la posada, en lo que le secundó ardientemente Peregil, añadió con triste tono: Bien, esto ya no tiene remedio; sobrellevemos la desgracia como nos sea dable.

—Así debemos hacerlo, señor, repuso Peregil; y al fin no deja de ser un consuelo el reflexionar que estamos ya tan familiarizados con los golpes de la fortuna, que este nuevo ras-

go de su benevolencia no debe sorprendernos en modo alguno.

Pero me es lícito preguntar, á donde nos dirigimos?

—A buscar un asilo en las montañas, contestó tristemente D. Rodrigo.

—Bueno; pues Dios quiera concedernos su amparo! exclamó Peregil, que bien lo necesitamos por cierto.

Apenas dicho esto, dirigieron su marcha hácia las Alpujarras, tan melancólica y lentamente como era natural dadas las condiciones y los bríos de los animales que les conducían. Además que de en cuando en cuando, la reverenda mula separaba del todo, como si meditase lo que haría, y esto hacía necesario que D. Rodrigo emplease todos los medios cariñosos, porque no se atrevía á emplearlos de otro género, para obligarla á continuar adelante.

Así el infortunado señor y su humilde criado continuaron su camino, por espacio de tres horas, en una de las noches más oscuras. Observando á poco que su criado se habia parado del todo, trató D. Rodrigo de acercársele é insinuó su determinacion á la mula; pero para su completa desesperacion se encontró con que ésta siguiendo el buen ejemplo que la daba su compañero el macho, se quedó tambien inmóvil como una roca. La obstinacion de las bestias fué más poderosa que los esfuerzos de D. Rodrigo y su criado, y despues de haber agotado sus fuerzas en inútiles castigos resolvieron prudentemente someterse al capricho de sus tercas cabalgaduras. Se guarecieron, por tanto bajo las estendidas ramas de un corpulento árbol, y permanecieron allí en ansiosa expectacion hasta el romper del día, pasando tan enojosas horas sin hablar una palabra, entregados á las tristes reflexiones de su apurada situacion.

CONTRASTE.

Mató su veleidad el amor nuestro;
Y de aquella pasion sólo nos queda
Un corazón que vive porque olvida,
Y otro que de recuerdos se alimenta.

ANÓNIMO.

LA ORACION DE LA MAÑANA.

—¿Qué ruido ese?
Madre? ¿qué voz
Aquí en mi oído
Dulce vibró,
Que de mi sueño
Ya la ilusión,
Sólo al oírle
Se disipó?

—Ese sonido
Luz de mi amor
Que allá en tu oído
Dulce vibró;
Que de tu sueño
Ya la ilusión
Sólo al oírle
Se disipó;
Es la campana,
De la oración,
¡Niña, despierta!
¡Gloria al señor!

ROBUSTIANA ARMIÑO.

BOCETOS.

III.

AVAROS Y AMBICIOSOS.

«La ilusión de los avarientos consiste en considerar el oro y la plata como bienes, siendo así que no son más que medios para proporcionárselos.»

(LA ROCHEFOUCAULD.)

Para el hombre ambicioso, el buen éxito disculpa la ilegitimidad de los medios.»

(MASSILLON.)

El avaro es un egoísta que tiene contra sí la desventaja de caer en las redes que tiende para coger á los demás.

El avaro no muere, por regla general, en edad muy avanzada, por más que muchas veces sea enfermedad de viejos; y sucede aquello porqué, cuidándose más de la seguridad de su caja que de las comodidades de su persona, se priva de lo más necesario y carece de lo que los demás hombres ambicionan para vivir holgada y muellemente.

Una casa oscura, lóbrega y retirada es una gran habitación para su caja; pero no proporciona á sus pulmones el aire que necesitan para respirar.

La avaricia es una enfermedad sostenida por una calentura constante; es más propia de los temperamentos linfáticos que de los otros en que domina el sistema sanguíneo ó bilioso.

El avaro duerme poco y mal, porque necesita pensar mucho en su dinero, viste con desaliño, porque las ropas se extropean con el uso, y se propone gastar poco para vestirse y abrigarse; come poco y los alimentos que se propor-

ciona no son de los más nutritivos y apetitosos, pues considera lo que gasta en comer como si fuese un gasto que pudiera tener algo de superfluo; y ésto, segun su opinion, debe evitarse, en tanto cuanto se pueda. Cuatro garbanzos ahorrados al día son 120 garbanzos ahorrados al mes y 1,440 al año: 1.440 garbanzos valen algun dinero, y el dinero que ellos valgan, colocado á un interés usurario, constituye en el decurso de 10, 15, 20 ó más años una suma, que, por pequeña que parezca á muchos, no debe despreciar. Además, el avaro se dice: «quedarse con gana de comer, cuando uno se levanta de la mesa, es hasta higiénico; de manera que comiendo unos cuantos garbanzos menós, se puede vivir unos cuantos años más, y haciéndolo yo así al mismo tiempo que conservo la salud, aumento mi caudal.»

El mérito del avaro está en saber sacar partido hasta de las cosas más insignificantes: esta es su economía..... doméstica.

«El avaro, ha dicho Massillon, no acopia más que por acopiar; no lo hace para atender á sus necesidades, se priva de todas ellas. Su dinero lé es más querido que su salud, que su vida, que su salvacion, que él mismo. Todas sus acciones, todas sus miras, todos sus afectos, se concretan á este objeto indigno. Ninguno se equivoca, ni toma precaucion alguna para ocultar á los ojos del público la miserable inclinacion de que se halla poseido: porque tal es el carácter de esta vergonzosa pasion, manifestarse en todas partes, no dar paso alguno que no vaya sellado de este distintivo, y que no sea un misterio sinó para aquel que se halla dominado por ella. Todas las demás pasiones salvan por lo ménos las apariencias, y se ocultan de las miradas del público; puede algunas veces una imprudencia ponerlas de manifiesto; pero el culpable busca cuanto le es posible las tinieblas; la pasion de la avaricia no; el avaro sólo la oculta de sí mismo. Léjos de buscar medios de que el público no lo advierta, todo en él la está indicando, todo lo descubre, la lleva escrita en su lenguaje, en sus acciones, en toda su conducta, y por decirlo así sobre su frente.»

El avaro, tan admirablemente descrito por grandes escritores de todos tiempos, por Platon y Molière, por ejemplo, no es verdaderamente un tipo de la época actual; con la expulsion de los judíos, avaros casi todos ellos, desaparecieron muchos. Con los bancos agrícolas, con las sociedades de descuento; con las tontineras, con los bancos de todas clases, monte-píos y casas de préstamo, se ha hecho innecesaria esta clase de grajos, que en otros tiempos era importantísima para quienes necesitaban dinero: estos sostenían aquella clase

y la fomentaban. El que quiera hoy deshacerse de una alhaja de valor; de una joya ó de un inmueble, puede hacerlo de mil modos. Por esto los avaros han bajado mucho el tipo del interés; y la sórdida avaricia carece de algunos de los caracteres que la distinguían tiempos atrás.

Y por ésto, casi podría asegurarse que el avaro, tal cual le conocieron nuestros mayores, no existe, como no sea en las clases más bajas de la sociedad, en el tullido, en el que pide y que, aún despues de haber reunido una cantidad que no soñara y que podría hacerle pasar por persona bien acomodada, continúa viviendo pobremente en medio de las mayores privaciones y miseria.

Entre los mil casos que podría presentar para hacer ver que lo que llevo dicho, es la pura realidad, voy á exponer uno, que acaba de dar á conocer la prensa.

Una vieja mendiga llamada Eulalia, muy conocida en el barrio de S. Sulpicio en París, vivía hace cuarenta años en una guardilla de la Guisarde. No se le conocían parientes ni nadie habia entrado nunca en su habitacion. No viéndola salir el portero en la mañana del Juéves (Noviembre de 1877), llamó á su puerta para saber si algo la ocurría, y al ver que no contestaban á sus repetidos llamamientos, avisó al comisario de policía, quien hizo abrir la puerta, apareciendo á su vista el cadáver de Eulalia.

El médico declaró que habia fallecido, más por falta de alimento que por exceso de edad, aún cuando contaba más de ochenta años, segun constaba de una libreta de la Caja de Ahorros que se encontró.

Al reconocer el cuarto, se descubrió una cesta grande, en la cual bajo una capa de retazos de tela se hallaron monedas de oro y plata de varias épocas y clases, desde los escudos de 8 y 6 francos hasta la pieza moderna de oro y un fajo de billetes del Banco; constituyendo el total hallado una suma de cien mil francos, la cual fué colocada en la Caja de Depósitos y Consignaciones.

¿Para qué quería esta desgraciada aquel dinero?

La avaricia es una locura, que tiene más extravagancias que cualquiera otra.

El avaro ménos comun que en otros tiempos, segun he dicho, es *ambicioso*; es decir, ha subido un peldaño en su oscurísima escalera y se ha colocado en situacion más despejada.

Para un avaro, propiamente dicho, se hallarán hoy con facilidad cien ambiciosos.

Estos se han extendido tanto que hay pocos hombres que

no lo sean; cambiando el avaro de nombre, ha cambiado tambien de forma en muchos casos.

El ambicioso viste, por lo general, bien; come bien; es muy sociable y se deja ver con cara alegre en todas partes. Aquel, el avaro, aparentaba ser pobre para que los que iban á aumentar su capital no creyesen que era excesivamente rico; y su gasto, en habitacion, su modo de vivir y su figura denotaban pobreza. Pero el ambicioso engaña de otra manera. Para que le presten, para que le fien, para que se valgan de él, para que le proporcionen negocios, necesita tambien engañar, pero lo hace de otro modo: aparentando riquezas que no tiene; cuya diferencia se explica fácilmente considerando que el avaro daba y el ambicioso por regla general, recibe.

El avaro atesoraba mucho para no disfrutar de nada; en cambio la mayor parte de los ambiciosos no tienen nada y disfrutan mucho.

Uno de los medios de ahorrar del avaro era vivir muy castamente. Consideraba á la mujer como un artículo de lujo y no se casaba porque la mujer cuesta y no suele adaptarse, en la mayor parte de las ocasiones, á una vida de privaciones, escaséz y aislamiento. Si se casaba, rara vez tenía hijos, porque el placer por el dinero no le daba tiempo para pensar en otros placeres.

El ambicioso á quien me he propuesto retratar, necesita mujer: en primer lugar, para ensanchar el círculo de sus relaciones, y, en segundo, para disfrutar de toda clase de placeres y comodidades. Y es de buen tono tener, á más de una mujer propia, alguna otra prestada, pudiéndose en ciertos casos, y para poder llegar á los más altos propósitos, prestar la suya. Esto, por más horrible que parezca, tiene, sin embargo, bastante de verdad. Una mujer hermosa, de mucho lujo, de gran sociedad, suele ser un buen anzuelo, en las grandes capitales; en provincias la vida es siempre entre la generalidad de las personas, más arreglada. ¿Cuántos para elevarse á grandes puestos han necesitado de la influencia y buenos servicios de sus esposas? La política, que es el cieno en España, lo más infame y despreciable, ha presentado algunos casos de esos.

El avaro estaba lleno de deudores, á quienes había prestado con grandes garantías: no debía nada á nadie; ni siquiera al sastre ni al zapatero, de los cuales apenas necesitaba. Cuando la necesidad más absoluta hacía que tuviese que acudir á ellos, les pagaba adelantado sí, haciéndolo, le costaba dos reales ménos un par de zapatos, ó un duro ménos una levita.

El ambicioso que me he propuesto describir es tipo de to-

das partes, pero reside ordinariamente en las poblaciones más populosas, que se prestan más fácilmente para servir de teatro de toda clase de enredos.

Era muy comun en los tiempos antiguos ver morir al pié de una caja, envuelto en una miserable estera, á un hombre que dejaba gran caudal. Hoy hay avaros de lujo y de comodidades, *ambiciosos*, que mueren en suntuoso lecho en medio de habitaciones confortables y espaciosas, pero léjos, muy léjos de la caja, que si grande y con multitud de candados y cerrojos, está siempre vacía; aunque caja de muchas trampas, contiene poquísimos billetes, dejándose en ella para sus acreedores mucho en qué pensar y lo bastante para poder decir: «nosotros pagamos tanto lujo; vivió el difunto con comodidad á costa nuestra.»

El avaro habia hecho algun bien á cambio de mucho dinero ganado á costa de grandes privaciones y de años de vida; pero el ambicioso, sin hacer bien alguno, causa infinitas desgracias por vivir él rodeado de comodidades, que le pagan muchos infelices que vivieron como el avaro de la antigüedad, no por avaricia, sinó con el objeto de conseguir hacer mayor su pequeño capital y para vivir mejor cuando no pudieran trabajar. Entre el misántropo de ayer (el avaro) y el farsante de hoy (el ambicioso) hay más de antitético que de positivo y real. Y sin embargo, al decir las gentes «fulano es un ambicioso» lo considera ni más ni ménos que como á aquel otro de quien se dice «es un avaro.» Por esto he querido yo ponerlos en un mismo cuadro para que se aprecie mejor la diferencia y lo que por algun lado tienen de comun el uno con el otro; su sed inextinguible de proporcionarse riquezas, que es en lo que indudablemente coinciden ambos.

JOSÉ A. DEL RIO.

¡ALLAH-AKBAR!

IMITACION DE LONGFELLOW.

Por las montañas del Libano
Corre presuroso Omar
Porque su madre está enferma
Y quiere á Dios implorar
Por eso repite siempre:
¡Allah-Akbar!... Allah!... Allah-Akbar!

Y cruza una horrible cresta,
Y un abismo deja atrás,
Y no escucha el leilí
Que le llama á pelear,
Y anda; y salta, y corre, y vuela
Siempre gritando ¡Allah-Akbar!

Y una planta le detiene:
Omar, dice, dice 'ya,
Yo te prestaré elixir
Que cure su enfermedad...
Y él corre, corre sin tasa
Siempre exclamando: ¡Allah-Akbar!...

Y corre por la espesura,
Y salta sobre un volcan,
Y vuela sobre una sima,
Y ya no pudiendo más
Cae al suelo desmayado
Aún murmurando ¡Allah-Akbar!

Se incorpora y vé á la ciencia
Que le dice: ¡Basta ya!

Yo curaré sus dolores...
Cesa, cesa de llorar
Y Omar dice suspirando
Sin escucharla: ¡Allah-Akbar!

Y vuela aún. La mezquita
Próxima se encuentra ya...
Entra sin fuerzas... se cae...
Quiere un momento rezar
Y sólo en ronco gemido
Puede decir: ¡Allah-Akbar!

Lleno de té y esperanza
Sale al fin, vuelve á saltar...
Pero le faltan las fuerzas
Y ya no pudiendo más
Rueda por un pricipicio
Y al morir dice: ¡Allah Akbar!

Entra en el cielo su alma
Y allí en hurí angelical
A su madre reconoce
Que le corre á consolar
Y al abrazarse los dos
Tan sólo se oyó: ¡Allah-Akbar!

.....
FERNANDO ARAUJO.

LA GOTA DE AGUA.

Erase una hermosa mañana de Abril, como diría un esclarecido escritor de nuestros dias: D. Gil se había levantado muy temprano en su casa de campo, á donde solía ir á descansar de sus negocios, había estendido maquinalmente el brazo á su librería, y con el tomito en la mano, pero sin abrirle, se había asomado á la ventana que daba vista á una risueña campiña. ¡Qué día mas bello! ¡qué hora tan embelesante! El sol en el horizonte matizando las nubecillas con primorosos colores, y desplegando en todas direcciones madejas de luz, como la dorada cabellera ondeante sobre la cabeza de un niño: la tierra ostenta su riqueza y sus galas, las yerbecillas lanzan su primer suspiro, el ruiseñor trina y gorgoea en la cercana arboleda, el labrador se encamina á su campo, saludando al luminar del dia con cantares de dicha y de amor.

D. Gil, despues de haber contemplado un rato aquella escena con un placer inesplicable, acertó á poner sus ojos en una gota de rocío, que como perla brillante, pendía de una de las ramas de un árbol, que junto á la ventana había. Iluminada al través de las hojas de los árboles, por los rayos del sol naciente, reflejaba todos los colores, y moviéndose con el ligero sopro del ambiente, parecía tener vida, como el rostro de un niño pequeño que jugueteaba. Mirándola D. Gil con cierta emocion que no comprendía, se escaparon de sus labios estas palabras: ¿quién te hizo tan hermosa?

Dios: parecióle oír una voz que le contestaba desde la misma gota del árbol.

Como esta palabra *Dios* había siempre tenido para D. Gil una significacion confusa y tursorífica, por lo que había cuidado de no usarla nunca en sus conversaciones y escritos, y aún quisiera á veces dudar de su verdad, le conmovió profundamente. Y mirando de hito en hito al punto de donde le pareció haber salido la voz, al cabo de rato, como haciendo un esfuerzo sobre sí mismo, preguntó: y cómo sabes tú que Dios te hizo?

Yo sé que existo, y no pudiendo ser yo: el autor de mi pró-

pia existencia, á otro sér más superior la debo: ese sér que me hizo se llama Dios.

Y cuándo te hizo? repuso D. Gil con desenfado.

Allá en tiempos sustraídos á las investigaciones humanas, cuando creó el abismo y dividió las aguas del firmamento, que obedientes á su voz omnipotente nos juntamos en un lugar, contenidas por la compresion del aire y los términos de la tierra. Desde entonces estoy en continuo movimiento, ahora sacudida por los vientos impetuosos y violentos, pongo terror á las gentes, ó las llevo suavemente sobre mis movilizas espaldas de uno al otro polo, y en mi profundo seno éncierro un mundo de riqueza y maravilla: ahora me levanto ligera é invisible por los aires hasta oscurecer el sol, y cuando me place, desciendo á la tierra para fertilizar los campos ó para arrastrar con mi torrente cuanto se me opone al paso: y llevo conmigo las sales necesarias para dar gusto y sabor especial al mar: ya soy mar ó rio, ya nube ó granizo, hora lago ó fuente, y despues de haber servido al hombre bajo mil formas, edades y por donde quiera que vaya, vuelvo á ser lo que era, sin menoscabo ni quebranto; y hoy soy rocío, como me ves. Mírame, y verás inmensas maravillas.

Azorado y confuso D. Gil, se puso á mirarla con un microscópio: y cuando vió tantos animalitos infusorios que navegaban y se zambullían en una gota de agua, para ellos cual si fuera un piélago dilatado é insondable, pensando cuál sería la interior estructura de estos seres microscópicos, su manera de vivir y reproducirse, y admirándose que de ellos cuidára la Providencia con igual esmero, que conserva y dirige esos astros de inconmensurable grandor, que ruedan por el espacio sobre nuestras cabezas, cayó de hinojos, absorto y confundido ante la gota de agua, diciendo: cierto es, hay Dios.

Sol y árboles, sabéis el nombre del que me ha criado? pregunta Adam, en el *Paraíso perdido*.

En efecto, el primer pensamiento del hombre al sentir su existencia, debió ser sobre su causa: conociendo que no se habia hecho á sí mismo, reconoció la necesidad de una causa superior, á quien debiera la vida.

Turbado despues el entendimiento del hombre por el beleño de la culpa, ha podido en su delirio, dudar de la existencia del sér Supremo; pero la naturaleza toda se encarga de despertarle cantando su gloria. La más baja y pequeña de las criaturas, nos sirve de espejo de vida y libro de doctrina. Para probar la existencia de Dios, basta *una gota de agua*.

N. BENGOA Y CABRERO.

EL AVARO.

Este sér repugnante y repulsivo, cuyo corazon parece formado de otra materia que el del resto de los mortales pues que nada de lo que á los demás conmueve, enternece, ó agita, logra sacarlo de su profundo letargo, sólo turbado por el ruido metálico del oro, por el temor de perderlo y el deseo voráz de aumentarlo; cuya alma está encerrada en el estrecho círculo del mezquino y bajo egoismo; cuya mente sólo es capáz de concebir y madurar un sólo pensamiento: el de atesorar; este sér, decimos forma una existencia aparte, independiente de la de los demás hombres, aislada de todo afecto, agena á todo sentimiento generoso; diríase que incapáz de sentir el amor, la ternura, la amistad, la compasion, esos mil hermosos sentimientos que nuestro corazon llenan y nos hacen la vida agradable y variada, deja de ser hombre para convertirse en una mera máquina de ganar dinero, en mero instrumento de la pasion que lo domina; la baja, la repugnante avaricia.

De cuantos entes asquerosos manchan nuestra sociedad, el más indigno, el más dañino, el más incorregible, es el avaro.

El jugador, el borracho, el desecho calavera, todos pueden tener remedio por la influencia de una madre cariñosa, los ruegos de una esposa amante, ó la inocente intervencion de los hijos de su amor; pero con el avaro que, sólo como el hongo, desprecia los lazos de la familia, rechaza las leyes de la sociedad y arranca de su pecho los restos que puedan quedarle de las más santas afecciones del corazon, no es posible influencia de ninguna clase; y helada su alma por el frío contacto del oro, sin más amor que sus talegas, sin más emociones que las de contar y recontar su tesoro, sin otra aspiracion que la de tener más, siempre más, ni otro temor que el de perder lo que constituye su delicia, arrastra años y años su inútil, su mísera existencia ocupado siempre en hacer mal, nunca en hacer bien, en chupar la sangre del infeliz ne-

cesitado, jamás en tender su mano al desválido; y al llegar la hora de la enfermedad y de la muerte, como á nadie ha hecho un beneficio, como no ha sembrado afecciones, como sólo ha causado daños, sólo ódios recoge, y todo su oro no es bastante para llevar á su lecho de agonía un sér amante que su soledad acompañe y su dolor mitigue, y muere sólo y odiado como ha vivido, abandonado de los hombres cual el animal dañino cuya maldad ha intimado, llamando en vano á los que tanto ha despreciado, llorando demasiado tarde su conducta; y él se vá desesperado, sin consuelo, y deja aquí sus queridos tesoros, la pasión de toda su vida, lo que le ha hecho dejar de ser hombre para convertirse en mónstruo, porque con harto dolor suyo no se lo puede llevar, lo deja en poder de quien primero llegue ó en manos de la mujer mercenaria que sus guisotes hacía. Los improvisados herederos se dan gran tono con el dinero del mísero avaro; y este que ya lo presiente en sus últimos instantes muere condenado como no podía ménos de serlo. Ni una lágrima cae sobre su tumba fría ni una lápida cubre su humilde sepultura, ¿qué mano amante la había de colocar? ni una oración sube jamás al cielo intercediendo por su alma.

Hemos dicho que el avaro es un mónstruo y lo es, sí; la avaricia es la madre de todas las pasiones más repugnantes y la enemiga irreconciliable de las virtudes que al hombre enaltecen; es un mónstruo cuya constante ocupación es ser el continuo azote de todo el género humano; hacer todo el mal posible á sus semejantes; pero ¡ah! ellos no reparan que el mal se lo hacen á sí mismos, pues que tarde ó temprano recogen el fruto de su vil proceder y reciben el castigo de su mezquino egoísmo. ¡Quién rehusa hacer un favor al que lo implora, olvidando que todos somos hermanos; quien cierra su corazón á su piedad y se hace sordo á la voz del desválido, no espere nunca inspirar afecto, estimación, ni siquiera lástima! La sociedad, cuyos encantos ha rechazado, lo desprecia cual miserable engendro del mal y lo deja morir en el abandono.

Si los hombres pensáran constantemente que esas riquezas que con tanto trabajo acumulan se quedan aquí cuando ellos pasan el estrecho puente que separa esta vida de la otra, y que el dorado metal no aplicándolo al objeto para que ha sido creado, á proporcionar comodidades y bienestar ó gratas emociones al alma, es tan inútil como un instrumento músico en manos de quien no sabe tocarlo, si esto pensáran, no habría avaros.

Lo hemos dicho y no nos cansaremos de repetirlo, la avaricia es de todos los vicios el más despreciable; ella pudre en

el corazón los más nobles sentimientos, cual el arroyo cenagoso corrompe la raíz del verde y lozano árbol que tiende al espacio sus erguidas ramas, seca en el alma sus generosos impulsos; mata la conciencia con el veneno de su baba inmundada, y pone tupida venda en los ojos del infeliz que por ella se deja dominar, para que no vea el triste fin que le espera.

Arroje nuestra sociedad todos sus anatemas contra el avaro, planta parásita que daña y perjudica á las que brotan á su alrededor fragantes y limpias; procure arrancarla de su seno y se hará un gran beneficio, que la yerba ponzoñosa envenena cuanto á su alcance encuentra, y el avaro que para nada bueno sirve, es fuente de inagotables males sembrando la discordia en las familias y agitando más y más nuestra trabajada sociedad por el deseo inmoderado de un lucro escandaloso.

ADELA SANCHEZ CANTOS.

VERSOS DE ANTAÑO.

A UN AMIGO.

MELANCOLÍA.

Loquar in amaritudine animæ meæ.

Job.

Todo pasa en la vida: tan veloces
huyen las horas de dolor amargo
cuál las que en pos siguiéndolas alegres
al alma ofrecen cariñoso engaño.

¡Porqué temer los días que se acercan!
¡qué llorar los días que pasaron,
si es condición humana el sufrimiento
y eterna ley de la existencia el llanto!

Giran sujetos al primer impulso
que los movió en sus órbitas los astros,
y en su círculo breve de miserias
cuál ellos gira el corazón humano.

Yo ví desierto y mudo el bosque antiguo
por rigoroso invierno despojado
al sol de Abril alegre repoblarse
de verdes hojas y murmullos vagos,
y al mar que ronco en tempestuosa aurora

hirviendo estremecía los peñascos
arrullado de brisas en la tarde
dormir sereno cual tranquilo lago,
y dió treguas ufana el alma mía
á su dolor oscuro y solitario
la dulce voz de la esperanza oyendo
alegrar su profundo desamparo.

Pero tornó á su desnudez el bosque
cuando los hielos rígidos tornaron
y el mar por la borrasca sacudido
del manso sueño á despertar airado,
y comprendí que la esperanza es sueño,
sueño de un día, que si vuelve acaso,
la claridad sombría del recelo
surge á la par con él á disiparlo.....

.....Los que sentís arder en vuestras venas
la fiebre juvenil del entusiasmo,
y al cielo alzais sobre resueltas alas
el pensamiento generoso y claro,
si á vuestro ardiente espíritu no tienen
términos escondidos los espacios
y á una region llegais donde su origen
toma la luz del númen soberano,
¡cómo despues de penetrar un mundo
cual la infinita inteligéncia vasto,
mundo de amor y de armonía eternos
que nunca el mal ó el padecer turbaron
podeis á la estrechez árida y fría
de esta mísera tierra resignaros
sin que en acentos dolorosos brote
la desesperacion á vuestros lábios!

Cuál roble cuyo seno vigoroso
sordamente royó voráz gusano
con mentirosa lozanía extiende
sobre cortezas vanas verdes ramos,
así, al martirio lento consumida
la generosa fé, debiérais falsos
fingir amor del pecho en que sañosa
la duda ceba ponzoñoso dardo.

Mas hay un Dios que con liviana arena
quiebra el soberbio empuje al Océano
y el peso mide á los mortales hombros
y al frágil corazón los desengaños;
y de ese Dios la augusta providencia
os guarda en goce misterioso y santo
que vulgares espíritus no alcanzan

del hondo sufrimiento digno lauro.

No de la veleidosa muchedumbre
la fama inquieta y pasajero aplauso,
ni esas coronas que al ceñir las sienes
por siempre ahuyentan la quietud del ánimo,
más la mirada ardiente que derrama
en vuestra frente pálida sus rayos
si enamorada una mujer escucha
del arpa herida los arrullos blandos,
su involuntaria lágrima que asoma
serena y pura al tembloroso párpado
si gime en vuestras cláusulas sonoras
voz de dolor, ó de infortunio ó llanto,
y aquel suspiro que en sus labios muere,
éco profundo y dulce y solitario
con que responde una alma estremecida
á la armoniosa inspiracion del canto....

...¡Oh si á tu voz en cuyos ecos vibran
sonoras brisas de los bosques pátrios
suave otra vez y trémula responde
con amoroso anhelo suspirando,
si tus hóndos pesares se adormecen
de nuevo amor al poderoso halago
no en fatigosa resistencia ahogues
el hervoroso impulso de los años.

No es tan fácil la vida; no es tan rica
nuestra jornada en fértiles ribazos
que altiva pueda desdeñar el alma
la más humilde flor que encuentre al paso.

Si á orillas del sendero áspero y triste
sus tutelares sombras tiende un árbol,
ó fresco y claro manantial ofrece
sus puras ondas á tus secos labios,
bajo el ramage cariñoso alivia
de tus heridos miembros el cansacio
y calma en los raudales cristalinos
la sed ardiente de tu pecho exhausto.

¡Ay! quién en torno al caminar descubre
arenales sin término, abrasados,
que en incesante remolino azotan
las alas tempestuosas de los ábregos,
ese en las soledades del desierto
rúndase al desaliento, y procurando
la sombra de la muerte y del olvido
sacuda el polvo de sus piés cansados;
y de su triste sol mientras se acerca,

sordo á su afán, el perezoso ocaso,
abisme el tiempo sus menguados dias
á la esperanza y al temor extraños.

AMÓS DE ESCALANTE.

SECCION BIBLIOGRÁFICA.

El Buey suelto... cuadros edificantes de la vida de un solteron, por D. José M. de Pereda, C. de la Real Academia Española. —Madrid, Imprenta y Fundicion de M. Tello.— 1878.

Hemos recibido un ejemplar de este notable libro de nuestro distinguido colaborador, y prometemos ocuparnos de él con toda la detencion que exija su importancia.

Entre tanto enviamos á nuestro amigo la más cordial felicitacion.

LA CRUZ DEL GOLGOTHA.

ESTUDIO HISTÓRICO-RELIGIOSO.

(CONTINUACION.)

V.

JESUS ANTE PILATO Y HERODES.

La mañana siguiente todos los príncipes de los sacerdotes, los ancianos del pueblo (1) y los escribas (2), se reunieron en consejo contra Jesús para entregarle á la muerte (3), y levantándose la multitud (4), llevaron á Jesús desde la casa de Caifás á la de Pilato (5) y atado se lo entregaron (6); pero no entraron en el pretorio por no contaminarse y poder comer la Pascua (7).

Entonces Judas que lo había entregado, cuando vió que había sido condenado volvió, arrepentido las treinta monedas de plata á los príncipes de los sacerdotes y á los ancianos diciendo: He pecado entregando la sangre inocente, á lo que ellos dijeron: ¿Qué se nos importa á nosotros? viéraslo tú antes (8). Pesaroso arrojó las monedas en el templo, partióse, fué, se ahorcó (9), reventó por medio y todas sus entrañas se derramaron (10). Los príncipes de los sacerdotes tomando las monedas de plata, dijeron: Nó, nos es lícito guardarlas

(1) S. Matéo XXVII. 1. S. Márcos XV. 1. S. Lúcas XXII. 66.—(2) S. Márcos id. 1. S. Lúcas id. 66.—(3) S. Matéo id. 1. S. Márcos id. 1.—(4) S. Lúcas XXIII. 1.—(5) S. Juan XVIII. 28. S. Lúcas id. 1.—(6) S. Matéo id. 2. S. Márcos id. 2.—(7) S. Juan id. 28.—(8) S. Matéo id. 3 á 4.—(9) S. Matéo id. 5.—(10) Hechos Apostólicos. I. 18.

en el tesoro, por que son precio de sangre, (11), y deliberando compraron con ellas el campo de un alfarero, para sepultura de los extranjeros (12), por lo cual este campo es llamado hasta el día de hoy, Haceldama, esto es, campo de la sangre (13). Así se cumplieron estas palabras de Jeremías, el profeta, que dijo: Y «tomaron las treinta monedas de plata, que eran el precio del que había sido puesto á precio, y del cual habían hecho mercado los hijos de Israel y las dieron para comprar el campo de un alfarero, así como me ordenó el Señor» (14).

Ya Jesús delante del Gobernador (15), éste le preguntó (16) saliendo fuera (17): ¿Cuál es el crimen de que acusais á este hombre? (18) Ellos empezaron á acusarle, diciendo: si este hombre no fuera malhechor no te lo hubiéramos entregado (19). Le hemos hallado pervirtiendo nuestra nacion y vedando dar tributo á César, y diciendo que es el Rey y el Cristo (20). Pilato les contestó: Tomadle y juzgadle, allá segun vuestra ley, pero los judíos respondieron: No nos es lícito á nosotros matar á nadie (21). Para que se cumpliese la palabra que Jesús había dicho, cuando señaló de qué muerte había de morir (22). Volvió á entrar en seguida en el pretorio, y habiendo hecho venir á Jesús, le dijo: ¿Eres tú el Rey de los judíos? (23) Jesús contestó: Dices tú eso por tí mismo, ó te lo han dicho de mí (24). Pilato respondió: ¿No sabes que no soy judío? Los de tu nacion y los príncipes de los sacerdotes te han puesto en mis manos. ¿Qué has hecho? (25) Jesús le respondió: Mi reino no es de este mundo, si de este mundo fuera mi reino, mis gentes habrían peleado para que yo no fuera entregado á los judíos; pero no es mi reino de aquí (26). Pilato replicó: ¿Luégo tú eres Rey? Jesús le respondió: Tu dices que soy Rey (27):

(11) S. Matéo id. 6.—(12) S. Matéo id. 7. En los Hechos Apostólicos (cap. I. ver. 17), se manifiesta que este campo lo compró Judas con el salario de su iniquidad, y por ahorcarse en él le vino el nombre de campo de saugre.—(13) S. Matéo id. 8.—(14) S. Matéo id. 9 y 10. La profecia citada es de Zacarías. cap. XI. 12 y 13.—(15) Procurador imperial, que gobernaba la Judéa en nombre de Tiberio, se le llamaba Pilato, sin duda á causa del pilum ó dardo de honor con que fué condecorado. Pontius, significa marino. (16) S. Matéo id. 14. S. Márcos id. 2. S. Juan id. 29.—(17) Al balcon de su palacio, porque los judíos no habian entrado en el pretorio, antiguo palacio de Herodes, inmediato á la torre Antonina.—(18) S. Juan id. 29.—(19) S. Juan id. 30.—(20) S. Lúcas id. 2.—(21) S. Juan id. 34.—(22) S. Juan id. 32.—(23) S. Juan id. 33. S. Matéo id. 11. S. Márcos id. 2. S. Lúcas id. 3.—(24) S. Juan id. 34.—(25) S. Juan id. 35.—(26) S. Juan id. 36.—(27) S. Juan id. 37. S. Matéo id. 11. S. Márcos idem 2.

Yo para esto nací y para esto vine al mundo, para dar testimonio de la verdad, todo el que viene de la verdad, oye mi voz (28). Pilato, dijo: ¿Qué es verdad? y habiendo dicho estas palabras salió otra vez á los judíos (29) y les dijo: Yo no encuentro ningun crimen en este hombre (30). Y siendo acusado por los príncipes de los sacerdotes y por los ancianos, Jesús nada respondió (31). Otra vez le preguntó Pilato: No respondes algo, no oyes de cuantas cosas te acusan (32). Y no le respondió tampoco una palabra, de modo que el Gobernador se quedó admirado, (33) pero ellos porfiaban diciendo: Alborota el pueblo con la doctrina que esparce por toda la Judéa, desde la Galilea donde ha comenzado, hasta aquí (34). Pilato que oyó hablar de Galilea, preguntó si era galileo (35), y cuando entendió que era de la jurisdiccion de Herodes, se lo envió á éste, quien á la sazón se hallaba tambien en Jerusalem (36).

Al ver Herodes á Jesús se holgó mucho, porque hacía mucho tiempo que deseaba verlo, por haber oido de él muchas cosas, y esperaba verle hacer algun milagro por lo tanto le hizo varias preguntas; pero Jesús nada respondió. Los príncipes de los sacerdotes, y los escribas seguían acusándole con gran porfía y Herodes con los de su séquito le menospreció, y escarneciéndolo lo hizo vestir una ropa blanca y lo volvió á enviar á Pilato (37). Aquel día quedaron amigos Herodes y Pilato, porque antes eran enemigos entre sí (38).

Al punto Pilato convocó los príncipes de los sacerdotes y los magistrados del pueblo (39) y les dijo: Me habeis presentado á este hombre como que pervierte al pueblo; y sin embargo habiéndole interrogado en vuestra presencia no hallo en él culpa alguna de aquellas que le acusais, ni Herodes tampoco, porque os remití á él y parece que nada ha hecho que merezca la muerte, voy pues á soltarle despues de haberlo castigar (40).

(28) S. Juan id. 37.—(29) S. Juan id. 38.—(30) S. Juan id. 38. S. Lucas id. 4.—(31) S. Matéo id. 12. S. Márcos id. 3.—(32) S. Matéo id. 13. S. Márcos id. 4.—(33) S. Matéo id. 14. S. Márcos id. 5.—(34) S. Lucas id. 5.—(35) S. Lucas id. 6. Jesús habia nacido en Belen; pero como habia pasado en Nazareth casi toda su vida creian los judios que era de este último lugar.—(36) S. Lucas id. 7. Este Herodes, Tretarca de Jerusalem era hijo de Herodes el Grande, aquel que mandára la matanza de los Inocentes.—(37) S. Lucas 8 á 11. La ropa blanca, era un traje propio de los locos, Herodes lo mandó poner porque viendo que Jesús no contestaba á sus preguntas lo tuvo por imbecil.—(38) S. Lucas id. 12.—(39) S. Lucas id. 13.—(40) S. Lucas id. 14 á 16.

El Gobernador acostumbraba á soltar al preso que queria el pueblo el día de la Pascua (41), y como había uno que se llamaba Barrabás, puesto en prision con otros sediciosos por haber hecho una muerte en un motin (42), vino lá multitud ante el pretorio pidiendo al Gobernador hiciese esta gracia (43). Pilato les dijo á los judíos: ¿Cuál quereis que os suelte á Barrabás, (44) ó al rey de los Judíos (45), Jesús, que es llamado Cristo (46), porque sabía que por envidia lo habian entregado (47) los príncipes de los sacerdotes (48).

Y cuando estaba sentado en su tribunal su mujer le envió á decir: No te comprometas tú en el asunto de ese justo, porque hoy me he sentido estrañamente atormentada en sueños por su causa (49).

Los príncipes de los sacerdotes y los ancianos persuadieron al pueblo que pidiese á Barrabás y á Jesús matase (50), así que habiéndoles dicho el Gobernador: ¿Cuál de los dos quereis que os suelte? (51) contestaron gritando: No á este, sino á Barrabás (52). Y hablóles otra vez Pilato, queriendo soltar á Jesús (53). ¿Pues que haré del rey de los Judíos, de Jesús que es llamado Cristo? (54). Ellos volviendo á dar voces decían: Crucifícale, crucifícale (55). Pilato les dijo por tercera vez: ¿Qué mal hizo? (56) Yo ninguna culpa de muerte he hallado en él, le castigaré por lo tanto, y le soltaré luego (57). Pero ellos insistían con sus voces pidiendo que fuese crucificado (58), y sus gritos y los de los príncipes de los sacerdotes crecían (59). Viendo Pilato que nada conseguía; antes bien, que anmentaba el alboroto, se hizo traer agua, se lavó las manos delante del pueblo diciendo: Inocente soy de la sangre de este justo, vosotros responderéis de ella. Y replicó todo el pueblo: ¡Su sangre caiga sobre nosotros, y sobre nuestros hijos! (60). Pilato mandó que se hiciese lo que pedían, les sol-

(41) S. Matéo id. 15. S. Juan id. 39. S. Márcos id. 6. S. Lúcas id. 17. Este preso se soltaba en memoria de la salida del cautiverio de Egipto.—(42) S. Márcos id. 7. S. Lúcas id. 19. Segun S. Juan (id. 40.) Barrabás era un ladron. Su nombre significa, hijo de la confusion.—(43) S. Márcos id. 8.—(44) S. Matéo id. 17.—(45) S. Márcos id. 7. S. Juan id. 39.—(46) S. Matéo id. 17.—(47) S. Matéo id. 18. S. Márcos id. 10.—(48) S. Márcos id. 10.—(49) S. Matéo id. 19.—(50) S. Matéo id. 20. S. Márcos id. 11.—(51) S. Matéo id. 21.—(52) S. Matéo id. 21. S. Juan id. 40. S. Lúcas id. 18.—(53) S. Lúcas id. 20.—(54) S. Matéo id. 22. S. Márcos id. 12.—(55) S. Matéo id. 21. S. Márcos id. 13. S. Lúcas id. 21.—(56) S. Matéo id. 23. S. Márcos id. 14. S. Lúcas id. 22.—(57) S. Lúcas id. 22.—(58) S. Lúcas id. 22. S. Matéo id. 23. S. Márcos id. 14.—(59) S. Lúcas id. 23.—(60) San Matéo id. 24 y 25. Así fué: los judíos aún sufren el peso de este anatema.

tó á Barrabás, que habia sido metido en la cárcel por sedición y muerte, entregó á Jesús á su voluntad (61), disponiendo que fuese azotado, antes de ser crucificado (62).

VI.

¡ ECCE HOMO !

Los soldados del Gobernador llevaron á Jesús al pretorio, y allí habiendo formado en torno de él toda la cohorte (1) le desnudaron y le pusieron un manto de púrpura (2), tejieron una corona de espinas, se la pusieron en la cabeza (3) y una caña en la mano derecha (4) é hincando la rodilla delante de él, le escarnecían diciendo: Salve, rey de los judíos (5), le daban de bofetadas (6), le escupían y cogiéndole la caña le herían en la cabeza (7).

Pilato salió de nuevo al balcon y dijo á los judíos: Ved que os le saco fuera para que sepais que no hallo en él ningun crimen. Y salió Jesús llevando la corona de espinas y el manto de púrpura, y dijo Pilato: ¡Ved aquí al hombre! ¡Ecce homo! (8) Los príncipes de los sacerdotes y sus agentes habiéndole visto se pusieron á gritar: Crucifícale, crucifícale. Pilato les dijo: Tomadle vosotros y crucifícadle, porque yo no hallo en él ningun crimen. Los judíos repusieron: Nosotros tenemos una ley; y segun esta ley debe morir por que se hi-

(61) S. Lúcas id. 24 y 25.—(62) S. Matéo id. 26. S. Márcos id. 15. S. Juan XIX. I. La pena de azotes precedía al suplicio de la cruz (Tito Livio 33. 36). Segun un antiguo viagero, la sentencia de Jesús estaba así concebida: «A Jesús Nazareno, hombre sedicioso, acusado por los Pontífices y Príncipes de su nacion de infractor de la ley mosaica, desnudadle, atadle y azotadle. Marcha, lictor, prepara las varas.»

(1) S. Matéo id. 27. S. Márcos id. 16.—(2) S. Matéo id. 28. S. Márcos id. 17. S. Juan id. 2. La púrpura era un color usado sólo por los reyes.—(3) S. Matéo id. 29. S. Márcos id. 17. S. Juan id. 2. Esta corona se cree se formó con ramos de la especie *Paliurus Spince Christi* (L), espino cervical, si bien otros dicen se empleó la especie *Lycium spinosum*. La corona mandó traerla S. Luis á Paris, donde se conserva en el templo de Nuestra Señora.—(4) S. Matéo id. 29.—(5) S. Matéo id. 29. S. Márcos id. 18.—(6) S. Juan id. 3.—(7) S. Matéo id. 29. S. Márcos id. 19.—(8) S. Juan XIX. 4 á 5.

zo Hijo de Dios, palabras que oidas por Pilato, temió más. Vuelto á entrar en el pretorio, dijo á Jesús: ¿De dónde eres tú? Mas Jesús no le dió respuesta. Entonces Pilato le dijo: ¿No me contestas á mí? ¿No sabes que tengo poder para crucificarte, y que lo tengo para soltarte? Jesús le respondió: No tendrias poder alguno sobre mí, si no te hubiera sido dado de arriba, por tanto aquel que á tí me ha entregado mayor pecado tiene. Despues de esto Pilato buscaba un medio de librarle: mas los judíos gritaban: Si á éste sueltas, no eres amigo del César, porque todo aquel que se hace rey se declara contra César.

Pilato cuando oyó estas palabras, sacó á Jesús fuera del pretorio y se sentó en el bima ó lugar de su tribunal, que se llama en griego Lithostrotos y en hebreó Galbatha (9). Era el día de la preparacion de la Páscoa y como á la hora de sexta (10), dijo á los Judíos: Ved aquí vuestro rey y ellos gritaban: Quita, quita, crucifícale. Pilato les dijo: ¿Hé de crucificar á vuestro rey? Los príncipes de los sacerdotes le replicaron: No tenemos otro rey que César (11).

Entonces se lo entregó para que fuese crucificado (12), y los soldados que le habian escarnecido le desnudaron el manto de púrpura, le pusieron sus vestidos (13) y le sacaron para crucificarle (14).

VII.

EL CALVARIO.—LAS SIETE PALABRAS.

Jesús llevando su cruz salió para el lugar que se denomina

(9) S. Juan XIX. 6 á 13. Se llamaba así á causa del embaldosado que cubría el suelo. —(10) S. Juan id. 14. Los judíos dividían las horas del día en ocho partes, de las cuales cuatro correspondían al día y otras cuatro á la noche. Llamábase hora *dé prima* desde la salida del sol hasta las 9: *tercia* de 9 á 12: *sexta* de 12 á 3: *nona*, ó vísperas, desde las 3 hasta la puesta del sol. Las horas de la noche se llamaban *vigilias*, y se denominaba *primera*, *segunda*, *tercera* y *cuarta vigilia* en iguales periodos que los anteriores.—(11) S. Juan id. 14 y 15.—(12) S. Matéo id. 24. S. Márcos id. 15. S. Lucas id. 25. S. Juan id. 16. Dos años despues fué destituido Pilato y enviado á Roma para responder de sus actos de crueldad contra los judíos. Desterrado á Viena, se suicidió allí, teniendo el mismo fin que Judas.—(13) S. Matéo id. 31. S. Márcos id. 20. El traje de los hebreos se componía de un manto (*simla*), una túnica (*chetoneth*), de una especie de calzoncillos, *michasim*. Venérase en Treveris y en Argentevil un vestido y túnica, que probablemente, son el *sadin* y el *chetoneth* (Mislin. La tierra santa), cap. XIX.—(14) S. Matéo id. 31. S. Márcos id. 20.

Calvario, y en hebreo *Gólgatha* (1), y al salir hallaron á un hombre del campo (2) natural de Cyrene (3), llamado Simon (4) padre de Alejandro y Rufo (5) y á este obligaron á llevar la cruz (6) detrás de Jesús (7): Una gran multitud de pueblo le seguía y de mujeres, las cuales lloraban y se golpeaban el pecho. Jesús volviéndose hácia ellas las dijo: Hijas de Jerusalem, no lloreis sobre mí, antes llorad sobre vosotras y vuestros hijos, porque día vendrá, en que se dirá: Bienaventuradas las estériles y los vientres que no concibieron, y los pechos que no dieron de mamar. Entonces, comenzarán á decir á los montes: caed sobre nosotros; y á los collados, cubridnos; porqué, si así tratan al árbol verde; ¿el seco cómo será tratado? (8).

Llevaban tambien con él dos malhechores para ser muer-

(1) S. Juan id. 17. El monte Calvario estaba fuera de Jerusalem, aunque no lejos de sus muros. Se llamaba *Gólgatha*, que significa *calavera*, bien porque fuera una colina escueta y árida, ya porque, segun una antigua tradicion, en aquel lugar se habia enterrado por divina inspiracion la cabeza del primer hombre, (S. Basilio en Isaías, cap. XV. *Origenes*, Tract 35 en Math. S. *Agustin*. Sermon 71.)—(2) S. Lucas id. id. 26. S. Márcos id. 21.—(3) S. Matéo id. 32. S. Márcos id. 21. Cyrene era una ciudad de la Libia.—(4) S. Matéo id. 32. San Márcos id. 21. S. Lucas id. 26.—(5) S. Márcos id. 21.—(6) S. Matéo id. 32. S. Márcos id. 21. S. Lucas id. 26.—(7) S. Lucas id. 26. El árbol de la cruz se cree que tenia cinco varas de largo, y los brazos tres.—(8) S. Lucas id. 27 á 31. Treinta y siete años despues de pronunciada esta profecia tuvo su cumplimiento. Jerusalem en el año 70, á causa de su rebelion contra los romanos, fué sitiada por estos mandados por Tito, hijo del emperador Vespasiano. Los horrores del sitio fueron tan grandes, que las madres castigadas por el hambre se comieron á sus propios hijos, agregándose á esto, los estragos de la epidemia y el furor de los que mataban para encontrar que comer, ó por ánsia de sangre. Todos los judíos prisioneros fueron crucificados, se prometió la vida á los que se rindiesen, pero cuando salieron invocando piedad se les dió cruenta muerte. Destrozando un soldado las entrañas de un cadáver encontró dinero en ellas, y habiendo circulado la voz de que los judíos se lo tragaban, todos los prisioneros fueron despedazados para buscarlo en su vientre. Tomada á cuchillo la ciudad, deshonradas sus mujeres, fué atacado el mismo templo, alma de la nacion hebréa y reducido á cenizas. Al mismo tiempo ardía el Capitolio, sede de la religion pagana, como si el uno y el otro quisieran hacer lugar á la Iglesia del Dios vivo. Esta guerra costó al fin millon y medio de hombres, que habian concurrido de todas partes para defender la libertad, la religion y el templo de Dios, y acabó para siempre con el pueblo judío. (César Cantú. Epoca VI. cap. XI.

tos (9), y como llegaron al Calvario (10) le dieron á beber (11) vinagre mezclado con hiel (12), ó vino mezclado con mirra (13) y gustándolo, (14) no quiso beber (15). A los dos ladrones los crucificaron, uno á derecha y otro á la izquierda (16) y á Jesús en el medio (17), cumpliéndose la escritura, que dice; entre los malvados fué contado (18). Pilato mandó colocar tambien un rótulo en lo alto de la cruz (19), donde estaba escrito su causa en letras griegas, latinas y hebráicas (20). Esta inscripcion decia: JESÚS DE NAZARETH, REY DE LOS JUDÍOS (21). Muchos judíos leyeron este título, porque el sitio donde Jesús fué crucificado se hallaba cerca de la ciudad (22). Los príncipes de los sacerdotes dijeron á Pilato: No pongas en la inscripcion, Rey de los Judíos, sino que él se dijo Rey de los Judíos (23). Pilato les respondió: Lo escrito, escrito está (24).

Los soldados habiendo crucificado á Jesús, tomaron sus vestidos y los dividieron en cuatro partes una para cada soldado, tambien tomaron la túnica, y como no tenía costura, sinó que era toda tejida de un pieza de arriba abajo, dijeron entre sí: No la partamos, mas echémosla al que le toque (25). Para que se cumpliese lo que fué dicho por el profeta: Re partieron

(9) S. Lucas id. 31. — (10) S. Matéo id. 33. S. Márcos id. 22. San Lucas id. 33. Aunque ninguno de los cuatro Evangelistas habla de las tres caídas que dió Jesús en el camino del Calvario, ni del encuentro con su Santísima Madre, ni de la piadosa accion de Seraphia, hija de Sophar, conocida con el nombre de la Verónica, se tienen estos hechos como indudables apoyados en la tradicion, pues no todo lo que hizo Jesús se relata en los Evangelios. En el de S. Juan, cap. XXI. 25, se manifiesta que «Jesús hizo muchas cosas que si se escribieran, no cabrian en el mundo los libros que se habian de escribir.»—(11) S. Matéo id. 34. S. Márcos id. 23.—(12) S. Matéo id. 34.—(13) San Márcos id. 23. Con arreglo á la costumbre judáica, se daba de beber á los que iban á morir ajusticiados, una bebida compuesta de vino fuertemente aromatizado con el fin de aturdirlos.—(14) S. Matéo id. 34.—(15) S. Matéo id. 34. S. Márcos id. 23.—(16) S. Matéo id. 38. San Márcos id. 27. S. Lucas id. 33. S. Juan id. 18.—(17) S. Juan id. 18.—(18) S. Márcos id. 28. La Escritura citada es de Isaias. LIII. 12.—(19) S. Matéo id. 37. S. Márcos id. 26. S. Lucas id. 38. S. Juan id. 20.—(20) S. Lucas id. 38. S. Juan id. 20.—(21) S. Juan id. 19. Segun S. Matéo la inscripion decia: *Este es Jesús rey de los Judíos*; segun S. Márcos *El Rey de los Judíos*; y segun S. Lucas: *Este es el rey de los Judíos*.—(22) S. Juan id. 20.—(23) San Juan id. 31.—S. Juan id. 22. Pilato pues, confesaba este hecho sin conocerlo.—(25) S. Juan id. 23 y 24. «Repartieron sus vestiduras echándolas á la suerte para saber lo que cada uno habia de llevar.» S. Matéo id. 35. S. Márcos id. 24. S. Lucas id. 34. Estos despojos de los ajusticiados pertenecian á los ejecutores. (Dig. XLVII. XX.)

mis vestiduras y sobre mi túnica echaron suertes» (26). Esto fué lo que hicieron los soldados (27), y sentados le aguardaban allí (28).

Era la hora de tercia, Jesús puesto en la cruz decía *Padre perdónalos, porque no saben lo que se hacen* (29). El pueblo estaba mirando, y se burlaban de él los príncipes de los sacerdotes, y los que pasaban le injuriaban diciendo: (30) Tú, el que destruyes el templo de Dios y lo reedificas en tres días ¿no te salvas á tí mismo? Si eres el Hijo de Dios desciende de la cruz (31). Los príncipes de los sacerdotes se burlaban de él con los escribas, los ancianos y los fariseos exclamando: A otros salvó, así mismo no se puede salvar, si es el Cristo, el rey de Israel, descienda ahora de la cruz, y creeremos en él (32). Puso su confianza en Dios: si Dios le ama, líbrelo, pues dijo: Hijos soy de Dios (33). También los soldados le escarnecieron diciendo: Si tu eres el Rey de los Judíos, sálvate á tí mismo (34). Lo mismo le zaherían los ladrones que estaban con él crucificados (35), exclamando: Si tu eres Cristo sálvate á tí mismo y á nosotros contigo; pero uno de estos malhechores arrepentido al fin, dijo: Ni aún temes á Dios estando sufriendo el mismo suplicio. Nosotros, en verdad, justamente padecemos, porque recibimos lo que merecieron nuestros hechos; mas este ningun mal cometió. Y añadió dirigiéndose á Jesús: Señor, acuérdate de mí cuando estés en tu reino (36). Y Jesús le respondió: *En verdad te digo que hoy serás conmigo en el Paraíso* (37).

Entre tanto la madre de Jesús, y la hermana de su madre, María, mujer de Cleofás, y María Magdalena estaban junto á la cruz (38). Habiendo visto Jesús á su madre y cerca de ella al discípulo que amaba, dijo á su madre: *Mujer hé ahí á tu hijo*. Y despues dijo al discípulo: *Hé aquí á tu madre*. Y desde aquella hora el discípulo la recibió por suya (39).

Y desde la hora de sexta hasta la de nona toda la tierra se

(26) S. Juan id. S. Matéo id. 37. La profecía que aquí se cita es el versículo 19 del Salmo XXI.—(27) S. Juan id. 24.—(28) S. Matéo id. 36.—(29) S. Lucas id. 34. Esta es la primera palabra.—(30) San Matéo id. 39. S. Márcos id. 29. S. Lucas id. 35.—(31) S. Matéo id. 40. S. Márcos id. 29 y 30.—(32) S. Matéo id. 41 y 42 S. Márcos id. 31 y 32. S. Lucas id. 35.—(33) S. Matéo id. 43.—(34) S. Lucas id. 37.—(35) S. Matéo id. 44. S. Márcos id. 32. S. Lucas id. 39.—(36) S. Lucas id. 39 á 42.—(37) S. Lucas id. 43. Esta fué la segunda palabra de Cristo en la cruz.—(38) S. Juan id. 25.—(39) S. Juan id. 26 y 27. Esta fué la tercera palabra.

cubrió de tinieblas (40). Luego Jesús exclamó con gran voz: *¿Eli Eli lamma Sabacthani*, esto es, *Dios mio, Dios mio, ¿porqué me has desamparado?* (41) Algunos de los que estaban presentes cuando le oyeron gritar de este modo, decían: A Elías llama (42).

Después de esto sabiendo Jesús, que todas las cosas eran ya completas para que se cumpliesen las palabras de la Escritura, dijo: *Sed tengo* (43). Y como había allí un vaso de vinagre (44), corriendo uno de los soldados empapó una esponja y poniéndola en una caña se la aplicó á la boca (45). Habiendo tomado el vinagre, dijo Jesús: *Todo está consumado* (46).

Finalmente clamando con gran voz, dijo: *Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu*. Y habiendo dicho (47) é inclinando la cabeza, (48) dió el espíritu (49). El sol se oscureció (50) el velo del templo se rasgó en dos de arriba abajo (51), tembló la tierra, las piedras se hendieron, los sepulcros se abrieron y muchos cuerpos de santos que estaban en el sueño de la muerte, resucitaron y saliendo de los sepulcros, después de su resurrección, vinieron á la ciudad santa y fueron vistos por muchas personas (52).

El centurion (53) que estaba delante (54) y los que con él guardaban á Jesús (55) viendo lo que había acontecido (56)

(40) S. Matéo id. 45. S. Márcos id. 33. S. Lúcas id. 44. Estas tinieblas no podían ser efecto de un eclipse de sol; puesto que había entonces plenilunio ó luna llena, y porque la oscuridad sobrevino repentinamente y no por grados, como sucede en aquellos fenómenos. Además la falta de luz no debía ser tanta, que llegara á asustar la multitud, ni que impidiese ver lo que pasaba en el Calvario á los amigos del Señor, que se mantenían apartados de la cruz. Es opinion admitida que estas tinieblas fueron milagrosas, y no producidas por un eclipse natural.—(41) S. Matéo id. 46. S. Márcos id. 34. Esta fué la cuarta palabra.—(42) S. Matéo id. 47. S. Márcos id. 35.—(43) S. Juan id. 28. Esta fué la quinta palabra.—(44) S. Juan id. 29.—(45) S. Matéo id. 49. S. Márcos id. 36. S. Lúcas id. 36. S. Juan id. 29. Esta esponja contenía vinagre sin estar mezclado con hiel, cuya bebida llevaban los soldados romanos en sus expediciones.—(46) San Juan id. 30. Esta fué la sexta palabra.—(47) S. Lúcas id. 46. Esta fué la última palabra.—(48) S. Juan id. 30.—(49) S. Matéo id. 50. San Márcos id. 37. S. Lúcas id. 46. S. Juan id. 30.—(50) S. Lúcas id. 45.—(51) S. Matéo id. 51. S. Márcos id. 38. S. Lúcas id. 45.—(52) S. Matéo id. 51, 52 y 53.—(53) Jefe militar que mandaba cien hombres.—(54) S. Matéo id. 54. S. Márcos id. 39. S. Lúcas id. 47.—(55) S. Márcos id. 54.—(56) S. Matéo id. 54. S. Márcos id. 39. S. Lúcas id. 47.

el terremoto (57) y la muerte de Jesús (58) tuvieron gran miedo (59) y dijo, aquel glorificando al Señor (60). Verdaderamente este justo (61), era Hijo de Dios (62). Toda la multitud de los que presenciaban este espectáculo, y veían lo que pasaba, se volvieron dándose golpes de pecho (63). Y todos los amigos de Jesús y las mujeres que le habían seguido de Galilea estaban allí y de lejos miraban estas cosas (64), entre las cuales se hallaban María Magdalena, María, madre de Santiago el menor y de José, la madre de los hijos del Zebedeo, que le servían (65), y asistían con sus haberes y otros muchos que con él habían salido de Jerusalem (66).

FRANCISCO ESPÍNOLA.

(Concluirá.)

(57) S. Matéo id. 54.—(58) S. Márcos id. 39.—(59) S. Matéo id. 54.—(60) S. Lúcas id. 47.—(61) S. Lúcas id. 47.—(62) S. Matéo id. 54. S. Márcos id. 39. Algunos siglos despues un célebre filósofo, Juan Jacobo Rousseau, debia exclamar como el Centurion: «¡Si la vida y la muerte de Sócrates, son las de un sábio, la vida y la muerte de Jesús son la de un Dios!» (Emilio. Libro IV).—(63) S. Lúcas id. 48.—(64) S. Matéo id. 55. S. Márcos id. 40. S. Lúcas id. 49.—(65) S. Matéo id. 56. S. Márcos id. 40 y 41.—(66) S. Márcos id. 41.

GOMEZ ARIAS Ó LOS MOROS DE LAS ALPUJARRAS.

VIII.

O gran conastro in giovenil pensiero
desir di laude ed impeto d'amore;
né chi piú vaglia ancor si trova il vero,
che resta or questo or quello superiore.

ARIOSO.

Vaga sospecha en un principio sólo,
por interno temor despues seguida;
de la verdad fatal el sentimiento
cruzára al cabo por su mente herida.

WIFFEN'S TASSO.

Apenas empezaban á vislumbrarse las rosadas tintas de la aurora, y las densas sombras de la noche iban debilitándose progresivamente al influjo de los vivos rayos del naciente sol, cuando D. Manuel de Monteblanco, que estaba ya en pié, recibió aviso de que un grupo de personas á caballo se acercaba rápidamente á su casa. El anciano caballero se apresuró á dirigirse á un sitio desde el que pudiese descubrir á los que venían y apreciar su cualidad. La cabalgata consistía en un caballero completamente armado y una media docena de soldados, que avanzaban sobre el verde cesped con tranquilo aspecto. D. Manuel que esperó á que se aproximasen, pudo á poco tiempo reconocer, en el marcial continente y elegante apostura del caballero, á su jóven amigo y pariente D. Antonio de Leiva, cuya llegada estaba esperando de un día á otro. El jóven guerrero vestía una armadura de acero pulimentado, con incustraciones de plata; profusas y flotantes plumas encarnadas cubrían casi su brillante yelmo, y descendían como una cascada de rojos matices sobre su rostro varonil, en el que se veían brillar á un tiempo la espresion de un resuelto valor y la franqueza y la alegría.

El ejercicio había aumentado el color de sus mejillas, y brillaban con extraordinaria animacion sus ojos de un azul oscuro; á la vez que su edad temprana y su graciosa apostura contribuían á aumentar el interés que inspiraba su simpática fisonomía. Montaba un fogoso y fino caballo berberisco, engalanado con lujosos arreos, que parecía participar del esceso de vida de su ginete, porque tascaba el freno y arrojaba blanca espuma, haciendo necesaria toda la destreza de su dueño para dominar sus impetuosos bríos.

La pequeña partida, que acompañaba al jóven guerrero, vestía el traje militar de la época. Servían á D. Antonio de escolta y pertenecían á la mesnada de que él era jefe. A su llegada se abrieron de par en par las pesadas puertas, y se presentó á su entrada el venerable Monteblanco para recibir á su noble huésped. Inmediatamente D. Antonio saltó de su caballo y se arrojó en los brazos que cariñosamente le esperaban.

—Bien venido, D. Antonio, mil veces bien venido á la morada de vuestro pariente y viejo amigo.

—Dios os guarde, D. Manuel; cuánto me alegro de ver que apenas ha hecho mella en vos el tiempo trascurrido; vuestro carácter se conserva aún jóven y vehemente. ¿Cómo está la hermosa Teodora?

—Fresca como la rosa de la primavera, hermosa como el lirio del valle, y alegre como el libre pajarillo, respondió el apasionado padre; pero entrad, continuó con gozoso acento, entrad y descansad. Pedro, añadió volviéndose hácia su mayordomo, alto y flaco personage de grave aspecto, cuidad que esos caballeros, señalando á los que acompañaban á D. Antonio, sean bien asistidos.

Enseguida cogiendo á su deudo por la mano, le introdujo en la casa.

—Teodora, le dijo, está en este momento ocupada en sus oraciones matutinas, en compañía de la buena Marta, pero en una ocasion como ésta no ha de haber gran pecado en interrumpir sus rezos.

—De ninguna manera, repuso D. Antonio sonriéndose: no entra en mis principios distraer á las hermosas cuando están tan laudablemente ocupadas.

—Como gustéis, mi jóven amigo; pero, ¡Buen Dios! continuó, contemplando á su huésped de la cabeza á los piés con la mayor complacencia, cuánto habeis variado!

Sin duda alguna que es un espectáculo satisfactorio y consolador observar la ventajosa transformacion que algunos pocos años producen en un jóven. Os habeis distinguido en las justas, dijo D. Manuel; lo que es para mi motivo de ines-

plicable gozo, tanto más cuanto que, según parece, la Reina misma ha tenido la bondad de premiar vuestro mérito. He oído también que habéis sido honrado con el mando de una compañía de esos valientes soldados, que se han destinado á castigar la rebelión de los moros de las Alpujarras.

—En verdad, contestó modestamente D. Antonio, nuestra Gran Reina se ha dignado honrarme mucho más de lo que yo merezco; pero trataré de que mi comportamiento me haga digno de la confianza que ha depositado en mí.

—Supongo, por tanto, dijo D. Manuel, que vuestra permanencia en Guadix sea corta?

—Muy corta; tanto que sólo puedo permitirme esperar á que llegue mi mesnada, y partiré inmediatamente para reunirme con el ejército que manda el noble Aguilar.

—Entonces, mi querido deudo, observó Monteblanco sonriéndose, el objeto de vuestra visita debe cumplirse sin más retraso.

—No me quejaré yo por mucho que se anticipe, cuando la felicidad de mi vida está con él tan íntimamente ligada.

En este instante se abrió la puerta del salón, y Teodora fué anunciada ceremoniosamente desde el dintel por la magistosa dueña, que después de hacer una afectada y profunda cortesía, se retiró hácia atrás y guardó una respetuosa distancia.

—Querida hija, dijo D. Manuel, hé aquí á nuestro pariente D. Antonio de Leiva, á quien ya conoces. Se presenta en nuestra casa como mejor cumple á un valiente caballero, ceñida su frente con el laurel del triunfo por la destreza y el valor que ha demostrado en las justas, pronóstico cierto de su futura gloria en la guerra.

Teodora tendió su mano al saludo de su pariente con viveza y con cordialidad; pero esto fué evidentemente un esfuerzo para ocultar el sentimiento de desvío que experimentaba, porque gradualmente se fué apoderando de ella un temblor involuntario, y su semblante revelaba los síntomas de una fuerte emoción, tan pronto como empezó á sospechar el objeto de la visita de D. Antonio. Por cierto que el tono de franqueza y de cariño con que se hablaban su padre y el joven Leiva, contribuía á confirmar las sospechas, cuya realidad tanto temía llegar á descubrir.

Tan pronto como D. Antonio se retiró, Monteblanco manifestó á su hija el deseo de hablarla en su habitación. La temblorosa niña obedeció con vacilante paso, considerándose como un criminal próximo á escuchar la sentencia que ha de fijar definitivamente su suerte. La dueña se quedó algo tanto sorprendida con este misterioso proceder, en el que

habian prescindido sin ceremonia alguna de su acostumbrado consejo y aprobacion. Sintió mortificado su orgullo, y llena de rabia se santiguó con el mayor fervor, y salió enseguida murmurando algo que tanto participaba de la oracion como del reproche.

—Poco tiempo despues terminó la conferencia, y salió Teodora con los ojos bañados en lágrimas y manifestando la emocion más viva. Se dirigió apresuradamente á su cuarto y cerrando la puerta dió rienda suelta á su dolor.

—Ay de mí! exclamó; mi terrible sospecha se ha confirmado, y el tono decidido con que mi padre ha revestido sus órdenes, no deja lugar á la esperanza de que mude de parecer, ni consiente dilaciones tampoco. Ni un mes ni una semana siquiera se me concede para prepararme. Se ha colmado la medida de mi desventura. Perdido! perdido para siempre! Oh! Lope! Lope!

No la fué dable proseguir: la fuerza del pesar ahogó su voz y dió rienda suelta á su pena con lágrimas y suspiros.

En aquel momento sin embargo se le presentó un auxiliar, bajo las tocas de la dueña, á ofrecerle su consejo y su ayuda. Como hemos visto ya, estaba resentida por la falta de confianza de D. Manuel y el poco aprecio que habia hecho de su opinion; y por tanto estaba resuelta á prestar su apoyo al otro bando. Es de advertir, en su consecuencia, que estaba la dueña en la disposicion de ánimo más favorable. Otorgó por tanto su buen dictámen con la mayor espontaneidad, y tuvo un caudal inagotable de piadosas exclamaciones y de consejos al servicio de sus amigos. No podía renunciar á la idea de hacer un servicio, y por la misma razon deseaba ser consultada en todas ocasiones; tanto más cuanto que con todas estas apreciables cualidades, la dueña, en opinion de la generalidad, no encontraba que pudiese dársela título más lisongero por sus fatigas que el de persona de graves negocios.

—Niña, que es esto? exclamó. Que significan esas lágrimas? Ay! ay! conozco que vuestro padre ha adoptado alguna violenta y descabellada resolucion; lo sospechaba por su mucho cuidado en ocultarme el secreto. Dios le bendiga!

De qué habeis tratado con él? Nunca se conducirá como un hombre considerado, y en verdad que no puedo darne la razon de porqué permanezco en su casa. Vamos, niña, confiad vuestras penas y vuestros agravios á vuestra más complaciente amiga; ya sabeis que no puede ofrecérseme mayor satisfaccion que la de consolar á los afligidos y prestar mis servicios á los menesterosos.

—Sí, buena Marta, respondió sollozando la jóven; yo agra-

dezo mucho vuestra bondad, y os ruego que no me negueis vuestra compasion. Ay de mí! sin vuestro importante consejo y vuestro apoyo nunca podré vencer las dificultades que me rodean. Yo debo verle; yo debo ver á D. Lope esta misma noche!

Seguidamente esplicó á Marta el motivo de su desconsuelo, y la dueña, muy satisfecha de encontrar una ocasion de emplear sus servicios, ofreció desde luego su cooperacion al cumplimiento de los deseos de su educanda.

DESPUES DE UN SARAO.

Rosas á tu cabeza destinadas,
no sé por cuál azar
de tocador, su primitivo empleo
hubieron de trocar;
y dijiste;—no hallando en tu persona
donde estuvieran bien,—
¿aunque sea en el pecho,—y en el pecho
clavólas tu desdén.

¿Porqué esa frente desdeñosa y triste
cuyo doliente son
la pálida sonrisa de tus labios
templar no consiguió?

¿Es que tu yerto corazón, señora,
cesó ya de latir,
y que á su amparo, míseras, no pueden
flor ni pasión vivir?

¿Es que aquel centro misterioso, donde
guarda el humano sér,
esencia pura de su excelso origen,
la gloria de querer;
descolorido sol sin luz ni llama,
es en tí muerto hogar,
corazón sin ventura que no puede
ser amado ni amar?.....

.....
Triste es tender las alas del espíritu
sobre el mundo al nacer
y sentir al abrirlas, ¡oh martirio!
que no caben en él.

Sobre ellas quiso de sí propia en vano
cobarde el alma huir,
si halló difícil, dolorosa y lenta,
la vida del sentir,
y ofendida en su orgullo soberano
sin lágrimas gritó:
—«¡por siempre tuya, oh fantasía loca,
del sentimiento, nó!»—

.....
...«Aunque sea en el pecho,» bien dijiste,
yá que á tus ojos es
altiva siempre la razón primero,
el corazón despues.

AMÓS DE ESCALANTE. .

LA CONSULTA.

Á MI AMIGO Y COMPAÑERO JACINTO ONTAÑON.

Mi amigo Teodoro es un guapísimo muchacho; modoso, humilde, aplicadito y, sobre todo, despejado. Es verdad que tiene sus defectillos, sus rarezas mejor dicho; pero, ¡si hasta en el sol hay manchas y no pequeñas!

Entre tales rarezas, ó defectillos si se quiere, sobresale muy alta su afición á esas cosas que llamamos versos. ¡Qué días y qué noches gasta en leer composiciones poéticas! ¡Y cómo se embelesa, cómo se extasía, cómo se abstrae, cómo se olvida de que vive en este mundo miserable! Y es claro; esta lectura, tan conveniente, según dicen, para el alma, como pernicioso para el cuerpo, le causa, aparte de otros, un efecto naturalísimo; el deseo, el ánsia de ser poeta. ¿Tiene esto algo de particular?

Con tan alto fin escribe á ratos perdidos, muy perdidos, sus correspondientes versucillos. Ayer mismo compuso un romance, creo que amoroso, con ánimo ya de sacarle á la pública contemplación. Pero ¡lo que es la modestia! (Mi amigo posee esta hermosa cualidad. ¡Otra de sus rarezas!) Por no confiar en sus propias fuerzas, tomó una determinación casi heroica en los tiempos que corremos, ó que nos corren; pedir humildemente dictámen sobre su poesía, á uno de nuestros más esclarecidos literatos. ¡Ejemplo de subordinación y disciplina que presento como la mayor novedad de la época!

Difícilillo era, por cierto, escoger esta lumbrera de nuestro Parnaso. ¡Son ahora tantas las luminarias! Pero quiso Dios que se acordase de D. Rigoberto Medranilla, y se concluyeron todas las dudas. Porque ¿quién se atreve á recusar la autoridad de D. Rigoberto? En los periódicos se lee todos los días que no hay quien le supere en lo tocante á poesía y toda especie de letras; y cuando los periódicos lo dicen.....

El candoroso muchacho, que se sentía dispuesto á realizar

su idea sobre la marcha, hallaba ciertos inconvenientes. Su cortedad, el temor de que el maestro se riera de su obreja, qué se yo cuantas cosas le preocupaban y combatían: pero ¿dónde está el audaz á quien la fortuna no ha prestado su ayuda? Seamos audaces, se dijo mi casi hombre. Entonces se mudó la camisa, se puso la ropa nueva, cogió la caña, y como un águila, como una flecha, como una exhalacion, se fué á la morada del Horacio novísimo.

¡Y cómo sudaba el pobrete cuando recorría aquellas calles! Ya se vé; á los pocos instantes se fallaría su pleito, su gran pleito, en el Juzgado inapelable del gran Medranilla. Por algo se dice tantas veces que hay momentos críticos en la vida de los pueblos y de los individuos.

Ya en la dichosa casa, se detuvo sin querer. ¡De qué manera tan fenomenal palpitaba entonces su corazon! Entróle miedo. ¿Qué pensaría de él y de su pretension una persona tal y tan insigne como D. Rigoberto? ¿Se burlaría impío? ¿Le aconsejaría benévolo?

No era sensato retroceder, y por eso Teodorico, este Teodorico de mi cuento, ni rey ni godo, subió todo turbado la escalera y... ¡tilin, tilin!, tocó la campanilla.

¡Homero, sal de la tumba, y píntanos esta situacion de un aprendiz de héroe!

La puerta, por dicha, no tardó en abrirse, y en ella se presentó la moza del poeta; moza rolliza, colorada y *aromática*, no despreciando á nadie.

Y hé aquí el diálogo siguiente:

—¿El señor D. Rigoberto Medranilla?

—Aquí vive, sí señor.

—Y dígame V.; ¿está en casa?

—*Me se figura que ha salido...*

—¡Caramba, qué desgracia tan grande! No sabe usted cuanto...

—Pero deje V.; voy á mirarlo.

—¡Oh sí, vaya V., por S. Francisco de Borja!

—¿Y quién digo que pregunta por él, en caso de que...

—Pues yo soy... Pero ¡si ese señor no me ha visto en su vida! Nada: dígame V. que un jóven desea hablarle.

—Bien.

Internóse la criada rápida como el huracan, (que todas las calamidades se parecen mucho,) y á la vuelta dijo risueña:

—Pues sí está, si señor. Pase V. á la sala, que saldrá enseguida.

¡Oh placer! Teodoro entró, en efecto, en la sala, ¡sala magnífica!; y después de ver los cuadros de S. Juan Bautista y el Redentor del mundo, y contar las florecillas de una alfombra

de Persia, oyó el sonido de una puerta y se encontró al deseado.

¡Qué desengaño! ¡Qué casi desilusion!

El jóven se tenía muy bien pintado, allá en su fantasía, el el tipo de D. Rigoberto. Le juzgaba hombre maduro, arrugadito, calvo, acachavado; con antiparras verdes, leviton pardo y bragas caidas; de aspecto dulce y bondadoso, de modales tan llanos como atractivos; pero ¡oh imaginacion engañadora! Lo cierto es que se encontró con un lechuguino de cuatro suelas; quiero decir, con un jóven de barba muy bien partida, de pelo muy bien atusado, lleno de perfumes y dijes, y vestido con todo el grotesco lujo de los señoritos de ahora.

Paciencia. ¿No se desvanecerían estas primeras impresiones al oír la palabra de un hombre tan alabado?

Hecha, pues, la reverencia que era entonces indispensable, y cambiados los saludos que el caso requería, abrió Teodoro su dulce boquita, y dió principio al diálogo que copio:

—¡Caballero! ¿Greo, que tengo la honra de hablar al eminentísimo poeta D. Rigoberto Medranilla?

—¡Oh, oh, señor mio!... Eso de eminentísimo... Un poquillo entusiasta, nada más... Pero tome V. asiento. Yo tengo particular satisfaccion en...

—Mil gracias. Debo prevenir á V. que seré corto; esto es, breve; vamos, que le incomodaré lo ménos posible.

—¡Cómo se entiende! ¡Incomodarme! Vaya. Usted no sabe cuanto gusto tengo cada vez que...

—¡Tanto honor! Pues mire V., señor de Medranilla: Mi objeto... Yo soy un poco aficionado á los versos, y...

—¿A los versos? ¡Caramba! En cuanto le he visto á usted... Porqué ¡qué se yo!, hay caras... Muy bien. Esas aficiones honran á los jóvenes, y más en estos tiempos de corrupcion y de... Y dígame V.: ¿Qué obras ha compuesto ya? pues en verdad que no tengo el gusto de conocer...

—A esto voy precisamente; quiero decir, á eso vengo. Obras no he compuesto ninguna. ¡Es tan difícil eso!

—¿Difícil dice V.? ¡Diablo! Todavía me tiemblan las carnes al recordar lo que sudé cuando compuse mi poema *El Incendio de Persépolis*. ¿Y cuando escribí mis *Flores filosóficas cosmopolitas*? ¡Oh no hablemos. Pero, en fin, V. puede haber tambien sudado...

—¿Qué sudar ni que ocho cuartos, señor de mi alma? La maldita aficion es lo que le hace á uno... Y luego que... Mire V.: yo soy un pobre estudiantillo que no vé más allá de sus narices; pero eso de que brillen tanto en la Literatura ciertos condiscípulos míos, me desasosiega. Ellos nunca saben la

lección, allá en el aula, ni parece que han tenido bastante tiempo para aprender todas esas cosas que...

—¡Oh, joven, poco á poco! ¡Aprender! Nada; las preocupaciones, los errores de siempre. ¿No conoce V. que el génio, el *quid divinum*, que se dice, le dá Dios solamente, y no se adquiere con los libros? Y es más. Aún recuerdo haber leído en cierto autor francés, ¡gran hombre!, unas reflexiones muy luminosas sobre este punto. Dice, y lo prueba, que el estudio es perjudicialísimo para el talento.

—¡Cómo! ¿Qué me cuenta V.?

—Lo que V. oye. Y es cosa clara. Para el arte la espontaneidad vale mucho. El artista debe darnos lo suyo, lo que nace en su meollo, y no lo de otros artistas. Porque sucede que con el estudio nos asimilamos las ideas de los autores, y.....

—¡Caramba, señor mío! Vivir para ver. Y yo que me estoy matando por aprender cuatro cosillas!

—No obstante, no obstante... Esto no es decir á V. que... Pero el aserto del escritor francés, créalo V., es una verdad como un templo.

—Entonces ya concibo que los tales condiscípulos puedan dar quince y raya á esos grandes poetas de todos los tiempos, que, en verdad, debieron de estudiar bastante.

—Hombre, quince y raya precisamente, no digo yo que... Lo que sí digo es que pueden ser grandes poetas.

—Sí serán, sí. De modo que yo estoy echándome á perder, según cuentan esos señores franceses.

—No exagerémos, amigo mío, no exagerémos. Las cosas no se deben tomar así. Esto que he sentido, necesita ciertas explicaciones que no me parecen de este momento. Pero ya leerá V., ya leerá V., un opusculito que voy á publicar referente á la...

—¡Ola! ¡Obra nueva! ¡Qué fecundidad tan pasmosa, señor de Medranilla!

—Cá, no señor. Se trabaja, es verdad, pero... Este demonio de país. Porque aquí ya conoce V. que estamos en un atraso...

—En efecto, sí. Pero, en fin, seáse lo que se quiera de esas cosas, lo cierto es para no molestar mucho la atención, que yo siento cierta envidieja al ver los triunfos tan ruidosos de mis condiscípulos; y, la verdad, me he dicho muchas veces: ¿Porqué tú no has de echar un cuarto á espadas? Conque esta mañana, ¡zás!, he soltado la vena y han salido unas cosas que no sé á punto fijo el nombre que merecerán. Aquí las traigo, y espero que V. tenga á bien verlas, y me diga con franqueza su parecer sobre ellas, que ese es el objeto de mi visita.

—Hombre, yo ciertamente he producido algunas obritas que son bastante estimadas, y... Ya se vé; los impulsos interiores,... la vocacion... Además, ejerzo la crítica aunque indigno, gracias á los grandes trabajos de observacion y análisis que uno ha hecho; pero con todo, no piense V. que me considere idóneo para juzgar en unas materias tan intrincadas.

—¡D. Rigoberto, por Dios!

—Sin embargo, veamos su composicion, y le diré, eso sí con severidad; porque el crítico es ante todo un sacerdote, cuyo alto ministerio solamente se...

En esto le alargó Teodoro su romancillo. El gran poeta le tomó con aquella mano prodigiosa, sacó de entre la levita y chaleco unos monísimos lentes, con su armazon de plata y su cordoncillo de seda, y leyó, muy atento, muy grave, muy circunspecto, los versos del doncelete.

A este pobre hombre, no le llegaba la camisa al cuerpo; porque entónces, en aquellos mismísimos instantes, se le preparaba el golpe de gracia ó de muerte. ¡Qué emociones hay en la vida literaria!

Terminada la lectura, paróse el lector un rato, á meditar, sin duda, su sentencia, y reanudó despues el coloquio de la siguiente manera:

—Amigo, he prometido á V. ser franco, y lo cumpliré. Y eso que sentiría herir la susceptibilidad de una persona tan... Pero lo que se dice: *Amicus Plato*, etc. En resúmen; estos versos son una antigualla.

—¡Cómo una antigualla!

—Sí señor. Y voy á probarlo. En primer lugar, este asunto cansa ya y fastidia y empalaga. ¡El amor! ¡Si es una bobada, hombre! Pues qué; ¿no tiene V. esperiencia bastante para saber que esos dichosos amoríos, aparte de que son una mentira, no tienen el valor intrínseco, la trascendencia, que requiere la poesía moderna? Hoy es preciso que los temas sean de una significacion capitalísima para los intereses de la Humanidad. Los grandes problemas filosóficos, las cuestiones sociales, las instituciones políticas, la ciencia; esos, esos son los asuntos que gustan en este ilustradísimo siglo. ¿Lo demás?...

—¡Ay Dios mio de mi alma, señor de Medranilla! Por lo visto estoy metido de patas en un saco de errores. ¿Pues no pensaba yo?... ¡Qué diablo! ¡Salir ahora con que el amor es una majadería! ¡El amor! Un sentimiento tan hermoso y tan...

—Amigo mio; V. es una criatura y no estraño que... Pero el tiempo, la experiencia, la reflexion.... Hay, además, en

la hechura de estos versos mucha sujecion á las reglas, mucho artificio, mucho órden, y ahora....

—Pues qué; ¿no se ha dicho siempre que en estas cosas, como en otras, es preciso que el arte auxilie á la naturaleza? Porque se vé que, de otro modo, resultan exageraciones, ridiculeces, extravagancias; y los sentimientos que no van dirigidos por la razon son absurdos y hasta inmorales.

—Bá, bá. Ya veo que V. pertenece á los tiempos del rey Gerion.

—¡Caballero!

—¡Oh! No se ofenda V. Eso es un dicho, así, sin... Además, que podría ser cierto lo que digo. La ciencia moderna nos dice que la metempúcoris tiene un gran fondo de verdad, y entonces... Pero esto no hace al caso. La verdad es que el poeta necesita libertad absoluta. Que la fantasía vuele sin trabas, que llegue adonde espontáneamente tienda, y así se producen esos rasgos de génio admirables, esas ideas colosales, esos pensamientos transformadores por excelencia. El bello desórden, que dijo el otro, es el gran secreto en esta materia.

—Pues, señor, está visto que yo todo lo entiendo al revés. ¿Habrá desgracia como ella?

—En cuanto á los pensamientos de este romance, debo decirle que son muy pobres. Esto lo entiende cualquiera. No hay profundidad, no hay trascendencia, y en estos tiempos, para escitar la admiracion y obtener el aplauso, hay que encontrar esas relaciones remotísimas entre los objetos, tan sorprendentes y agradables. Manifestar ideas sencillas, decir cosas llanas, eso es propio de la baja prosa, no del lenguaje de los Dioses.

—Es decir, que al poeta no debe entenderle nadie, ó solamente cuatro de esos grandes eruditos...

—No digo yo tanto; sinó que la elevacion, la grandiosidad, son prendas...

—Pero señor, ¿quién me habrá metido á mí ideas tan rancias en la cabeza? Ya se vé; yo ¿que había de hacer? ¡Si me decían que los grandes poetas, como Homero por ejemplo, son tan sencillos y naturales, sin que por eso...

—Yo le diré á V. Los grandes poetas... No hablo de Homero, por supuesto; porque los estudios helénicos, los descubrimientos de la ciencia moderna, nos demuestran que el tal Homero es un mito.

—¿Un mito dice V?

—Y nada más. Ahí están Muller y Volf y otros cuantos, que prueban con razones bien pesadas, quiero decir, de peso, que Homero no ha existido jamás. Las obras que se le atri-

buian se vé que son un compuesto de... Pero, jóven, V. no está todavía en edad de comprender ciertas cosas, y será mejor... Sigamos el análisis de su composición, que, por lo visto, es lo que le interesa. Todo esto que expresa V. aquí de la fé, y de la creencia en amores, virtudes, etc. etc.; y esta ternura, y este mimo, y éstas esperanzas tan bonitas, ¿sabe V. qué son? Pues música celestial, en resumidas cuentas. ¡Hombre! ¿No conoce V. que todo eso es cosa de mujeres? Qué; ¿nada hemos adelantado desde los siglos anteriores? ¿Hemos de ocuparnos hoy, como se hacía entonces, en los ojuelos verdes de la Fulanita ó en el talle gallardo de la Menganita? No señor. Ahora necesitamos impresiones fuertes, y sobre todo, como ya le he dicho, asuntos trascendentales. Luégo sucede que ciertas creencias se encuentran á lo mejor contradichas por la Filosofía, y amigo cuando esta y la Poesía no van acordes, por fuerza, necesariamente, sin remedio, la Poesía es mala.

—¡Qué fatalidad! ¡Y yo que fuera de esas creencias, de esos recuerdos, de esas esperanzas, de esas frivolidades de mujeres que V. dice, apenas hallo cosa que me parezca poesía!

—Uy, hijo de mi alma. Pues no sé si queda aún... En fin, algún día quizás se lo encontrará V. sin buscarlo; yo, bien sabe Dios que tendría... Sobre los adornos que ha empleado, ¿qué quiere V. que le diga? Poco más ó ménos, lo mismo; es decir, que ya no son de moda.

—¡Calle! ¿También en esto interviene esa señora? Sin duda ninguna estaba yo en Belén.

—Hombre, cada época tiene su carácter, su índole... Ahora no se usa en la poesía ese calorillo pasajero del sentimiento, sinó la luz eterna de las ideas. Las comparaciones, para que sean brillantes y nuevas, deben tomarse de la filosofía, de la ciencia, y no de flores, estrellas, pájaros y arroyos. ¿Qué se saca de todo esto? Nada; aburrimento, ganas de dormir. Como no tiene importancia real y positiva. Después, aquí no se vé ni una frasecilla francesa, ni un *souvenir*, ni un *comm'il faut*. Y tenga V. entendido que estos vocablos extranjeros, además de indicar educación elegante en el que los emplea, amenizan notablemente los escritos.

—¡Ay D. Rigoberto! ¡Cuán engañado estaba hasta en los más insignificantes pormenores! Y, la verdad; me amarga el saberlo. La poesía tal como yo la juzgaba, me era en extremo dulce y halagüeña; pero como V. me la pinta y sin duda es, no sólo me desagrada, sino hasta me repugna.

—¡Aprension, jóven, aprension! Desengañémonos: esta no es la época de sentir; es la época de pensar. Ahí está el

toque. Pensemos, pensemos y pensemos. ¿Qué sería del progreso, ley ineludible de la Humanidad, sino tratásemos más que de ciertas niñerías?

—Es seguro que tiene V. razón; pero, amigo, yo opinaba que para pensar había otras muchas esferas, y que para sentir debíamos reservar siquiera una; la del arte. Pues qué; ¿no es útil también el sentimiento?

—Bajo cierto punto de vista, no niego... Pero lo que digo: la edad de V., su escasa experiencia, sus pocos conocimientos, son causa de que profese esas doctrinas, que no son ya bien recibidas en ningún país ilustrado.

—¡Vea V., pues, cuantas ilusiones perdidas en cinco minutos!

—¡Criatura! No se apure V. por eso. Otras le vendrán, más sabrosas y más propias de la dignidad y alteza del hombre. ¿Quién lo duda? Yo, por supuesto, siento estar ajando esas;... pero mi conciencia... En fin, para concluir nuestro exámen, diré á V. también que este lenguaje es demasiado vulgar. Hay sí palabras melositas, bien sonantes, y todas están usadas con propiedad y combinadas con cierto primor; pero no es esto lo que hoy exige la poesía. El genio, la inspiración son en esta parte la única norma. Términos existen de gran pompa, de gran significación, rotundos, magníficos, sorprendentes; esos, esos son los propios del caso. Por ejemplo, *inmanencia, regurgitación, objetivo, sintético*. ¿No siente V. un deleite singularísimo al oír tales palabras?

—No señor; nada de eso.

—¡Cómo! ¿Y V. ha nacido en España?

—¡Qué quiere V! Seré un topo, sí señor, mereceré estar cavando en lo más remoto de la tierra; pero lo cierto es que la doctrina que V. me ha expuesto no puede conciliarse con mi manera de pensar y de sentir.

—¡Demonio de muchacho este! Pero hombre, si... Por supuesto; yo no dudo que V. cambiará de ideas y oponiones, así que los años... Y le advierto que si no cambia, si persiste en tener fijos los ojos en ideales que perecieron para siempre, sus composiciones no las leerá nadie, y su persona seguirá siendo tan oscura y desconocida como al presente. El que quiera ganar un poco de honra en estos tan ilustrados tiempos, no tiene más remedio que seguir al pié de la letra las reglas que yo acabo de dar á V. De otro modo, que no se incomode, porque trabajaría sin fruto.

—Pues entonces, Sr. D. Rigoberto, venga ese romance, y enseguida le quemo, y Cristo con todos, como suele decirse. Trabajo me cuesta, es verdad, renunciar á ciertas dulces esperanzas,... pero ¡paciencia! Si soy un bolo, ¿quién tiene

la culpa? Escribiré en prosa, que al fin en prosa todo el mundo escribe, y puede ser que... En fin, V. perdone la incomodidad...

—¡Oh! Nada de eso. Y no debe V. desesperar. La práctica, el roce con personas ilustradas, harán que V. entre por las vías del acierto... ¡Si es V. un niño! Ya verá V., ya verá V. como el tiempo... Y además, que hay algo bueno en su composición. Tiene cierta originalidad, cierta soltura...

—Nada, nada; aún así no quiero meterme más en dibujos. ¿Para qué? ¿para que se rían de mí los sábios, y los necios?... ¡Se acabó! Yo doy á V. un millon de gracias por...

—¡Qué gracias ni qué calabazas! ¡Pues no faltaba más! V. me manda, y esté seguro de que su persona me interesa y de que celebraría que, mudando de rumbo, brillase algún día...

—Lo agradezco en el alma, señor mio.

—Y nada de amilanarse, no señor. El hombre todo lo puede; porque su voluntad,... sus fuerzas,... los grandes elementos que...

Y basta ya de diálogo, que lo restante me parece que se puede dar por supuesto.

Conque ésta fué la entrevista del profesor y del discípulo, del maestro y del aprendiz, del grande y del pequeño. Es verdad que de ella el alma de Teodorico salió un tanto cuanto alicaída; pero no por eso fué para aquel inútil su conversacion con el eminente vate. ¡Pues apénas le explicó bien las principales condiciones que debe tener y tiene la poesía moderna! ¿Se podía pedir más?

El fruto de todo fué que mi amiguito deliberó sobre el asunto, al regresar á su casa, y resolvió no volver jamás á coger la pluma. ¿Hizo mal? ¡Nada de eso; que la poesía cosa de literatura es, y recuerdo todavía que, allá en otros tiempos, un mi catedrático de Geografía é Historia nos decía: «¿Qué diablo de difiniciones dan Vds. ahí de la Literatura? ¡Disparates, y nada más que disparates! ¿Saben Vds. lo que es la Literatura? Pues la Literatura es, ni más ni ménos, la línea recta que conduce desde la cuna al Hospital.» ¡Caramba! ¿Qué tal el catedrático? ¿Sabría lo que se pescaba? Casi, casi estoy por declararle superior al gran Medranilla, único á quien, en estos tan ilustrados tiempos, nadie disputa el título de poeta.

ANSELMO SALVÁ.

Madrid, Octubre 1877.

MI DESEO.

Preso quedó en tus ojos mi alvedrío,
quedó en tus lábios mi esperanza presa;
que quien tus lábios besa,
y admira de tus ojos la hermosura,
no es mucho, ídolo mio,
que por tanta dulzura
trueque su libertad y su ventura.

¡Bien haya la prision que me atormenta!
¡ojalá para mí perpétua sea,
y en tí vivir me vea,
y aliente en tí mi pecho cuanto alienta!
¡Ojalá que en tu sér desvanecida
mi existencia se pierda en un abrazo,
y exhale en tu regázo
el último suspiro de mi vida!

M. HACHE.

INDICE

Páginas.

El Campo en Asturias, por D. Alejandro Pidal y Mon.	9, 33, 65 y 110
A Carolina Coronado.—Sonetos, por D. Gumersindo Laverde	14
Los Garcí-Lases, por D. Angel de los Ríos y Ríos.	16, 43, 73 y 225
En el Sardineño, por D. Amós de Escalante.	21
La Mujer y el concilio de Macon, por D. Bartolomé Bengoa	23 y 55
Fantasia, traduccion de Victor Hugo, por D. Adolfo de la Fuente	27
La Caridad de todo un pueblo, por la Srta. D. ^a Adela Sanchez	
Cantos	28
Como tu pureza nada, por D. Jesús Pando y Valle	32
Himno de Prudencio, por D. M. Menéndez y Pelayo	38
A D. Mariano Gil y Maestre.—Soneto, por D. Gumersindo Laverde	49
La Mujer y el concilio de Macon, por D. Fernando Araujo	52
A Daria, por D. Albino A. Madrazo	58
Seccion bibliográfica.—Tipos trashumantes, por D. M. M. P.	60
A un vestido, por D. ^a Emilia Mijares de Real	71
A D. J. M. Redondo, por D. Juan José de la Lastra	77
Mar afuera, por Juan García.	79
En un Album, por D. Amós de Escalante	86
La Princesa y el Granuja, por D. Benito Perez Galdós.	87, 126 y 137
Dulcamara.—Soneto, por D. Eduardo Bustillo.	92
De la atmósfera y sus efectos sobre la vida, por D. J. J. Zorrilla	93, 116 y 129
Florinda y D. Rodrigo, por D. Angel de los Ríos y Ríos.	97
Dolora, por D. Eusebio Sierra	106
Un recuerdo á mi país, por D. ^a Micaela de Silva y Collás.	107
Última hoja, por D. Amós de Escalante	115
Soneto, por D. M. Menéndez y Pelayo	122
Lo Pasado, por D. Manuel Marañón	123
Al niño Luis Mir	135
Grito de guerra del Mufti.	146
Ordenanzas Municipales, por D. Gervasio G. de Linares.	146
A una enferma, por D. Enrique Reoyo Garzosa.	155
En un Album, por D. Benito Vicens y Gil de Tejada	157
Seccion bibliográfica, por D. M. Menéndez y Pelayo	158
Apuntes sobre las relaciones y conceptos de las ciencias físicas, por D. Andrés Montalvo	161

Marina, por D. Amós de Escalante	167
La Música y el Drama Lírico, por D. E. Topalda	168 y 213
Soneto, por D. Timoteo García del Real	173
Gomez Arias ó los moros de las Alpujarras, traducción de D. Adolfo de la Fuente. 174, 207, 231, 282, 337, 401, 431, 522 y 556	
La vida, por D. Albino Alonso Madrazo.	182
Tradiciones y creencias asturianas, por D. F. Canella Se- cades	183, 243 y 272
Bocetos, por D. José A. del Río.	188 y 348
Reminiscencias, por D. José María Pereda	193
El Umbral de la patria, por D. ^a Micaela de Silva.	205
A.....—Soneto, traducción de D. D. Duque y Merino	217
Sección bibliográfica.—Horacio en España	218
Versos de antaño, por D. Amós de Escalante	229
La Confesion, por M. Hache.	242
Meyerbeer, por D. Tomás Fernández de Castro.	249
Nubes, por D. Albino A. Madrazo.	253
Sección bibliográfica.—Páginas sin nombre	254
El Plato de Otañez, por D. Angel de los Ríos y Ríos.	257
El Enfermo, (idilio de Andrés Chénier), traducción de D. M. M.	261
La Doctrina transformista ante la ciencia actual, por D. Ma- nuel Baraja	265, 300, 331 y 363
En una hoja seca, por D. Amós de Escalante	269
La Juventud, por D. ^a Emilia Mijares del Real	270
Recuerdos de mi país natal. Liérganes, por D. Manuel Maraño.	277
Sección bibliográfica	287
Peregrinaciones. Covadonga, por D. A. de Escalante 289, 321, 353 y 391	
El Retiro, traducción de D. Adolfo de la Fuente	296
Una advertencia, por D. M. Hache.	299
El Arrepentimiento, por D. ^a Emilia Mijares del Real	307
El Comercio y su influencia, por D. Ernesto Fernández	309
Tú y yo, por D. Honorio Torcida	314
El Hombre, por D. B. Bengoa.	315
Votos y Rejas, por D. Eduardo Bustillo.	318
Sección bibliográfica	320
Ecos perdidos, por D. M. Hache	327
¡Qué lástima! por D. Honorio Torcida	336
Los Himnos de Covadonga, por D. M. D. de Quijano	243 y 436
La Voz del Ángel, por D. ^a Micaela Silva y Collás	361
Oda XII del libro I, de Horacio, por D. M. M. P.	368
Un futuro Capitalista, por D. Manuel Maraño	370
Ruego, por D. Juan José de la Lastra.	375
Siempre habrá Papa, por D. Federico de la Lastra.	376
La Música.—Meditación nocturna, por D. Timoteo García del Real	380
Maestros y Toreros, por D. ^a Emilia Mijares del Real	382
Asociación de escritores y artistas de la provincia de Cádiz.	385
La Rosa de invierno, por D. ^a Micaela de Silva y Collás	389
Cuatro ideas sueltas, por D. Francisco Neápolis	400
El Vengador, por D. Juan José de la Lastra	409

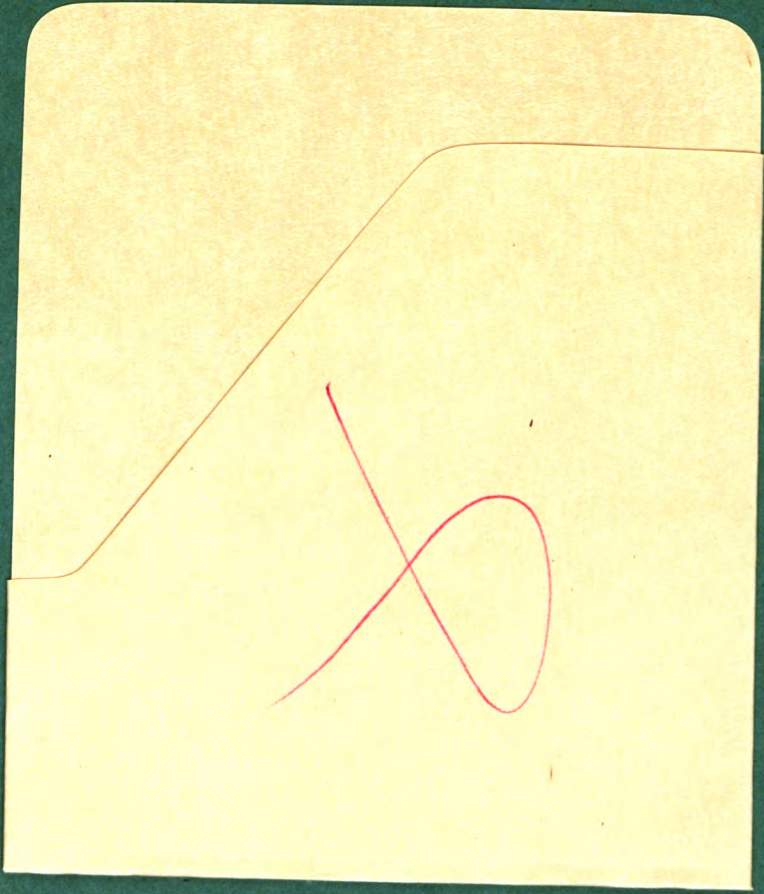
El Espíritu de asociación, por Primitivo Zárate . . .	411, 476 y 506
Estudios críticos sobre escritores montañeses, por D. M. Ma- néndez Pelayo	417 y 449
Marina, por D. Amós de Escalante.	428
La Novia del minero.—Version española de D. ^a Josefa Pujol de Collado.	442
Apéndice.—La cita en el valle	461
Nocturno, por Juan García	462
La Cruz del Gólgota, por D. Francisco Espínola	481, 513 y 545
Fantasmas, (traducción de Victor Hugo, por D. Adolfo de la Fuente.	491
Luis de Artiñano, por D. Adolfo Aguirre.	499
El Poeta, por D. Juan José de la Lastra	521
Contraste.—Anónimo.	527
La Oración de la mañana, por D. ^a Robustiana Armiño	528
Bocetos, por D. José A. del Río.	529
¡Allah-Akbar! por D. Fernando Araujo.	534
La gota de agua, por D. N. Bengoa y Cabrero	536
El Avaro, por D. ^a Adela Sanchez Cantos.	538
Versos de Antaño, por D. Amós de Escalante	541
Después de un sarao, por D. Amós de Escalante	560
La Consulta.—A mi querido y compañero Jacinto Ontañón, por D. Anselmo Salvá.	562
Mi deseo, por M. Hache.	569

A NUESTROS SUSCRITORES.

Causas ajenas á nuestra voluntad nos obligan á suspender la publicacion de la «Revista Cántabro-Asturiãna.»

Santander, 1.º de Mayo de 1878.

Francisco M. Mazon.



UNIVERSITY OF MINNESOTA
walt,cls t.1

Revista C antabro-Asturiana.



3 1951 002 791 435 Q